

Tana French

EL SECRETO
DEL OLMO

Tana
French

EL SECRETO DEL OLMO

Traducido del inglés por Julia Osuna Aguilar

AdN Alianza de Novelas

Índice

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

Agradecimientos

Nota de la autora

Créditos

Para Kristina

¡Señor! Sabemos lo que somos, no lo que podemos ser.

WILLIAM SHAKESPEARE, *Hamlet*,
(traducción de Ángel-Luis Pujante)



En general siempre me he considerado un tipo con suerte; a ver, no es que sea de esos que escogen en un impulso números de lotería multimillonarios o llegan unos segundos tarde a un vuelo que acaba estrellándose y matando a todo el pasaje. Lo que quiero decir es que conseguía ir por la vida sin padecer las típicas desgracias que se oyen por ahí. Ni me maltrataron de niño ni me putearon en el instituto; mis padres no estaban separados, no habían muerto ni estaban enganchados a nada, ni siquiera discutían, salvo por minucias; ninguna novia me había engañado nunca con otro, o al menos que yo supiera, ni había tenido ninguna ruptura más dramática de la cuenta; no me había atropellado ningún coche y lo más chungo que había pillado había sido la varicela, y ni siquiera había tenido que llevar ortodoncia. Tampoco era que pensase mucho en el tema, pero, cuando la idea me venía a la cabeza, tenía la placentera impresión de que todo iba justo como tenía que ir.

Y luego, claro, estaba Villa Hiedra. No creo que nadie pueda convencerme, ni siquiera ahora, de que no fuera una suerte tener Villa Hiedra. Ya sé que no era una cuestión fácil, conozco todas las razones hasta el más íntimo y erizado detalle; puedo colocarlas en una fila ordenada, austeras y rúnicas como ramitas sobre la nieve, y quedarme mirándolas hasta casi convencerme a mí mismo. Pero basta un soplo del olor adecuado —jasmín, *lapsang souchong*, un jabón de una marca antigua muy concreta que nunca he conseguido identificar—, o un haz de luz vespertina en una perpendicular muy determinada, y estoy perdido, vuelvo a ser suyo.

De hecho, no hace mucho llamé a mis primos para hablar del tema; las Navidades estaban a la vuelta de la esquina, y se me había subido un poco el vino especiado de una fiesta infernal del trabajo, si no, no los habría llamado en la vida, o por lo menos no para pedirles su opinión, su consejo o lo que quiera que pretendiera. Mi prima Susanna dejó claro que le parecía una

tontería de pregunta: «Pues claro que tuvimos suerte. Era una casa increíble. —Ante mi silencio—: Hombre, si te dejas obsesionar por todo lo demás, entonces, yo que tú —(tijeretazo largo y diestro sobre papel, un risueño coro de niños entrañables de fondo, ella estaba envolviendo regalos)— pasaría del tema. Ya sé que es muy fácil decirlo, pero, la verdad, Toby, ¿qué sentido tiene remover eso después de tanto tiempo? En fin, tú sabrás...». Mi primo Leon, que en un principio me había parecido que se alegraba realmente de oírme, se puso tenso al momento: «¿Y yo cómo quieres que lo sepa? Oye, pero escucha, ya que has llamado, pensaba mandarte un correo, que creo que voy a ir unos días en Pascua a ver a mis padres, ¿vas a estar...?». Me puse un poco beligerante y le exigí una respuesta, y eso que sabía que mi primo no respondía bien bajo presión, y efectivamente fingió que perdía la cobertura y me colgó.

Y sin embargo... Sí que importa, y, según lo entiendo yo —valga mi opinión para lo que valga a estas alturas—, es lo más importante de todo. Hasta hace poco no he empezado a reflexionar sobre qué es la suerte, y en la forma apacible y elegante que tiene de engañarte, esa manera implacable de retorcerse y enredarse en sus propios escondrijos, y en lo letal que puede llegar a ser.

Aquella noche. Sé que una historia puede empezarse de mil maneras distintas, y soy muy consciente de que el resto de las personas involucradas en esta discreparían sobre mi elección (ya estoy viendo la ironía en la comisura arqueada de mi prima, ya oigo el resoplido de desdén de mi primo...). Pero no lo puedo evitar: para mí todo se remonta a aquella noche, la sombría bisagra oxidada entre el Antes y el Después, la lámina de cristal distorsionante que alguien cuela entre medias, y que a un lado lo tiñe todo con sus colores turbios y al otro lo ilumina y hace que parezca tan cerca que duele, intacto a la par que intocable. Por mucho que pueda demostrarse que no tiene sentido —porque, al fin y al cabo, el cráneo llevaba años metido en aquel hueco, y creo que es evidente que de todas formas habría salido a la luz ese mismo verano—, no puedo evitar creer que, en un plano más profundo que la propia lógica, nada de todo esto habría pasado si no hubiera sido por aquella noche.

La noche empezó con buenas vibraciones, muy buenas, de hecho. Era un viernes de abril, el primer día que realmente había parecido primavera, y estaba de copas con mis dos mejores colegas del instituto. El Hogans estaba

en plena efervescencia, todas las chicas con el pelo difuminado y voluble por el calor del día, los hombres con las camisas arremangadas, capas de conversaciones y risas acaparando el ambiente hasta el punto de reducir la música a un alegre bum, bum, bum de *reggae* subliminal que se te subía por los pies desde el suelo. Yo iba bien ciego, pero no de coca ni nada de eso; había tenido una semana movida en el curro y justo ese día lo había solucionado todo, así que se me había subido un poco el triunfo a la cabeza, no paraba de sorprenderme hablando más rápido de la cuenta o arreándome tragos de pinta con muchos aspavientos. Una morena guapísima estaba dándome un buen repaso desde la mesa vecina, sonriéndome un segundo más de la cuenta cuando se me iban los ojos para su lado; no pensaba hacer nada —tenía una novia estupenda y ninguna intención de engañarla—, pero estaba bien comprobar que no había perdido facultades.

—Le gustas a esa —me dijo Declan señalando hacia el lado de la morena, que estaba echando la cabeza atrás en un gesto un poco exagerado, riendo un chiste de su amiga.

—Tiene buen gusto.

—¿Qué tal Melissa? —preguntó Sean.

Me pareció bastante innecesario por su parte; aunque no hubiera tenido novia, la morena no era mi tipo; tenía unas curvas de vértigo apenas contenidas por un ceñido vestido retro color rojo, y pinta de que habría sido mucho más feliz viendo cómo se peleaban por ella a navajazos en un bistró envuelto en humo de Gauloise.

—De puta madre —dije, y era verdad—. Como siempre.

Melissa era lo opuesto a la morena: menuda, cara de ángel, pelo rubio a su aire y pequitas por la cara, con una atracción natural por cosas que la hacían feliz a ella y, de paso, a todos los que la rodeaban: llevar vestidos de algodón suave con estampados en colores alegres, hacer pan en casa, bailar con todo lo que pusieran en la radio, hacer pícnicos con manteles de tela y quesos absurdos. Llevaba varios días sin verla, y al pensar en ella me entraron aún más ganas de todo lo suyo, de su risa, de su nariz hundida en mi cuello, del olor a madreSelva de su pelo.

—Es de puta madre —me dijo Sean con demasiado retintín para mi gusto.

—Sí, sí que lo es. De hecho, acabo de decirlo. Soy yo el que sale con ella, y sé que es de puta madre. Es de puta madre.

—¿Tú vas de *speed* o qué? —me interrogó Dec.

—Me pongo ciego solo de estar con vosotros. Sois el equivalente humano a

la colombiana más pura y blanca...

—Definitivamente vas de *speed*. Comparte, so cabrón.

—Estoy más limpio que el culito de un bebé, so gorrón.

—Entonces, ¿qué haces mirando a la colega esa?

—Es guapa. Un hombre puede apreciar algo bonito sin tener que...

—Demasiado café —dijo Sean—. Métete un poco más de eso en el cuerpo, a ver si se te pasa. —Me señalaba la pinta.

—Por ti, lo que sea —dije, y me bebí casi todo lo que me quedaba—.
Aaagg.

—La verdad es que está tremenda —dijo Dec mirando con deseo a la morena—. Qué desperdicio.

—Tírale tú —le dije: no iba a hacerlo, nunca lo hacía.

—Ya, claro.

—Venga, hombre. Antes de que pierda el interés.

—Es que el interés es por ti, no por mí. Para variar... —Dec era bajito y muy susceptible, tenía gafas y una mata de pelo cobrizo ingobernable; en realidad no era feo, pero en algún momento se había convencido de lo contrario, con las previsibles consecuencias.

—Oye, que las pavas me miran a mí —dijo Sean, haciéndose el ofendido.

—Sí, sí, es verdad: se están preguntando si eres ciego o si te has puesto esa camisa por una apuesta.

—La envidia... —respondió mi amigo haciéndose el apenado y sacudiendo la cabeza.

Sean era en cambio grandote, casi uno noventa, con cara ancha y agradable y unos músculos de jugar al rugby que apenas empezaban a ablandarse. Era cierto que atraía mucha atención femenina, pero también era un desperdicio, porque llevaba felizmente ennoviado con la misma desde el instituto.

—No es sana —terminó la frase.

—No te preocupes —tranqualicé a Dec—, que todo eso está a punto de cambiar. Con los... —Señalé sutilmente hacia su cabeza.

—¿Los qué?

—Tú sabes. Eso. —Me señalé la línea del pelo con un gesto rápido.

—¿De qué hablas?

Me incliné con discreción sobre la mesa y bajé la voz:

—Los implantes. Te lo has currado, tío.

—¡Yo no me he puesto implantes de mierda!

—No hay por qué avergonzarse. Hoy en día todos los grandes se los ponen:

Robbie Williams, Bono... —Aquello, claro está, lo indignó aún más.

—¡Yo tengo el pelo estupendamente!

—Eso es lo que he dicho, que se te ve muy bien.

—No se notan —lo tranquilizó Sean—. No estamos diciendo que se noten, hombre, solo decimos que te quedan bien.

—No se notan porque no existen y punto. Que yo no tengo...

—Venga, anda, que te los veo —insistí—. Por ahí y...

—¡Quita!

—A ver, vamos a preguntarle a tu ligue qué le parece. —Empecé a hacerle señas a la morena.

—No. No, no, no. Toby, en serio te lo digo, yo a ti te mato... —Dec intentó cogerme la mano con la que hacía señas, pero lo esquivé.

—¿Qué mejor manera de hacer conversación? —apuntó Sean—. ¿No sabías cómo entrarle? Ea, pues ya lo sabes.

—Que os den —nos dijo Dec desistiendo de cogerme la mano y poniéndose de pie—. Vaya par de subnormales estáis hechos, ¿lo sabíais?

—Venga, Dec, no te vayas.

—Voy a mear, a ver si aprovecháis para recapacitar y dejaros de tonterías. Tú, Risitas —(a Sean)—, te toca pedir.

—Va a ver si los tiene todos bien puestos —me dijo Sean en un aparte, señalándose el pelo—. Se te han despeinado. Ves ese de ahí, se te ha ido...

Dec nos enseñó el dedo y empezó a abrirse camino entre el gentío, camino del baño, intentando no perder la dignidad mientras pasaba con calzador entre culos y pintas ondeantes, y haciendo un gran esfuerzo por ignorar tanto nuestro estallido de risa como a la morena.

—En realidad, por un momento, se lo ha creído —me dijo Sean—. Será pardillo. ¿Otra de lo mismo? —Se encaminó hacia la barra.

Aproveché el momento a solas para mandarle un mensaje a Melissa: «Estoy de birras con los chicos. Luego te llamo. TQ». Me respondió al momento: «He vendido el sillón *steampunk!!!* —(seguido de un montón de emoticones de fuegos artificiales)—. La diseñadora estaba tan contenta que ha llorado cuando se lo he contado y me ha dado tanta alegría por ella que casi lloro yo también :-). Saluda a los chicos de mi parte. Yo tb tq. Bss». Melissa tenía una tienda minúscula en la zona de Temple Bar en la que vendía cosas estrafalarias de diseñadores irlandeses, pequeños juegos de jarroncitos de porcelana intercomunicados, mantas de cachemira en colores fluorescentes desvaídos, pomos tallados a mano en forma de ardillas dormidas o árboles

con las ramas extendidas. Llevaba años intentando vender ese sillón. Le respondí: «¡Enhorabuena! Lo que tú no vendas...».

Sean volvió con las pintas a la vez que Dec regresaba del baño con mucho más aplomo, pero aun así evitando cruzar la mirada con la morena.

—Le hemos preguntado a tu ligue qué piensa —le dijo Sean—. Nos ha dicho que le encantan tus implantes.

—Dice que lleva toda la noche admirándolos —metí baza.

—Quiere saber si te los puede tocar.

—Quiere saber si te los puede lamer.

—Que os folle un pez. Te voy a decir yo por qué no para de mirar, soplapollas —me dijo Dec mientras retiraba el taburete—. No es porque le gustes, es solo que ha visto tu careto de chupaculos en el periódico, y está intentando averiguar si salías por desplumar a una abuelita o por tirarte a una quinceañera.

—Cosa que le daría exactamente igual si no fuera porque le gusto.

—Más quisieras tú. Se te ha subido la fama a la cabeza.

Mi foto había salido en el periódico hacía un par de semanas —en las páginas de sociedad, lo que me había granjeado bastante pitorreo—, porque resulta que estuve un rato charlando con una veterana actriz de culebrones en una historia del trabajo, la inauguración de una exposición. Yo llevaba las relaciones públicas y la publicidad de una galería de arte del centro, mediana pero con bastante prestigio, a solo un par de callejones y recodos de Grafton Street. No era lo que tenía en mente cuando terminé la facultad (mis planes eran entrar en una empresa de relaciones públicas de las grandes), y solo fui a hacer la entrevista para practicar. Sin embargo, cuando llegué me sorprendió descubrir que me gustaba el sitio, la espigada casa georgiana apenas remodelada que no tenía ni un suelo recto, y el dueño, Richard, que me miró a través de sus gafas ladeadas y me preguntó cuáles eran mis artistas irlandeses favoritos (por suerte me había preparado la entrevista y pude dar respuestas medianamente sensatas, y tuvimos una larga y feliz conversación sobre Le Brocquy, Pauline Bewick y otros cuantos cuya existencia yo desconocía una semana antes). También me gustó la idea de tener carta libre: en una empresa grande me habría pasado dos años enteros pegado a una pantalla, regando y podando dócilmente las ideas de otros para brillantes campañas en redes sociales, vacilando entre borrar comentarios racistas de troles sobre algún horripilante sabor nuevo de patatas o dejarlos para crear revuelo mediático; en la galería, en cambio, podría probar lo que quisiera y enmendar al vuelo

mis errores de novato, sin tener a nadie respirando en el cogote (Richard no tenía muy claro ni lo que era Twitter, aunque sabía que debía abrir una cuenta de la galería, y se veía claramente que distaba mucho de ser un controlador compulsivo). Cuando me dijo que el puesto era mío si lo quería, ni me sorprendió ni tuve que pensármelo mucho. Calculé que en unos años, con unas cuantas jugadas publicitarias exitosas para dar relumbrón a mi currículum, podría dar el salto a una gran empresa, pero en un puesto que realmente disfrutara.

De eso hacía ya cinco años, y estaba empezando a tantear el terreno empresarial, con una respuesta bastante buena. Iba a echar de menos la galería; al final no solo me había gustado la libertad que tenía, sino también el trabajo en sí, los artistas y su perfeccionismo rayano en la torpeza, la satisfacción de ir entendiendo poco a poco por qué Richard se volvía loco por un artista o pasaba de otro. Pero tenía ya veintiocho años, Melissa y yo estábamos hablando de irnos a vivir juntos y, aunque en la galería no me pagaban mal, cobraba mucho menos que en cualquier empresa grande. Tenía la sensación de que era hora de ponerse serio.

En aquella última semana todo esto había estado a punto de caer en saco roto, pero una vez más la suerte no me abandonó. La cabeza me iba a cien por hora, dando botes como un border collie, y era contagioso, Sean y Dec se habían inclinado sobre la mesa y reían —estábamos planeando unas vacaciones de chicos para el verano, pero no nos poníamos de acuerdo en el destino: «¿Tailandia? Un momento, ¿cuándo es la temporada del monzón?». — Sacábamos los teléfonos—. ¿Cuándo es la temporada de los golpes de Estado?». Dec estaba empeñado en Fiji no sé por qué, «Tenemos que ir a Fiji, es ahora o nunca, en cuanto te...». Y un ladeo de cabeza de todo menos sutil hacia Sean. Nuestro amigo iba a casarse en Navidades, y aunque después de doce años no había sido precisamente una sorpresa, seguía pareciéndonos bastante asombroso y gratuito, y la sola mención del tema conducía siempre sin falta al pitorreo: «En cuanto das el “sí, quiero”, tienes los días contados, compadre, antes de darte cuenta, tendrás un crío y ahí ya, se acabó, despídete de tu vida... ¡Por las últimas vacaciones de Sean! ¡Por la última noche de Sean! ¡Por la última mamada de Sean!». En realidad a Dec y a mí Audrey nos caía muy bien, y la sonrisa irónica de Sean —haciéndose el ofendido y en secreto más feliz que una perdiz consigo mismo— me hizo pensar en Melissa y en que ya llevábamos tres años juntos y quizá hubiera llegado la hora de proponerle matrimonio, y con tanto hablar de últimas oportunidades, tuve que

mirar de reojo a la morena, que estaba contando alguna anécdota y gesticulando mucho, con sus uñas pintadas de morado, y algo en la inclinación de su cuello me hizo deducir que sabía perfectamente que estaba mirándola, y que eso no tenía nada que ver con la foto del periódico... «Ya nos encargaremos de todo eso en Tailandia, Sean, no te preocupes. ¡Por el primer trans de Sean!»

A partir de ahí el recuerdo de la noche se me vuelve borroso por momentos. Por supuesto, después de lo que pasó, lo repetí en mi cabeza millones de veces, obsesionado, peinando cada hilo en busca del nudo que hizo que la pauta cambiara sin remisión; deseando haber pasado por alto un detalle importante, la diminuta piedra de toque en torno a la cual todas las piezas encajarían en su sitio y el conjunto entero parpadearía con luces multicolor y pitidos de premio gordo mientras yo daba saltos al grito de «¡Eureka!». Los trozos que faltaban no fueron de gran ayuda (de lo más corriente, quisieron tranquilizarme los médicos, lo más normal del mundo, sí, sí, normalísimo): muchas cosas me fueron volviendo, y también saqué lo que pude de los recuerdos de Sean y Dec, en una laboriosa reconstrucción de la noche, como si fuera un viejo fresco mural, a partir de fragmentos dosificados y conclusiones fundamentadas, pero ¿cómo podía saber a ciencia cierta lo que había en los espacios en blanco? ¿Empujé a alguien en el bar? ¿Hablé demasiado fuerte, subido como iba en mi globo de euforia, o hice algún aspaviento exagerado con el brazo y le tiré la pinta a alguien? ¿O acaso el exmusculitos de la morena estaba acechando en algún rincón sin ser visto? Nunca me había considerado una persona que fuera por ahí buscando bronca, pero ya no podía descartar nada.

Largos rayos de luz mantecosa sobre madera oscura. Una chica con un sombrero caído de terciopelo rojo apoyada en la barra cuando fui a pedir mi ronda, charlando con el camarero sobre no sé qué concierto, acento del Este, muñecas flexibles de bailarina. Un fláyer pisoteado en el suelo, verde y amarillo, dibujo imitación naïf de un lagarto mordeándose la cola. Lavándome las manos en los lavabos, olor a lejía, aire frío.

Sí que recuerdo que me vibró el móvil en medio de una discusión enfervorizada sobre si la siguiente película de la saga de *La guerra de las galaxias* sería irremediablemente peor que la anterior, basándonos en un intrincado algoritmo que Dec se había inventado. Lo saqué al vuelo —creí que podía tener que ver con lo que había pasado en el trabajo, Richard queriendo que lo pusiera al día o Tiernan, devolviéndome por fin las llamadas—, pero

no era más que una invitación a un cumpleaños a través de Facebook.

—¿Movida? —quiso saber Sean, que arqueó las cejas señalándome el móvil, y comprendí entonces que lo había sacado con demasiada ansia.

—No es nada —dije, y guardé el teléfono—. Pero a todo esto, ¿qué me decís de la saga de *Venganza*, que la hija empieza siendo la víctima y en la segunda es ya su escudera...?

Y seguimos con la discusión sobre pelis, que a esas alturas se había ido tantas veces por la tangente que ninguno sabía ya cuál había sido su postura inicial. Aquello era justo lo que yo necesitaba esa noche: Dec gesticulando y medio echado encima de la mesa, Sean lanzando las manos al aire con incredulidad, los tres intentando hablar más alto que los otros dos sobre Hagrid. Volví a sacar el móvil y lo puse en silencio.

En realidad el follón del curro no había sido culpa mía, o al menos solo muy tangencialmente. Había sido cosa de Tiernan, el que se encargaba de las exposiciones, un moderno larguirucho, con mucha barbilla y gafas de pasta *vintage*, que tenía dos temas principales de conversación: grupos canadienses de folk alternativo que solo conocía él y lo injusto que era que su pintura (minuciosos retratos al óleo de jueguistas con cabezas de paloma y mirada absorta, cosas así, pintadas en el estudio pagado por el padre) no hubiera alcanzado la importancia que merecía. El año anterior a todo el follón a Tiernan se le había ocurrido montar una exposición colectiva de jóvenes desfavorecidos bajo el lema «Representaciones del espacio urbano». Richard y yo lo vimos claro desde el principio (solo habría sido más fácil publicitarlo si alguno de los desfavorecidos hubiera sido también refugiado sirio, y a ser posible trans), y mi jefe, pese a su aire general de cándido distraído y *tweed* raído, era muy consciente de que la galería necesitaba tanto caché como financiación para mantenerse a flote. A los pocos días de que mi compañero nos propusiera la idea —sin previo aviso, en la reunión mensual, mientras se limpiaba el azúcar del donut con la servilleta—, Richard le dio luz verde para ponerse manos a la obra.

Había ido todo como la seda. Tiernan batió los institutos y viviendas sociales más chungos que pilló (en uno un puñado de chavales de ocho años le aporrearon en su cara la *fixie* con una machota hasta dejarla hecha un Dalí) y volvió con una colección de jóvenes suficientemente costosos, con delitos menores en la ficha policial y dibujos medio destartados en los que aparecían jeringuillas, bloques de pisos ruinosos y algún que otro caballo. Siendo justos, no era todo tan predecible: había una chica que hacía pequeñas

maquetas siniestras de sus distintas casas de acogida con materiales que agenciaba en casas demolidas: un hombre de trapo de lona tirado en un sofá tallado en un trozo de cemento y con el brazo por encima de los hombros de una niña de lona en una postura que a mí me resultaba inquietante. Otro chico hacía moldes de escayola muy pompeyanos de objetos que encontraba en la escalera de su bloque, un mechero aplastado, unas gafas de niño con una patilla doblada, una bolsa de plástico muy enredada. Yo había dado por hecho que la exposición explotaría sobre todo la superioridad moral, pero en realidad había un par de cosas que eran bastante buenas.

Tiernan estaba especialmente orgulloso de un hallazgo, un chaval de dieciocho años conocido como Gouger. Este se negaba a hablar con nadie que no fuera mi compañero, a darnos su nombre real o, para frustración nuestra, conceder entrevistas —se había pasado media vida entrando y saliendo de reformatorios y había desarrollado una compleja red de enemigos, que temía que fueran por él si lo veían hacerse rico y famoso—, pero el caso es que era bueno. Superponía cosas, espray, fotografías, bolígrafo y tinta, con una técnica tan feroz como descuidada que les imprimía una urgencia de míralo bien y rápido antes de que aparezca algo rugiendo por un lado y desgarré el cuadro en jirones de color y garabatos. Su *pièce de résistance* —un enorme remolino de adolescentes en carboncillo berreando alrededor de una hoguera pintada a espray, con las cabezas hacia atrás, arcos de neón de cerveza disparados por latas en alto— se titulaba *BoHeroin Rhapsody*, y ya había suscitado el interés de varios coleccionistas en cuanto lo colgamos en nuestra página de Facebook.

Prácticamente nos llovió el dinero del Centro Municipal para las Artes y del Ayuntamiento de Dublín, y los medios nos dedicaron más cobertura aún de lo que yo había esperado. Tiernan trajo a sus jóvenes a darse una vuelta por la galería, y se dedicaron a darse codazos, criticar por lo bajo y quedarse mirando con caras indescifrables los cuadros abstractos de técnica mixta de la exposición que había en esos momentos, «Divergencias». Varios invitados distinguidos respondieron a nuestra invitación diciendo que les encantaría asistir a la inauguración. Richard se paseaba por la galería sonriendo y tarareando fragmentos de óperas ligeras intercalados con otras cosas raras que a saber de dónde había sacado (¿¿Kraftwerk??). Y así estaban las cosas hasta que un buen día entré sin llamar en el despacho de Tiernan y me lo encontré en el suelo rematando unos detalles de la última obra maestra de Gouger.

Tras un primer segundo de perplejidad me eché a reír. En parte por la cara que puso mi compañero, con esa mezcla de culpa impúdica y de arrogancia a

la defensiva, mientras se debatía por encontrar una excusa creíble; pero también en parte me reí de mí mismo por habérmelo tragado todo tan alegremente, sin una sola sospecha, cuando por supuesto tendría que habérmelo olido meses antes (porque ¿desde cuándo los jóvenes desfavorecidos entraban dentro de los intereses de Tiernan?).

—Vaya, vaya, vaya —dije todavía entre risas—. Ver para creer.

—Chiss —bufó Tiernan, levantando las manos en alto y clavando los ojos en la puerta.

—El mismísimo Gouger, en carne y hueso.

—Joder, cállate, por favor, que Richard está...

—Eres más guapo de lo que creía.

—Toby, mira. No, de verdad, escúchame... —Tenía los brazos medio extendidos por delante del cuadro en un gesto absurdo, como si quisiera esconderlo: «¿Cuadro? ¿Qué cuadro?»—. Si esto sale a la luz, estoy muerto, muerto y enterrado, nadie volverá a...

—Ostras, Tiernan, tranquilo, tío.

—Los cuadros son buenos, Toby. Son muy buenos. Pero es la única manera; si supieran que son míos, nadie les haría ni caso, ¡estudié Bellas Artes!...

—¿Son solo las cosas de Gouger o de alguno más?

—Es solo Gouger, te lo juro.

—Ajá... —dije escrutando por encima de su hombro (el cuadro era el típico Gouger, una gruesa capa de pintura negra con un esgrafiado de dos chicos peleándose como salvajes y, de fondo, una pared con balcones a lápiz pintados con mucho detalle, en cada uno, una diminuta escena animada; debía de haberle llevado una eternidad)—. ¿Cuánto tiempo llevabas planeándolo?

—Un tiempo, no sé... —Tiernan me miró entre parpadeos; estaba muy alterado—. ¿Qué piensas hacer? ¿Vas a...?

En teoría tendría que haber ido directamente a Richard y haberle contado toda la película, o al menos haber buscado una excusa para sacar a Gouger de la exposición (que si sus enemigos habían dado con su rastro o algo por el estilo..., el recurso de la sobredosis no habría hecho sino atraer aún más atención). Pero, siendo sincero, ni siquiera se me pasó por la cabeza; todo iba de maravilla y todas las partes implicadas estaban felices como lombrices: tirar de la manta le habría fastidiado la vida a mucha gente, y por una razón que, a mi entender, era una tontería. Incluso siendo consciente de las implicaciones éticas del asunto, yo estaba de parte de Tiernan, la verdad: nunca he compartido la opinión tan de clase media autoflagelante de que ser

pobre y estar enganchado a los delitos menores te haga merecedor de algo por arte de magia, ni tener un vínculo más profundo con un manantial de verdad artística, ni siquiera más auténtica. Por lo que a mí respectaba, la exposición seguía siendo la misma que diez minutos antes; si la gente lo que quería era ignorar los estupendos cuadros que tenían delante de sus narices y centrarse en cambio en la ilusión gratificante que se escondía tras ellos, eso era problema suyo, no mío.

—Relájate, hombre —le dije (el pobre estaba tan mal que habría sido una crueldad dejarlo más tiempo en ascuas)—. No pienso hacer nada.

—¿Que no?

—Palabra de honor.

Tiernan dejó escapar un suspiro largo y tembloroso.

—Vale, vale. Uau, me he asustado por un momento. —Se incorporó y se quedó mirando el cuadro, dándole una palmadita en el borde superior, como si estuviera calmando a un animal atemorizado—. Son buenos, ¿verdad?

—¿Sabes lo que tendrías que hacer? Hacer más de los de la hoguera, convertirlos en una serie.

A Tiernan se le iluminaron los ojos.

—Pues sí, sí, no es mala idea, la verdad, desde que hacen la hoguera hasta la..., cuando se queda en cenizas, el amanecer...

Se fue corriendo a la mesa en busca de papel y lápiz, su cabeza barriendo ya todo el asunto bajo la alfombra. Yo me fui y lo dejé a lo suyo.

Después de ese pequeño bache, la exposición había seguido viento en popa en pos de la inauguración. Tiernan trabajó como un mulo en la serie de las hogueras de Gouger, hasta el punto de que se veía claramente que no dormía más de dos horas por noche, pero, aunque alguien se hubiera fijado en su mirada perdida y legañosa y sus continuos bostezos, no habría tenido razones para vincularlo con los cuadros que arrastraba hasta la galería con una regularidad triunfante. Por mi parte, yo me dediqué a convertir el anonimato de Gouger en un enigma con tintes banksianos, con cantidad de cuentas falsas de Twitter discutiendo en lenguaje de chat semianalfabeto sobre si sería el compadre de los bloques que apuñaló a Mixie aquella vez, porque en tal caso Mixie andaba buscándolo; los medios entraron al trapo de cabeza y nuestros seguidores subieron como la espuma. Tiernan y yo discutimos, medio en serio, la posibilidad de conseguir a un chungo de verdad para ponerle cara al producto, a cambio de dinero para pagarle el enganche (por supuesto, lo suyo era un enganchado de verdad, para un máximo de autenticidad y sordidez),

pero acabamos descartando la opción porque nos parecía que un yonqui de mala vida no era la persona más de fiar del mundo: tarde o temprano empezaría o a chantajearnos o a querer el control creativo, y las cosas se complicarían.

Supongo que tendría que haber estado preocupado por lo que podía pasar si algo salía mal (muchas cosas podían ir mal, desde que a un periodista le diera por investigar un poco hasta que yo la cagara con la jerga en la cuenta de Twitter de Gouger), pero el caso es que no lo estaba. Lo de preocuparse siempre me había parecido una pérdida de tiempo y de energía ridícula; era mucho más fácil hacer cada uno lo suyo e ir lidiando con los problemas conforme surgieran, si es que surgían, lo que casi nunca era el caso. Así que cuando, un mes antes de la fecha prevista de inauguración, y solo cuatro días antes de aquella noche, mi jefe descubrió el pastel, me pilló con la guardia totalmente bajada.

Todavía no tengo muy claro cómo fue exactamente. Algo de una llamada de teléfono, por lo poco que pude entender (pegado a la puerta de mi despacho, mirando los desconchones de la pintura blanca, con el pulso aumentando lentamente hasta un incómodo aporreo en la nuez), pero Richard puso de patitas en la calle a Tiernan tan rápido y en un arranque de furia tan virulento que no tuve oportunidad de hablar con mi compañero. Luego mi jefe vino a mi despacho (salté hacia atrás justo a tiempo para evitar el portazo en la cara) y me dijo que me fuera y que no volviera hasta el viernes, para cuando ya habría decidido qué hacer conmigo.

Una sola mirada —a su cara blanca, al cuello arrugado de la camisa, la mandíbula más apretada que un puño—, y tuve la sensatez de no decir nada, aunque dudo que me hubiera dado tiempo a inventarme algo coherente antes de que saliera dando un portazo que levantó varios papeles de mi mesa. Recogí mis cosas y me fui, rehuendo la mirada de ojos grandes y ávidos de Aideen, la administrativa, desde la rendija de su puerta, mientras intentaba bajar las escaleras con tranquilidad y aplomo.

Los siguientes tres días me los pasé, más que nada, aburrido. Habría sido una estupidez contárselo a alguien, cuando había bastantes posibilidades de que cayera todo en el olvido. Me había sorprendido lo cabreado que se había puesto Richard (a ver, por supuesto que cabía esperar que se cabreara, pero la intensidad de su furia me había parecido totalmente desproporcionada), pero me convencí de que le había pillado en un mal día y de que para cuando volviera a la galería, ya se habría calmado. Así que me quedé encerrado en

casa todo el día, para que no me viera nadie por ahí en horas de trabajo. Ni siquiera podía llamar a nadie. Tampoco era cuestión de pasar la noche en casa de Melissa ni decirle que viniera a la mía, para evitar que quisiera que fuéramos juntos a trabajar por la mañana; su tienda estaba a solo cinco minutos de la galería, así que casi siempre íbamos a trabajar juntos después de pasar la noche, de la mano y charlando como un par de adolescentes. Le dije que estaba resfriado y la convencí para que no viniera a casa a cuidarme, no quería pegárselo, y di gracias a Dios por que no fuera de las que decidían que estaba engañándola con otra. Me pasé las horas muertas jugando a la Xbox, y me ponía la ropa del trabajo cuando bajaba a por comida, por si acaso.

Por suerte no vivía en el tipo de barrio donde uno se intercambia alegres saludos con sus vecinos de camino al trabajo por las mañanas, ni iba a venir nadie a traerme unas galletas para asegurarse de que estaba bien si un día no me veía. Mi piso era un bajo de un edificio de piedra y ladrillo rojo de los setenta, metido con calzador —hasta el punto de que dolía a la vista— entre dos hermosas mansiones victorianas en un barrio de Dublín especialmente bonito. La calle era ancha y espaciosa, flanqueada por enormes árboles cuyas raíces levantaban grandes trozos de acera, y por lo menos a eso sí que el arquitecto había tenido la sensatez de sacarle partido: mi salón tenía grandes ventanales del techo al suelo y puertas de cristal en dos paredes, de modo que en verano la estancia entera se convertía en un maravilloso alboroto de rayos de sol y sombras de hojas que te mareaba. Sin embargo, más allá de esa única chispa de inspiración, había hecho un trabajo bastante lamentable: el exterior era de un utilitarismo deprimente y los pasillos tenían un halo alucinatorio y fronterizo de hotel de aeropuerto, larga línea de alfombra marrón extendiéndose en la distancia, larga línea de papel pintado y puertas de madera barata a ambos lados, con apliques sucios de cristal tallado que despedían un resplandor amarillento color leche cortada. Nunca me cruzaba con los vecinos, jamás. De vez en cuando oía un golpe amortiguado cuando a alguien se le caía algo en el piso de arriba, y una vez le sostuve la puerta a un tipo con acné y pinta de contable que iba con muchas bolsas del Mark & Spencer, pero, aparte de eso, era como si viviera yo solo en el bloque. Nadie se fijaría, y menos aún se preocuparía, si en vez de ir a trabajar me quedaba en casa reventando bases militares e inventándome bonitas historias de galería para contárselas a Melissa cuando la llamara por la noche.

Sí que de vez en cuando, de forma intermitente, me entraba el pánico. Tiernan no me cogía el teléfono, ni siquiera cuando lo llamé desde mi fijo, que

no aparecía en el listín, de modo que no tenía forma de saber hasta qué punto me había delatado, aunque la ausencia de contacto no era buena señal. Me dije que si Richard hubiera pensado en despedirme, lo habría hecho en el acto, como con Tiernan; y la mayor parte del tiempo eso tenía todo el sentido del mundo y me consolaba, pero a veces tenía momentos (sobre todo en plena noche, abriendo los ojos de par en par hacia la rendija de luz tenue que barría el techo de mi cuarto como un mal presagio cuando fuera pasaba un coche casi sin hacer ruido) en que se me venía encima el cúmulo de potencialidades del asunto. Si me quedaba sin trabajo, ¿cómo iba a ocultárselo a la gente —a mis amigos, a mis padres..., ¡oh, no, a Melissa!— hasta que encontrara otro? Es más, ¿y si no conseguía otro? Todas las grandes empresas que yo tanto me había esmerado en cultivar se darían cuenta de mi precipitada salida de la galería, y de que la estrella de la cacareada exposición del verano se había desvanecido de repente justo al mismo tiempo, y ahí se acabaría todo: si quería volver a trabajar, tendría que irme del país, y quizá ni por esas. Y respecto a irme del país..., ¿podrían arrestarnos a Tiernan y a mí por fraude? Por suerte no habíamos vendido ningún cuadro de Gouger, y tampoco era que hubiésemos estado diciendo que eran Picassos ni nada por el estilo, pero habíamos aceptado fondos con falsos pretextos, eso tenía que ser algún tipo de delito...

Como ya he dicho, yo no estaba acostumbrado a preocuparme, y esos momentos tan intensos me dejaban paralizado. Echando la vista atrás, en una visión simplista, es tentador verlos como una premonición que no llegó a puerto, una señal de peligro inminente dirigida contra mí por el impulso de su propia urgencia para ser luego confundida, ligera pero fatalmente, por las limitaciones de mi mente. En su momento, las vi simplemente como una molestia, una que no pensaba permitir que me asustara. Tras unos minutos de caer en la espiral del pánico, me levantaba, apartaba mi mente de aquel bucle con treinta segundos de ducha helada, me sacudía como un chucho y volvía a lo que quiera que hubiese estado haciendo antes.

El viernes por la mañana estaba un poco de los nervios, hasta el punto de que me costó varios intentos encontrar un atuendo que transmitiera el mensaje adecuado (sobrio, arrepentido, listo para volver al tajo), aunque al final me decidí por el traje de *tweed* verde oscuro y una camisa blanca lisa, sin corbata. Aun así, cuando llamé a la puerta de Richard, las tenía bastante conmigo. Ni siquiera su escueto «pasa» consiguió ponerme nervioso.

—Soy yo —dije asomando la cabeza por la puerta con timidez.

—Ya lo sé, siéntate.

El despacho de Richard era una guarida desaforada de tallas de antílopes, erizos de arena, láminas de Matisse, cosas que compraba en sus viajes, todas en precario equilibrio sobre estantes, pilas de libros y unas sobre otras. Estaba hojeando sin ton ni son un buen tocho de papeles. Acerqué una silla a la mesa, a un lateral, como si fuéramos a repasar juntos las pruebas de imprenta de algún folleto.

—No tengo que decirte por qué estás aquí —empezó a decir cuando me hube sentado.

Hacerme el inocente habría sido un gran error.

—Gouger.

—Gouger. Sí. —Cogió un folio de la montaña, lo miró sin verlo por un segundo y lo dejó en su sitio—. ¿Cuándo lo supiste?

Crucé los dedos para que Tiernan hubiera cerrado el pico y dije:

—Hace unas semanas. Dos, tres como mucho. —Había sido mucho más tiempo.

Richard levantó la vista para mirarme.

—Y no me lo dijiste. —Una corriente fría en su voz: estaba cabreado, cabreado de verdad; no se le había pasado en absoluto.

Subí varios puntos la intensidad.

—Estuve a esto... Pero para entonces, para cuando lo descubrí, la cosa había ido demasiado lejos. Las obras de Gouger ya estaban circulando, por internet, en la invitación (tengo claro que fue por eso por lo que aceptó el *Sunday Times*, y el embajador)... —Estaba hablando demasiado rápido, atropelladamente, y eso me hacía parecer culpable; aminoré la marcha—. Lo único que podía pensar era en lo sospechoso que parecería todo si desaparecía a las puertas de la inauguración. Y eso habría puesto en tela de juicio al resto de los participantes y, de paso, a la galería en sí. —Mi jefe cerró los ojos ante aquella posibilidad—. Y no quise cargarte a ti con la responsabilidad. Así que no se...

—Ahora es cosa mía. Y sí, tienes razón, va a parecer todo de lo más sospechoso.

—Podemos solucionarlo, de verdad. Me he pasado estos tres últimos días pensando en eso. Podemos tenerlo solucionado hoy mismo. —«Podemos»: seguimos siendo un equipo—. Yo me encargaré de ponerme en contacto con todos los invitados y los críticos, les explicaré que hemos tenido un pequeño cambio en el cartel y pensamos que querrían saberlo. Les diré que Gouger se

ha echado para atrás..., que cree que sus enemigos podrían estar merodeando, que tiene que hacerse notar poco durante un tiempo. Les diré que somos muy optimistas y pensamos que arreglará pronto sus problemas personales y volverá a traernos sus obras... Tenemos que mantenerlos esperanzados, que la decepción sea gradual. Les explicaré que es un riesgo que uno asume siempre que se trabaja con gente de esa extracción, y que, si bien sentimos muchísimo que la cosa no haya salido bien, no nos arrepentimos de haberle dado la oportunidad. Habría que ser un monstruo para poner problemas a algo así.

—Se te da muy bien todo esto —dijo con hastío Richard, que se quitó las gafas y se frotó el arco de la nariz con los dedos.

—Se me tiene que dar. Tengo que compensarte por lo ocurrido. —No hubo reacción por su parte—. Perderemos a algunos críticos, y puede que a un par de invitados, pero no habrá mayor repercusión. Estoy convencido de que todavía hay tiempo de rectificar el programa antes de que se imprima; podemos rehacer la cubierta, poner el montaje del sofá de Chantelle...

—Todo eso habría sido más fácil hacerlo hace tres semanas.

—Lo sé, lo sé, pero todavía no es demasiado tarde. Hablaré con los medios y me aseguraré de que no le den mucho bombo, les explicaré que no queremos que Gouger se nos asuste para siempre...

—O... —empezó a decir antes de volver a ponerse las gafas—... podríamos sacar un comunicado de prensa para explicar que hemos descubierto que Gouger es un impostor. —Se me quedó mirando sin pestañear, sus ojos azul templado aumentados por las lentes.

—Bueno —dije con cautela; la primera persona del plural era reconfortante, pero aquella idea era realmente horrible y tenía que hacérselo entender—. Podría ser. Pero eso significaría casi sin duda tener que cancelar la exposición entera. A ver, supongo que podría encontrar la forma de enfocar lo, tal vez destacando que hemos retirado su obra en cuanto nos hemos enterado, pero seguiríamos quedando de ingenuos, y eso levantaría sospechas sobre el resto de...

—De acuerdo —dijo Richard apartando la vista y levantando una mano para hacerme callar—. Lo sé perfectamente. No vamos a hacerlo, por más que me tiene la idea, pero no puede ser. Ve a hacer lo otro, todo eso que has dicho. Y hazlo rápido.

—Richard —le dije, de corazón (viéndolo así, con esa ola de fatiga que le apesadumbró el cuerpo de pronto, me sentí fatal: siempre se había portado bien conmigo, se había arriesgado con un novato tan verde como yo cuando la

otra mujer de la entrevista final tenía años de experiencia; de haber sabido que iba a afectarle tanto no habría dejado que las cosas llegaran tan lejos, en absoluto)—, lo siento muchísimo.

—¿De verdad?

—Claro que sí, de verdad. Ha sido un gran error. Es que... los cuadros son tan buenos, ¿sabes? Yo quería que la gente los viera, que los expusiéramos aquí en la galería. Me dejé llevar. No volveré a cometer ese error.

—Vale, eso está bien. —Seguía sin mirarme—. Ve a hacer esas llamadas.

—Yo me encargo de resolverlo, te lo juro.

—No me cabe duda —dijo con voz plana—, y ahora venga. —Volvió a reordenar sus papeles.

Bajé corriendo las escaleras hasta mi despacho, radiante, planeando ya la tormenta de especulación y crucifixión de los seguidores de Gouger en Twitter. Evidentemente, mi jefe seguía cabreado conmigo, pero se le pasaría en cuanto viera que todo se arreglaba y volvíamos a la normalidad, o al menos, como muy tarde, una vez que se celebrara la exposición y resultase un éxito. Era una pena por los cuadros de Tiernan —después de lo ocurrido, no veía otra salida para que no se pudrieran en su estudio, aunque tampoco descartaba que se me ocurriera algo más adelante—, pero siempre podía pintar otros.

Necesitaba una pinta, unas cuantas, más bien; de hecho, necesitaba una noche de juerga en condiciones. Echaba de menos a Melissa —en circunstancias normales pasábamos por lo menos tres noches a la semana juntos—, pero necesitaba a los chicos, el pitorreo y los apasionados debates absurdos, y una de esas sesiones interminables que llevábamos tiempo sin tener, cuando acabábamos los tres tirados en el sofá de alguno a las tantas de la mañana después de ventilarnos todo lo que hubiera en el frigo. Yo tenía un hachís muy rico en casa, y me había sentido tentado de meterle mano varias veces esa semana, pero no me gustaba nada emborracharme o ponerme ciego cuando las cosas no iban bien, por si me hacía sentirme peor; así que había reservado mi alijo para celebrar el final feliz —en un acto de fe de que lo habría—, y no me había equivocado.

Así que: en el Hogans, mirando fotos de playas de Fiyi en el móvil, alargando la mano de vez en cuando para tirarle a Dec de los implantes («¡Tu puta madre!»). No tenía pensado contarles lo ocurrido esa semana, pero la cerveza y el alivio se me subieron a la cabeza, de modo que a eso de la quinta pinta me vi contándoles la película entera, saltándome solo los ataques de pánico en plena noche —que, vistos entonces, me parecieron una tontería más

grande de lo que me habían parecido en su momento—, y añadiendo pequeñas florituras aquí y allá para hacerlos reír.

—Hay que ser capullo —dijo al final Sean, pero lo hizo sacudiendo la cabeza y con una sonrisa ligeramente irónica.

Sentí una punzada de alivio: siempre me había importado la opinión de mi amigo, y la reacción de mi jefe me había dejado un poso de intranquilidad.

—Es que eres un capullo —me dijo Dec con más inquina—. Te podría haber estallado en la cara.

—Es que me ha estallado.

—No, no te ha estallado estallado de verdad. Podrías haberte quedado en la calle, o hasta podían haberte arrestado, quién sabe.

—Bueno, pero no ha pasado nada —contesté irritado (era en lo último que quería pensar, y Dec tendría que haberlo sabido)—. Además, ¿en qué mundo vivís? Como si a la poli le importara que un cuadro sea de un don nadie en chándal o de otro don nadie con borsalino...

—Podrían haber cancelado la exposición. Y tu jefe podría haber tirado de la manta.

—Pero no lo ha hecho. Y aunque lo hubiera hecho, tampoco habría sido el fin del mundo.

—Para ti puede que no. Pero ¿qué pasa con los chavales de las otras obras? Ellos ahí poniendo toda su alma, y tú cachondeándote de sus vidas como si fueran un chiste.

—¿Que yo me he cachondeado de qué?

—... por fin les llega su gran oportunidad, y tú lo arriesgas todo para hacer la gracia...

—¡Venga ya, hombre!

—Si llegas a cagarla, los habrías hundido en la mierda para el resto de sus...

—¿Qué me estás contando? Pues que hubieran estudiado en vez de pasarse el tiempo esnifando pegamento y cargándose los retrovisores de los coches. ¡Qué coño, que hubieran trabajado! La crisis se acabó, ya no hay razón para que la gente esté hundida en la mierda, a no ser que quieran estarlo.

Dec estaba mirándome con los ojos desencajados y cara de incredulidad, como si me hubiera metido un dedo en la nariz.

—No tienes ni puta idea, tío.

Mi amigo había entrado en nuestro instituto gracias a una beca; su padre era conductor de autobús y su madre trabajaba en los almacenes Arnotts, pero ni

habían pasado por la cárcel ni eran yonquis, así que él tenía tan poco en común con los chavales de la exposición como yo. Sin embargo, de vez en cuando le gustaba exagerar la perspectiva del marginado, cuando necesitaba una excusa para ponerse borde y digno. Seguía de morros por lo de los implantes. Podría haberle hecho ver que él era la prueba viviente de que su patraña moralista no era más que eso (él no vivía en una casa okupa ni se dedicaba a esnifar espráis mangados, sino que había dedicado su tiempo y su esfuerzo a sacarse un título de informática, *quod erat demonstrandum*), pero no estaba de humor para entrar en su juego, esa noche no.

—Te toca ir a pedir.

—En serio que no tienes ni idea.

—En serio que te toca. ¿Puedes pagar o necesitas que te subvencione debido a tus orígenes humildes?

Me mantuvo la mirada por unos instantes más, pero como yo tampoco la aparté, acabó sacudiendo la cabeza ostentosamente y yendo a la barra. Esa vez no se molestó en esquivar a la morena, ni ella se fijó, para el caso.

—¿Qué mierda le pasa? —quise saber cuando se alejó lo suficiente—. ¿A qué ha venido eso?

Sean se encogió de hombros. Con la última ronda me había traído unas bolsitas de cacahuets —no había podido cenar porque me había costado desenmarañar la situación con Gouger y había salido tarde del trabajo—, y mi amigo había encontrado algo de aspecto dudoso dentro y parecía tener casi toda la atención puesta en una de las bolsas.

—¡Yo no le he hecho nada a nadie! Nadie ha salido mal parado. Cualquiera diría que le he pegado a su abuelita. —Había llegado a la etapa seria de la noche: estaba inclinado sobre la mesa, puede que un poco más de la cuenta, no sabía bien—. Y además, mira quién va a hablar, ¡no te digo! Él también ha hecho tonterías. Muchas veces.

Mi amigo volvió a encogerse de hombros.

—Está agobiado —dijo masticando un cacahuete.

—Siempre está agobiado.

—Ha estado hablando de volver con Jenna.

—¡Ostraaas...! —exclamé.

Jenna era la ex más reciente de Dec, una maestra de primaria bastante loca y varios años mayor que nosotros que una vez me había acariciado el muslo bajo la mesa de un pub y, cuando levanté la vista asombrado, me guiñó un ojo y me sacó la lengua.

—Ya... Es que no soporta estar solo. Dice que se está haciendo mayor para andarse con primeras citas y que la mierda del Tinder no va con él, y tampoco quiere ser el alma en pena de cuarenta años al que invitan a cenar por lástima y lo sientan al lado del divorciado que se pasa la noche puteando a la ex.

—Bueno, pero tampoco hace falta que lo pague conmigo —dije (en realidad me lo imaginaba perfectamente acabando así, pero sería todo por su culpa, y en ese momento, tal y como yo lo veía, se lo había buscado él solito).

Sean se había recostado en su asiento y estaba mirándome con una expresión que podía ser de diversión o solo de interés moderado. Siempre ha tenido ese aire de desapego reconfortante, de estar —sin esfuerzo o suficiencia— un poco más por encima de las circunstancias que los demás. Yo siempre lo había achacado, sin pensarlo mucho, al hecho de que se hubiera quedado huérfano de madre a los cuatro años —algo que yo contemplaba con una mezcla de retrainimiento, bochorno y asombro—, pero quizá fuera solo por lo grandullón que era: en cualquier situación en la que hubiera alcohol, Sean sería sin falta el menos borracho de todos.

—¿Qué? —le insistí al ver que no respondía—. ¿Tú también crees que soy un putito Fagin, un cabrón tatcherista?

—¿Te soy sincero?

—Sí, por favor.

—Creo que son chiquilladas —dijo sacudiéndose los últimos pizcos de cacahuetes de la palma de la mano.

No supe bien si sentirme ofendido o no: ¿estaba insultando mi trabajo, reafirmandome en que no era para tanto... o qué?

—¿De qué hablas?

—Que si cuentas falsas de Twitter, que si guerras imaginarias entre chungos. Colando cosas a espaldas del jefe, cruzando los dedos para que todo salga perfecto. Chiquilladas.

Esa vez sí que me sentí realmente herido, por lo menos un poco.

—La hostia, colega, como si no tuviera suficiente con Dec dándome la chapa para que ahora me vengas tú también...

—Yo no te vengo con nada, es solo que... —Se encogió de hombros y volcó la copa—. Tío, me caso dentro de unos meses, Audrey y yo estamos hablando de tener un crío el año que viene... Perdona si no me emociono mucho porque hagas una de tus trastadas. —Al ver que se me hundían las cejas en la frente—: Llevas haciendo movidas así desde que te conozco. A veces te pillan, siempre lo solucionas...; es la historia de nunca acabar.

—No, no. Esto... —Hice un movimiento con el brazo como si diera un tajo y lo rematé con un dramático chasquido de dedos, y me pareció que era una declaración de principios en sí, pero mi amigo siguió mirándome con sus ojos inquisitivos—. Esto es distinto... a otras veces. No tiene nada que ver.

—¿Distinto en qué sentido?

Aquello me tocó la moral; yo sabía que había diferencias, y me pareció muy mezquino por su parte que me pidiera que se lo explicase con tantas pintas encima.

—Déjalo, no he dicho nada.

—No es para putearte, te estoy haciendo una pregunta.

Aunque no se había movido, su cara tenía algo distinto y afilado, una intencionalidad impasible, como si quisiera algo importante de mí; y en el fondo sentí una urgencia extraña por explicarme, por hablarle de Melissa y de tener ya veintiocho años y las grandes empresas, y de lo de ponerme serio, contarle que a veces, últimamente —eso no lo habría admitido delante de Dec, ni siquiera se lo había mencionado a Melissa—, me imaginaba una gran casa georgiana blanca con vistas a la bahía de Dublín, y a mí y a Melissa arropados bajo una de sus mantitas de cachemira delante de un fuego vivo, y puede que dos o tres niños rubitos jugueteando con un labrador dorado en la alfombra delante de la chimenea. Un par de años antes la imagen me habría dado un repelús de aúpa; ahora ya no me parecía tan mala idea.

En realidad no estaba como para describirle epifanías incipientes a Sean —ni de coña habría podido pronunciar «epifanías incipientes»—, pero hice lo que pude.

—Vale, vale. Las otras veces de las que hablas, sí, es verdad, fueron chiquilladas. Para hacer la gracia, o porque quería una pizza gratis o para poder enrollarme con Lara Mulvaney. Pero ya no somos críos, eso ya lo sé, lo pillo. A ver, no es que seamos adultos adultos, pero está claro que vamos de camino..., pero, qué coño, ¿a ti qué te voy a contar? Sé que antes nos hemos estado cachondeando de ti y eso, pero créeme, lo que tú tienes con Audrey es la leche. Vais a ser... —Perdí el hilo (cada vez había más ruido en el bar y la acústica estaba al borde de sus fuerzas, todos los sonidos se mezclaban en un rugido balbuceante de origen desconocido)—. Sí, sí... Y todo esto iba a eso mismo, a lo de Gouger. La razón era esa, que ahora voy a por lo grande, nada de pizza gratis. A por las cosas serias de la vida. ¡Esa es la diferencia!

Me recosté en el sitio y miré esperanzado a mi amigo.

—Ya —dijo este tras lo que me pareció medio segundo más de la cuenta—.

Es lo suyo. Suerte con el tema, tío. Espero que consigas lo que quieres.

No sé si fue mi imaginación o el ruido abarrotado que nos rodeaba, pero me sonó distante, casi decepcionado, pero ¿por qué? Incluso se quedó mirando más lejos todavía, como si hubiera retrocedido adrede varios pasos por un largo pasadizo..., aunque seguramente fuera más cosa de la bebida.

Lo que mi amigo no estaba comprendiendo, para mi frustración, era que lo de Gouger sí que había sido precisamente con la idea de hacer esos cambios —cuanto mejor fuera la exposición, más posibilidades tendría con las grandes empresas, podría permitirme alquilar un piso mejor con Melissa, y suma y sigue—, pero antes de encontrar la forma de expresárselo, Dec volvió con las pintas.

—¿Sabes lo que eres? —me preguntó mientras dejaba los vasos en la mesa y conseguía derramar solo unas gotas.

—Es un capullo —dijo Sean, pasando un posavasos por lo derramado; el repentino brillo de intensidad de antes había desaparecido y volvía a ser el de siempre, plácido y sin complicaciones—. Eso ya lo hemos decretado antes.

—No, pero se lo estoy preguntando a él. ¿Tú sabes lo que eres? —Dec sonreía, pero su tono había cambiado; tenía un brillo electrizante que no me daba buena espina.

—Soy la leche —dije recostándome en el sitio con las piernas abiertas y devolviéndole la sonrisa.

—Ahí lo tienes. —Me señaló triunfante, como si se hubiera apuntado no sé qué tanto—. De eso es justo de lo que estoy hablando. —Sin embargo, al ver que no entraba al trapo, me preguntó acercando el taburete a la mesa, preparándose para la pelea—: ¿Qué me habría pasado a mí si yo hubiera hecho una jugada tan tonta como esa en el curro?

—Te habrían dado la patada.

—Pues sí, sí. Ahora mismo estaría llamando a mi madre para preguntarle si podía mudarme a su casa hasta que encontrase otro curro y volviera a poder permitirme pagar el alquiler. ¿Y por qué a ti no?

Sean suspiró pesadamente y se bebió un buen tercio de su pinta. Los dos sabíamos cómo era nuestro amigo cuando estaba así: iba a seguir pinchándome y pinchándome, cada vez más agresivo, puño, puño, puño, hasta que consiguiera tocarme la moral o se emborrachara tanto que tuviéramos que meterlo en un taxi y darle al taxista su dirección y el dinero de la carrera.

—Porque soy encantador —dije, y en parte era cierto (solía caerle bien a la gente y eso solía ayudarme a salir de apuros), pero no venía al caso y lo

había dicho solo para fastidiar a Dec—. Y tú no.

—Noonoono. ¿Sabes por qué es? Porque no estás de alquiler. Tus padres te compraron una queli.

—De eso nada. Me dieron el dinero para la entrada y yo pago la hipoteca. Y, además, ¿qué tiene eso que ver con...?

—Sí, pero si no pudieras hacer frente a los pagos, ¿te pagarían la hipoteca un par de meses o no?

—No tengo ni idea. Nunca me ha hecho falta...

—Pues claro que te la pagarían. Tus papás son un amor.

—Yo qué sé. Además, ¿y qué si me la pagasen?

—Pues que... —Dec estaba señalándome, todavía con una sonrisa que podría pasar por simpática si no fuera porque lo conocía—... por eso tu jefe no te ha largado. Porque no fuiste a verlo desesperado. Porque no entraste en pánico. Fuiste a verlo sabiendo que, pase lo que pase, vas a estar estupendamente. Y por eso estás estupendamente.

—Estoy estupendamente porque fui allí y me disculpé y le dije cómo podía arreglarlo. Y porque hago bien mi trabajo y no quiere perderme.

—Igualito que en el instituto. —Dec estaba tomándose todo muy en serio, inclinado hacia mí sobre la mesa, con la pinta olvidada. Sean había sacado el móvil y estaba mirando titulares—. Como cuando le mangamos el tupé al señor McManus. Lo hicimos entre los dos y nos pillaron a los dos. A los dos nos llevaron a ver a Armitage. ¿Verdad? ¿Y qué nos pasó?

Clavé la vista en el techo. La verdad es que no tenía ni idea; recordaba haberme doblado sobre una barandilla para pescar el tupé, el gimoteo de pánico de McManus perdiéndose en la distancia mientras corríamos entre risas, con el tupé bailando en la caña de pescar de mi padre, pero no recordaba qué había pasado después de eso.

—Ni siquiera te acuerdas.

—Ni me importa.

—Me echaron. Tres días. Y a ti te castigaron ¡un día!

—¿Me hablas en serio? —Lo miré con incredulidad, empezaba a hartarme; mi flamante globo de felicidad estaba desinflándose, y sentí que, después de la semana que había tenido, merecía aferrarme a él al menos por una noche—. Eso fue como hace catorce años. ¿Sigues cabreado por eso?

Dec estaba blandiendo el dedo contra mí y sacudiendo la cabeza.

—Ese no es el tema. El tema es que a ti te daban una sardineta en la muñeca y al niño de la beca lo expulsaban. No, me vas a escuchar, te estoy

hablando... —insistió al ver que me hundía en el asiento y ponía cara de hastío—. Yo no digo que Armitage lo hiciera por maldad. Lo que digo es que yo entré allí paralizado por que fueran a expulsarme y a tirarme por el desagüe hasta el instituto público de mierda que había al lado, mientras que tú, tú entraste sabiendo que, aunque te expulsaran, tus papaitos te encontrarían otro bonito instituto. Esa es la diferencia.

Hablaba cada vez más alto. La morena estaba perdiendo interés en mí: demasiada electricidad alrededor de nosotros, demasiado jaleo, y en eso le daba toda la razón.

—Así que ¿qué eres? —insistió Dec.

—Mira, yo ya ni siquiera sé de qué estás hablando.

—Acaba ya con el tema, hostia —dijo Sean sin levantar la mirada del móvil.

—Eres un mamón con suerte, eso es lo que eres. Y punto, solo un mamón con suerte.

Estaba pensando en una réplica inteligente cuando de pronto me vino, cálida, alentadora e irresistible como una corriente térmica: mi amigo tenía razón, estaba diciendo la verdad más absoluta, pero no era algo por lo que debiera enfadarme, era una alegría. Tomé aire, en lo que me pareció la respiración más profunda en días, y lo exhalé en una risotada.

—Lo soy. Eso es justo lo que soy, un cabrón con suerte.

Dec se quedó mirándome, sin darse por satisfecho, mientras decidía qué giro darle al asunto.

—Amén —dijo Sean, que dejó el móvil en la mesa y levantó el vaso—. Por los mamones con suerte y por los mamones normales y corrientes —dijo, yladeó el vaso hacia Dec.

Me eché a reír otra vez y entrechoqué el vaso con él, y al momento Dec soltó una risotada más fuerte que ninguna y nos chocó los vasos a los dos, y nos pusimos otra vez a discutir sobre dónde ir de vacaciones.

Aun así, yo ya había descartado la idea de llevarlos a casa. Cuando Dec se ponía así, se volvía impredecible y agresivo (no tenía valor para hacer nada realmente desastroso, pero, con todo y con eso, no me apetecía). Tenía la impresión de que las cosas seguían estando en un equilibrio un tanto precario, tambaleantes, como si no debiera removerlas demasiado. Quería tirarme en el sofá, fumarme unos porros y fundirme ricamente en un charco de risas, no estar pendiente de Dec mientras recolectaba chismes por el salón para utilizarlos en un juego de bolos improvisado y yo evitaba mirar las cosas frágiles para no

darle ideas. En el fondo todavía se lo reprocho: con veintiocho años ya podría haber tenido superadas ese tipo de chorradas, y si Dec hubiera sido lo suficientemente maduro, mis amigos me habrían acompañado a casa y entonces blablablá, blablablá...

A partir de ahí se me vuelve a nublar todo. Lo siguiente que recuerdo con cierta claridad es despedirme de los chicos en la puerta del pub, a la hora del cierre, corrillos ruidosos de gente medio desperdigados, discutiendo sobre dónde seguirla, cabezas acercándose a mecheros encendidos, chicas tambaleándose sobre tacones, luces amarillas de taxi pasando lentamente.

—Escucha —estaba diciéndome Dec con esa sinceridad de borracho hiperconcentrado—, no, escúchame, bromas aparte. Me alegro muchísimo de que te haya ido todo bien, de verdad. Eres buena persona. Toby, te hablo en serio, me parece maravilloso que...

Podría haber seguido así hasta el infinito si Sean no hubiera parado un taxi y lo hubiera metido dentro, dirigiéndolo con una mano entre las escápulas. Luego se despidió con la cabeza y con la mano y se fue andando hacia Portobello y hacia Audrey.

Yo también podría haber cogido un taxi, pero hacía buen tiempo, la noche era apacible y fresca, con un toque terso y agradable que prometía más primavera por la mañana. Estaba borracho, pero no como para no mantener el equilibrio; mi casa quedaba a menos de media hora andando. Y me moría de hambre; quería pillar algo de camino para comer en casa, algo picante, contundente y enorme. Me abroché bien el abrigo y eché a andar.

Un lanzafuegos al final de Grafton Street que hacía que su público desperdigado diera palmadas acompasadas, borrachos que pegaban gritos ininteligibles de aliento o distracción. Un vagabundo acurrucado en un portal, envuelto en un saco de dormir azul, contemplando todo desde su frío. Llamé a Melissa sobre la marcha; no se acostaba hasta que no nos llamábamos para decirnos buenas noches, y no quería tenerla despierta hasta muy tarde, aparte de que no aguantaba ya a llegar a casa para hablar con ella.

—Te echo de menos —le dije cuando contestó—. Eres la mejor.

Se echó a reír.

—Tú más. ¿Dónde andas?

El sonido de su voz me hizo apretarme más el móvil contra la oreja.

—Por Stephen's Green. He estado en el Hogans con los chicos. Y ahora voy camino de casa pensando en que eres la mejor.

—Pues vente para acá.

—No puedo, estoy borracho.

—Me da igual.

—No, apesto a alcohol y te roncaré en la oreja, y me dejarás y te irás con un billonario charlatán de esos que tienen máquinas de cápsulas para purificarse la sangre cuando vuelven a casa del pub.

—No conozco a ningún billonario charlatán, créeme.

—Ah, no, seguro que sí, siempre hay alguno rondando. Lo que pasa es que no atacan hasta que no ven la oportunidad. Como los mosquitos.

Volvió a reírse, un sonido que me reconfortó de la cabeza a los pies. No esperaba que se enfadara, me hiciera pucheros o me colgara por tenerla descuidada, pero esa dulzura suya, siempre rauda, fue otro recordatorio de que mi amigo tenía razón: yo era un cabrón con suerte. Rememoré las veces que había tenido que oír, con un asombro ligeramente jactancioso, las historias de complicados dramas con ex, de gente encerrándose, a sí mismo o al otro, en sitios de lo más improbable mientras todos lloraban o gritaban o suplicaban: a Melissa ni se le habría pasado por la cabeza nada de eso.

—¿Puedo pasarme mañana, en cuanto vuelva a ser humano?

—¡Claro! Si sigue haciendo bueno, podemos comer en el parque y echar una siesta al sol y roncar juntos.

—Tú no roncas, solo haces sonidillos como de ronroneo.

—Puag, qué sexi.

—Sí, sí, es lo mejor, como tú, que eres la mejor. ¿Te lo había mencionado?

—Estás borracho, tontorrón.

—Te lo he dicho.

La verdadera razón por la que no quería ir a su casa —en realidad sí que quería, me moría de ganas—, la razón en definitiva por la que no pensaba ir era, por supuesto, que estaba tan borracho que era capaz de contarle toda la historia de lo de Gouger. No me preocupaba que me dejara por eso ni nada tan extremo, pero no le habría hecho gracia, y siempre me cuidaba mucho de no molestarla. Sin embargo, sí que quería todo lo que pudiera de ella antes de colgar.

—¿Quién te compró el sillón *steampunk*?

—Hala, Toby, ¡tenías que haberlos visto! Era una pareja de unos cuarenta años, vestidos en plan club náutico, ella con una camiseta de marinerito, de esas de rayas, que no te habrías imaginado que... Yo pensé, una manta si acaso, si los colores no eran demasiado llamativos para ellos, pero fueron a por el sillón del tirón. Yo creo que les recordó algo, no sé, no paraban de

mirarse y reírse, y como cinco minutos después ya habían decidido que daba igual que no pegase con nada de su casa, que se lo quedaban. Me encanta cuando la gente hace cosas inesperadas.

—Habrá que celebrarlo mañana. Llevaré un prosecco.

—¡Sí! Trae el último que tomamos, el... —Un bostezo la pilló con la guardia baja—. Perdona, no es por ti, es que...

—Es tarde, no tendrías que haberme esperado.

—No pasa nada, me gusta que nos digamos buenas noches.

—A mí también. Venga, ahora a dormir. Te quiero.

—Y yo a ti. Hasta mañana. —Me mandó un beso.

—Hasta mañana.

No sé por qué, pero este es el error —bueno, no es que fuera realmente un error, ¿qué tiene de malo tomarse unas cuantas pintas un viernes por la noche después de una semana estresante, qué tiene de malo querer que la chica a la que amas piense lo mejor de ti?—, digamos que esta es la decisión a la que vuelvo una y otra vez, manoseándola compulsivamente como si pudiera despellejarla y tirarla a la basura: un chupito de whisky menos con los chicos, una pinta menos, un sándwich en el despacho mientras reformulaba el programa de la exposición, que me hubiera permitido estar lo suficientemente sobrio para ir a casa de Melissa sin peligro de contarle nada. Le he dado tantas vueltas a aquella noche que pudo ser y no fue que me la sé de memoria: levantándola del suelo en un abrazo en cuanto me abría la puerta, «¡Felicidades, sabía que lo conseguirías!», su cuerpo aovillado y suave respirando a mi lado en la cama, haciéndome cosquillas con el pelo; un *brunch* ocioso de sábado en nuestra cafetería favorita, un paseo por el canal para ver los cisnes, Melissa meciendo nuestras manos entrelazadas. La añoro con tanta virulencia que lo siento como algo real, tangible e irremplazable que no sé dónde he puesto, pero que, de saber el truco, podría llegar a salvar y mantener a buen recaudo.

—No has colgado.

—Ni tú.

—Hasta mañana, que duermas bien.

—Ve con cuidado. Hasta mañana. —Besos, más besos.

Baggot Street estaba en silencio y casi vacía, largas hileras de inmensas casas georgianas, las fabulosas volutas de forja de las viejas farolas. Suave tiquitiqui de las ruedas de una bici y un tipo alto con un *trilby* que me pasó rozando, sentado muy recto en el sillón y con los brazos cruzados sobre el

pecho. Dos personas besándose en un portal, una cascada lisa de pelo verde, un revuelo de morado. Debí de pillar comida india en alguna parte, aunque ni idea de dónde, porque olía fuerte a cilantro e hinojo a mi alrededor, y la boca se me hacía agua. La calle se me antojaba cálida, extraña y muy ancha, llena de un peculiar encanto codificado. Un viejo con barba y boina que hacía una especie de bailecillo arrastrando los pies y con las manos abiertas, entre los grandes árboles de la medianera. Una chica en la acera de enfrente que andaba deprisa, el abrigo negro bailándole por los tobillos, la cabeza enfrascada en el móvil que le brillaba en la mano con una luz blanquiazul, como una joya de cuento de hadas. Refinados montantes de puerta polvorientos, un resplandor dorado en una ventanita alta. Aguas oscuras bajo el puente del canal, destello y velocidad.

Debí de llegar a casa sin percance alguno... (aunque ¿cómo voy a saberlo?, ¿cómo sé yo lo que estaba pasando más allá del rabillo del ojo, quién pudo haber estado observando desde los portales, qué podría haberse despegado de una sombra para seguirme de puntillas?). En cualquier caso, debí de llegar a casa sin que nada disparara mis alarmas. Debí de comerme la comida del indio y puede que viera algo en Netflix (aunque ¿no estaría demasiado borracho para seguir cualquier trama?), o quizá me puse a jugar un rato con la Xbox (pero no lo creo, después de esa semana en casa le había cogido manía a la consola). Debí de olvidar conectar la alarma (a pesar de vivir en un bajo, la mitad de las veces no me molestaba en ponerla: la ventana de la cocina estaba un poco floja y a veces sonaba con el viento y hacía que la alarma se pusiera a chillar como una histérica, y tampoco era que viviera en una megalópolis asolada por el crimen). Y en algún momento debí de ponerme el pijama e irme a la cama, y dormirme felizmente borracho.

Algo me despertó. Al principio no supe muy bien qué era; tengo un recuerdo nítido de un sonido, un crujido bien definido, pero no sabía si había sido dentro de mi sueño (un tipo alto y negro con rastas y una tabla de surf, que se reía y se negaba a decirme algo que yo necesitaba saber) o fuera. La habitación estaba a oscuras, solo se veía un mínimo resplandor de farola que perfilaba las cortinas. Me quedé quieto, sacudiéndome todavía las telarañas del último sueño, y agucé el oído.

Nada. Y luego: un cajón abriéndose o cerrándose, justo al otro lado de la pared, en el salón. Un golpe suave.

Lo primero que pensé fue que eran los chicos, que Dec se había colado en casa para gastarme una broma y vengarse por lo de los implantes (una vez Sean y yo lo despertamos pegando nuestros culos desnudos contra la ventana de su dormitorio), pero él no tenía llave... Mis padres sí que tenían un juego, quizá una sorpresa suya, pero habrían esperado hasta la mañana... ¿Melissa, que no podía esperar a verme? Aunque no le gustaba nada andar de noche sola por la calle. Así y todo, la parte más animal de mí lo supo: me había incorporado de golpe en la cama y mi corazón no paraba de emitir un latido sombrío e implacable.

Un murmullo breve en el salón. Barrido pálido de haz de linterna por la rendija bajo la puerta del dormitorio.

En la mesilla de noche tenía un candelabro que me había traído Melissa de su tienda hacía unos meses, un chisme bonito que pretendía imitar las rejas negras de forja que había en las viejas casas de Dublín: pie en forma de columna salomónica y delicadas flores de lis en cascada desde arriba, la punta central afilada para sujetar la vela (un muñón de cera derretida, una noche con vino y Nina Simone en la cama). No recuerdo haberme levantado, pero me vi de pie y sujetando con fuerza el candelabro entre ambas manos, sopesándolo y tanteando el camino sin hacer ruido hacia la puerta del dormitorio. Me sentía como un tonto, cuando era evidente que no estaba pasando nada malo, e iba a pegarle un susto a la pobre Melissa, Dec no me lo perdonaría en la vida...

La puerta del salón estaba entornada y un haz de luz vacilaba por la penumbra al otro lado. Empujé fuerte la puerta con el candelabro, la abrí de par en par, y le di rápidamente al interruptor de la luz, y la habitación se iluminó tan de golpe que siguió medio segundo de ceguera hasta que pude ver.

Mi salón, con la taza del expreso de la mañana todavía en la mesa de centro, papeles desperdigados por el suelo bajo cajones abiertos, y dos hombres: ambos con sudadera con el cuello bien subido por encima de la boca y gorras bien caladas hasta los ojos, ambos congelados en pleno movimiento para mirarme de hito en hito. Uno estaba girado hacia la puerta abierta del patio, encorvado en una postura incómoda sobre mi portátil; el otro estaba estirándose tras el televisor, intentando alcanzar el enganche de la pared, con la linterna todavía en la otra mano. Desentonaban de tal manera en mi casa que parecían ridículos, superpuestos, un montaje cutre con el Photoshop.

Después del primer instante de perplejidad grité un «¡Largo de aquí!». La rabia me prendió por todo el cuerpo como combustible para cohetes, nunca había sentido nada igual, había que tener valor y cara dura para entrar en mi

casa, menuda chusma: «¡Fuera! ¡Largaos cagando leches! ¡Fuera!».

Hasta que comprendí que no iban a salir corriendo hacia la puerta; y a partir de ahí las cosas se vuelven un tanto confusas, no sé quién hizo el primer movimiento, pero, de pronto, el de la linterna había cruzado medio salón en mi dirección y yo estaba abalanzándome sobre él. Creo que conseguí abrirle bien la cabeza con el candelabro, algo es algo, pero el impulso hizo que ambos perdiéramos el equilibrio y nos agarráramos mutuamente para no caernos. Apestaba, olor corporal sumado a algo raro, como a leche (todavía a veces me viene un tufo parecido en medio de una tienda, por ejemplo, y siento una arcada antes incluso de entender por qué). Era más fuerte de lo que esperaba, nervudo y curvado, me tenía cogido del brazo con el candelabro y no conseguí volver a atizarle, así que me dediqué a darle puñetazos fuertes y furiosos en la barriga con el otro puño, pero no tenía espacio para imprimirle fuerza, estábamos demasiado pegados, tambaleándonos. Me metió el pulgar en el ojo, y grité, y entonces sentí algo en la mandíbula, luz blanquiazul astillándose por todo alrededor y yo cayendo.

Aterricé bocarriba contra el suelo. Los ojos y la nariz me lloraban, tenía la boca llena de sangre y escupí un buen chorro, la lengua me ardía viva. Alguien chillando «cabrón hijo de puta», yo incorporándome sobre los codos e intentando impulsarme para apartarme de ellos con los pies «te crees la hostia», e intentando auparme con el brazo del sofá y...

Alguien estaba pegándome patadas en la barriga. «Te voy a reventar vivo»... Conseguí rodar sobre el otro costado, retorciéndome con violentas arcadas, pero siguieron lloviéndome las patadas, ahora en las costillas, fuertes y sistemáticas. No sentía dolor, al menos no exactamente, pero había otra cosa, algo peor, una sensación horrenda y estremecedora de injusticia. No podía respirar. Comprendí con una claridad y un desapego tremendos que podía perfectamente morir, que o paraban de una vez o sería demasiado tarde, pero no me llegaba el aliento para decirles esa única cosa importantísima...

Intenté arrastrarme para alejarme, bocabajo, los dedos arañando en vano. Una patada en el culo que me hundió la cabeza más aún en la moqueta, y luego otra y otra. Una risa de hombre, fuerte, amplificadora y triunfal.

De alguna parte:

—¿... alguien más...?

—Qué va o habrían...

—Mira a ver... novia...

Otra vez la risa, esa risa, surcada por un afán renovado.

—De puta madre, tío.

Yo no conseguía recordar si Melissa estaba allí o no. Así que, con una nueva oleada de pánico, intenté incorporarme del suelo, pero me vi incapaz, tenía los brazos flojos como cintas, cada respiración era un resoplido entrecortado y laborioso a través de la sangre, los mocos y las fibras de la moqueta. Las patadas habían parado; la inmensidad de mi alivio arrastró consigo lo que me quedaba de fuerzas.

Sonidos de rasgueos, gruñidos de esfuerzo. El candelabro, rodando bajo una silla volcada. Cogerlo era impensable, pero su visión sí que hizo que una pieza encajara en su sitio en mi cerebro confundido, «hasta mañana, duerme bien», Melissa a salvo en su casa, gracias a Dios... La luz apuñalándome los globos oculares. Estrépito de objetos al volcarse, una vez más, y otra. El dibujo geométrico de mis cortinas verdes, subiendo en un ángulo que no era el normal, desvaneciéndose y aclarándose, desvaneciéndose.

—Listo...

—... tiene algún...

—... a la mierda. Vámonos...

—Oye, ¿no estará...?

Un nubarrón de oscuridad acercándose. Un golpe fuerte en las costillas y me hice una bola, tosiendo, lanzando las manos al aire como pude para protegerme de la siguiente patada, que no llegó. En su lugar, apareció una mano enguantada en mi campo de visión, se curvó en torno al candelabro, y solo tuve tiempo de preguntarme, mareado, para qué querían eso, antes de que una gran explosión muda borrara el aire y todo desapareciera, todo.

No sé cuánto tiempo estuve inconsciente; las partes que siguen no están unidas entre sí, lo único que tengo son momentos aislados, enmarcados como diapositivas, y con ese mismo halo fulgente y desatado, con nada entre ellas salvo oscuridad y el chasquido sonoro de la que desaparece al rotar cuando otra la sustituye en la lente.

Moqueta áspera contra la cara y dolor por doquier; el dolor era pasmoso, sobrecogedor, pero eso no me pareció especialmente importante o ni siquiera especialmente ligado a mí, lo principal, lo aterrador es que estaba ciego, del todo, no podía

clic

intentando incorporarme del suelo, pero los brazos me temblaron como en

pleno ataque epiléptico, cedieron, y de bruces en la alfombra

clic

barridos y chapoteos de rojo sobre tela blanca, locura, fuerte hedor metálico a sangre

clic

a cuatro patas, vomitando, líquido caliente por los dedos

clic

trozos irregulares de loza azul, desperdigados (pensándolo ahora creo que debían de ser los restos de la taza del expreso, pero en su momento la cabeza no me funcionaba así, nada tenía sentido o esencia, nada era, solo estaba)

clic

gateando por un campo de escombros infinito que se movía y crujía, las rodillas deslizándose, los bordes de la visión bullían

clic

el pasillo, extendiéndose millas y millas, marrón y beis y palpitante; un parpadeo de movimientos lejos, muy lejos, al fondo, algo blanco

clic

apoyándome en la pared para incorporarme, avanzando a trompicones, pasos entrecortados, como si tuviera descoyuntadas todas las articulaciones; un graznido horrendo proveniente de alguna parte, rítmico e impersonal; intenté a la desesperada darme prisa, para escapar antes de que me atacara, pero no conseguía salir de aquella pesadilla a cámara lenta, y allí seguía, en mis oídos, a mis espaldas, por todo alrededor (y ahora, claro está, tengo muy claro que era mi propia respiración, pero en el momento blablablá)

clic

madera oscura, una puerta; arañándola, dentera, un gemido ronco que no quería formar palabras

clic

una voz de hombre pidiendo algo con urgencia, la cara de una mujer en una mueca de horror, boca muy abierta, bata de guata rosa, y luego una pierna se me volvió líquida, la ceguera me embistió de nuevo con un rugido, y desaparecí.



Después de eso siguió un intervalo largo de tiempo —unas cuarenta y ocho horas, al menos según mi reconstrucción de los hechos— en el que nada tenía sentido. Evidentemente hay grandes lagunas en negro del tiempo que estuve inconsciente, y no me hace gracia saber que es probable que nunca llegue a saber qué pasó exactamente en esos momentos. En cierta ocasión se lo pregunté a mi madre, pero se le puso una mueca blanca y tensa alrededor de la boca y me dijo «No puedo, Toby», y ahí se acabó la historia.

Incluso cuando empecé a recobrar y perder el sentido de forma intermitente, mis recuerdos son fragmentos sueltos sin un orden en particular. Personas chillándome, exigiéndome cosas; a veces intentaba hacer lo que me pedían —«apriete mi mano», recuerdo, y «abra los ojos»—, para contentarlos y que me dejaran en paz, pero otras me limitaba a ignorarlos y acababan largándose. Mi madre hundida en una silla de plástico, el pelo rubio entrecano suelto y despeinado y una rebeca verde medio caída por un hombro; tenía un aspecto horrible, y me daban ganas de pasarle el brazo por encima y decirle que todo saldría bien, que estaba agobiándose por una tontería, que solo había saltado del árbol de casa de mis abuelos y me había partido un tobillo; quería hacerla reír hasta que se le relajaran esos hombros delgados y rígidos que tenía, pero lo único que me salía era un gruñido torpe que le hacía pegar un bote de la silla y acercarse, con la boca muy abierta, «Toby, cariño, ¿puedes...?», y luego más oscuridad. Mi mano, con un aparatoso y desconcertante arreglo de vías, tubos y vendas pegadas al dorso, embutido en la carne como una especie de parásito grotesco. Mi padre apoyado contra una pared, sin afeitar y ojeroso, soplando a un vaso de papel; había un animal que le pasaba por delante una y otra vez, un bicho color pardo de largos músculos que parecía un perro salvaje o algo similar, un chacal quizá, pero no conseguía enfocarlos medianamente bien para poder asegurarme; mi padre no parecía

verlo y pensé que quizá debía avisarlo, pero habría sido una tontería, cuando lo más seguro era que lo hubiera traído él mismo, para animarme, que no era precisamente lo que estaba haciendo, pero a lo mejor luego se acurrucaba conmigo en la cama y me aliviaba de algún modo el dolor... Era un dolor tan intenso y difuso que parecía un elemento intrínseco del aire, algo que había que aceptar porque siempre había estado allí y nunca desaparecería. Aun así, cuando pienso en esos primeros días, no es el dolor lo que recuerdo con más intensidad, sino la sensación de estar siendo partido a trozos metódicamente, tanto de cuerpo como de mente, con la facilidad con la que se desgarran un pañuelo empapado, y que no podía hacer nada en absoluto por combatirlo.

Cuando mis pedazos, a su manera provisional, sin importar la extensión o la forma, consiguieron recomponerse, era de noche. Me vi tendido bocarriba en una cama incómoda de una habitación desconocida que estaba dividida por una larga cortina de color claro. Hacía un calor horrible y sentí los labios reseco, con la boca como si estuviera recubierta de arcilla agostada. Tenía una mano trabada a un tubo que subía hacia arriba y se perdía en la penumbra. Las persianas tintineaban a ratos con las corrientes de aire; una máquina sonaba con un pitido apagado y regular.

Poco a poco fui cayendo en la cuenta de que debía de estar en un hospital. Me pareció buena idea, a la vista del dolor que sentía: me dolía prácticamente todo. El epicentro parecía situarse en un punto concreto de la sien derecha, que daba la impresión de estar rebosando de un latido líquido oscuro y asqueroso que me asustaba tanto que ni me atrevía a palparme.

En cuanto me sobrevino el chute de terror puro y duro, no quiso parar. Tenía el corazón tan desbocado que pensé que iba a darme un infarto; jadeaba como un corredor y, a cada inspiración, sentía un dolor lacerante en el costado izquierdo que hacía que el terror se disparara hasta cotas aún más insospechadas. Sabía que debía de haber un botón cerca que pudiera pulsar para llamar a una enfermera, pero no podía permitírmelo: ¿y si me inyectaba algo para noquearme y no conseguía volver a resurgir?

Me quedé quieto un buen rato, agarrando las sábanas con los puños y luchando por no gritar. Por las rendijas de las persianas se colaban unas finas rayas de luz gris. Al otro lado de la cortina una mujer lloraba desesperada sin hacer ruido.

En el meollo del miedo estaba el hecho de no tener ni idea de cómo había llegado allí. Recordé algo sobre el Hogans, Sean y Dec, volver andando a casa, los besos por teléfono a Melissa..., ¿o eso había sido otra noche? Y

luego nada. Si alguien había intentado matarme —y desde luego tenía toda la pinta, y a punto habían estado de apuntarse el tanto—, entonces, ¿qué impediría que viniera a buscarme allí, qué impedía que estuvieran al otro lado de aquella cortina en ese justo momento? Herido, débil, con temblores, apuntalado por tubos y a saber qué más, no iba a poder hacer gran cosa frente a un asesino implacable y decidido... Las persianas tintinearón, y un espasmo de miedo estuvo a punto de catapultarme fuera de la cama.

No sé cuánto tiempo estuve allí tumbado, hurgando terca y desesperadamente entre los harapos de mi mente. La mujer de la cama de al lado seguía llorando, lo que en parte me tranquilizaba: mientras siguiera así, podía estar seguro de que no acechaba nadie en su lado de la cortina. Yo mismo me vi al borde del llanto para cuando por fin conseguí entresacar una imagen: mi salón, un fogonazo de luz repentino, dos hombres congelados, mirándome.

Puede que suene raro, pero me supuso un gran alivio. Unos ladrones me habían dado una paliza: podía pasarle a cualquiera, y ya había acabado y estaba a salvo; era muy improbable que intentaran localizarme en un hospital para rematar el asunto. Lo único que tenía que hacer era quedarme allí tumbado y recuperarme.

El pulso se me fue calmando lentamente. Creo que, pese a todo, hasta sonreí en la oscuridad. Así de convencido estaba, qué cosas, con una certeza total y feliz, de que todo había acabado.

A la mañana siguiente vino a verme un médico. Estaba más o menos despierto —al otro lado de la puerta el volumen del ruido del pasillo llevaba un rato *in crescendo*, voces aceleradas, pisadas, el siniestro traqueteo de los carritos—, pero por el chorro de luz clara que entraba por la ventana y me reventaba la cabeza deduje que era temprano. Tras la cortina alguien estaba diciéndole a la mujer de la otra cama, con la firmeza enfática y fría que se utiliza ante la pataleta del niño de otro:

—Tendrá que entender que todo lo que hemos hecho ha sido guiándonos por las prácticas recomendadas.

Debí de hacer algún ruido porque hubo un movimiento de telas al otro lado y una voz dijo con suavidad:

—Toby.

Me encogí en el sitio, lo que hizo que un dolor me estallara por todas

partes, pero era mi padre: inclinándose hacia delante en una silla, arrugado y con los ojos rojos.

—Toby, soy yo. ¿Cómo te encuentras?

—Bien —dije con la boca pastosa.

En realidad me sentía mucho menos zen que antes de quedarme dormido. Me dolía todo más incluso que antes, lo que en teoría no era buena señal; la teoría es que iba a recuperarme, y la posibilidad de que las cosas no fueran tan simples hizo que el pánico volviera a arañarme con sus uñas por los bordes del cerebro. Conseguí reunir el valor para llevarme dos dedos tímidos hasta aquel punto tras la sien derecha, pero parecía cubierta de una gruesa capa de gasas; el movimiento no me procuró ningún dato útil e hizo que el dolor subiera varios enteros.

—¿Quieres algo? ¿Un vaso de agua?

Lo que quería era algo para taparme los ojos. Estaba intentando concentrarme para pedírselo cuando el borde de la cortina se hizo a un lado.

—Buenos días —me dijo el médico asomando la cabeza por el hueco—. ¿Cómo se encuentra hoy?

—Ah —dije esforzándome por incorporarme y guiñando los ojos—. Bien. —Tenía la lengua del doble de su tamaño normal y como descarnada por un lado, y me salió una voz de actor malo haciendo de minusválido.

—¿Se siente con fuerzas para hablar?

—Claro, sí. —No era cierto, pero tenía la imperiosa necesidad de saber qué coño estaba pasando.

—Bien, eso es un gran paso —dijo el médico, que cerró tras de sí la cortina y saludó a mi padre con la cabeza—. Déjeme ayudarlo un momento. —Toqueteó algo que hizo que la parte de arriba de la cama se levantara con un desagradable resuello y me dejara medio incorporado—. ¿Mejor así?

Con el movimiento, mi visión subió y descendió como en una montaña rusa.

—Bien, gracias.

—Muy bien, muy bien. —Era un tipo joven, pocos años mayor que yo; alto, cara redonda y anodina, con entradas—. Yo soy el doctor Coogan. —O puede que fuera Cregan o Duggan, o nada que ver, quién sabe—. ¿Puede decirme cómo se llama usted?

Ya el solo hecho de que me lo preguntara, como si pudiera no saberlo, me resultó inquietante. Me retrotrajo a un fogonazo de caos nauseabundo, vozarrón chillándome al oído, luz brillante oscilando y rebotando, todo mi cuerpo convulsionándose con arcadas secas.

—Toby Hennessy.

—Ajá. —Retiró una silla y se sentó; tenía un fajo de papeles de aspecto críptico que asumí que era mi historia médica, contuviera lo que contuviese—. ¿Sabe a qué mes estamos?

—Abril.

—Así es. ¿Sabe dónde está?

—En un hospital.

—Correcto de nuevo. —Apuntó algo en los papeles—. ¿Cómo se siente?

—Bien. Algo dolorido.

Levantó la vista al oír aquello.

—¿Dónde tiene el dolor?

—En la cabeza. Duele un poco. —Era, cuando menos, un eufemismo (tenía tal martilleo en la cabeza que parecía que el cerebro temblara con la fuerza de cada latido), pero no quería que se fuera corriendo a por calmantes y me dejara allí sin explicaciones—. Y la cara. Y el costado. Y... —No se me ocurría el término apropiado para decirle a un médico «por encima del culo», sabía que había uno, pero no me salía—... ¿aquí? —El movimiento hizo que se me escapara un ruido involuntario.

El médico asintió. Tenía unos ojillos pequeños, nítidos y superficiales, como los de un muñeco.

—Sí, tiene una fractura en el coxis, y cuatro costillas rotas. Con eso no podemos hacer nada, pero se curarán por su cuenta sin que queden daños permanentes, no hay de qué preocuparse. Y para el dolor puedo darle algo, claro. —Extendió un dedo—. ¿Puede apretármelo?

Obedecí. Tenía un dedo largo y algo regordete, con la piel muy seca, tanto que me dio grima tocarlo con esa intimidad.

—Ajá. ¿Y con la izquierda?

Lo repetí con la otra mano. No necesitaba estudios de medicina para notar la diferencia: la derecha la tenía como siempre, mientras que con la izquierda sentí un tacto irreal, como una bola de algodón, que me aterró. Apretaba con menos fuerza que la de un niño. Miré de reojo al médico, pero no dio muestras de haber notado nada.

—Muy bien. —Hizo otra anotación—. ¿Me permite? —Estaba señalando la sábana.

—Claro —dije desorientado, sin saber qué quería hacer.

Mi padre se quedó observando en silencio, con los codos apoyados en las rodillas y los dedos unidos delante de la boca, mientras el médico echaba

hacia atrás la sábana con un movimiento diestro y dejaba a la vista mis piernas desnudas —tenía un par de moratones bastante feos que no me había visto— y el camisón del hospital hecho un guiñapo, con su blanco grisáceo y su estampado discretamente alegre, con unos diamantitos azules.

—A ver —dijo con la palma de la mano en la planta de mi pie—. ¿Puede dirigir el pie hacia mi mano?

Flexionar, extender, el otro pie, el izquierdo de nuevo algo más débil que el derecho, aunque no tan mal, seguramente la diferencia no fuera para tanto... Sentirse expuesto y manejado con tanta eficiencia e impersonalidad resultaba ligeramente aterrador. Aquel hombre se comportaba como si mi cuerpo fuera carne muerta, como si no estuviera unido a una persona. Tuve que reunir toda mi fuerza de voluntad para no apartar el pie de su mano.

—Bien —dijo—. Ahora quiero que levante la pierna contra la presión que voy a hacerle con la mano. ¿De acuerdo?

Me alisó el camisón y me puso la palma sobre el muslo.

—Espere —estallé—. ¿Qué me pasa?

Casi esperé que me bajara los humos como a la de la cama de al lado, pero se veía que la mujer era una histérica o estaba dando el coñazo o algo, porque el médico, en cambio, me apartó la mano de la pierna y se sentó en la silla.

—Fue usted agredido en su casa —me explicó con delicadeza—. ¿Le viene algún recuerdo?

—Sí. No de todo, de toda la agresión, pero... Pero no me refería a eso. ¿Tengo...? —No me salía la palabra—. La cabeza, ¿me la han roto? ¿O qué?

—Le golpearon al menos dos veces en la cabeza. La primera seguramente fue un puñetazo..., aquí... —Se señaló el carrillo izquierdo—. Y la otra con un objeto afilado contundente, aquí —dijo indicando el punto detrás de la sien derecha; pude oír la inspiración tensa de mi padre—. Sufrió una conmoción cerebral, pero parece que se ha resuelto bien. También le fracturaron el cráneo, lo que causó un hematoma extradural (o sea, una hemorragia entre el cráneo y la capa exterior del cerebro al romperse un vaso sanguíneo). Pero no se preocupe... —En realidad no estaba enterándome de la mitad, pero debí de desencajar los ojos porque levantó una mano, como para tranquilizarme—. Lo corregimos en el quirófano, en cuanto ingresó. Le practicamos un pequeño orificio en el cráneo para drenar la sangre y aliviar así la presión del cerebro. Tuvo usted mucha suerte.

A una parte indefinida de mí le pareció de lo más indignante que le dijera aquello a alguien en mi situación, pero otra parte más grande de mí se aferró al

consuelo que suponía: mucha suerte, sí, tenía suerte, al fin y al cabo, aquel tipo era médico, él sabía de lo que hablaba, y yo no quería ser la mujer quejica de la cama de al lado.

—Si usted lo dice...

—Es verdad. Tuvo lo que llamamos un intervalo de lucidez después de la agresión. Es bastante común cuando se dan este tipo de lesiones. Tenemos la teoría de que estuvo inconsciente durante una hora o más, debido a la conmoción, pero luego volvió en sí y pudo llamar para pedir ayuda antes de volver a perder el conocimiento, ¿podría ser? —Me miró inquisitivamente, entre parpadeos.

—Si usted lo dice —repetí tras un momento de confusión: no recordaba haber llamado a nadie; es más, a esas alturas apenas recordaba nada, aparte de unos oscuros fogonazos furibundos que no me daban ganas de hurgar mucho más allá.

—Mucha suerte —insistió el médico, que se inclinó hacia delante para asegurarse de que me calara la gravedad del asunto—. Si no hubiera conseguido pedir ayuda y el hematoma se hubiera quedado otra hora sin tratar, casi con seguridad el desenlace habría sido fatal. —Cuando me quedé mirándolo con cara inexpresiva, incapaz de hacer nada con aquel dato—: Ha estado a punto de morir.

—Ah —dije un momento después—. No lo sabía.

Nos miramos el uno al otro. Me dio la sensación de que estaba esperando a que yo dijera algo, pero a saber qué. La mujer de la cama de al lado estaba otra vez llorando.

—¿Ahora qué? —le pregunté consiguiendo disimular casi la totalidad del pánico que me aleteaba por dentro—. Con mi mano, digo... la pierna. ¿Se van a...? ¿Cuándo volverán a...?

—Es demasiado pronto para saberlo —se apresuró a responder el médico, que había dejado de mirarme y había vuelto con sus notas, lo que hizo que el pánico subiera varios enteros—. Dentro de poco vendrá el neurólogo y...

—Yo lo único que quiero es un... —No me salía la palabra, y temí que fuera el momento en que pondría su voz de regañina de niños y me diría que dejara de hacer preguntas y me comportara...

—Entendemos que ahora mismo no puede darnos garantías de nada —intervino mi padre con voz tranquila pero firme—, pero nos gustaría tener una idea general de a qué atendernos.

El médico asintió después de un momento y cruzó las manos por encima de

los papeles.

—Es bastante común que queden secuelas tras una lesión de este calibre. En su caso, dan la impresión de ser relativamente menores, aunque no puedo decir nada definitivo basándome en un simple examen externo. Uno de los efectos secundarios más comunes son las crisis epilépticas, así que tendrá que estar pendiente, pero suelen desaparecer con el tiempo. Le remitiremos a un fisioterapeuta que le ayudará con la debilidad en el lado izquierdo, y también disponemos de terapeutas ocupacionales, en caso de que tenga problemas con la concentración o la memoria.

Hablaba en un tono tan pragmático y razonable que me tuvo asintiendo a todo, como si aquello (crisis epilépticas, terapeutas ocupacionales, cosas salidas de un culebrón de médicos a años luz de mi vida real) fuese de lo más normal. Pero una parte diminuta y periférica de mí empezó a comprender, con un vértigo nauseabundo, que ahora eso era mi vida real.

—Cabe esperar que la mejoría llegue en gran medida durante los próximos seis meses, pero podrían pasar hasta dos años. El neurólogo...

Siguió hablando, pero, de buenas a primeras, me vi anegado en un maremoto de fatiga. La cara se le dobló en dos y se le emborronó hasta perder el sentido; la voz retrocedió en un cuchicheo lejano e ininteligible. Quise decirle que necesitaba ya los calmantes, por favor, pero se me antojaba imposible reunir la energía para hablar, algo de lo que nadie podía ser capaz, y el dolor me hizo un placaje que me sumió en un sueño denso y traicionero.

Mi estancia en el hospital duró menos de dos semanas, lo que, dadas las circunstancias, no estuvo nada mal. Esa misma tarde que hablé con el médico me encontraron una habitación individual (deshaciéndose en disculpas, con un cuchicheo en piloto automático sobre saturación), lo que me supuso un alivio: la desquiciada de la cama de al lado no paraba de llorar y estaba empezando a irritarme, a taladrarme el cerebro hasta colarse en mis sueños. La habitación que me asignaron era luminosa, espaciosa y tranquila, y me di una palmadita mental en el hombro por estar pagando un buen seguro de salud, por mucho que no hubiese contado con tener que utilizarlo en décadas. Pasaba mucho tiempo durmiendo y, cuando estaba despierto, casi siempre estaba acompañado (el horario oficial de visitas era de una hora por la tarde y un par por la noche, pero al parecer las enfermeras hacían la vista gorda con las visitas a deshoras en las habitaciones privadas). Durante el día venía sobre

todo mi madre, quien había dejado colgado el trabajo, y de paso al departamento —daba clase de Historia del siglo XVIII en el Trinity College—, en cuanto había recibido la llamada. Me traía cosas: un ventilador, porque en la habitación hacía un calor inmisericorde; infinitas botellas de agua, zumo y Lucozade, porque tenía que mantenerme bien hidratado; postales de cuadros y ramos de tulipanes; las chucherías que me gustaban de pequeño (Monster Munch, palomitas con queso y un virulento olor a vómito); tarjetas de mis tíos y tías; una variedad alucinante de libros; una baraja de cartas; un cubo de Rubik modernito con piezas de Lego. No toqué nada prácticamente, y con los días la habitación empezó a adquirir un extraño aspecto de solar abandonado, como si salieran cosas al azar por generación espontánea en cada superficie libre, y tarde o temprano las enfermeras fueran a encontrarme enterrado bajo una montaña de magdalenas y un acordeón.

Siempre me había llevado bien con mi madre. Es inteligente, mordaz y divertida, con un sentido estético muy desarrollado y una predisposición para la felicidad contagiosa, una mujer que me habría caído bien aunque no fuéramos parientes. Incluso cuando era un adolescente moderadamente rebelde, las peleas (lo típico, por qué no puedo quedarme hasta más tarde y lo injusto que es que me controléis todo el rato si tengo o no tareas) las tenía con mi padre, casi nunca con ella. Desde que me había independizado la llamaba un par de veces a la semana, quedábamos para comer una o dos veces al mes, por puro cariño y porque me divertía con ella, no por deber; de vez en cuando le compraba regalos peculiares o le mandaba mensajes para contarle cosas divertidas que decía Richard, mi jefe, y que sabía que a ella le hacían gracia. Hasta su forma de estar me reconfortaba, con ese paso de piernas largas tan natural, el abrigo bailándole por detrás, los arcos anchos y delicados de sus cejas al saltar al unísono o arriba y abajo en tándem con la historia que estuviera contándole. De ahí que fuera una sorpresa igual de desagradable para ambos constatar que sus visitas en el hospital me sacaban de quicio.

De entrada, porque no me quitaba las manos de encima: siempre tenía una acariciándome el pelo, apoyada en mi pie, buscándome la mía bajo las colchas, y, más allá del dolor, empecé a entender que me daba tanto asco que me tocaran que a veces no podía evitar apartarme. Y siempre empeñada en hablar sobre aquella noche: ¿cómo me sentía? (Bien.) ¿Quería hablar del tema? (No.) ¿Tenía alguna idea de quiénes podían ser esos hombres, me habrían seguido a casa, a lo mejor me habían echado el ojo en el pub y habían visto que llevaba un abrigo caro y...? Yo por entonces pasaba la mayor parte

del tiempo en la convicción, brumosa pero rotunda, de que el allanamiento había sido cosa de Gouger y un colega suyo del correccional, que me la habían hecho pagar por haberlo echado de la exposición, aunque seguía demasiado confundido sobre todo el asunto para explicárselo a mi madre ni aunque hubiese querido. Me defendía con gruñidos cada vez más insolentes hasta que lo dejaba estar, pero al cabo de una hora volvía a las andadas, incapaz de controlarse: ¿estaba durmiendo bien? ¿Tenía pesadillas? ¿Recordaba algo?

Supongo que el verdadero problema era que mi madre estaba muy afectada. Ponía mucha fuerza de voluntad en disimularlo, pero yo conocía bien esa jovialidad artificial y extremadamente serena de mis crisis infantiles («Vale, cariño, vamos a limpiar bien la sangre para ver si tenemos que ir a la doctora Mairéad ¡a que te ponga un poco de pegamento azul! ¡A lo mejor vuelve a darte pegatinas!»), y me daba grima. En ocasiones esa careta se le caía y se entreveía un pavor tan tremendo y descarnado que me provocaba arrebatos de pura furia: sí, estaba claro que había pasado un par de días malos, pero su hijo ya estaba fuera de peligro y no tenía de qué preocuparse, a ella le funcionaban perfectamente las dos manos, no veía doble ni a saltos, nadie estaba dándole discursos sobre terapia ocupacional, ¿cuál era su problema, si podía saberse?

Era verla y entrarme ganas de gresca. Independientemente del resto de los efectos de la lesión cerebral, estaba claro que no me impedía hacer aquello, más bien al contrario: la mayor parte del tiempo me las veía y me las deseaba para formar frases sencillas, pero en cuanto pasaba al ataque, parecía desatarse en mí una fluidez renovada y desagradable. Solo necesitaba un tropiezo de mi madre, una frase o una mirada que me daba donde más me dolía —y ni a punta de pistola habría podido justificar por qué consideraba tropiezos ciertas cosas, pero lo eran—, y allá que íbamos.

—Te he traído melocotones. ¿Quieres tomarte uno ahora? Los he lavado en el...

—No, gracias, no tengo hambre.

—Bueno —(subiendo la nota jovial, inclinándose para hurgar en la bolsa de plástico llena que tenía al lado de la silla)—, también te he traído *pretzels*. ¿Qué me dices? Son de los pequeñitos que te...

—Que he dicho que no tengo hambre.

—Ah... Vale. Te los dejo aquí para luego.

La empalagosa paciencia de mártir de su cara me asqueó profundamente.

—Vaya cara, joder. ¿Puedes dejar de mirarme así?

Se le tensó el gesto.

—¿Mirarte cómo?

—En plan «oh, pobrecito Toby, no es el de siempre, hay que ser comprensivo con él, el pobre no sabe ni lo que dice...».

—Las lesiones que has sufrido son muy graves. En todo lo que he estado leyendo pone que es normal que estés un tanto...

—Yo sé perfectamente lo que me digo. ¡No soy un puto vegetal! No se me está resbalando de la boca el puré de ciruelas. ¿Es eso lo que estás contándole a la gente, que no soy el que era? ¿Por eso no ha venido a verme nadie? Susanna y Leon ni siquiera me han llamado...

Mi madre se puso a parpadear aceleradamente, con la vista más allá de mi oreja, bajo la luz proveniente de la ventana. Tuve la horrible sensación de que estaba intentando no llorar, y otra igual de horrible de que, como me viniera con esas mierdas, la echaría a patadas de la habitación.

—Yo lo único que le he dicho a la gente es que quizá todavía no te encuentras bien del todo. Además, tampoco me ha dado la impresión de que quisieras hablar con nadie.

—¿Y para qué ibas a preguntarme mi opinión? ¿Has decidido por tu cuenta que no era suficientemente «el de siempre» para tomar una gran decisión como esa yo solito?

Era un alivio poder culpar a mi madre de eso. Susanna y Leon son mis primos. En realidad no quería hablar con ellos, pero habíamos crecido juntos, y aunque a esas alturas ya no éramos precisamente uña y carne —a mi prima la veía un par de veces al año, en Navidad y en algún cumpleaños, y a mi primo, como mucho, una vez, cuando venía de visita desde Ámsterdam, Barcelona o la ciudad por la que estuviera vagando en esos momentos—, me había dolido que no se hubieran molestado en venir.

—Si quieres ver a todo el mundo, puedo...

—Si quiero verlos, se lo puedo decir yo. ¿O crees que tengo demasiado tocado el cerebro? ¿Qué crees, que soy prácticamente un bebé, que necesito que mi mamá me organice la agenda para quedar con mis amiguitos?

—Vale —con una cautela desquiciante, las manos muy apretadas sobre el regazo—, entonces, ¿qué quieres que les diga cuando me pregunten por ti? Han estado todos mirando por internet lo que puede suponer una lesión cerebral y, claro, como hay un abanico tan amplio de secuelas, no tienen ni idea de cómo...

—No les digas nada. Déjalo. —Ya me lo veía, mi familia merodeando y picoteando de mi carroña como hormigas: mi tía Louisa poniendo sus caras

almibaradas de compasión, mi tía Miriam discutiendo sobre qué chacra necesitaba desbloquear, el tío Oliver pontificando sobre alguna chorrada que habría leído en la Wikipedia y el tío Phil asintiendo sabiamente a todo...; me daban ganas de pegarle a alguien—. O, ya sé, se me ha ocurrido una idea fantástica, ¿por qué no les dices a todos que estoy estupendamente y que me dejen en paz de una puta vez? ¿Cómo lo ves?

—Están preocupados por ti, Toby. Lo único que...

—Ooh, mierda, perdona, ¿ellos lo están pasando mal? ¡¿Lo están pasando muy mal con todo esto?!

Y así una y otra vez. Yo nunca había sido una persona cruel, jamás, ni siquiera en el instituto, cuando pertenecía al grupito de los enrollados y podía haberme librado de cualquier cosa, maltraté nunca a nadie. Verme haciéndolo entonces me provocaba una oleada tanto de júbilo feroz y jadeante como de desdicha: júbilo porque era un arma nueva, aunque no tengo claro cómo iba a protegerme eso de nada (ah, claro, la próxima vez que me topara con unos ladrones siempre podía despellejarlos a base de sarcasmo), y desdicha porque me había gustado ser buena persona y ahora no conseguía encontrar el camino de vuelta; esa parte de mí parecía haberse perdido para siempre en una oscura extensión de escombros humeantes. Y, además, para cuando mi madre se iba todos los días, la verdad es que tanto ella como yo acabábamos agotados.

Mi padre venía a última hora de la tarde. Ejercía de procurador, siempre hasta arriba de trabajo, iluminando a otros abogados sobre algún caso financiero impenetrable. Venía directo del despacho, con el mismo halo imperturbable y esotérico de trajes caros y secretos a medias que solía entrar con él por la puerta de casa todas las noches cuando yo era pequeño. Al contrario que mi madre, sabía ver cuándo yo no estaba de humor para chácharas, y, al contrario que con mi madre, con él no me daban ganas de enzarzarme en peleas que no iban a ninguna parte. Casi siempre me hacía un par de preguntas de cortesía sobre cómo me encontraba y si necesitaba algo, y luego sacaba algún libro enrollado y maltrecho del bolsillo del abrigo (P. G. Wodehouse, Thomas Keneally), se acomodaba en el sillón de las visitas y se pasaba las horas leyendo tranquilamente. Si logré encontrar un asomo de paz y tranquilidad, creo que fue eso: el ritmo regular del pasar las páginas, el resoplido ocasional de risa suave, las líneas nítidas de su perfil contra la ventana al anochecer. Solía quedarme dormido en su presencia, y eran los únicos momentos de sueño en el hospital que no eran ni entrecortados ni precarios, con esa sombra acechante de los sueños mancillados y de la

posibilidad de no volver a despertar.

Melissa venía siempre que encontraba a alguien que se ocupara de la tienda, aunque fuese solo una hora, y luego volvía también por las noches. Siendo sincero, la primera vez que vino fue un horror. Yo mismo podía oler mi peste a sudor y a infinidad de químicos, seguía con el camisón del hospital, y era consciente de que tenía un aspecto penoso. Las veces que había conseguido arrastrarme hasta el baño y mirarme en el espejo, me había llevado una impresión muy fuerte. La verdad es que estaba acostumbrado a ser guapo, con una naturalidad y una sencillez que no exigía mucho esfuerzo por ninguna de las partes implicadas: tenía una buena mata de pelo claro y fuerte, ojos muy azules, y una cara de esas agradables y aniñadas que caen bien al momento tanto a hombres como a mujeres. El tipo del espejo moteado era otra historia muy distinta. Tenía el pelo enmarañado y sucio, tirando a castaño, con un gran parche afeitado a un lado de la cabeza y atravesado por una fea cicatriz roja claveteada con unas grapas gordas y brutales. Tenía un párpado muy caído, como de fumado, y la mandíbula hinchada y jaspeada de morado; me faltaba un trozo de paleta y tenía un labio hinchado. En los pocos días que habían pasado había perdido peso; ya de entrada era más bien delgado, pero la carne se me había hundido bajo los pómulos y la mandíbula y tenía una alarmante cara de famélico; por lo demás, la barba de varios días me daba aspecto desaseado, y los ojos inyectados en sangre tenían una mirada desenfocada de media distancia que me colocaba a caballo entre tonto y psicópata. Parecía el típico muerto de hambre de la peli de zombis con pinta de no pasar de la primera media hora.

Y Melissa allí, con su cabeza dorada y esponjosa y su remolino de vestido estampado al abrirse la puerta, un ser de cuento escapado de un lejano mundo de mariposas y gotas de rocío. Sabía que bastaría con que me viese un instante en aquel sitio tan sórdido —desprovisto metódica y deliberadamente de todo lo que valía la pena, con tan solo los mecanismos más básicos, los fluidos y los hedores de la vida en obscena exposición— para que no volviera a verme como antes. No esperaba que diera media vuelta y echara a correr —pese a ser una persona tierna, Melissa se atenía a un código de lealtad muy rígido e inflexible que yo sabía que no incluiría dejar tirado a su novio con daños cerebrales antes de que le quitasen la vía del brazo—, pero me preparé para ver la sacudida de horror en su cara, la determinación de dientes apretados de quien se dispone a cumplir con su deber.

Sin embargo, en lugar de eso atravesó corriendo la puerta sin pararse ni un

segundo y con los brazos tendidos hacia mí —«Ay, Toby, cariño»—, y solo se detuvo por miedo a hacerme daño, con las manos aleteando a centímetros de mí, la cara pálida y los ojos bien abiertos y perplejos, como si acabara de enterarse de lo que había pasado.

—Ay, Toby, tu cara, pobre...

Solté una risotada de puro alivio.

—Ven aquí, anda —le dije consiguiendo que no me sonara muy pastosa la voz—. Que no me rompo.

La rodeé con mis brazos (con una punzada de agonía por las costillas, pero me dio igual) y la apreté con fuerza. Sentí al momento que me corrían sus lágrimas por el cuello, calientes, pero soltó una risita.

—Ay, qué tonta, pero es que no sabes lo que me alegro de...

—Chiss —le dije mientras cogía su suave cabeza en mi palma y le acariciaba la espalda.

Ese olor a madre selva que tenía, la delicadeza de su cuello en mi mano... Sentí hacia ella una sobrecogedora oleada de amor, por estar allí y derrumbarse y dejarme ser el fuerte a mí, el que la consolara a ella.

—Chiss, amor, ya está. Va a ir todo bien.

Y así nos quedamos, con la dulce brisa de la primavera removiendo las persianas y el sol despidiendo óvalos de luz titilante a través de las miles de botellas de agua, el coxis matándome y yo ignorándolo, hasta que tuvo que irse para volver a abrir la tienda.

Nos pasamos así la mayoría de sus visitas, las mejores partes: juntos en la estrechez de la cama, sin hablar, sin movernos, salvo por el sube y baja de nuestra respiración y el ritmo estable de mi mano en su pelo. A veces, sin embargo, no salían así las cosas. Había días en que solo de pensar que alguien me tocara me daba repelús, y aunque evidentemente a Melissa no se lo decía con esas palabras (a ella le contaba que me dolía todo, lo que, siendo justos, era cierto), me daba cuenta de que la afectaba ver cómo me apartaba después de un abrazo breve o un beso... «¿Y qué tal hoy, alguna venta buena?» Pero lo disimulaba bien: retiraba el sillón de las visitas y se ponía a charlar, a contarme historietas del trabajo, cotilleos sobre el último dramón de su compañera de piso (Megan era una tipa presumida y tiquismiquis que trabajaba de encargada en una cafetería repipi supereco, supercrudibio, y que no entendía por qué toda la gente a la que conocía acababa siendo gilipollas; solo Melissa podía ser capaz de vivir con ella tanto tiempo): partes, en suma, del mundo exterior, para que supiera que seguía ahí, esperándome. Yo se lo

agradecía e intentaba hacer lo posible por escuchar y reírme cuando debía, pero tenía la concentración tocada, el flujo continuo de cháchara me daba dolor de cabeza y —me sentía un desagradecido y un traidor por ello, pero no podía evitarlo— sus historias me parecían tan banales, tan nimias y sin importancia, frente a la gran mole oscura que me llenaba cuerpo y mente y todo el aire a mi alrededor. Al final acababa pensando en las musarañas, buscando dibujos entre los pliegues de la sábana arrugada o hurgando obsesivamente en mi recuerdo de aquella noche en busca de nuevas imágenes, o quedándome dormido sin más. Al rato la voz de Melissa paraba y murmuraba algo sobre volver al trabajo o a casa, se inclinaba para darme un beso suave en los labios amoratados y se iba sin hacer ruido.

Cuando no tenía visita, no hacía prácticamente nada. Había un televisor en la habitación, pero no podía seguir ninguna trama más de unos minutos, ni tener el sonido a un volumen normal sin que me diera un dolor de cabeza infernal. Las veces que intentaba leer o que tonteaba con el móvil también me daba jaqueca. En circunstancias normales, una inactividad así me habría tenido pegando botes como un crío y preguntándole a todo el que pillara por banda cuándo podía irme a mi casa, o por lo menos a dar un paseo o hacer algo, lo que fuera; pero lo único de lo que tenía ganas, por inquietante que fuera, era de estar allí tirado sin más, mirando el perezoso giro de las aspas del ventilador y el lento avance de las rayas de luz de las persianas por el suelo, cambiando de posición a cada tanto cuando ya no soportaba más el dolor en el coxis. El teléfono no paraba de pitarme: mensajes de amigos («Ey tío acabo de enterarme, vaya jodienda, espero que vayas mejor y que los hijoputas que te pegaron acaben pudriéndose en la cárcel»); de mi madre preguntándome si quería un puzle; de mi prima: «Hola solo quería saber cómo vas, espero que bien, dime si necesitas algo o si te apetece que vaya a hacerte compañía»; de Sean y Dec, preguntando si podían venir a verme; de Melissa, «solo para decirte que te quiero». A veces podía pasarme horas sin coger el teléfono para leer los mensajes. El tiempo había perdido su solidez en aquella habitación árida y sin ventilar, embrujado por débiles sonidos electrónicos y olores a disolución, formaba charcos y se desparramaba como el mercurio. Lo único que lo dotaba de una especie de hilo coherente era el ciclo inexorable de mis calmantes al hacer efecto y perderlo. En pocos días llegué a conocer sus señales al dedillo, el incremento gradual y aciago de las palpitations por encima de la oreja, la disolución de la agradable neblina que colocaba al mundo a una distancia soportable; podía saber casi al minuto cuándo emitiría

la bomba de la vía ese pitido penetrante y resabiado que significaba que podía pulsar el botón si quería otra dosis.

Con todo, lo peor no era el dolor, ni de lejos. Lo peor era el miedo. Una decena de veces al día o más mi cuerpo hacía algo que a todas luces no habría debido hacer. La visión se me desdoblaba y titilaba, y tenía que parpadear con fuerza, como un loco, para reajustarla; a lo mejor intentaba coger un vaso de agua con la mano izquierda, sin pensarlo, y lo veía resbalar de los dedos, rebotar contra el suelo y llenarlo todo de agua. Y aunque se me había bajado la hinchazón de la lengua, seguía arrastrando las palabras al hablar como un paleta de pueblo; cuando iba al baño, el pie izquierdo se me quedaba atrás por el suelo verdoso y pegajoso y me hacía cojear como Quasimodo. Y cada vez que me pasaba algo de eso, caía en una nueva espiral descendente: ¿y si no volvía a ver/andar/hablar en condiciones? ¿Y si era la primera de las crisis que me había anunciado el médico? Y si no era esa vez, ¿lo sería la próxima, o la otra, o la otra? ¿Y si no volvía a ser normal nunca más en la vida, ni un solo día?

En cuanto dejaba que el miedo se apoderase de mí, estaba jodido. Nunca habría imaginado que pudiera existir algo así: devorador, voraz, un vórtice negro y arremolinado que me succionaba con tanta inclemencia que sentía como si estuvieran devorándome vivo de verdad, partiéndome los huesos, chupándome el tuétano. Después de una eternidad (tumbado en la cama con el corazón martilleándome, la adrenalina inflamándome como una luz estroboscópica, sintiendo que los últimos hilos que mantenían de una pieza mi cabeza se estiraban casi hasta partirse), pasaba algo que me liberaba del abrazo mortal del vórtice —una enfermera que entraba y me obligaba a pasar al modo cháchara alegre, o un sueño que me vencía de repente— y conseguía regresar del hoyo, tembloroso y débil como un animal medio ahogado. Pero incluso cuando remitía por un tiempo, el miedo siempre estaba allí: oscuro, deforme, con garras, pendiendo por encima o por detrás de mí, esperando la siguiente oportunidad para caer sobre mi espalda y clavarme a fondo las uñas.

A la semana o así vinieron a verme dos inspectores de policía. Estaba yo tumbado en la cama viendo la tele con el volumen bajado —un puñado de camionetas intentaba consolar a otra camioneta con sombrero de vaquero rosa que derramaba grandes lágrimas de dibujos animados— cuando llamaron a la puerta y asomó la cabeza un tipo con el pelo entrecano y bien recortado.

—¿Toby? —Supe al instante, por su sonrisa, que no era médico; ya tenía caladas las sonrisas de los especialistas, firmes y distantes, calibradas a la perfección para decirte el tiempo que quedaba de conversación: aquel tipo parecía simpático de verdad—. Policía. ¿Puede dedicarnos unos minutos?

—Ah —dije sorprendido (aunque no debería haberme sorprendido, puesto que sin duda todo aquello iba a conllevar una investigación policial en algún momento, pero había tenido otras cosas de qué preocuparme y ni se me había pasado por la cabeza)—. Sí, claro. Pasen. —Busqué el botón para levantar la cama y me incorporé entre chirridos.

—Estupendo —dijo el inspector, que entró y acercó la silla a la cama.

Tendría unos cincuenta años, puede que algo más; mínimo uno ochenta, traje azul marino cómodo, constitución fuerte, pinta de irrompible, como si lo hubieran tallado en un solo bloque de piedra. Acto seguido entró otro tipo, más joven y delgado, con el pelo anaranjado y un traje retro color cámel algo cantoso.

—Yo me llamo Gerry Martin y este es mi compañero, Colm Bannon. —El pelirrojo me saludó con la cabeza y apoyó el trasero en el alféizar de la ventana—. Estamos investigando lo que le pasó. ¿Cómo lo lleva?

—Bien, mejor.

El tal Martin asintió y ladeó la cabeza para examinarme la mandíbula y la sien. Me gustó que me inspeccionara directamente, con el pragmatismo de un entrenador de boxeo, y no como otros, fingiendo no verlo para luego escrutarme de reojo en cuanto creían que yo no miraba.

—Sí que tiene mucho mejor aspecto. Le dieron una buena. ¿Me recuerda de esa noche?

—No —respondí tras un segundo de desorientación (era inquietante pensar que me hubieran visto aquella noche, a saber en qué condiciones)—. ¿Vinieron?

—Solo unos minutos. Vine a hablar con los médicos y ver en qué estado estaba. Hubo un momento que creyeron que lo perdían. Me alegro de que fuera más fuerte de lo que pensaban.

Tenía voz de hombretón con buen talante, muy dublinés, con un reconfortante runrún por lo bajo. Volvió a sonreír y —aunque parte de mí sabía que era patético estar agradecido por que aquel desconocido se comportara como si yo fuese una persona normal, y no un paciente o una víctima o alguien que hubiera que tratar con pinzas para que no se partiese en pedazos— me sorprendí devolviéndole la sonrisa.

—Pues sí, a mí también me alegra eso bastante.

—Estamos haciendo todo lo posible por averiguar quién fue. Esperábamos que pudiera echarnos una mano. Tampoco queremos agobiarlo —(Traje Cantoso corroboró sacudiendo la cabeza en la retaguardia)—, ya habrá tiempo de profundizar cuando le den el alta y se vea preparado para hacer una declaración completa. Por ahora solo necesitamos lo justo para empezar. ¿Se ve con fuerzas para intentarlo?

—Sí, sí —dije (pero qué manera de arrastrar las palabras, y no quería que creyeran que era un minusválido, pero tampoco podía negarme)—. Claro. Aunque no sé si podré serles de mucha ayuda. No me acuerdo de mucho.

—Ah, por eso no se preocupe —dijo Martin mientras Traje Cantoso sacaba libreta y bolígrafo—. Simplemente cuéntenos lo que sepa. Nunca se sabe qué podría ponernos en el buen camino. ¿Quiere que se lo rellene antes de que empecemos? —Estaba señalando el vaso de agua que tenía en la mesilla de noche.

—Ah, sí, gracias.

Cogió la jarra de agua del revoltijo de cosas que había sobre la mesa de ruedas y me rellenó el vaso.

—A ver —dijo devolviendo la jarra a su sitio (acto seguido se subió las perneras del pantalón para ponerse cómodo, apoyó los codos en los muslos y entrelazó las manos, preparado para conversar)—. Cuéntenos: ¿hay alguna razón por la que alguien pudiera querer hacerle algo así?

Por suerte sabía que había alguna razón apremiante para no mencionarle mi teoría sobre Gouger a la poli, por mucho que fuera incapaz de recordarla.

—No —dije—, no se me ocurre ninguna.

—¿Ningún enemigo?

—No.

Martin me miraba sin pestañear, con sus ojillos azules y agradables. Yo le aguantaba la mirada, agradecido por la medicación, que no me habría permitido ponerme nervioso ni queriendo.

—¿Alguna historia con los vecinos? ¿Peleas por la plaza del aparcamiento, alguien que piense que pone la música demasiado fuerte?

—No, que yo sepa. La verdad es que nunca los veo.

—Esos son los mejores vecinos. ¿Ve aquí a mi compadre? —A Traje Cantoso—: Cuéntale lo del tío ese y el cortacésped.

—Uff, no me hables —dijo Traje Cantoso poniendo cara de hastío—. Mi antiguo vecino, ¿vale?... Yo siempre cortaba el césped los sábados..., a

mediodía, vamos, que tampoco era muy temprano. Pues resulta que al colega de al lado le gustaba dormir hasta tarde. Vino a darme la vara con el tema, y le dije que se comprara taponos para los oídos. Así que me grabó cortando el césped y luego puso la grabación en bucle toda la noche contra la pared de mi dormitorio.

—Ostras —dije, puesto que era evidente que esperaba una reacción por mi parte—. ¿Y qué hizo?

—Le saqué la placa y tuve una charlita con él sobre conducta antisocial. — Los dos rieron entre dientes—. A partir de ahí se relajó. Pero el caso es que no todo el mundo tiene una placa que enseñar, y ahí es cuando las cosas pueden ponerse feas.

—Supongo que tuve suerte —dije—. Además, la movida esa, el... —no me salía la palabra *aislamiento*—, los muros de mi edificio son bastante gruesos.

—Pues no deje escapar a esos vecinos —me aconsejó Martin—. Unos vecinos que no dan la brasa son un lujo hoy en día. ¿Le debe dinero a alguien?

Me costó un segundo pillar el nuevo hilo.

—¿Cómo?... A esos niveles no. A ver, entre mis amigos y yo, si estamos..., si salimos una noche, a lo mejor uno le presta a otro veinte euros... Pero nunca le he debido a nadie dinero en cantidad.

—Hace muy bien —dijo Martin con una media sonrisa irónica—. Pero ¿sabe qué? Que le sorprendería saber lo poco común que es eso. Yo diría que por lo menos la mitad de los casos de robos en casas que nos llegan... ¿La mitad?

—O más —matizó Traje Cantoso.

—Sí, es probable. Es que hay colegas que deben dinero, y aunque no tenga nada que ver con lo ocurrido, tenemos que estar convenciéndolos para que nos lo cuenten... La gente no se da cuenta de que nosotros no nos dedicamos a esto para joder a las víctimas. Si a uno le gusta meterse coca de vez en cuando y no está al día con su camello, no es problema nuestro; a nosotros lo único que nos interesa es cerrar nuestro caso. Y cuando por fin nos lo cuentan, tenemos que localizar al que le prestó el dinero y eliminarlo de la lista de sospechosos. Y ahí perdemos todos un tiempo precioso que podríamos emplear en pillar a los verdaderos culpables. Siempre se agradece no tener que pasar por todos esos tira y afloja. Entonces, ¿nada de eso?

—No. De verdad.

Traje Cantoso lo apuntó.

—¿Y cómo van los amores? —preguntó Martin.

—Bien. Tengo novia, llevamos tres años juntos...

No sé por qué, pero supe que no estaba contándoles nada nuevo, incluso antes de que Martin dijera:

—Sí, hemos hablado con su novia. Un encanto. ¿Alguna historia por ese lado?

Melissa no me había contado nada de los polis.

—No, qué va, no. Nos va muy bien.

—¿Y algún ex celoso o celosa? ¿Alguien se quedó con el corazón partido cuando empezaron a salir juntos?

—No. Ella rompió con su novio anterior porque él iba, él... —(quería decir «emigró») —... se fue a Australia, si no recuerdo mal. Y no hubo dramas ni nada. Además, nosotros no empezamos a salir hasta meses después. Y yo no es que siga quedando con mis ex después de romper, pero tampoco he tenido ninguna ruptura dramática ni nada de eso.

Todo aquello empezaba a revolverme por dentro. Siempre había considerado el mundo un lugar seguro, mientras a uno no le diera por hacer algo realmente idiota como engancharse a la heroína o irse a vivir a Bagdad. Estaban hablándome como si hubiera estado brincando alegremente por un campo de minas donde lo único que había que hacer era romper con la novia, o cortar el césped, y bum, se acabó lo que se daba.

—¿Y desde que están juntos? ¿Alguien que le haya tirado los tejos? ¿Alguien a quien haya tenido que rechazar?

—Nada serio. —Había habido una pintora unos meses antes, una chica de Galway muy guapa, medio *hippie*, que estuvo buscando pretextos para que quedáramos en persona y hablásemos sobre la promoción de su exposición; evidentemente yo había disfrutado del cortejo, pero cuando vi que empezaba a ponerme la mano en el brazo demasiado, limité nuestros contactos al correo, y ella pilló el mensaje enseguida—. A ver, todo el mundo tontea a veces. Pero nada serio.

—¿Quién tontea?

No pensaba soltarles lo de la pintora, cuando era evidente que no tenía nada que ver con el tema, y el nivel de bochorno habría subido por las nubes.

—Pues eso, chicas al azar. En fiestas o cosas así. En las tiendas. Nadie en concreto.

Martin se quedó callado unos segundos, pero yo bebí de mi agua y volví a mirarlo: seguía costándome enfocar bien; de vez en cuando parte de la cabeza del poli desaparecía, o lo veía doble, hasta que conseguía parpadear lo

suficiente para reajustar el enfoque. Por penoso que suene, sentí una ligera bocanada de gratitud hacia aquellos tipos por acaparar mi atención e impedir así que el terror se apoderara de mí.

—Entiendo —dijo por fin el inspector—. ¿Ha llegado alguna vez la cosa a puerto con alguna?

—¿Cómo?

—Que si ha engañado alguna vez a Melissa. —Antes de que pudiera responder, añadió—: Mire, amigo, no queremos buscarle follones. Nos cuente lo que nos cuente, si podemos permitirnos que no salga de aquí, lo haremos. Pero necesitamos saber todo lo que haya podido cabrear a alguien.

—Lo entiendo, lo entiendo, pero yo no la he engañado con nadie. Nunca.

—Buen chico. —Martin asintió con la cabeza—. Es de las de para toda la vida. Y la tiene usted loca.

—Y ella a mí.

—Ooh —jaleó Traje Cantoso, que se rascó la cabeza con el bolígrafo y me dedicó una sonrisa—. El amor juvenil...

—¿Alguien más que estuviera loco por ella? —quiso saber Martin—. ¿Alguien que haya estado rondándola y que no le gustase su pinta?

Llevaba tanto rato respondiendo que no a todo que a punto estuve de repetirlo, por inercia, cuando de pronto me acordé.

—En realidad sí que hubo un hombre. Eso fue..., hum..., ¿antes de Navidad? Un tío que fue a la tienda un día y se puso a darle palique, y luego siguió volviendo cada dos por tres y se tiraba allí un ratazo. Y venga a insistirle para que se tomara algo con él, incluso cuando ella le había dicho que no. A ella le in... —(in-algo..., in-tranquilizaba, no)—, a ella no le hacía gracia. Se llamaba Niall no sé qué, trabajaba en finanzas en el...

Martin estaba asintiendo.

—Sí, Melissa ya nos habló de él. Iremos a ver qué se cuenta, no se preocupe. Y ya que estamos, le pegaremos un sustillo, ¿eh? —Me guiñó un ojo—. Le vendrá bien, aunque no sea nuestro culpable. ¿Tuvo algún roce con él? ¿Unas palabras?

—Yo no diría exactamente un roce, pero sí que, después de varias veces haciendo lo mismo, le dije a Melissa que me avisara en cuanto volviera a la tienda. Y cogí y me planté allí desde el trabajo y le dije que se perdiera.

—¿Cómo se lo tomó?

—A ver, gracia no le hizo. No hubo..., no nos gritamos ni nos empujamos ni nada de eso..., aunque sí que se puso bastante borde con los dos. Pero al

final se fue. Y no volvió.

No me atribuló mucho echar a Niall no sé cuántos a los perros. No era más que un payaso y un soplagaitas carapán que me explicó que si Melissa realmente hubiera querido librarse de él, lo habría hecho, ergo, si seguía allí, era porque ella así lo había querido. Me habría reído en su cara —se veía que no era peligroso, un fanfarrón con muchas ínfulas— de no haber sido por la cara tensa y blanca de Melissa, y el timbre angustiado con que me había hablado de él. La urgencia que sentí por protegerla había sido tan fuerte que no me importó que estuviera exagerando; al final hasta me quedé un poco decepcionado por no haber tenido que pegarle al muy capullo.

—Se ve que manejó bien el asunto. Bien jugado. —Martin se acomodó aún más en su asiento, con un tobillo apoyado en la otra rodilla—. Ha dicho que bajó del trabajo para ir a echarlo. Trabaja usted en una galería de arte, ¿no es así?

—Sí. Me encargo de las relaciones públicas.

La mención a la galería hizo que la barriga me diera una pequeña voltereta lateral: si habían hablado con Melissa, podían haber hablado perfectamente con Richard...; ¿no sería mejor confesarlo todo, antes de que me lo soltaran ellos a mí? Pero tampoco me parecía factible que mi jefe hubiera querido meterme en problemas... Por no hablar de que yo seguía demasiado confundido para tener claro qué había hecho yo exactamente; sabía que Tiernan y yo la habíamos cagado y habíamos hecho que echaran a Gouger, pero...

—¿Alguna vez se ha llevado alguna obra a su casa?

—No, nunca.

—¿Puede haber razones para que alguien creyera lo contrario? ¿Alguien se lleva a veces cosas de la galería?, ¿para enseñárselas a clientes, tal vez?

—No funciona así. Si al cliente se le concede una... una visita privada, es en la oficina. No estamos asegurados para ir por ahí con las obras de arte.

—Ah, claro, los de los seguros —dijo Martin—. Siempre metiendo las narices en todo. No se me había ocurrido. ¿Alguien del trabajo con quien no se lleve bien?

—No, no es un sitio de esos. Todos nos llevamos bien. —O nos llevábamos, por lo menos, aunque...

—¿Y en casa? ¿Tiene algo valioso que pudieran estar buscando?

—Hum... —El aluvión de preguntas empezaba a desorientarme; aquel hombre no paraba de cambiar de tema, y estaba costándome todo mi poder de

concentración seguirlo—. Supongo que el reloj de pulsera... Tengo un reloj antiguo de oro que era de mi abuelo, que como que los coleccionaba... Pero, vamos, que a mí tampoco es que me tocara el mejor, porque tengo un primo mayor que yo, ¿Leon? En realidad no lo parece, pero sí que... —Había perdido el hilo, y fue una auténtica agonía, lo mucho que me costó recordar de qué se suponía que estaba hablando mientras los inspectores me miraban con cordial interés—. Eso, sí. Que el mío puede que cueste unas mil libras.

—Son bonitos esos relojes antiguos —comentó Martin—. A mí los modernos no me gustan, los Rolex y esas cosas... Les falta clase. ¿Se lo suele poner? ¿Se lo ha podido ver la gente?

—Sí, me lo pongo. No siempre..., casi siempre miro la hora ¿en el móvil? Pero para... una inauguración o una... una reunión o..., sí, para eso sí.

—¿Lo llevaba puesto la otra noche?

—No. O sea... —(reunión con Richard, un extra de solemnidad)—, sí, sí, creo que lo llevaba ese día. Pero luego lo normal es que cuando me fuera a la cama... Tendría que estar en mi mesilla de noche... ¿Se lo han llevado?

El inspector sacudió la cabeza.

—No sabría decirle a ciencia cierta. Si le soy sincero, no recuerdo ver un reloj de oro, pero eso no quiere decir que no estuviera. —Sentí una punzada en la barriga al imaginármelos hurgando en mi casa, y luego otra más fría y apremiante: tenía el hachís y..., mierda..., ¿no quedaría coca del San Patricio? Pero si pensaban pillarme por ahí, a esas alturas ya lo habrían mencionado...

—¿Y qué me dice del coche? —me preguntó Martin.

—Ah. —No se me había ocurrido lo del coche—. Sí, es un BMW Coupé...; a ver, tiene ya unos años, pero supongo que todavía vale un dinero... ¿Se lo han llevado?

—Sí que se lo han llevado —dijo Martin—. Lo siento. Hemos estado pendientes, por si lo ven por ahí, pero de momento no ha sonado la flauta.

—El seguro le compensará, no se preocupe —me tranquilizó Traje Cantoso—. Le daremos una copia del informe.

—¿Dónde tenía las llaves? —siguió el otro.

—En el salón..., en el... el... —Otra palabra que no me venía—... el aparador.

Martin resopló por un lado de la boca.

—A plena vista por las ventanas, amigo. ¿Suele dejar las cortinas descorridas?

—Casi siempre, sí.

Martin torció el gesto.

—La próxima vez se lo pensará, ¿no? ¿Las tenía recorridas la noche del viernes pasado?

—No... —Entre llegar a casa e irme a la cama estaba todo vacío, un agujero negro tan grande que no quería ni acercarme—. No me acuerdo.

—¿Sacó el coche ese día?

Me llevó un momento, pero:

—No, lo dejé en casa. —Me había dicho que, pasara lo que pasase con Richard, luego iba a querer tomarme unas pintas.

—En el aparcamiento enfrente de su edificio.

—Exacto.

—¿Suele ir al trabajo en coche?

—En realidad no. La mayoría de los días voy andando, si hace bueno, y así me ahorro el follón de aparcar por el centro. Pero si llueve o llego tarde, entonces sí que lo cojo. Y cuando me voy a alguna parte los fines de semana. Como un par de días o tres a la semana.

—¿Cuándo fue la última vez que lo sacó?

—Pues yo diría que... —Sabía que había estado unos días en casa antes de esa noche, pero no recordaba cuántos—... ¿a principios de semana? ¿El lunes?

Martin arqueó una ceja, no las tenía todas consigo: ¿seguro al cien por cien?

—¿El lunes?

—Puede ser. Es que no me acuerdo. A lo mejor fue el fin de semana.

Entendía adónde quería ir a parar. El aparcamiento estaba abierto a la calle, no era un recinto cerrado. Martin pensaba que alguien había podido echarle el ojo al coche, haberme vigilado para ver a qué horas lo utilizaba, mientras observaba las ventanas hasta identificar mi piso, y luego había ido a buscar las llaves. Pese a lo inquietante de la teoría —yo tirado tan tranquilo en el sofá comiendo patatas y viendo la tele, y unos ojos en la rendija oscura entre las cortinas—, me gustaba, muchísimo más que la mía de Gouger. Los ladrones de coches no actuaban por motivos personales, y era bastante improbable que volvieran.

—¿Algo más de valor?

—El portátil, la Xbox... Creo que eso es todo. ¿Se lo...?

—Sí —me confirmó Traje Cantoso—. Y también la tele. Es lo típico: son cosas que es fácil vender y sacarles algo de pasta. Podemos almacenar los

números de serie en nuestra base de datos, si los tiene, pero...

—Lo que estamos intentando averiguar es por qué usted —lo interrumpió su compañero.

Los dos polis se quedaron mirándome, con la cabeza ladeada y una media sonrisa expectante en la cara.

—No sé. Porque vivo en el bajo, digo yo. Y no tenía la alarma encendida.

—Podría ser —corroboró Martin—. Un delito de oportunidad. Está claro que es algo que pasa mucho, no se lo niego. Pero también hay muchos bajos. Y mucha más gente que no activa la alarma. En este punto tenemos que seguir preguntándonos: ¿podría haber otra razón por la que escogerlo a usted?

—A mí no se me ocurre ninguna. —Y al ver que seguían con esas miradas a juego, igual de moderadas y expectantes, añadí—: Yo no he hecho nada malo. No estoy metido en... en delitos ni nada de eso.

—Lo tiene claro, ¿no? Porque de lo contrario, ahora sería el momento de contárnoslo. Antes de que lo averigüemos por nuestra cuenta.

—De verdad que no. —Estaba empezando a asustarme: ¿qué creían que había hecho yo, si podía saberse? ¿Pasar droga? ¿Vender porno infantil en la *dark web*?—. Pueden preguntarle a quien quieran. Verifiquenlo como mejor les parezca. Yo no he hecho nada.

—Está bien —transigió Martin, que se recostó entonces en la silla con un brazo apoyado tranquilamente sobre el respaldo—. Es nuestro deber preguntarlo.

—Ya, sí. Lo entiendo.

—Si no, no estaríamos haciendo bien nuestro trabajo. No es nada personal.

—Ya. Yo no..., yo solo le respondo.

—Perfecto. No queremos otra cosa.

Traje Cantoso pasó una página de su libreta. Martin arqueó la espalda — con un crujido de la raquílica silla de plástico bajo su peso— y se ajustó la cinturilla del pantalón con los pulgares.

—Madre mía. Tengo que dejar los desayunos continentales, la parienta siempre me lo está diciendo. Bueno, Toby, a ver: cuéntenos la noche del viernes. Empiece por cuando salió del trabajo, por ejemplo.

—Lo tengo un poco borroso —dije dubitativo.

Menudo eufemismo: los recuerdos que tengo ahora me fueron volviendo a trancas y barrancas con los meses; en esos días, en cambio, podía llegar a convencerme, según el punto del ciclo de calmantes en el que estuviese, de que había vuelto a la facultad y me había pasado bebiendo en el baile del

Trinity y me había abierto la cabeza al caerme de la estatua de Edmund Burke que hay pasada la entrada principal.

—Cuénteme todo lo que pueda. Cuanto más, mejor, aunque no le parezca relevante. ¿Quiere que le eche más agua antes de empezar? ¿Un poco de zumo?

Les conté lo que recordaba, que por entonces no era más que un par de flashes del pub y del camino a casa, la imagen esa de los dos tipos mirándome fijamente desde la otra punta del salón, y luego un par de momentos chungos cuando estaba en el suelo. Martin me escuchaba con las manos entrelazadas sobre la barriga, asintiendo e interrumpiéndome por momentos para preguntarme cosas (¿podía describir a alguien que hubiera visto en el pub?, ¿a alguien que hubiera visto camino de casa?, ¿tuve la sensación de que me seguían?, ¿recordaba haber girado la llave en el portal del edificio, había visto a alguien cerca?). A sus espaldas, el televisor petardeaba con infinidad de imágenes coloridas y entrecortadas, dibujos de niños haciendo una coreografía con los brazos en alto, entusiastas presentadores de bocas y ojos ensanchados, niñitas con muñecas de sonrisas chispeantes y forzadas como las suyas. Traje Cantoso sacudió el bolígrafo, garabateó algo apretando sobre el papel y luego siguió escribiendo.

Conforme fuimos llegando a la parte central de la noche, las preguntas se volvieron más detalladas e insistentes. ¿Podía describir al tipo que estaba con el televisor? ¿Altura, constitución, color de piel, ropa? ¿Algún tatuaje o rasgo distintivo? ¿Y qué podía decir del que tenía cogido el portátil? ¿Habían dicho algo? ¿Algún nombre, apodo? ¿Tenían acento? ¿Algo fuera de lo normal en sus voces, ceceo, tartamudeo? ¿Agudas o graves?

Les conté lo que pude. El del televisor mediría lo mismo que yo, o sea, ¿uno ochenta o así? Flaco, blanco, con granos; unos veinte años, más o menos, pude aventurar; chándal oscuro, gorra; sin tatuajes ni rasgos en los que me hubiera fijado. El que tenía cogido el portátil era unos centímetros más bajo, creía, y un poco más entrado en carnes; blanco; por como se comportaba me dio la impresión de que era mayor, veinticinco o por ahí; chándal oscuro y gorra; sin tatuajes ni demás rasgos distintivos. No, no pude ver de qué color tenían el pelo, con las gorras no se veía. No, no vi si tenían barba o bigote, tenían la parte inferior de la cara tapada con el cuello de las sudaderas. No, no recuerdo que dijeran ningún nombre. Los dos tenían acento de Dublín, no recordaba nada distintivo en sus voces. No, no estaba cien por cien seguro (Martin me había hecho cada pregunta dos o tres veces, reformulándola con una ligera diferencia a cada vez; al rato ya no sabía distinguir entre lo que

realmente recordaba y lo que me inventaba con tal de darle una respuesta); más del cincuenta por ciento, ¿ochenta? ¿setenta?

Empezaba a perderme en la conversación. Hablar de aquella noche estaba pasándome factura, aunque más a un nivel físico que emocional: un aleteo sombrío e incesante en la barriga, un nudo cada vez mayor en la garganta, la mano o la rodilla saltándome como en un tic. Y el efecto de los calmantes empezaba a diluirse: los colores del televisor se volvían cada vez más fuertes, las voces de los polis y la mía propia me arañaban el cráneo por dentro. Con un urgencia débil y mareada que se inflaba a cada segundo, quise que terminasen de una vez.

Martin debió de notarlo.

—Bien —dijo incorporándose en la silla y mirando de reojo a Traje Cantoso—. Por hoy ya está bien. Ya con esto tenemos para ir tirando. Lo has hecho genial, Toby, si me permites que te tuteé.

—Y tú preocupado porque no fuera a valerlos lo poco que recordabas —dijo Traje Cantoso, tuteándome también mientras cerraba la libreta al vuelo y se la guardaba en la chaqueta—. Nos encontramos todos los días con gente a la que no le han pegado en la cabeza y aun así no nos cuentan ni la mitad que tú. Te lo has currado.

—Bien —dije, con la cabeza echando humo (yo ya lo único que pedía era no perder la compostura antes de que salieran por la puerta)—. Me alegro.

Martin se levantó y estiró la espalda llevándose una mano a la columna.

—Dios Santo, qué infierno de silla. Si me quedo más tiempo ahí sentado, acabo en la cama de al lado. El médico nos ha dicho que es posible que te den el alta la semana que viene, ¿no? —Era la primera noticia que tenía—. Cuando eso, ya podrás echar un vistazo por el piso y decirnos si te falta alguna cosa más, o hay algo que antes no estaba. ¿De acuerdo?

—Sí, claro, sin problema.

—Estupendo. Si pasa cualquier cosa antes de eso, nos encargaremos de tenerte al tanto. —Me tendió la mano—. Gracias, Toby. Sabemos que no ha tenido que ser fácil para ti.

—No pasa nada.

Tenía una mano enorme, envolvente, y aunque no me crujió al estrechármela, me subió un chisporroteo de dolor por el brazo. Seguí sonriendo y asintiendo como un tonto, intentando calibrar mi sonrisa en una mueca amigable y cortés, convencido de que más bien estaba poniendo un rictus sombrío o sonrisa de degenerado, cuando me di cuenta de que se habían

ido.

Sean y Dec me habían mandado un puñado de mensajes, cada uno por su cuenta, para preguntarme si podían ir a verme al hospital, pero yo no había querido verlos o, para ser más exacto, que me vieran así. Con todo, después de la visita de los polis, empecé a ver las cosas de otra manera: la teoría de los ladrones de coches arrancó al menos una capa de miedo, el terror irracional de que esos hombres siguieran vigilándome desde una penumbra nebulosa, sin pestañear, contando ávidamente las horas para que saliera del hospital y pudieran aprovechar la primera oportunidad. Si Martin y el inspector Fulanito estaban en lo cierto —y eran policías, profesionales con experiencia, Martin tenía pinta de llevar en el oficio desde antes de que yo naciera; ellos tenían que saberlo, ¿no?—, entonces lo único que tenía que hacer era comprarme un Hyundai cutre y correr las cortinas, y eso era algo con lo que podía vivir perfectamente. Todo aquel follón se me antojaba ligeramente más claro y llevadero; hasta lo físico daba la impresión de poder ser, era una posibilidad, meramente temporal. A la mañana siguiente les mandé un mensaje a mis amigos para decirles que podían venir a verme.

Vinieron directamente del trabajo, en traje y corbata, y me alegré sobremanera de haberle dicho a la enfermera que me quitara la vía para poder deshacerme del horrendo camisón del hospital y (encerrado en el baño, hirviendo de rabia por la impotencia, mordiéndome el labio hasta sangrar cuando la pierna izquierda se negaba a obedecerme) sudar la gota gorda para ponerme el pantalón del chándal y una camiseta que me había traído mi madre. Llamaron con suavidad a la puerta y entraron prácticamente de puntillas en la habitación, concentrados en mantener la calma y la neutralidad de sus caras ante casi cualquier cosa.

—Hostia, que no es un puto funeral —dije alegre, socarrón—. Anda, pasad.

Los dos se relajaron al instante.

—Me alegro de verte, tío —dijo sonriendo Dec, que se acercó rápidamente a la cama y me dio un prolongado apretón con las dos manos—. Me alegro un montón.

—Lo mismo digo —dije devolviéndole el apretón y la gran sonrisa.

Era verdad, me alegraba de verlos, aunque se me hacía raro: tenía la impresión de que había pasado mucho tiempo, como si tuviera que haberles

preguntado cómo les iba últimamente.

—Sí, tío, me alegro de verte —me dijo Sean chocándome la mano y dándome una palmadita muy cautelosa en el hombro—. ¿Cómo te va?

—No va mal. He pasado un par de días bastante dolorido —(el deje blandengue de mi voz me incomodó, pero como todavía tenía la mandíbula hinchada y amoratada, seguramente lo achacarían a eso)—, aunque ya se me está pasando. Sentaos.

Sean cogió la silla de las visitas y Dec se sentó —tímidamente, comprobando que no hubiera vías— en el filo de la cama.

—Me encanta el peinado —me dijo señalándome la cabeza (ya para entonces había empezado a ducharme y afeitarme, aunque ambas cosas me costaban lo suyo, y a veces tenía hasta que sentarme en el plato de ducha cuando me venía un mareo fuerte, así que el rollo zombi de película ya se me había pasado un poco, pero todavía no me había decidido a hacer nada con mi pelo)—. Con ese *look* puedes entrar en todas las discotecas de moda.

—Yo que tú me afeitaría una ceja para ir a juego —apuntó Sean—. Y así empiezas una moda hípster.

—Estaba pensando hacerme un... —(la palabra me vino justo a tiempo)— ... un mohicano. ¿Creéis que a Melissa le gustará?

—Yo creo que ahora mismo le puedes colar cualquier gol a Melissa. A tope con el mohicano.

Dec había estado medio ausente tirando del borde de la manta, para alisarlo, y mirándome.

—Se te ve bien, tío. A ver, no es que estés de puta madre, no te diría que te apuntaras a un triatlón ni nada parecido, pero estábamos asustados de que te hubieras quedado... en plan... con la cabeza hecha mierda.

—Ostras, qué sensibilidad la tuya, tío —protestó Sean.

—Venga, hombre, él sabe a lo que me refiero —protestó Dec, que me dijo entonces—: No sabíamos en qué estado te encontrabas, ¿sabes? Melissa lo único que nos decía es que estabas estupendamente..., que, bueno, nos alegramos y eso, pero, en fin, Melissa..., ella siempre es tan superpositiva con todo..., que no digo que sea algo malo, no me malinterpretes, pero... estábamos preocupados. Lo que quiero decir es que es una alegría ver que estás bien.

—Estoy bien —les aseguré.

Y en ese momento lo estaba, o lo más que podía: había cronometrado a la perfección mi dosis de calmantes con el botón pavloviano, y había aguantado

más de una hora sin pulsarlo, con ese dolor que daba repelús *in crescendo* en mi cabeza, para asegurarme de estar en el punto perfecto del ciclo cuando llegaran.

—Me quiero arreglar el diente este, pero aparte de eso básicamente solo tengo que tomármelo con tranquilidad un tiempo.

—Ostras —dijo Dec mirándome el diente con una mueca—. Hijos de puta.

—¿Los han pillado? —quiso saber Sean.

—Qué va. Creen que iban sobre todo a por mi coche, así que están pendientes de eso. Aunque puedo esperar sentado...

—Ojalá se estrellen por un puente —dijo Dec.

—A la mierda. Te puedes comprar otro coche. Limitate a tomártelo con calma y a recuperarte bien —opinó Sean—. Hablando del tema... —Levantó en alto una gran bolsa de papel y me la tendió—. Toma.

Dentro había un puñado de revistas —*Empire, New Scientist, Commando*—, un libro de Bill Bryson, una revista de sudokus, otra de crucigramas, una pequeña maqueta de un avión de modelismo y media docena de paquetes de pijadas de una variedad de sabores surrealistas.

—Eh, tíos, muchas gracias —dije, emocionado—. Me viene de lujo. —Era tan capaz de hacer un sudoku o construir una maqueta como de pilotar un avión de combate, pero me conmovió que hubieran tenido el detalle.

—No es nada —dijo Sean, que miró su silla con perplejidad mientras intentaba ponerse cómodo—, para que no te aburras.

—Nos dijimos que si realmente estabas bien estarías más aburrido que una puta ostra... —dijo Dec.

—Estoy más aburrido que una puta ostra. ¿Alguna novedad?

—Ah, sí, ¡novedades! —dijo Sean olvidándose de la silla—. Adivina lo que se le ha ocurrido hacer a este. —Señalaba con el pulgar a mi otro amigo, que estaba consiguiendo un buen cóctel de tímido, a la defensiva y encantado consigo mismo.

—Estás preñado.

—Ja-ja.

—Peor —dijo Sean en tono sombrío.

—Ostras, no —dije cayendo en la cuenta—. No puede ser.

—Lo ha hecho el muy capullo.

—¿Jenna?

Dec tenía los brazos cruzados y la barbilla hacia fuera, y había cogido un color sonrojado que le sentaba muy bien.

—Estoy contento. ¿No os vale con eso?

—Pero, compadre, ¿a ti también te han pegado en la cabeza o qué? ¿No te acuerdas de lo que pasó la última vez?

Sean volvió las palmas hacia arriba: «Exacto».

Dec había estado saliendo con Jenna menos de un año, y en ese tiempo habían roto como unas seis veces. La última había sido un festival del drama de proporciones épicas, con Jenna apareciendo en el trabajo de Dec cuatro días seguidos para suplicarle a moco tendido que le diera otra oportunidad, para luego recortar un «vete a la mierda» en una camiseta que él se había dejado en su casa, mandarle los restos por mensajero y soltarle mensajes furiosos e incoherentes en los muros de todos sus contactos de Facebook, incluidos los padres de él.

—Pero eso fue el año pasado, y Jenna estaba pasando por una mala racha. Ya se ha aclarado las ideas.

—Este un día se levanta con la polla en la boca —dijo Sean.

—Eso con mucha suerte. Lo que se va a levantar un día es con un test de embarazo positivo en la cara.

—¿Me veis cara de tonto? Uso condón, aunque no es de vuestra incumbencia...

—Ella tampoco es tonta. Solo hace falta un alfiler y, bum, ¿ahora quién es padre?

Estaba pasándomelo en grande, disfrutando de cada segundo. Por primera vez desde aquella noche me sentía casi normal, como una persona real de carne y hueso. No me había dado cuenta de lo rígido que había tenido el cuerpo por la tensión hasta que no se me diluyó un poco, y la relajación fue tan extática que podría haberme reído, llorado o haberlos besado a los dos.

—Anda y que os den, a los dos —dijo Dec enseñándonos un dedo corazón a cada uno—. Estoy contento. Si la cosa se va al garete, siempre tendréis tiempo de decirme: «Te lo dijimos»...

—Eso es fijo —dijimos a la vez Sean y yo.

—Vosotros mismos. Pero hasta entonces, si no vais a decir nada bueno, no digáis nada. Y tú —(yo)—, tú tienes que portarte especialmente bien conmigo, ¿sabes por qué?

—No cambies ahora de tema —dijo Sean.

—Tú calla. Ten —me dijo Dec, que se inclinó hacia delante con un ojo en la puerta y una sonrisa acechante—. ¿Qué te dan para el dolor?

—¿Por qué? ¿Quieres? —Incliné la bolsa de la vía, ofreciéndole un trago.

—Eh, de puta madre, danos un chupito rápido.
Hizo como si quisiera cogerlo; le aparté las manos.

—Vete por ahí, no pienso compartir.

—En serio, ¿qué te dan?

—Calmantes. Buena mierda. ¿Por qué?

—¿Lo ves? —le dijo Sean a Dec—. Te lo dije.

—No ha dicho qué clase de calmantes. Podría ser...

—¿Qué estáis tramando? —exigí saber.

Dec se metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta y, de nuevo pendiente de la puerta, sacó una petaca plateada.

—Te hemos traído otro regalito.

—Te lo ha traído él —lo corrigió Sean—. Yo le he dicho que era una gilipollez bien gorda. Si lo mezclas con medicación fuerte, te puede matar.

—¿Qué tiene? —le pregunté a Dec.

—Macallan, eso es lo que tiene. De dieciséis años. *Cask strenght*. Para ti, hijo mío, solo lo mejor.

—Suena de muerte —dije alargando la mano.

Por supuesto, en cuanto hubo que cruzar de verdad la raya, Dec pareció atribulado.

—¿Seguro?

—Ostras, compadre, que lo has traído tú. No seas calientapollas...

—Vale, vale. Pero ¿no prefieres buscarlo antes por Google, la medicación, para ver si...?

—¿Qué eres, mi madre o qué? Anda, trae.

Miró dubitativo la bolsa de la vía, como si fuera un perro poco fiable y fuera a tirárseme a la garganta si lo molestaba, pero acabó pasándome la petaca.

—Tiene razón —me dijo Sean—. Por una vez. Busca las contraindicaciones.

Destapé la petaca e inspiré con fuerza. El whisky me embargó, aroma a pasa y nuez moscada, a noches infinitas y risas incontenibles, bromas tontas y conversaciones encendidas que se alargaban y se iban por las ramas, todo lo que suponía un corte de manga a aquel sitio horrible y a aquella última semana infernal.

—¡Oh, sí! —suspiré—. Dec, compadre, eres el mejor. —Eché la cabeza hacia atrás y le di un trago enorme que me quemó maravillosa, profusamente, por todo el esófago—. ¡Agg! —dije sacudiendo la cabeza.

Mis dos amigos estaban mirándome como si fuera a arder por combustión espontánea o a caerme muerto en cualquier momento.

—Dios —dije empezando a reír—. Tendríais que veros las caras. Estoy bien. Ten... —Le tendí la petaca—. Vaya par de nenazas.

Sorprendentemente fue Sean quien, al momento, soltó una risotada y cogió la petaca.

—De acuerdo —dijo levantándola hacia mí—. Por vivir peligrosamente. Y un poco menos peligrosamente a partir de ahora, ¿vale?

—Lo que tú quieras —dije sonriendo todavía mientras él bebía.

El alcohol me había llegado al organismo, y no sabía qué estaría haciéndome, pero estaba sentándome de maravilla.

Sean terminó el sorbo resoplando como si saliera a flote.

—¡Ostras! Qué cosa más rica. Yo creo que aunque lo mate habrá valido la pena.

—Te lo dije —dijo Dec alargando la mano para coger la petaca—. Por vivir peligrosamente. —Y cuando la bajó, con una sonrisa beatífica—: Aah, *chapeau* para mí, si se me permite. —Sin embargo, cuando alargué la mano, no quiso volver a pasármela—. Guarda el resto, ¿vale? Por si luego necesitas un pequeño reconstituyente. Aquí cualquiera se muere de asco.

—No me muero de asco. Estoy todo el día tirado, con mujeres vestidas de enfermera que me traen el desayuno a la cama. ¿Tú te morirías de asco?

—Bueno. Tampoco queda mucho, no lo gastes todo. Métela por aquí. —Se puso a remover cosas por el estante del armarito.

—Madre mía, anda, trae, dámela a mí. —Le quité la petaca de las manos y empecé a hurgar en el armario para envolverla con algo—. La enfermera jefe, o como se diga, está como una puta cabra. ¿Pues no tenía un ventilador y la colega se lo ha llevado porque decía que «esparcía los gérmenes»? Como me pille con esto, no sé, puede castigarme sin salir o...

El armario estaba a la derecha de la cama, y para poder buscar más fácilmente, me cambié la petaca a la mano izquierda. Sentí cómo se me resbalaba, intenté apretarla con fuerza, pero la vi deslizarse de mis dedos sin poder hacer nada, como si fueran de agua, y luego rebotó contra la manta y cayó al suelo con un porrazo sordo. Se le abrió el tapón y un chorrito de whisky se extendió por el suelo verde podrido.

Hubo un momento de silencio congelado: Sean y Dec con los ojos desorbitados e incrédulos, yo sin poder respirar. Luego Sean se inclinó de lado para recogerla, le puso el tapón y me la devolvió.

—Ten.

—Gracias. —Conseguí enrollar la petaca en una bolsa de plástico y meterla al fondo del armarito, de espaldas a los chicos, para que no vieran lo mucho que estaba temblando.

—¿Te dieron en la mano? —preguntó Dec como quien no quiere la cosa.

Sean cogió una servilleta de papel que había en el carrito, la echó al suelo y empezó a secar lo derramado moviéndola con el pie.

—Sí, una patada o algo así. —El corazón se me salía por la boca—. No es nada. Los médicos me han dicho que tengo un poco de..., en plan, daño en el nervio de la muñeca. No es nada chungo. Un par de meses de fisio y se me quitará.

En realidad los médicos no habían dicho nada parecido. El neurólogo —un hombre mayor, fofo y cansino, con la palidez pegajosa de quien lleva retenido años en un sótano— se había negado, con una suficiencia rotunda, a decirme nada sobre si, o cuándo, o hasta qué punto, podía esperar mejorar. Al parecer, dependía de muchos factores, que, por supuesto, no tenía intención de enumerarme. En lugar de eso —interrumpiéndome cada vez que tartamudeaba o arrastraba las palabras, mirando a otra parte como si no mereciera su atención—, me dibujó unos planos del cerebro muy útiles con y sin hematoma, y me informó de que mis discapacidades residuales («es decir, los problemas que todavía no han desaparecido») eran «realmente mínimas» y de que debería considerarme afortunado, me mandó que hiciera la rehabilitación como un buen chico, y luego se fue cuando yo todavía estaba intentando hacerle ver de alguna manera que aquello era realmente asunto mío. Todavía me exaltaba de la rabia cuando me acordaba.

Sean asintió mientras hacía una bola con la servilleta mojada y buscaba una papelera.

—Por lo menos no es tu mano de las pajas —dijo Dec tras un momento.

El estallido de risa que pegamos los tres a la vez fue muy sonoro y prolongado.

Para cuando se fueron, nos habíamos acabado una bolsa de patatas y estábamos otra vez con la risa floja; Sean y yo le aconsejamos a Dec que aprovechara que estaba en el hospital para que mirase a ver qué enfermedades escabrosas le había pegado Jenna, a lo que él amenazó con chivarse de mí a la enfermera jefe por beber si no cerraba la boca. Visto desde fuera, todo habría parecido normal, de lo más normal: tres grandes colegas de palique, pasándose en grande. Pero cuando al rato volví a sacar la petaca —en ese

momento ponerme superciego me parecía una gran idea, y me daba igual lo que pudiera hacerme el cóctel de alcohol y medicación—, me pareció absurda, sus chulescas líneas curvas fuera de lugar, ridículas en medio de toda la funcionalidad intransigente y los colores institucionales del hospital. Me pareció una broma, un reírse en mi cara por haber pensado realmente —tonto, pringao— que solo necesitaba unos traguitos de beberecio para, ¡tachán!, que todo volviera a la normalidad absoluta. El hedor amargo del whisky me revolvió la barriga y volví a guardarlo.

A los pocos días me dejaron irme a casa. Me pegaron un quitagrapas a la cabeza y me dejaron con una larga cicatriz colorada, rodeada de puntitos rojos por donde estaban las grapas, y me desconectaron de mi intravenosa de calmantes, cosa que me preocupó, pero a cambio me recetaron unas pastillas que me sentaban bien, y de todas formas las costillas y el coxis los tenía mucho mejor y el dolor de cabeza tampoco era ya tan constante. Antes de irme vino un fisioterapeuta que me dio un puñado de ejercicios que me apresuré a olvidar y una tarjeta con la hora de una cita para una clínica no sé dónde, que me apresuré también a perder. También vino una trabajadora social, una orientadora o algo así, una mujer esquelética con unas gafas enormes y una sonrisa empalagosa que me dio una pila de folletos sobre «El daño cerebral y yo» (con cubiertas muy muy básicas con muñequitos de palotes en colores planos y vivos, esquemas de un muñequito guardando cosas en su Archivador de Memoria y sacándolas, explicaciones de por qué era bueno comer muchas verduras de colorines —«Al principio no quería echar la siesta después de comer, pero me ayuda mucho. Todavía me canso, pero me siento mucho mejor», James, de Cork—, así como un montón de listas prácticas, «Cosas importantes para hoy», «Cosas que han salido bien hoy») y me sugirió que si sentía rabia, colgase una toalla en el tendedero y le pegase con un palo.

Recibí también una nueva visita del neurólogo basura, que fue de lo más amena. Todas mis preguntas (¿Cuándo puedo volver a trabajar? ¿Cuándo podré tomarme unas pintas?, ¿practicar sexo?, ¿ir al gimnasio?) fueron, o bien directamente ignoradas, o bien respondidas con el mismo insulso e irritante «cuando se sienta preparado», lo que, por supuesto, era justo lo que estaba preguntándole: ¿cuándo iba a sentirme preparado? La excepción fue el «¿Cuándo podré conducir?», cosa que ni siquiera se me había ocurrido preguntar: el neurólogo (con su doble papada pulposa replegada hacia abajo,

las cejas en un arqueo severo por encima de las gafas..., le faltó blandirme un dedo en la cara) me informó de que no se me permitía ponerme tras el volante de un coche bajo ningún concepto, por si sufría una crisis epiléptica. Pasados seis meses, en caso de no haber sufrido ninguna, podría acudir a él para una revisión y pedirle de buenas maneras si por favor, señor, podría recuperar el carné. En general estaba esforzándome todo lo posible por no pensar en la posibilidad de las crisis, pero en aquel momento lo poco que me quedaba de cerebro lo tenía concentrado en las ganas locas que sentía de meterle al neurólogo en todos los huevos, de modo que conseguí aguantar la conversación entera sin caer en la espiral del pánico (¡«Cosas que han salido bien hoy»!).

Quedaba una hora para que mi madre viniera a recogerme y estaba rondando por la habitación sin hacer nada, intentando decidir qué leches hacer con la acumulación de cosas que había amontonadas por todas las superficies. En principio pensé que no quería nada (¿de dónde había salido ese conejito de peluche azul?), pero posiblemente algunas cosas de comer me parecerían más apetitosas una vez en casa, cuando no tuviera ganas de bajar a comprar, y seguro que en algún momento querría leer algo de todo aquello, y las flores de mi madre estaban en jarrones que tal vez querría de vuelta... Dos semanas antes lo habría tirado todo tan ricamente a la papelera, le habría dicho a mi madre que no tenía ni idea de dónde habían acabado sus jarrones y le habría comprado otros.

Estaba mirando el conejito de peluche que tenía en la mano sin saber qué hacer (¿realmente me había comprado aquello Melissa? ¿Esperaba que me lo quedase?) cuando llamaron a la puerta y asomó la cabeza el inspector Martin.

—¿Qué tal? Gerry Martin, ¿te acuerdas de mí?

—Ah —dije agradeciendo la oportunidad de olvidarme del conejo—. Claro. ¿Han encontrado a los culpables?

—Ostras, colega, danos un respiro. No es algo que se resuelva de un día para otro. —Repasó con la mirada la mesita de ruedas—. Tienes un buen puñado de Monster Munch ahí.

—Ya, mi madre...

—Ay, las mamás —dijo con indulgencia—. Nadie las supera. ¿Puedo comerme un paquete? ¿Te importa? Ahí tienes para alimentar a un ejército.

—Claro, coja lo que quiera.

Entresacó un paquete sabor rosbif y lo abrió.

—Qué ricos. Es que estoy muerto de hambre. —Con la boca llena—: Nos

hemos enterado de que te mandaban a casa y hemos venido a llevarte. Bannon está abajo en el coche.

—Pero... va a venir mi madre a recogerme —dije tras un segundo de confusión.

—Ahora le pegamos un toque, no hay problema. Le explicamos que ha habido cambio de planes. ¿Cuánto te queda? ¿Unos minutos?

—Pero... —repetí (no se me ocurría una manera educada de preguntar: «¿Para qué?»).

Martin, sin embargo, pareció leerme el pensamiento.

—Ya te lo dijimos, que necesitábamos que echaras un vistazo por tu casa para ver si faltaba algo o había cosas que no fueran tuyas, que se hubieran dejado los ladrones... ¿Te acuerdas?

—Ah —dije (acordarme, me acordaba, pero había dado por hecho que sería al día o dos de volver a casa)—. ¿Ahora?

—Sí, claro. Ahora es cuando te fijarás en si hay algo fuera de lugar. Y querrás ordenar la queleli, y no podrás hacerlo hasta que no hagas el repaso. —«Ordenar»..., no me había parado a pensar en el estado en que me encontraría el piso: los muebles volcados, la alfombra áspera por la sangre reseca, moscas revoloteando—. Mejor quitárselo de encima cuanto antes y volver a la normalidad. Mucho más fácil así. —Se metió otro puñado de Monster Munch en la boca.

—Ya —dije.

La idea de encontrarme aquel percal con Martin y Traje Cantoso respirándome en el cogote no me hacía gracia, pero era mucho mejor que tener allí a mi madre, con sus ojos todo compasión y venga a apretarme el brazo, por no hablar de que seguro que se pasaba el trayecto en coche intentando convencerme una vez más de mudarme con ellos un tiempo.

—Vale, sí, sin problema.

—De lujo. Ten. —Cogió la bolsa de viaje que me había traído mi madre y la balanceó por encima de la cama—. Querrás llevarte esos libros, y ese jarrón que tiene pinta de haberle costado un dineral a alguien. Lo demás podemos tirarlo a la papelera, ¿no?

Volver al piso fue un mal trago, mucho peor de lo esperado. No es que fuera el peliculón de miedo que me había montado: los muebles del salón estaban en su sitio, habían limpiado las moquetas y el sofá (aunque todavía pude distinguir

la sombra de las salpicaduras y las manchas de sangre, que ocupaban una superficie sorprendentemente amplia), todas las superficies estaban impecables y brillantes, no había ni una mota de polvo; los cajones del aparador estaban cuidadosamente apilados en una esquina, con el contenido ordenado en varios montones, papeles, cables y cedés. Había hasta un gran jarrón con flores crespas, de color morado y blanco, sobre la mesa rodeado por un charco de sol y sombras de hojas.

Lo que me resultó ajeno fue el ambiente en sí. Había entrado buscando inconscientemente el vago olor familiar a hogar: a tostadas, café, mi *aftershave*, la planta de albahaca que me regaló mi madre, el aroma a algodón fresco de las velas que a Melissa le gustaba poner a veces. No quedaba rastro de nada de eso, lo habían quitado a base de frotar; en su lugar, estaba el cargado olor a flores y, por debajo, una capa a químico que te atragantaba, y estoy seguro de que, en el fondo de la nariz, capté el olor acre, a sudado, del tipo que me había atacado. No olía a abandono; olía a ocupación intensa y febril, de alguien que no era yo y que no me quería allí. Fue como tender la mano hacia tu perro y verlo retroceder con el pelo del lomo erizado.

—Tómate tu tiempo —me dijo Martin a mi lado—. Sabemos que no es fácil. ¿Necesitas sentarte?

—No. Gracias. Estoy bien. —Preparé mi pierna izquierda para lo que venía: como me fallase en aquel momento, me la arrancaba de cuajo allí mismo...

—Tu madre ha debido de limpiar —comentó Traje Cantoso—. Nosotros no lo dejamos tan ordenadito. Había polvo revelador por todas partes.

—Tenían guantes —dije mecánicamente.

Acababa de darme cuenta de que la mitad de los cajones estaban rotos, con astillas sobresaliendo y los laterales sueltos.

—Ya, claro, pero eso no lo sabíamos —dijo Martin—. De todas formas, pudieron habérselos quitado en algún momento, mientras estabas inconsciente. Mejor ir sobre seguro, ¿no te parece? —Se acomodó contra la pared junto a la puerta del salón, con las manos en los bolsillos—. Echa un vistazo y me cuentas si ves que falta algo. A tu ritmo.

—La tele —dije (ya me lo esperaba, pero seguía pareciéndome imposible, aquel enorme espacio en blanco en la pared, como si, parpadeando lo suficiente, fuera a volver a su sitio)—. Y la Xbox. Y el portátil, a no ser que alguien lo haya puesto en otra parte...; seguramente estaba en la mesa de centro.

—Cero portátil. ¿Tenías algo dentro que alguien pudiera querer?

—No. A ver, supongo que los números de las tarjetas de crédito estarían guardados ahí, pero para eso se podrían haber llevado la... —Encima del aparador no había nada—. Mierda, la cartera. Tendría que estar ahí, siempre la pongo ahí...

—Nada —me cortó Traje Cantoso, que volvía a tener la libreta y el bolígrafo en ristre, siempre listo—. Lo siento. Cancelamos las tarjetas y las tenemos registradas por si salta el número, para que nos notifiquen si alguien intenta utilizarlas, pero de momento, nada de nada.

—Vaya. Gracias.

—¿Algo más? —preguntó Martin.

Los ojos no paraban de írseme hacia las sombras de sangre de la moqueta. El recuerdo me vino como una corriente eléctrica achicharrante: el resuello taponado de mi respiración, dolor, cortinas verdes, una mano enguantada agarrando...

—El candelabro —dije (me alegró oír que mi voz sonó normal, casi desenfadada)—. Tenía un candelabro. De metal negro, así de grande, con la forma de los barrotes esos retorcidos y con un..., una historia como un pétalo por encima... —No tuve fuerzas para contarles que lo había cogido conmigo al salir del cuarto, en plan superhéroe dispuesto a reventar a hostias a los malos—. Estaba allí, en el suelo.

—Eso lo tenemos, lo hemos mandado a analizar —me explicó Martin—. Creemos que fue con eso con lo que te golpearon... —Se señaló la sien—. Te lo devolveremos en cuanto los de la Científica acaben con él.

De pronto sentí un virulento escozor en la cabeza.

—Bien, gracias.

—¿Algo más? ¿Algo que no sea de aquí?

Miré alrededor. Los libros estaban totalmente desordenados en la estantería; no quise preguntar si habían sido los ladrones los que los habían revuelto, o ellos buscando.

—No creo. Así, a primera vista, no.

—A los cajones esos les dieron un buen repaso —dijo Martin señalándolos—. Cuando llegamos, estaba todo eso y los papeles tirados por el suelo. —Otro latigazo eléctrico de memoria, abriéndose camino entre los escombros, que crujieron y se deslizaron bajo mis pies—. ¿Alguna idea de qué podrían estar buscando?

En el primer cajón de la derecha era donde tenía guardados el hachís y los

restos de coca. Al parecer los ladrones habían tenido la delicadeza de llevárselos, a no ser que Martin estuviera faroleando para ver si le mentía (esa cara anodina y amable observándome, yo incapaz de interpretarla en modo alguno).

—No —dije tirándome de lo poco que tenía de pelo—. A ver, al menos que yo me acuerde... Ahí guardo más que nada cosas que no sé dónde meter. Papeleo, los discos para restaurar el portátil..., ni siquiera tengo muy claro que más había...

—Échale un ojo a ver —sugirió Martin, salvo porque en realidad tenía poco de sugerencia—. A lo mejor te viene algo.

Nada. Comida de peces de cuando tenía un acuario, hacía años, una camiseta que pensaba devolver pero se había quedado allí, ¿por qué tenía yo un cedé de Radiohead, me lo habría prestado alguien, estaría alguien cagándose en mí porque no se lo había devuelto? Tenía la impresión de que había guardado allí mi vieja cámara digital, pero no lo sabía con seguridad, y aún menos recordaba, cuando Martin me lo preguntó, qué fotos tenía, ¿las vacaciones con los chicos en Míkonos antes de ir a la facultad, fiestas de hacía tiempo, Navidades familiares? El sol había convertido la estancia en un terrario y el olor a químico estaba dándome jaqueca, pero no quise sugerir que abriéramos la puerta del patio, puesto que ellos no se habían quejado, y además tenía un cerrojo nuevo y reluciente, aunque no cubría del todo la madera clara astillada por la parte por donde habían forzado el antiguo, y yo no tenía la llave. Ya no me parecía que aquellos tipos fueran mejor compañía que mi madre: a ella por lo menos podría haberle dicho que se fuera.

Me hicieron repasar todo el piso, metódicamente, sin piedad, cuarto a cuarto, cajón por cajón. Mi ropa estaba toda revuelta y, efectivamente, el reloj de mi abuelo también había desaparecido; les di la descripción y me prometieron que lo buscarían por las casas de empeño, las tiendas de antigüedades y los locales de venta de oro. Tampoco estaban mis condones, pero todos comprendimos que eso sí que no habría manera de localizarlo, ni falta que hacía; si eso evitaba que esos tipos se reprodujeran, yo encantado de donarlos a la causa; nos reímos los tres con la gracia. La cabeza me estaba matando.

—Bueno —dijo Martin dedicándole por fin a su compañero una mirada que le hizo cerrar de golpe la libreta—. Vamos a dejar que te instales tranquilamente. Gracias por echarnos una mano, Toby. Te lo agradecemos.

—¿Tienen...? —dije (estábamos en el baño: reluciente, con los frascos

perfectamente alineados, demasiado pequeño para los tres)—. ¿Tienen alguna idea... sobre quién ha podido ser?

Martin se rascó la oreja e hizo una mueca.

—La verdad es que no. Y me sabe mal, no te creas. Normalmente a estas alturas tendríamos ya una buena idea de cómo es nuestro hombre: tenemos un tipo, por ejemplo, que siempre utiliza el mismo método, otro que vuelca la nevera al suelo y se caga en la cama, que si otro con un tatuaje que encaja con la descripción de un testigo... No te voy a decir que siempre consigamos pillarlos a todos, pero la mayoría de las veces sabemos bien quién ha sido. En este caso, sin embargo —(se encogió de hombros)—, estamos en un punto muerto.

—A lo mejor son gente nueva —apuntó Traje Cantoso con un tono medio apoloético mientras guardaba el bolígrafo—. Eso explicaría por qué se les fue de las manos tan fácilmente. Novatos.

—Podría ser —dijo su compañero—. ¿Y tú qué nos dices, Toby? ¿Te ha venido algo a la cabeza desde que hablamos?

Para entonces, me había aclarado lo suficiente las ideas para dejar de pensar que Gouger estaba tras el robo y la agresión, pero albergaba mis dudas con respecto a Tiernan: lo había oído tantas veces despotricar contra todo (dueños de galerías borregos, sin agallas para respaldar a un artista hasta que otro le pone el sello de aprobado, conjuras de pintoras que utilizaban tetas y tetas para conseguir espacio en las galerías y los medios por encima de hombres mucho más talentosos, críticos ciegos que solo seguían tendencias y que serían incapaces de reconocer una obra innovadora ni aunque se la plantasen en la cara) que sabía que era el típico que siempre encuentra a alguien a quien echarle la culpa de sus problemas, y luego encima ponerse de morros y obsesionarse con el tema; además, en teoría, podía haber conocido a bastante chusma con experiencia en robos durante sus batidas para la exposición. Todavía no me veía contándoles a los polis toda la película —sobre todo teniendo en cuenta que no tenía más que una vaga sospecha—, pero sí que deseé haberme fijado mejor en los jóvenes que Tiernan trajo de visita a la galería.

—No —dije con tranquilidad—. Lo he vuelto a repasar todo no sé cuántas veces, pero sigue sin venirme nada nuevo.

Martin se quedó parado en el sitio, mirándome afablemente mientras mecía el aro de la toalla con un dedo.

—¿No?

No supe bien qué quería decirme, si solo pretendía reactivar mis recuerdos o si estaba dándome a entender que sabía que ocultaba algo. De pronto se me antojaron enormes, en aquel espacio saturado, y yo acorralado contra la bañera sin poder salir...

—No —repetí—. Nada.

Asintió al cabo de un momento.

—Bueno, pues nada —dijo alegremente—. Tienes nuestras tarjetas, ¿verdad?

—Supongo que... —Recordaba vagamente que me las dejaron en su primera visita al hospital, y miré por el baño como si hubieran podido teletransportarse hasta el lavabo.

—Toma, anda —dijo Martin rebuscando en el bolsillo y tendiéndome una tarjeta blanca, con letras grandes y claras, y el bonito sello de la Garda—. Si te viene algo, por favor no olvides avisarnos, ¿vale?

—Sí, claro.

—Estupendo. Seguimos en contacto. Ya puedes ponerte cómodo, échate algo al buche, tómate un par de birras y ya sacarás luego las cosas. —A Traje Cantoso—: ¿Le vamos tirando?

Mi madre, ni que decir tiene, llegó prácticamente cuando los inspectores salían por la puerta, cargada con bolsas de compras insólitas (las necesidades básicas, pan, leche y esas cosas, mezcladas con cosas como un objeto nudoso y beis que me informó de que era jengibre, «por si acaso»). No se quedó mucho rato, y tampoco me hizo solícitas propuestas como buscarme un carpintero para arreglar los cajones del aparador ni nada por el estilo. Estaba adaptándose, gradual y cuidadosamente, a ese nuevo mundo minado en el que estaba atrapado su hijo, y yo no sabía si estarle agradecido u odiarla por dar a entender que veía la situación como algo permanente. Consiguió no preguntarme si iba a estar bien solo; cuando me dio un abrazo al irse, yo conseguí no apartarme.

Melissa vino al salir de trabajar cargada con una bolsa enorme y aromática de comida tailandesa. Era tan conmovedor lo irrefrenablemente encantada que estaba de verme de vuelta a casa —de un lado a otro del salón, poniendo los cubiertos como si no pudiera estarse quieta en el sitio, toqueteando la cadena para localizar una emisora que solo ponía grupos de chicas cursis de los sesenta, lanzándome un beso cada vez que pasaba por mi lado— que no pude

evitar sentirme algo más alegre. No había vuelto a tener hambre desde aquella noche, pero la ternera salteada con extra de picante estaba realmente rica, y Melissa se puso a contarme toda la película de cómo se había pasado la última semana convenciendo a mi madre para que no me comprara un perro (mis padres adoraban a mi novia y, aunque por suerte no son de los que te sueltan indirectas directas sobre casarse y tener hijos, sabía que les habría gustado).

—Estaba empeñadísima, Toby; decía que, como de pequeño no habías podido tener perro porque tu padre era alérgico, ahora era la ocasión ¡perfecta!, te daría un plus de seguridad y te animaría... Y tu padre mientras en plan: «Lily, no lo van a permitir, la comunidad no quiere»... Pero ella a lo suyo: «¡Anda ya, Edmund, a quién le importa, ya los convenceré yo!». Y, Toby —(risitas abriéndose paso)—, el único problema que veía, pero el único, era que pensaba que no pasarías la aspiradora y se te llenaría la casa de pelo de perro. Así que —(Melissa reía ya con ganas y yo me sorprendí riéndome también, a pesar del dolor en las costillas)— decidió pillarte un caniche, pero de esos grandes, porque al parecer no mudan el pelo. Quería que te estuviera esperando aquí, que sería la sorpresa de vuelta a casa perfecta...

La imagen de verme entrar con los polis en el piso y encontrarnos frente por frente con un caniche en todo su esplendor de pompón hizo que nos entrara una risa tan loca que, para mi sorpresa, al poco me vi temblando. Había sido un día muy largo.

Sin embargo, conforme avanzó la velada, fui poniéndome nervioso. Melissa —con los zapatos quitados, amodorrada y acurrucada contra mí en el sofá— estaba dando por hecho que iba a pasar la noche conmigo. Para mí era impensable, totalmente fuera de cuestión. Ni siquiera permitía que mi cabeza contemplara la posibilidad de lo que podría ocurrir si se quedara allí, cuando era evidente que yo era incapaz de protegerla. Empecé a estirarme y a bostezar, lanzando indirectas sobre lo raro que sería volver a mi cama y que quizá la noche fuese movida, así que, a lo mejor, como ella tenía que levantarse temprano... Pero lo pilló al vuelo y no puso pegas, sí, también me está entrando el sueño, mejor me voy antes de que me quede aquí frita.

—Ya mismo —dije pasándole un dedo por la nuca mientras se inclinaba para ponerse un zapato.

—Sí —me dijo, y se volvió para besarme con fuerza—, ¡ya mismo!

Le pedí un taxi desde mi móvil y así pude ver cómo llegaba el iconito del coche hasta su casa, mientras aguantaba la respiración cada vez que se paraba o doblaba por algún cruce raro. Y allí estaba: por fin solo, en aquel piso que

tanto sentía como mío y a la vez, insidiosamente, como si no tuviera nada que ver conmigo, con la bolsa de viaje tirada al lado de la puerta como si viniera de recorrer mundo, y sin la menor idea de qué se suponía que tenía que hacer con aquella noche, o con el día siguiente o el otro.

Los dos siguientes meses lo pasé bastante mal. No sabría decir si fue la peor época de mi vida, teniendo en cuenta todo lo que pasó luego, pero sin duda sí que fue, de lejos, la peor hasta la fecha. Estaba que me subía por las paredes, como puesto de *speed*, pero no quería salir por el día: seguía con esa pinta de desnutrido y colgado, y con la cojera, y aunque me había crecido el pelo y me había afeitado el resto para tenerlo todo igual, la cicatriz de Frankenstein seguía a la vista. Me venía la idea de dar largos paseos en plena noche, merodeando por las penumbras de Ballsbridge en plan el Fantasma de la Ópera, pero resultó que eso tampoco podía hacerlo. Llevaba volviendo a mi casa andando por las noches desde que estaba en el instituto, y nunca se me había pasado por la cabeza tener miedo; cauteloso, sí, claro, cuando veía a algún yonqui gorroneando o una panda de borrachos buscando bronca, pero nunca nada parecido a aquella espesa miasma de miedo indefinido que contaminaba el aire, corrompiéndolo todo en amenaza, toda sombra susceptible de ocultar un agresor, todo transeúnte supuestamente esperando el momento para abalanzarse sobre mí, todo conductor a un tris de arrollarme, ¿cómo podía yo saberlo, y qué haría al respecto? La vez que conseguí llegar a unos treinta metros de la verja de la calle la adrenalina se me disparó por el cuerpo como una corriente eléctrica y me dejó jadeante y sin aire, de modo que me di media vuelta y volví todo lo rápido que pude con mi cojera al piso, que, aunque no contaba como lugar seguro, por lo menos tenía un tamaño manejable y fácil de vigilar. No volví a intentarlo y, en cambio, me dediqué a andar por el salón, horas y horas, con la espalda muy recta y las manos metidas hasta el fondo del pijama. Todavía recuerdo aquel ritmo terrible, paso, arrastre, paso, arrastre, y con cada paso volvía a conjurar todo de vuelta a la casa, pero era incapaz de parar; no sé por qué, pero creía que mientras estuviera de pie y moviéndome, nadie entraría, ni me daría una crisis epiléptica, y al menos así nada empeoraría. A veces seguía andando hasta que la luz gris se filtraba por los lados de las cortinas y los pájaros empezaban a piar.

Cuando por fin me obligaba a meterme en la cama, me costaba conciliar el

sueño, como era de esperar. Mientras había estado ingresado, mis padres habían tenido el detalle de instalarme una alarma monitorizada con un botón de pánico y todas esas cosas (me imaginaba a mi madre viendo los daños, con los nudillos contra la boca y buscando desesperada la manera de volver atrás en el tiempo y evitar que pasara), y aunque le veía el sentido y sabía que probablemente era buena idea, en parte deseé que no lo hubieran hecho. El botón del pánico era una cosa rectangular del tamaño más o menos de una caja de cerillas, en un rojo médico y apremiante, y estaba al lado de mi cama, pero bastante bajo, lo justo para que no llegara con la mano. Me pasé horas congelado en la cama, aguantando la respiración y esforzándome por escuchar algo después de algún clic minúsculo, un rasgueo ¿escuchado?, ¿imaginado?, ¿a punto de estallar en gritos roncOS y estallidos?, ¿me lanzo a darle al botón ya y me arriesgo a ser el alarmista de que viene el lobo para que luego no me tomen en serio cuando haya un peligro real o me espero otros diez segundos infernales, diez más, diez más, y arriesgarme a que sea demasiado tarde, a dar manotazos como loco para salvar esos pocos centímetros insalvables mientras me llueven los golpes? El botón cobró vida propia, cargado de simbolismo, una única oportunidad de salvación, latiendo con su rojo en aquella esquina, y si la agarraba demasiado pronto o demasiado tarde, la desperdiciaría para siempre. Tomé la costumbre de dormir en un precario equilibrio al borde de la cama, con el brazo colgando por fuera para que los dedos estuvieran lo más cerca posible del botón. Más de una vez me caí y me desperté en el suelo, gritando y debatiéndome en sueños.

Mensajes de amigos, de primos, de conocidos del trabajo. «Eh, tío, ¿cómo va? Barbacoa en casa el sábado, ¿te vienes?» «Oye, no quiero agobiarte, pero puedes coger el teléfono cuando te llame mi madre, que si no llama a los tuyos porque se cree que estás tirado inconsciente en el suelo», Susanna, con un emoticón con cara de hastío. Memes, GIF, chorradas de internet de Leon, pensadas supuestamente para hacerme reír. «Hola, Toby, soy Irina, he enterado de lo que pasó a ti, espero que estés mejor ya y nos veamos pronto»... La mayoría de las veces no respondía y, poco a poco, me fueron llegando cada vez menos mensajes, cosa que, por absurdo que suene, me ofendía y me sumía en la autocompasión. Richard me llamó, y cuando no se lo cogí, me dejó un mensaje en el contestador diciéndome —incómodo, aunque con delicadeza y con auténtico cariño— que en el trabajo iba todo perfectamente, que la exposición estaba saliendo de maravilla, que un coleccionista importante había comprado el montaje del sofá de Chantelle, y que no me preocupara por

nada, que me concentrara en recuperarme y volver al trabajo cuando me viera con fuerzas. Mensajes de Sean, de Dec, ¿nos pasamos por tu casa?, ¿mañana?, ¿el finde? No quería verlos. Tenía la sensación de no tener nada que aportar a la conversación, y no soportaba la idea de verlos irse en una nube de piedad tácita, esperando a alejarse lo suficiente de mi puerta para hablar: «Ostras, está...», «Sí, sí. Pobrecillo...».

En el plano físico estaba mejorando, por lo menos hasta cierto punto. Mi cara había vuelto a la normalidad (salvo por el diente partido, que sabía que tendría que arreglarme en algún momento), y las costillas y el coxis se me habían curado bien, aunque todavía me molestaban a veces. No me dio ninguna crisis epiléptica, por lo menos que yo supiera, lo que estaba muy bien, aunque el neurólogo me había informado en su tono resabiado de que podían empezar a los meses o incluso un año o dos después de la lesión. A veces conseguía pasar cuatro o cinco horas sin calmantes antes de que me volviera la migraña; la vida me gustaba mucho más con las pastillas, porque difuminaban el contorno de las cosas hasta hacerlas soportables, pero tampoco quería pasarme, por si los médicos se negaban a renovarme la receta cuando se me acabaran, posibilidad en la que ni siquiera quería pensar.

El rollo psicológico era otra historia; manifestaba una selección muy completa de los síntomas de los folletos de la trabajadora social: mi Archivador de Memoria parecía estar bien jodido (plantado en medio de la ducha, con la cabeza en blanco sin saber si me había lavado ya el pelo o no, en plena conversación con Melissa intentando que me viniera la palabra *instante*), me pasaba la vida agotado, igual que James de Cork, y mis habilidades organizativas estaban en las últimas, hasta el punto de que prepararme el desayuno era un reto considerable y de lo más frustrante. En la práctica, todo esto era menos problemático de lo que podía haber sido — aunque no estaba intentando hacer cosas complejas como trabajar o socializarme—, pero tampoco eso me hacía sentirme mucho mejor.

En resumidas cuentas, estar en casa fue peor que estar en el hospital. Al menos en aquel limbo ilógico y dislocado mis síntomas no parecían fuera de lugar, mientras que allí, en el mundo real, desentonaban tan descarada y repulsivamente..., eran obscenidades que no deberían ni existir: un hombre adulto con la mandíbula caída en su cocina intentando averiguar «jo, tío, cómo se freía un huevo», al teléfono con los de la tarjeta de crédito intentando decirles mi fecha de nacimiento, desgraciado baboso, defectuoso, monstruo de feria, asqueroso... Y vuelta otra vez al mismo vórtice agotador, solo que más

profundo, cada vez mayor: ya no era únicamente miedo, ahora se arremolinaba también la furia, el desprecio, así como una amplia gama de añoranzas varias que jamás habría imaginado. Pocas semanas antes, yo era un tipo corriente, un tipo cualquiera, que se ponía la chaqueta por la mañana, tarareaba The Coronas con una tostada en la boca y decidía adónde llevar a la novia a cenar; ahora cada segundo era parte de una marea inexorable que me alejaba cada vez más del tipo que tenía todo el derecho a ser y que se había ido para no volver, abandonado al otro lado de ese cristal irrompible. Y si bien en el hospital había podido decirme que las cosas mejorarían cuando volviera a casa, ahora que eso había resultado ser mentira, no veía razón alguna para pensar que nada fuera a mejorar.

Por supuesto, no solo dirigía la rabia contra mí mismo. Me montaba en la cabeza unas fantasías épicas y elaboradas en las que localizaba a los dos ladrones (reconocía una voz por la calle, unos ojos en la otra punta del pub, mantenía la templanza con un autodomínio asombroso mientras acechaba por sus garitos de mala muerte) y los reventaba en escenas de lo más tarantinianas que hasta me da vergüenza contar. Vivía y revivía esas películas de continuo, amplificándolas y depurándolas cada vez más, hasta que me conocí todos los pasos y recodos mucho mejor que los detalles de lo que realmente pasó. Sin embargo, ya en su momento era consciente de lo penosas y frágiles que resultaban (el pringao asmático y con granos que, encerrado en su cuarto y rodeado por su colección de pósteres de anime ligeros de ropa, fantasea con saña con cargarse a los abusones del colegio a base de patadas de kung-fu), y al final la rabia siempre se volvía en mi contra: mutilado, inútil, incapaz física y mentalmente de bajar al Tesco, por no hablar de poner en práctica venganzas de superhéroe de acción, un puto chiste con patas.

Llamadas de mi madre, que —desde que Melissa había conseguido convencerla de que no me comprara un caniche— había pasado a sugerir, con una persistencia exasperante, que lo que realmente necesitaba eran unas semanas en su casa: «Te asombraría ver lo que puede hacer por ti un decorado distinto... Te prometo que te dejaremos en paz, ni te darás cuenta de que estamos allí». Y cuando le dejé claro que por nada del mundo me volvería a su casa: «¡Ah, ya sé! ¿Y qué me dices de Villa Hiedra? Al tío Hugo le encantaría que te quedaras con él, y se está tan tranquilo allí... Prueba un fin de semana y si no te gusta, siempre puedes volver al piso...». Rechacé esa idea con más virulencia de la necesaria. No podía ni pensar en estar en Villa Hiedra, no en ese estado; la casa, partidas al escondite en pleno atardecer, entre palomillas y

abedules plateados, pícnicos con fresas silvestres y Navidades con pan de jengibre, interminables fiestas de adolescentes, con todo el mundo tirado en el césped mirando las estrellas... Todo eso era ahora inalcanzable: aquella noche era una espada en llamas que bloqueaba el camino. Villa Hiedra era el sitio que, por encima de cualquier otro, no soportaba ver desde la lejana orilla donde me encontraba.

Platos precocinados no identificados solidificándose en un pegamento grumoso sobre la mesa de centro. Polvo acumulándose en las estanterías, migas de pan en la encimera de la cocina. Le había mandado un mensaje a la mujer que iba antes a limpiarme la casa diciéndole que ya no la necesitaba, en parte porque sabía que el jaleo y la aspiradora me darían dolor de cabeza, pero sobre todo porque, salvo a mi novia, no quería a nadie en mi piso. Sombras de pájaros que atravesaban el suelo del salón y me hacían pegar un bote en el sitio.

Melissa era un problema, la verdad, uno grande. Me encantaba que viniera, era la única persona a la que realmente quería ver, pero la sola idea de que se quedara a pasar la noche seguía provocándome un chisporroteo de fuegos artificiales por el cuerpo que apenas conseguía disimular. Podía haber ido yo a su casa, y de hecho una vez lo intenté, pero estaba Megan, la petarda de su compañera de piso, que acechaba por todas partes, con esa boca fina toda remilgada, deseosa de que Melissa se fuera un momento para ponerse a lanzarme indirectas en plan cabrona sobre la vez que la habían atracado por la calle y se había quedado supertraumatizada, y aunque era más sensible que la mayoría de la gente, había conseguido superarlo como en ¿un par de semanas? Porque se lo había propuesto de verdad de la buena, y alguien tan especial como Melissa merecía a una persona que hiciera realmente ¿el esfuerzo y eso? Puse una excusa (jaqueca) y me fui cuando me di cuenta de que estaba a un tris de meterle un puñetazo en la cara. Yo antes no tenía ese genio, siempre había sido bastante tranquilo, pero ahora cualquier ridiculez hacía que me entrara, de buenas a primeras, una furia incontrolable que me cortaba la respiración. Una vez, por ejemplo, no conseguía meter una sartén en el caos en que se había convertido mi armario de la cocina, así que cogí y la estrellé contra la encimera una y otra vez, con una concentración absoluta y metódica, hasta que doblé la sartén y le partí el mango y salió todo disparado por los aires. Otro día, a la tercera vez seguida que se me resbaló el cepillo de dientes, estampé mi inútil puño izquierdo de los cojones contra la pared, una y otra vez, con la idea de aplastar esa asquerosidad que tenía por mano hasta hacerla puré y que

tuvieran que cortármela, pero, ironías de la vida, no tenía fuerza suficiente en los músculos para causarme un daño real; al final acabé con solo un buen moratón que me invalidó aún más la mano durante unos días, en los que además tuve que acordarme de esconderla de la vista de Melissa.

Yo sabía que la petarda de Megan tenía razón, por supuesto; que Melissa, con su dulzura y su paciencia natural e inquebrantable —sin nunca una pega, siempre un abrazo alegre y un beso sentido—, era mucho más de lo que nadie en mis circunstancias podía esperar, y menos aún merecer. Y sabía asimismo que ni siquiera su optimismo era inagotable, y que tarde o temprano se daría cuenta de que no iba a levantarme un buen día por obra de magia y volver a ser mi antiguo y risueño yo. ¿Y entonces? Comprendí que lo único decente que podía hacer era romper por lo sano, ahorrarle tiempo, energías y esperanzas, y ahorrarnos a ambos el terrible derrumbe y el tajo del momento en que por fin tocáramos fondo; cortar con ella liberándola de la pesada creencia de que ella me había dejado a mí, cuando eso en realidad no era cierto, en absoluto: yo era el que la había abandonado a ella. Pero no me veía capaz: ella era la única persona que parecía creer, a pies juntillas, que era el mismo Toby que siempre había conocido; un poco magullado y vapuleado, sí, y con más necesidad de arrumacos e historietas divertidas de lo normal, de traerme el café al sofá, pero sin cambios sustanciales. Y aunque yo sabía que todo eso era una patraña, no conseguí convencerme para renunciar a ella.

Era consciente de que estaba metido en un buen lío, pero no parecía haber otra escapatoria. En el oscuro meollo de ese horror estaba la consciencia de que era inexorable. Lo que no soportaba no eran ni los ladrones ni los golpes en la cabeza, no era nada que pudiera golpear, ni nada de lo que pudiera evadirme o defenderme; era yo, independientemente de lo que significara eso ya.

Así que cuando decía que había sido afortunado de tener Villa Hiedra, no lo decía en plan abstracto, mundo de fantasía, oh, ¡qué suerte la mía!, ¡tener una casa tan bonita en mi vida! Para bien o para mal, Villa Hiedra me salvó, de la manera más tangible que pueda haber. Si no hubiera vuelto allí ese verano, todavía me pasaría las noches dando vueltas por mi piso, más delgado, pálido e irritable con el paso de los meses, manteniendo largas conversaciones masculladas conmigo mismo y sin cogerle el teléfono a nadie. Si no hubiera sido por eso, ahora mismo estaría muerto, una idea que a cada semana que

pasaba me parecía más tentadora.

Mi prima Susanna me llamó en una de esas noches de mediados de agosto en que la luz del día se estiraba sin fin, olía a barbacoa por todas partes y los alegres chillidos de los juegos de los niños se colaban hasta por mis ventanas cerradas. El mensaje que me dejó —«Llámame. Ya.»— me picó tanto la curiosidad que le hice caso; teniendo en cuenta lo poco que me había dado la brasa en esos últimos meses, tuve bastante claro que no pensaba convencerme para que me mudara a casa de mis padres o me asegurara de comer bien.

—¿Cómo estás? —me preguntó.

—Bien —respondí (mantuve el teléfono a unos centímetros de la boca con la esperanza de que no notara cómo arrastraba las palabras)—. Todavía con algunos dolores, pero sobreviviré.

—Eso me ha contado tu madre. Yo no las tenía todas conmigo..., ya sabes que ella siempre le da su toque optimista a todo..., pero no quería darte la lata.

La oleada de gratitud que sentí hacia mi madre me pilló por sorpresa: lo había hecho, me había cubierto las espaldas tal y como le había pedido, no había ido pregonando por ahí hasta qué punto tenía la cabeza hecha polvo para que los demás fueran por ahí cotilleando de mí.

—Qué va, es verdad. Durante un tiempo fue un infierno, pero podría haber sido mucho peor. Tuve suerte.

—Bueno, me alegro. Y a ver si cogen a esos cabrones.

—Ya, eso espero.

—Oye —dijo cambiando de tono—, tengo que darte una mala noticia: el tío Hugo se está muriendo.

—¿Cómo? —dije tras un segundo en blanco absoluto—. ¿Ahora mismo?

—No, hombre, ahora mismo no, pero seguramente este año. Nadie ha querido decírtelo todavía, para no agobiarte y eso. Cosa que... —Una risa ininteligible y fugaz—... Así que te lo digo yo.

—Un momento —dije incorporándome en el sofá (la rabia electrizante que sentí hacia el resto de mi familia estaba distrayéndome, de modo que me obligué a apartarla a un lado para lidiar con ella más tarde)—. Espera. ¿Muriéndose de qué?

—Un tumor cerebral. Hace unas semanas empezó a tener problemas para andar, así que fue al médico, le hicieron un puñado de análisis y, ¡bum!, cáncer.

—Joder. —Me puse a dar vueltas en círculo, pasándome la mano libre por

el pelo; no conseguía asimilarlo, no podía saber con certeza si mi prima me había dicho realmente lo que me había dicho o...—. ¿Y qué van a hacer? ¿Lo han operado ya?

—No van a operarlo. Dicen que el tumor está demasiado enraizado en el cerebro, que, básicamente, tiene tentáculos por todas partes. —La voz de mi prima, templada y clara; ya de pequeña era difícil ver qué sentía en medio de una crisis. (Intenté imaginármela: apoyada contra uno de los viejos muros de ladrillo de Villa Hiedra, el sol alisando los pálidos y nítidos ángulos de su cara hasta hacerlos traslúcidos, la hiedra sobresaliendo por encima de su melena cobriza, olor a jazmín, zumbidos de abejas...)—. Y dicen que la quimioterapia no serviría de mucho, así que no tiene sentido que tenga una calidad de vida pésima en sus últimos meses. Lo que sí que le van a dar es radioterapia. Que a lo mejor le supone uno o dos meses de vida más o a lo mejor no. Estoy viendo si puedo pedir una segunda opinión, pero por ahora eso es lo que hay.

—¿Dónde está? ¿En qué hospital? —Mi habitación, con ese olor contaminante, el suave y paciente tintineo de las persianas con una brisa invisible...

—Está en la casa. Querían dejarlo ingresado por si había “imprevistos”, pero ya te puedes imaginar lo que pasó.

Me reí, con un ladrido dolorido y sorprendido: vi perfectamente la caída de las cejas greñudas de mi tío y oí la suave e inflexible firmeza con la que habría rechazado aquella sugerencia: «Bueno, por lo que puedo entender, el principal imprevisto que les preocupa es que la palme aquí mismo, y creo que para eso voy a estar mucho más cómodo en mi casa. Prometo no llevarlos a juicio si me equivoco». A no ser que...

—¿Cómo está él? Me refiero a...

—¿Aparte de estar muriéndose y todo eso? —Otra vez esa risa fugaz—. Está bien. No puede andar mucho, y se ha buscado un bastón, pero no está con dolores ni nada. Dicen que puede que le venga más adelante, o no. Y de cabeza está bien. Por ahora, claro.

Había estado preguntándome por qué no tenía ya mensajes de mis tías en el contestador, por qué mis primos ya no me decían nada al móvil. Había creído, con un rencor vivo y magullado, que era porque estaban hartos de que no les respondiera y habían decidido no molestarse más. Fue un palo, sumado a un poco de vergüenza y un poco de indignación, darme cuenta de que no tenía nada que ver conmigo.

—En fin —dijo Susanna—, que si quieres verlo mientras, digamos, siga en condiciones para tener una conversación, a lo mejor te gustaría ir a pasar un tiempo con él. —Al ver que no respondía—: Necesita a alguien allí. No puede seguir viviendo solo. Leon va a cogerse un vuelo en cuanto pueda organizar las cosas en el trabajo, y yo iré todas las veces que pueda, pero tampoco puedo dejarle los críos a Tom y mudarme allí con él.

—Ah... —dije (mi primo Leon estaba viviendo en Berlín y no venía mucho por el país: empecé a entender que la cosa era seria)—. ¿No pueden tus padres..., o quizá los míos...?

—Todo el mundo trabaja. Por lo que han dicho los médicos, la cosa podría irse a la mierda en cualquier momento; puede caerse o sufrir una crisis. Necesita a alguien con él las veinticuatro horas.

No pensaba decirle que yo estaba prácticamente igual. La imagen de mi tío y yo teniendo crisis sincronizadas hizo que se me atragantara una bola de risa en la garganta; por un segundo temí echarme a reír como un histérico.

—Tampoco es que haya que hacer de enfermero ni nada... Eso será más adelante y para eso podemos contratar a alguien. Pero por ahora es solo estar allí. Tu madre me ha dicho que vas a seguir de baja unos dos meses...

—Vale. Voy a intentar ir.

—Si no te ves con fuerza, dímelo y...

—Estoy bien. Aunque eso no significa que pueda en plan dejarlo todo y mudarme. —Silencio al otro lado—. He dicho que lo voy a intentar.

—Vale, venga. Adiós. —Y me colgó.

Me quedé parado en medio del salón un buen rato, con el teléfono en alto, motas de polvo colándose por los rayos de sol, niños gritando en alguna parte, de emoción o terror.

Tal y como mi prima había comprendido, yo no tenía intención de moverme de donde estaba. Incluso aunque dejara de lado los sentimientos que me provocaba pensar en Villa Hiedra, solo tomar la decisión me parecía por encima de mis posibilidades, por no hablar de llevarla a la práctica (¿cómo iba a ir hasta allí?, ¿cómo iba siquiera a hacer una maleta, si podía saberse?), por no hablar de cuidar de un moribundo cuando no podía ni cuidar de mí mismo, por no hablar de la perspectiva desalentadora de tener que pasar el tiempo que durase lidiando con las visitas de toda mi familia yendo y viniendo... En circunstancias normales me llevaba bien con todos, en circunstancias normales ya estaría metiendo cosas en la bolsa de viaje, pero ahora... La idea de que mi prima y los demás me vieran así me hacía cerrar

los ojos de golpe.

Y, por supuesto, en la base de todo aquello, Hugo, mi tío Hugo, que se moría. No estaba seguro de poder sobrellevarlo, no en esos momentos. Había sido una presencia constante a lo largo de mi infancia, tan perenne y dado por sentado como la propia Villa Hiedra (ya vivía allí incluso estando con vida mis abuelos, el hijo soltero que llevaba una apacible existencia en paralelo a la de sus padres, y que, poco a poco y sin complicaciones, había ido asumiendo el papel de cuidador conforme estos envejecieron y luego, a su muerte, había vuelto a sus ritmos satisfechos y trillados). Mi tío dando vueltas en calcetines con un libro abierto en la mano, escrutando y maldiciendo («La leche que mamó») el asado del domingo, que nunca, ni una sola vez en mi infancia, salía como se esperaba, zanjando discusiones entre primos con media docena de palabras raudas (¿por qué no le había dicho eso a los médicos, por qué no les había informado con ese tono tan moderado que no permitía discusiones de que por supuesto que no era incurable y que se metieran esas chorradas por donde les cupieran?). El mundo ya era de por sí lo suficiente resbaladizo e incoherente; si mi tío se desintegraba, ¿quién me aseguraba que no fuera a salir todo volando en un millón de pedazos?

Entendía que tenía la responsabilidad de al menos ir a verlo, pero no podía ni imaginarme cómo hacerlo. La única salida que le veía al asunto, con los mínimos recursos que tenía, parecía ser enterrar la cabeza aún más en mi cueva, cerrarlo todo lo más que pudiera, hincharme de calmantes y negarme a pensar en el tema hasta que todo acabara.

Seguía allí de pie con el teléfono en la mano cuando el portero automático me hizo dar un respingo lateral: Melissa, con una caja de pizza enorme y una anécdota divertida sobre el italiano del restaurante, al que le había dolido en el alma ponerle piña en su mitad. Y, como no veía la manera de contarle lo que acababa de pasar, me reí, guardé el móvil y le hincó el diente a la pizza.

Pero no tardé en perder el apetito, y después de un solo trozo, me rendí y se lo conté. Había esperado conmoción, abrazos, compasión —«Ay, Toby, lo que te faltaba, ¿estás bien?»—, pero, en lugar de eso, cual fue mi sorpresa cuando me preguntó en el acto:

—¿Y cuándo te vas? —Parecía dispuesta a saltar del sofá y ponerse a hacerme la maleta.

—No sé... —dije encogiéndome de hombros y centrándome en la pizza—. Dentro de unas semanas... Depende de cómo me vaya.

Pensé que aquello sin duda zanjaría sin más el asunto, pero vi por el rabillo

del ojo que se incorporaba y se ponía muy recta en el sitio, con las piernas cruzadas —estábamos en el sofá—, la pizza ya olvidada y con una palma encima de la otra, como una suplicante.

—Tendrías que ir de verdad..., pero en plan ya.

—Lo sé. —Casi conseguí disimular el chispazo de irritación en la voz—. Si puedo, iré. Ya.

—No, escúchame. —Un apremio apenas reprimido me hizo volverme para mirarla a la cara—. Aquella noche, cuando me llamó tu madre —(una inspiración rápida)—, eran las cinco de la mañana, y me puse lo primero que pillé y cogí un taxi. Nadie sabía qué había pasado, no se sabía si tú... —Tenía los ojos demasiado vidriosos, pero cuando hice ademán de abrazarla se zafó—. Espera, tengo que terminar de contártelo, y como me abrases, me voy a... Iba en el taxi gritándole al taxista para que fuera más rápido, gritándole pero de verdad... Tuve suerte de que fuera buena gente, me podría haber dejado tirada allí en medio de la calle, pero en vez de eso le pisó. Estaba todo oscuro, no había nadie por la calle, e íbamos tan rápido que el viento rugía por las ventanillas... Y yo en lo único en lo que podía pensar era en que, si llegaba demasiado tarde, no lo soportaría. En que si te despertabas y pedías verme, y yo no estaba, y luego... Era puro egoísmo, sabía que probablemente tú ni siquiera sabrías si yo estaba allí o no... Pero no habría soportado vivir el resto de mi vida sabiendo que no había estado a tu lado cuando me necesitaste.

Al parpadear le rodó una lágrima por la cara, de modo que alargué el brazo, se la enjuagué con el pulgar y le dije:

—Chiss, no pasa nada, estoy aquí.

Esa vez sí que me cogió de la mano y me la apretó con fuerza.

—Ya lo sé. Pero, Toby, si no vas a ver a tu tío, te va a pasar justo eso. Ahora mismo estás tan conmocionado que es posible que no lo asimiles hasta que estés mejor, pero para entonces podría ser demasiado tarde. —Me apretó la mano con más fuerza al ver que yo hacía un amago de hablar—. Ya sé que ahora mismo no puedes imaginarte cómo serán las cosas cuando vuelvas a estar bien. Y lo entiendo, créeme. Pero yo sí que puedo, y no quiero que te pases el resto de la vida con esa sensación.

Me llegó directo al alma, esa fe absurda e incondicional en mí, en un futuro en el que volvería a estar bien. Tuve que contener las lágrimas yo también, porque habría sido la leche, los dos allí en el sofá gimoteando con la pizza delante, cual dos adolescentes viendo *Titanic* en una fiesta de pijamas.

—Aunque te parezca una chorrada lo que te estoy diciendo, ¿podrías por lo

menos fiarte de mí en esto? Solo en esto, por favor.

Por mi bien, más que por el suyo, no podía decirle que ese futuro mágico no iba a materializarse. Y con esa constatación sentí que algo surgía en mí, una espiral imparable y confusa de insurgencia y ganas de destrucción: a la mierda, de todas formas ya estaba todo perdido, ¿qué pretendía salvar, si podía saberse? ¿Por qué no lanzar un órdago, acelerar la moto por encima de las naves en llamas, por qué no demoler todo aquel caos sentenciado a muerte? Por lo menos así esa vez lo decidiría yo; y de paso podría hacer feliz a Melissa, y a mi tío...

De la nada, antes siquiera de saber lo que estaba pensando, le propuse:

—Ven conmigo.

La sorpresa detuvo el llanto; Melissa se me quedó mirando, con los labios separados, su mano soltándose de la mía.

—¿Cómo? ¿Qué dices..., de visita o qué?

—Unos días. Una semana, como mucho. A mi tío no le importará. Os caísteis muy bien en la fiesta de mi cumple.

—No sé, Toby...

—¿Por qué no? En esa casa siempre ha estado entrando y saliendo gente. Dec se peleó una vez con sus padres y prácticamente se quedó el verano entero.

—Ya, pero ¿ahora? ¿Tú crees que tu tío querrá que haya alguien que no sea de la familia?

—Con lo grande que es la casa, ni se enterará de que estás. Seguro que Leon viene con el novio..., ay, Dios, no me acuerdo ni de cómo se llamaba. Si él no es un problema, tú tampoco.

—Pero... —Mi alegría y mi energía le habían llegado: estaba casi riendo, jadeante, restregándose los ojos con la muñeca—. ¿Y el trabajo?

Empezaba a pensar que, a fin de cuentas, la idea no era tan disparatada. Tal vez con Melissa allí conmigo, mi pequeño amuleto reluciente, podría soportar estar en Villa Hiedra, quizá...

—Hay un autobús que va directo al centro. Solo serían diez minutos más en cada sentido. Ni eso. —Y al verla titubear—: Venga, serán como unas vacaciones. Pero con tiempo de mierda, claro. Y un tumor cerebral.

Yo ya sabía que iba a decir que sí: con tal de que yo siguiera así, exaltado por algo, bromeando incluso, habría dicho que sí a casi cualquier cosa.

—A ver, no sé..., si dices seguro que a tu tío no...

—Le encantará la idea, te lo juro.

Con una risa llorosa, cedió.

—Vale, pero el año que viene nos vamos a Croacia.

—Eso es fijo —dije, y una parte de mí incluso lo creyó: «¿Por qué no?».

Antes de querer darme cuenta, Melissa estaba canturreando mientras se llevaba a la cocina las cosas de la pizza y yo buscaba el teléfono de mi tío Hugo en el móvil, para, así sin más, volver a Villa Hiedra.



El trayecto hasta Villa Hiedra ese mismo domingo por la tarde fue muy parecido a un viaje de ácido. Llevaba meses sin montarme en coche o salir mucho del piso, y el repentino torrente de velocidad, colores e imágenes me superó con creces. No paraban de aparecer dibujos por doquier, frenéticos y palpitantes, líneas de puntos amarillas que saltaban hacia mí desde la carretera, filas de quitamiedos acercándose con sus luces estroboscópicas, cuadrículas de ventanas de bloques de pisos repitiéndose como locas en el aire; los colores eran todos chillones y pasaban con un silbido electrónico y reluciente que me daba dolor de cabeza, mientras que los coches iban demasiado rápido, pasando a nuestro lado como un latigazo, con un zas feroz que chasqueaba el aire y me hacía encogerme de miedo a cada vez. Fuimos en taxi —el coche de Melissa no sé dónde estaba, en el mecánico o algo así, me lo explicó, pero era una historia tan complicada que no permaneció mucho tiempo en mi cabeza—, y el taxista iba con la radio a todo volumen, un magacín con una mujer que se ponía cada vez más histérica porque vivía en una habitación de hotel con sus tres hijos, mientras el presentador venga a azuzarla para que gritara más, a lo que el taxista contestaba con comentarios airados por encima de todo lo demás.

—¿Estás bien? —me preguntó Melissa por lo bajo mientras alargaba la mano para apretarme la mía.

—Claro —respondí, devolviéndole el apretón y deseando que no notara mis sudores fríos—. Estoy bien. —Lo que no era del todo mentira, en cierto sentido.

En cuanto se me había pasado el subidón inicial de temeridad y abandono, había empezado a preguntarme para qué coño me metía yo en esos follones, pero por suerte conseguí cita con mi médico de cabecera y le pedí que me recargara las recetas de calmantes y me diera otra bien servida de Xanax (no

puso problema en extenderme después de hojear mi historia médica y de que yo inflara un poco la desgarradora historia, en tecnicolor, de mis penurias para dormir. No tenía la más mínima intención de tomarme sedantes mientras pasara las noches en mi piso, pero me había asegurado de tragarme el primero justo antes de meternos en el taxi, para encontrarme medio en mi pompa para cuando llegáramos a Villa Hiedra. Estaba haciéndome efecto: aunque la idea de poner el pie en casa de mi tío en aquel estado seguía partiéndome el alma, me vi pensando que tampoco me importaba tanto, lo que supuso un refrescante cambio, para variar.

—Espera —dijo de pronto Melissa inclinándose hacia delante—. ¿No es ese el cruce?

—Mierda —dije incorporándome en el sitio—. Ese de ahí, ese a la izquierda...

Nos lo habíamos saltado; el taxista tuvo que cambiar de sentido entre aspavientos y suspiros.

—Su madre —masculló asomando la cabeza para mirar hacia el otro lado de la carretera—. No tenía ni idea de que hubiese una entrada ahí. —Parecía ofendido, como si la calle hubiera insultado su profesionalidad.

—Es ahí al fondo —dije.

La calle de mi tío tiene ese efecto: da la impresión de estar allí solo en jueves pares, o únicamente para gente con un misterioso talismán en el bolsillo, invisible el resto del tiempo y borrada de la memoria en cuanto te vas. Creo que es sobre todo por las proporciones; la calle en sí es demasiado estrecha para lo altos que son sus ladrillos grises de época georgiana y su hilera doble de enormes robles y castaños, lo que hace que sea fácil no verla desde fuera y dota el interior de un microclima propio, sombreado, fresco y lleno de ese sustancioso silencio inexpugnable que supone una conmoción cuando uno entra desde el hervidero de ruidos urbanos. Por lo que yo sabía, desde que nací siempre había estado poblada en exclusiva por parejas mayores y mujeres de cincuenta y tantos años con perruchos de mal aspecto, una circunstancia que podría parecer demográficamente improbable, salvo porque yo no había visto a un solo niño allí, aparte de mis primos y de mí, y más tarde los hijos de Susanna, y las únicas fiestas de adolescentes habían sido las nuestras.

—Aquí —dije, y el taxi se detuvo ante Villa Hiedra.

Me rebusqué en los bolsillos para pagar rápido antes de que Melissa fuera al maletero a por nuestras cosas, y las saqué yo no sé ni cómo (el codo

izquierdo enganchado en el asa, la mano derecha tirando con furia), y luego el taxi se encalló con una maniobra de varias fases y volvió por donde había llegado, dejándonos allí plantados en la acera de Villa Hiedra, con las maletas a los pies, como turistas perdidos o viajeros de vuelta a casa.

El nombre oficial de la casa es «Número 17»; uno de nosotros, creo que Susanna, le puso Villa Hiedra cuando éramos pequeños por las gruesas matas de hiedra que cubrían prácticamente las cuatro plantas de la casa, y al final se quedó con el sobrenombre. Mis bisabuelos (ambos de familias anglo-irlandesas prósperas, muchos abogados y médicos) la compraron en la década de 1920, pero para cuando aparecí yo, era de mis abuelos, que criaron allí a sus cuatro hijos. Los tres menores ya se habían independizado, se habían casado y tenían hijos propios, pero la casa seguía siendo el núcleo de la vida familiar: almuerzo todos los domingos, cumpleaños, Navidades, fiestas que no cabían en nuestras casas ni jardines de barrios residenciales. Para cuando los tres primos habíamos cumplido siete u ocho años, nuestros padres empezaron a dejarnos en Villa Hiedra una buena porción de las vacaciones, así que los tres hacíamos lo que queríamos, bajo el benévolo descuido de nuestros abuelos y de mi tío Hugo, mientras nuestros padres recorrían en furgoneta Hungría o daban vueltas por el Mediterráneo en el barco de alguien.

Eran épocas maravillosas, idílicas. Nos levantábamos cuando nos apetecía, nos preparábamos nosotros el desayuno, pan con mermelada, y hacíamos lo que nos daba la gana hasta la hora de dormir, contestando cuando nos llamaban a comer, para luego volver a salir pitando. En un cuarto de invitados de la última planta construimos un fuerte que empezó con unos cuantos cartones y, con los meses, se convirtió en una estructura de varios pisos que nos pasábamos las tardes muertas conquistando y reconquistando, venga a añadirle mirillas, trampillas e incluso un artilugio que hacía que cayera un cubo lleno de basura en la cabeza del enemigo. (Teníamos una contraseña... ¿cómo era? *Incunabula, vestibulario, homunculus*, algo así, una palabra esotérica que a saber de dónde había sacado mi prima y que elegimos por su mística añeja y su estela de incienso, y no porque supiéramos en modo alguno lo que significaba; me fastidia más de lo que debería haberla olvidado, y, a veces, cuando no me duermo por las noches, puedo tirarme las horas batiendo páginas y páginas de diccionarios *online*, deseando que me venga. Supongo que podría llamar a Susanna y preguntárselo, pero prefiero no parecer el loco de la familia más de lo necesario.) En el jardín montamos una red de poleas para poder transportar cosas entre árboles y ventanas; cavamos un hoyo y lo

llenamos de agua para usarlo de piscina, por mucho que siempre acabara convertida en una charca de barro y tuviéramos que limpiarnos con la manguera del jardín antes de poder volver dentro de la casa. Cuando nos hicimos mayores —de adolescentes, después de que murieran mis abuelos—, nos tumbábamos en el césped después de cenar, y bebíamos alcohol a escondidas y charlábamos y reíamos mientras los búhos cantaban en el cielo de poniente, y mi tío paseaba por delante de las ventanas iluminadas, de un lado a otro. Casi siempre había alguien más —era verdad lo que le había dicho a Melissa—: Sean, Dec y el resto de mis colegas siempre andaban entrando y saliendo, al igual que los amigos de mis primos, a veces para pasar la tarde, otras para fiestas, en ocasiones, semanas. En su momento yo lo veía todo como una feliz casi necesidad de la vida, algo que todo el mundo debería tener, y qué lástima que mis amigos no pudieran tenerla, aunque por lo menos podían compartir la mía. Solo ahora, tanto tiempo después, no puedo evitar preguntarme si realmente fue todo siempre tan sencillo.

La hiedra seguía allí, frondosa y exuberante en verano, pero la casa estaba más estropeada que en tiempos de mis abuelos; nada catastrófico, pero había partes oxidadas en los barrotos de forja por donde la pintura negra estaba desconchada; el montante de la puerta, en forma de telaraña, estaba lleno de polvo, y a los arbustos de lavanda de la entrada del jardín delantero no les habría venido mal una poda.

—Allá vamos —dije levantando las maletas.

Había alguien en el umbral. Al principio apenas la reconocí como la silueta de una persona; desprovista de sustancia por el fuerte ocaso que atravesaba las hojas, un aleteo de camiseta blanca, un confuso remolino dorado de pelo, cara de pinceladas blancas y unos densos manchurroneos oscuros por ojos, tenía algo de ilusorio, como si mi cabeza hubiera conjurado aquella visión a partir de trozos de luz y sombra, y fuera a partirse y desaparecer en cualquier momento. El olor a lavanda se me coló por la nariz con una fuerza espectral.

Me acerqué entonces y vi que era mi prima Susanna, que estaba con una regadera en la mano y mirándome sin moverse. Ralentiqué el paso: había descubierto que si me concentraba y me movía lentamente, podía medio disimular lo de la pierna en un paso desenfadado de me la pela todo. A pesar del Xanax, apreté la mandíbula solo de sentir sus ojos clavados en mí. Me tuve que contener para no llevarme la mano a la cabeza y alisarme el pelo sobre la cicatriz.

—Hostia puta —dijo mi prima cuando llegamos a los pies de las escaleras

—. Has venido.

—Te dije que vendría.

—Bueno, más o menos. —Una comisura de su ancha boca se arqueó en una sonrisa que no supe interpretar—. ¿Cómo estás?

—Bien, no me quejo.

—Estás más canijo. Ten cuidado con mi madre. Tiene tarta de limón y semilla de amapola y la dispara a discreción. —Al oírme refunfuñar—: Tranquilo, le diré que eres alérgico. Me alegro de verte —le dijo a Melissa.

—Igualmente. Oye, Susanna, ¿de verdad que no es problema que me quede? Toby dice que seguro que a tu tío no le importa, pero...

—Es verdad, no pasa nada. Es más, mejor que mejor. Gracias por venir. —Dejó la regadera al lado del seto de lavanda más cercano y se volvió para entrar en la casa—. Vamos para adentro.

Subí las maletas por los escalones, apretando los dientes, y las dejé en la entrada y, no sé cómo, antes de darme cuenta, me vi dentro de Villa Hiedra. Seguimos a mi prima por las familiares baldosas gastadas del pasillo —corrientes caprichosas soplando por doquier, debían de estar abiertas todas las ventanas— y bajamos por los escalones que daban a la cocina.

Las voces se elevaron para salir a nuestro encuentro: la declamación enfática de mi tío Oliver, un niño gritando indignado, las risotadas guturales de mi tía Miriam.

—Ostras, no —dije, sin saber cómo había podido olvidarlo—. Mierda, la comida del domingo.

Mi prima, que iba en cabeza, o no oyó el comentario o lo ignoró, pero Melissa se volvió.

—¿Qué pasa?

—Los domingos vienen todos a comer. No creía que... —Llevaba siglos sin ir y, con mi tío enfermo, ni se me había pasado por la cabeza—. ¡Mierda! Lo siento.

Melissa me apretó la mano por un segundo.

—No pasa nada, me cae bien tu familia.

Sabía que ella había contado con aquello tan poco como yo, pero antes de poder responder estábamos en la gran cocina, con su suelo de piedra natural, y la visión me pegó un latigazo en la cara como una manguera de incendios suelta. Barullo de voces, el salto y la patada del sol por la cristalera, olor a carne asada agarrándome por el cuello y dejándome entre muerto de hambre y de asco, movimiento por todas partes... Sabía que allí no cabían más de doce

personas como máximo, aparte de Melissa y de mí, pero después de meses de aislamiento casi total era como estar en una grada de fútbol o en una *rave*, demasiado para el cuerpo, ¿en qué estaba pensando? Mi padre, mi tío Oliver y mi tío Phil hablando los tres a la vez, y señalándose con los vasos, mi primo Leon con los codos apoyados en la mesa de la cocina y jugando a las manitas calientes con uno de los hijos de Susanna, la tía Louisa sorteando obstáculos para ir recogiendo platos... Después de la ciénaga de escombros y polvo en que se había convertido mi piso, la casa entera parecía de una limpieza y un colorido antinatural, como un decorado recién construido y preparado para aquel momento. Pensé en coger a Melissa y volver corriendo por donde habíamos venido, antes de que nos viera alguien...

Un grito de «¡Toby!», y mi madre apareció de un brinco entre el amasijo de cuerpos, con cara de felicidad, y nos cogió a los dos de la mano y se puso a hablar a cien por hora —yo no entendía ni una palabra—, y ahí se acabó la historia: estábamos atrapados, era demasiado tarde para huir. Alguien me puso un vaso en la mano y yo le di un buen trago, mimosa con prosecco; no me habría venido mal algo más fuerte, pero con el Xanax tampoco era tan buena idea y al menos era alcohol... Mi tía Miriam, que se me arrojó en los brazos, en una nube de aceites esenciales y *henna* del pelo, y me felicitó por la exposición («Tu tío y yo hemos estado pensando en ir, y ahora que está aquí Leon podemos ir todos en plan excursión familiar... Se puede venir también Hugo, un poco de arte no puede hacerle daño... ¿Qué pasó con el chico ese que estaba todo el rato en vuestro Facebook? ¿Grunger?») y por seguir con vida, lo que, por lo visto, era un indicador de mi excepcional resistencia a la energía negativa. Tom, el marido de mi prima, que me apretó la mano con fuerza, como si estuviéramos en una reunión religiosa o algo por el estilo, y me dedicó una sonrisa grande y seria, llena de solidaridad, aliento y todo tipo de cosas buenas que me dieron ganas de que mi prima estuviera pegándose con su mejor amigo. Mi tío Oliver, que me dio una palmada en la espalda que me hizo ver doble. «¡Ah, el guerrero herido! Aunque seguro que les diste su merecido, ¿eh, o me equivoco? Yo diría que por ahí debe de haber un par de ladrones cuestionándose su oficio»... Y suma y sigue, salpicado de carcajadas de cogerse la barriga, hasta que mi tío Phil debió de captar mi mirada cada vez más bizca porque interrumpió a su hermano para preguntarme mi opinión sobre la crisis inmobiliaria, sobre la que, sinceramente, no tenía opinión alguna ni siquiera antes de que me abrieran la cabeza, pero al menos sirvió para distraer a Oliver. Mi madre, que nos deleitó con el pelicolón de no sé qué

pelea del departamento de historia bizantina que había llegado a su clímax cuando un profesor de estudios medievales se había puesto a perseguir a otro por el pasillo mientras blandía un montón de papeles («¡Delante de los alumnos! ¡Tardaron diez minutos en colgarlo en YouTube!»); mi madre es buena contando historias, pero la cabeza me iba y me venía, y me desbarraba por la tangente (un dibujo infantil en la nevera que no distinguía qué era, ¿un dinosaurio, un dragón? ¿Tenía Leon el mechón ese platino la última vez que lo había visto? Le quedaba fatal, parecía un Pequeño Pony. ¿Cómo podía haber olvidado algo así? ¿Cómo iba a subir mis maletas y las de Melissa por las escaleras?), y para cuando mi madre terminó la historia ni me acordaba de cómo había empezado. Me reía cada vez que se reía Melissa y hablaba lo menos posible (se me había pasado un poco lo de arrastrar las palabras, pero no lo suficiente, porque, a no ser que tuviera mucho cuidado, seguía sonando como un discapacitado). El Xanax no impidió que estuviera deseando salir de la cocina para irme adonde fuera que no tuviera los ojos de mi madre mirándome cada dos por tres, y mi primo dándome un codazo en la espalda cada vez que hacía una mueca; las pastillas lo único que conseguían era impedirme imaginar formas factibles de largarme.

—Me alegro mucho de que hayas venido —me dijo mi padre, que estaba de pronto detrás de mí y tenía la camisa arremangada y el pelo en mechones despeinados: parecía que llevara allí una eternidad—. Tu tío Hugo tenía muchas ganas de verte.

—Ah, ya. —Llegar a ese punto me había costado tanta concentración que prácticamente se me había olvidado la razón de mi visita—. ¿Cómo lo lleva?

—Está bien. El miércoles tuvo la primera sesión de radioterapia y lo dejó un poco cansado, pero aparte de eso sigue siendo el mismo.

Mi padre hablaba con calma, pero había un dolor subyacente que me hizo dedicarle una buena mirada. Parecía más delgado y, al mismo tiempo, hinchado, con unas ligeras bolsas bajo los ojos y la mandíbula que no recordaba haberle visto, y se le adivinaban los huesos bajo la piel holgada de los antebrazos. Tuve un repentino fogonazo de terror profundo y premonitorio: nunca me había parado a pensar que llegaría el día en que mi padre envejecería, él y mi madre, y yo estaría en su cocina esperando a que uno de los dos muriera.

—Deberías acercarte a saludarlo.

—Claro —dije apurándome la mimosa. Miriam había atrapado a Melissa—. Mejor que vaya, sí. —Me abrí paso entre los cuerpos agolpados,

encogiéndome del dolor con cada roce, para llegar hasta donde estaba mi tío Hugo.

La perspectiva de verlo me había dado miedo, y me temía lo peor, la verdad, y no porque fuera a impresionarme su visión, sino porque no tenía ni idea de cómo lo procesaría mi cabeza y no estaba para más sorpresas. Mi tío era el más alto de los cuatro hermanos, uno ochenta y muchos, con esa constitución de hombros anchos pero larguirucho del campesino de monte y una gran cabeza greñuda con grandes rasgos desaparejados, como si el escultor le hubiese dado a la arcilla una forma general, por encima, y hubiera dejado los detalles para más adelante. Había tenido visiones pesadillescas de mi tío con la cara demacrada, ojos vidriosos, acurrucado en un sillón con sus largos dedos pellizcando la manta a cada tanto... Pero allí lo tenía al lado de la vieja cocina, removiendo una sartén de esmalte azul desportillada, con las cejas hundidas y los labios apretados por la concentración. Parecía tan el de siempre que me sentí tonto por haberme puesto tan nervioso.

—Hugo.

—Toby —me dijo volviéndose hacia mí y abriendo la cara en una sonrisa—. Qué alegría.

Me preparé para su palmadita en el hombro, pero no me provocó la fiera oleada de repulsión que me despertaba todo contacto físico que no fuera con Melissa. Tenía la mano caliente, pesada y sencilla, como la pezuña de un animal o una bolsa de agua caliente.

—Yo también me alegro de verte —le dije.

—Bueno, que sepas que no me he inventado todo esto para que vengas, aunque me gusta el efecto colateral. ¿Tú crees que esto está ya?

Miré la sartén: un remolino cremoso de ámbar que olía como recién salido de mi infancia, a caramelo y vainilla, la famosa receta de salsa de helado de la abu.

—Creo que le faltan un par de minutos.

—Sí, yo también. —Siguió removiendo—. Louisa no ha parado de insistir en que no hacía falta, pero a los niños les encanta... ¿Y tú cómo estás? Tú también has tenido tus aventurillas. —Ladeó la cabeza para examinarme la cicatriz, pero, al ver que me ponía tenso, volvió al instante a la sartén—. Tenemos heridas de guerra parecidas. Aunque por suerte tu historia es muy distinta de la mía. ¿Te duele?

—Ya no mucho.

Hasta que no lo mencionó no me fijé en el trozo de cabeza que tenía

afeitado y en la línea roja en relieve por un lateral, entre una pelambre entrecana demasiado larga.

—Eso está bien. Eres joven, te curarás bien. ¿Y te has recuperado ya?

Esa penetrante mirada de pasada de esos ojos grises. Ninguno habíamos conseguido nunca leer más allá de esa mirada. La comida de los domingos, y esos ojos repasando a los tres sobrinos y parándose en mí con dieciséis años, un día que estaba disimulando con solvencia una resaca. «Hum. —Y luego, a mi oreja, con una sonrisilla peculiar—: Yo diría que la próxima vez, Toby, mejor que te tomes una menos.»

—Casi. ¿Y tú cómo lo llevas?

—Desorientado, más que nada. Aunque es una tontería, al fin y al cabo tengo sesenta y siete años y llevo años sabiendo que podía pasarme algo así en cualquier momento. Pero que se convierta en un hecho real, contundente e inminente, es tan raro que no sé ni cómo expresarlo. —Levantó la pala de la sartén e inspeccionó el largo hilo que se quedó atrás—. La terapeuta del hospital (la pobre, vaya trabajo) me habló mucho de la negación, pero no creo que sea eso: soy muy consciente de que me muero. Lo que pasa es que todo parece alterado en lo más fundamental, todo, desde desayunar a mi propia casa. Te descoloca mucho.

—Susanna me contó lo de la radioterapia. ¿Eso no podría solucionarlo?

—Solo si se combinase con cirugía, y es probable que ni por esas, pero el médico dice que no es una posibilidad. Tu prima está peinando internet en busca de los mejores especialistas para que me den una segunda opinión, pero no creo que pueda permitirme poner muchas ilusiones en eso. —Me señaló el bote de la vainilla en la encimera a mi lado—. ¿Me lo pasas? Creo que no le vendría mal una gotita más.

Se lo pasé y vi entonces, apoyado contra la encimera, el viejo bastón de mi abuelo, el del mango plateado, bien a mano.

—Ah —dijo mi tío al ver lo que estaba mirando—. Sí, es que, a ver, ya no puedo subir las escaleras sin él; hasta andar me cuesta un poco a veces. Me temo que se me acabaron los paseos por el monte. Dadas las circunstancias, parece raro que me fastidie una cosa así, pero no sé, como que lo más trivial es lo que más te afecta.

—Lo siento. De veras.

—Lo sé, te lo agradezco. ¿Puedes guardarlo en el armario?

Nos quedamos así un rato, mirando el rítmico girar de la pala de madera en la sartén. Una brisa suave, cargada de olor a tierra y hierba, entró tan

campante por la puerta cristalera. A nuestras espaldas, la voz de Leon subió para rematar la gracia y todo el mundo estalló en risas. Las arrugas y las bolsas de la cara de mi tío le daban doce expresiones familiares a la vez, y hacía imposible saber qué pensaba.

Tuve la sensación de que había una pregunta crucial que debía hacerle; algún secreto que conocía y que podía cambiarlo todo, que iluminaría aquellos últimos meses infernales y los que estaban por llegar con una nueva luz inimaginable que los haría no solo soportables, sino inofensivos; lo único que necesitaba era saber cómo preguntárselo. Por un momento, tan sorprendente como vertiginoso, que acabó casi en cuanto lo sentí, me vi al borde de las lágrimas.

—Ea —dijo Hugo, apartando la sartén del fuego—, así está bien. En realidad habría que dejarlo enfriar un poco, pero... —Volviéndose hacia los presentes—: ¿Quién va a querer helado?

La tarde fue realmente rara. Había un ambiente extrañamente festivo, puede que por la superposición de recuerdos de tantas celebraciones pasadas, puede que porque muchos llevábamos sin vernos meses o años. Cuencos con rosas amarillas rizadas por doquier, la cubertería buena con las iniciales de antepasados olvidados en los mangos raspados, los pendientes de esmeraldas de la abu de las ocasiones especiales, meciéndose y brillando en las orejas de tía Louisa; oleadas de risas y chinchín de cristal contra cristal, «¡Salud!, ¡salud!».

Sin embargo, a pesar de la familiaridad, había una nota desafinada. La gente no paraba de hacer lo que no era, esos pendientes en las orejas de Louisa, Tom sirviendo los cuencos de helado en vez de Hugo, mientras este, con una repentina capa gris de cansancio velándole la cara, seguía sentado a la mesa de la cocina, asintiendo a lo que quiera que estuviera cuchicheando Tom; dos niños rubitos que no éramos los primos corriendo entre las piernas de la gente y haciendo ruidos de avión y quitándose cosas mutuamente, Susanna mandándolos callar con la misma mirada que nos echaba la tía Louisa a nosotros; y yo allí con otra mimosa en la mano, asintiendo mientras mi tío Phil divagaba sobre si era ético o no subvencionar el impuesto de sociedades. Me sentía como si estuviera en una de esas pelis de miedo en las que unas criaturas inconcebibles se apoderan del cuerpo de los personajes secundarios, pero no lo hacen bien del todo, y el prota se da cuenta de esos deslices y de la

treta que está ocurriendo delante de sus narices... Al principio era simplemente desconcertante, pero conforme avanzó la tarde (el helado con la salsa de caramelo, el café, los licores, y yo que no quería nada, pero no dejaban de pasarme cosas), me provocó por dentro una horrible marejada que fue convirtiéndose en fuerte marejada. Louisa, imponiéndose sobre mí con un trozo pantagruélico de tarta de limón y una mirada muy decidida, mi prima interceptándola hábilmente con un sorprendido «¡Mamá, que Toby es alérgico!», Melissa declarando cortésmente que la de limón y semillas de amapolas era su tarta favorita, Oliver sonándose la nariz con un pañuelo enorme y una gran cacofonía y mirando con malos ojos las rosas: todos parecían unos completos alienígenas, esa gente que se suponía que eran mis seres queridos, mis allegados, meros repertorios de extremidades agitadas, colores y caras gesticulantes que no formaban en su conjunto nada concreto, o desde luego nada que tuviera que ver conmigo. Cada empujón en el codo o movimiento por el rabillo del ojo me sobresaltaba como a un caballo asustado, y los constantes picos y descensos de adrenalina me tenían agotado. Sentí el vórtice que se me abría al fondo del cerebro, la tensión que empezaba a formarse como el frente de una tormenta por mi columna. No tenía ni idea de cómo iba a aguantar el resto del día.

De un momento para otro los platos estaban despejados, enjuagados y metidos en el lavavajillas, pero nadie parecía con intenciones de irse; de hecho, nos trasladamos todos al salón, y alguien preparó otra ronda de mimosas. Estaban todos bebiéndoselas como el agua. Mi primo se había puesto a representar una espectacular confrontación entre una *drag queen* y un punki que juraba haber presenciado en una discoteca berlinesa, y mi madre, Tom y Louisa no podían parar de reír, «¡Venga ya, Leon, no puede ser!», «Para, por Dios, que me duele la barriga»... Pillé a mi padre frotándose los ojos, con pinta de estar rendido, pero al momento siguiente Miriam se puso a hablarle y volvió a la acción, sonriéndole mientras le contaba algo que la hizo desternillarse y pegarle un palmotazo en el brazo. Phil estaba de pie al lado de mi prima, hablando demasiado rápido y gesticulando con tanta vehemencia que se balanceaba del impulso. La habitación, con esos techos altos, enredaba todas las voces en un galimatías y el conjunto tenía un aire precario, sin amarras, de jarana en un sótano de la época de la *Blitzkrieg* mientras las bombas silbaban por los aires, la hilaridad, frágil como una capa de hielo y a punto de descabalgarse fuera de control, ese es el espíritu, más rápido, más alto, más rápido hasta que... ¡bum!, ¡todo al garete!

No lo soportaba ya más. Miré de reojo a Melissa, pero estaba acoplada en un sofá con mi tío Hugo, muy metida en la conversación; no íbamos a poder salir sin obstáculos. Volví a la cocina, me eché un vaso de agua fría y salí con él a la terraza.

Después del tumulto de ruido y color del interior, el jardín desprendía una quietud que era casi sagrada. Lo que siempre se me olvida sobre el jardín de Villa Hiedra, lo que siempre me pilla desprevenido, es la luz. Es distinta que en cualquier otra parte, granulada como la luz quemada de los veranos de las viejas cintas caseras, como si emanara del escenario en sí y no de una fuente exterior. El césped se extendía ante mí un largo trecho, crecido, lleno de ambrosías altas y colorido por las amapolas y los acianos; bajo los árboles, las sombras eran puras y profundas como hoyos en la tierra. El calor resplandecía por encima de todo.

Voces, claras como las de los petirrojos, que me hicieron sobresaltarme. Niños jugando al fondo del jardín: uno formaba dibujos alocados en un columpio de cuerdas, entrando y saliendo de la existencia al arquearse desde la sombra a la luz y vuelta a empezar, otro sobresaliendo de entre la hierba alta con las manos en alto y muy abiertas, como para espantar algo. Delgadas extremidades morenas en un movimiento incesante, pelo rubio casi blanco brillando al sol. Aunque sabía que eran los hijos de mi prima, por un segundo fugaz pensé que eran dos de nosotros, ¿Leon y Susanna?, ¿mi prima y yo? Uno pegó un grito, fuerte, imperioso, pero no supe decir si me llamaban a mí. Me pegué el vaso a la sien y los ignoré.

El jardín tenía el mismo aspecto de descuido moderado que la entrada de la casa, pero eso no era ninguna novedad. Para ser un jardín urbano, es enorme, más de treinta metros de largo. Los muros laterales están bordeados de robles, abedules y olmos montanos, y dan al callejón trasero de una vieja escuela, una fábrica o algo así —reconvertida en un moderno bloque de pisos durante los años del Tigre Celta—, de cinco o seis pisos de alto, una altura imponente que le da a la casa sensación de secretismo, de estar sumergida. La abu era la que se encargaba del jardín, y en sus tiempos estaba cuidado con maestría y estilo, hasta el punto de parecer salido de un cuento de hadas, revelando tímidamente sus encantos uno a uno, conforme te los ibas ganando, mira, detrás de ese árbol, ¡jazafranes! Y allí, escondidas tras la mata de romero, fresas silvestres, ¡todas para ti! Murió cuando yo tenía trece años, menos de un año después que mi abuelo, y desde entonces mi tío Hugo se había relajado bastante con el tema («No es solo por pereza —me dijo una vez sonriendo por la ventana de la

cocina ante la confusión estival de malas hierbas—, a mí me gusta más que esté un poco asilvestrado. No quiero que haya dientes de león, que son unos abusones, pero me gusta que asome un poco su verdadera naturaleza»). Poco a poco las plantas fueron desmelenándose y enredándose, largos zarcillos de hiedra y jazmín colgando de la fachada, un tumulto de hojas verdes en los árboles sin podar y molinillos asomando entre la hierba alta; el jardín había perdido su halo de fantasía y había adoptado otro aire, remoto y sereno, arqueológico. Casi siempre me parecía que prefería el de antes, pero ese día agradecí aquella nueva versión; no estaba de humor para encantos fantasiosos.

La niña, la hija pequeña de mi prima, me había visto. Se quedó un rato observándome entre el perifollo silvestre, meciendo un puñado de tallos adelante y atrás con una persistencia ausente. Luego se acercó poco a poco.

—Hola —le dije.

La niña —me costó unos segundos recordar el nombre: Sallie— me contemplaba con ojos felinos, azules y opacos. No recordaba qué edad tenía..., ¿cuatro quizá?

—Tengo muñecas en los zapatos —me dijo.

—Anda —dije (no sabía de qué me estaba hablando)—. Qué bonito.

—Mira.

Se apoyó con una mano en una maceta grande de geranios y levantó la suela de una zapatilla y luego la otra: una muñeca de un palmo, metida bajo una gruesa burbuja de plástico transparente, me miró con pasmo y malicia desde cada suela.

—Hala, qué chulas.

—No sé cómo sacarlas.

Por un instante temí que esperase mi ayuda, pero en ese momento apareció su hermano —Zach, eso era— y se plantó a su lado. Aunque le sacaba una cabeza a su hermana, se parecían bastante, con los mismos rizos enredados y claros y la misma piel fina y color huevo marrón, los mismos ojos azul claro y muy abiertos. Así, los dos juntos, parecían salidos de una película de miedo.

—¿Vas a quedarte a vivir aquí? —me preguntó el chico.

—Unas semanas. Sí.

—¿Por qué?

No tenía ni idea de qué les habría dicho su madre sobre Hugo. Me imaginé metiendo la pata y a los dos críos estallando en alaridos agudos, traumatizados.

—Porque —dije, y al ver que seguían mirándome—: He venido a ver al tío

Hugo.

El niño tenía un palo en una mano, y lo blandió en el aire, emitiendo un silbido fino y desagradable.

—Se supone que los adultos no viven con sus tíos. Viven solos.

—Yo no vivo con él. He venido de visita.

No era la primera vez que tenía la impresión de que aquel crío era un poco mamoncete. Unas Navidades mi prima había tenido que llevárselo de la mesa por escupirle al pavo de su hermana porque tenía mejor pinta que el suyo.

—Mi madre dice que te pegaron en la cabeza. ¿Ahora necesitas cuidados especiales?

—No. ¿Y tú?

Me dedicó una mirada prolongada que podía haber significado cualquier cosa, aunque seguramente nada bueno.

—Vente —le dijo a Sallie pegándole en la pierna con el palo, y se alejó por la hierba con su hermana pisándole los talones.

La pierna empezaba a retemblarme: demasiado tiempo de pie. Me senté en los escalones de la terraza. El trozo de jardín al lado de las flores de manzanilla, donde mis primos y yo plantamos una tienda un verano y acampamos durante una semana, toda la noche con la risa floja, comiendo galletas y asustándonos con historias de miedo, y por el día con los ojos cargados e irritables, apestando a manzanilla de tanto rodar por las plantas. Más allá, el árbol donde, en la oscuridad mareante de la fiesta del decimocuarto cumpleaños de Leon, me di mi primer beso de verdad con una rubita muy tierna llamada Charlotte, su lengua sabor sidra ilegal y sus pechos blandos contra mi torso, vivas y silbidos de los chicos desde la otra punta, «Dale ahí, Toby, ¡qué grande eres!», y el soplido perenne y suave de la brisa entre las hojas por encima de nuestras cabezas. La propia terraza, donde nos tiramos la primera vez que fumamos hachís, las estrellas parpadeando en patrones codificados que te hipnotizaban y un olor a jazmín tan potente que parecía música en el aire, y yo que convencí a Leon, con una solemnidad absoluta, de que Susanna se había convertido en una hada diminuta y la había atrapado entre mis manos, él intentando ver entre mis dedos, «Eh, pequeña, dime algo, ¿estás bien ahí dentro?», mientras mi prima estaba justo al lado..., y había alguien más... ¿Dec, Sean? Estaba a mis espaldas, partiéndose de risa en la oscuridad..., ¿quién era? Huecos en la cabeza, ángulos ciegos con un brillo de malicia, como un aura de migraña. Todos esos hitos, al alcance de la mano y a la vez a millas de distancia. Y en esos momentos el hombre hecho y

derecho en el que me había convertido era tan capaz de reunir valor para dormir en esa tienda de campaña como de volar.

—Madre mía —dijo Leon a mis espaldas mientras cerraba de un portazo la puerta de la terraza con un giro de muñeca—. ¡Qué pesadilla!

—¿El qué? —pregunté.

Del portazo había pegado un bote de gato desprevenido, pero mi primo no pareció darse cuenta; estaba intentando sacar un paquete de Marlboro Reds del bolsillo de los vaqueros, que eran negros y con rajadas en sitios extraños y tan pegados que estaba costándole sacar el tabaco. Llevaba una camiseta de Patti Smith y unas Marteens más grandes que su cabeza.

—Todo esto. Parece como si fuera un bonito reencuentro familiar y en cualquier momento fueran a mandarnos a hacer una yincana por el jardín. Es obsceno. Pero supongo que así es Hugo, ¿no?, mantén la calma y tira p' adelante... —Acercó la cabeza al mechero—. Que, oye, lo respeto, hay que tener valor y todo eso, pero no veas..., joder. —Y echándose el mechón hacia atrás al incorporarse—: ¿Eso es vodka?

—Agua sola.

—Mierda. Me he dejado la copa en el poyete de la ventana y mi madre está al lado, y como vuelva ahí dentro se va a poner a preguntarme sobre algún “evento” cultural alucinante de Berlín sobre el que ha leído, y que si he ido y qué me ha parecido. Y te juro por mis muertos que no puedo. —Le dio una calada bien fuerte y ávida al cigarro.

Había sido en mis primos Leon y Susanna en quienes más había pensado en esos últimos días. Cuando éramos pequeños, mis tíos —no Hugo, que era distinto, sino Oliver y Miriam y Phil y Louisa— eran prácticamente una nube informe de adultez que a veces nos daba de comer y a la que, más que nada, debíamos evitar por si querían impedirnos hacer algo; al hacerme mayor, tampoco había prestado mucha atención para enfocarlos a cada uno por separado. Mis primos, sin embargo, habían sido a todos los efectos mis hermanos; nos conocíamos con la misma intimidad profunda y natural con la que uno se conoce la palma de la mano. Una diminuta parte de mí, una incipiente, había deseado, contra toda lógica, que estar cerca de ellos me ayudara a encajar por obra de magia todos mis fragmentos pulverizados, que con ellos solo podría ser yo mismo. El resto de mi persona había temido verlos, acongojado por el pavor de que les bastara una mirada para ver más allá de mis penosas ocultaciones, todo el daño causado hasta el más mínimo detalle.

—Trae —le dije tendiendo la mano, todavía con la adrenalina a tope—. Dame uno.

Mi primo me miró de reojo, una ceja arqueada.

—¿Desde cuándo?

Me encogí de hombros.

—Es por temporadas.

En realidad apenas me había fumado un cigarro en mi vida hasta hacía un par de meses, pero no tenía intenciones de decírselo para que no se lo tomara como una dramática tendencia hacia la autodestrucción, cosa que no era. La historia de la lesión cerebral me había hecho algo raro en el olfato: no paraba de percibir aromas improbables (hedor a desinfectante en mi plato de pasta al microondas, una ráfaga repentina de la colonia de mi padre al cerrar las cortinas por la noche), y visto que las horribles advertencias sobre fumar siempre insistían en que te fastidiaba el sentido del olfato, me dije que por qué no intentarlo. Hasta la fecha había conseguido ocultárselo a Melissa, pero en esos momentos no corría peligro; era bastante improbable que fuera a dejar plantado a mi tío para venir a buscarme.

Mi primo me pasó un cigarro y el mechero. De los tres, él era el que más había cambiado. Cuando éramos pequeños, era un torbellino, muy travieso, siempre tramando algo, pero eso cambió más o menos el año que entramos en el instituto. Aunque estábamos en clases distintas, yo sabía que le habían puteado bastante: pequeño, menudo, amable y de sospechosos rasgos delicados..., fue inevitable. Yo hacía lo que podía por él, pero siempre que me lo cruzaba por los pasillos, iba a toda prisa, con la cabeza gacha, encogido y en su mundo. Seguía siendo unos centímetros más bajo que yo, y conservaba su aspecto de elfo y esas greñas morenas que le caían por un ojo —aunque se notaba que ahora la «greñudez» le costaba al menos una hora y una tonelada métrica de cera fijadora—, pero me costaba superponer esos recuerdos sobre aquel tipo delgado que estaba echado contra la pared moviendo un pie y con una pose tan de guay que te daba a entender que tu vida era una pérdida continua de tiempo.

—Gracias —le dije devolviéndole el mechero.

Mi primo se había relajado lo suficiente como para mirarme en condiciones; ya no tenía que seguir girándome para hablarle.

—Perdona que no te haya llamado más —me dijo sin rodeos—. Cuando te atacaron.

—No pasa nada. Me mandaste mensajes.

—Es que tu madre decía que lo único que necesitabas era paz y tranquilidad y que no te molestasen, así que... —Encogió un solo hombro—. Pero, vamos, aun así... tendría que haberte llamado, o haber ido a verte.

—Qué va, hombre. No hacía falta. —No supe si me había salido lo suficientemente desenfadado, o demasiado...—. Yo solo..., lo único que quería era estar tranqui y tomármelo con calma..., en plan ver telebasura con el pijama puesto todo el día y esas cosas. No era una fiesta estar conmigo.

—Aun así..., perdona.

—Bueno, has venido —dije, con ganas de dejar el tema—. ¿Te vas a quedar aquí?

—No, ni de coña. En casa de mis padres, que Dios me pille confesado... —Se guardó el mechero en el bolsillo con un malabarismo rápido—. En realidad preferiría mil veces quedarme aquí, lo que pasa es que como me venga, ¡bum!, me convierto en el cuidador oficial y no puedo salir ni a dar un recado, porque, si no, sería culpa mía si le da un síncope al tío Hugo y muere solo, y muchas gracias, pero no. Lo quiero y quiero pasar tiempo con él mientras pueda y me alegro de ayudar unas semanas, pero no puedo comprometerme a largo plazo. Tengo un curro. —Mi primo trabajaba en una discográfica independiente que daba grima de lo modernita que era, no recordaba el nombre—. Tengo pareja, tengo ¡una vida! Y me gustaría conservarla.

El comentario no me hizo mucha gracia —yo tampoco pretendía convertirme en el cuidador oficial—, pero, en fin, mi primo siempre había sido muy melodramático, y me daba la impresión de que alguien le había estado agobiando con el tema.

—¿Te han metido presión? —pregunté.

Lanzó los ojos al cielo.

—¡No me tires de la lengua! Mis padres, los dos. Han estado haciéndome placaje en grupo, parecían dos polis interrogándome, un día tras otro. Primero me llamaba ella, venga a decirme que qué pena que Hugo fuera a pasar sus últimos días solo, y musiquita de violines, y luego me llamaba él para darme un pomposo discurso sobre lo bueno que había sido Hugo siempre conmigo, y si no tendría tal vez sentido devolverle un poco de lo que me había dado, y luego ella me llamaba otra vez para decirme que tenían una fe absoluta en mi capacidad para «manejar el asunto» solo un «tiempecito», y después de eso ya no sé quién me llamaba para decirme qué porque directamente dejaba de cogerles el móvil. Espero que ahora que estoy aquí se corten un poco, pero no

sé, a lo mejor ponen toda la carne en el asador, a ver si volviéndome loco de remate acabo viniéndome a vivir aquí con tal de librarme de ellos. Cosa que no pienso hacer.

Mi primo estaba ligeramente borracho, aunque no era nada exagerado; la mayoría de la gente no lo habría notado.

—Yo sí que me voy a quedar aquí —dije.

Volvió la cara como un latigazo, con las cejas de punta.

—¿Tú?!

Su incredulidad, como si yo fuera un chimpancé a cargo de un lanzamiento espacial, no me hizo gracia.

—Sí, yo, ¿qué pasa?

Después de unos segundos, mi primo apoyó la cabeza contra la pared y empezó a reírse, en una carcajada hacia el cielo.

—Qué fuerte me parece. Maravilloso, es maravilloso. Estoy deseando verlo.

—¿Qué tiene tanta gracia?

—Nuestro Toby, el ángel misericordioso, sacrificándose para cuidar a los más necesitados...

—¡Es un par de semanas! Yo tampoco pretendo que me nombren cuidador oficial. —Al ver que su risa se convertía en un resoplido irónico y elocuente —: ¿Qué?

—Sorpresas te da la vida.

—¿Por qué te metes conmigo? Acabas de decir que no te mudarías aquí ni...

—Porque como entre, no salgo. Tú, en cambio, te irás por la puerta tranquilamente en cuanto te hartes...

El cigarro, la bebida y toda aquella tarde de tonos febriles empezaban a marearme; no estaba de humor para tonterías.

—No es culpa mía que no tengas los... los... —(quería decir «cojones», en español)—... huevos para plantarles cara a tus padres...

—... y todo el mundo sabe que eso será dentro de poco. Te doy una semana, diez días como mucho.

El deje insidioso de su voz, como si yo fuera una especie de príncipe mimado que nunca hubiera lidiado con nada más grave que una resaca... Si el señorito Enrollado supiera, con sus pulseras de cuero y su simbolismo barato, y su alegre vida de me tiro la noche de fiesta, si él tuviera la más mínima idea...

—¿De qué mierda hablas?

Yo estaba pidiendo bronca, y en parte era queriendo. Mi primo siempre se ponía a la defensiva a la primera de cambio; la manera en que yo había saltado era perfecta para conseguir que se pusiera desagradable, sobre todo si estaba ya de los nervios. No pretendía que nos pusiéramos a pelearnos a puñetazo limpio en la terraza —aunque se me ocurrían pasatiempos más aburridos; alguien había empezado a cantar dentro de la casa—, pero sí que quería, con una saña autoflagelante, que mi primo perdiera los papeles y me dijera qué pensaba exactamente de aquella nueva versión de mi persona.

Se llevó el cigarro a los labios y le dio una calada larga.

—No estás precisamente en tu mejor momento —dijo soltando un chorro de humo por un lateral—, ¿no te parece?

Casi saboreé la bocanada de rabia que me entró.

—¿Que qué? Yo estoy perfectamente.

Una mirada de reojo con los párpados entornados.

—Si tú lo dices...

—¿De qué coño vas?

Yo no tenía claro lo cerca que estaba de pegarle, pero mi primo no parecía preocupado. Tenía una comisura arqueada hacia arriba.

—Venga ya, por favor. ¿Cuántas palabras has dicho hoy? ¿Diez? ¿Cuántos bocados has comido, dos o así?

Me reí, un gañido de perplejidad que rebotó contra los muros altos. Había esperado algo sobre mi forma de andar, mi incapacidad para seguir el hilo de la conversación, las pausas agónicas cuando no me venían las palabras: un diestro tajo inmisericorde y directo a la yugular que me habría dejado ensangrentado y tambaleante. Pero, en lugar de eso, me amenazaban con un dedo insolente por hablar poco y por no comerme la verdura, así que prácticamente me dio un subidón de alivio.

—Hoy es una mierda —dije todavía riendo—. Es lo que tú has dicho. No me da la gana de esforzarme en fingir que está todo perfecto. Si a ti te apetece, mejor para ti. Yo me quedaré mirando.

—Ese sí que es el Toby que yo conozco y al que tanto quiero —dijo mi primo con cierto retintín (no le gustaba que se rieran de él)—. Dejándole el trabajo sucio a los demás.

—Yo no te estoy obligando a nada, colega. Yo hago lo mío. Eso no tiene nada de malo. —Me salió tan natural, tan como lo habría dicho mi antiguo yo, y además el rápido bandazo de su barbilla me confirmó que estaba tocándole

la moral, y ya no pude parar de reírme.

—No te lo crees ni tú, “colega” —respondió insidioso—. Venga ya, ¿tú te has visto los ojos? Porque a ellos —(cabeza hacia la casa)— se la podrás colar, pero eso no quiere decir que lo estés disimulando divinamente. Vas hasta el culo de algo. —Aquello me provocó una risotada tan fuerte que se me metió el humo por la nariz y me doblé en dos, tosiendo—. Y estás histérico —me dijo amargamente, apartándose—. No sé de qué vas puesto, pero...

—Voy de heroína, tío. Está otra vez de moda entre los guays. Deberías planteártelo...

—¿Sabes lo que estaría muy bien? Que te callaras la boca. Termínate el cigarro, ¡mi cigarro!, y entra y déjame en paz.

—Ah, aquí estáis —dijo mi prima, que estaba escabulléndose por la puerta trasera mientras lanzaba un rápido vistazo cauteloso a sus espaldas—. Tu padre se ha puesto a cantar *Ranglan Road*, Leon. Les he dicho que venía a buscaros, porque evidentemente no querríais perdéroslo. Pero creo que me va a llevar un tiempo. ¿De qué os reíais?

—A Toby se le ha ido la cabeza —dijo Leon aplastando con saña el cigarro bajo el tacón—. Lo poco que le quedaba.

—Madre... —dije recuperando el aliento, el corazón desbarrando—. Solo por estas risas ha merecido la pena toda esta tarde de mierda.

—Muchas gracias —replicó mi prima—, también tú has aportado mucho a la tarde.

—Mi aportación ha sido... —(quería decir «deslumbrante», no me salió) —... fantástica. Asombrosa. Pero admitirás que, si te dan a elegir formas de pasar el día, esto estaría por debajo de una endoncia en tu lista.

—Dime que has traído priva —le dijo Leon a Susanna—. No puedo volver ahí dentro si no bebo un poco más.

—Creía que te habías traído tú. Espera. —Volviéndose, un ojo a la rendija de la puerta—. Vale, la costa parece despejada. Voy a entrar. Si me atrapan, venid a por mí, ¿vale? Hablo en serio. —Desapareció de vuelta a la cocina.

—Siento lo de antes —dije.

Empezaba a sentirme más cómodo con mi primo, y no solo porque pensara que lo único malo que me pasaba era que se me estaba yendo la mano con las pastillitas de la risa. Llevábamos tiempo sin tener mucho trato, desde que terminamos el instituto —nuevos amigos, vidas sociales en aumento—, por no hablar de que cuando salió del armario se aseguró de que todo el mundo se fijara pasando por una etapa de desfase con las drogas y las discotecas de

rigor, lo que desde luego no era mi rollo, y desde entonces no habíamos recuperado la confianza que habíamos tenido antes, aunque me enternece descubrir que todavía podía sacarle de sus casillas sin apenas esfuerzo.

—Es que por un segundo ha parecido que creías que estaba metiéndome algo. Ha sido lo máximo. —Mi primo se encendió otro cigarro sin ofrecerme —. Son solo calmantes. Todavía me da de vez en cuando dolor de cabeza por la conmoción cerebral. No es para tanto. Lo que pasa es que hoy no me veía aguantando el día con jaqueca.

—Lo que tú digas.

—¿Se ha dado cuenta alguien más?

Soltó un «puff» desdeñoso.

—Qué va. Y aunque se hubieran dado cuenta, pensarían que estás todavía un poco afectado. Mi madre dice que te vendría bien hacer yoga para volver a centrar tus energías.

Aquello me provocó un resoplido de risa, y un momento después él también sonrió a regañadientes.

—Me encanta. Me aseguraré de pedirle recomendaciones.

—Tú solo ten cuidado —me dijo mirando hacia atrás por si venía Susanna al tiempo que bajaba la voz (ya no hablaba con retintín)—. Tengo un amigo que..., bueno, en fin... Lo único que te digo es que, no sé lo que te estarás tomando, pero que porque te lo recete un médico no significa que sean M & M. No te confíes.

—¿Quién, yo? Nunca.

Mi primo hizo una mueca con la boca, pero antes de poder decir nada Susanna volvió de puntillas por la puerta con una botella de vino.

—Hemos triunfado —dijo—. Está claro que vamos a necesitar reservas: tu padre ha pasado a *Spancil Hill*, Leon.

—Por Dios...

—No he podido rescatar a Melissa —me dijo mi prima—. Tu madre le tiene echado un brazo por encima.

—Debería entrar —dije sin moverme.

—No se la ve mal.

—Estará bien, sí; Melissa está bien en cualquier sitio, pero ese no es el tema.

—No te lo vas a creer —le dijo mi primo a Susanna lanzando la barbilla hacia mí—. Se va a quedar aquí.

Mi prima se sentó a mi lado en los escalones, sacó un sacacorchos del

bolsillo trasero y sujetó la botella entre las piernas.

—Ya lo sé, se lo pedí yo.

Mi primo disparó las cejas al cielo.

—No me lo habías dicho.

—Es que no creía que fuera a hacerlo de verdad. Pero —(una sonrisa fugaz para mí mientras forcejeaba con el corcho)— parece que lo he subestimado.

—Con él es fácil —dijo Leon hacia el jardín.

El corcho salió con un «pop». Susanna le dio un trago con una fruición que me sorprendió —parte de mí seguía pensando en ella como si tuviera ocho años— y me pasó la botella.

—Ignóralo —me dijo—. Ha tenido un día de mierda.

—Como todos, ¿no? —dije (era vino tinto, pesado y de últimos días de verano, y supe incluso antes de saborearlo que me pegaría fuerte)—. ¿Cómo estás tú?

—Ya te puedes imaginar —dijo echando la cabeza hacia atrás y masajeándose la nuca.

Ella había cambiado mucho menos que mi primo. Tenía el pelo en una media melena ondulada, en vez de las dos gruesas trenzas de su infancia, o la melena lacia y sin gracia de la adolescencia, y su insulsez huesuda se había moldeado en algo atractivo, por esa serena aura de permanencia que la rodeaba, como dando a entender que dentro de veinte años, o de cincuenta, seguiría igual; pero tener hijos solo le había suavizado ligeramente su angulosidad de piernas largas; llevaba vaqueros desgastados y casi no iba maquillada, y seguía sentándose como de pequeña, a lo indio, con naturalidad.

—Tom está convirtiéndose en un dios del masaje de espalda. ¿Y tú qué?

—Bien.

—¿De verdad?

—Bueno, no tengo a Tom para que me dé masajes, pero aparte de eso estoy bien. —Vislumbré la mirada sardónica mi primo, pero la ignoré.

—Dentro de lo que cabe, imagino —dijo mi prima alargando la mano para cogerle el cigarro a Leon; alguien, presumiblemente los niños, le había pintado una especie de bichito en la mano con un rotulador morado—. Dame una calada.

—Toma uno para ti. Ten...

—No me apetece uno entero. Ni quiero que los niños me vean fumar.

También ella estaba un poco borracha; y ahora que me paraba a pensarlo, yo también.

—Dame uno —le dije a Leon—, lo comparto con Su.

Los niños estaban en la otra punta del jardín removiendo algo en la hierba con unos palos, y no parecían muy interesados en nosotros, pero yo siempre había sido bastante protector con mi prima, aunque solo fuese tres meses más pequeña que yo. Recuerdo con cinco años o así cogerla por el pecho con un esfuerzo enorme y llevármela corriendo como loco para apartarla de la avispa que estaba rondándola. Encendí el cigarro, le di una calada fuerte y se lo pasé.

—Mi padre no está bien —dijo echando el humo—. El otro día fuimos a su casa y me lo encontré llorando. A lágrima viva.

—Joder —dije.

—Ya. —Me miró de reojo—. Te ha traído un regalo, para compensar por no haber ido a tu cumpleaños. Creo que podría ser alguna herencia familiar chungueta. Si es una mierda, disimula.

—Claro.

—Porque no creo que pueda soportar ni una pequeña... ¡Zach! —Mi prima gritó hacia el césped, donde su hijo estaba trepando por un gran olmo montano—. ¡Baja de ese árbol ahora mismo! ¡Cuántas veces tengo que decírtelo?

—Nosotros nos pasábamos la vida montándonos en los árboles —apunté.

El crío seguía trepando por el árbol, ignorando totalmente a su madre.

—Sí, ya, hasta que te caíste justo de ese mismo árbol y te rompiste el tobillo, y te pusieron una escayola... ¡Zach! Baja, te digo. ¿Me vas a hacer ir?

El niño saltó de una rama y dejó caer la cabeza en un gesto exagerado, para informar a su madre de que era un rollo, y luego salió corriendo por la hierba para ir a putear a su hermana.

—A veces puede ser un cabroncete —reconoció mi prima—. Y los padres de Tom no ayudan mucho. Siempre le dejan salirse con la suya, y cuando nos ven intentando que se comporte, nos dicen: «Ay, ¡pero dejadlo, no es más que un niño!». Y ya sabéis cómo es Hugo, en plan: «Déjalos a su aire, al final salen siempre bien»... Lo que estaba muy bien cuando éramos nosotros, pero no es tan divertido cuando estás al otro lado.

Evité señalar que al menos esa parte del problema pronto no estaría. No me interesaba hablar de los problemas de Zach.

—Ni me acuerdo de cuándo fue la última vez que vi a tu padre —dije.

Me di cuenta casi al instante, por el silencio de asombro, de que había metido el dedo en la llaga. Hurgué como loco en mi cabeza para ver qué me había perdido; lo único que me vino fue la vez que llamé a mi tío Phil porque me la había pillado bien gorda y perdí la cartera en la sesión *light* de una

discoteca, Hugo no me cogía el teléfono, la mirada irónica en su cara cuando en el coche me aconsejó que me estuviera muy callado en el camino de vuelta a casa, pero evidentemente lo había visto desde entonces...

—Pero si vinieron en Navidades aquí —dijo mi prima—. ¿Te acuerdas, que le regalaron a Zach la especie de daga esa y se puso a apuñalar el sofá?

—Ah —dije (esa forma tan intensa y afilada de mirarme, como si estuviera cayendo en la cuenta de algo, me cerró el estómago)—. Vaya, no sé dónde tendría la cabeza en Navidades, tenía mucho trabajo o algo... Y como que se me mezcla todo, sobre todo después de lo que pasó...

Mi primo resopló con la fuerza justa para que lo oyera. Lo de apuñalar el sofá no era algo que se pudiera “mezclar” fácilmente.

—Tú —dijo mi prima con rotundidad—, tú estás borracho.

—Sí, sí. Lo estoy. —Le agradecí la escapatoria que me había proporcionado, tan conmovido por su mundo infinitamente bueno e inocente, donde a nadie podía pasarle en la cabeza nada peor que un par de mimosas, que podría haber llorado.

—Dame eso —me dijo mi primo cogiendo la botella—. Ya has bebido suficiente. —El arqueo de la ceja venía a decir: «Y más, mezclando con lo otro».

—Sí, es verdad. Y tengo pensado seguir bebiendo.

—Qué suerte tiene Melissa contigo. ¿Se va a quedar ella también?

Me encogí de hombros. El corazón me martilleaba en el pecho: dentro de poco iba a cagarla bien cagada, a decir o hacer algo tan mongólico que ni toda la ingenuidad del mundo podría ignorarlo, no tendría que haber ido...

—Unos días, sí.

—¿No te quiere perder de vista?

—Qué quieres que te diga, tío, no puede vivir sin mí. Tu colega no ha podido venir, ¿no?

—Carsten trabaja. No puede dejarlo todo cada vez que le venga en gana.

—Ah, parece muy importante.

—Ojalá se acabara ya todo —dijo mi primo tan repentina como bruscamente—. Sé que es horrible decirlo, pero lo pienso. ¿Qué se supone que debemos hacer? ¿Hacer como si no pasara nada? Tendría que haber un manual...

—Seguro que en otras culturas lo hay —dijo mi prima cogiéndole la botella—. Con rituales que se hacen cuando muere una persona..., cánticos, bailes, quemar hierbas.

—Pues ojalá viviera allí. Tú calla —me dijo al verme poner caras—, que lo digo en serio. Lo que en teoría hay que hacer una vez que muere alguien, eso sí, eso está todo planeado, que si funerales y velatorios, coronas y la misa del mes. Pero cuando estás esperando a que se muera es, por lo menos, igual de chungo, y no hay una puta mierda que te diga cómo hacerlo.

—Y hablando de cuando se acabe —dijo Susanna—, ¿alguien tiene alguna idea de lo que pasará con la casa?

Hubo un silencio breve e intrincado. Mi primo cortó un tallo de jazmín del muro y le dio vueltas en los dedos, sin querer mirarnos a ninguno.

—A ver, lo mismo la cosa no llega a eso. Vamos a pedir una segunda opinión. Pero hablo en el caso de —insistió mi prima.

—Madre mía, ¿no es un poco pronto para estar repartiéndonos sus cosas? Los dos me ignoraron.

—Los abuelos dijeron que Hugo se quedaba aquí a vivir.

—¿Y luego?

—Lo que preguntas es si la venderán —dijo Leon.

—Sí.

—Si depende de mí, no.

—Eso está claro —dijo mi prima con un punto de exasperación en la voz—. Lo que pregunto es si alguien sabe si depende de nosotros. Si es para nuestros padres, y quieren venderla y repartirse el dinero...

Otro silencio, más largo. No se me había ocurrido plantearme nada de eso, y no tenía ni idea de qué opinar. Me dio la impresión de que mis primos no solo tenían claro que querían quedarse con la casa, sino que además asumían que yo pensaba igual que ellos, aunque no tenía ni idea de qué creían que podíamos hacer con ella: ¿alquilarla?, ¿compartirla, todos juntos en una feliz comuna, haciendo turnos para guisar lentejas y teñir de colores camisetas de cáñamo ecológico? Hacía unos meses habría estado totalmente a favor de venderla —cualquier porción de casa que me tocase habría sido un gran paso hacia el chalecito georgiano con vistas a la bahía—, pero ahora esa ensoñación me escocía como una broma humillante, me hacía sentirme como uno de esos meapilas engañados que parlotean sobre el estrellato en *Factor X*. Lo empeoraba la sensación paranoide de que mis primos pensaban cosas que yo no pillaba, y que intercambiaban, como insectos, señales invisibles delante de mis narices; me sentía como un intruso indeseado, como si hubieran sido más felices si me inventaba alguna excusa barata y volvía dentro, o mejor aún, si cogía las maletas, me metía en otro taxi y regresaba directamente a mi piso.

—¿No puedes preguntarle a tu padre cómo es la historia? —le preguntó a mi prima. —Había sacado el mechero y se dedicaba a prenderle fuego al tallo y a soplarle cuando prendía.

—¿Por qué no le preguntas tú al tuyo?

—Porque tú te llevas mejor con tu padre.

—Que vivamos en el mismo país no significa que me lleve bien con él.

—Significa que, por lo menos, lo ves. Lo que hace que sea muchísimo más fácil que sueltes tú la pregunta como quien no quiere la cosa en medio de una conversación, «ah, por cierto, papá, ¿tú sabes...?».

—¿Hola? Estás aquí. Y encima estás viviendo en casa de tus padres.

Leon sopló el jazmín con fuerza.

—Lo que significa que ya bastante tengo con lo mío, gracias, como para...

—¿Y yo no?

—¿Por qué no se lo preguntas tú al tuyo? —me dijo entonces Leon—. Estás ahí sin más, asumiendo que lo haremos uno de nosotros.

En realidad la discusión me estaba resultando extrañamente reconfortante, por lo familiar y porque daba a entender que al menos en ese caso yo no era la *persona non grata*, que quizá todo el mundo estuviese igual de agobiado y descolocado que yo.

—Yo voy a estar viviendo con Hugo —apunté—. No voy a coger y a decirle, eh, Hugo, nada, que me preguntaba yo, cuando estires la pata...

—Le puedes preguntar a tu padre.

—Eres tú quien ha sacado el tema. Si tantas ganas tienes de saberlo...

—¿Y tú no?

—Pues claro que no —dijo Susanna—. No te digo...

—Pero ¿cuál es el problema? —respondí—. Ya nos enteraremos cuando se muera, ¿qué más dará...?

—Si es que muere...

—Vale, de acuerdo, yo lo hago —zanjó la cuestión mi primo, y los dos nos volvimos para mirarlo, pero se limitó a encogerse de hombros, allí contra la pared—. Yo se lo pregunto a mi padre.

—Vale —dijo Susanna después de un momento—. Encárgate tú.

Mi primo dejó caer el tallo en la terraza y retorció el talón por encima.

—Yo me encargo.

—Perfecto, así podemos dejar de discutir. Me paso el día oyendo discusiones, no tengo ganas de hacerlo yo también. ¿Sigue Oliver a lo suyo?

Ladeé una oreja hacia la puerta.

—Me temo. *She moved through the fair.*¹

—Jooder —dijo Leon restregándose la cara con una mano—. Trae para acá esa botella.

Susanna soltó una exhalación que parecía al borde de la risa o del llanto.

—*Last night she came to me* —cantó en voz baja—, *my dead love came in...*

La voz de mi tío Oliver, erosionada hasta una finura de velo por la distancia, recaía sobre la de mi prima como un eco, «*My dead love came in*»... Y se alejaba por la hierba, entre el perifollo silvestre y las hojas.

—¡Lo que faltaba! —exclamó mi primo, que se llevó la botella a los labios—. A ver si podemos ponernos más macabros.

Mi prima tarareó unos cuantos compases de una canción que no conseguí identificar, hasta que Leon soltó una risotada y se puso a cantar a coro, con una voz de tenor de una fuerza sorprendente para venir de alguien tan delgado:

—*Isn't it grand, boys, to be bloody well dead? Let's not have a sniffle...*

Empecé a reírme.

—*Let's have a bloody good cry* —se unió Susanna.

La acabamos los tres juntos con mucha clase, levantando los cigarros y la botella en alto.

—*And always remember the longer you live, the sooner you'll bloody well die!*

Un sonido a nuestras espaldas, en la cocina: la puerta de un armario cerrándose. Después de un segundo de pavor, los tres nos partimos de risa a la vez, como si hubiéramos estado conteniéndonos. Leon estaba doblado en dos, Susanna se había atragantado con el vino y estaba resollando con espasmos y aporreándose el pecho; yo noté que me rodaban las lágrimas por la cara. Era una risa tan incontrolable y aterradora como un vómito.

—Ay, Dios —jadeó Leon—. *Look at the coffin, with golden handles...*².

—Calla, hombre, que como sea Hugo...

—Uau —dijo Tom apareciendo por el umbral—. Conque aquí está la fiesta de verdad. —Lo miramos un momento y volvimos a partirnos—. ¿Qué? —dijo perplejo, y al ver que no podíamos responder—: ¿Estáis fumando algo?

La pregunta era graciosa, pero lo había dicho con un tono subyacente de seriedad que hizo que Leon se incorporara y le dedicara una mirada paranoide de ojos muy abiertos, todo ello con la mano en el corazón.

—¡Qué fuerte! ¿Se nota mucho?

Tom parpadeó incrédulo. El marido de mi prima es medio alto, medio

regordete, medio rubio y medio guapo, y un encanto absoluto de persona, y te hace sentir la irresistible necesidad de advertirle sobre los peligros de los koalas asesinos y del monóxido de dihidrógeno.

—Em... ¿Cómo? Pero ¿qué es?

—Es solo un poquito de bingo —siguió mi primo—. ¿Lo has probado?

—¿Bingo?

—Deberías —insistí—. Seguro que no has tomado nada tan emocionante como el bingo en toda tu vida.

Tom, preocupado, con el ceño fruncido, estaba mirándonos a nosotros y a su mujer, que había llegado a un punto en que lo único que podía hacer era sacudir una mano hacia él, impotente.

—Yo no...

—Es legal cien por cien —le aseguró Leon.

—Bueno... —dije.

—Bueno, más o menos.

—¿Quieres una calada? —le ofrecí el cigarro a Tom.

—Em, no, gracias. ¡Su! —dijo este frotándose el cuello—. Los niños, mujer. Si...

Aquello dejó noqueada otra vez a mi prima.

—Ah, no te preocupes —intervino Leon—. Están a kilómetros. —Saludó a los niños con la mano.

—Si se dan cuenta de algo, se lo explicaremos. Les daremos los datos. En esta vida, cuanto antes les hables a tus hijos del bingo, mejor que mejor, ¿no te parece?

—Si tú lo dices... Pero, a ver, no creo que...

Nunca había llegado a entender lo de Tom. Cuando Susanna lo conoció en el primer año de carrera, todo el mundo estaba encantado. El año de antes mi prima había pasado por una crisis de adolescencia bastante sonada, y primero le había dado por meterse a *emo*, con el pelo lacio, los jerséis enormes y cero vida social, mucha música sobre espíritus demasiado apasionados y aplastados por el mundo insensible y cruel, para luego dar un giro de ciento ochenta grados y darlo todo en plan chica rebelde, con su ropa de *Alicia en el país de las maravillas*, sus fiestas de una noche en localizaciones secretas, desapareciendo durante semanas, salvo por un puñado de mensajes entre risitas desde la caravana de alguien en Cornualles, y sin entregar sus trabajos. A mí en su momento me pareció todo de lo más normal en una adolescente, pero sus padres estaban tan preocupados que mi tía Louisa no paraba de

acorralarme para preguntarme si yo pensaba que mi prima se autolesionaba (¿y yo cómo iba a saberlo?) o si creía que se drogaba (por supuesto, pero igual que yo), y sé que intentaron llevarla a un psicólogo varias veces. Tom —robusto, apacible, agradable, poco llamativo en todos los sentidos— parecía el antídoto perfecto; en cuanto empezó a salir con él, Susanna sentó cabeza y, casi de la noche a la mañana, volvió a ser la de siempre, la hija que no daba problemas y se portaba bien. Yo no me molesté en tener mucho trato con él porque di por hecho que mi prima no tardaría en pasar a otra cosa, en cuanto él le hubiera devuelto la estabilidad, y me quedé realmente muerto cuando, en vez de eso, antes incluso de terminar la carrera, decidieron casarse. En un par de años tuvieron dos críos, y casi todas sus conversaciones giraban en torno a enseñar a usar el orinal, elegir escuelas y un puñado de cosas más que me daban ganas de hacerme la vasectomía y ponerme de farla hasta el culo. En resumidas cuentas, si bien Tom parecía buena gente, no entendía qué seguía haciendo en nuestras vidas.

—Oye, vosotros —dijo Susanna cuando recuperó el aliento—, dejad de cachondearos de Tom. A mí me cae bien.

—A nosotros también, ¿verdad, primo?

—¡Lo adooramos! —exclamó Leon simulando un latigazo lascivo.

—Seréis gilipollas —dijo Tom, colorado pero sonriendo.

—Era solo de cachondeo —dije.

—Pues cachondeaos de otro —nos reprendió Susanna—. Madre mía, cómo necesitaba unas risas así.

—¡Mami! —Sallie llegó corriendo desde el césped y se paró justo enfrente de su madre—. Tengo muñecas en los zapatos y no puedo sacarlas y Zach dice que como las deje ahí se van a morir.

—A ver que vea —contestó mi prima, que sentó a la niña en su regazo, le quitó un zapato con gran habilidad, le sacó la suela interior y soltó la muñeca en la mano de su hija.

—Uuu —dijo la niña con los ojos desorbitados—. ¡Mola!

Su madre hizo lo mismo con el otro zapato, volvió a ponérselos y deslizó a la niña del regazo.

—Ea, a correr —dijo, y le dio un cachete sin fuerza en el trasero.

Sallie salió galopando por el césped, enseñando en alto una muñeca en cada mano y gritando:

—¡Zach! ¡Mira, ya están fuera! ¡JA-JA!

—Así hará callar un rato al hermano. Le vendrá bien —dijo Susanna.

—Ay, nena —dijo Leon inclinándose para pasarle un codo por el cuello a mi prima y darle un sonoro beso en la mejilla—, cómo te echaba de menos. — Y por encima, a mí—: Y vale, reconozco que a ti también...

Por fin —no serían más de las nueve, aunque parecía mucho más tarde— la fiesta, o lo que fuera, se dispersó. Creo que mi madre tuvo la nostálgica idea de que nos acurrucáramos los cinco en el salón para una charlita de noche («Yo no diría que no a otra copita... Hugo, ¿qué ha sido de esa botella que te trajimos de Sicilia? O, Melissa, ¿tú prefieres...?»), pero mi padre —ojeroso, jugueteando con un gemelo— le paró los pies: necesitaba irse a la cama, dijo con amabilidad pero rotundo; la familia era lo mejor del mundo, pero también lo más cansado, y si a los demás nos quedaba algo de sensatez, haríamos lo mismo. Hugo, conmigo y Melisa por detrás, los despidió a todos desde lo alto de las escaleras mientras se metían en sus coches y se iban, entre cháchara, risas y portazos que se disiparon hacia arriba en el cielo del anochecer. Agradecí la penumbra incipiente; el día me había dejado tan rendido que la pierna me tiritaba casi sin control, y cuando quise despedirme con la mano, se me cayó hacia abajo como un espagueti.

En algún momento alguien, sin que yo me diera cuenta —uno de mis padres, seguramente—, había subido arriba nuestras maletas, cosa que me habría cabreado si no hubiera tenido la cabeza tan saturada y arremolinada que no me cabía nada más, o si se me hubiera pasado el efecto del Xanax. Así que me dejé llevar por la ola de alegría de Melissa cuando vio mi antiguo cuarto de las vacaciones, que había sido a su vez el dormitorio de mi padre de pequeño, y seguía más o menos igual que como yo lo había dejado la última vez que había pasado una temporada en la casa, el verano de antes de la facultad.

—¡Toby! ¿Tú dibujaste esto? No sabía que dibujaras... Ah, la chimenea, qué bonita, qué azulejos, con esas flores... ¿Esto era tuyo? ¡Dime que no te gustaban los Nickelback!... Me encanta imaginarte con cinco años mirando por esta ventana... Qué fuerte, ¿esta es la sudadera de rugby de tu colegio?

A través de su mirada, la habitación perdió la sensación de hermetismo y de decadencia de una exposición que nadie visita ya —demasiados años de sol descoloriendo rayas en las cortinas inmóviles, de patas de muebles horadando el suelo en sus puntos fijos— y adquirió un encanto tímido y agridulce. Mientras ella daba vueltas por el cuarto, iba sacando las cosas de las maletas —me había hecho la mía, tan disimuladamente que apenas me di

cuenta de lo que hacía— y me miraba de reojo para pedirme permiso para colocarlas, ¿aquí?, ¿ahí? Así que para cuando paró a descansar la habitación era otra, estaba viva y era nuestra, con su cepillo y mi peine lado a lado sobre la vieja cómoda, nuestra ropa ordenada en las perchas del armario con sus pegatinas de coches de dibujos a medio despegar de las puertas.

—Listo —dijo lanzándome una mirada rápida, entre contenta y preocupada—. ¿Está todo bien?

—Está estupendo —dije. Había estado apoyado en la pared mirándola, por un lado porque me gustaba y por otro porque estaba tan reventado que no podía moverme—. ¿Podemos acostarnos ya?

Melissa suspiró, satisfecha.

—Claro. Hora de dormir.

—Bueno... —dije mientras se quitaba el vestido por la cabeza (uno retro muy bonito, azul claro y con vuelo, que había revoloteado por el roble reluciente y las ajadas alfombras persas de la casa como si estuviera hecho para la ocasión)—, ¿qué tal te lo has pasado hoy?

Melissa se volvió hacia mí, con el vestido en la mano, y me sorprendió el resplandor de alegría en su cara. Ella siempre había visto a mi familia con romanticismo, porque no tenía lo que se dice mucha vida familiar; su madre le daba a la bebida, no era una cosa escandalosa pero sí con verdadera dedicación, y la mayor parte de su infancia se la había pasado aislada y reparando daños. Para ella, tanto el caos risueño de mi familia como Villa Hiedra eran algo como salido de un cuento; solía pedirme que le contara historias sobre todos, y me escuchaba encantada con los dedos entrelazados con los míos.

—Ha sido estupendo. Son todos un encanto, Toby, y eso que lo estáis pasando mal, pero me hacen sentirme tan a gusto, como si realmente se alegraran de que esté entre vosotros... ¿Sabías que tu tía Miriam vino a la tienda el año pasado? Me compró un par de los platos esos de los ciervos. ¡No se dio ni cuenta de que era yo!

La luz amarilla de la lamparita de noche le daba en la mejilla y se la aterciopelaba, el giro del hombro desnudo, la fina curva de su cintura en la cadera. Su pelo era una nube dorada.

—Ven aquí —le dije alargando la mano.

Dejó caer el vestido al suelo y me besó a su vez, con fuerza, con alegría.

—¿Y tú qué? —me preguntó apartándose para mirarme bien—. ¿Te lo has pasado bien hoy?

—Claro que sí. Y todavía queda la mejor parte. —Deslicé la mano por su espalda y la atraje hacia mí.

—¡Toby!

—¿Qué?

—¡Está tu tío!

—No haremos ruido.

—Pero está justo aquí detrás de...

—Nada, nada de ruido. Lo haremos como si fuéramos a cazar lindos gatitos... —Por supuesto, se rio y relajó todo el cuerpo contra el mío.

No era la primera chica que subía a mi cuarto, y por alguna razón me acordé de la primera de todas, una rubita que te quitaba el sentido; se llamaba Jeanette, teníamos quince años y le conté a mi tío Hugo no sé qué historia de un trabajo de historia que, pensándolo ahora, estaba claro que no se tragó en absoluto... Y aunque no me acosté con Jeanette ni nada que se le pareciera, tuve la misma sensación, con las risitas alegres amortiguadas en el cuello del otro, la sensación arrebatadora de estar haciendo algo arriesgado y maravilloso, cogiendo el cabecero como locos a cada crujido... «Chiss», «¡Chiss tú!». No era la primera vez que nos acostábamos desde aquella noche, pero sí la primera que lo hacíamos de verdad, y no en una pulsión tensa, infeliz y confundida. Cuando terminamos, me tendí bocarriba con el pelo de Melissa esparcido por encima del pecho y escuchando su respiración suave y contenta mientras miraba las grietas familiares que pasaban por el techo, y me sorprendí pensando que tal vez sí que había sido buena idea ir.

¹ «Avanzó por el mercado [...] / Anoche se me apareció, / mi amada muerta vino a verme.»
(*N. de la T.*)

² «¿No es maravilloso, chicos, estar más muertos que el demonio? Pero no gimoteemos, peguémonos un buen llanto del demonio./ Y recordemos siempre que cuanto más vivamos, antes estaremos más muertos que el demonio./ Mirad el ataúd, con sus asas doradas [...]»
(*N. de la T.*)



Nos despertamos temprano; en mi dormitorio de Villa Hiedra, muy por encima del jardín, entraba mucha más luz que en mi piso. Melissa tenía que ir a trabajar, así que nos levantamos los dos, preparé el desayuno —mi tío seguía durmiendo, o al menos esperaba que estuviera solo dormido...— y la acompañé hasta la parada del autobús. Después me hice otro café y me lo saqué a la terraza.

El tiempo había cambiado de la noche a la mañana; el cielo se había teñido de gris y el aire, fresco e inerte, estaba cargado, listo para llover. El jardín, bajo las filas de árboles grandes, parecía que llevara siglos abandonado. En contraste, los grandes maceteros de geranios de la terraza eran como un fuego rojo alocado y frenético. Me senté en el primer escalón y saqué el tabaco (que había conseguido recordar llevar y había escondido en el bolsillo de la chaqueta para que no lo viera Melissa). Hacía mucho tiempo que no hacía nada parecido, estar sentado yo solo fuera al aire libre, y se me hizo extraño, me sentí expuesto y en peligro de una manera tan inconcluyente que me ponía de los nervios. Me fumé el cigarro con el café y enterré la colilla en un macetero.

No tenía ganas de hacer gran cosa, o, para el caso, nada en absoluto. Había dormido bastante bien por primera vez en meses —sobre el papel tendría que haber estado mucho más intranquilo en Villa Hiedra, puesto que no había sistema de alarma, pero no sé, se me hacía imposible imaginarme a alguien entrando, en el caso de que logran encontrar la casa—, pero, en lugar de servirme para coger fuerzas, me había dejado la cabeza emborronada y nublada, incapaz de procesar nada. Diez minutos después, sin embargo, estaba demasiado inquieto como para permanecer más tiempo sentado. Sentí aquel horrible ritmo que empezaba a palpitarme en la cabeza, paso y arrastre, paso y arrastre, adelante y atrás en mi entrañable cuarto de vacaciones hasta que

volviera Melissa.

Volví dentro. Por lo visto Hugo sí que estaba vivo: había resurgido en algún momento, se oía el traqueteo de las teclas en su estudio y un murmullo salpicado por momentos por un severo «hum». Pasé por delante de su puerta de puntillas y entré en el antiguo dormitorio de mis abuelos.

Misma colcha de *patchwork* en la cama, bote grande con conchas de mares lejanos todavía en la repisa de la chimenea, armarios vacíos y vago olor a lavanda y polvo. Había empezado a llover, un tamborileo ligero y discreto que arrojaba sombras por el cristal de la ventana y moteaba el poyete y el parque desnudo. Me quedé un buen rato contemplando las gotas, que se fundían y bajaban por el cristal, mientras escogía dos y apostaba a ver cuál llegaba primero abajo, como cuando era pequeño.

En la planta de arriba la habitación donde construimos en su momento nuestro fuerte era un revoltijo de muebles viejos tapados con sábanas polvorientas, asomando aquí y allá un brazo tallado o una maltrecha pata con forma de garra, tétricas guirnaldas de telarañas colgando de las esquinas del techo. En el antiguo cuarto de Susanna la cama estaba hecha y había un puñado de objetos desperdigados —un conejo de peluche despatarrado en el suelo, una careta de Spiderman y un enredo de ropa pequeña de colores sobre la cómoda— que me informó de que mi prima había estado reviviendo la vieja tradición familiar de dejarle los niños a Hugo de vez en cuando. La habitación de mi primo estaba vacía, salvo por la cama sin vestir y una montaña de lo que parecían cortinas dobladas en una esquina. Ya no me parecía tan buena idea haber ido. Mi propio fantasma merodeaba por doquier, ahogando la risa en el fuerte, inclinándose por la barandilla para llamar a Leon, colándole la mano a Jeanette por debajo de la camiseta, ágil, dorado e invulnerable, sin sospechar en absoluto el yunque que esperaba para caerle encima y hacerlo puré. Fuera, el jardín estaba exuberante y callado bajo la lluvia, con las hojas combadas por el peso del agua, la hierba crecida arqueada en montículos y todo de un verde luminoso sin sombras.

Llevaba un rato de pie al lado de las escaleras, mirando un cuadro de la pared (una acuarela del diecinueve, de un pícnic junto a un lago; no se leía bien la firma, pero esperaba que lo hubiera pintado algún antepasado y que nadie hubiera pagado nada por él), cuando se abrió la puerta del estudio.

—Hombre —dijo mi tío escrutando con ojos benévolos por encima de las gafas, como si no le extrañara nada verme allí parado—. Hola.

—Buenas.

—Iba a bajar a hacer la comida. Se ha hecho tarde, ¿no? Me he dejado llevar... ¿Quieres comer conmigo o ya has comido?

—Sí, vale... O sea, que no, que no he comido. Como contigo.

Iba a hacerme a un lado para dejarlo pasar cuando caí en la cuenta: el bastón en la mano, la respiración de prepararse al mirar el largo tramo de escaleras.

—Pero yo hago la comida —dije (se suponía que estaba allí para ayudar a mi tío, que debía echar una mano, y hasta pude oír el resoplido de desdén de mi primo: «Lo sabía»)—. Y te la traigo aquí arriba.

Una sombra de pesadumbre le nubló la cara por un momento, pero luego asintió y dijo:

—No es mala idea, sí. Queda un poco del asado de ayer en la nevera, en una fuente azul; pensaba calentarlo unos minutos en el horno. Gracias.

Yo no había pensado nada más ambicioso que pan con queso para comer (ya preparar el desayuno para nosotros dos había sido una aventura: a Melissa no le hacía gracia trastear en la cocina de Hugo, así que me había tirado lo que me pareció una hora paralizado en medio de la habitación por la pregunta de qué sacar primero: ¿el pan?, ¿la mantequilla?, ¿las tazas?, ¿los platos?, ¿ponía la cafetera?, y todo eso antes de meterme en el gran tema de recordar dónde estaba cada cosa), pero no sé cómo, conseguí calentar el asado y encontrar una bandeja para subir los platos, los cubiertos y dos vasos de agua, y logré llevarlo todo en equilibrio, con mucho cuidado, hasta el estudio de mi tío sobre una extraña curva del brazo derecho. Se me ocurrió, con una ráfaga de algo entre el asombro y la esperanza, que la fatiga constante tal vez no fuera otro síntoma de lo hecha mierda que tenía la cabeza; a lo mejor era solo porque todo me costaba diez veces más esfuerzo de lo normal.

El estudio no había cambiado nada desde mi infancia. Mi tío era genealogista, un oficio que imaginaba que no estaba muy bien pagado, pero, teniendo en cuenta su estilo de vida —sin hipoteca ni alquiler, sin familia ni hábitos caros—, supuse que tampoco le hacía falta. Había un escritorio georgiano, un grueso sillón de cuero ya maltrecho, parqué de roble oscuro, unas montañas de papeles estratosféricas balanceándose en superficies poco prácticas; había estanterías de obra en todas las paredes, atestadas de enormes volúmenes de cuero con letras muy historiadas en pan de oro —*Anuario y directorio oficial Thoms de Irlanda, Anuario Pettigrew & Oulton de Dublín*— y adornos peculiares (un reloj de sobremesa esmaltado con un dibujo de hojas y libélulas, la esquina de una vieja losa romana con unas cuantas letras

sueñas, un conejillo agazapado tallado en madera de olivo). Mis primos y yo habíamos pasado bastante tiempo allí metidos. Mi tío nos daba un dinero extra por ayudarlo en sus investigaciones, allí tendidos bocabajo en la vieja alfombra, pasando los dedos por filas de tipografías antiguas que bailaban o bonitas letras manuscritas prácticamente ilegibles; mi prima, que había aprendido escritura caligráfica en el instituto, tenía una actividad suplementaria muy lucrativa dibujando árboles genealógicos de estilo celta para que los americanos los colgaran en sus casas. Siempre me gustó aquel estudio. El revestimiento de libros lo envolvía de una capa extra de silencio, y los objetos curiosos tenían un aura de encantamiento discreto y travieso; te esperarías que un ratoncillo amigable asomara la cabeza por un hueco en el rodapiés, o que el reloj ronroneara y girara las agujas hacia atrás y diera trece campanadas. Me recordaba en parte al despacho de Richard en la galería; de hecho, aunque no se me había ocurrido hasta ese momento, mi jefe mismo me recordaba un poco a mi tío. De pronto dudé de si no había sido eso lo que me había fascinado tanto en aquella primera entrevista, la razón de haber aceptado aquel trabajo, la razón —una sensación mareante de cosas dando vueltas en espiral a mi alrededor, formando dibujos que no alcanzaba a ver— de que los acontecimientos se hubieran desarrollado como lo habían hecho.

—Ah —dijo mi tío levantando la vista del escritorio con una sonrisa—. Estupendo. Aquí mismo...

Apartó el portátil para hacer sitio al plato en la mesa. En la pantalla: una imagen escaneada de un formulario amarillento, «1833, matrimonio consagrado en la parroquia de...».

—Estás trabajando —le dije señalando la pantalla.

Miró el portátil como si le sorprendiera vagamente su existencia.

—Pues sí —dijo—, sí. Había pensado en irme a la aventura a la selva sudamericana, o por lo menos a las islas griegas, pero al final he decidido que si no lo he hecho antes, por algo será. Esto me va mucho mejor..., por poco que me guste admitirlo. Además —(su amplia sonrisa iluminándole la cara entera)—, tengo entre manos un misterio bastante interesante, y no quiero irme a ninguna parte hasta que no vea cómo se resuelve.

Me senté en el sillón y acerqué la mesita auxiliar para poner mi plato.

—¿De qué va?

—Pues... —dijo recostándose en la silla—... hace unos meses una señora llamada Amelia Wozniak se puso en contacto conmigo desde Filadelfia porque estaba buscando sus raíces irlandesas. Cosa que me parecía bastante

improbable —(rio y se limpió las gafas con el borde raído del jersey)—, hasta que averigüé que de soltera se apellidaba O'Hagan. La mujer ya había hecho bastante trabajo por su cuenta, había dibujado un árbol genealógico bastante completo que se remontaba casi hasta la década de 1840, con familias sobre todo de Tipperary. Pero luego la cosa se torcía un poco. —Dejó las gafas a un lado y le dio un buen bocado al asado—. Hum, no le ha sentado mal la noche en la nevera, ¿no te parece?... Remitió una muestra de ADN a una de las grandes bases de datos, y se vio de pronto con una buena colección de primos en Clare que, según sus pesquisas, no tendrían que haber sido parientes suyos en absoluto. Eran McNamara de apellido, y ella no se había cruzado con ese apellido hasta entonces. Y por eso recurrió a mí.

—¿Y?

De pequeño nunca me habían interesado especialmente los “misterios” de Hugo. A mis primos sí les gustaban, pero yo no entendía a qué venía tanta fascinación: las respuestas no iban a cambiar nada, nunca había ningún trono, fortuna ni nada en juego, así que ¿qué más daba? Yo echaba una mano por pura camaradería, y por el dinero extra, claro está.

—Pues la verdad es que todavía no lo sé. Una posibilidad es un caso de falsa paternidad: en algún punto, una mujer engañó al marido, o fue violada, y, con conocimiento o no del cónyuge, crio al hijo como si fuera de él.

—Ostras, qué detalle —dije.

—Otra posibilidad —(estaba descartándolas con los dedos, el tenedor en el aire)— es una segunda familia. En esa época pasaba bastante, imagínate, con tanta emigración. Un hombre se va a Estados Unidos en busca de trabajo con la idea de que le sigan la mujer y los hijos en cuanto ahorre el dinero del pasaje; pero eso es más fácil de decir que de hacer, así que, cuando quiere darse cuenta, han pasado los años, se siente solo, ya no sabe ni qué aspecto tienen sus hijos... Es tan fácil enamorarse de alguien en ese nuevo mundo, y mucho más si no mencionas esa otra vida que has dejado en la madre patria..., y antes de darte cuenta tienes un secreto familiar bien gordo, y bien oculto, puede que incluso durante siglos, hasta que aparecen las nuevas tecnologías.

Estaba intentando prestar atención, pero la cabeza empezaba a patinarme. Mi tío tenía razón, el asado estaba rico, con muchas hierbas frescas y un montón de trozos grandes de ternera, patata y zanahorias. Tenía los pies estirados y enfundados en sus viejas pantuflas de borreguito marrones, ¿serían las mismas de siempre? Por la repisa de la chimenea marchaba una hilera de elefantes tallados en madera oscura, del más grande al más pequeño, eso no

me sonaba...

—Y luego está la posibilidad de un hijo al que dieran en adopción o secuestrarán. Ah, no, no un tipo malo en una furgoneta blanca —apuntó al ver mi cara de asombro—, pero en Irlanda hace apenas dos generaciones las madres solteras no lo pasaban muy bien. Muchas acabaron en esos sitios horribles para mujeres “perdidas”, como las Hermanas de la Magdalena y esas cosas, ya sabes. Una presión enorme para dar al crío, para que no le arruinaras la vida con la mancha de tu pecado. Y muchas veces las monjas no se molestaban ni en eso, se limitaban a quitarles al niño: le decían a la madre que se había muerto y se lo vendían a una pareja adinerada de Estados Unidos. De paso, a la madre seguramente la dejaban encerrada de por vida, trabajando en la lavandería para expiar sus pecados.

—Yo apostaría a que fue la mujer de uno que se lio con el vecino de al lado. —Las monjas villanas harían mejor caldo para un telefilm, pero se me antojaba un poco cogido por los pelos—. Por probabilidad, simplemente.

Mi tío no sonrió y, en cambio, se me quedó mirando un rato, pensativo.

—Puede ser —dijo volviendo la atención a la comida—. A mí también me gustaría creerlo, es mucho más tranquilizador pensar que fue algo así. Pero de momento tengo que investigar todas las opciones. —Comía con el disfrute metódico y concienzudo del peón, inclinándose sobre el plato—. No soy especialista en ADN —siguió diciendo entre bocado y bocado—, pero soy capaz de analizar los resultados bastante bien..., o por lo menos mejor que alguien como la señora Wozniak, que es la primera vez que lo hace. Nació en 1945, y el porcentaje de coincidencia de ADN remonta el vínculo con los McNamara a dos o tres generaciones atrás. Así que hablamos de más o menos entre 1850 y 1910. Sería más fácil si tuviera un registro censal, pero... —Un encogimiento de hombros exasperado que me era familiar: la lógica gubernamental combinada con la escasez de papel durante la Primera Guerra Mundial y los incendios habían destruido prácticamente todos los registros censales irlandeses del siglo XIX; no era en absoluto la primera vez que le oía esa queja—. Así que no puedo ir a comprobar si aparece algún antepasado suyo en el censo con esposa y tres hijos antes de emigrar, o si otra desaparece de su domicilio y aparece en una lavandería de las Magdalenas, o si el vecino de al lado se apellidaba casualmente McNamara. Tengo que hacerlo todo por la tangente, con los registros parroquiales, sobre todo, aunque también he estado comprobando la lista de pasajeros de los barcos de emigrantes.

Yo estaba perdiendo el control de la conversación —demasiadas

posibilidades y afluentes, las palabras habían dejado de significar gran cosa —, pero la corriente de voz de mi tío era apacible como la de un río. La lámpara de pie, encendida en contraste con la tenue luz submarina, le daba a la habitación un resplandor dorado y consagrado. Lluvia tamborileando contra el cristal de la ventana, encuadernaciones gastadas por los bordes. Ramitas dejadas por los pájaros en la rejilla de la pequeña chimenea de forja. Me limité a comer y asentir.

—¿Te gustaría echarme una mano? —me preguntó de pronto mi tío, que se había incorporado en el sitio y estaba parpadeando y mirándome con cara esperanzada.

—Bueno —dije, cogido por sorpresa—, esto..., no sé si te sería de gran ayuda. No estoy en mi mejor...

—No es nada del otro mundo. Es lo mismo con lo que me ayudabais de pequeños tus primos y tú: repasar registros en busca de apellidos. Sé que no es muy emocionante, pero tiene su aquel... ¿Te acuerdas de esa canadiense tan simpática que resultó que su abuela se había fugado con el profesor de música y la plata de la familia?

Estaba intentando inventarme una buena excusa... —era incapaz de leer un artículo de un periódico sin olvidar a la mitad de qué trataba, ¿qué posibilidades había de que pudiera seguir la pista a media docena de apellidos mientras descifraba página tras página de caligrafía victoriana?—, cuando me di cuenta, ¿¿hola??, con un escozor agudo de vergüenza: mi tío no estaba haciendo de hermanita de la caridad para entretener al pobre lisiado: quería saber la respuesta al misterio de la señora Wozniak, y no le quedaba mucho tiempo.

—Ah... Sí, claro, por supuesto. Será estupendo.

—Qué alegría me das —dijo feliz mientras apartaba el plato a un lado—. Hace mucho que no trabajo con nadie. ¿Quieres algo más de comer o nos ponemos directamente?

Despejamos los platos («Déjalos ahí en la esquina de momento, luego los bajamos»...; en un chispazo de duda me pregunté si mi tío se habría dado cuenta de que yo arrastraba la pierna al andar y quería ahorrarme las escaleras, pero tenía la cara vuelta mientras apilaba las cosas en la bandeja, y no vi ninguna señal de nada), y mandó imprimir una pila de manifiestos de barcos mientras me despejaba el sillón y la mesa auxiliar para que trabajara allí y me daba una factura de teléfono de hacía un año para que la usara de regla y no me saltara ninguna línea.

—¿Te importa comprobar todos los apellidos, no solo los que estén marcados como irlandeses? Nunca se sabe, podría haber errores, o alguien podría haberse hecho pasar por inglés... En aquellos tiempos ser irlandés no era precisamente una ventaja... —Cuando escribí los apellidos que estaba buscando y puse el papel al lado de la montaña de papeles, no hizo ningún comentario—. Ay —suspiró con satisfacción mientras volvía la silla hacia su mesa y se acercaba el portátil; luego, igual que cuando éramos pequeños, ecos de un pasado lejano—: ¡Que vaya bien la caza!

Fue muy apacible. En mi estado de pompa vital, mi cabeza no daba para encallarse en mis problemas o los de mi tío, ni en nada que no fueran las líneas de caligrafía que aparecían como por arte de magia por encima del borde móvil de la factura de teléfono: «Sr. Robt Harding, 22, V., caballero, Inglaterra; Srta. S. L. Sullivan, 25, H., soltera, Irlanda; Sr. Thos Donahue, 36, V., hacendado, Irlanda»... En cuanto cogí el ritmo, me resultó hipnótico: tres líneas de la lista, los ojos bailando a la derecha para recordar los apellidos que estaba buscando, vuelta a la izquierda a la lista con tres líneas más, tic, tac, tic, tac, estable y sólido como un péndulo. Cuando llegué a la tercera clase, los pasajeros perdieron el tratamiento de cortesía y cambiaron los oficios: «Sarah Dempsey, 22, H., criada, Irlanda; George Jennings, 30, V., peón, Escocia; Patk Costello, 28, V., herrero, Irlanda»... Podría haberme pasado así todo el día, la semana entera, arrullado por lo pintoresco de los términos antiguos —posadero, tintorero, pellejero—, oyendo solo a medias la lluvia y el tecleo de mi tío. Me sobresalté cuando oí el alegre pom-pom-pom de la aldaba de la puerta de la calle y —estirando vértebra a vértebra mi cuello entumecido para levantar la cabeza, parpadeando al ver reaparecer la habitación— me fijé en que la luz había cambiado; en que debía de ser Melissa la que llamaba; en que me había tirado horas así, sin que se me jodieran ni la concentración, ni la cabeza ni la vista; de que, por primera vez en mucho tiempo, estaba muerto de hambre.

Al parecer, en algún momento de la tarde anterior —¿mientras yo estaba en la terraza con mis primos?—, mi novia y mi tío se habían hecho buenos amigos. Ya se conocían de antes, de la fiesta de cumpleaños que me había hecho mi familia el enero pasado, y se habían caído bien, pero ahora de pronto parecían viejos amigos, con sus bromas internas y todo: Melissa sacando unas batatas de una bolsa de la compra sobrecargada y blandiéndola ante Hugo, «¿Lo ves?

¡Te lo dije!», y mi tío echando su greñuda cabeza hacia atrás y soltando una risotada; en otro momento, él posando la mano un momento en el hombro de ella al pasar a su lado, como hacía conmigo.

—Me cae bien tu tío —me dijo Melissa más tarde, mientras miraba el jardín apoyada en la ventana de nuestro cuarto (teníamos la luz apagada, y no era más que una silueta contra el resplandor mustio e incoloro del exterior)—. Muy muy bien.

—Ya —dije acercándome (seguía lloviendo, un tamborileo ajetreado y constante haciendo su trabajo en la oscuridad)—. A mí también.

Melissa apartó una mano del cristal y la dejó a mi altura, con la palma hacia arriba. Se la cogí y nos quedamos así un rato, viendo la luz de la ventana de mi tío, que iluminaba a lo lejos un rectángulo oblicuo de hierba clara y maleza, la llovizna sin parar de caer y caer por el haz de luz y de desaparecer en la oscuridad.

A partir de ese día nos sumimos en una rutina sin oponer resistencia. Mi tío nos tenía el desayuno preparado cuando nos levantábamos.

—No tendría que tomarse tantas molestias —le decía yo a Melissa mientras nos vestíamos con el olor a salchichas fritas caracoleando escaleras arriba—, no sé si debería decirle...

Pero ella sacudía la cabeza.

—Qué va, Toby. Déjale hacer.

Después la acompañaba a la parada del autobús y, cuando volvía, mi tío y yo dedicábamos un rato a tareas varias —pasear por el jardín, fregar los platos, poner lavadoras, ducharnos (cuando él se duchaba, yo me quedaba merodeando por las escaleras, lo justo para oír el porrazo si se caía; a veces me pregunto si él no haría lo mismo conmigo...). Otras veces uno de los dos acababa echándose una cabezada en el sofá o, si hacía bueno, en la hamaca. En algún momento acabábamos en su estudio y empezábamos con la caza del día.

Rayos de sol fundiéndose por el parqué, olor ahumado de la tetera azul desportillada, pajarillos discutiendo en la hiedra al otro lado de la ventana abierta. En los descansos que hacíamos mi tío me contaba largas y absortas historias de cuando sus hermanos y él eran pequeños:

—No me acuerdo de qué castigo le pusieron tus abuelos, pero tu padre se indignó tanto que decidió irse de casa. Aunque no tenía intención alguna de dormir al raso, con el frío y la lluvia, así que lo más lejos que llegó fue al

cobertizo que teníamos al fondo del jardín. Nosotros tres tuvimos que llevarle comida, un saco de dormir, una linterna, cómics... Por supuesto, los cuatro estábamos convencidos de que tus abuelos no tenían ni idea, y creo que les pareció muy cruel quitarnos la ilusión, después de todo el trabajo que nos habíamos tomado..., y también tengo la sensación de que estaban muy orgullosos de la inventiva de Ed. —Riendo, la silla crujiendo al reposar la espalda—. Pero a los tres días él seguía sin dar muestras de debilidad, y hacía cada vez más frío. Así que tu abuela nos dijo a los demás que esa noche iba a hacer la comida favorita de Edmund, porque lo echaba muchísimo de menos (y por eso apeló a su corazón y a su estómago, ¿lo ves?), y nos mandó a buscarlo por el barrio para que, si por casualidad lo encontrábamos, le rogáramos que volviera a casa. Y, por supuesto, diez minutos antes de la cena, allá que entramos los cuatro juntos, y mi madre ni se inmutó, se limitó a decirnos que nos laváramos las manos...

Otros días, en cambio, me hablaba de su trabajo.

—El caso es que —me dijo una vez, girándose del escritorio atestado y echando la cabeza atrás para masajearse el cuello con su manaza— ahora el trabajo es muy distinto. Y no me refiero al tema de los ordenadores, a la digitalización, sino al tono. Antes la gente se ponía en contacto conmigo por pura curiosidad, querían saber la historia de su familia, llegaban hasta donde podían por su cuenta y luego se quedaban con ganas de más. Yo era un poco como un hado madriño que les dejaba regalos inesperados en el regazo: «Ten, mira, ¡una copia de la carta que le escribió tu abuelo a su hermana en la Primera Guerra Mundial! ¡Mira, aquí tienes el certificado de nacimiento de tu bisabuela! ¡Una foto de la vieja granja familiar!». —Sirvió el té y me tendió una taza—. Pero ahora, con esto de los análisis de ADN, la cosa es más compleja. La gente me busca cuando el resultado de los análisis no es lo que esperaba. «Pero si se suponía que era cien por cien judío askenazí, ¿cómo es que pone que tengo un doce por ciento de irlandés? ¿Por qué mis primos terceros me aparecen como primos segundos?» Están preocupados, y asustados, y ya no quieren de mí un bonito regalo, la cosa va más allá. Tienen miedo de no ser quien siempre creyeron que eran, y quieren que yo les dé certidumbres. Y las dos partes sabemos que es posible que no pueda dárselas. Ya no soy un hado madriño, ahora soy una especie de árbitro sombrío que hurga en sus escondrijos para decidir su destino. Y no me siento igual de cómodo en ese papel, ni de lejos.

—Tampoco es para tanto —dije (no pretendía quitarle mérito a su trabajo,

y menos en esos momentos, pero me parecía un tanto exagerado, una vena melodramática que no le había visto antes, y que me inquietó; me intranquilizaba toda anomalía en mi tío: ¿era solo una peculiaridad de su carácter en la que no me había fijado antes o el primer paso por una cuesta abajo sin frenos?—. En fin, siguen siendo las mismas personas, independientemente de lo que encuentres.

Su mirada prolongada, pensativa e interesada, por encima de las gafas.

—¿A ti no te importaría? ¿Descubrir, por ejemplo, mañana que eres adoptado o que tu abuela era en realidad la hija de un desconocido?

—Bueno —dijo (el té estaba tan fuerte que encogías la boca al beberlo; me había pasado con las cucharadas de hojas, pero mi tío no pareció fijarse y no sería yo quien lo sacara a relucir)—, lo de ser adoptado sí que me importaría, claro. Y bastante. Pero que la madre de la abu echara una cana al aire por ahí... A ver, tampoco la conocí, no le voy a perder un respeto que no le tengo. Y a mí me da exactamente igual. Así que eso, que no me importaría.

Hugo sonrió.

—Vale, entonces —dijo cogiendo una galleta—, no tienes nada de qué preocuparte. Solo hay que verte el perfil para saber que eres un Hennessy.

Cuando Melissa volvía a casa, dejábamos a un lado el trabajo y la ayudábamos a hacer la cena, unos platos exuberantes y experimentales llenos de ingredientes que yo no sabía ni pronunciar, y menos aún cocinar (¿galanga?, ¿teff?). Melissa estaba feliz; yo se lo notaba en cómo se le iluminaba la cara sin reservas cuando levantaba la vista para mirarme, en el saltito entre la cocina y la encimera. Aunque me desconcertaba, no podía sino alegrarme: sabía que ella no tenía por qué estar en esa casa ni por qué lidiar con nada de aquello, pero yo la necesitaba, y su cara iluminada me dejaba rehuir la sensación acechante de que en realidad tendría que sacarla de aquella casa. Después de la cena, mi tío encendía la chimenea del salón —«Sé que no hace mucho frío —dijo sin más la primera vez—, pero me encanta hacer fuego, y no puedo permitirme esperar hasta el próximo invierno»— y jugábamos al continental o al Monopoly, entre los sillones adamascados de un color rojo desvaído, los viejos grabados italianos y las gastadas alfombras persas que había visto allí toda mi vida, hasta que mi tío se cansaba y nos íbamos los tres a la cama. Su enfermedad solo la mencionábamos de pasada, cuando había que planificar sus citas médicas o cuando le tendíamos el bastón. De lo que me había pasado a mí nunca hablábamos.

Pequeños rituales. Yo cepillándole el pelo a Melissa al lado de la ventana

del cuarto, el sol de la mañana transformándolo en luz pura entre mis manos. El golpecito de los fajos de papeles sobre la mesa, Hugo y yo cuadrando los bordes antes de enfrascarnos en el trabajo diario. El debate sobre qué cedé poner mientras hacíamos la cena. «¡Ni de coña, ayer ya pusimos tu movida esa de bistró francés, hoy me toca a mí!» Cuando lo pienso ahora, me alucina lo rápido que tomaron forma esos rituales, lo sólidos, fáciles e inmutables que parecían cuando solo llevábamos en la casa unos días; la velocidad con la que tuvimos la sensación de llevar años viviendo allí y de que seguiríamos en el mismo sitio, los tres, más años.

Me cuesta hacer una descripción clara de mi estado mental durante esas semanas; y más trabajo me cuesta imaginar cómo habría seguido la cosa si no hubiera pasado lo que pasó. No era exactamente que estuviera recuperándome. En cierto grado y en más de un sentido, sí —los cuelgues raros en la visión remitieron mucho, así como los sustos que me llevaba con cualquier sombra, y aunque no podía permitirme ilusionarme demasiado, me daba la impresión de que tenía el párpado menos caído—, pero distaba mucho de sentirme el mismo de siempre, o siquiera un ser humano cualquiera. Lo que pasaba era que todo eso parecía no importarme mucho, o al menos no lo sentía como algo apremiante. Todos los días había una dosis de cosas que podrían haberme hecho caer en la espiral infernal —tazas que se me resbalaban de las manos y se hacían añicos en el suelo, palabras que no me venían y me dejaban balbuceando—, pero aun así no era un alma en pena que daba vueltas por el cuarto reconcomiéndose con fantasías de venganza; es cierto que a veces tenía la sensación de que la única reacción, la inevitable, era venirme abajo, pero también me daba la impresión de que eso podía esperar para otro momento. Era en parte como si me atacara de pronto un animal salvaje y me hiciera pedazos, pero, sin saber cómo, de repente conseguía arrastrarme hasta un lugar seguro y cerrar las puertas de golpe: todavía oía al animal dando vueltas y olisqueando al otro lado y sabía que no tenía intención de irse, y que tarde o temprano yo iba a tener que salir, pero por lo menos podía quedarme guarecido.

Los demás miembros de la familia iban y venían. Los domingos se hacía la comida familiar, y entre semana Oliver, Louisa o Susanna llevaban a Hugo a las citas médicas y las sesiones de radio y fisioterapia; mi madre y mi tía Miriam llegaban cargadas con bolsas de la compra; mi padre se arremangaba y pasaba la aspiradora y limpiaba el baño. Phil jugaba partidas de damas interminables con Hugo (y me trajo el último regalo de cumpleaños sobre el

que Susanna me había advertido: una estructura dorada indescriptible que me explicó que era el soporte del reloj de bolsillo de mi tatarabuelo, y con el que yo no tenía ni idea de qué hacer). Mi primo venía a mediodía con bolsas de comida para llevar ultramoderna y se quedaba a echar la tarde, y hacía reír a mi tío con sus historias, como cuando Carsten y él habían acabado con una banda de *punk-ska* emergente durmiendo una semana en el suelo de su salón. Venían también amigos de mi tío, más de los que habría esperado: ancianos apolillados y muy educados que podían haber sido perfectamente anticuarios, manitas o profesores de facultad, mujeres revestidas de sonrisas con paso confiado y unas ropas sorprendentemente elegantes. Siempre me iba y los dejaba a solas, pero oía sus voces desde el salón, absortas, pisándose unas a otras, salpicadas de estallidos genuinos de risas.

De todas formas, yo prefería cuando estábamos solos los tres, Hugo, Melissa y yo. Mi padre y mis tíos estaban tan hechos polvo que su desdicha irrumpía en la casa con ellos como un animal que llega arrasando, volcando todos los delicados equilibrios que habíamos construido entre los tres. Mis tías estaban de los nervios, perdían kilos, no paraban de volver la cabeza como un resorte para asegurarse de que estaba todo el mundo bien. Louisa no paraba de reordenar las cosas, mientras que Miriam, bajo estrés, estaba convirtiéndose en una parodia de sí misma, haciéndole reiki a Hugo a sus espaldas, mientras este estaba sentado tan tranquilo comiendo albaricoques en la mesa de la cocina, con Leon muerto de risa y mordiéndose el nudillo en una mueca exagerada de bochorno fingido, mientras Susanna, Melissa y yo nos escondíamos al lado de la hornilla para disimular la risa loca.

Con mi madre, en realidad, empezaba a entenderme mejor. Que me hubiera cubierto las espaldas con la familia me había llegado hondo, y por fin se me había pasado la horrible urgencia de discutir con ella. Estaba demasiado sensible para ponerse a hacer cosas útiles dentro de la casa, así que se iba al jardín y se dedicaba a cortar las flores muertas y los hierbajos y a podar para el otoño. Yo no le veía del todo el sentido —no creía que a Hugo le importara mucho que el jardín se desmelenara—, pero aun así a veces salía con ella y la ayudaba. La jardinería no es lo mío, así que me limitaba a seguirla con una bolsa y a recoger cosas, pero, como mi madre es una persona sociable, parecía disfrutar de la compañía. Y, o bien creía que yo estaba mucho mejor, o estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano, porque había dejado de intentar comerme la cabeza para que me mudara a su casa o comprarme caniches guardianes como apoyo emocional. Hablábamos sobre todo de libros, de sus

alumnos y del jardín.

—Lo estamos consiguiendo —me dijo una tarde.

Estábamos arrancando de raíz los dientes de león, que se habían hecho fuertes entre los parterres. Seguía haciendo calor de verano, pero la luz empezaba a cambiar, alargándose más, declinando y dorándose hacia el otoño. Melissa y Hugo estaban empezando a hacer la cena en la cocina; le tocaba a ella elegir la música, así que por las puertas abiertas llegaba contoneándose la versión de *Heart of glass*, de las Puppini Sisters.

—No va a estar como cuando vivían tus abuelos, pero algo es algo.

—Está quedando bien.

Mi madre se sentó en cuclillas y se apartó el pelo de la cara con el brazo.

—Ya sé que a Hugo le importa más bien poco, pero, como no puedo hacer otra cosa, hago lo que puedo.

—Se va a alegrar. Le tiene manía a los dientes de león.

—Y siento que se lo debo a Villa Hiedra, por mucho que no fuera de mis antepasados. —Ladeó la cabeza para mirar la casa, con la mano de visera—. Para mí era muy importante que te quedaras aquí en vacaciones.

—Ah, muchas gracias.

Me hizo una mueca.

—Y no solo porque quisiera librarme de ti para irme a Sicilia a emborracharme con *grappa* barata. Aunque también.

—Lo sabía. Y luego diciendo que ibais de museos...

Mi madre se rio, pero solo unos instantes.

—A tu padre y a mí nos preocupaba que fueras hijo único. Habríamos preferido tener dos más, pero las cosas vienen como vienen. A tu padre le daba mucha pena que te perdieras lo que él había tenido con sus hermanos, pero a mí... —Volvió a inclinarse sobre los dientes de león, sacó con cuidado una raíz larga del suelo y la lanzó a la bolsa—. A mí lo que me preocupaba era que te creyeras el centro del mundo, y no porque fueras egoísta, siempre fuiste generoso, pero había algo... El caso es que me parecía estupendo que tuvieras a Susanna y Leon de medio hermanos, aunque fuera solo de vez en cuando. —Con una rápida mirada de reojo, inquisitiva—: No sé si tiene sentido lo que digo...

—No mucho —dije sonriendo—. Pero sería pedir demasiado.

Arrugó la nariz.

—Qué niño más poco respetuoso. ¿Estás llamando tontita a tu madre?

Se le habían soltado varios mechones de pelo claro de la cola y tenía

churretes de tierra en la mejilla: parecía joven, parecía la madre abnegada siempre sonriente a la que yo adoraba de pequeño, con esa mirada azul directa que era como si me lanzara un dulce flechazo al corazón. «Perdóname», quise decirle, pero no por tomarle el pelo, sino por todo, por haber sido un capullo esos últimos meses y por el miedo que había debido de pasar y por que su único hijo fuera un desastre con patas tan espectacular.

—Oye, el que se pica... —dije en cambio.

Y ella me amenazó con el rastrillo, y nos quedamos allí fuera, quitando hierbajos, hasta que me tembló la pierna y ya casi no podía disimular el cansancio, y Melissa nos llamó por la puerta de la cocina para decirnos que ya estaba lista la cena.

Con mis primos la historia era distinta. A veces conseguíamos destellos de la intimidad que habíamos tenido, pero la mayor parte del tiempo no hacíamos más que pincharnos los unos a los otros. Los veía a los dos distintos a como los recordaba, y el cambio no había sido para bien. Sabía que hacía mucho que no pasábamos tiempo juntos, que la gente cambia y se distancia y esto y lo otro, pero antes me caían mucho mejor.

Leon siempre había sido muy volátil, así que me costó un tiempo darme cuenta de que había algo más: no era solo que le cambiase el humor, sino que eran estados de ánimo elaborados, estratificados con mucho cuidado y codificados. Una tarde salí con él a la terraza para echar un cigarro (a esas alturas estaba convencido de que tanto Melissa como Hugo sabían que había empezado a fumar, pero, teniendo en cuenta todo lo que teníamos entre manos, me pareció improbable que fueran a hacerme una intervención para que lo dejara). Mi primo había traído unos paquetes de cartón llenos de tallarines picantes y abigarrados y se había pasado la comida intentando convencer a Melissa, que le caía muy bien, de que se mudara a Berlín.

—El género que tienes en tu tienda..., los alemanes se vuelven loquitos por cosas así, les encanta cualquier cosa que parezca irlandesa... Tú cállate, Toby, que estoy hablando con Melissa. Y, por Dios de mi vida, qué hombres los alemanes... Miden todos uno noventa y no se pasan la vida en el pub, ¡hacen cosas de verdad!, fiestas, senderismo, museos y... A ver, vuelve a explicármelo: ¿qué le ves a este gigantón feúcho?

Sin embargo, cuando salí a la terraza, me lo encontré sentado en los escalones, con un fino hilo de humo elevándose de una mano, inmóvil. Era

última hora de la tarde; la sombra del bloque de pisos empezaba a atravesar el jardín, en un corte tajante que lo dividía en una mitad luminosa y otra oscura, con pequeñas mariposas de colores claros apareciendo y volviendo a desvanecerse como en un truco de magia según pasaban de una mitad a otra.

—Eh, tú —dije encendiéndome un cigarro y sentándome a su lado—, deja de intentar que me deje la novia.

No se volvió. Me sorprendió lo encorvada que tenía la espalda; el derroche de encanto de antes se le había caído como si fuera una sábana guardamuebles y lo había dejado allí hecho un sombrío guiñapo sobre los escalones.

—Está empeorando, ¿sabes?

Tardé un segundo en comprender de qué hablaba.

—No, qué va. —Empecé a desear haberme quedado dentro.

Mi primo ni siquiera se volvió para mirarme.

—Sí que lo está. Hoy cuando he llegado me ha dicho: «Santo Dios, cuánto tiempo sin verte». Con una gran sonrisa.

Había venido solo hacía dos días a pasar la tarde.

—Lo habrá dicho en broma.

—No.

Siguió un silencio.

—¿Te quedas a cenar? —le pregunté—. Creo que hoy toca raviolis con...

—Y la puta pierna. ¿No has visto cómo baja a la cocina? Tres escalones y tenía la pierna que parecía gelatina, de lo que le temblaba. Yo creía que no llegaba abajo.

—Ayer tuvo radio, lo deja muy cansado. Mañana ya estará más fuerte.

—No.

—Mira —dije (me dieron unas ganas tremendas de callarle la boca, pero conocía lo suficiente a mi primo para saber que era mejor que no me lo notase)—. Yo me paso el día con él, ¿vale? Me sé los... los patrones. Después de la radio, se pasa un par de días peor, y luego vuelve a ponerse mejor.

—Un par de semanas más y no podrá valerse solo. ¿Qué va a pasar cuando te vuelvas a tu casa? ¿Alguien ha pensado algo? ¿Una enfermera, una clínica de cuidados paliativos...?

—No lo sé ni yo cuándo me voy a ir a mi casa. A lo mejor me quedo un tiempo aquí.

Leon se volvió entonces para mirarme, echándose hacia atrás como si yo fuera una extraña criatura que hubiera aparecido de pronto en su campo de

visión.

—¿En serio? ¿Cuánto tiempo más o menos?

Me encogí de hombros.

—Lo iré viendo sobre la marcha.

En los últimos días había estado preguntándome, como quien no quería la cosa pero repetidamente, cuánto tiempo querría quedarse Melissa en Villa Hiedra. Albergaba dudas sobre cuánto tiempo más lograría tener a mi familia convencida de que lo único malo que me pasaba era un vaso de vino más de la cuenta o cierta afición por los calmantes, y la idea de que alguno se diera cuenta de lo hecho mierda que estaba en realidad me hacía retorcerme como si alguien me metiera el dedo en una herida abierta; por una parte pensaba que tenía que escapar cuanto antes mientras jugara con ventaja; por otra, volver a mi piso y al botón del pánico y a los horrores nocturnos no era una opción.

—No tengo prisa.

—¿Y el trabajo? ¿No piensas volver?

—Ya he vuelto. Estoy haciendo cosas desde aquí. —Llevaba meses sin hablar con Richard; ni siquiera sabía si seguía teniendo un trabajo—. Saben lo que me pasó y les parece bien que trabaje un tiempo desde casa.

—Ajá... —dijo mi primo, todavía con las cejas arqueadas—. Qué suerte la tuya. Pero ¿qué va a pasar cuando no puedas tú solo con él? No —(levantando una mano, cuando hice amago de decir algo)—, no lo estoy diciendo para putearte. Te has portado de puta madre, y no sabes lo mucho que te lo agradezco, y siento de todo corazón haber dicho que no serías capaz, ¿vale? Pero ¿de verdad te ves..., no sé..., levantando a Hugo en la bañera? ¿Limpiándole el culo? ¿Dándole sedantes cada cuatro horas, día y noche?

—Me cago en la hostia, tío —dije, y sabía que había subido la voz, pero no pude evitarlo ya—. Todavía no hemos llegado a nada de eso, Leon. ¿Puedo preocuparme cuando pase? ¿Te importa? ¡Si es que pasa! ¿Te parece bien?

—No, la verdad es que no. Porque cuando la cosa te supere, tendremos que tener preparado un plan de acción. No puedes irte sin más y dejar que se cuide solo hasta que...

—Pues entonces haz tú un puto plan. Me da igual el que sea, pero a mí no me metas.

Esperaba que mi primo me respondiera de mala manera, pero en lugar de eso me dedicó una mirada inescrutable y volvió a su cigarro. La sombra había avanzado por el jardín y ya no había mariposas, lo que, dado mi estado de ánimo, me pareció de un simbolismo cutre y gratuito. Me terminé el cigarro lo

más rápido que pude y lo aplasté con el zapato.

—Le pregunté a mi padre —dijo de pronto— sobre qué va a pasar con la casa.

—¿Y?

—No me había enterado bien: no es solo que Hugo se quedara a vivir, es que los abuelos se la dejaron a él entera. Por ser el mayor. —Apagó su cigarro en el escalón—. Así que la cuestión es qué pone en el testamento de Hugo. En caso de que lo haya hecho. —Se quedó mirándome de reojo.

—No, no, ni de coña. No pienso preguntarle.

—Acabas de decir que pasas mucho tiempo con él, lo mucho que lo conoces...

—Y tú que tenías una vida en Berlín y ojalá no tuvieras que volverte a vivir aquí. ¿Qué te importa a ti si...?

—¿Qué pasa, que quieres de verdad que vendan la casa?

—No —dije sin pensarlo, rotundo, sorprendiéndome a mí mismo: después de las últimas semanas allí, perder Villa Hiedra se me antojaba impensable—. Dios, no.

—Tampoco Hugo querría, eso ya lo sabes. Pero mi padre dice que Phil y Louisa están flipándose con el tema: que si a Su y a Tom les daría un buen empujón para los estudios de los niños, para una casa mejor, todo eso. La prima dice que ella no lo necesita, pero intenta tú decírselo a ellos. Y Phil es el que le sigue en edad. Hugo podría dejársela a él perfectamente y, bum, fuera casa. Puedes explicárselo así si hablas con él. Para que se asegure de dejársela a alguien que quiera quedársela.

—Vale —dije después de una pausa—. Vale, yo hablo con él.

Mi primo volvió a la contemplación del jardín, con los brazos alrededor de las rodillas, como un crío.

—No lo dejes mucho tiempo...

Enterré la colilla en el macetero de los geranios y luego entré y me vi a Melissa y a mi tío levantando la vista, sonrientes, de un viejo álbum de fotos que habían sacado de por ahí. Pero era demasiado tarde: la cabeza me latía una barbaridad, y de ninguna manera pensaba enfrentarme a una cena de raviolis, continental y cháchara mientras veía a mi primo vigilando todos y cada uno de los movimientos de mi tío. Murmuré algo sobre una jaqueca, subí al cuarto y me tomé un Xanax y un par de calmantes —a la mierda mi primo— y me acosté con la almohada encima de la cabeza.

Mi prima también se había vuelto más difícil de tratar. De pequeña era un

encanto, un ratoncillo de biblioteca, muy seria y estrafalaria (a veces hasta un poco marginada; me había pasado buena parte de nuestra adolescencia explicándole que tenía que currárselo un poco con la ropa, el pelo y esas cosas, si no quería que le metieran caña), y con un sentido del humor muy agudo e inesperado. A pesar de los varios cambios que había pasado desde entonces, parte de mí seguía esperando ver a esa niña, y no era una grata sorpresa cuando no era eso lo que me encontraba.

—He conseguido hablar con el tío ese —dijo en la cocina una tarde que acababa de volver de una sesión de radioterapia con mi tío (había vuelto rendido y tembloroso, y le habíamos ayudado a meterse en la cama y ahora estábamos preparando té y untando mantequilla en unos *scones* para subírselos)—. Para la segunda opinión. Vive en Suiza, pero es el que más controla del mundo de este tipo de cáncer. He hablado con él por teléfono y dice que le echará un vistazo a la historia de Hugo.

—Yo creía que ya lo habían visto tres médicos o así. En el hospital.

Mi prima abrió la nevera y buscó la mantequilla.

—Sí, sí, así que tampoco pasa nada por uno más.

—Hablamos de una cuarta opinión. ¿Para qué quieres una cuarta opinión?

—Por si las tres primeras son una cagada.

Yo estaba en el fregadero rellenando el hervidor; solo le veía la espalda.

—¿Y cuántas piensas pedir? ¿Vas a seguir persiguiendo médicos hasta que uno te diga lo que quieres oír?

—Es solo este de Suiza. —Una pasada de mirada fría mientras volvía a la encimera—. ¿Por qué no te gusta la idea?

Lo que no me gustaba era que insinuara que los médicos de mi tío habían pasado algo por alto: planteaba la horrible opción de que a los míos les hubiera pasado lo mismo, que no hubieran hecho algo que podría haberme devuelto a la normalidad directamente, por obra de magia, si se hubieran molestado en...

—Es que lo que no quiero es que Hugo se haga ilusiones para nada.

—Mejor eso que hacer que se rinda cuando no hay necesidad.

—¿Y qué crees que va a pasar?, ¿que va a llegar al suizo ese y te va a decir: «Eh, sorpresa, que no tenía cáncer»?

—No, pero a lo mejor me dice oye, que sí, que podemos intentar la cirugía y la quimio.

—Digo yo que, si hubiera alguna remota posibilidad, te lo habría dicho ya alguno de los otros tres.

—Esos son todos coleguitas de hospital, no van a contradecirse entre ellos. Si el primero dice que no hay nada que hacer...

—Yo estuve en el mismo hospital, y mis médicos eran la caña. Hicieron todo lo que pudieron hacer. Todo.

—Muy bien, y yo que me alegro. Seguro que es verdad.

Acababa de sacar las bolsitas de té antes que la tetera y no sabía dónde ponerlas mientras la buscaba, y desde luego no estaba de humor para aquel tono plano de no pasa nada. Sabía que debería estar animándola, o por lo menos preferir ese rollo de no dejar piedra sin remover que el rollo funesto y apocalíptico de Leon, pero en realidad lo que quería era que se fueran todos a la mierda y nos dejaran en paz.

—Entonces, ¿para qué quieres una cuarta opinión?

—Porque —dijo Susanna untando de mantequilla la mitad de un *scone* con una única pasada recia y eficaz— Hugo no es tú. Tiene sesenta y siete años, y evidentemente no es un pez gordo podrido de dinero (ni siquiera tiene seguro médico, ¿lo sabías?). Ha estado yendo a la pública. Y, bueno, hay que asumirlo, es bastante despistado, y desaliñado, y si no te fijas mucho, podrías meterlo fácilmente en el saco de «abuelete atolondrado y acabado». Por lo menos es hombre, es blanco y habla con acento pijo, así que eso lo tiene en su haber, pero aun así: que contigo pusieran toda la carne en el asador no significa necesariamente que vayan a destinar los mismos recursos para un vejete medio senil que seguramente de todas formas morirá pronto.

Mi arrebató de ira me sorprendió hasta a mí.

—Pero ¿de qué coño hablas? —dije después de un momento en que no podía ni hablar—. Venga ya, Su, ¿de verdad crees que están dejando morir a Hugo aposta, porque es un viejo despistado y no es millonario? Estamos hablando de ¡médicos! No sé qué rollos de justiciera social habrás estado leyendo, pero su trabajo consiste en ¡curar a la gente!, dentro de lo posible. Y a veces no es posible, pero eso no quiere decir que sean los malos de la película que se frota las manos mientras buscan formas de joderle la vida a la gente.

Mi prima sacó la tetera de un armario, me quitó de un tirón las bolsitas de la mano y las metió dentro.

—¿Te acuerdas de cuando la abuela se puso mala? —me preguntó—, ¿con un dolor horrible de barriga que le duró semanas, toda hinchada como un balón? Fue tres veces al médico de cabecera, dos veces a urgencias, y todos le decían lo mismo: estreñimiento, váyase a casa y pórtese bien y tómese una

pastillita de casia. Y dio igual las veces que ella les dijo que no era eso...

—¿Y qué? Se equivocan, son humanos.

En realidad no me acordaba de nada de eso. Tenía trece años y la cabeza zumbando de chicas, amigos, rugby, grupos de música y clases; iba a verla por lo menos dos veces a la semana mientras estuvo enferma, y con el dinero de la paga le compraba su chocolatina preferida, la de almendras y pasas, mientras pudo comer, y cuando no, le llevaba fresas amarillas, que eran sus favoritas, pero no presté mucha atención a todo lo auxiliar.

—Mira, lo que pasó prácticamente es que la miraron una vez y decidieron que no era más que una abuela atolondrada que buscaba atención. Y eso que solo habrían tenido que escucharla hablar diez segundos para darse cuenta de que no era así en absoluto. ¿Sabes lo que hizo falta para que se molestaran en mirar si era cáncer de estómago? Que mi padre se plantara en su médico de cabecera y le echara un puteo mortal. Y ahí fue cuando le mandaron las pruebas, y ya para entonces era demasiado tarde y no podía hacerse nada.

—A lo mejor también habría sido tarde, ¿y tú qué sabes?

—Sí, puede que sí, y puede que no. Pero esa no es la cuestión. Aparta. — Se inclinó por delante de mí, cogió el hervidor y echó el agua sobre el té, con tanta brusquedad que salpicó varias gotas de agua sobre la encimera—. La cuestión es que si los médicos contigo pusieron toda la carne en el asador, de puta madre, pero no todos vivimos en el mismo mundo que tú.

—¡Venga ya, hombre! ¿Tú te oyes cuando hablas? No es que vayan por ahí con una... una..., un... —Sabía perfectamente lo que quería decir, pero no encontraba las palabras para metérselas en la cabeza a mi prima, así que me mordí con fuerza el labio por dentro—. Que no tienen una libreta secreta de puntos que vayan quitando por tener acento barriobajero o por tener más de sesenta y cinco años, y solo te dan los tratamientos según los puntos que saques. Es absurdo. Vas a tener que confiar en que hacen todo lo que está en sus manos.

Susanna había terminado de preparar la bandeja y se había puesto a recoger, arrastrando migas con la mano y tirándolas a la basura, lanzando la leche y la mantequilla en la nevera, cerrando la puerta, movimientos diestros y frugales con un punto de irritación.

—No fue ninguna gracia cuando estuve embarazada de Zach —dijo en un tono muy templado, pero con una corriente subyacente bien controlada—. El especialista me hizo algo... A ver, te ahorraré los detalles, pero básicamente había varias opciones y yo no estaba de acuerdo con la que él me sugería, así

que me negué. Y él me dijo, cito textualmente: «Como te pongas peleona conmigo, consigo una orden judicial y te mando a la policía a tu casa para que te arresten».

—Estaría de coña —dije después de un segundo de perplejidad.

—Hablabas muy en serio. Me contó con mucho detalle que se lo había hecho a otras mujeres un montón de veces, para dejarme bien claro que no estaba de coña.

—Joder —dije (me habría gustado saber qué mierda había estado haciendo Tom mientras alguien le hablaba así a su mujer: seguramente, asentir desvalido mientras pensaba cuál era el portabebés más enrevesado que podía comprar para arrastrar por ahí al crío)—. ¿Pusiste una queja o algo?

Mi prima se dio la vuelta, con el cuchillo en ristre, y me miró con incredulidad.

—¿Para qué?

—Ese médico no puede hacer eso.

—Pues claro que puede. Si estás preñada, no tienes ni voz ni voto sobre la atención médica que recibes. Podría haberme hecho lo que quisiera, aunque yo no hubiese estado de acuerdo, y habría sido totalmente legal. ¿De verdad que no lo sabías?

—Bueno, a ver, en teoría podría, pero dudo mucho de que en la práctica las cosas sean así...

—Pues las cosas son exactamente así. Te lo digo yo, que estaba allí.

No tenía ningún interés en pelearme por algo así, aparte de que tenía la impresión de que nos estábamos yendo por las ramas, puesto que era bastante improbable que mi tío estuviera embarazado.

—El especialista ese era un cabrón —dije—, y siento mucho que te pasara algo así. Entiendo perfectamente por qué te andas con mil ojos con los médicos, pero que te hayas cruzado con uno malo no significa que...

—Vete a tomar por culo —me dijo mi prima, que lanzó el cuchillo al fregadero formando un estrépito, cogió la bandeja del té y salió de la cocina.

En circunstancias normales habría manejado mucho mejor una conversación de ese tipo. A fin de cuentas, tampoco era que mi prima se hubiera transformado en una persona totalmente distinta; siempre le había gustado levantarse en armas contra las injusticias, reales o imaginarias, y yo siempre había hecho lo mismo, lanzar los ojos al cielo alegremente y dejarlo estar. Igual que con

Leon: siempre había sido un cabroncete de humores cambiantes, y yo sabía que no podía dejarle que me tocara la moral, y normalmente me iba y lo dejaba plantado antes de que me pegara su mal rollo. Al parecer, ahora unas mínimas variaciones en sus típicas mierdas tenían la capacidad de descolocarme de mala manera.

Me tonta achacarlo al estrés que tenía porque mi tío se estaba muriendo, o a las secuelas, neurológicas, psicológicas o lo que fueran, de aquella noche, pero, siendo sinceros, creo que era algo mucho más prosaico y penoso que todo eso; supongo que lo cierto era que les tenía envidia a mis primos, pero era una sensación tan poco habitual en mí que me llevó un tiempo reconocerla. Me había pasado la vida dando por hecho que, si acaso, era justo al contrario: a mí siempre se me había dado bien todo lo social, y no porque fuera el típico líder supercarismático, pero siempre formé parte, sin esforzarme, del grupo de los enrollados, me invitaban a todo, y tenía tanta seguridad que había conseguido que aceptaran a Dec en el rebaño, a pesar de su acento, sus gafas y sus atroces aptitudes para el rugby, solo porque era amigo mío. Mi primo se había pasado el instituto siendo el típico chaval al que le bajaban los pantalones en cuanto se descuidaba, mientras que mi prima (que estaba en el instituto de chicas de al lado), si bien no había sido directamente del grupo de las marginadas, sus amigas y ella eran una pandilla de Lisas Simpson ignoradas que hacían cosas como vender velas caseras para recaudar dinero para los sintecho, el Tíbet o cosas por el estilo; si incluían a alguno de los dos en algo remotamente guay, era gracias a mí. Incluso ya de mayores, Leon había dejado la facultad al año de empezar y se había dedicado a dar tumbos por el mundo, y había estado desde cosechando no sé qué cereal en Australia hasta viviendo en una casa okupa en Viena, sin conservar el mismo trabajo o el novio más de un par de años, y mi prima lo había dejado todo para ser Supermamá y se pasaba la vida haciendo purés de judías verdes o de lo que fuera, mientras que yo había puesto mis miras directamente en un trabajo resultón y, básicamente, en la vida perfecta. Y de verdad que no era que los mirase con superioridad, nunca lo había hecho —los quería y les deseaba lo mejor—, era solo que, en el fondo, era consciente de que si se ponían a comparar sus vidas con la mía, seguramente salía ganando yo.

Sin embargo, ahora: subían los escalones de entrada de dos en dos, hacían malabarismos llevando varios hilos de conversación sin perder comba; Leon contaba historias maliciosas sobre salidas nocturnas con grupos de música de los que sí que había oído hablar, Susanna acababa de desempolvar su título y

se había apuntado a un prestigioso programa de doctorado sobre políticas sociales y estaba radiante de la emoción; y luego estaba yo, que más o menos me manejaba dentro de mi nuevo mundo diminuto y simplificado, pero sabía perfectamente que ni en broma podría sobrevivir a un solo día en mi antiguo trabajo o mi antigua vida. Los envidiaba, con vehemencia a la par que vergüenza, y me parecía que iba en contra del orden natural de las cosas. Me resultaba imposible ver sus flaquezas y defectos con la tolerancia afectuosa y divertida de antes. Cosas que hacía unos meses me habrían hecho sonreír con ganas o sacudir la cabeza, me ponían de los nervios hasta el punto de que apenas podía contener un gruñido de rabia. Siempre era un alivio cuando se iban y Melissa, Hugo y yo podíamos volver a nuestro amable mundo crepuscular de pasar páginas, jugar a las cartas y tomarse un chocolate caliente antes de dormir, de delicados acuerdos y arreglos tácitos; de —y solo ahora me doy cuenta realmente de que es algo muy poco habitual, una cosa de lo más valiosa— bondad recíproca, seria, tierna y primorosa.

Pero mi primo tenía razón: mi tío estaba empeorando. Los cambios eran tan sutiles que la mayor parte del tiempo casi lográbamos convencernos de que no estaba pasando. La pierna que se le doblaba de pronto, y Melissa o yo cogiéndole por el codo, ¡uy!, ¡cuidado con la alfombra! Pero cada vez ocurría con más frecuencia y no siempre había una alfombra a mano a la que echarle la culpa. La mirada mareada e inerte que deslizaba a veces por la habitación cuando levantaba la cabeza del trabajo... «¿Qué... qué hora es?», y luego sus ojos iluminándose al verme sin reconocerme en absoluto, hasta el punto de que me daban ganas de salir marcha atrás por la puerta, y decirle en cambio «Hola, tío Hugo, son casi las tres, ¿quieres que prepare el té?», y entonces parpadeaba, volviendo poco a poco en sus ojos, y por fin me sonreía: «Sí, creo que nos lo merecemos, ¿no te parece?». Algún que otro pronto crispado que rozaba la rabia, de buenas a primeras: «¡No, no quiero más verdura, yo mismo me puedo servir perfectamente si quiero, no me metas prisa!». La caída en una comisura, tan sutil que habría podido pasar por una expresión mordaz de ironía, salvo porque la tenía ya siempre.

Una noche se cayó. Estábamos preparando la cena (empanadillas, todavía huelo la contundente y grasienta mezcla de chorizo y cebolla subiéndome por la garganta). Teníamos puestos los vales de Chopin, mi tío había subido al baño y Melissa y yo estábamos estirando la masa en la encimera y discutiendo

sobre el tamaño de las obleas, cuando oímos una refriega confusa, un tremendo porrazo, algo que caía y un estrépito... y luego nada.

Antes de procesar lo que habíamos oído, habíamos salido los dos disparados de la cocina y estábamos llamando a mi tío por su nombre. Nos lo encontramos medio tirado en las escaleras, con la cara blanca y los ojos desencajados, agarrado a la barandilla con una mano. El bastón había acabado varios escalones más abajo y el ángulo en que había caído presagiaba un escenario horrible, un terremoto, una invasión, todo el mundo huyendo...

Melissa llegó primero a su altura, se arrodilló a su lado en las escaleras y le puso las manos en los brazos para que no se levantara.

—No, quédate quieto. No te muevas todavía. Cuéntame lo que ha pasado. —Le habló con la voz ágil e inmutable de una enfermera.

Mi tío respiraba por la nariz, acelerado.

—Hugo —dije cuando llegué e intenté hacerme un hueco a su lado—. ¿Estás bien? ¿Te duele...?

—Chiss —me mandó callar Melissa—. Hugo, mírame, respira hondo y dime qué ha pasado.

—No ha sido nada, se me ha resbalado el bastón. —Le temblaban las manos una barbaridad y tenía las gafas a mitad de nariz, torcidas—. Qué tonto. Creía que ya lo tenía controlado y me he despistado...

—¿Te has dado en la cabeza?

—No.

—¿Seguro?

—Sí, estoy bien.

—¿Dónde te has dado?

—En la espalda, ¿dónde quieres que me dé? He rebotado en varios escalones, no sé cuántos... Y el codo, en realidad es lo que más me duele... Auch. —Al intentar moverlo se le contrajo la cara del dolor.

—¿Algo más?

—Creo que no.

—Un médico —intervine cuando por fin creí poder aportar algo a la situación—. Tenemos que llamar a un..., o a una ambulancia...

—Espera —dijo Melissa.

Con destreza y pragmatismo, fue repasándole el cuerpo con las manos, gira la cabeza, dobla el codo, ¿te duele aquí?, ¿y si te hago esto? La cara de Melissa era de decisión y desapego, se me antojó una desconocida; le fue dejando churretes de harina, como polvo acumulado, por los pantalones de

pana marrón, por el jersey deformado. Chopin seguía tocando en la cocina, el *Vals del minuto*, en un alocado frenesí de trinos y florituras, cada vez más acelerados, y me dieron ganas de acallarlo por las malas. La respiración de mi tío, rápida y trabajosa, estaba disparando las alarmas de pánico de mi cerebro. Me costó la misma vida no salir corriendo.

—Está bien —dijo por fin Melissa, volviendo a sentarse en cuclillas—. Estoy casi segura de que no te has hecho nada serio. No tienes el codo roto; si no, no habrías podido moverlo así. ¿Quieres que vayamos a urgencias? ¿O llamamos para que venga el médico de guardia y te eche un vistazo?

—No —dijo mi tío, que intentó incorporarse en el sitio (yo le cogí de la mano, que era mucho más grande que la mía y más huesuda, con una piel que le bailaba, había perdido peso y no me había dado ni cuenta...)—. De verdad, estoy bien. Ha sido solo el susto. Lo último que quiero es más médicos. Solo quiero echarme un rato.

—Yo creo que tendría que mirártelo alguien —dije—. Por si acaso...

Noté que se le tensaba la mano y, con un foganazo de fastidio que era casi rabia, replicó:

—Soy una persona adulta, Toby, así que si no quiero que me vea un médico, no me va a ver. Y ahora ayúdame a levantarme y pásame el bastón.

Estaba temblando demasiado para usar el bastón. Lo ayudamos a subir a su cuarto y a meterse en la cama, apoyado en los dos, cada uno a un lado, Chopin, de fondo, venga a hacer remolinos y bucles como un loco, los tres entrelazados en una gran criatura desgarbada que se movía con un cuidado infinito, ¡arriba!, bien, ¡otro! Cuando estuvo bien acomodado en la cama, Melissa y yo le subimos una taza de té y bajamos a preparar una sopa de pollo de lata con tostadas. Nadie tenía ya ganas de empanadillas.

—En realidad no se ha hecho nada —me dijo Melissa una vez de vuelta en la cocina—. Y puede ser lo que ha dicho, que se le ha resbalado el bastón.

No había sido eso, pero tampoco tenía ganas de hablar del tema. Yo también estaba bastante tembloroso, con el corazón acelerado, como si mi cuerpo no creyese que ya había pasado la urgencia.

—¿Cómo sabías eso de comprobar si le había pasado algo?

Removió la sopa en la olla y la probó con un dedo.

—Hice un cursillo hace un montón de años. Mi madre se cae a veces.

—Joder —dije, y la abracé por detrás y le di un beso en la coronilla.

Me apartó la mano de la cintura, me la besó un segundo y luego me la soltó para coger algo del estante de las especias. Todavía le quedaban restos del

desapego y la sangre fría, y quise quitárselos; quise llevarla a la cama y sacudírselos de la ropa, que se le disiparan como una neblina.

—No, no pasa nada. Te sorprendería la de veces que me ha venido bien saberlo.

—Ya, pero aun así...

Con los años había escuchado suficientes historias como para saber que el día que me presentara a su madre me darían ganas de pegarle un puñetazo en la cara, pero en ese momento comprendí por primera vez la sombría ironía del asunto: toda su infancia empantanada cuidando de su madre, y cuando por fin salía del hoyo se encontraba con un tío que, para variar, pretendía cuidarla, y de pronto, abracadabra, vuelve de golpe al modo cuidadora, solo que esa vez, en vez de a una persona, estaba atrapada cuidando a dos.

—Esto no estaba en tus planes.

Se volvió para mirarme, con un bote de especias en la mano.

—¿El qué?

—Estar cuidando de mi tío.

—Solo le he hecho un chequeo.

—Pero estás haciendo muchas más cosas.

Melissa se encogió de hombros.

—No me importa. Y no lo digo por decir, es que de verdad que no me importa en absoluto; tu tío es fantástico.

—Ya lo sé, pero se suponía que solo íbamos a estar aquí unos días. —Por entonces llevábamos ya más de tres semanas en Villa Hiedra, y Melissa había ido unas cuantas veces a su piso y al mío a por más ropa, pero en realidad el tema de volver no se había planteado—. A lo mejor deberías irte a tu casa.

Se apoyó contra la encimera y se quedó escrutándome la cara, la sopa caída en el olvido.

—¿Tú quieres que me vuelva?

—No es eso, me encanta que estés aquí. Es solo que... —Decirle aquello me sonaba a compromiso, uno que no estaba seguro de poder mantener, pero era demasiado tarde—. He estado pensando en quedarme un poco más.

A Melissa se le iluminó la cara.

—¡Ay, estaba deseando que lo dijeras! No te quería preguntar... Sé que podría relevarte alguien de tu familia, pero a Hugo le encanta tenerte aquí, Toby. No sabes lo mucho que significa para él. Qué alegría... Y por supuesto, yo me quedo. Quiero quedarme.

—Pero una cosa es ahora y otra es más adelante, cuando empeore. Y no

quiero que tú tengas que tragarte todo eso.

—Yo de aquí no me muevo mientras tú sigas aquí. Uyy... —Se volvió para ver la sopa, que había empezado a sisear y a hacer una espuma poco halagüeña, y apagó el gas—. Esto ya está. ¿Has puesto las tostadas?

—No es solo Hugo. —Me costó un mundo decirlo; las palabras me escocieron al salir—. Ya bastante has hecho cuidando de mí estos últimos meses.

Aquello la hizo sonreír.

—Es que me gusta cuidarte —dijo volviendo la cabeza.

—Pero a mí no me gusta que te sientas obligada, lo odio. Bastante tienes ya con tu madre...

—Eso no tiene nada que ver —replicó al instante Melissa volviendo la cabeza de la cocina, y lo dijo con una rigidez rotunda y metálica en la voz que no le había oído antes—. Tú no te lo has buscado, y tu tío, tres cuartos de lo mismo. No tiene nada que ver en absoluto.

—Pero al final es lo mismo. No deberías estar haciendo esto. Cuando tengamos ochenta años, vale, pero ahora... tendrías que estar saliendo a bailar, yendo a festivales, haciendo pícnicos, vacaciones al sol, todas las cosas que... —Me tembló lo voz (había tenido mil veces esa conversación en mi cabeza, pero no había reunido fuerzas para decirlo en voz alta, y me estaba costando tanto como había imaginado)—. Yo no quiero esto para ti.

—Bueno, si yo tuviera que elegir algo de este mundo, tampoco querría esto para ti —respondió como si tal cosa—. Pero es lo que nos ha tocado.

—Yo tampoco habría elegido esto para mí, créeme. Ostras, es que lo último que... —Volvió a quebrármeme la voz como a un tonto—. Pero no tengo elección. Tú sí.

—Claro que la tengo. Y elijo estar aquí.

Melissa no me tenía acostumbrado a ese aplomo y esa serenidad —era yo quien la había abrazado cuando se asustó tanto con lo de Niall, el acosador de pacotilla, o, qué leches, siempre que lloraba como una Magdalena viendo a los niños refugiados en las noticias o hasta con cachorrillos hambrientos en Facebook—, y me dejó un poco descolocado. Las veces que había recreado esa conversación en la cabeza, yo era el estable, el que la consolaba a ella.

—Yo quiero que seas feliz —dije—. Y mientras estés aquí eso no va a pasar. Mientras estés... —Tuve que respirar hondo—. Mientras sigas conmigo. Se supone que tu vida tiene que ser mejor conmigo, no peor. Y creo, creo que, es verdad que antes sí que lo era, pero ahora...

—Pues claro que mi vida es mejor contigo. Mira que dices tonterías. —Me puso una mano en la mejilla y la dejó allí, pequeña y cálida—. Y estando aquí también. Y no es solo por Hugo, me gusta estar aquí por otras cosas. Estar aquí es... —Un soplo rápido de risa—. A ti te ha venido muy bien, Toby, te estás recuperando. A lo mejor no te das cuenta, pero yo sí lo he notado. Y eso es lo que a mí me hace más feliz.

En mi cabeza la conversación siempre terminaba con una despedida, con ella sollozando mientras marchaba hacia la luz del sol cual Orfeo, dejándome a solas para disolverme en una oscuridad cada vez más cerrada. Al parecer aquello no era una opción. El cambio me dejó una sensación extraña, como mareado y desinflado a la vez, sin saber ni dónde pisar. No encontraba la manera de explicarle a Melissa que no había entendido nada.

—No —dije apretando su mano contra mi mejilla—, escucha. Tú no...

—Chiss. —Se acercó de puntillas a darme un beso, uno en condiciones, con las manos echadas por mi cuello para apretarme más contra ella—. Venga —dijo sonriendo y apartándose—. Tenemos que subirle algo de comer a Hugo antes de que se desmaye del hambre, y eso sí que iba a ser preocupante de verdad. Pon las tostadas.

A la mañana siguiente mi tío parecía haberse recuperado; de hecho, llevaba días sin verlo tan fuerte, tarareando mientras daba vueltas por el salón en busca de un libro que quería volver a leer y que estaba seguro de haber visto hacía un par de años. Fui hasta el fondo del jardín —había acabado yendo allí a fumar, para que todos pudiéramos seguir fingiendo que no fumaba— y me eché en la hierba bajo un árbol. Más allá de mi parcela de sombra, el sol era cegador; unas monedas de oro de luz me moteaban el cuerpo, había saltamontes sesteando por doquier y las amapolas amarillas cabeceaban en la brisa.

Me entraron ganas de hablar con Dec, o mejor aún, con Sean. En realidad no había hablado con mis amigos desde la vez que habían ido a verme al hospital; habían seguido mandándome mensajes, y yo había conseguido hasta responderles un par de veces, pero hasta ahí. Empezaba a echar en falta a mi dúo de capullos favorito. Cuando me terminé el cigarro, me eché bocabajo en el césped y saqué el móvil.

Sean respondió casi al momento, y me sorprendió el apremio en su voz al decir «¿Diga?».

—¡Eh, tío! ¿Cómo va la vida?

—Me cago en... —dijo Sean (hasta que no sentí la oleada de alivio agradecido en su voz no lo entendí: al ver mi número se había cagado vivo, pensando que lo llamaba para despedirme, que eran mis padres para contarle la noticia...; comprendí que quizá me hubiera portado como el culo con mis amigos)—. Dichosos los oídos. ¿Qué pasa contigo, hombre?

—Poca cosa. ¿Y tú qué?

—De puta madre. Joder, tío, hacía mil años que no hablábamos... ¿Cómo estás?

—Bien. Estoy viviendo ahora en casa de mi tío Hugo, que está malo.

—¿Y eso? ¿Está bien?

—No, en realidad no. Un tumor cerebral. Le quedan unos meses.

—Ostras, mierda. —Me pareció realmente afectado; siempre le había caído muy bien mi tío—. Jo, colega, no sabes cómo lo siento. ¿Y qué tal está?

—Bien, teniendo en cuenta las circunstancias. Está en casa. Está medio débil, pero por ahora no es para tanto.

—Dile que he preguntado por él. Es buen hombre tu tío. Siempre se portó muy bien con nosotros.

—¿Por qué no te pasas un día? —le pregunté, aunque no supe que iba a decirlo hasta que oí las palabras—. Le encantará verte.

—¿Seguro?

—Claro que sí, ven.

—Eso está hecho. Este finde es que me voy con Audrey a Galway, pero me llego la semana que viene. ¿Me llevo a Dec?

—Sí, claro. Yo le pego un toque. ¿Cómo le va? ¿Le ha apuñalado ya Jenna?

—No veas qué puto infierno. —Sean soltó una larga exhalación—. Mira, hace seis semanas, cuando llevaban... ¿qué, cinco minutos?, la colega decide que tienen que irse a vivir juntos. Yo le dije a Dec que había que estar muy loco para hacerle caso, y me dio toda la razón. Hasta que Jenna le montó un pollo que no veas y le dijo que solo la quería por el sexo, y total, que no sé cómo, pero el caso es que al final de esa conversación Dec decidió demostrarle que eso no era verdad yéndose a vivir con ella.

—¡Ostras, compadre! No volveremos a verlo. No lo dejará salir por la puerta.

—No, espera, que ahora viene lo mejor. Se van a la caza de piso juntos, ¿vale? Se deciden por un pisito muy mono en Smithfield, ponen la fianza y el primer mes de alquiler, varios miles de euros. Dec avisa en su piso de que se

muda. Y a la semana...

—Nooo...

—Sí: le viene ella y le dice que solo quería castigarlo por «jugar con sus sentimientos», no te lo pierdas, y que no tiene intención de vivir con él, y de hecho ¡lo deja! Hasta luego.

—Joooder. ¿Y cómo está él?

—No muy allá. He estado intentando sacarlo para tomarnos unas pintas, pero dice que pasa. Llámalo tú, seguro que por ti lo hace.

Lo llamé, pero no respondió y le dejé un mensaje en el contestador: «Ey, capullín. Anda, dime que no te pillo en mitad de un polvo de reconciliación, por favor. Estoy en casa de mi tío Hugo. Sean dice que se pasará por aquí la semana que viene. Vente tú también. Pégame un toque».

Me gusta imaginar que, si las cosas hubieran ido de otra forma, Melissa y yo nos habríamos quedado, al menos mientras mi tío hubiera seguido con vida, o tal vez más. Sean y Dec habrían venido a vernos (mi tío parpadeando y sonriendo, «Santo Dios, míralos, hombres hechos y derechos, tendré que dejar de pensar en vosotros como un par de adolescentes desaliñados con una capacidad inusitada para hacer trastadas... Aunque espero que no la hayáis perdido del todo...») y se habrían quedado para hacer una barbacoa, todos tirados a la bartola en la hierba, cachondeándonos de Dec por aquella vez en quinto que la amiga de mi prima, Maddie, se había pasado toda la noche tirándole los trastos y él no se había dado ni cuenta. El aplomo constante con el que Hugo se habría enfrentado a la muerte me habría elevado a un estado iluminado o algo parecido en el que habría comprendido que de lo que me había pasado a mí no solo podía salirse con vida, sino también por encima, que no era más que un grueso grano de arena en el océano de mi vida. Habría sobrellevado con mis primos los tiempos duros —humor negro, brazos sobre hombros, largas charlas de borrachos a las tantas de la noche—y los tres habríamos resurgido más tristes, sí, pero también más unidos, y con nuestro antiguo vínculo de la infancia vuelto a soldar y como nuevo. Melissa habría conseguido convencerme para ir a fisioterapia. En algún punto habría tenido un anillo en la mano y me habría arrodillado entre el perifollo silvestre, y habríamos corrido a la casa de la mano para darle a mi tío la buena nueva, una estrella de promesa en la oscuridad acechante, el linaje que continuaba, la vida que sigue adelante porque no hay quien la frene. Y al final habría puesto el piso en venta a través de una inmobiliaria, sin siquiera volver a pisarlo, y nos habríamos largado a la casa georgiana blanca con vistas a la bahía. Por

supuesto, nada más lejos de la realidad. Pero a veces, cuando necesito desesperadamente un respiro, me gusta imaginar que podría haber sido así.

Tal y como fueron las cosas, sin embargo, la cosa no duró más de cuatro semanas. Aquel viernes por la mañana había vuelto a salir al jardín para fumar bajo los árboles; el otoño asomaba ya, las hojas amarillas de los abedules bajaban morosamente hasta mi regazo, las bayas del sauco estaban ya moradas y los pajarillos llegaban volando para picotear, a modo de prueba, el cielo despejado con un tinte nítido y fresco. Se oía un cortacésped, pero lo suficientemente lejos para que solo sonara como un zumbido casero y reconfortante.

Cuando la silueta entró en mi campo de visión, estuve a punto de pegar un bote: un bulto ladeado, borroso con la luz perpendicular, acercándose lenta e inexorablemente como un mensajero entre la hierba alta. Tardé unos segundos en darme cuenta de que era mi tío, echando todo el peso en el bastón. Tiré rápidamente el cigarro y le eché un puñado de tierra por encima.

—¿Puedo acompañarte un rato? —me preguntó cuando llegó a mi altura, con la respiración casi jadeante.

—Claro. —El corazón seguía martilleándome el pecho, no tenía claro qué estaba pasando; mi tío nunca venía cuando yo salía al jardín: pillarme fumando habría violado uno de los pactos tácitos que mantenían vivo nuestro delicado equilibrio—. Siéntate.

Se agachó como pudo hasta la hierba —mordiéndose el labio y apoyándose en el bastón, una negativa tajante con la cabeza cuando le tendí la mano para ayudarlo— y se acomodó contra un roble, con las piernas extendidas por delante.

—Dame un cigarro.

Tras un segundo de perplejidad, saqué el paquete, le tendí uno y le acerqué el mechero encendido. Le dio una calada honda, con los ojos cerrados.

—Ahh —dijo con un suspiro prolongado—. Madre mía, cómo lo echaba de menos.

—¿Tú fumabas?

—Claro que sí, hombre. De los fuertes, Woodbines, un paquete diario. Lo dejé hace veinte años..., en parte porque vosotros empezasteis a venir bastante y no me parecía un buen ejemplo, pero sobre todo por salud. Aunque no sé si fue una buena decisión, ¿no te parece? —No sabía si el giro en su

media sonrisa era amargura o solo la caída instalada en su comisura—. Podía haberme tirado otros veinte años fumando como un carretero y tampoco habría pasado nada.

Otro pacto roto: nunca hablábamos de que estaba muriéndose. Me quedé sin saber qué decir. La conversación tenía mala pinta, me resultaba amenazante, aunque no sabía ni cómo ni por qué. Me encendí otro cigarro y nos quedamos así, mirando cómo daban vueltas en el aire las semillas helicóptero del sicomoro.

—Ha llamado tu prima —dijo él por fin—. El especialista suizo suyo le ha echado un ojo a mi historial y coincide con mis médicos: no puede hacerse nada más.

—Joder —dije con un repelús—. Vaya mierda.

—Ya.

—Lo siento mucho.

—Yo creía de verdad que no estaba haciéndome ilusiones —siguió diciendo mi tío, que no me miraba y estaba viendo en cambio cómo se enroscaba el humo del cigarro entre los rayos de sol—. Me lo había creído.

Me entraron ganas de meterle un puñetazo a mi prima. Zorra egoísta, tan endiosada en su pedestal de superioridad, con su rollo de víctima moralizante y sus médicos diabólicos, poniendo a mi tío en ese trance cuando cualquiera con dos dedos de frente habría sabido que no tenía sentido...

—Me parece una cagada por parte de Susanna. Una cagada muy grande y una gilipollez bien gorda.

—No, tenía razón. Sobre el papel. El especialista ha dicho que, en el setenta y cinco por ciento de los casos que le llegan de nuestro país, en realidad disiente con los médicos del caso y recomienda cirugía... La mayoría de las veces no cura el cáncer, al final, tarde o temprano vuelve, pero le da a la gente unos años de vida... Resulta que yo estoy en el veinticinco por ciento malo. Por donde está localizado el tumor y esas cosas.

—Lo siento mucho —repetí.

—Lo sé.

Le dio una última calada al cigarro y lo apagó en la tierra. Los rizos gruesos de pelo se le movieron al agacharse y dejaron a la vista una calva en el lateral de la cabeza, por donde le habían pasado las ondas de la radioterapia. Un borrón de sombras de hojas y sol se le arremolinó en la camisa gastada.

—¿Me das otro? —Le saqué otro—. Tendría que probarlo todo. *Speed*,

LSD, todo. Heroína. Cuando yo era joven no había de casi nada; fumé hachís unas cuantas veces, pero no me convenció... ¿Tú crees que Leon sabrá dónde conseguir LSD?

—Lo dudo. —La idea de cuidar de mi tío mientras se pegaba un viaje de ácido me parecía ya una ida de olla—. No creo que conozca a nadie en Dublín.

—Claro, normal. Y de todas formas no creo que me lo tomara. No me hagas caso, Toby, estoy diciendo tonterías.

—Nos gustaría quedarnos —dije—, a Melissa y a mí. Mientras... mientras podamos ser de ayuda. Si a ti te parece bien.

—¿Y qué quieres que te diga? —Un pronto afilado de amargura en su voz, echando la cabeza hacia atrás—. Ya sé que tendría que estar dándote las gracias arrodillado..., sí, es verdad, Toby, pensar en pudrirme lo que me queda de vida en un horrible hospital... Y claro que os voy a decir que sí, ya lo sabéis, y por supuesto que os estaré agradecido siempre, pero me habría gustado poder elegir. Invitaros a quedaros porque me encanta que estéis aquí, y no porque esté desesperado y necesitado. Me habría gustado... —(subiendo la voz, pegándole a una raíz con el talón de la mano, con fuerza)—... tener voz en este entierro.

—Perdona —dije después de una pausa—, yo no quería... obligarte a nada ni nada de eso. Yo solo creía que...

—Ya lo sé, ya lo sé. No hablo de eso. En absoluto. —Se pasó una mano por la cara; el estallido de energía se le había disipado tan rápido como le había venido, y lo había dejado postrado contra el árbol—. Es que estoy harto, estoy cansado de estar a merced de todo esto, de que tomen todas las decisiones por mí. Me está comiendo la autonomía, y el cerebro, devorándome y echándome de mi propia existencia en todos los sentidos, y no me gusta. Lo que me gustaría es que... —Esperé, pero no terminó. En lugar de eso, cuando por fin recobró el aliento y la compostura—: Me encantaría que os quedaseis —dijo con claridad, como oficialmente, mirando al jardín, no a mí—. Tanto tú como Melissa. Pero siempre y cuando me prometáis que os sentiréis libres de cambiar de opinión. En cualquier momento.

—Vale, me parece bien.

—Bien. Gracias. —Buscó un trozo de tierra pelado y aplastó el cigarro para apagarlo—. Tengo que pedirte otro favor. Me gustaría que me incineraran y que esparcieran aquí mis cenizas, en el jardín. ¿Tú podrías encargarte de que se haga así?

—Deberías hacer un... —dije (la conversación era cada vez más insoportable, como una tortura bien calibrada que apretara una rosca cada vez que conseguía recuperar el aliento; me planteé tontamente si decir que me había parecido que sonaba el teléfono en la casa o fingir que me quedaba dormido a mitad de frase, lo que fuera con tal de que parara)—. Deberías hacer el testamento. Para asegurarte..., por si alguien no está de acuerdo con..., en fin..., por si quieren hacer otras cosas...

—Un testamento... —Mi tío soltó un resoplido sórdido—. Sí, sería lo suyo, ¿verdad? Me lo digo todos los días: «Esta semana tengo que resolver ese tema, voy a ver si Ed o Phil me recomiendan un buen notario...». Y luego los miro a la cara y pienso: «No puedo hacerles eso, hoy no, ya otro día que los vea con más ánimos»... Y antes de darme cuenta ya ha pasado otra semana. Parece que la psicóloga esa del hospital va a tener razón después de todo, con eso de la negación. En parte he debido de seguir conservando las esperanzas.

Hasta ese momento no me había acordado de preguntarle qué iba a pasar con la casa. Me lo había recordado lo del testamento.

—La casa —dije—. Si vas a..., o sea, que si vas a querer... estar aquí... —(hice un gesto indefinido hacia el jardín)—, entonces la casa debería quedarse en la familia, ¿no?

Volvió la cabeza y me dedicó una larga e intensa mirada bajo sus cejas greñudas.

—¿A ti te gustaría? —me preguntó.

—Claro —dije—, me encantaría.

—Ajá. —Se le contrajeron las cejas—. No era consciente de que estuvieras tan apegado a la casa.

—Yo tampoco, no sé, a lo mejor antes no. Ha sido más ahora..., al volver. —No tenía ni idea de cómo explicarme—. No me gustaría perderla.

Mi tío seguía mirándome fijamente, y empezaba a ponerme de los nervios.

—¿Y tus primos? ¿Qué piensan ellos?

—Sí, ellos igual. Les gustaría que no se vendiera. A ver, y no porque la queramos para nosotros, no es eso, para nada... —Una ligera mueca, no tenía ni idea de en qué pensaba—. Es que, en fin, es la casa familiar, ¿no? Y como que les preocupa que el tío Phil quisiera venderla, y no porque no le tenga cariño, pero...

—Vale —me cortó a mitad de balbuceo—. Yo me encargo.

—Gracias, de verdad.

Se quitó las gafas y las limpió con el puño de la camisa. Los ojos, que

miraban sin parpadear el jardín bañado por el sol, parecían los de un ciego.

—Si no te importa, me gustaría estar unos minutos a solas.

—Ah. Claro.

Me quedé un minuto titubeando —¿se habría enfadado conmigo?, ¿la había cagado?, ¿le había ofendido por dar por sentado su muerte?, ¿podría levantarse sin mi ayuda?—, pero me ignoró totalmente, y al final me rendí y volví dentro.

Se quedó fuera más de una hora, sentado sin más, tan quieto que los pajaritos que picoteaban en el césped se le acercaron a pocos palmos (yo me había quedado por la cocina para no perderlo de vista, aunque bien apartado de las ventanas). Sin embargo, cuando entró, parecía enérgico y algo distante, impaciente por ponerse a trabajar; el día anterior me había explicado que había hecho no sé qué triangulación de ADN que había dado más frutos en el caso de la señora Wozniak, más primos o primos de primos en Tipperary, aunque no lo recordaba muy bien. No mencionó en modo alguno la conversación que habíamos tenido, y me quedé preguntándome con un horrible vuelco en el estómago si no se le habría olvidado todo.

Así y todo, a la mañana siguiente anunció alegremente que esa tarde iban a venir mi primo y mi prima con su familia.

—Vamos a hacer bizcocho de manzana y avellanas. Ya sé que no es el favorito de los niños, pero sí que es el mío, y creo que de vez en cuando no debería avergonzarme aprovechar las circunstancias para permitirme un capricho. Y —(con un amago de sonrisa)— el bizcocho de manzana y avellanas creo que nos dará muchos menos problemas que el LSD, ¿no te parece?

Así que tarde de sábado, bizcocho y té en el salón. Un cálido olor a manzana y canela por toda la casa, cielo gris e inmóvil al otro lado de las ventanas. Tom explicándonos emocionado que por fin había conseguido ganarse al chico más apático de su clase de Historia de quinto, con no sé qué movida rara de *Juego de tronos*, pero parecía contento; Susanna y Melissa estrechando lazos por un grupo nuevo que les encantaba a las dos, mientras Leon ponía cara de hastío y se ofrecía a hacerles una lista de reproducción “en condiciones”, y mi tío se burlaba de todos nosotros por no saber apreciar a los Beatles. Parecía todo una bonita tarde en familia, pero aquello no tenía nada de rutinario y todos lo sabíamos; notaba a mis primos con la duda, esperando,

miradas de tapadillo a modo de interrogantes entre ambos. Decidí ignorarlo todo; seguía teniendo la sensación de haberla cagado en la conversación con Hugo, con una impresión nebulosa pero de peso, y estaba todo a punto de irse a la mierda.

Los niños de Susanna no eran de gran ayuda. Su capacidad de concentración había durado lo que el bizcocho, y para cuando Tom y Leon retiraron los platos, Zach estaba zumbando por el salón como un avispon, empujando cosas con el dedo del pie, tirándonos papelitos a los mayores y rozándome el codo cada vez que pasaba a mi lado.

—¡Tío Hugo! —El niño estaba colgado por las axilas del respaldo del sillón de mi tío, como un chimpancé—. ¿Puedo sacar el juego de demolición?

—Zach —le reprendió su madre desde el sofá, donde estaba con Melissa babeando ante el vídeo de su nuevo grupo favorito en el móvil—, bájate del sillón de Hugo.

El niño simuló una arcada violenta y se tiró al suelo indignado, y a punto estuvo de caer encima de su hermana, que estaba tendida bocabajo en la alfombra, jugueteando con un muñeco y hablando sola.

—¡Tío HUUUGO! —dijo más fuerte desde el suelo—. ¿Puedo...?

Mi tío se volvió entonces, entre crujidos, y alargó la mano para ponérsela en la cabeza.

—Ahora no. Tengo que hablar con tus padres y los demás. Salte fuera con tu hermana.

—Pero...

Mi tío se inclinó, le hizo señas a Zach hasta que este se incorporó de rodillas y susurró algo al oído del niño, que esbozó una gran sonrisa.

—¡Toma ya! Vente, Sal —dijo, y salió corriendo hacia el jardín con la hermana pisándole los talones.

—¿Qué le has dicho? —preguntó con cierto recelo mi prima.

—Le he dicho que hay un tesoro escondido en el jardín, y que si lo encuentra se lo puede quedar. En realidad, pensándolo bien, no creo ni que sea mentira: seguro que con los años se han ido perdiendo todo tipo de cosas por el jardín. Estarán bien. —Hugo volvió a acomodarse con cuidado en el sillón—. Es que tengo que hablar con todos vosotros. Susanna, ¿puedes decirles a Leon y Tom que vuelvan un momento?

Mi prima salió del salón disparándome de paso una mirada afilada e indescifrable. Nos acomodamos todos obedientemente, como colegiales, Melissa y yo en un sofá, mis primos en el otro y Tom plantado en el sillón

frente a mi tío, con las manos en las rodillas y cara de San Bernardo de leve preocupación general. Por la puerta abierta de la cocina llegaban de vez en cuando una brisa fresca y las voces de Zach dando órdenes.

—Toby me ha hecho ver que tenemos que aclarar lo que va a pasar con la casa cuando me muera —empezó a decir mi tío.

—Ah, yo no... —Melissa se levantó—. Voy a echarle un ojo a los niños —le dijo a Susanna.

—No —dijo Hugo al instante, rotundo, alargando la mano para cogerla del brazo—. Quédate, querida. Necesito que estés; tú también eres parte de esto. —Con una sonrisa irónica y apagada—: Te guste o no. —Melissa se quedó un momento pensativa, insegura, pero entonces mi tío le sonrió y le hizo un ligero gesto con la cabeza, como para tranquilizarla, así que volvió a sentarse—. Bien. Bueno, Toby me ha dicho que vosotros dos —(Susanna y Leon)— y él creéis que la casa debería permanecer en la familia. ¿Es eso cierto?

Mis dos primos enderezaron la espalda como un resorte.

—Sí —dijo Susanna.

—Por supuesto —apuntó Leon.

—Y os preocupa que Phil y Louisa puedan venderla si la heredan ellos.

—Es lo que harían. Por todo ese rollo de que los niños tengan un “trampolín”.

Hugo arqueó una ceja.

—¿Y tú no quieres trampolines?

—Estamos bien, tampoco es que nos vayamos a quedar en la calle sin ese dinero. Los niños no necesitan vacaciones caras, clases de vela ni una casa gigante con sala de cine. Es que ni siquiera me gustaría que tuvieran nada de eso. Pero mis padres no hacen ni caso.

Mi tío miró de reojo a Tom, que asintió.

—¿Y tus padres? —le preguntó a Leon—. ¿Qué opinan ellos?

Este se encogió de hombros y dijo:

—A mi padre no le hace gracia la idea de venderla, pero ya sabes cómo es. Si Phil le mete presión...

—Tu padre acaba cediendo —terminó la frase Hugo—. Sí. ¿Y el tuyo, Toby?

—No tengo ni idea. —Aquello estaba tomando unos extraños tintes de irrealidad, como una escena de una serie de la tele, todo cuidadosamente orquestado, el clan reunido en el salón de visitas para oír los deseos del patriarca moribundo—. Vamos, que a mi padre le encanta la casa, pero... no

lo he hablado con él.

—En el fondo, Ed es el sentimental de la familia —comentó mi tío, que volvió a reacomodarse las piernas, ayudando con una mano a la que tenía débil—. El tema es el siguiente: si la casa se queda en la familia, ¿qué tenéis pensado hacer? ¿A alguno le gustaría vivir aquí?

Todos intercambiamos miradas. De pronto me vino una imagen perturbadora, viéndome dentro de cuarenta años dando vueltas por Villa Hiedra con una taza de *lapsang souchong* en la mano y pantalones de pana con refuerzos en las rodillas.

—Bueno, yo vivo en Berlín —dijo mi primo—. No digo que vaya a quedarme allí toda la vida, pero...

—Nosotros podríamos —intervino mi prima, que había estado manteniendo un complejo intercambio de miradas con su marido—. Nosotros lo hemos hablado como una posibilidad.

—El impuesto de sucesiones es bastante alto —apuntó mi tío—. ¿Podríais pagarlo?

Aquello era cada vez más surrealista, con ese tono sereno de Hugo, como un hombre de negocios, sentado en el sillón hablando de un tiempo, tan solo unos meses después, en el que él ya no existiría, y los demás allí, tan tranquilos, siguiéndole la corriente como si fuera de lo más sensato del mundo... El aire me supo pastoso y amargo, subterráneo. Me entraron ganas de salir fuera.

—Podríamos vender nuestra casa. Con eso tendríamos —dijo mi prima.

—Ajá... Lo que pasa es que no sería muy justo con los chicos —opinó mi tío—. No puedo dejarles nada más..., o al menos nada que valga ni de lejos lo que la casa.

—A mí me da igual —dijo mi primo, que se había arrellanado en la esquina del sofá, en plan me la pela todo, pero en realidad estaba tamborileando con los dedos sobre el muslo con un ritmo tenso y rápido; no parecía llevarlo mucho mejor que yo—. Su puede darme su parte en algún momento, cuando le toque la lotería. O no, da igual.

—¿Toby?

—No lo sé —dije (demasiados factores entrechocándose, tenía la cabeza como un ordenador viejo, colgado por tener demasiados programas abiertos—. No lo he... La verdad es que nunca lo he pensado.

—Podríamos... —amagó Tom (por un instante me entraron unas ganas salvajes de partirle la cara, ¿para qué se metía él en la conversación?)—. A

ver, siempre que a los chicos les parezca bien..., podríamos ponerla a nombre de los tres primos, y nosotros podríamos vivir aquí y, a lo mejor, no sé, pagarles a ellos el alquiler por sus dos tercios, ¿por ejemplo?

—En el caso de que quisiéramos vivir aquí —apuntó mi prima con una rauda mirada admonitoria—. Yo todavía no lo tengo claro.

—Sí, bueno, en el caso de... Y por supuesto habría que dejar claro...

De pronto, oímos un grito de Zach en el jardín. Habían estado pegando chillidos todo el rato, pero aquello fue distinto: era un alarido ronco y descarnado de puro terror.

Yo todavía no había conseguido procesarlo cuando mi prima ya estaba de pie, con la cara blanca y la boca abierta, abalanzándose hacia la puerta. Tom la siguió de cerca.

—¿Qué coño ha...? —dijo Leon.

Melissa, mi primo y yo fuimos también detrás.

Los niños estaban al fondo del jardín. Estaban los dos muy tiesos, con los brazos extendidos por la conmoción, y para cuando llegamos estaban ya los dos gritando, con el agudo penetrante e inhumano de la niña superando los aullidos entrecortados de su hermano. Mis pies con fuerza sobre la tierra, mi aliento fuerte en los oídos, ola de pájaros levantando el vuelo desde los árboles. Y sobre el verde intenso de la hierba, a los pies de los niños, una cosa marrón y amarilla que, aunque era la primera vez que veía uno real, comprendí sin necesidad de pensarlo ni por un momento que era un cráneo humano.

En mi recuerdo, el mundo se detuvo. Todo se quedó pendiendo inmóvil e ingravido sobre la tierra, que giraba muy lenta, suspendido en un extenso silencio que se prolongó y se prolongó, hasta el punto de que tuve tiempo de asimilar todos los detalles: el pelo cobrizo de mi prima congelado en pleno balanceo contra el cielo gris, la boca muy abierta de Zach, el ángulo inclinado del cuerpo de Leon al parar en seco. Por extraño que parezca, en ese momento me acordé más que nada de aquel instante en que encendí la luz de mi salón y los dos ladrones se volvieron para mirarme. Un parpadeo, una mirada de reojo, y cuando vuelves a mirar todo es distinto: los árboles, el muro del jardín y la gente parecían los mismos, pero estaba todo hecho de un material nuevo y extraño; el mundo no parecía haber cambiado, pero, aun así, sin saber cómo, me vi en un lugar totalmente distinto.



Mi prima cogió a Sallie al vuelo y se la enganchó en la cadera mientras, del mismo impulso, agarraba del brazo a Zach y los sacaba a los dos del jardín, sin parar de susurrarles algún rollo tranquilizador y firme. La niña seguía gritando, el sonido saltando con las pisadas de Susanna; Zach había pasado a los chillidos desquiciados y tiraba del brazo de su madre para volver con nosotros. Cuando la puerta de la cocina se cerró tras ellos, el silencio se desplomó sobre el jardín con la espesura de las cenizas de un volcán.

El cráneo estaba volcado de lado sobre la hierba, entre el parterre de la manzanilla y la sombra del olmo montano. Tenía una de las cuencas tapada por un coágulo de tierra oscura y de pequeñas raíces claras y rizadas; la mandíbula inferior estaba boquiabierta en un aullido torcido e imposible; cúmulos de algo marrón y enmarañado, pelo o musgo, pegado al hueso.

Los cuatro que habíamos quedado estábamos en un semicírculo, como si nos hubieran reunido allí para una incomprensible ceremonia de iniciación y estuviéramos esperando una señal que nos dijera cómo empezar. La hierba, larga y mojada, que nos rodeaba los pies estaba combada por el peso de la lluvia de la mañana.

—Eso es... Parece humano —dije.

—Es de mentira —dijo Tom—. Será de Halloween o algo...

—A mí no me parece que sea de mentira —opinó Melissa.

Le pasé un brazo por encima y subió la mano para cogerme la mía, pero estaba como ausente: tenía toda la atención puesta en aquella cosa.

—El año pasado nuestros vecinos colgaron un esqueleto en la fachada y parecía real real —terció Tom.

—A mí no me parece que sea de mentira.

Nadie quiso acercarse.

—¿Cómo iba a haber llegado aquí un cráneo de mentira? —insistí.

—Los adolescentes y sus cosas, ya se sabe —contestó Tom—. Lo habrán tirado por lo alto del muro, o desde una ventana. ¿Y cómo iba a haber llegado aquí un cráneo de verdad?

—Podría ser antiguo, que tenga cientos, o incluso miles de años. Lo habrán desenterrado los niños. O un zorro —intervino Melissa.

—Eso es más falso que Judas —dijo mi primo, con una voz aguda, tensa y cabreada: se había cagado vivo—. Y no tiene gracia. Le podía haber dado un infarto a alguien. Tirad eso a la basura antes de que lo vea Hugo. Coged una pala del cobertizo; yo no pienso tocarlo.

Tom se adelantó con tres pasos ágiles y se agachó con una rodilla en el suelo al lado de aquella cosa, inclinándose para verla mejor. Se incorporó a toda prisa, con una inspiración brusca y siseante.

—Vale, sí, creo que es de verdad.

—No me jodas, hombre —dijo mi primo echando atrás la cabeza—. No puede ser, ni de coña, no es posible...

—Míralo tú.

Leon no se movió. Tom dio un paso atrás y se frotó las manos en el pantalón como si lo hubiera tocado.

La carrera por el jardín me había dejado con la cicatriz palpitando, un martillo diminuto y puntiagudo que me descuadraba la visión a cada golpe. Tenía la impresión de que lo mejor que podíamos hacer era quedarnos todos totalmente quietos, mientras esperábamos a que llegara volando cualquier bicho y se lo llevara de vuelta al inframundo burbujeante que lo había arrojado a nuestros pies; de que si alguno movíamos un pie o respirábamos, eliminaríamos esa opción y desataría una horrible cadena de acontecimientos.

—Dejadme ver —dijo Hugo en voz baja a nuestras espaldas.

Los cuatro pegamos un salto. Pero él se hizo un hueco entre nosotros, con su bastón crujiendo al compás sobre la hierba, y se inclinó para examinarlo bien.

—Vaya, sí. Zach tenía razón —dijo.

—Hugo —dije (parecía la salvación, la única persona del mundo que sabría cómo dar marcha atrás en el tiempo, para que pudiéramos volver dentro y hablar un rato más sobre la casa)—. ¿Qué hacemos?

Volvió la cabeza para mirarme y se ajustó las gafas en la nariz con un nudillo.

—Pues llamar a la Garda, claro está —dijo con tranquilidad—. Ahora llamo yo. Es que quería verlo con mis propios ojos.

—Pero... —empezó a decir mi primo.

Mi tío se limitó a posar por un momento unos ojos templados e inexpresivos en él, antes de volver a agacharse junto al cráneo.

Yo estaba esperando a unos inspectores de policía, pero solo vinieron un par de agentes uniformados: dos tipos grandes, con cuellos anchos y caras inexpresivas, de más o menos mi edad, tan parecidos entre sí que podían haber sido hermanos, ambos con acentos de las Midlands y el chaleco amarillo, y esos modales meticulosos que todo el mundo sabe que vienen con condiciones. No habían tardado en llegar, pero, una vez en la casa, no parecían muy emocionados al respecto.

—Podría ser el cráneo de un animal —dijo el más corpulento mientras nos seguía a Melissa y a mí por el pasillo—. O restos antiguos. En plan arqueológicos.

—De todas formas, han hecho bien en llamarnos —dijo el otro—. Mejor prevenir que curar.

Hugo, Leon y Tom seguían de pie al fondo del jardín.

—Bueno —dijo el más corpulento saludándolos con la cabeza—, vamos a echarle un vistazo.

Se agachó en cuclillas con su compañero delante del cráneo, los pantalones tensándosele por los muslos gruesos. Les vi intercambiar una mirada.

El grande sacó un bolígrafo del bolsillo y lo metió por la cuenca vacía, ladeando con cuidado el cráneo a un lado y a otro, para examinarlo desde todos sus ángulos. Después utilizó el boli para apartar la hierba de la mandíbula y se inclinó para inspeccionar los dientes. Mi primo estaba mordisqueándose con saña la uña del pulgar.

Cuando el poli levantó la vista, tenía la cara más blanca aún.

—¿Dónde se ha encontrado? —preguntó.

—La ha encontrado mi sobrino nieto —le explicó Hugo, que era el más sereno de todos nosotros (Melissa se había agarrado la cintura con ambos brazos, mi primo estaba prácticamente bailando una jiga de la tensión, y hasta Tom había palidecido y tenía cara de pasmado, con el pelo de punta como si se hubiera pasado las manos por en medio)—. En el hueco de un árbol, me ha dicho. Quiero creer que en este de aquí, pero no lo sé seguro.

Todos levantamos la vista hacia el olmo montano. Era el árbol más grande del jardín, y por el que mejor se trepaba: un gran tronco contrahecho, marrón

grisáceo, de metro y medio de diámetro, con gruesas protuberancias que eran apoyos perfectos para manos y pies hasta donde, a dos metros o dos y medio de altura, se dividía en gruesas ramas cargadas de enormes hojas verdes. Era el mismo del que había saltado de pequeño y había acabado rompiéndome el tobillo; me dio repelús solo de pensar que aquello hubiera estado ahí todo ese tiempo, que había podido estar a centímetros de él.

El poli grande miró de reojo a su compañero, que se puso en pie y, con una agilidad sorprendente, se aupó al tronco del árbol. Después de apuntalar bien los pies, se colgó de una rama con una mano mientras con la otra se sacaba del bolsillo una linterna delgada como un bolígrafo y la apuntaba hacia la hendidura del tronco. Una vez allí la dirigió de aquí para allá, con la mirada entornada y la boca muy abierta. Por último pegó un salto hasta la hierba con un gruñido y asintió brevemente con la cabeza, mirando a su compañero.

—¿Dónde está su sobrino nieto? —preguntó el poli grande.

—En la casa, con su madre y su hermana. La niña estaba también con él cuando lo descubrió.

—De acuerdo —dijo el poli, que se levantó y guardó el bolígrafo; su cara, ladeada hacia el cielo, me pareció distante: comprendí con desánimo que estaba encantado—. Vamos a hablar un momento con los niños. ¿Pueden entrar todos conmigo, por favor? Avisa a los inspectores y a la Científica —le dijo a su compañero, que asintió.

Mientras volvíamos en tropel a la casa, miré hacia atrás una última vez: el agente, con los pies separados en un gesto impasible, toqueteando y pulsando la pantalla; el olmo montano, enorme y frondoso en su remolino verde de pleno verano; y en el suelo entre ambos, la pequeña silueta marrón, apenas visible entre la manzanilla y la hierba alta.

Mi prima estaba en el sofá con un brazo por encima de cada niño. Estaba más blanca de lo habitual, pero parecía bastante serena, dadas las circunstancias, y los niños habían parado de chillar. Ambos posaron los ojos en el poli con la misma mirada impenetrable, desde la seguridad de los brazos de su madre.

—Siento molestarlos —dijo el agente—, pero me gustaría tener unas palabras con este jovencito, si se ve con fuerzas.

—Está bien —dijo mi prima—, ¿verdad que sí, cariño?

—Claro que sí —dijo el agente en tono animado—. Es ya mayor. ¿Cómo te llamas, hijo?

Mi sobrino se zafó del brazo de su madre y lo miró con recelo.

—Zach.

—¿Y qué edad tienes?

—Seis.

El agente sacó una libreta y se puso en cuclillas, todo lo grande que era, al lado de la mesa de centro, lo más cerca del niño que pudo.

—Qué tío, ¿cómo has podido encontrar eso ahí? Es un árbol muy grande para que pueda subirlo un pequeñín como tú. —Zach puso cara de hastío, aunque sin exagerar el gesto—. ¿Puedes contarme lo que ha pasado?

Pero al parecer el niño había decidido que no le caía bien aquel tipo, de modo que se encogió de hombros, hundió los dedos del pie en la alfombra y se quedó mirando los pelos levantados.

—A ver, ¿qué fue lo primero que hiciste cuando saliste al jardín? ¿Fuiste directo a ese árbol? ¿O hiciste otra cosa antes? —Hombros arriba y abajo—. ¿Estabas jugando a algo? ¿A hacer el Tarzán?

Ojos en blanco.

—Zach —le urgió su madre sin subir el tono—, cuéntale a este señor lo que ha pasado.

El niño trazó una línea en la alfombra con el dedo del pie y se quedó mirándola.

—¡Zach! —lo reprendió su padre.

—No pasa nada —dijo el poli con calma, aunque no parecía muy contento—. Puedes hablar con los inspectores cuando vengan, si lo prefieres. —La palabra *inspectores* hizo que una descarga recorriera la habitación: oí que alguien respiraba hondo, no sé quién—. ¿Y qué me dicen de esta jovencita? ¿Puedes tú contarme qué ha pasado?

Zach le dedicó a su hermana una mirada despiadada, que hizo que le temblara la barbilla y enterrara la cara en la barriga de su madre.

—Vale —dijo el agente tirando la toalla antes de empeorar las cosas e incorporándose ya—. Lo dejaremos para más adelante; es normal que estén todavía un poco conmocionados, como para no estarlo... ¿Vinieron a avisarla a usted, señora...?

—Hennessy, Susanna Hennessy. —Tenía una mano en la nuca de Sallie y otra, bien firme, en el hombro de Zach, tanto que el niño se revolvió—. Estábamos aquí todos, hasta que los oímos chillar y salimos corriendo al jardín.

—Y se encontraron con el percal. Cuando salieron, ¿estaba donde está

ahora, en la hierba al lado del árbol?

—Sí.

—¿La ha tocado alguien, aparte de su hijo?

—Sal —le dijo con suavidad su madre—, ¿tú la has tocado?

La niña sacudió la cabeza contra el pecho de mi prima.

—¿Alguien más?

Todos negamos con la cabeza.

El poli apuntó algo en el cuaderno.

—¿Y viven ustedes aquí? —le preguntó a mi prima.

—Vivo yo —intervino mi tío, que había avanzado lenta y cautelosamente entre nosotros para acomodarse en su sillón—. Ellos tres son mis sobrinos, Tom es el marido de mi sobrina y Melissa es la novia de Toby. Ellos dos sí se están quedando ahora conmigo, pero normalmente vivo yo solo.

—¿Cómo es su nombre, caballero?

—Hugo Hennessy.

—¿Y cuánto tiempo lleva viviendo aquí?

—Toda la vida, salvo alguna temporada suelta. Era la casa de mis padres, y antes de mis abuelos.

—Entonces, ¿desde cuándo es propiedad de la familia?

Mi tío meditó al respecto, mientras se frotaba ausente una de las calvas de la radioterapia.

—Creo que desde 1925... o puede que 26.

—Ajá —dijo el poli revisando lo que había escrito—. ¿Y tiene idea de la edad que puede tener ese árbol? ¿Lo plantó usted?

—No, por Dios. Ya era viejo cuando yo era pequeño. Es un olmo montano, pueden vivir siglos.

—Y el tema ese... ¿Alguna idea de quién podría ser?

Hugo sacudió la cabeza.

—Ni la menor idea.

El agente nos miró al resto.

—¿Y alguien tiene alguna idea? —Todos negamos—. De acuerdo —dijo mientras cerraba la libreta y se la guardaba en el bolsillo—. Pues tengo que informarles de que tal vez tengamos que quedarnos aquí un tiempo.

—¿Cuánto? —preguntó bruscamente mi prima.

—Ahora mismo es imposible saberlo. Les mantendremos informados. E intentaremos molestar lo mínimo posible. ¿Hay otra entrada al jardín, aparte de a través de la casa? Para que no tengamos que estar entrando y molestando

por aquí.

—Hay una puerta en el muro del fondo —explicó Hugo—, da al callejón de atrás. No estoy seguro de dónde estará la llave...

—En el armario de la cocina —apuntó mi primo—. La vi la semana pasada, voy a por ella.

Se escabulló con la agilidad de una sombra.

—Ah, estupendo. —El agente repasó con la mirada a los presentes y se detuvo en Tom—. ¿Señor...?

—Farrell, Thomas Farrell.

—Señor Farrell, le voy a pedir que elabore una lista con los nombres y las señas de todos los presentes. Y también vamos a necesitar una lista de la gente que ha vivido en la casa, hasta donde puedan remontarse en el tiempo, así como las fechas... Tampoco hay que ser muy exactos, simplemente «la abuela Hennessy vivió aquí del..., pongamos, 1950 hasta su muerte en el año 2000», algo así. ¿Le importa?

—No, sin problema —respondió solícito Tom.

Incluso en medio de todo aquello, me vino una llamarada de indignación... Vale, era evidente que Hugo no se encontraba bien y que mi primo parecía un refugiado de una banda tributo a los Sex Pistols, mientras que Susanna estaba hasta arriba de niños, pero yo estaba allí, y era de la familia, no como Tom: ¿por qué mierda pasaba de mí aquel tipo?

Mi primo volvió con la llave.

—Tenga —dijo tendiéndosela al agente—. No sé si irán bien, nadie utiliza nunca esa puerta, así que a lo mejor está...

—Muchísimas gracias —dijo el agente, que se la guardó en el bolsillo—. Les voy a pedir que se queden todos en esta habitación un rato. Evidentemente, si necesitan ir al baño o a la cocina, no hay problema, pero ahora mismo, hasta nuevo aviso, el jardín es territorio prohibido, como quien dice. En cuanto lleguen los inspectores, les darán más información. ¿Pueden todos esperar aquí? ¿Tiene alguien alguna cita o tiene que ir a alguna parte? —Nadie—. Estupendo entonces. Les agradecemos su colaboración —dijo, y salió cerrando la puerta del salón un poco más fuerte de lo normal.

Sus pisadas resonaron con fuerza por los escalones de la cocina.

—Bueno —dijo Hugo—. Era un poco..., ¿no? ¿Torpe? ¿Inexperto, podría decir? No sé, esperaba alguien más..., en fin, curtido. Supongo que leo demasiadas novelas policiacas. ¿Creéis que sabe lo que se hace?

—Han rodeado el jardín con la cinta esa, la blanca y azul en la que pone:

«PROHIBIDO EL PASO. LÍNEA DE POLICÍA».

Nadie dijo nada. Al cabo de un momento Melissa se sentó en el otro sofá y cogió la baraja de cartas que había sobre la mesa de centro.

—Creo que nos queda aquí un buen rato. ¿Una partidita al continental?

Los inspectores se tomaron su tiempo en llegar. Mientras, cogí papel y boli del estudio de Hugo y Tom se puso a hacer sus listas (¿cuándo dices que murió tu abuelo, Su?, Hugo, ¿tú te acuerdas de en qué año volviste a la casa?, ¿apuntamos los veranos que pasasteis aquí, chicos?, blablablá, como un puto lameculos que quisiera sacar la mejor nota de la clase). Melissa, Hugo y yo echamos partida tras partida de continental, sin prestar mucha atención; mi primo se unía a nosotros por momentos, pero no podía estarse quieto más de una partida seguida antes de volver a las ventanas, donde se pegaba a la pared y se ponía a mirar furtivamente la carretera, como un detective privado que vigila por la esquina de una calle. Mi prima se puso a jugar con su hija a algo en el móvil, una corriente baja pero incesante de pitidos, música electrónica y risitas de dibujo animado. Zach seguía con el subidón de adrenalina y estaba en modo yonqui total, dando vueltas como loco por la habitación, trepando a los muebles, tocando un repertorio completo de clic-clacs, ratatás y succiones varias con la boca que estaba volviéndome majara. Estaba deseando sacar un pie y hacerle la zancadilla.

Por alguna razón parecía imposible decir nada sobre el cráneo. Tenía la sensación de que había mil preguntas que plantear y puntos de vista que discutir, pero no conseguía concretar ninguno, y cuanto más tiempo pasaba, más inasible me parecía todo y más se me antojaba un sueño, como si lleváramos toda la vida en esa habitación y nunca fuéramos a poder salir.

—Toby, te toca. Venga —me urgió mi primo.

Sonó el timbre. Todos nos quedamos paralizados en el sitio, mirándonos mutuamente, pero, antes de poder pensar algo sensato que hacer, oímos fuertes pisadas de botas por el pasillo y luego la puerta de la calle abriéndose. Voces masculinas que intercambiaban comentarios breves y prácticos, la estática de una radio, confusión de pisadas que volvían por el pasillo, y luego la puerta de la cocina, que se cerró de golpe.

—Yo tengo hambre —dijo Sally, no muy fuerte, pero era ya la quinta vez.

—Acabas de comer bizcocho —le dijo su madre sin mirarla.

Fuera en el jardín, unas voces brucas hablaban a gritos, pero estaban

demasiado lejos para entender nada.

—Pero tengo hambre.

—Vale —dijo Susanna, que rebuscó en el bolso y sacó un sobrecito naranja, como de plástico y con un pitorro—. Toma.

—¡Yo quiero uno! —exigió Zach, saltando desde el suelo, donde había estado aporreando la pantalla de la chimenea con los pies mientras intentaba hacer *beatboxing*.

—Pero si no te gustan.

—Quiero uno.

—¿Te lo vas a comer?

—¿Y qué me decís de los estudiantes de medicina? —saltó de pronto Tom, levantando la vista de los papeles.

Había estado merodeando por la puerta del salón, aferrado a sus preciosas listas, esperando la gran oportunidad de enseñárselas al Maestro.

—¿El qué? —preguntó mi primo atravesándole con una mirada de hastío y sin molestarse en volver la cabeza.

Mi primo estaba sentado de lado en un sillón con las rodillas por encima del reposabrazos, balanceando el pie a un ritmo insistente y rápido que yo intentaba ignorar.

—El..., eso... —(agitando sus listas en dirección al jardín)—, ¿el bloque de pisos que hay detrás del callejón? Ahí viven un montón de estudiantes, ¿no? Y los estudiantes de medicina tienen un sentido del humor un tanto retorcido. Si a un par de ellos les dio por mangar un cráneo y dedicarse a hacer el tonto por ahí con él, para asustar a sus colegas, y luego no sabían cómo deshacerse de él, a lo mejor cogieron y lo tiraron por el árbol. —Miró a su alrededor con cara triunfal.

—Ya habría que tener puntería —dijo con amargura mi primo— para meterlo entre tanta rama y tanta hoja y colarlo justo por un hueco que debe de ser ¿de cuánto?, ¿como un par de palmos de diámetro? Un estudiante de medicina que sea también baloncestista de élite: así sí que será fácil estrechar el círculo.

—A lo mejor no querían apuntar al árbol. Querían tirarlo al jardín, para asustar a la gente, y fallaron.

—Y la colaron entre tanta rama, y tanta hoja, justo por un hueco que...

—No lo quiero —dijo Sallie con el sobrecito en alto y cara de estar a punto de llorar.

—Pero si te encanta. Tómatelo —le dijo su madre.

—Tiene coliliebres.

—¿Qué son coliliebres?

—Lo que tiene dentro.

—No, solo lleva zanahoria, manzana y otras cosas, chirivía o algo así.

—Que no me gustan las coliliebres.

—Vale, vale. Voy a por otro —dijo mi prima, que le quitó el sobre de la mano y se fue a la cocina.

—Yo lo único que digo es que no tiene por qué ser nada siniestro—siguió Tom—, que a lo mejor no es más que...

—Claro, podría haberlo dejado un hipogrifo, de camino al Bosque Prohibido —dijo Leon.

—Eso sí que sería siniestro: el Bosque Prohibido de Harry Potter al fondo del jardín —respondió Tom intentando ser gracioso, pero nadie se rio.

Yo seguía con el dolor de cabeza infernal, algo menos intenso, pero no se me quitaba y la vista empezaba también a bailarme; no veía bien las cartas que tenía en la mano, los sietes y los nueves se confundían, los ochos con los dieces.

—Oh-oh —dijo Melissa desplegando sus cartas en abanico sobre la mesa—. Me bajo y corto. —Me sonrió y me hizo un pequeño gesto tranquilizador con la cabeza.

Hice un esfuerzo por devolverle la sonrisa.

Mi prima volvió entonces con lo que me pareció el mismo sobrecito de plástico naranja.

—Toma, te he traído uno sin coliliebres.

La niña cogió el envase, se retiró a la esquina del sofá y empezó a chupar con ansia del pitorro.

—El jardín está de bote en bote —nos informó mi prima en voz baja y mirando de reojo a sus hijos para asegurarse de que no estuvieran escuchando—. Peña en monos blancos con capuchas y mascarillas, parece una peli de ciencia ficción en la que acaba de escaparse un virus del laboratorio. Echando fotos. Están levantando una historia, una especie de carpa. Con plásticos por el suelo, al lado de los parterres de las fresas.

—La hostia —exclamó mi primo, que tiró las cartas, se giró en el sillón y se levantó para dar vueltas por la habitación—, vaya jodienda. ¿Qué mierda se supone que tenemos que hacer, montar el campamento aquí hasta que terminen con sus movidas ahí fuera? —Tom estaba haciéndole muecas frenéticas y señalando a los niños con la cabeza—. Venga ya, hombre, con las gilipolleces.

—Tú, tranquilo —le cortó mi prima—. Relájate un poco, que no es el fin del mundo.

—No me vengas con que me relaje. De todas las tonterías que podías haberme dicho y...

—Vete a fumarte un cigarro.

—No puedo ir a fumarme un cigarro porque hay polis por todas partes...

—Puag —dijo Zach soltando su saquito naranja en la mano de su madre.

—No me digas que el tuyo también tiene coliliebres.

—Las coliliebres no existen, es que está asqueroso.

—Te he preguntado si te lo ibas a tomar y me has dicho...

—Como me lo coma, poto.

—La madre que te...

Sonó un golpeteo en la puerta y un hombre asomó la cabeza.

—Buenas tardes. Me presento, soy Mike Rafferty, inspector de policía. Perdonen todo el jaleo.

A todos nos salió alguna frase educada sin sentido. Leon paró de dar vueltas; la mano de Melissa se quedó suspendida en el aire, con las cartas en abanico.

—Se lo agradezco. Estoy seguro de que no era así como pensaban pasar su tarde del sábado. Nos quitaremos de en medio lo antes posible.

Tendría cuarenta y pocos años, alto, uno ochenta y pico, con una constitución esbelta y delgada que daba una impresión de fuerza y agilidad a partes iguales, como si fuera cinturón negro de algún extraño arte marcial cuya existencia desconocíamos porque no estábamos en la onda. Tenía el pelo negro y encrespado y una cara alargada y huesuda, con unas arrugas de sonreír muy marcadas. Iba con un traje gris que se veía que era muy bueno, pero sin ser ostentoso.

—Tendría que hacerles un par de preguntas, si es posible. ¿Están todos de acuerdo? ¿Hay alguien que esté demasiado afectado y prefiera hacerlo en otro momento?

Al parecer ninguno teníamos problema. Mi primo se quedó apoyado contra el marco de la ventana, con las manos metidas al fondo de los bolsillos, mientras que mi prima volvió a su sitio en el sofá, le echó un brazo por encima a Sallie y le susurró algo al oído. Melissa, por su parte, recogió la baraja.

—Estupendo. Son de gran ayuda. ¿Les importa si me siento aquí? —Giró el sillón de mi primo para tener una buena visión de conjunto y se sentó.

Aquella presencia policial estaba jugándome malas pasadas. Por fuera no

se parecía en nada a Martin ni a Traje Cantoso, pero aun así había algo —en la economía de movimientos y en ese tono cordial y tranquilo que no admite un no por respuesta y que no delata absolutamente nada— que hizo que me volviera todo de golpe: aire contaminado de hospital metiéndoseme por todos los poros, la cabeza obturada de dolor y una gruesa neblina que parecía polvo de demolición, caras agradables e inexpresivas mirándome y esperando. Empezaron a temblarme las manos y tuve que metérmelas entre las rodillas.

—Como ya habrán supuesto por todo este movimiento —dijo Rafferty—, lo que ha aparecido en su jardín es un cráneo humano. De momento no sabemos mucho más. ¿Lo encontraron estos dos chiquitines?

—Mis hijos —explicó mi prima.

Sallie estaba apretada contra su madre, con el saquito todavía bien apretado en la boca, mientras que Zach se había encaramado al respaldo del sofá, desde donde seguía todo atentamente.

El inspector asintió mientras escrutaba a los niños.

—¿Cuál de los dos cree usted que es más capaz de contarme lo ocurrido? A estas edades hay niños que pueden ser unos testigos estupendos, mejores que los adultos: buenos observadores, un relato de los hechos alto y claro, sin historias... Pero hay otros niños que están tan metidos en su papel de buenos, tímidos o cabezones que apenas logran decir una frase entera, y cuando dicen algo suele ser mentira. ¿Quién de los dos...?

—Yo —saltó Zach bajándose del respaldo, a punto de plantarle el pie en la cara a su madre—. Lo he encontrado yo.

El policía le dedicó una mirada prolongada antes de decirle:

—Esto no es como cuando le explicas a tu maestro por qué Jimmy le ha pegado a Johnny en el recreo. Esto es serio. ¿Crees que puedes hacer un relato claro de los hechos?

—Por supuesto, no soy tonto.

—Muy bien —dijo el inspector sacando libreta y bolígrafo (tenía unas manos que no parecían de policía, largas y musculosas, con cicatrices y callos gruesos, como de haber bregado con muchas tempestades en alta mar)—. Cuéntame.

El niño se sentó a lo indio en el sofá y respiró hondo.

—Vale. Pues resulta que el tío Hugo nos dijo que saliéramos al jardín, que teníamos que buscar un tesoro. Así que mi hermana fue y miró en la parte de las fresas, que, en fin, ¿hola?, ahí vamos siempre, si hubiera un tesoro lo habríamos encontrado ya, ¿no? Así que yo fui a mirar en el agujero del árbol.

El inspector lo escuchaba asintiendo con gesto grave y concentrado.

—¿Hablas del olmo grande?, ¿el que está justo al lado de donde dejaste el cráneo?

—Sí.

—¿Habías subido antes al árbol?

—No nos dejan.

—¿Y por qué has subido hoy?

—Porque los adultos estaban todos teniendo una charla superimportante, así que... —Zach sonrió burlón, mirando a su madre, que torció el gesto.

El policía dejó escapar un amago de sonrisa a juego con la del niño.

—Así que sabías que no te iban a pillar.

—Sí.

—¿Y?

—Y metí el brazo por el agujero...

—Espera —interrumpió al niño con el bolígrafo en alto—. Si nunca habías subido a ese árbol, ¿cómo sabías que había un agujero? El hueco no se ve desde el suelo.

Zach se encogió de hombros.

—He intentado montarme en ese árbol un montón de veces, lo que pasa es que siempre o mi madre o el tío Hugo me gritan para que me baje. Un par de veces conseguí llegar lo suficientemente alto para ver el hueco. Y otra vez vi que salía una ardilla de dentro.

—¿Y te fijaste si había algo más dentro? ¿Aparte de la ardilla?

—Qué va.

—¿Metiste la mano? ¿O un palo o algo?

—Qué va.

—¿Y hoy por qué?

—Porque estaba buscando ¡el tesoro!

—Ah, claro. Así que metiste el brazo por el agujero...

—Sí. Y al principio solo había hojas, mugre y cosas mojadas, como pelos... —El niño abrió los ojos de par en par al darse cuenta de lo que estaba diciendo.

—Sería musgo seguramente —dijo el policía como si tal cosa—. ¿Qué más?

—Pues luego había algo grande, y como suave, y tenía un tacto raro. Y sentí un agujero, así que metí los dedos en el agujero y tiré hacia arriba, y al principio creí que era una cáscara de huevo muy grande, ¿como los de las

avestruces? Y olía a tierra. Y pensé en lanzarla contra la pared para que estallara..., hasta que le di la vuelta y vi que tenía ¡dientes! —Zach tembló de arriba abajo, en un espasmo inevitable, pero su madre le puso la mano en el hombro como un resorte y lo paró—. ¡Dientes de verdad!

—Ya. Sí que tiene. ¿Y qué hiciste luego?

—La tiré, a la hierba. Pero no para romperla, solo para quitármela de encima. Y entonces grité y bajé del árbol y me caí en la última parte, pero no me hice daño. Y mi hermana se puso a gritar y luego vino mi madre y todos los demás.

Estaba echado hacia delante, con las manos remetidas por las corvas, parpadeando para apartar el recuerdo de la cabeza. Por un segundo hasta me compadecí del pequeño mamoncete.

—Bien hecho —le dijo Rafferty, que asintió mirando al niño—. Tenías razón, eres buen testigo. Más adelante tendré que pasarlo a ordenador y me lo tendrás que firmar, pero por ahora es justo lo que necesitaba. Gracias.

Zach respiró hondo y se relajó un par de grados. Rafferty tenía buena voz, sonora y cálida, con un deje ventoso de Galway, como un tosco isleño de una vieja película que seguramente acabaría liándose con Maureen O'Hara. Me habría jugado algo a que ligaba más que hablaba.

—Ahora vamos a ver qué tal se te da a ti —le dijo a Sallie—. ¿Te acuerdas de lo que ha pasado?

La niña estaba hecha un ovillo contra su madre, mirándolo todo con ojos insondables y solemnes por encima de su sobrecito naranja. Se lo sacó de la boca y asintió.

—Vamos allá.

—Estaba buscando un tesoro y Zach se montó en el árbol y luego tiró una cosa a la hierba y se puso a chillar. Y era una calavera y yo grité también porque creía que era un fantasma.

—¿Y luego?

—Luego vinieron todos y mamá nos llevó dentro.

—Bien hecho —le dijo el inspector sonriéndole.

—¿Es un fantasma?

—¿Hola?, ¿los fantasmas no existen? —masculló entre dientes su hermano, que parecía haberse recuperado.

—No —le respondió con mucho tacto a la niña—. Tenemos una máquina especial que nos dice exactamente qué es cada cosa y le hemos dado varias pasadas a la calavera y no, no hay ningún fantasma. Hay tantos fantasmas como

aquí. —Señaló la libreta—. Es solo una cosa de hueso. —Sallie asintió—. ¿Quieres mirar esto a ver si hay fantasmas? —Removió la libreta, con lo que consiguió que la niña sacudiera la cabeza y esbozara una sonrisita.

—Fiuu, menos mal, me había dejado la máquina fuera. ¿Cuándo fue la última vez que se subió alguien a ese árbol? ¿El jardinero? ¿Alguien podando las ramas? —nos preguntó a los demás.

—No tenemos jardinero —contestó mi tío—. Y yo tampoco es que tenga el jardín para presentarlo a un concurso... En fin, ya lo ha visto usted. Lo poco que le hago se lo hago yo. Y no podó los árboles.

—Nosotros antes nos subíamos al árbol —dije articulando con cuidado, para que no se notara que arrastraba de palabras; tenía la sensación de que debía aportar algo a la conversación—. Susanna, Leon y yo —(señalando)—, cuando éramos pequeños.

El inspector se volvió para mirarme.

—¿Cuándo fue la última vez que se montó?

—Me rompí el tobillo al saltar desde arriba, con nueve años. Después de eso nuestros padres nos prohibieron montarnos.

—Ajá —dijo Rafferty, que posó sus ojos, hundidos y con una extraña luz color avellana, casi dorada, en mí, pensativo (aquella mirada, ensayada, de valoración, opaca y tan familiar, me provocó un escalofrío, y de pronto noté muy viva la caída de mi párpado)—. ¿Y les hacíais caso?

—No sé... —Un fotograma de recuerdo, balanceando las piernas en una rama en la semipenumbra, una lata de cerveza, alguien riendo, pero me parecía todo tan dislocado e irreal que no podía...—. No sé seguro.

—Sí que nos subíamos —intervino Susanna—. Cuando no estaban nuestros padres. Hugo —(un fugaz intercambio de sonrisas entre ambos)— siempre nos dio más libertad que ellos.

—Tampoco es que estuviéramos todo el día allí montados —apuntó mi primo—, ni todas las semanas. Pero sí, de vez en cuando.

—¿Cuándo fue la última vez?

Mis primos intercambiaron una mirada.

—Puff, a saber...

—Puede que en alguna fiesta de la época del instituto, ¿no?

—¿No estábamos ahí montados la vez esa que Declan se puso a cantar *Wonderwall* y alguien le tiró una lata a la cabeza?

—¿Eso fue en ese árbol?

—Supongo que sí. Estábamos los tres, y Dec, ¿y no estaba también la chica

esa, como se llame, que le gustaba a él? En otro árbol no habríamos cabido los cinco.

—¿Declan qué más? —quiso saber Rafferty.

—Declan McGinty —contesté—. Es amigo mío.

El policía asintió y apuntó el nombre. Me pareció que me llegaba su olor, un aroma penetrante con un punto de naturaleza, como a madera de pino partida.

—¿Alguna idea de en qué año pudo ser eso?

—Yo creo que fue el verano que terminamos el instituto —dijo mi prima—. O sea, hace diez años. Pero tampoco estoy segura.

Leon se encogió de hombros.

—¿A alguno se le ocurrió explorar el interior del hueco?

Los tres nos miramos.

—No —contestó mi prima—. A ver, yo miré un par de veces cuando estaba subida, pero había como porquería, hojas muertas y mojadas. No me entraban ganas de hurgar.

—Yo creo que una vez metí un palo dentro —intervino Leon de nuevo—. Cuando éramos pequeños, como con ocho años. Para ver cómo era de hondo el hueco. No sentí nada en plan..., nada.

—¿Cómo era de hondo?

—Buff, a saber, no me acuerdo. Bastante hondo.

Rafferty me miró a mí entonces.

—Yo no... —dije (la memoria me iba a saltos, no terminaba de arrancar; tenía muy claro que estaba quedando como un tonto)—. No lo creo. A lo mejor.

—¿Y usted, señor Hennessy? —Se refería a mi tío—. ¿Se montó usted alguna vez de pequeño en ese árbol?

—Hala, pues claro. Los cuatro, mis hermanos y yo, nos pasábamos el tiempo subiendo y bajando. Yo creo que hasta escondíamos cosas en el hueco, pero no se lo puedo jurar. Quizá mis hermanos se acuerden mejor que yo.

—Vale, lo consultaremos con ellos. ¿Alguien tiene idea de quién podría ser, ahora que han tenido tiempo de pensarlo?

—A mí se me ha ocurrido... —empezó a decir Tom—. Me he preguntado si no habrán sido unos estudiantes de medicina. De los que viven en el bloque de pisos que da al callejón. Que a lo mejor cogieron el cráneo de la facultad para hacer la gracia y luego lo tiraron allí.

Rafferty asintió y pareció estar considerándolo seriamente.

—Lo investigaremos. ¿Alguna otra idea? ¿Se acuerdan de alguien que desapareciera por esta zona? ¿O tal vez un invitado de la casa que se fuera sin despedirse, algún técnico que no volviera a terminar el trabajo? No tiene por qué ser algo reciente; es un árbol viejo.

—Había un vagabundo —dijo mi tío de pronto—. Le hablo de hace..., esto..., veinticinco años o puede que más... El caso es que a veces dormía en el callejón. Llamaba a la puerta, mi madre le daba un bocadillo, le rellenaba el termo de sopa y luego montaba su campamento. Hasta que un buen día dejó de venir. En su momento no le dimos mayor importancia, tampoco es que viniera con mucha frecuencia...

—¿Podría describirlo?

—Unos cincuenta años, diría yo... Aunque es difícil calcular con la gente que ha llevado una vida tan dura, ¿no? Estatura media, uno setenta y cinco o así. El pelo gris. Acento de las Midlands. Creo que se llamaba Bernard. Solía beber bastante, pero no era agresivo ni desagradable, qué va.

—¿Entró alguna vez en el jardín?

—Que yo sepa no, pero tampoco es que el muro del fondo sea precisamente infranqueable. Es alto, pero si alguien quisiera saltarlo, seguro que no le costaría mucho.

—Bernard —repitió el inspector escribiendo—. Investigaremos a ver. ¿Alguna otra posibilidad? —Todos negamos con la cabeza—. De acuerdo. —Cerró la libreta y se la guardó en el bolsillo—. Siento ser portador de malas noticias, pero va a haber que talar el árbol.

—¿Y eso por qué? —preguntó indignado mi primo.

Rafferty deslizó sus ojos hacia él y le dedicó una mirada larga y pensativa.

—Hay otras cosas ahí dentro en el hueco que nos interesan.

—¿Más huesos? —preguntó Zach con los ojos desencajados—. ¿Un esqueleto entero?

—No lo sabremos hasta que consigamos entrar en el hueco. He estado intentando buscar otra manera que no fuera cortar el árbol, pero nada. Tenemos que documentarlo todo, ir registrando cada paso; no podemos sacar todo lo que haya dentro a puñados. —Vio las caras que estábamos poniendo—. Sé que es como cargarnos una herencia familiar, pero no tenemos alternativa. Viene ya de camino un arborista.

—De perdidos al... —musitó mi tío medio para sus adentros, y luego a Rafferty—: Está bien. Hagan lo que consideren oportuno.

—¿Saben de cuándo puede ser? —preguntó mi primo, que seguía apoyado

contra el marco de la ventana, aparentando tranquilidad, aunque algo en el ángulo de sus hombros me decía que hasta su última célula estaba cortocircuitando de la tensión—. ¿El cráneo?

—Yo no soy experto en esas cosas. Pero ahí fuera está la jefa del servicio forense de Justicia, y hemos llamado también a un arqueólogo forense. Ellos podrán decirnos más.

—¿Ni lo que le pasó? Me refiero a si le..., a si la persona fue... ¿Cómo la...?

—Ah, esa es la pregunta del millón —contestó Rafferty dedicándole una sonrisa tan sorprendentemente encantadora que le veló los ojos.

—¿Tenemos que quedarnos aquí? —preguntó mi prima.

El inspector pareció sorprendido.

—No, no, por Dios. Pueden ir adonde quieran..., menos al jardín, obviamente. ¿No iba a hacer alguien la lista de nombres y teléfonos, por si tengo que volver a ponerme en contacto con alguno? —Tom le tendió sus listas, y Rafferty se mostró debidamente impresionado—. Muchas gracias por su tiempo —nos dijo a todos mientras las doblaba con cuidado y se levantaba del sillón—. Sé que es una situación desagradable, y que han debido de llevarse un buen susto, así que les agradezco que nos ayuden a pesar de todo el jaleo. Si necesitan hablar del tema con alguien, puedo ponerles en contacto con los orientadores de Atención a las Víctimas, y ellos le buscaran a alguien con quien... —Al parecer ninguno necesitaba ayuda profesional para procesar nuestros sentimientos por habernos encontrado un cráneo en el jardín—. Bueno, tengan —dijo Rafferty dejando una montañita de tarjetas de visita en la mesa de centro—. Si cambian de opinión, recuerdan algo o quieren preguntarme lo que sea, péguenme un toque. —Ya con la mano en la puerta, se volvió al acordarse de algo—. La llave, la de la puerta del jardín. ¿Nos podrían dejar alguna otra copia? ¿De algún vecino que tenga, o de alguno de sus hermanos?

—Antes teníamos otra —dijo mi tío, que empezaba a parecer cansado—. Pero se perdió en algún momento.

—¿Sabe cuándo más o menos?

—Hace años. No sabría decirle con exactitud.

—No pasa nada. Si necesitamos más, sacaremos otra copia. Los mantendré informados. —Dicho esto, se fue cerrando la puerta con cuidado a sus espaldas.

—Bueno —dijo mi tío respirando hondo tras un momento de silencio—, la

cosa se pone interesante.

—¡Os lo dije! —exclamó entonces mi primo, que estaba otra vez mordiéndose el pulgar y con las aletas de la nariz soliviantadas a cada respiración—. Os dije que lo tiráramos a la basura y nos olvidáramos del tema.

—Eso no se hace —dijo Tom—. Podría haber una familia por ahí preguntándose...

—Yo creía que pensabas que habían sido unos estudiantes de medicina.

—El inspector parece agradable —comentó Melissa—. ¿Encaja mejor con lo que tú esperabas, Hugo?

—Desde luego. —Mi tío le sonrió—. Y me ha inspirado mucha más confianza que los otros. Seguro que lo resuelve todo en poco tiempo. Entretanto —(mirando a su alrededor)—, creo que vosotros tres tendríais que avisar a vuestros padres de lo que ha pasado.

Mis primos y yo, en un acuerdo tácito pero bienintencionado, no habíamos llamado a nuestros padres, pero sentí con un nudo en el estómago que mi tío tenía razón y que no íbamos a poder confinarlo todo a la casa por siempre jamás.

—Ay, Dios, van a querer venir —masculló mi prima.

—Qué hambre —dijo Zach.

—Ostras —exclamó Leon, con una voz de perplejidad que sonó de pronto mucho más joven—. Ahí fuera hay peña grabando.

Se produjo una estampida general hacia las ventanas. Y efectivamente, de espaldas a los escalones de la entrada, había una morena con una gabardina de color coral bastante vistosa que estaba hablando por un micrófono. En la acera de enfrente un hombre muy delgado, con parka, estaba encorvado sobre una cámara que apuntaba a la mujer. Se había levantado un viento racheado que revolvió los árboles en locos molinillos de verde.

—¡Eh! —chilló Zach aporreando el cristal de la ventana con la palma de la mano—. Fuera.

Mi prima lo cogió de la muñeca, demasiado tarde: el cámara dijo algo y la morena se volvió para mirarnos, el pelo fustigándole la cara.

—Apartaos —dijo bruscamente mi primo.

Mi prima se acercó y cerró las contraventanas dando unos fuertes porrazos que reverberaron en las habitaciones vacías de la casa.

Llegados a ese punto los niños metieron ya la directa, a todo gemido, con el hambre que tenían. Sus protestas consiguieron que por fin nos trasladáramos todos a la cocina, donde mi tío y Melissa hurgaron en la nevera, discutieron opciones y decidieron hacer una pasta con salsa de champiñones. Mi prima había llamado por teléfono a su madre, mi tía Louisa, y estaba intentando convencerla para que no se plantara allí («No, mamá, que el tío está bien, y además, ¿qué puedes hacer tú que no estemos haciendo nosotros ya?»... «Porque fuera hay periodistas, y no quiero que os pillen por banda y se pongan a interrogaros»... «Ea, pues lo ves esta noche en el telediario, y así ya sabes lo mismo que nosotros. No nos han contado nada»... «Que no, mamá, no tengo ni idea de quién»...), mientras con la otra mano trataba de contener a su hija para que no cogiera la lata de las galletas. Tom estaba parloteando sobre no sé qué película juvenil que habían visto, intentando que Zach participara en la conversación; el niño, que tamborileaba sobre la encimera y no perdía de vista la lata de las galletas, no mordió el anzuelo.

Mi primo y yo nos quedamos al lado de la puerta cristalera que daba al jardín. El agente grandullón estaba en la terraza con las manos entrelazadas en la espalda y un plante muy profesional, supuestamente custodiando el lugar de los hechos, pero estaba ignorándonos igual que nosotros lo ignorábamos a él. Al lado del olmo, Rafferty estaba enfrascado en una conversación con otro tipo trajeado y uno bajito y grueso con un mono muy sucio que, a juzgar por los gestos, era el arborista. El cráneo ya no estaba. Al lado del árbol había una escalera de mano y una persona con un mono blanco montada encima, inclinada en un precario equilibrio para apuntar una cámara hacia el agujero. La puerta del muro del fondo estaba abierta —llevaba años sin verla así— y se entreveía el callejón: la pared de piedra del bloque de pisos, el otro agente uniformado con la misma pose profesional, un asomo de furgoneta blanca. La gente iba y venía entre el callejón, el árbol y la carpa blanca de lona, con un festivo techo en punta, que se había materializado de la nada al lado del parterre de las fresas. Guantes de látex azul oscuro, estuche de plástico negro que parecía una caja de herramientas abierta sobre la hierba, cielo gris. Azotes de viento racheado contra el precinto policial y la lona.

—El rollo ese de la llave de la puerta del jardín no ha sido porque necesiten más copias —dijo en voz baja mi prima, a mi espalda—. Era para averiguar si había más gente que pudiera entrar o solo nosotros.

—Había otra. Yo me acuerdo —apuntó Leon.

—Yo también —corroboré—. ¿No solía estar en un gancho al lado de la

puerta?

Mi prima miró de reojo a sus hijos, a quienes Melissa y Hugo habían convencido, a saber cómo, para que los ayudasen a cortar champiñones; Zach estaba haciendo ruidos de karateca cada vez que bajaba el cuchillo y Sallie soltaba risitas.

—Alguien se la llevó, un verano. ¿No fue Dec cuando se quedó aquí?

—Pero Dec no tenía por qué colarse por detrás, venía por la puerta de la calle. ¿Y la amiga esa tuya, la rubia esa rarita que siempre aparecía en plena noche? ¿La que se autolesionaba?

—Faye no era rarita. Le pasaban muchas movidas. Y ella no tenía llave. Me mandaba un mensaje y yo bajaba a abrirle.

—¿Qué pasa...? —empezó a decir mi primo, que estaba mirando a una mujer pequeña y recia de pelo canoso y uniforme que había salido como una exhalación de la carpa para unirse a las negociaciones bajo el árbol (¿la jefa forense? ¿La arqueóloga forense? Yo no tenía más que una vaga idea de la pinta que podía tener alguien con ese cargo y, ya puestos, de qué hacía exactamente)—. ¿Qué pasa si encuentran pruebas de que la persona fue asesinada? ¿Qué hacen entonces?

—Por mi experiencia —dije—, yo diría que aparecerán un par de veces cuando menos nos apetezca verlos, nos harán tropecientas preguntas sobre por qué podría ser culpa nuestra que alguien tirara un cráneo en nuestro árbol, y luego desaparecerán y nos dejarán ahí tirados los platos rotos para que nos los apañemos nosotros.

Me sorprendió el deje encorajinado de mi voz. Hasta ese momento no fui consciente de lo mucho que detestaba que Rafferty y sus colegas estuvieran allí. A mis primos también les sorprendió: se volvieron como un resorte hacia mí, un silencio de incertidumbre. Volvieron a temblarme las manos. Me las guardé en los bolsillos y me quedé mirando al jardín.

—Bueno —dijo Leon después de un momento—, yo no sé vosotros, pero por mí que desaparezcan. Y cuanto antes, mejor.

—Por lo menos están siendo educados —dijo mi prima—. Si estuviéramos cobrando el paro y metidos todos en una vivienda protegida...

—Llevan ahí fuera una eternidad —dijo Melissa desde el fregadero, con las manos llenas de lechuga—. Podríamos ir a ver si quieren té.

—No —dijimos los tres primos al unísono.

—Que les den —añadió Leon.

—Seguramente lleven termos, o algo —apunté.

—A lo mejor podemos ofrecerles pasta —propuso Tom.

—¡No!

—Una de las cosas malas de ser joven es que se preocupa uno más de la cuenta —nos dijo mi tío a todos como si tal cosa—. De verdad, hacedme caso. No va a pasar nada. —Puso una mano sobre la cabeza rizada de Sallie y nos sonrió—. Más se perdió en la guerra, como dicen por ahí. Bueno, ¿dónde comemos?

Cenamos en el comedor (la idea de una cena-teatro con escena del crimen de fondo, en palabras de Leon, superaba los límites de extravagancia para todos). Casi nunca usábamos la vieja mesa de caoba reluciente, salvo para la comida de Navidad, de modo que tuve que pasarle un trapo para quitarle la capa de polvo. Mi prima había cerrado las contraventanas que daban al jardín y la luz de la lámpara de arriba, que era muy débil, pintó la habitación de un color amarillo refregado. Nadie dijo gran cosa; hasta Zach estaba desanimado, espulgando la pasta y apartando los champiñones sin quejarse. Sallie bostezaba.

—Nosotros nos tendremos que ir después de comer —dijo mi prima mirando a Tom—. ¿Estaréis bien?

—Estaremos perfectamente —contestó mi tío—. Y seguro que ya mismo recogen ellos también por hoy. Me preocupáis más vosotros al salir. ¿Sigue ahí la periodista esa?

—Lo dudo —dijo Tom, que abrió las puertas correderas del salón, se acercó a la ventana y pegó un ojo a la rendija entre las contraventanas—. Se han largado —dijo cuando volvió a la mesa.

—De momento —apostilló mi primo en tono sombrío.

De pronto se oyó un sonido en alguna parte: un gruñido bajo, desagradable y animal que no tardó en crecer y en hacer vibrar todo el aire, lo que hacía más imposible aún saber de dónde provenía. Uno a uno fuimos levantando la cabeza; mi tío dejó el tenedor en la mesa. Nos costó unos instantes identificar el ruido: una sierra mecánica, en nuestro jardín, poniéndose a la tarea.

Cuando cayó la noche, a eso de las ocho, también los polis se fueron. Rafferty vino a ponernos al corriente de todo antes de irse, tal y como nos había prometido.

—El arborista me quiere matar —dijo atribulado mientras se quitaba astillas de corteza de los pantalones—. Por lo visto ese árbol tiene más de

doscientos años y no quedan muchos ejemplares; la enfermedad del olmo holandés se los cargó casi todos. Cuando le he dicho que tenía que cortar uno que estaba perfectamente sano, poco más y coge la puerta y se larga. Aunque tampoco lo habría culpado.

—¿Ya está? —preguntó Hugo.

—No, no, qué va. Hay que hacerlo lentamente, para ir documentándolo todo, como les he dicho antes. Pero calculo que mañana a última hora habremos terminado. Vamos a dejar a un agente aquí para la noche. —Ante nuestras caras de incredulidad—: No porque creamos que corran ningún peligro, nada de eso. Es una pura formalidad, para poder decir que no perdimos el árbol de vista ni un momento. Va a quedarse ahí fuera en el jardín, no les molestará.

Tuve que morderme la lengua para no protestar ante la idea de que uno de esos tipos se quedara merodeando por nuestro jardín mientras dormíamos. Me había pasado la tarde mirando la hora, cada vez más obsesionado (puede que a las seis se larguen de una puta vez y nos dejen en paz, puede que a las siete, joder, para las ocho se largan fijo...), pero, obviamente, nosotros no teníamos ni voz ni voto.

—¿Necesita algo? —preguntó Melissa.

—No, él se cuida solito. Muchas gracias. —Rafferty se guardó las astillas que había recogido en el bolsillo de la chaqueta y se despidió de nosotros alzando la barbilla y dedicándonos una de sus risas-hechizo, volviéndose ya hacia la puerta—. Nos vemos por la mañana.

Hugo casi nunca ponía la tele, pero esa noche vimos juntos el telediario de las nueve. La noticia entró de las primeras, después de las incomprensibles maquinaciones de la Unión Europea y las rencillas políticas de Irlanda del Norte, pero antes de los deportes: la morena de la gabardina color coral poniendo su voz más sombría ante la puerta de la casa, restos humanos hallados en un jardín en pleno Dublín, la Garda se ha personado en el lugar de los hechos; un plano del callejón, con aspecto dejado y sórdido y con el viento levantando los tristes montones de hojas muertas a los pies del muro, figura blanca saliendo de furgoneta blanca, precinto policial delante de la puerta del jardín; todo el que tenga alguna información que por favor se ponga en contacto con la Garda.

—Listo —dijo mi tío cuando la presentadora siguió con el fútbol—. Qué interesante todo. Nunca pensé que podría asistir en primera fila a una investigación criminal. Estas cosas requieren una barbaridad de gente, ¿no os

parece? —Maniobró para incorporarse en el sofá, articulación a articulación, y cogió el bastón; parecía mucho menos afectado por el asunto que el resto, lo que, en parte, tenía sentido, me dije—. Pero si mañana pretenden volver a la carga temprano, necesito dormir un poco.

—Yo también —dije, y apagué el televisor.

Melissa y yo habíamos empezado a acostarnos a la misma hora que mi tío —siempre que podíamos evitarlo, no le dejábamos subir solo las escaleras, y nos gustaba estar cerca, poder oírlo cuando se cambiaba de ropa para acostarse—, pero, aunque era excusa de sobra, no pude evitar darme cuenta de que hacía semanas que no me sentía tan agotado.

Nos quedamos unos instantes mirándonos en el rellano entre las habitaciones, bajo el resplandor pálido de la lámpara de cristales de colores, como si hubiera algo importante que decir y los tres deseáramos que uno de los otros dos lo supiera. A esas alturas ya se me había pasado varias veces por la cabeza que quizá tuviera sentido preguntarle a Hugo si se hacía alguna idea de a quién podía pertenecer el cráneo, pero no veía la forma de hacerlo.

—Buenas noches —dijo sonriéndonos—. Que durmáis bien.

Por un segundo me dio la impresión, disparatada, de que estaba pensando en darnos un abrazo, pero se volvió entonces, entró en su cuarto y cerró la puerta.

—No parece muy afectado por el tema —le comenté a Melissa ya en el cuarto, mientras recogíamos la lavadora de ropa limpia que había subido esa mañana y había dejado encima de la cama; parecía que hubieran pasado semanas.

Asintió mientras me enrollaba los calcetines.

—Sí, y además le distrae de la enfermedad.

—¿Y tú qué? ¿Estás bien? Porque esto sí que no estaba en los planes.

Se lo pensó, las manos moviéndose diestras, los ojos mirando abajo.

—No lo tengo claro —dijo por fin—. Creo que va a depender mucho de si hay más huesos en el árbol o no.

—Nena —le dije, y dejé de guardar camisetas en el cajón para ir a rodearla con los brazos por detrás y apretarla con fuerza—, sé que da un poco de yuyu, pero, haya lo que haya ahí dentro, mañana desaparecerá. Si quieres, puedes pasar la noche en tu casa.

Melissa sacudió la cabeza, en un latigazo rápido y decidido.

—No es eso, no son más que huesos. Yo diría que no creo en fantasmas, y aunque existieran, no creo que los huesos tengan nada que ver. Es solo que me

gustaría saberlo. Un cráneo puede haber llegado ahí de muchas formas distintas, pero un esqueleto entero...

—Rafferty ha dicho que el árbol tiene más de doscientos años. Aunque hubiera un esqueleto ahí metido, podría ser de la época victoriana o por ahí.

—Entonces, ¿por qué iba a ocuparse la Garda? ¿No lo harían unos arqueólogos?

—Es posible que no puedan saber la edad así del tirón. Seguramente tengan que hacer análisis y esas cosas. Y Rafferty ha dicho que había un arqueólogo.

—Sí, seguramente tengas razón. —Se recostó sobre mi pecho y me buscó las manos con las suyas—. Es solo que me gustaría saber a qué nos enfrentamos, nada más.

Le di un beso en la coronilla.

—Ya, a mí también.

Ladeó un poco la cabeza para sondear mi cara, del revés.

—¿Y tú? ¿Cómo lo llevas tú?

—Estoy bien. —Al ver que seguía sin volver la cara, esperando más—: A ver, no era lo que tenía planeado para el fin de semana. Y sí, me encantaría perderlos de vista, pero no es un problema; es más que nada un coñazo.

Por lo visto soné convincente, o al menos lo suficiente.

—Bien —dijo sonriendo Melissa, que levantó un brazo para bajarme la cabeza y besarme, antes de volver con los calcetines.

Sin embargo, ninguno de los tres durmió bien. Yo me pasé la noche dando vueltas buscando una postura más cómoda, y siempre veía el brillo oscuro del ojo abierto de Melissa, o me despertaba de una cabezada por el crujido de un tablón del suelo o un cajón cerrándose al otro lado de la pared, en el cuarto de mi tío. Llegó un momento en que tuve que levantarme de la cama, no podía estarme quieto ni un segundo más, y me acerqué a la ventana.

Nubes amarillentas de oscuridad urbana, sin estrellas, un rectángulo dorado de luz en la imponente torre del bloque de pisos. El viento había amainado y no era ya más que un sutil abanicado en la hiedra. Extraño resplandor blanquiazul, como de fuego fatuo, a mis pies: uno de los agentes, no logré distinguir cuál, estaba apoyado contra un roble, envuelto en un abrigo grueso, trasteando en el teléfono. Al otro lado del jardín, había un hueco nuevo y pasmoso entre la silueta de los árboles: había desaparecido la copa entera del olmo montano, solo quedaba el tronco, y unos gruesos muñones de ramas sobresaliendo escandalosamente. Debería de haber parecido una imagen lastimosa, pero despedía una nueva fuerza concentrada: una criatura deforme y

colosal, musculosa y anónima, acechando en la oscuridad a la espera de una señal.

Me apresuré a sacar mi alijo de Xanax del cajón y me tomé uno sin agua ni nada.

—¿Estás bien? —me preguntó en voz baja Melissa.

—Sí, solo estaba comprobando que el jefe Wiggum no estuviera meándose en los parterres —dije, y volví a su lado en la cama.



Ese domingo los polis, el arborista y el resto de la panda volvieron al jardín de buena mañana, con sus dónuts y sus termos («¿Lo ves? —le dije a Melissa desde la ventana del cuarto—. Termos.»), levantando los ojos ceñudos hacia el cielo gris y cerrado a través de una fina llovizna.

En vez de bajar en albornoz como todas las mañanas, nos vestimos antes de desayunar (ese día no hubo pequeño ritual de cepillado, Melissa se dio una pasada rápida y se recogió el pelo en una cola de caballo). Cuando llegamos a la cocina, nos encontramos a mi tío junto a la cristalera, vestido también, salvo por las pantuflas, de espaldas a nosotros y con una taza humeante en la mano.

—Es increíble lo rápido que trabajan —comentó—. Para la hora de comer ya no habrá árbol. Doscientos años para ¡puff! No sé si me aterra o me impresiona.

—Cuanto antes lo talen, antes se largan —opinó Melissa intentando sonar alegre.

—Sí, eso es verdad. Quedan gachas en el cazo y café.

Melissa sirvió las tazas y yo eché las gachas de avena en los cuencos con un puñado de arándanos por encima. Me estaba costando volver del Xanax, con esa niebla viscosa que me tiraba de mente y extremidades, y sentir por el rabillo del ojo a los policías rondando por el jardín como una manada de perros feroces se me hacía insoportable; quise salir de aquella habitación cuanto antes.

—Hugo, ¿quieres gachas?

Mi tío no se volvió, pero, entre sorbo y sorbo de café, dijo:

—Anoche estuve un buen rato buscando por internet información sobre los olmos montanos. No le había echado muchas cuentas, pero, no sé, me parecía poco apropiado no saber nada sobre ellos, ¿no? ¿Sabíais que los griegos creían que había uno en las puertas del Averno?

—No —dije (la mujer de uniforme asomó la cabeza por la puerta de la carpa, dijo algo, y en el acto los polis la siguieron y se evaporaron en el interior uno a uno, todos con la cabeza agachada como payasos metiéndose en un coche enano)—. No lo sabía.

—Pues sí. Brotó en el sitio donde Orfeo se paró a tocar una elegía cuando no consiguió rescatar a Eurídice. Y en palabras de Virgilio: «En el centro un sombrío olmo gigante tiende sus ramas, sus añosos brazos. Anidan por todo él los sueños vanos, según dicen, colgados de todo su follaje».³

Melissa se estremeció, en una sacudida leve pero violenta que le hizo agarrar con más fuerza las tazas.

—Precioso... Ya no me disgusta tanto que corten el nuestro.

—Al parecer «la decocción de la corteza de la raíz sirve como fomento y molificante de tumores duros» —nos informó Hugo—, según el *Herbario* de Culpeper. Digo yo que podría probarlo, ya que seguramente tengamos a mano bastante corteza de raíz, aunque no sé ni cómo se decuece ni cómo se fomenta, y menos aún cómo metérmelo dentro para que molifique. También «es muy eficaz contra la caspa y la lepra». Por si os hiciera falta. —¿No podía darme media vuelta y regresar a la cama?

El arborista arrancó la sierra mecánica.

—Dios Santo —dijo Hugo encogiéndose del susto—. Creo que es la señal para que nos larguemos.

Había creído que la comida del domingo quedaba, obviamente, descartada, pero a eso de las doce empezó a aparecer gente: mis padres (mi madre cargando con una maceta con un plantón bien criado, más grande que ella: «Roble rojo, me han dicho que crece rápido, así que no tendremos mucho tiempo ese hueco feo ahí, y las hojas tienen que ser preciosas en otoño...»), Phil y Louisa (bolsas del supermercado del Mark & Spencer), Leon, Miriam y Oliver (un ramo enorme y deslavazado), y, a Dios gracias, al parecer mi prima había tenido a bien quedarse en su casa. No habría sabido decir si habían venido todos para prestarnos apoyo moral, para ver con sus propios ojos lo que estaba pasando o si simplemente había sido un reflejo pavloviano (domingo, Hugo, ¡vamos!). El timbre no parecía parar nunca, todos por turnos apiñándose en la cristalera para mirar boquiabiertos la escabechina —ramas enormes desperdigadas por la hierba, serrín volando, figuras en trajes blancos subiendo y bajando escaleras— y pasando por la misma ronda de

exclamaciones y preguntas inevitables, ay, no, pobre árbol, ¿han encontrado algo dentro?, qué pinta más siniestra tienen, ¿no?, con los monos esos..., ¿se sabe ya de quién es?

Cuando por fin todos hubieron saciado su curiosidad —o no aguantaron más el estruendo de la sierra—, pudimos trasladarnos al salón. Se suponía, claro estaba, que había que preparar algo de comer, pero ni muerto me iba a poner a hacer un rico asado ni nada en aquella cocina, y Hugo y Melissa eran claramente de la misma opinión. Echamos mano de las bolsas del supermercado y pusimos las *baguettes*, el queso, el jamón, los tomates y el resto de las cosas en la mesa del comedor, así como todos los platos limpios y tenedores que encontramos.

El ambiente estaba cargado de una efervescencia resbaladiza e inestable. Ninguno tenía claro qué debíamos pensar, sentir o decir en semejante situación, pero todo el mundo aprovechó al vuelo, en una confusa combinación de alivio y culpa, la oportunidad de centrarse en otra cosa que no fuera Hugo. Todo el mundo tenía una teoría. Miriam estaba hablándole a mi madre, a cien kilómetros por minuto, de los rituales fronterizos y los sacrificios humanos celtas, aunque no quedaba claro cómo pensaba ella que podían haber metido los celtas un cráneo en un árbol de doscientos años; mi madre le dio la réplica con una historia sobre las complejas relaciones de los victorianos con el vigilantismo. Mi primo Leon —que no comía y parecía como una moto, hasta el punto de que me pregunté si no habría conseguido algo de *speed*— estaba dándole cuerda a su madre con una elaborada historia sobre un jugador de *hurling* local que había vendido su alma al diablo, a través de una ceremonia de lo más improbable, a cambio de jugar como un campeón («No, te lo juro, que lo oí hace años, lo que pasa es que nadie sabía dónde había acabado el cráneo...»), mientras mi tía Louisa le dedicaba una mirada hastiada y se planteaba si llamarle la atención o no. Hasta mi padre, que, por lo que yo sabía, no había hilado más de dos frases seguidas desde que su hermano enfermó, estaba explicándole muy seriamente a Melissa lo lejos que podía arrastrar un zorro un objeto pesado.

Yo no estaba tan por la labor. No conseguía ver a la policía como una distracción intrigante, y el hecho de que los demás tuvieran ese lujo estaba consiguiendo que me sintiera más resentido y más dado de lado. Phil y Louisa habían traído camembert, que estaba apestando toda la habitación. Había vuelto a perder el apetito.

—Está claro —estaba diciéndome mi tío Oliver mientras me apuntaba con

un tenedor con tomate—, clarísimo, que debe datar de antes de 1926. Ya sabes que tus abuelos eran afanados jardineros, que se pasaban el año plantando, podando y de todo, y tu bisabuela era igual. No me quiero poner gráfico, pero si hubiera habido un cadáver en el jardín en su época, ¡descomponiéndose!, no se les habría pasado por alto. Ahora bien, la dueña anterior era una anciana que estuvo años encamada. Cuando nuestros abuelos compraron la casa, el jardín estaba en un estado lamentable..., con zarzas y ortigas hasta aquí (nuestra abuela siempre me contaba que cuando vinieron a ver la casa se hizo polvo sus mejores medias de lunares, ¡ja!). Ahí podía haberse podrido un ejército entero y nadie se habría enterado. ¿Ves por dónde voy?

—No sabemos si había un cuerpo entero —replicó su hermano Phil desde la otra punta de la mesa mientras alargaba la mano para coger el camembert—. Ni si se descompuso dentro del árbol. Lo único que sabemos es que alguien tenía un cráneo del que quería deshacerse...

—Y entonces, ¿dónde está el resto? —contraatacó Oliver—. Si encuentras un cráneo por ahí tirado, llamas a la Garda..., o a los polizontes, los *bobbies* o como se los llamara por aquel entonces. Como hizo Hugo. La única razón para querer deshacerse de un cráneo es porque tienes un cuerpo entero que en teoría no deberías tener. ¿Y qué estaba pasando entonces, no mucho antes de 1926? ¿Quién podía haberse visto con un cadáver entre manos?

Me estaba perdiendo: al igual que el misterio genealógico de Hugo, demasiados afluentes de posibilidades e inferencias, no conseguía recordarlos todos a la vez. La habitación llena de gente tampoco ayudaba, con cuerpos y movimiento por todas partes, rugidos impredecibles de la sierra mecánica que me sobresaltaban cada vez que sonaba. Melissa cruzó la mirada conmigo por encima del hombro de mi padre y me dedicó una sonrisita de ánimo. Conseguí devolverle el gesto.

—La guerra civil —dijo triunfante mi tío Oliver—. Guerra de guerrillas, ejecuciones sumarias... Pillaban a un soplón y, si te he visto, no me acuerdo, en medio del pandemonio general. Apostaría a que fue eso: ese cuerpo data de 1922. ¿Alguien me ve la apuesta? ¿Toby?

Me vibró el teléfono en el bolsillo: Dec.

—Perdón —les dije a mis tíos—, tengo que cogerlo.

Y escapé a la cocina.

Hugo, con la cadera apoyada contra la encimera, estaba sacando un gran bizcocho de su caja. Fuera en el jardín había trozos de madera astillada por doquier, los polis estaban apiñados en torno a la puerta de la carpa y el olmo

montano estaba reducido a un tocón.

—Eh —respondí al teléfono.

—Eh —dijo Dec; el sonido de su voz consiguió hacerme sonreír—. Cuánto tiempo.

—Ya, tío. ¿Cómo va eso? Sean me ha contado lo de Jenna.

—Sí, bueno... Es una mierda, pero sobreviviré. Y sí, sí, antes de que digas nada, ya sé que me lo advertisteis.

—Joder, y tanto. De todas formas me alegro de que hayas salido vivo y con todos tus órganos. No te despertarías un día en una bañera llena de hielo, ¿no?

—Vete a la mierda. ¿Y tú qué tal por ahí?

—Bien. Relajándome, más que nada. Richard me ha dejado tomarme un tiempo libre, así que estoy por aquí de tranqui.

—Sean me ha contado lo de Hugo; lo siento mucho, colega.

—Ya. —Me alejé un poco de mi tío, que estaba cortando el bizcocho como podía, con el cuchillo cogido en un incómodo ángulo curvado que me inquietó—. Gracias.

—¿Cómo está? —Murmuré algo poco claro—. Dile que he preguntado por él.

—Se lo diré.

—Oye, por cierto —dijo cambiando de tono—. ¿Es la queli de tu tío la que ha salido en el telediario?

—Sí.

—Ostras, ya me parecía a mí, aunque... ¿Qué mierda ha pasado?

—¿Te acuerdas del olmo viejo? El grande, al fondo del jardín... Pues el hijo de Susanna se ha encontrado un cráneo dentro. En un agujero que había en el tronco.

—¡Ostras!

—Ya. A ver, seguramente es de hace mucho. Dicen que el árbol tiene como doscientos años; el cráneo pudo acabar ahí en cualquier momento. Pero están cortando el árbol. Y hay polis a punta de pala.

—Joder. ¿Están dando mucho por culo?

—Qué va, se portan bien. Nos hicieron un montón de preguntas, pero como no sabemos nada, ahora prácticamente nos dejan en paz. Es un coñazo, pero bueno... Supongo que es su trabajo.

—Oye, Sean y yo pensábamos llegarnos esta semana. ¿Todavía quieres que vayamos o prefieres que no haya más gente revoloteando por ahí?

En realidad me moría de ganas de verlos, pero sabía que mi ancho de

banda no podría con ellos a la vez que con un jardín lleno de polis; acabaría tartamudeando, perdiendo el hilo de la conversación, quedando en ridículo. Sentí una nueva punzada de fastidio contra Rafferty y sus colegas.

—Mejor esperad a que se larguen los polis. Yo creo que con suerte se irán pronto. Te pego un toque cuando eso y ya hacemos planes, ¿vale?

—Sin problema. Tampoco es que esté haciendo mucho ahora mismo. Sean se ha portado de puta madre, Audrey y él me invitan a cenar cada dos por tres, pero verlos ahí en plan tortolitos felices, ¿sabes...? Me dan ganas de...

Tocaron a la cristalera: Rafferty, quitándose un par de guantes de látex finos.

—Tengo que dejarte. Te aviso esta semana —le dije a mi amigo antes de colgar, y fui a la puerta.

—Buenas tardes —dijo el inspector sonriéndonos y sacudiéndose el polvo de las manos—. Bueno, ya hemos acabado con el árbol. Nos encargaremos de sacar la madera, se la va a llevar el arborista.

—¿Han encontrado algo? —preguntó mi tío, educado como un dependiente: «¿Han encontrado todo lo que buscaban?».

—Ha servido, sí. —Se restregó los pies con cuidado en el felpudo y entró—. Antes de que se me olvide: hemos localizado al vagabundo que nos dijo, el que solía merodear por el callejón. Estuve preguntando por ahí y me encontré con dos compañeros que trabajaban antes por esta zona. Uno se acordaba de él, Bernard Gildea, se llamaba. Me encantaría decirle que consiguió encarrilar su vida y comió perdices y fue feliz, pero acabó recogido en un hospicio. Cirrosis. Murió en 1994.

—Vaya por Dios —dijo mi tío con verdadera tristeza—. Parecía un tipo decente, más allá de la bebida. Un hombre leído...; una vez preguntó si teníamos algún libro de sobra y le busqué algo..., le gustaba leer ensayo, cosas de la Primera Guerra Mundial. Siempre me pareció una persona que si le hubieran repartido otras cartas en la vida, quizá...

—Siento ser portador de malas noticias. Y me temo que no son las únicas. Vamos a tener que levantar el jardín.

—¿Levantar? —preguntó mi tío tras un momento de incompreensión—. ¿A qué se refiere?

—Vamos a tener que cavar. No el resto de los árboles, e intentaremos devolver a su sitio todas las plantas que podamos en cuanto acabemos, aunque no somos jardineros. Quizá pueda intentar solicitar una compensación...

—¿Por qué?! —exclamé mucho más alto de lo esperado.

—Porque no sabemos qué podemos encontrarnos —explicó en tono razonable Rafferty, que siguió hablándole a mi tío—. Si le soy sincero, lo más probable es que no encontremos nada relevante, y que acaben acordándose de nuestra madre por destrozarle su bonito jardín sin motivo alguno. Pero pónganse en nuestro lugar: en ese árbol hay restos humanos, y no tenemos forma de saber si hay más en otros puntos del jardín, o incluso si está el arma homicida. Lo más probable es que no, pero no puedo basar mi caso en un «lo más probable es que no». No puedo llegarle a mi jefe con un «lo más probable es que no». Tengo que cerciorarme.

—El radar ese —dije (la idea del jardín arrasado, con la tierra levantada como si hubiera estallado una bomba, enredos de raíces en busca del cielo)—. El que usan los arqueólogos, lo he visto en los programas esos. Ese que... —Hice un movimiento de barrido—. Utilicen eso. Si encuentran algo, adelante, caven. Pero si no, dejen en paz el jardín.

Rafferty volvió sus ojos hacia mí: los tenía dorados como los de un halcón y con la misma implacabilidad imparcial e impersonal, una criatura que hacía simplemente aquello para lo que valía. Me di cuenta de que ese hombre me aterraba.

—Un georradar. Sí, a veces lo usamos, pero es cuando tenemos que batir una zona amplia, un campo entero o una ladera, en busca de cosas grandes..., una fosa, pongamos por caso, o un alijo de armas. Lo que pasa es que aquí no sabemos qué buscamos; podría ser algo de este tamaño. —El pulgar y el índice separados por un centímetro—. Si pasamos el georradar, tendríamos que cavar cada vez que encuentre una roca o un ratón muerto. Al final iba a ser igual, pero llevaría más tiempo.

—Entonces, no. Ni en broma. Nosotros no hemos hecho nada malo. No pueden llegar aquí y destrozar toda la casa...

Mi tío se sentó pesadamente a la mesa.

—Estoy de acuerdo en que es muy injusto con ustedes —dijo Rafferty en un tono tan amable que dejó mi voz a la altura de una lamentable bravata—. Lo veo a diario en mi trabajo: gente que no ha hecho nada, pero que resulta que está en el lugar y el momento menos apropiados, y de pronto aparecemos nosotros y le fastidiamos la vida..., o el jardín. Y tiene razón, no está bien. Lo que pasa es que no tenemos alternativa. Tenemos a alguien muerto ahí fuera. Nuestro deber es averiguar qué pasó.

—Pues busquen otra manera. Nosotros no tenemos la culpa de que esté muerto... o muerta o...

—Si lo prefieren, puedo pedir una orden judicial —dijo con el mismo tono sosegado—, pero no me la concederían hasta mañana, y mientras tendría que dejar a alguien aquí. Lo único que conseguiríamos sería alargar más el asunto. Si ustedes me dan el visto bueno para empezar ya, podemos proponernos haber terminado de aquí a dos días.

—Yo le agradecería enormemente —dijo Hugo cortándome... (yo no sabía ni lo que había empezado a decir)— si pudieran ustedes esperar una hora o dos antes de ponerse a trabajar. Ha venido el resto de la familia a comer, y les va a hacer tanta gracia como a mi sobrino y a mí. Sería mucho más fácil para todos si pudieran esperar a que se vayan.

Rafferty trasladó esa misma mirada a mi tío.

—No hay problema. Además, de todas formas tenemos que ir a ver si comemos algo. ¿Qué le parece a las tres y media? ¿Se habrán ido ya para entonces?

—Ya me encargo yo de que sea así. —Mi tío cogió el bastón y apoyó la otra mano en la mesa para incorporarse; tenía bolsas negras bajo los ojos—. Toby, ¿puedes llevar tú la fuente con el bizcocho, por favor?

A las tres en punto mi tío anunció que empezaba a cansarse. Todos tardaron lo que me pareció horas en pillar la indirecta (Déjame lavar los platos, no, de verdad, que quiero, ¿seguro? ¿Vas a estar bien con toda esa gente por ahí dando vueltas?).

—De verdad, Louisa —dijo por fin mi tío con un asomo de exasperación—, ¿qué crees que van a hacer los de la Garda, empezar a partir cabezas? Y aunque fuera así, ¿crees que serías de mucha ayuda?

Pero, por fin, en cuanto toda la comida estuvo recubierta de plástico de cocina y organizada cuidadosamente en la nevera y Hugo, Melissa y yo fuimos debidamente adoctrinados con todo tipo de indicaciones de juristas sobre qué hacer si los polis hacían esto o lo otro, salieron todos en riada por la puerta, sin parar de hablar, y nos dejaron en paz.

Nos quedamos los tres pegados a la cristalera, observando el trabajo policial. Empezaron por el muro del fondo. Eran cinco: Rafferty, tres agentes uniformados —dos hombres y una mujer— y otro tipo con un mono, todos con chaquetones encerados, katuskas y palas. Me pareció oír el crujido del metal al clavarse en la tierra, incluso pese al cristal y la distancia. En un espacio de tiempo sorprendentemente breve, el parterre de las fresas se convirtió en un

montículo irregular, con grandes terrones de perifollo silvestre y campanillas tirados a un lado, raíces claras brotando aquí y allá, y, por todo el fondo del jardín, a lo largo, una franja ancha de tierra revuelta. Los polis la recorrían de una punta a otra, se paraban a recoger algo, lo examinaban, parlamentaban y volvían a dejarlo en su sitio, sin prisa. Por encima, las nubes pendían grises y gruesas, inmóviles.

—Esto sí que no me lo esperaba —dijo mi tío, que tenía un hombro apoyado en el marco de la puerta, en un ángulo que le hacía parecer a gusto, incluso con un punto arrogante, pero me fijé en que le temblaba la pierna mala—. Tendría que haberlo visto venir.

De pronto, por encima del muro del fondo asomó una cabeza, seguida de una mano con un móvil que daba ligeros bandazos mientras el tipo intentaba mantener el equilibrio en lo que quiera que estuviese subido.

—¿Qué mierda es eso? —pregunté.

—Un periodista —dijo Hugo en tono sombrío—. Esta mañana había un par fuera, antes de que bajarais. Uno ha intentado entrevistar a la vecina de al lado, a la señora O’Loughlin, que salía de su casa, pero la mujer no ha querido saber nada del tema.

Mi primer impulso fue salir en estampida hacia allí y mandar al colega a tomar por culo, pero se interponían los polis, que no estaban haciéndole ni caso. El tipo consiguió estabilizar el brazo el tiempo de echar un par de fotos antes de volver a perderse por detrás del muro. Al cabo de un momento apareció otra cabeza distinta, también provista de brazo y móvil.

—Están haciendo turnos para auparse con las manos —dijo Melissa apartándose de la ventana.

—Ratas de alcantarilla —dijo Hugo con auténtica rabia—. Una cosa es la puerta de la calle, pero esto es privado. ¿No pueden largarlos de aquí? ¿Piensan quedarse ahí parados?

El segundo tipo consiguió sus instantáneas y desapareció. Esperamos, pero, al parecer, de momento era todo. Las nubes estaban más bajas y la luz cambiaba, volviéndose más oscura y encarnada, inquieta.

Los polis terminaron de repasar la franja de tierra y empezaron a cavar una nueva. Les costó lo suyo desenraizar el arbusto de romero más grande, pero al final lo consiguieron. Al rato Rafferty vino dando grandes zancadas y nos pidió, con tacto y al parecer sin necesidad de dar explicaciones, si podíamos irnos a otra parte.

El lunes se pasó el día lloviendo, una lluvia espesa y vertical que no atendía a razones. La noche anterior me había tomado otro Xanax que me había provocado sueños chungos: el agente grandote del turno de noche había entrado en nuestro cuarto y estaba sentado en la silla de la esquina jugando con el móvil, su cara hinchada y poco saludable en la luz blanqui azul; no paré de despertarme de golpe buscándolo, para volver a otro sueño inquieto de duermevela en el que Melissa y yo nos rendíamos y nos íbamos a dormir a la habitación de invitados, pero todo para encontrárnoslo allí otra vez, echado contra nuestro viejo fuerte, con el móvil en la mano.

Acompañar a Melissa a la parada del autobús, cabezas gachas contra la lluvia, sin hablar. Dar vueltas sin sentido por la casa con Hugo, cargar el lavavajillas, vaciar la lavadora, mientras de telón de fondo los polis (guarecidos en sus chaquetones encerados, con riachuelos cayéndoles por las mangas y el borde de la capucha) clavaban sus palas en la tierra y tiraban de matojos de margaritas con una fortaleza sombría. La secadora estaba rota, pero no había sido un problema porque podíamos colgar la ropa en el tendedero de fuera; sin embargo, vimos que habían desenganchado la cuerda, que colgaba ahora en tristes bucles de un cáncamo en el muro del jardín, con la punta amustiándose en el barro. Mi tío solo tenía un pequeño tendedero portátil, de modo que, cuando se llenó, colgamos el resto de la ropa en respaldos de sillas y radiadores, lo que le dio al comedor un aspecto humilde de patio de vecinos. Pasó un buen rato hasta que conseguimos decidirnos a subir al estudio y ponernos a trabajar.

Yo me enfrasqué en el repaso del censo de 1901 en el portátil de mi tío (había un tipo australiano que no encontraba a su supuesta bisabuela, que debería haber vivido cerca de Fishamble Street, y estaba comprobando los formularios originales para ver si era un problema de transcripción). En su mesa, Hugo pasaba hojas a ritmo lento, con grandes intervalos en los que yo no sabía si estaba reflexionando sobre algo o lo distraían los apagados palazos y las voces esporádicas bajo la ventana (los sonidos cada vez más altos conforme iban avanzando por el jardín), o si bien se había olvidado sin más de lo que estaba haciendo. Yo andaba otra vez con la vista tocada, por el cansancio, el Xanax o lo que fuera, y las palabras no paraban de desdoblarse en la página. Ninguno de los dos estábamos haciendo gran cosa.

Cuando se acercaba la hora de comer, llamaron a la puerta: mi primo Leon, con unos bocadillos italianos pijos de algún sitio del centro. Pensé que se le iría la pinza en cuanto viera el jardín —la mitad había desaparecido ya, la

carpa de lona abandonada en un mar de barro—, pero se limitó a sacudir la cabeza, con la mandíbula apretada, y tirar los bocadillos en la encimera de la cocina un poco más fuerte de la cuenta.

—Hostia puta. Esto se está yendo de madre.

Cogí tres platos y se los pasé.

—¿Me lo dices o me lo cuentas?

—Tendríamos que mandarlos a tomar por culo.

—Yo lo intenté, pero me dijeron que entonces vendrían con una orden judicial. —No estaba de humor para que mi primo me viniera con historias—. ¿Qué habrías hecho tú?

—Eh, tranqui, yo habría hecho lo mismo. Por supuesto. —Una sonrisa rápida que me desarmó—. ¿Cómo lo lleva Hugo?

Me pregunté si habría venido para rondar a mí tío para que hiciera el testamento; con la historia del cráneo, el tema había quedado relegado de golpe y nadie había vuelto a sacarlo.

—Bien. Cabreado.

—Lo que a mí me gustaría saber —(sacudió una bolsa de la que cayó un bocadillo)— es lo que piensa él de todo esto. —Mirada de reojo.

—No lo sé —dije mientras buscaba vasos para el agua—. El vagabundo ese del que habló, la poli lo ha localizado y no es él.

—¿Y? ¿A Hugo no se le ha ocurrido nada más?

—En realidad no hemos hablado del tema.

—¿No le has preguntado?

—No, ¿para qué?

Mi primo se encogió de hombros.

—Él es quien lleva viviendo aquí toda la vida. Si alguien puede sospechar algo, seguramente sea él.

—Lo más normal es que fuera antes de que él naciera. Tu padre cree que podría ser un informante de la guerra civil.

Mi primo puso cara de hastío.

—Por supuesto. Está deseando que sea un gran descubrimiento y que acabemos todos en los libros de texto por cambiar la narrativa de la historia irlandesa, y patatín y patatán. —Otra mirada de reojo mientras colocaba los platos en la bandeja (los bocadillos estarían estupendos, pero a mí se me había quitado el hambre desde que habían aparecido los polis, y en realidad me daban incluso asco, con todos esos pliegues de carne roja oscura y los pegotes de pálido queso sudado)—. ¿Y tú qué? ¿Cómo lo ves?

Lo cierto era que yo no tenía ninguna teoría, ni siquiera un germen; y eso me había estado fastidiando, y mucho, la verdad: todo el mundo se había montado su propio peliculón, me parecía un fallo mayúsculo de mi cabeza que fuera incapaz de inventarse lo más mínimo. Lo había intentado, pero, cada vez que pensaba en ese cráneo, el cerebro se me quedaba encallado en su realidad simple, impactante e inamovible; no parecía haber forma de pensar más allá de eso ni de darle la vuelta. Me hizo acordarme, con náuseas y un profundo vuelco en el estómago, de mis primeros recuerdos después de la agresión: imágenes inconexas desprovistas a la fuerza de contexto o significado, que eran solo ellas mismas, tan inmensas como inconcebibles.

—No tengo ni idea. Ni yo ni nadie. Ni siquiera sabemos qué es lo que han encontrado, ¿cómo vamos a saber cómo llegó hasta ahí?

—Hombre, está claro que saber, no sabemos nada. Te preguntaba por ideas, posibilidades.

—Yo no tengo ideas —dije dejando los vasos en la bandeja con más fuerza de la cuenta— porque me importa una mierda lo que pasara; yo solo quiero que esos tíos —(un tirón de la barbilla hacia los polis calados hasta los huesos)— se vayan a tomar por culo y no le fastidien a Hugo los pocos meses que le queden. Eso es lo único que me importa, ¿estamos? —Eso bastó para callarlo, como sabía que pasaría.

Había esperado que se pusiera a interrogar a mi tío mientras nos comíamos los bocadillos, pero quizá le hubiera calado algo de lo que le había dicho, porque se puso, en cambio, a parlotear alegremente contando recuerdos nuestros de pequeños en Villa Hiedra. En cuanto terminamos de comer, cogió la mitad del montón de papeles de Hugo y se tiró bocabajo en la alfombra, tamborileando con los talones como un niño, llamándonos de vez en cuando la atención con un papel en alto («Qué fuerte, no os lo perdáis: el colega este se llamaba Aloysius O’Hette, seguro que en el colegio las pasó canutas...»). Al volver de preparar el café, a mitad de la tarde, los oí hablar desde las escaleras, pero, para cuando abrí la puerta, estaban apaciblemente absortos en su trabajo, mi primo chupando la punta de un boli con un silbido contemplativo.

Para la mañana del martes, el jardín había quedado prácticamente arrasado, una única extensión amplia y compacta de barro batido, con una última franja de césped y amapolas cabeceando por encima del todo, a modo de chiste

amargo. Parecía un viejo campo de batalla, Primera Guerra Mundial, montañas de tierra a paladas y huecos torcidos, una fina lluvia fría por encima; irre recuperable, no había nada que hacer, salvo dejarlo en paz con su silencio y esperar a que la hierba y las amapolas volvieran a crecer y lo cubrieran todo.

Rafferty no estaba, lo que en parte empeoraba la situación, como si sus hombres fueran a estar allí toda la vida y por tanto no había necesidad de que él se quedara. Hicimos café y tostadas y salimos de la cocina todo lo rápido que pudimos; cuando volví de acompañar a Melissa a la parada, mi tío y yo subimos directos a trabajar, guarecidos tras la puerta cerrada del estudio y las cortinas echadas. Las lámparas del estudio no daban luz suficiente y acrecentaban la sensación de estar en tiempos de guerra, apagón, los dos encorvados y con los dedos helados, encogiéndonos a cada sonido del exterior.

A eso de las once, cuando empecé a frotarme el cuello contracturado y a preguntarme si me atrevería a bajar a la cocina para hacer café, llamaron a la puerta del estudio y asomó la cabeza Rafferty.

—Siento interrumpir. Toby, ¿podemos hablar un momento?

Llevaba puesto otro traje muy elegante, pero se le veía mala cara, con el pelo medio de punta y una sombra espesa y oscura por la mandíbula. No sé por qué, pero esa barba de dos días no me hizo gracia: aquello solo podía significar que llevaba toda la noche despierto, haciendo un trabajo policial crucial que no pensaba confiarme.

—Vale.

—Gracias. ¿Te importa si bajamos al salón, para no molestar a tu tío mientras trabaja?

Hugo asintió vagamente —no me quedó claro si realmente entendía lo que estaba pasando— y volvió de nuevo a sus papeles. Yo apunté por donde iba en el censo y lo seguí.

—¿A qué os dedicáis? —preguntó en tono amigable mientras bajábamos; agradecí que fuera en cabeza para que no me viera agarrándome a la barandilla y arrastrando el pie—. ¿Tu tío y tú?

—Él es genealogista, que es como el que busca las raíces familiares de la gente. Yo solo lo estoy ayudando ahora que vivo con él. En realidad me dedico a las relaciones públicas.

—Tiene un bonito estudio ahí arriba —comentó mientras abría la puerta del salón y me dejaba paso—. Parece el de Sherlock Holmes o algo parecido. Tendríamos que haberle dejado que echara un buen vistazo a ese cráneo, a ver

si nos decía si era de un soldador de tuberías diestro con problemas matrimoniales y un labrador de mascota.

En el salón había otro hombre acomodado en el sillón de mi tío.

—Ah —dije parándome en seco.

—Este es mi compañero —me explicó—, el inspector Kerr.

El tal Kerr me saludó con la barbilla. Era bajo y regordete, con espaldas anchas, cara de bulldog prognato, un pelo alborotado que no llegaba a taparle la calva y un traje que parecía comprado en la misma tienda que el de Rafferty.

—Siéntate —me dijo este último mientras él mismo iba hacia el otro sillón, lo que me dejó a mí el sofá, hundido con las rodillas a la altura de la barbilla, mirándolos desde abajo.

Kerr o alguien había abierto las contraventanas, que nosotros habíamos dejado cerradas por si aparecían más periodistas. Al menos de momento no habían hecho acto de presencia, pero me ponía nervioso el trozo de calle que veía por el rabillo del ojo. Intenté ignorarlo.

—Habéis sido muy pacientes con el tema —empezó a decir Rafferty—. Toda la familia. Sabemos que ha sido un coñazo, lo entendemos perfectamente. No os habríamos hecho pasar por esto si hubiéramos tenido alternativa.

—Lo sé.

—Así que —siguió, acomodándose en el sillón— permíteme que te cuente lo que hemos estado haciendo estos últimos días. Creo que os debemos al menos eso, ¿no te parece? —Respondí con un ruido que no significaba nada—. Lo primero de todo: hemos acabado con el jardín. Seguro que te alegrará oírlo.

«Alegrarme» no era la palabra.

—Estupendo.

—¿Quieres que intentemos devolver algunas de las plantas a su sitio? ¿O preferís hacerlo a vuestra manera?

—Ya nos encargamos nosotros —dije: lo único que quería era que se largaran—. Gracias.

—Como queráis. —Se echó hacia delante, las manos entre las piernas robustas, metiéndose en faena, y fue justo entonces cuando sentí el primer pitido lejano de cautela—: A ver, el tema es el siguiente. Había un esqueleto humano entero en vuestro jardín. Me imagino que eso ya lo habréis deducido a estas alturas, ¿verdad?

—Si usted lo dice —dije.

No tenía claro qué había deducido yo, pero la idea de un esqueleto entero,

que seguramente me habría dado repelús, me parecía totalmente imposible, demasiado lejana de la realidad para que la procesara mi mente.

—No se preocupe, ya no está. Ahora lo tiene la forense.

—¿Dónde estaba?

—La mayor parte estaba en el árbol. Pero nos faltaba una mano, lo que nos pareció interesante, pero nos la hemos encontrado enterrada bajo un arbusto... Así que, si te sirve de consuelo, por lo menos no hemos excavado todo el jardín en balde. Uno de nuestros agentes estaba empeñado en que era algo satánico, por la historia de la Mano de Gloria y esas cosas, ¿sabes? —explicó Rafferty sin poder contener una sonrisa; Kerr resopló—. Está recién salido de la academia. La forense ha encontrado marcas de dientes en la mano, así que imagina que la cogió una rata para mordisquearla.

—Scanlon no —dijo Kerr en un aparte a su compañero—: Ahora cree que son satánicos y caníbales.

—Madre mía —musitó Rafferty llevándose un dedo a la boca como para medio disimular la sonrisa—. Pobre desgraciado... Cuando se dé cuenta de en qué consiste realmente este trabajo, se va a quedar hecho polvo. Bueno —(de nuevo ritmo ágil)—, así que lo primero que teníamos que hacer era averiguar a quién pertenecía el esqueleto. La forense nos informó de que era un hombre, blanco, de entre dieciséis y veintidós años en el momento de la muerte... Con la gente joven se puede estrechar bastante el intervalo de edad; se guían por los dientes, los extremos de los huesos largos. Era un tipo grande, entre uno ochenta y cinco y uno noventa, y seguramente tenía bastante actividad física..., por los puntos donde los ligamentos estaban unidos a los huesos o algo así; es alucinante la de cosas que pueden sacar. Nos contó también que se había fracturado la clavícula en algún momento, pero que estaba bien curada, de modo que no tenía nada que ver con la muerte en sí.

Me miró esperanzado, como si yo pudiera tener algo que aportar. No era el caso. Empezaba a molestarme que estuvieran hablando conmigo a solas: ¿por qué? ¿Por qué no todos al mismo tiempo, como la vez anterior? Vale, no estaba todo el mundo en la casa, pero mi tío sí estaba arriba, no había razón para que no estuviese allí también, a no ser que...

—Y tenía arreglos dentales modernos —añadió Rafferty—. Con técnicas que no existían hace quince años.

Otra pausa. Casi me había convencido por completo de que mi madre tenía razón y algún victoriano había quitado de en medio a su socio defraudador, o al aldeano con bigote que había seducido a su hija. No me gustaba nada hacia

dónde estaba yendo todo aquello.

—Así que eso nos facilitó bastante el trabajo. Tenemos una base de datos de personas desaparecidas; la consultamos para obtener una lista de los jóvenes blancos y altos que hubieran desaparecido en el área de Dublín hace quince años o menos. Nos quedaron cinco. Después de eso, ya solo había que comparar los datos dentales. Estoy a punto de recibir los resultados.

Sacó el móvil, trasteó y pulsó: tranquilamente, como si tal cosa, con el codo apoyado en el reposabrazos.

—Mira —dijo inclinándose por encima de la mesa de centro para tenderme el móvil—, ¿te suena de algo este chico?

Llevaba un jersey de rugby y sonreía, con el brazo echado por encima de alguien a quien habían recortado. Tendría unos dieciocho años, espaldas anchas, de buen ver, con pelo claro y sin volumen, pose chulesca, y sí, lo reconocí al instante, pero estaba claro que debía de ser un error...

—Ese es Dominic Ganly —dije—. Pero no es él, no puede ser el del árbol. No es él.

—¿De qué conoces al chico de la foto?

De pronto sentí, con una intensidad feroz, la presencia de Kerr, que estaba pendiente de mí, con una libreta y un bolígrafo en la mano, materializados de la nada.

—Del instituto, estaba en mi clase. Pero...

—¿Erais buenos amigos?

—No mucho. A ver... —No podía pensar, aquello no tenía sentido, era todo una equivocación—. Nos llevábamos bien y eso, salíamos con la misma..., la misma pandilla, pero no éramos amigos amigos. No quedábamos para hacer cosas los dos solos...

—¿Cuánto tiempo lo conociste?

—Un momento. Esperen. —Dos caras interesadas e inexpresivas vueltas hacia mí—. Dominic ¡murió! Pero no así, no en nuestro... Se suicidó, el verano que terminamos el instituto. Se tiró de Howth Head.

—¿Cómo lo sabes? —me preguntó Rafferty.

—Todo el mundo lo contaba —dije después de un silencio de perplejidad (recordé que había pasado algo con su teléfono, unos mensajes o algo, los detalles no me venían).

—Pues todo apunta a que era mentira. Nunca encontraron su cuerpo; la teoría de lo de Howth Head se dio por válida basándose en la información que barajaban en ese momento. El historial dental coincide de pleno con nuestro

hombre del árbol. Y tu amigo Dominic se partió la clavícula jugando al rugby cuando tenía quince años... —Lo recordé de pronto, a Dom al fondo de la clase con el brazo en cabestrillo—. Y las radiografías de eso también coinciden. Estamos comparando el ADN solo para asegurarnos, pero es él.

—Entonces, ¿qué leches...? —balbuceé (pero yo tenía claro que había ido al funeral de Dominic, segurísimo: el coro del instituto cantando, sorbidos de nariz desde las bancas, una madre rubia y esquelética rozando lo grotesco en un tira y afloja entre el llanto y las cantidades industriales de bótox, un jersey de rugby cuidadosamente extendido sobre la caoba maciza del ataúd)—. ¿Qué le pasó? ¿Por qué estaba..., por qué..., cómo acabó en nuestro árbol?

—Eso es lo que nos encantaría saber —dijo Rafferty—. ¿Alguna idea?

—No, no tengo ni... ¡Es de locos! —Me pasé las manos por la cabeza, en un intento por despejarla—. ¿Están...? O sea, ¿creen que pudo asesinarlo alguien?

—Podría ser —aseguró en tono pragmático—. Desconocemos la causa de la muerte; lo único que podemos decir de momento es que no le aplastaron la cabeza..., seguramente ya te fijaste tú mismo. Así que a lo mejor se metió él mismo en el árbol, de una forma u otra. O no. Ahora mismo no descartamos nada; pero queremos saber más sobre él, para ver si podemos hacernos una mejor idea de conjunto. Tú te juntabas con él, ¿no?

—Sí. A veces. Más o menos.

En esa época éramos una pandilla de unos doce bastante abierta, básicamente porque íbamos todos a la misma clase y éramos populares o enrollados o como se quiera llamar. Yo estaba en un extremo del grupo y Dominic en el otro; nos juntábamos más por defecto que por elección activa, pero ni queriendo habría dado con las palabras para explicarles todo eso. El cerebro me iba a trompicones, a saltos, un ordenador en un bucle de quedarse pillado, reiniciarse, quedarse pillado: cráneo en la hierba, coágulo de tierra y raíces en la cuenca de un ojo, Dominic bostezando en clase mientras miraba el móvil, cráneo en la hierba...

—¿Cómo era él?

—No sé, un tipo normal y corriente.

—¿Era listo?, ¿lento?

—No mucho. A ver, ni lo uno ni lo otro. No le iba muy bien en el instituto, pero no porque fuera directamente tonto. Era solo que pasaba del tema. —Cráneo, coágulo de tierra, bostezo...; yo me había sentado bajo ese árbol hacía solo unos días...

—¿Era buena gente? ¿Decente?

—Sí, eso sí. Él..., Dominic era un buen tío.

—¿Se llevaba bien con los demás?

Kerr estaba apuntándolo todo y yo no tenía ni idea de por qué, ¿qué había dicho yo que pudiera merecer la pena hacer constar por escrito?

—Sí, sí.

—¿Era popular o tirando a inofensivo?

—Popular. Yo diría que era como muy seguro de sí mismo... Ex... ex...

—«Extrovertido» era la palabra, no me salió—. Siempre con ganas de cachondeo o, no sé, de acción, fiesta o lo que fuera. Y era bueno jugando al rugby, y eso siempre da puntos, pero, vamos, no era solo eso...

El ritmo que estaba adquiriendo la cosa empezaba a afectarme, sin pausa, toda respuesta atrapada y devuelta directamente en forma de nueva pregunta; era como volver al hospital, retenido en la cama, la cabeza palpitándome y Martin y Traje Cantoso venga a preguntar y preguntar...

—¿Se te ocurre alguien con quien no se llevara bien?

En realidad recordaba vagamente que Dominic le metiera caña a mi primo Leon, pero en esa época eran muchos los que le metían caña, y, dadas las circunstancias, pensé que era mejor no mencionarlo.

—La verdad es que no.

—¿Y las chicas? ¿Se le daban bien?

—De maravilla, prácticamente se le tiraban encima. Era una especie de... de..., ¿como una coña que teníamos? Daba igual la chica que te gustase, que Dom era el primero que la conseguía.

—Todos conocemos a uno así —dijo Rafferty sonriendo—. Qué cabrón. ¿Y cabreó a alguien con eso? ¿Puede que le robara la novia a otro?

—Qué va. Es lo que digo, que era buena gente. No le habría entrado a la novia de otro..., ¿por el código de honor y esas cosas? Y lo demás, bueno, el rollo de que le gustaba a todas las chicas..., lo que decía, que era como una broma que teníamos. Nadie se rayó por eso.

—Eso es fácil de decir cuando no te toca a ti. ¿Dominic se ligó a alguna chica que te gustara a ti?

—Posiblemente, no me acuerdo. —Era cierto: en aquellos tiempos a mí básicamente me gustaban todas las que fueran guapas, estuvieran buenas o ambas cosas; por probabilidad, Dominic había tenido que estar con alguna, pero como a mí tampoco se me daba mal lo de ligar, no me había fastidiado ni nada de eso.

—¿Él era más de usar y tirar? ¿O tuvo alguna novia medianamente estable?

—Cuando eso no..., ese verano no. Creo que estuvo saliendo con alguien un tiempo, el año anterior o así. Puede que fuera una chica del Saint Therese, el instituto femenino que teníamos al lado, pero tampoco es que fuese nada serio.

—¿Cuándo terminaron?

Comprendí adónde quería ir a parar, pero...

—No, eso fue siglos antes de que... Y creo que fue él quien la dejó a ella. De todas formas, no es que se quedara hecho polvo ni nada. No fue por eso por lo que... —Me detuve porque me estaba haciendo un lío.

—Y sobre eso —aprovechó Rafferty—. Cuando te enteraste de que se había suicidado, ¿a ti te pareció normal o te sorprendió?

—Yo no... —Mi habitación arriba, girándome con un gruñido para coger el móvil, que no paraba, la voz de Dec: «¿Te has enterado? ¿De lo de Dominic?»—. A ver, sí, me impresionó. No le pegaba hacer algo así, eso está claro. Pero todos sabíamos que no había conseguido entrar en la carrera que quería. Quería hacer Económicas, creo, pero no sacó nota suficiente en los exámenes finales, y eso le dejó bastante fastidiado. Así que ese verano no estuvo muy allá...

—¿Deprimido?

—No exactamente. Estaba más que nada cabreado, casi todo el tiempo. Como si estuviera pagando con todos nosotros no haber entrado en la carrera que quería.

—Cabreado —repitió pensativo Rafferty—. ¿Hasta el punto de meterse en problemas?

—¿De qué tipo?

—¿Se metió en alguna pelea, cabreó a alguien?

—No exactamente. Más que nada se dedicaba a dar por culo a la peña, a ponerse borde con la gente por la cara. Pero nadie se lo tenía en cuenta, entendíamos lo que le pasaba.

—Erais bastante comprensivos —comentó Rafferty—, para ser una panda de adolescentes.

Me encogí de hombros o algo parecido. Lo cierto era que no había vuelto a pensar mucho en Dominic desde ese verano, salvo en algún momento fugaz de compasión mezclada con superioridad. Había estado con la cabeza puesta en la facultad, la libertad, en una semana en Míkonos con Sean y Dec... Los exabruptos de Dominic (como cuando acorraló a Darragh O'Rourke contra una

pared y se puso a chillarle en la cara después de algún comentario inofensivo, para luego largarse de mala manera cuando los demás intervinimos) no estaban entre mis prioridades.

—Pensándolo ahora, ¿crees que podía estar más tocado de lo que parecía? Los adolescentes no siempre saben distinguir las señales que avisan de que alguien está realmente mal. Al fin y al cabo, están todos medio sonados; da igual que haya uno que esté desmoronándose, que se creen que es más de lo mismo.

—Sí, podría ser —dije después de un momento—. Estaba claramente... — No lograba dar con una buena forma de describirlo, esa energía descarnada, astillada e impredecible que me hizo empezar a rehuir a Dominic ese verano —. Estaba que no estaba.

—Míralo de esta manera: si ahora alguno de tus amigos empezara a actuar como Dominic ese verano, ¿te preocuparía?

—Supongo. Sí..., seguro.

—Vale —intervino Rafferty, que estaba echado hacia delante, con las manos atrapadas entre las rodillas, mirándome como si estuviera aportando algo valioso a la investigación—. ¿Cuándo empezó a comportarse como si no fuera él? Una cosa aproximada...

—No sabría... —Llevaba años sin pensar en toda aquella historia—. A ver, no podría jurarlo..., para nada. —Asintió comprensivo—. Pero creo que pudo empezar más o menos en las fechas de los orales finales..., y eso es... ¿en abril? Y luego la cosa fue a peor en junio, con los exámenes escritos. Él sabía que la había cagado. Como casi todos. Estábamos todos agobiados por cómo lo habíamos hecho, salvo un par de empollones que sabían que sacarían notazas. Un día estábamos en plan «sí, seguro que me ha salido bien», y al siguiente en plan «joder, mierda, ¿y si...». Pero Dominic estaba en plan «la he jodido», y punto. Y, claro, estaba afectándole. Y cuando en agosto sacaron las notas y, sí, lo había hecho tan mal como creía, entonces se puso peor todavía.

—¿Por qué los hizo tan mal? Decías que no era tonto.

—Y no lo era, lo que pasa es que no estudiaba. Él... —Costaba explicarlo —... Sus padres eran ricos y como que ¿lo malcriaron? En plan que siempre tenía de todo, el mejor móvil, las mejores vacaciones, ropa de marca, y antes de pasar a sexto sus padres le compraron un BMW... —Un recuerdo repentino y vago de tierra, mi padre se había reído en mi cara: «Ya puedes ir ahorrando»...—. Creo que, no sé, como que ni se le pasó por la cabeza que él no pudiera conseguir algo que quería. Incluida la carrera que pretendía hacer.

Así que ni se molestó en estudiar. Y para cuando se dio cuenta, era demasiado tarde.

—¿Probaba las drogas? —Y, en tono irónico, al verme vacilar—: Toby, hace ya diez años de eso; aunque pretendiera empapelar a alguien por un poco de hachís o un par de pastillas, cosa que no pretendo hacer, el delito habría prescrito hace años. Y además no te he leído tus derechos: da igual lo que digas, que no sería admitido como prueba ante un tribunal. Lo único que necesito es hacerme una idea de qué estaba pasando en la vida de Dominic.

—Sí —dije después de una pausa—, se metía de vez en cuando.

—¿El qué?

—Sé que fumaba porros y se metía eme. Y a veces coca.

Dominic le pegaba bien a la coca. En la época del instituto no era tan típico meterse, pero, si alguien tenía, casi siempre era él, y era de los que compartía con el anfitrión de la casa: una palmadita en el hombro en una fiesta, «¡Ese Henno! Vente por aquí, que tenemos que hablar tú y yo», escabulléndonos hasta el fondo del jardín entre risas y maldiciones cuando se nos hundieron los pies en el barro, haciéndonos las rayas en una mesita de jardín oxidada.

—A lo mejor se metía otras cosas, no sé. Yo solo lo vi con eso. Pero tampoco es que fuera un yonqui ni nada de eso. Solo... cuando había tema.

—La clásica exploración adolescente —dijo asintiendo Rafferty, mientras Kerr apuntaba algo en su libreta—. ¿Te suena algún follón por ese lado? ¿Un camello al que no le pagara, alguien que le timara, algo así?

—No que yo sepa. Pero seguramente tampoco me habría enterado.

—Ya, no erais «amigos amigos». —Dejó el comentario suspendido en el aire por un momento, cosa que me intranquilizó un poco—. ¿Vino Dominic alguna vez a esta casa?

—Claro —dije (quizá no era buena idea admitirlo, pero tampoco parecía haber mucha alternativa)—. Mis primos y yo pasábamos aquí las vacaciones. Y dábamos fiestas. A ver, nada en plan *rave* loca ni... Mi tío estaba en la casa, aunque se quedaba arriba... Solo invitábamos a un puñado de colegas, poníamos música, tonteábamos, hablábamos, algún baile...

—Y bebida —añadió Rafferty sonriendo—. Y de lo otro. Seamos sinceros.

—Sí, a veces. A ver, tampoco era esto un fumadero de opio, ni hacíamos orgías ni nada, pero..., en fin, no es que tuviéramos doce años, hablo ya de que teníamos dieciséis, ¿diecisiete o dieciocho años? Pero eran más que nada cervezas, puede que alguien trajera una botella de vodka o..., y sí, supongo que a veces alguno traía hachís o lo que fuera...

Sabía que estaba tartamudeando y balbuceando, veía la cara de Kerr adoptando esa mirada sutil de comprensión y solidaridad, como si estuviera dándose cuenta en esos momentos de que yo era un poco “especial”. Me entraron ganas de cogerlo del cuello de la camisa y gritarle a la cara, meterle en esa cabeza hueca que aquello no tenía nada que ver conmigo, que era todo por culpa de dos chungos asquerosos de mierda y que tendría que mirarlos a ellos así, no a mí. La cabeza me rebotaba con todo aquello.

En algún punto en medio de aquella conversación, aunque no habría sabido identificarlo con exactitud, todo se volvió real; hasta el momento aquel asunto no había sido más que un coñazo auténtico e indignante, sí, un horror, por supuesto, y macabro, porque era de suponer que el pobre (o la pobre o lo que fuera) no había planeado que pescaran su cráneo en un árbol, y a saber qué tragedia lo había provocado, pero habría sido un puto detalle por su parte haber escogido otro árbol. Sin embargo, más allá de las circunstancias geográficas, lo había sentido como algo totalmente ajeno a nosotros. Incluso durante la primera parte de la conversación, había seguido con esa misma sensación, hasta cuando Rafferty dijo que el esqueleto no era antiguo, hasta cuando me enseñó la foto («Dominic, hostia, eso sí que no me lo esperaba —había pensado—. ¿Cómo coño se las arregló para acabar ahí metido?»). Llevó un tiempo que calara en mí la idea de que ya no éramos espectadores y de que, de una forma u otra, estábamos implicados en el tema.

—¿Y Dominic venía a esas fiestas? —preguntó Rafferty.

—Sí, no siempre, pero a casi todas.

—¿Cuántas serían?

No tenía ni idea.

—Pues póngale que diéramos tres o cuatro fiestas y que él viniera a dos o tres, digo yo. Y el verano anterior, más o menos lo mismo, y el otro. Pero tampoco..., a ver..., hablo de memoria.

—No pasa nada. Hablamos de hace mucho tiempo, no esperamos que nadie tenga una memoria perfecta. Tú solo cuéntanos lo que sepas. Si no te acuerdas de algo, no pasa nada, nos lo dices y ya está. —Rafferty me dedicó una sonrisa indulgente y tranquilizadora—. ¿Quién lo invitaba a esas fiestas? ¿Tú mismo o tenía más relación con alguno de tus primos?

—Seguramente yo. Mandaba un mensaje colectivo a todos los colegas.

—Y aparte de en las fiestas, ¿venía alguna vez por la casa? No sé, ¿os visitaba por su cuenta? ¿O con otros amigos?

—No estoy... —La imagen fugaz que me vino a la cabeza fue la de los tres

primos en la terraza, la primera vez que nos pillamos un ciego de porros, los tres riendo como locos, y estaba casi seguro de que había otra risa en la oscuridad, y era la risotada contagiosa de Dominic, ¿no?—. Creo que sí. No recuerdo así ningún momento concreto..., pero creo que sí que venía de vez en cuando.

—¿Te acordarías de la última vez que vino?

Dominic bocabajo en la hierba, apoyado en los codos, sonriéndole a Susanna, ¿había sido a mi prima? Dominic riendo a gritos en la cocina, en medio de un charco de cristales de una cerveza que se había caído.

—No sé, lo siento.

—¿Y qué me dices de la última vez que lo viste?

—No tengo ni idea. No creo que fuera poco antes de que desapareciera porque si no, lo recordaría —(quizá)—, sería lo típico que luego se lo habría contado a la gente, ¿no? «Qué fuerte, si lo vi hace nada y estaba bien.» Y no recuerdo nada de eso, así que...

—Tiene sentido —admitió Rafferty, lo que fue muy caritativo por su parte—. La última vez que se vio con vida a Dominic..., a ver que lo compruebe —(sacando la libreta, abriéndola)—, fue el doce de septiembre. Que era un lunes. Trabajaba a media jornada en el club de golf; terminó a las cinco, llegó a su casa sobre las seis y cenó con su familia. Se acostaron todos a eso de las siete y media. En algún momento de la noche, Dominic salió a escondidas y nunca volvió a casa. —Mirada rápida—. ¿Alguna idea de qué estabas haciendo ese día? ¿O si estabas siquiera en el país?

—Estaba aquí mismo. Los tres primos nos tiramos aquí casi todo el verano. Aunque no...

Kerr se removió en la silla, que crujió.

—¿Por qué? —preguntó.

Lo miré sin entender.

—¿Por qué qué?

Con paciencia:

—Por qué pasasteis aquí el verano. ¿Cómo es eso?

—Siempre nos quedábamos con mi tío. —Y, al ver que seguía mirándome, añadí—: Nuestros padres se iban juntos de viaje.

—Pero ese verano ya tenías dieciocho. ¿No habrías preferido quedarte solo en casa de tus padres? La queli vacía, sin tu tío vigilándote... ¡Alegría!

—Sí, podría haberme quedado, pero... —¿Cómo explicárselo?—. A los tres nos gustaba estar aquí. Y era más divertido estando juntos. Ese verano

estábamos los tres sin pareja, así que tampoco queríamos jugar a las casitas con nuestros novios y novias. Solo queríamos pasarlo bien juntos.

—Se ve que hasta con el tío se las arreglaban para dar buenas fiestas —le dijo Rafferty a Kerr con una sonrisa—. ¿Me equivoco, Toby?

—No. —Conseguí sonreírle ligeramente—. Pero lo que no sé es si estábamos aquí justo ese día. Todos teníamos algún trabajillo de verano, así que estaríamos currando, supongo.

—A no ser que estuvierais demasiado resacosos, ¿no? Sé de lo que hablo. ¿En dónde trabajabais?

—Estaba... —(me costó unos segundos ordenar los veranos)—, ah, sí, clasificando correspondencia en el banco donde trabaja mi tío Oliver. Susanna estaba de voluntaria en... una ONG, no me acuerdo de cuál. Y Leon trabajaba en una tienda de discos del centro.

—¿A qué hora solías terminar?

—Creo que terminaba ¿a las cinco? Y luego seguramente volvimos los tres aquí a cenar, era lo que hacíamos casi... A lo mejor salimos luego, o vino alguien aquí, pero si era lunes lo más seguro es que no... Pero la verdad es que no me acuerdo.

—No pasa nada, ya preguntaremos por ahí, a ver si alguien de la pandilla llevaba un diario. Podemos mirar también las redes sociales... (en esa época era sobre todo el Myspace, ¿no?) A ver si alguien publicó algo ese día. —Rafferty se incorporó en el sitio, con las manos en los brazos del sillón: vamos a ir acabando—. Como la víctima tenía relación con la casa, nos vemos obligados a registrarla.

La bola de fuego de indignación que me recorrió me cortó la respiración.

—Pero... —dije, y me detuve.

—Esa es una de las razones por las que quería hablar contigo a solas —dijo Rafferty ignorándome—. Tu tío. Espero no meter la pata, pero ¿se encuentra bien?

—No. Se está muriendo. Un tumor cerebral. Le quedan unos meses, con suerte.

Si creía que iba a ser mi tarjeta de «queda usted libre de la cárcel», me equivocaba.

—Lo siento mucho —dijo torciendo el gesto—. Me alegro de haber hablado contigo primero; a lo mejor me puedes ayudar a idear un plan para hacerle esto lo más llevadero posible. Haremos lo posible por terminar cuanto antes, pero, siendo realistas, nos va a llevar casi toda la jornada. ¿Hay algún

sitio dónde podáis ir a pasar el día?, ¿algún sitio donde tu tío pueda estar cómodo?

—No —dije (en realidad no sabía si a mi tío le molestaba o no largarse a pasar el día fuera, pero a mí sí que me molestaba, por los dos, con una ferocidad muy poco razonable, pero me importaba una mierda)—. Necesita estar aquí, apenas puede andar, y a veces se desorienta.

—El caso es que con lo del registro de la casa no hay muchas más alternativas —me explicó, tan razonable él—. Es algo que hay que hacer. Tenemos una orden y todo eso. Y entenderás que no podemos trabajar con vosotros dos en el cogote.

Nos miramos de un lado a otro de la mesa de centro. Lo peor era que yo sabía, con una certeza total y desoladora, que hacía solo unos meses me los habría llevado de calle: pan comido, sin problema, sonrisa encantadora y alguna solución perfecta que nos habría contentado a todos. El desastre con patas y balbuceante en que me había convertido no habría sabido llevarse de calle ni a un crío de cinco años, ni aunque se me hubiera ocurrido una solución, cosa que no era el caso: lo único que se me ocurrió fue ponerme en plan De Villa Hiedra No Nos Moverán y decirles que tendrían que esposarme y sacarme a rastras de allí, pero, aparte de lo bochornoso del asunto, tuve la sensación de que no habrían tenido ningún problema en hacer precisamente eso.

—Te propongo una cosa —transigió Rafferty—, un término medio. Te vas tú con tu tío, ¿qué te digo yo, una hora? —Miró de reojo a su compañero.

—Más bien una hora y media —dijo este (la libreta había desaparecido).

—Hora y media. Os vais a comer fuera, a hacer la compra. Y en vuestra ausencia nosotros hacemos el estudio y la cocina. Y luego cuando volváis, podéis ceñiros a esas habitaciones..., trabajáis lo que tengáis que trabajar, os hacéis un té si os apetece..., y así no nos molestamos los unos a los otros. ¿Qué te parece?

—Vale —dije tras una pausa—, supongo.

—Estupendo —dijo alegremente—. Solucionado entonces.

Cuando me levanté, él hizo otro tanto. Al principio no entendí por qué. No lo pillé hasta que me acompañó al estudio de mi tío, y entonces caí en la cuenta: «Como la víctima tenía relación con la casa, nos vemos obligados a registrarla», «Tenemos una orden y todo eso»; pero pocos minutos antes había dado a entender que acababan de averiguar quién era la víctima.

Yo en teoría no podía conducir, pero mi tío desde luego tampoco, y ni en broma pensaba hacerle dar vueltas por la calle mientras Rafferty y sus colegas terminaban con sus historias. El coche de mi tío era un Peugeot blanco de 1994, de los largos, con óxido y cinta americana por todas partes, aunque en realidad, una vez que le pillabas el truco, iba bien. Lo más complicado era lo que me rodeaba, en la avenida principal: velocidad, luces de colores y cosas moviéndose por doquier, como si me sacaran de las profundidades de un agua verde y quieta y me pusieran en medio de demasiado de todo. Ojalá estuviera conduciendo bien: lo último que necesitaba eran más policías en mi horizonte.

Me moría por un cigarro. No llevaba tanto fumando como para tener una adicción seria, pero, con tanto jaleo —polis a la izquierda, periodistas a la derecha, y yo allí plantado en medio con mi numerito de no fumador—, no había fumado desde la noche anterior, y llevaba ya un día de perros. Salí de la avenida principal y fui doblando por calles hasta que llegué a un callejón sin salida flanqueado de árboles desgarrados y casitas de ancianos.

—¿Podemos parar aquí un momento? —dije apagando el motor y buscando ya el tabaco—. Necesito fumarme un cigarro.

—Poco más y le pego un puñetazo —me sorprendió diciendo mi tío, que se había tomado con calma la noticia y el plan, limitándose a asentir y a hacer un cuidadoso apunte en los papeles antes de dejarlos a un lado, y apenas había dicho una palabra de camino a la puerta o en el coche—. A ese Rafferty. Sé que no es culpa suya, que hay que hacerlo, pero aun así pensar en él y en sus hombres hurgando por la casa y poniéndola patas arriba..., y no porque tenga nada que ocultar, ese no es el tema, es que es nuestra casa... Justo en ese segundo, cuando lo ha dicho, he estado de verdad a punto... —Un movimiento repentino de los hombros, hacia arriba y hacia delante: por un momento fugaz lo vi cuan largo era, con esa anchura de espaldas y esa envergadura de brazos—. En parte me habría gustado.

—Yo he intentado impedirlo —dije, aunque no tenía claro si era del todo cierto—. Para que no registraran la casa. O al menos para que no nos echaran.

Mi tío suspiró.

—Ya lo sé, no pasa nada. Seguramente no nos venga mal salir un rato de la casa. —Se apoyó en el reposacabezas y se pasó una mano por la cara, con fuerza, los ojos bien apretados—. No he conseguido saber qué estaba pensando ese hombre, la verdad. Cuesta verle las intenciones, ¿no te parece? Supongo que forma parte de su oficio. ¿Qué te ha preguntado?

—Sobre Dominic solamente. Que cómo era, que si pasaba mucho tiempo en

la casa.

—A mí me ha preguntado lo mismo.

Rafferty había hablado con mi tío en el estudio, mientras Kerr me daba palique en el salón (sobre genealogía, lo que había derivado en que su tío abuelo había participado de algún modo en el levantamiento de 1916), para maquillar el hecho de que en realidad estaba vigilándome. Se había tirado tanto rato arriba que me había puesto de los nervios, con una virulencia inexplicable, ¿de qué leches estarían hablando ahí arriba mientras Kerr, que se hacía el tonto, parloteaba sin parar?

—Yo es que casi no me acuerdo de ese chico, Dominic. Y no porque no haya intentado recordar. No sé si es que no me causó mucha impresión o si tengo la memoria... Creo que el inspector se ha frustrado un poco conmigo.

—Peor para él —dije (el cigarro estaba poniéndome de mejor humor, pero seguía sin sentir mucho afecto hacia Rafferty).

—Me ha sonado su cara cuando he visto la foto, pero poco más. Sí que me acordaba de que un chico de tu clase se había suicidado el verano que terminasteis el instituto, pero no pensaba que fuera alguien con quien os juntarais mucho.

—Es que no lo era. Salía con la gente de mi pandilla, nada más.

—¿Cómo era?

—Era un buen tío, básicamente. Bastante fiestero. Pero yo tampoco tengo la sensación de que viniera mucho a la casa. Seguramente por eso no lo recuerdas mucho.

—Pobre chaval. La verdad es que me gustaría saber cómo acabó en ese árbol, y no es por morbo, o al menos creo que no. Pero ahí estaba él y aquí estoy yo, y su muerte está interponiéndose en la mía. Quizá sea un poco infantil por mi parte, pero siento que en cierto modo tengo derecho a saber qué pasó.

—Bueno, si los polis hacen su trabajo, pronto todos nos enteraremos.

Una mueca irónica en su boca.

—A lo mejor no lo suficientemente pronto para mí.

—Tienes tiempo —dije absurdamente—. A ver, los médicos no te han..., tampoco es que te hayan dado una fecha “límite”. Y no estás empeorando ni...

—No pude seguir.

Mi tío no me miró. Le había crecido el pelo: le llegaba por los hombros en gruesos bucles enredados y mechones entrecanos. Tenía las manos, unas manos enormes, recias y capaces, en el regazo, flojas como guantes de goma.

—Lo he sentido, ¿sabes?, esta última semana, mi cuerpo olvidándose de

todo eso y centrando su energía en hacer otra cosa, un proceso nuevo; algo que no entiendo y que no tengo ni idea de hacia dónde va, pero mi cuerpo lo sabe y está entretenido con eso. Al principio me dije que era psicológico (por haberme enterado de que el experto suizo de Susanna no podía hacer nada), pero no es eso. —No había nada que decir, y quise cogerle del brazo, retenerlo allí conmigo físicamente, pero sabía que yo tampoco tenía entereza para hacer nada por él; después de una pausa respiró hondo y dijo—: Bueno, venga, dame uno de esos, ¿quieres? —Le acerqué el mechero encendido—. Por otra parte —dijo en otro tono, arqueando una ceja y mirándome mientras se inclinaba sobre la llama—, es bueno ver que tú vas justo en sentido contrario. En pocas semanas se ha notado un auténtico cambio.

—Sí —dije mientras me terminaba el cigarro y tiraba la colilla por la ventana—. En fin.

—¿No?

—Sí, supongo, pero... —no supe lo que iba a decir hasta que no oí las palabras (ese día estaba siendo un desastre, seguía con esa sensación mareante de estar en un simulador, con los colores demasiado vivos y todo como paralizado en el vacío)—, aunque las cosas mejoren, como mi pierna o lo que sea, ¿qué más da? Esa no es la cuestión. La cuestión es que, aunque acabe corriendo un maratón, ya no volveré a ser la misma persona. Esa es la cuestión.

—Pues ¿qué quieres que te diga? A mí me sigues pareciendo el mismo —dijo mi tío tras reflexionar unos instantes mientras echaba el humo con cuidado por la ventanilla.

—Bueno —dije (me gustó oírlo, aunque solo significara que se me daba bien disimular, pero, teniendo en cuenta el estado de mi tío, no podía darle mucha credibilidad)—. Eso está bien.

—No, yo sé que te está costando lo tuyo. Me doy cuenta..., y no porque otros puedan darse cuenta, yo lo veo porque vivo contigo y te conozco de toda la vida. Pero no me refiero a eso. —Le costó dos intentos sacar el cigarro por la ventanilla para echar la ceniza—. En lo fundamental, bajo todo eso, sigues pareciendo Toby. Apaleado y roto, sí, claro, pero en esencia la misma persona. —Al ver que yo no decía nada—: ¿Tan distinto te sientes?

—Sí, joder, distinto que te cagas. Pero no es ni eso. —Era la primera vez que intentaba expresarlo en palabras, y solo del esfuerzo ya me temblaban las manos y me costaba respirar—. No es que haya cambiado en mi forma de ser en sí; eso podría arreglarlo si me lo propusiera... A ver, ahora mismo soy lo

peor y me doy asco, pero podría... El problema es el hecho en sí. Nunca me había parado a pensar mucho en mi... mi personalidad, pero al hacerlo daba por sentado que era “mía”, ¿sabes? Que yo era eso. Y ahora es como si me pudiera despertar por la mañana y ser... ser... ser *trekkie*, o gay, o un genio de las matemáticas, o uno de esos tíos que les dicen cosas a las tías al pasar para que les enseñen las tetas. Y no había manera de saber lo que iba a pasar, ni de poder hacer nada al respecto. Simplemente... ¡bum! Ahí lo llevas, arréglatelas como puedas. —Paré de hablar; tenía la adrenalina por las nubes y me temblaban todos los músculos.

Mi tío asintió y nos quedamos un rato así sin hablar. Cuando se movió, temí por un momento que fuera a echarme el brazo encima o algo parecido, pero en vez de eso tiró el cigarro por la ventanilla y se agachó para coger una bolsa de tela que tenía entre los pies. De pasada lo había visto entrar en la cocina (con Rafferty a la zaga, sin impedirle el paso) y luego vi que llevaba una bolsa camino del coche, pero no le había prestado mucha atención.

—Aquí está —me dijo sacando un paquete envuelto en plástico de cocina—. Tú también tienes que comer.

Era lo que quedaba del bizcocho del almuerzo improvisado del domingo. Había traído hasta un cuchillo. Abrió el plástico sobre su regazo y lo cortó en dos mitades perfectas.

—Ten —me dijo dándome mi trozo sobre una servilleta de papel.

Comimos en silencio. El bizcocho tenía también mermelada y sabía de maravilla, tan rico que era casi humillante, una oleada de azúcar y consuelo llegada de la infancia. Seguía lloviendo y el viento estrellaba salpicaduras erráticas contra el parabrisas. Pasaron una mujer y un niño pequeño con un impermeable amarillo chillón que iba saltando por los charcos mientras la madre nos lanzaba una mirada recelosa bajo la capucha de su plumón.

—Bueno —dijo mi tío recogiendo con una mano las migas y el azúcar glas del jersey—, ¿vas a querer llamar a tus primos para contárselo?

—¡Mierda! —dije (no sé por qué no se me había ocurrido a mí, pero Rafferty, cómo no, iría zumbando a interrogarlos en cuanto terminara de reventar Villa Hiedra—. Sí, debería.

—Toma —me dijo haciendo una bola con el plástico y las servilletas y tendiéndomela—. Busca una papelera por ahí, ya que sales..., y no olvides las colillas. A lo mejor cierro un rato los ojos. Todavía nos queda, ¿verdad?, para volver a casa.

Sintonizó Lyric FM en la radio —algo tranquilo, un cuarteto de cuerda— y

se apoyó en el reposacabezas. Yo me bajé del coche, me subí el cuello del chaquetón para protegerme de la lluvia y fui en busca de una papelera mientras llamaba a Susanna.

Lo cogió al momento.

—¿Qué pasa?

—Había un esqueleto entero ahí metido, en el árbol. Y la poli ha averiguado quién es. ¿Te acuerdas de Dominic Ganly? —Silencio—. ¿Su? —Que yo recordara mi prima no había sido muy amiga de Dom, y tampoco ella era su tipo, pero dado el efecto que tenía en las chicas...—. ¿Estás bien?

—Sí, es que no esperaba que fuera alguien conocido. —Al fondo, una horrible cacofonía de alguien aporreando un piano—. ¡Zach! ¡Que lo dejes ya! ... ¿Y saben qué le pasó?

—No, o por lo menos de momento. Dicen que podría ser que lo hubiesen... —(la palabra se me antojaba irreal, mientras una viva llamarada de migraña se elevaba en mi cabeza como una ola amenazando con cubrirlo todo)—, que lo hubiesen asesinado.

—¿Que puede ser o que fue? —Cortante.

—Puede ser. No lo saben. Ni de qué murió.

Un segundo de silencio.

—O sea, que piensan que pudo haberse metido él ahí.

—Eso es lo que me ha dicho Rafferty. A mí me parece una locura, ¿cómo mierda iba a...?

—Pues de muchas maneras. —El niño seguía machacando el piano, pero sonaba menos, más lejos; mi prima lo había dejado hacer—. A lo mejor se subió al árbol, se escurrió y se partió el cuello al caerse en el hueco. O puede que fuera hasta el culo de algo y pensó que tenía que bajar ahí dentro para buscar un tesoro de enanos y luego no pudo salir y..., yo qué sé, se ahogó. Se asfixió con su propio vómito.

—Me han preguntado eso, que si se metía algo.

—¿Lo ves? ¿Y qué les has dicho?

Le di la espalda a la lluvia para que no se me mojara el móvil.

—Les he dicho que sí. Pasaba de andarme con mierdas, se iban a enterar igualmente.

—Ya. —Su voz tenía un punto ausente: estaba dándole al coco—. O puede que realmente se suicidara.

—¿Y por qué mierda iba a matarse en nuestro árbol? ¿Y cómo?

—De sobredosis, por ejemplo. Y no me preguntes por qué, porque no tengo

ni idea. Yo lo conocía muy poco. No es problema nuestro, que lo averigüen los polis.

—Sí, por eso te llamaba también. A mí me han hecho preguntas, o más bien me han interrogado, o como quieran llamarlo. Y a Hugo. Y ahora están registrando la casa. Nos han echado. —Aquello sí que atrajo la atención de mi prima.

—¿Que están registrando la casa? ¿Para qué?

—¡Y yo qué sé! —Por fin encontré una papelera y tiré la basura—. Porque Dominic «tenía relación con la casa», han dicho. Yo solo te estoy poniendo al corriente: en cuanto terminen, seguramente se planten en tu casa.

—¿Y esos capullos os han echado? ¿Dónde estás? ¿Y Hugo?

—Es solo hora y media. Estamos por ahí en el coche. Hugo está echando una cabezada. No pasa nada.

Un segundo de pausa mientras decidía si cabrearse del todo o ahorrarse el disgusto.

—¿Qué te han preguntado? —dijo por fin.

—Pues básicamente sobre Dominic. Que cómo era, que si lo conocía de mucho. Si ese verano estaba deprimido. Si pasaba mucho tiempo en la casa... Cosas así.

Mi prima volvió a quedarse callada; casi podía oír los engranajes de su cabeza.

—Aunque no se han puesto en plan cabrón ni nada de eso. Ha estado bien, pero he pensado que querrías saberlo antes de que se planten en tu casa.

—Pues sí, la verdad. Gracias, Toby, de verdad. —Inhalación. Y al grano —: Mira, cuando vengán y se vayan, te aviso. Y luego ya vemos a partir de ahí.

No me quedó claro de qué hablaba..., ¿ver qué? ¿Qué creía poder hacer al respecto?

—Vale, venga.

—Tengo que dejarte. Hablamos luego, o mañana. Pero entretanto recuerda: ellos pueden perfectamente mentirte. Y no son tus colegas.

Me entraron ganas de preguntarle por qué creía que su conocimiento sobre polis superaba al mío, pero...

—Su, espera.

—Dime.

—La primera vez que nos pillamos un ciego de porros. En la terraza. ¿Te acuerdas?

—Cuando le dijiste a Leon que yo me había convertido en un hada y lo flipó.

—Eso. ¿Estaba también Dominic?

—No. ¿Por qué iba a estar él?

—Es que no me acordaba de quién era y pensé que podía ser él.

—No había nadie más. —Había algo en su voz que no pude interpretar, perplejidad, curiosidad, ¿qué era?—. Estábamos solo los tres.

«De eso nada», estuve a punto de decir, pero un feo pellizco en el estómago me lo impidió.

—Ah, supongo que esa mierda era más fuerte de lo que creía.

—Yo creo que era una *skunk* pura o algo así. Yo hasta empecé a creerme que me había convertido en hada. Empezaba a preocuparme no poder volver a ser normal, pero me dije que seguramente tú tenías un plan y no dejarías que me quedara así.

—¡Eso nunca! —Aquello me sacó una sonrisa—. Tenía preparado el antídoto.

—Ves tú... Luego hablamos. Hasta luego.

Leon estaba comunicando. Había tenido que ir tan lejos para dar con una papelera que me llevó un rato encontrar el coche —callejones destartados y encharcados difíciles de distinguir unos de otros, jardines enanos y vacíos, me imaginé dando pena por tener que llamar a mi tío para preguntarle dónde estaba—, pero, cuando por fin lo encontré, seguía apoyado en el reposacabezas y con los ojos cerrados. Parecía dormido. Me recosté contra el muro del jardín de una casa ajena y me fumé otro cigarro antes de volver a llamar a mi primo. Esa vez me dio señal, pero no lo cogió.

Era la una y media. Me dije que los polis, sí o sí, habrían terminado ya con lo que quiera que estuvieran haciendo en el estudio, y si no, que se las arreglasen. Tiré el cigarro a un charco y fui hacia el coche.

Rafferty nos recibió en la puerta como un anfitrión —pasen, justo a tiempo, acabamos de terminar en el estudio, ¡pueden subir!— y nos condujo por el pasillo, dejando de lado el salón, donde vimos un breve atisbo de agente agachado delante de la mesa de centro, hurgando en el revoltijo de papeles, nos llevó por las escaleras y entramos con él al estudio, aquí estamos, ¡les iremos informando! Y se fue, con un chasquido firme en la puerta al salir.

El estudio parecía descentrado, pero era algo sutil e indefinido: los

elefantes de madera alineados en la repisa de la chimenea pero demasiado bien puestos, las letras de los tomos de los libros del revés en las estanterías, todo medio centímetro fuera de lugar. Me entraron ganas de dar marcha atrás por la puerta.

—Bueno —dijo después de un momento mi tío, parpadeando ante la montaña de papeles que había dejado atrás—. ¿Por dónde íbamos?

Me dediqué a revisar el PDF del censo como un autómata: elegir calle, elegir número de casa, pinchar en el formulario original del censo, leer por encima los apellidos, botón de volver y siguiente casa. No tenía ni idea de qué estaba mirando. Pisadas fuertes de un lado a otro por encima, en mi cuarto, un porrazo al cerrar un cajón. Hasta ese momento no comprendí en toda su extensión lo que significaba realmente «registrar la casa», y la idea de Rafferty poniendo sus manazas en la ropa interior de Melissa me provocó una rabia y una impotencia que me asombró hasta a mí y me dejó jadeante y mirando la pantalla del portátil sin verla.

Muebles arrastrándose, voces amortiguadas por los tabiques, pies subiendo y bajando por las escaleras. Y no paraba. Sabía que debería tener hambre y que seguramente Hugo estaba igual, pero ninguno de los dos sugirió hacer algo de comer.

Por fin, tras lo que parecieron días, Rafferty llamó a la puerta.

—Perdón, una pregunta rápida. —Venía cargado con unas bolsas grandes de papel marrón con ventanitas por los laterales—. ¿De quién es esto?

Desparramó el contenido de las bolsas sobre la alfombra para que lo examinásemos.

—Creo que eso es mío —dijo mi tío señalando un grueso chaquetón caqui, con bolsillos grandes, gastado y manchado de barro—. Llevaba años sin verlo. ¿Dónde estaba?

—¿Se acuerda de cuándo lo compró?

—Uff, Dios... Puede que hace veinte años o así. Me lo ponía antes para trabajar en el jardín, cuando mis padres estaban vivos y nos lo tomábamos más en serio.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—No tengo ni idea —dijo con serenidad—. Hace bastante. ¿Lo necesitan?

—Vamos a tener que llevarnos todo esto, sí. —Rafferty nos observó para ver nuestra reacción; se le había oscurecido la barba y le daba aspecto de renegado apuesto. Al ver que ninguno decía nada—: Les daré un recibo. ¿Algo más que les suene de algo?

—Eso era mío —dije señalando mi vieja camiseta de rugby—. De cuando estaba en el instituto. Y eso... —(una sudadera roja con capucha)— eso también podría ser mío, aunque no sé seguro. Y creo que eso... —(un mugriento par de zapatillas negras de plataforma)—, ¿podría ser de mi primo Leon? Y eso era un poco de todos —(un saco de dormir azul con telarañas)—. Para cuando dormíamos fuera en el jardín, de pequeños, o cuando se quedaba algún amigo a dormir, ya de mayores. Eso de ahí no me suena —(una bufanda granate, polvorienta y con borlas)—. No me suena haberla visto antes.

—A mí tampoco —dijo mi tío apoyándose en el escritorio para poder inclinarse y ver más de cerca—. Supongo que podría ser de Leon, aunque también podría ser de algún amigo. Los adolescentes van dejándose cosas allá donde van.

—Preguntaremos a ver —dijo Rafferty—. Lo bueno es que ya hemos terminado por aquí. Los chicos están recogiendo las cosas y luego les dejaremos por fin en paz. Muchas gracias por toda la paciencia que han tenido estos últimos...

Abajo sonó con fuerza la puerta de entrada y la voz de Melissa, con la frescura de una brisa de verano, gritó:

—¡Eo, ya estoy aquí! Uff, la lluvia, no... —Hubo un silencio de asombro.

—Es Melissa —dije poniéndome de pie—. Será mejor que...

Y mientras corría para reunirme con ella e intentar explicarle qué estaba pasando, los polis bajaron aporreando la escalera con sus bolsas de pruebas, sus cámaras y toda la pesca, y Rafferty y Kerr nos estrecharon las manos en la puerta de entrada y mascullaron más sinsentidos sobre lo mucho que agradecían nuestra cooperación, y la puerta se cerró a sus espaldas, y se habían ido, y nos dejaron por fin a los tres solos en el repentino vacío de techos altos de la casa.

Salimos a la terraza para enfrentarnos a los daños. Había parado de llover, solo quedaba una ligera bruma en el aire y un goteo vibrante aquí y allá entre los árboles, el agua cayendo de las hojas. La última franja de hierba y amapolas tampoco estaba: el jardín era barro, no había quedado nada, salvo los árboles acorralados contra los muros laterales, como los supervivientes de una batalla apocalíptica, separados por el cráter irregular —de una anchura y una profundidad pasmosa— donde antes estaba el olmo montano. Habían tenido la consideración de dejar los arbustos arrancados alineados contra el muro del fondo, por si queríamos hacer algo con ellos. En una esquina de la terraza había un montoncito de cosas que debían de haber salido a la luz con

las pesquisas: trozos de porcelana antigua esmaltada con unos bonitos dibujos en azul y blanco, una Barbie llena de barro, una pala de la playa de plástico, una escuadra de forja muy historiada recubierta de óxido. El olor a tierra revuelta era abrumador, casi demasiado penetrante y feroz para respirar. Entre los surcos, movimientos diminutos por doquier: lombrices que se retorcían, cochinillas que se escabullían, hormigas trepando. A una distancia prudencial, un par de mirlos y un petirrojo correteaban y picoteaban por la tierra.

—Mañana replantamos los arbustos —dijo Melissa—. Y puedo llamar a un vivero para que venga alguien a poner césped, tierra o lo que...

—No —dijo Hugo tranquilamente—. Déjalo.

—Podemos cuidarlo Toby y yo, tú no tendrás que...

Mi tío alargó el brazo y le puso una mano en la cabeza a Melissa, con suavidad.

—Chiss. Ya hemos tenido suficientes idas y venidas.

Al cabo de un momento, Melissa respiró hondo y asintió.

—Nosotros nos encargamos de los arbustos y de comprar plantas nuevas.

—Gracias, querida. Eso sería estupendo.

Nos quedamos un buen rato allí plantados mientras los pájaros y los insectos seguían a lo suyo y las gotas de lluvia sobrantes tintineaban en los árboles. El aire estaba enrarecido y hacía fresco y la luz era cada vez más gris, pero ninguno de los tres veíamos razones para movernos del sitio.

³ Virgilio, *Eneida*, trad. de Javier de Echave-Sustaeta, Gredos, 2014.



Al día siguiente mi primo apareció a media mañana y mi prima le siguió de cerca. Mi tío había ido a echarse una siesta y yo estaba dando vueltas por la casa cogiendo figuritas y volviendo a ponerlas en su sitio, incapaz de ponerme a trabajar ni de hacer nada concreto, así que me alivió verlo, aunque el alivio duró poco. Rafferty y Kerr habían ido a ver a mi prima esa misma mañana y a mi primo la noche anterior; estaban los dos nerviosos, cada uno a su manera, y Leon estaba de mal humor con Susanna por alguna razón que yo no llegaba a entender.

—Te he llamado —le dijo Susanna lanzando la chaqueta sobre el respaldo de una silla de la cocina—. Como cinco veces. Era para ver si pasaba a recogerte.

Mi primo estaba descargando el lavavajillas, soltando los platos en la encimera con una fuerza innecesaria, y no levantó la vista.

—He pillado el autobús.

—Creía que querías que hablásemos.

—Sí. ¡Anoche! Para contarte lo que me habían preguntado los polis.

—Sallie acababa de tener una pesadilla y estaba intentando tranquilizarla. Y tampoco hacía falta saber qué te habían preguntado, no habría habido mucha diferencia.

—Para mí sí. Yo quería que habláramos.

—Bueno, podemos hablar ahora —le dijo fríamente mi prima—. Pero fuera. Quiero un cigarro. ¿Está todavía caliente el café?

—Sí —le dije pasándole una taza del armario donde estaba guardando los platos—. Leon, tío, más suave, que vas a despertar a Hugo.

—No lo creo. Está en la otra punta. —Aun así bajó el volumen de los porrazos—. ¿Qué piensa Tom de todo esto? —le preguntó a Susanna—. ¿Se lo está pasando bien?

Mi prima se sirvió café de la cafetera que había en la hornilla y fue a la nevera a por leche.

—No tiene ningún problema.

—Me juego lo que quieras a que se le está yendo la cabecita. Seguro que esto es lo más aterrador que le ha pasado en la vida, salvo por la vez esa que se le fue la olla y se pasó de parada en el autobús sin pagar el cambio de zona y subió un inspector y casi se caga encima...

—Mira —dijo Susanna sin vacilar y sin girarse—, tú no tienes ni la menor idea de quién es Tom. Haría falta algo mucho más serio que esto para que se le fuera la cabeza. No como a otros.

—Aaah —dijo Leon en el silencio gélido que siguió.

—¿Cómo está Carsten? —le pregunté.

No sabía de qué iba todo aquello, pero no me apetecía chuparme sus tonterías. Entre las noches movidas y el Xanax, estaba rendido, con un agotamiento pastoso y plomizo que creía haber dejado en mi piso, y además, para rematar, me dolía la cabeza con un punto molesto e insistente, pero que no merecía ni un calmante.

Mi primo hizo una mueca.

—Está que no para de decirme que quiere venir, pero yo le digo que no, porque paso de meterle en todo este lío. Se pondría en plan superprotector conmigo y en plan borde con los polis. —Una mirada insidiosa a Susanna, que no era susceptible de sufrir de sobreprotección marital y que lo ignoró—. Nunca hemos estado tanto tiempo sin vernos desde que nos conocimos. Es lo peor.

—Pues te puedes volver a tu casa —apuntó mi prima— cuando mejor te parezca.

—No, no puedo, ahora no. Parecería que estoy yéndome por patas porque tengo algo que ocultar.

—Parecerá que estás yéndote a tu casa, con tu novio y tu trabajo. Cosa que ibas a hacer, de todas formas.

—No, gracias.

—Pues nada. —Susanna sacó un paquete de Marlboro Light de las profundidades de su bolso—. Vamos.

La lluvia seguía conteniéndose, aunque a duras penas. Un espigado gato gris que había estado acosando a un mirlo entre los surcos de barro salió corriendo al vernos llegar y trepó por un muro.

—Qué desastre —dijo mi prima, que había sacado un trapo viejo y lo echó

entonces al suelo de la terraza y lo restregó con el pie para secar los restos de lluvia—. Deberíamos replantarlo todo antes de que se muera.

—Lo vamos a hacer Melissa y yo cuando vuelva esta tarde.

—¿Cómo lleva ella todo esto?

—Bien, contenta de habérselos quitado de encima.

—Bueno —dijo mi prima, que lanzó el trapo hacia la puerta y se agachó para sentarse en el primer escalón, haciéndome sitio para que me sentara a su lado—, eso es un decir.

—Ay, Dios —dijo Leon dejándose caer al otro lado de mi prima (los acontecimientos de la semana parecían haberle pasado factura en lo estético: el mechón le caía sin vida por la cara y le daba un aspecto aniñado y desaseado, por no hablar del jersey gris amorfo que llevaba y que no le pegaba con los modernos vaqueros desgastados)—. Cómo odio a los polis. Ya antes de que me arrestaran les tenía manía, así que solo de verlos os juro que...

—¿Que te arrestaron? ¿Y eso?

—Una tontería. Hace ya años, en Ámsterdam.

—Yo creía que en Ámsterdam no arrestan a nadie. ¿Qué hiciste?

—Yo no hice nada, fue una estupidez. Me metí en una pelea con... Mira, que no, que eso da igual, además se arregló todo en un par de horas. El tema es que ahora mismo me fumaría un porro así de grande.

—Ten —le dije pasándole el paquete de tabaco—. Esto es todo lo que te puedo ofrecer. —En realidad estaba disfrutando viéndolo así, después de las indirectas que me había soltado sobre lo imposible que era que yo pudiera lidiar con una situación complicada (tampoco es que hubiera manejado a los policías como el puto amo ni nada, pero por lo menos a mí no estaba dándome un patatús ni estaba a punto de exigir unas sales olorosas como mi primo)—. Respira, hombre. No te va a pasar nada.

—A mí no me hables como a un crío. Es lo que me faltaba. —Pero cuando sacó un cigarro y acercó la cabeza al mechero, le temblaba la mano.

—¿Se han pasado contigo?

—Mira, vete por ahí.

—No, en serio, ¿cómo fue? A mí me trataron bien. —Tal vez demasiado bien: recordar la compasión al ralenti de Kerr todavía me retorció la barriga, pero mi primo no tenía por qué saberlo.

—No, no se pasaron conmigo. No les hace falta, son inspectores de policía. Dan miedo ya de por sí.

—Pues conmigo han sido superconsiderados —intervino mi prima—. Me llamaron y todo por adelantado, para ver a qué hora estaban los niños ya dormidos. ¿Qué te preguntaron?

Leon me devolvió el paquete de tabaco.

—Que cómo era Dominic, que cómo me llevaba con él, yo y los demás. Si venía mucho por la casa... Esas cosas.

—A mí también. ¿Y qué le dijiste?

Mi primo se encogió de hombros.

—Les dije que de vez en cuando se pasaba por la casa, que era el típico niño rico, bastante chulito, un flipado del rugby y un alborotador, pero que no me acordaba mucho de él porque básicamente me importaba una mierda. Era amigo de Toby, no mío.

—Amigo mío no era —repliqué.

—Pues mío desde luego tampoco. Lo conocíamos por ti, básicamente.

—Alguien como Dominic Ganly jamás se habría juntado con gente como Leon y como yo. A Dios gracias... —comentó mi prima.

—No era amigo mío ni de coña. Lo conocía y punto. ¿Por qué todo el mundo se empeña en...?

—¿Eso es lo que les dijiste a los polis?

—Sí, a grandes rasgos.

Un gesto de aprobación.

—Muy listo.

¿Cómo?

—No es que sea listo, es la verdad.

—Yo pienso seguir diciendo que no me acuerdo de nada sobre nada —dijo mi primo, que estaba fumándose el cigarro en un suspiro, con caladas intensas y cortas—. Me da igual, no pueden demostrar lo contrario. Cuanto menos les digamos, mejor. Están buscando un cabeza de turco, y preferiría no ser yo, gracias.

—Tú ves demasiadas películas. —El café y el cigarro estaban ayudándome a sobrellevar el dolor de cabeza, el cansancio y la sensación general de inquietud picajosa de baja intensidad, pero no lo suficiente—. «Buscando un cabeza de turco»... ¿De qué hablas? Si ni siquiera saben qué le pasó.

—En el telediario han hablado de que «consideran la muerte sospechosa» y «todo aquel que sepa algo que se ponga en contacto con la Garda».

—Es que es sospechosa —dijo mi prima, que no parecía especialmente preocupada (sentada cómodamente con las piernas a lo indio, la taza de café

entre las dos manos, la cara hacia el cielo como si fuera un bonito día)—. Estaba metido en un puto árbol. Aunque eso no significa que lo mataran, lo que significa es que quieren averiguar cómo llegó hasta ahí.

—A mí me dijeron que creían que lo había matado alguien —dijo mi primo.

—Pues claro. Querían ver cómo reaccionabas. ¿Te acojonaste?

—Noo, no me «acojoné». Les pregunté por qué lo creían.

—¿Y qué dijeron?

—Nada, por supuesto. Se limitaron a preguntarme si sabía de alguna razón por la que alguien hubiera querido matarlo.

—¿Y?

—Y le dije que no, ¡como comprenderás!

—¿Ah, sí? —preguntó mi prima, que parecía ligeramente sorprendida—. Yo les dije que ese verano había cabreado a más de uno. Que era un buen tío, pero estaba claro que le pasaba algo, lo que podía tener derivaciones en dos sentidos: pudo haber sido la razón de que alguien quisiera matarlo y también de que él quisiera suicidarse. Pero eso ya es cosa de Rafferty, no mía.

—Yo les dije lo mismo —intervine.

Mi primo hizo un aspaviento de desesperación con las manos.

—Vale, de puta madre, ahora van a creer que les he mentado...

—No tienen por qué —contestó mi prima—. No son tontos. Cada cual recuerda las cosas a su manera. ¿Te preguntaron si te acordabas de la noche que desapareció?

—Ah, sí, esa es muy buena. Les dije que no, que nanai, nada. Y ellos siguieron insistiendo, con su cara de preocupación, como si eso fuera muy sospechoso... «¿Estás seguro? Venga, de algo te acordarás, intenta hacer memoria...» ¿Quién se va a acordar de una noche cualquiera de hace diez años? Lo que habría sido sospechoso habría sido decir que sí.

—Pues yo les dije que sí —repuso tranquilamente mi prima mientras sacaba un cigarro—. Yo me acuerdo porque no fue una noche cualquiera, sino la noche que desapareció Dominic. Y porque luego estuvo todo el mundo hablando de qué había estado haciendo: «Jo, tía, qué fuerte, yo estaba chateando con mi superamiga mientras el pobrecillo de Dominic estaba por ahí sintiéndose solo. Ojalá lo hubiera llamado, a lo mejor así, blablablá...». Estábamos los cuatro aquí en la casa. Cenamos, vimos la tele y luego Hugo se fue a la cama y nosotros tres nos quedamos un rato más hablando y nos acostamos a eso de medianoche.

—Un momento —dije (acababa de identificar qué era lo que había estado fastidiándome)—. ¿Cómo es posible que en su momento creyeran que se había suicidado y ahora no? A ver, si por entonces había buenas razones, ¿por qué no ahora?

—¿No te acuerdas de que les mandó un mensaje a todos sus contactos? —me dijo mi prima—. La misma noche que desapareció, bastante tarde, como a las tres o a las cuatro de la madrugada. Y ponía solo: «Perdón». A ti tuvo que llegarte. Me llegó hasta a mí..., aunque ni idea de por qué tenía mi teléfono y yo el suyo...; ¿sería de cuando estuve ayudándole con el francés para los orales? Me acuerdo porque el mensaje me despertó y me dejó descolocada, sin saber a qué venía, así que pensé que se habría equivocado de persona y me volví a dormir.

Era cierto, tenía un recuerdo medio confuso de lo del mensaje, o por lo menos creía tenerlo, aunque tampoco eso significaba gran cosa teniendo en cuenta que también recordaba su funeral.

—Creo que sí que me llegó —dije.

—Fue todo un tema: a quién le llegó y a quién no le llegó —comentó mi primo—. A mí me da que la mitad de la gente que aseguraba que lo había recibido se lo inventó, para hacer pensar que eran supercolegas de Dominic. ¿Lorcan Mullan? Venga, hombre; Dominic Ganly no sabía ni que existía, y menos aún iba a tener su número.

—¡Madre mía, es verdad! —dijo mi prima—. Y todos diciendo que en cuanto vieron el mensaje lo supieron sin más, que, te lo juro por mi madre, ¡habían tenido una superpremonición! Isabelle Carney juró y perjuró ante todo el que pilló por banda que vio a Dominic a los pies de su cama, «brillando en la oscuridad». Quiero creer que hasta Él habría tenido mejor gusto como para desperdiciar su gran aparición con una pardilla como Isabelle Carney. —Volcó la taza de café para apurarlo bien—. Digo yo que ahora los polis habrán pensado que, si lo mató alguien, esa misma persona debió de mandar el mensaje para que todos creyeran que fue un suicidio. Y funcionó.

—¿Y todo el rollo ese de Howth Head? —pregunté—. Todos nos lo creímos. ¿De dónde salió eso?

—Rastrearon hasta allí la señal de su teléfono —me explicó—. Fue desde allí desde donde mandó el mensaje, o donde el móvil se conectó a una antena por última vez o algo así. Así que todo el mundo lo dio por hecho.

—Lo que significa que ahora la poli cree que lo asesinaron, porque si solo se hubiera suicidado en nuestro árbol (vete tú a saber por qué, pero en fin...),

¿cómo acabó su móvil en Hawth Head? —apuntó mi primo, que estaba empezando otra vez a subir la voz.

—Tranquilidad —le pidió mi prima—. Hay un montón de maneras. Iba a saltar desde Hawth Head, pero no tuvo valor, así que tiró el móvil y volvió hasta aquí e hizo lo que fuera que hiciera en el árbol...

—¿Y por qué aquí?

Mi prima se encogió de hombros.

—A lo mejor porque aquí tenía más intimidad que en su casa. ¿Y yo qué sé? O puede que no fuera a Hawth y que se matara aquí..., por una sobredosis o algo así..., y luego alguien se cagó e hizo lo del teléfono para que no lo relacionaran con él...

—¡Ah, de puta madre! Aunque pensaran eso (que no lo creo, porque son polis y no se dedican a inventar explicaciones inocentes), aunque lo pensaran, van a creer que fue uno de nosotros tres. ¡Porque es nuestro jardín!

—No tiene por qué. Si Dominic pudo entrar en el jardín, entonces pudo haber venido con alguien más. Que pudo haberlo visto pillarse la sobredosis o caerse en el árbol o lo que fuera y luego salir corriendo, cagado. O a lo mejor lo mató, si prefieres esa opción.

Mi primo se restregó la cara con las manos.

—Qué puto infierno —dijo.

—¿Cómo iba a haber entrado en el jardín? —quise saber—. Porque, a ver, el muro, ¿os acordáis de la vez que Marcus O'Halloran y el colega ese de Blackrock se pusieron a pelearse en la fiesta de Halloween y Sean y yo los echamos? Marcus intentó trepar por el muro para volver a entrar, pero no pudo, y eso que era grande, más que Dominic.

—No sé, a lo mejor Dominic encontró por ahí una caja o algo para subirse encima o trajo algo, pero... —Mi prima le dio una calada al cigarro (así, con la cabeza alzada hacia el cielo gris, tenía el perfil nítido y sereno de un santo de escayola)—. Yo apostaría a que no fue eso. ¿Os acordáis de que los polis preguntaron por el otro juego de llaves del jardín? ¿Y que Hugo les dijo que antes teníamos uno colgado al lado de la puerta pero se perdió? Desapareció ese mismo verano, como uno o dos meses antes de que Dominic muriera.

—¿Y cómo es que no se lo dijiste cuando nos preguntaron? —quise saber—. Ni a ellos ni a nosotros.

—Es que en el momento no me acordé. Lo estuve pensando luego en mi casa. ¿Os acordáis de Faye, mi amiga «la rubia esa rarita que se autolesionaba»? —Arqueo de ceja de soslayo para mí—. Me acordé por eso.

A principios de ese verano yo la colaba muchas veces en la casa por el jardín... Pensé que, cuanto menos supiera Hugo, mejor; no hacía falta que los cabrones de sus padres le dieran la murga a él, y yo había cumplido ya los dieciocho, así que cuantos menos adultos lo supieran, mejor. Pero, al final del verano, un día tuve que abrirle por la puerta de la calle porque se había perdido la llave y no quise preguntarle a Hugo dónde guardaba la otra copia.

—¿Y se lo has dicho hoy a los polis? —quiso saber Leon.

—Claro. —Mi prima apagó el cigarro contra el escalón y guardó la colilla en el paquete—. No pude decirles una fecha exacta, evidentemente, pero aun así se mostraron muy interesados. A saber...; puede que Dominic lo planeara todo con más premeditación.

—Dios —dijo Leon doblándose hacia delante como si le doliera la barriga—, mi reino por ese porro. ¿Ninguno tenéis nada?

—No, y tú tampoco tomarías nada si tuvieras dos dedos de frente. Rafferty y los suyos van a ponerse a hacer preguntas por ahí sobre nosotros. Seguramente nos vigilen o algo.

—¿Y qué? —repuse yo—. ¿No has estado diciendo que no tienen razón para pensar que hayamos hecho nada...?

—Y es verdad, por eso mejor que no se las demos. Y menos tú.

—¿Cómo? ¿Yo por qué? —me extrañé.

—Porque tú eras el que conocías a Dominic. Como se les meta en la cabeza que vino aquí porque había quedado con alguien, ¿a quién crees que van a investigar? —Al ver mi cara de hastío—: Ya sé que tu rollo es «los polis son nuestros amiguitos; si no has hecho nada malo, no tienes de qué preocuparte», pero de momento no sería mala idea que fingieras que no tiene por qué ser así. Mejor que os limitéis a ser unos muermos durante un tiempo.

—Eso para ti es muy fácil —dijo mi primo con su mala leche—. Algunos tenemos más vida que niños, pesadillas y...

—Y os voy a decir otra cosa —siguió mi prima—: no digáis nada por teléfono que no queráis que oiga la poli. Podrían habérmolos intervenido.

—¡Venga ya, Susanna! —protesté.

—Espera —dijo mi primo, la cabeza girándose como un resorte—. ¿Por eso anoche no querías hablar conmigo? Y luego me dices a mí que no me emparanoie...

—Lo normal es que no, pero mejor prevenir que curar.

Comprendí, no sin algo de asombro, que mi prima en realidad estaba divirtiéndose hasta cierto punto. En la época del instituto, ella siempre había

sido la lista, la que sacaba las mejores notas en todos los exámenes sin despeinarse, mientras que yo me paseaba por ahí con mi ristra de notables y a mi primo parecía darle igual todo, a la que los profesores le vaticinaban un gran futuro. En su momento no le daba mayor importancia al tema, salvo cuando hacía algo impresionante y la felicitaba de buena gana y cuando arqueé las cejas para mis adentros el día que abandonó sus grandes planes de hacer la tesis por una vida de pañales y mocos; ahora de pronto, pensé en cambio que esa inteligencia suya tan feroz seguramente llevara años pidiendo a gritos un buen desafío.

—Mierda —musitó mi primo, susurrando de pronto y con los ojos desencajados—. ¿Y la casa? Podrían haber instalado algo mientras registraban.

Yo solté un resoplido de incredulidad mientras mi prima sacudió la cabeza y dijo:

—Qué va. Al parecer es mucho más fácil conseguir una orden judicial para intervenir un móvil que para poner micros en una casa. Para eso tendrían que tener algo contundente contra nosotros y, desde luego, no es el caso.

—¿Cómo sabes tú esas cosas? —pregunté.

—Los milagros de internet.

—¿Os acordáis hace un mes? —intervino Leon presionándose los ojos con los dedos, como si le dolieran—. ¿Cuándo yo acababa de llegar a Dublín y había venido a comer toda la marabunta y estábamos aquí los tres sentados flipando con lo de Hugo? Y nosotros creyendo que eso eran problemas...

—No tenemos ningún problema —replicó mi prima—. O por lo menos no más que antes.

Mi primo enterró la cara en las manos y soltó una carcajada, una risa con un punto histérico.

—Venga, hombre, contrólate —le reprendió Susanna—. Han ido a hablar contigo un par de polis, no ha habido ninguna catástrofe mundial. Y luego se han largado.

—Volverán.

—Puede ser. Pero, a no ser que digas una tontería muy gorda, volverán a irse.

Mi primo se pasó las manos por la cara. Ya no se reía.

—Quiero irme a mi casa —dijo—. Llévame.

—Luego, dentro de un rato. —Mi prima se levantó y se sacudió el pantalón por detrás—. Venga, anda, a ver si replantamos todo eso.

«Volverán», había dicho mi primo; salvo porque no fue así, y yo no sabía qué pensar. Me pasaba el día esperando a que aparecieran, hecho a la idea y con el oído alerta, por si llamaban a la puerta, lo que me impedía sumergirme de vuelta en nuestro amable mundo verde y submarino. Los sonidos de la casa no parecían ya los mismos: demasiado fuertes, desnudos y crudos, como si las ventanas hubieran adelgazado y cada gorjeo de pájaro, bocanada de viento o traqueteo del cubo de la basura de los vecinos estuviera dentro con nosotros, y me sobresaltaban (había vuelto a pegar respingos como un caballo salvaje ante los sonidos inesperados). Me pasé un par de días agobiado, convencido de que oía raro, antes de comprenderlo: la acústica del jardín había cambiado, el viento y los ruidos volaban sin obstáculo alguno por el hueco donde estaba antes el olmo montano, por la extensión llana de barro.

No volvían, pero tampoco parecía que se hubieran ido. Seguíamos encontrándonos restos de su presencia por todas partes, sartenes mal colocadas en los armarios de la cocina, ropa doblada de cualquier manera, botes fuera de lugar en el armarito del baño. Era como tener un intruso escondido en la casa, un duendecillo que vivía tras el rodapié o un okupa de ojos hundidos que se agazapaba en el desván y bajaba a escondidas para vagar por la casa, comerse nuestra comida y lavarse en nuestro baño mientras dormíamos.

Tres días, cuatro, cinco: ni Rafferty plantado en la puerta, ni llamadas de teléfono ni tampoco nada en el telediario. Los periodistas habían pasado página; el revuelo de mensajes en el grupo de Facebook de antiguos alumnos del instituto («Ostras entonces qué habrá pasado?? Yo creía que se había tirado de howth head??»), «Tíos, solo para que lo sepáis, han venido a mi casa dos inspectores de policía para hablar conmigo, no sé qué está pasando, pero me han hecho un montón de preguntas sobre Dom», «RIP, colega, nunca olvidaré ese tercer ensayo contra Clongowes qué tiempos aquellos», «Qué pasó en ese jardín donde lo han encontrado? De quién era la casa?») se había aplacado o había seguido fuera de internet.

—A lo mejor el rastro se ha enfriado —dijo esperanzado mi primo—, o como quiera que se diga. Han dejado aparcado el caso.

—¿Estás diciendo que han pasado del tema? —le pregunté—. Esto es muy complicado, pasemos a otra cosa que sí podamos resolver para quedar bien con el jefe.

—O... eso es lo que quieren que piense la gente —dijo Susanna abriendo un ramo enorme de pícaros ranúnculos carmesí, un día que estábamos los tres

en la cocina y Hugo había subido a echarse una siesta.

—Madre mía, eres la puta alegría de la huerta, ¿lo sabías? —le soltó mi primo.

—Lo digo por decir. Ignórame si quieres —respondió mientras extendía las flores sobre la encimera—. ¿Quién ha traído esto?

—Una mujer con un sombrero rojo. Julia no sé qué —dije.

—¿Juliana Dunne? ¿Una alta con el pelo moreno rizado? Creo que estuvo un tiempo con Hugo hace mucho, cuando éramos pequeños.

—Eso no es verdad —replicó mi primo, que se había sentado en la encimera y estaba picando de un cuenco de frutos secos y no paraba de balancear el talón contra la puerta de un armario, y me entraron ganas de pedirle que se estuviera quieto, pero estaba de un humor que era mejor no decirle nada.

—Claro que es verdad —repuso mi prima—. Pero tuvieron una bronca muy fuerte, cuando nosotros teníamos catorce años o así... Bueno, no es que se pelearan exactamente, hablamos de Hugo, pero llegó hasta a levantar la voz, y Juliana le chilló y luego salió como una exhalación por la puerta y cerró de golpe. Para mí eso es una pelea de pareja. —A mí—: ¿Tú te acuerdas?

—La verdad es que no. —Parecía todo bastante improbable, y por un momento de paranoia me pregunté si mi prima no estaría inventárselo para liarme más la cabeza.

Pero mi prima puso cara de hastío mientras cortaba los tallos.

—¡Cómo eres! Fijo que la semana que viene ni te acuerdas de lo que ha pasado. Qué típico de ti: las cosas que te hacen sentirte mal desaparecen sin más de tu cabeza. Estábamos en el cuarto de Leon y me parece que ellos estaban ¿en el pasillo? Y fuimos arrastrándonos sobre los codos, en plan militar, para espiar desde el rellano. Y luego Juliana dio el portazo y nos quedamos aguantando la respiración, esperando a que Hugo se fuera, pero levantó la vista y nos dijo: «Eh, vosotros tres, espero que ya hayáis tenido suficiente entretenimiento por hoy», y luego volvió a la cocina y dio un portazo. Y nos quedamos tan cortados que ya no bajamos en toda la tarde y solo cenamos una barrita de muesli que tenía Leon guardada no sé dónde. ¿En serio que no os acordáis?

—Pues no —dijo mi primo con rotundidad, mientras seguía hurgando en el cuenco de frutos secos.

—Puede ser —dije yo, y sí que me resultaba familiar cuanto más lo pensaba (polvo de la alfombra del rellano cosquilleándome en la nariz, la

respiración acelerada de mi prima pegada a mi oreja, luego los tres sentados en el suelo del cuarto de Leon mirándonos con culpabilidad)—. Creo que sí, que medio me acuerdo.

—Ajá —musitó mi prima, que me miró de pronto como si estuviera evaluándome, con toda su agudeza, y me trajo el desagradable recuerdo del inspector Martin.

Sin embargo, antes de poder responderle, se dio la vuelta, le pegó con una flor en los nudillos a mi primo —«Para ya, que a los demás también nos gustan los anacardos, y además eso es una guarrería»— y se enzarzaron en un nuevo *round* de rifirrafe.

Mi prima había venido porque había ido a llevar a mi tío a radioterapia (a su última sesión, lo que suponía un palo, y tenía un regusto de traición, con los médicos despidiéndose con la mano floja y dándole la espalda mientras se hundía en sus arenas movedizas; por lo visto, habían intentado presionarlo para que fuera a un centro de cuidados paliativos, pero mi tío les había cortado de plano). Mi primo, en cambio, no sé qué hacía allí. Llevaba unos días pasándose más por la casa, aparecía de pronto con *sushi* justo cuando nosotros tres estábamos preparando la cena, se ponía a merodear por el estudio a mitad de mañana, venga a toquetear las figuritas de Hugo, a tirarse en el suelo a repasar las listas de apellidos apenas cinco minutos, para de pronto ponerse de pie como una suricata y soltar algún rollo para hacer conversación: «Qué fuerte, ¿os he contado que mi madre quiere aprender violín? Va a ser lo peor, seguro que los vecinos la denuncian, tendré que volver a Berlín, me da igual lo que piense la poli», «Toby, ¿te acuerdas de Liam, mi colega del instituto? Pues me lo encontré ayer y resulta que edita una revista nueva donde pegaría un montón un reportaje sobre la tienda de Melissa»... Lo decía todo con un punto febril y maniaco que me hacía preguntarme si no estaba puesto de algo, aunque dedicarse a meterse estimulantes parecía una opción extraña dadas las circunstancias.

—Lo está pasando mal —me dijo mi tío un día que volvió a sonar la aldaba de la puerta y yo hice algún comentario exasperado sobre ignorarlo hasta que se fuera—. Ya de por sí es un nervio, y con todo esto de golpe... Se le pasará, ya verás. Ten un poco más de paciencia con él.

Que fue prácticamente lo mismo que me dijo mi prima, salvo porque sus palabras fueron mucho menos tranquilizadoras. Estaba con ella en la cocina limpiando los platos de la comida del domingo, que estaba adquiriendo unos tintes cada vez más lunáticos: nadie había logrado inventar nuevas teorías para

sustituir al colaborador de la guerra civil ni al sacrificio fronterizo celta, o al menos ninguna que quisieran compartir, así que estaban todos sudando la gota gorda por fingir que aquello nunca había pasado. Para asegurarse de que no hubiera un segundo de silencio peliagudo, mi padre y todos mis tíos estaban dándose el trabajo de rescatar recuerdos de aventurillas de la infancia, mientras el resto reía con demasiadas ganas. Mi primo parecía directamente salido de un loquero: yo me había puesto a recoger con mi prima porque no podía soportar más estar en la habitación con él.

—Creía que le habías dicho a Leon que estuviera un tiempo sin drogarse — comenté cuando llegó otro chillido escandaloso del salón.

—No es eso. —Estaba cubriendo de plástico los platos de sobras, con un ojo puesto en sus hijos, que estaban cavando alegremente una trinchera en el campo de batalla que teníamos por jardín.

—Y entonces, ¿qué excusa tiene? —Yo estaba reordenando la nevera para hacer sitio porque había un montón de sobras; aparte de mi tío Oliver, casi nadie había comido gran cosa.

—Está tenso, eso es todo. Y tú tampoco lo ayudas. Deja de provocarlo.

—Yo no he hecho nada.

—Venga, hombre, si cada vez que abre la boca, pones cara de «qué pesado»...

Empujé el cheddar caducado al fondo de un estante.

—Pero si parece el puto como se llame de *Friends*. Me da dolor de cabeza.

—Mira —dijo pasando las patatas a un cuenco más pequeño—, yo que tú me andaría con ojo con él. Ya bastante acojonado está con los polis. No le ayuda que hagas comentarios por lo bajo en plan: «Espero que con Rafferty delante no se te vaya tanto la olla».

Pensé que nadie me había oído.

—Era broma, joder.

—Yo diría que él no está de humor para jijí jajá.

—Eso es problema suyo.

Mi respuesta le hizo arrugar por un momento el ceño, pero dijo, con bastante tranquilidad:

—Ya, pero cuando Leon se agobia demasiado... Acuérdate la vez esa, tendríamos nueve años o así, ¿cuando rompió el cacharro ese antiguo, un barómetro o algo parecido que tenía mi padre en su mesa? Y tú venga a pincharle: «Ostras, verás, te la vas a cargar, al tío Phil le encantaba, se va a

cabrear mogollón...». ¿Te acuerdas?

No estaba seguro.

—Hablas como si yo hubiera sido un cabroncete de pequeño. No era tan malo.

—No, no eras un cabroncete, pero te gustaba chincar; y te daba igual buscarte líos porque siempre te librabas de todo con tu labia... Y por eso creo que no te diste cuenta de lo preocupado que estaba Leon. Para cuando llegó mi padre a la casa, estaba aterrado perdido, así que fue verlo y gritarle: «¡Toby se ha comido los caramelos que tenías en el cajón del escritorio!». ¿De verdad que no te acuerdas?

Me pareció que sí, más o menos, podía ser. La boca abierta de mi primo y sus manos intentando unir trozos rotos inútilmente, ella recogiendo cristales de la alfombra, yo exhalando vaho de menta extrafuerte mientras los miraba, aunque seguramente luego fui a buscar pegamento, intentaría ayudar de algún modo, ¿no?

—Más o menos —dije—. ¿Qué pasó al final?

—Pues que otra vez te libraste con tu labia. —Mirada irónica girando la cabeza—. Por supuesto. Con tus ojitos de cordero y tu «Ah, pero, tío, estaba haciendo como que eras tú, me iba a sentar en tu mesa y a escribir el alegato inicial de un caso diciendo que iba en contra de la ley que mi maestra me mandara tareas, y yo sé que siempre tienes que comerte muchos caramelos cuando escribes los informes...». Y mi padre se rio, y luego, claro, imposible castigarte. Pero he de decir que le pusiste de tan buen humor que tampoco se enfadó tanto por lo del barómetro. Así que al final no salió del todo mal la jugada.

—¿Y qué me quieres decir con eso? —Otro alarido desde el salón, madre mía...—. Que Leon, si lo presiono demasiado, va a ¿qué?, ¿a chivarse de mí a la poli?

Mi prima se encogió de hombros mientras cortaba diestramente el papel de cocina.

—No digo que fuera a hacerlo aposta, pero no tiene la cabeza en su sitio. Yo solo digo que si lo asustas y se cabrea, a saber por dónde podría salir, así que mejor que lo tengas en cuenta y lo dejes en paz. Porque quizá de esta no puedas librarte con tu labia.

—¡Venga ya! —Reí, pero no reaccionó—. Él no haría una cosa así. No estamos hablando de niños y caramelos, esto es una auténtica movida y Leon lo sabe.

Se volvió con un cuenco en cada mano y me miró a los ojos mientras iba hacia la nevera.

—Tú verás, a Leon no le caes bien siempre.

¿Cómo?

—Bueno —dije después de una pausa—, eso tampoco es problema mío.

Arqueó una ceja, pero, antes de poder decir nada, su marido asomó la cabeza por la puerta.

—Eh —dijo alegremente—, volved, tenéis que oír esto, tu padre está contándonos... —Pero entonces sus ojos fueron más allá de nosotros, hasta el jardín—. Ay, Dios. Su, mira eso.

Zach estaba levantándose de una caída de cuerpo entero, o de una zambullida voluntaria, en la trinchera. Sonreía de oreja a oreja, cubierto de barro de pies a cabeza. Su hermana no se quedaba atrás. Se separó un mechón de pelo embarrado por delante de la cara y lo miró con interés.

—¡Mamá! —chilló—. ¡Estamos sucios!

—Hostia puta —musitó Susanna—. Se han pasado.

—¿Cómo vamos a llevarlos así a casa? El coche se va a llenar de...

—Un baño. Y arriba hay ropa de repuesto. Tendremos que llevarlos a cuestras hasta arriba; si no, lo llenarán todo de... ¡Niños! ¡Ya está bien de guarrear por hoy!

Zach y Sallie soltaron la previsible ronda de protestas y súplicas hasta que por fin sus padres los subieron en brazos y los llevaron escaleras arriba, la niña soltando risitas y llenando de churretes las mejillas de su madre mientras esta reía e intentaba esquivarla, y el niño mirándome con cara inexpresiva por encima del hombro de su padre, al tiempo que alargaba la mano para restregarme una buena manaza sucia en la manga de mi camiseta blanca.

—Parece que se lo pasan bien —dijo Leon dejándolos atrás y entrando en la cocina—. ¡No! Mierda, ¿llego tarde para limpiar?

—Me temo.

—¡Uyy! —Yemas de dedos a boca redondeada: estaba borracho nivel medio—. Pretendía ayudar, de verdad, lo juro. Pero es que tu padre es un cabrón, me meo con él. ¿Creías que habíamos hecho cosas a espaldas de nuestros padres? Éramos unos aficionados. Resulta que una vez disfrazaron al perro del vecino de...

—Sí, esa ya me la sé. —En realidad a mi padre no le gustaba nada esa historia, no recordaba por qué: tenía que estar muy desesperado para habérsela sacado de la manga—. Y todas las demás.

—Vaya, vaya —dijo Leon removiendo el hielo en la copa y dedicándome, con ojos vidriosos de borracho, una mirada afilada que me sorprendió—, ¿quién ha despertado a la fiera?

—No estoy de humor, eso es todo.

—¿Susanna te ha estado comiendo la cabeza? —Al ver que no respondía —: Porque yo la quiero a morir, pero te lo juro, cuando quiere puede ser la más comeollas del mundo...

—No —dije, y pasé a su lado y volví al salón en busca de Melissa, a ver si a ella se le ocurría algo para echar a toda aquella gente.

El almuerzo del domingo, las horas en el estudio de mi tío, las noches ante la chimenea: en una mirada rápida, habría parecido que Hugo, Melissa y yo habíamos vuelto a la placentera rutina de nuestro trío. Mi tío incluso había progresado en el misterio de la señora Wozniak: había localizado a la nueva hornada de primos, uno de los cuales había resultado tener un buen puñado de diarios ilegibles de un antepasado suyo del XIX que nos pasamos horas intentando descifrar, aunque de momento casi todo lo que habíamos sacado en claro eran protestas de cascarrabias sobre la calidad de los guisos y su suegra.

—Ah —dijo Hugo satisfecho, acercando la silla a la pila de pequeños tomos maltrechos: páginas amarilleadas, tinta desvaída, cuero marrón gastado por los bordes—. Me siento mucho más en mi salsa con las prácticas de la vieja escuela. Los centimorgans y las megabases están muy bien, pero el *software* elimina casi todas las irrelevancias, y a mí me gustan las irrelevancias. Yo prefiero mil veces un documento antiguo que sea un caos, al que haga falta pasarle un peine bien fino durante horas para entenderlo.

Pero no era lo mismo. Mi tío estaba empeorando: no era la cuesta final, todavía no, pero estaba acercándose tanto que su forma empezaba a vislumbrarse, se veía el perfil descomunal de lo que sería cuando por fin surgiera de entre las sombras. Melissa y yo nos encargábamos cada vez más de la cocina: él no podía estar de pie más de dos minutos seguidos, no tenía fuerza para cortar con el cuchillo todo lo que no fuera mantequilla, y nos vimos pensando tácitamente comidas (salteados, *risotto*) que no tuviera que cortar torpemente. Cuando venía mi tío Phil, ya no jugaban a las damas, y me llevó más tiempo de lo deseable comprender la razón. Había veces que reparaba en que los ritmos silenciosos de los movimientos en su lado del estudio habían parado, y cuando levantaba la vista, lo veía mirando al vacío,

con las manos sin vida sobre el escritorio. Una vez me tiré un cuarto de hora observándolo así, hasta que no pude soportarlo más y le dije: «¿Hugo?», y tuve que repetirlo tres veces para que se volviera por fin —con una lentitud infinita, como si estuviera drogado hasta las cejas— y me dedicara la misma mirada desinteresada y desapegada que podría haberle dedicado a una silla o una taza; así, hasta que algo cambió en sus ojos, parpadeó y dijo: «¿Sí? ¿Has encontrado alguna cosa?», y balbuceé lo que pude, y poco a poco él fue encontrando el camino de vuelta. Había mañanas en que bajaba con la misma ropa que se había puesto el día anterior, con unas arrugas como horadadas en la tela, de haber dormido con ella. Cuando una noche le sugerí como quien no quería la cosa que tal vez pudiera ayudarlo a cambiarse, me soltó: «¿Te crees que soy tonto o qué?», y la mirada que me lanzó —una ráfaga de asco manifiesto y puro— me causó tanta impresión que tartamudeé algo incoherente y enterré la cara en un libro. El silencio atroz que siguió duró lo que me pareció una eternidad hasta que oí sus pasos arrastrándose por la habitación y subiendo por las escaleras. A la mañana siguiente me dio incluso reparo bajar, pero se volvió sin más y me sonrió como si no hubiera pasado nada.

No era solo Hugo. Con mi tío presente, Melissa seguía siendo la chica alegre de siempre (y él nunca la tomaba con ella, ni siquiera en esa época; cuando le hablaba, siempre lo hacía con dulzura, hasta el punto de que llegué incluso a sentirme celoso, por absurdo que suene); pero cuando mi familia venía se quedaba callada, sonriendo en una esquina con ojos vigilantes. Hasta cuando estábamos solos los dos, había una sutil penumbra de rechazo en ella. Yo sabía que estaba molesta por algo, y traté de sonsacárselo un par de veces, aunque tal vez tendría que haberlo intentado con más ahínco: yo tampoco estaba en mi mejor forma para complejas negociaciones emocionales. Seguía dándole al Xanax por las noches y a veces durante el día, lo que a esas alturas me impedía saber si mi repertorio de jodiendas mentales, que resurgían a la superficie —neblina mental, olor a desinfectante y sangre en los momentos más inesperados, sumado a un puñado de cosas más predecibles y demasiado tediosas para hablar de ellas—, eran causa o efecto, aunque por supuesto estaba costándome verlo por el lado más positivo. Hugo y Melissa hacían como si no lo notaran. Los tres nos andábamos con ojo entre nosotros, como si hubiera algo escondido en alguna parte de la casa (una mina antipersona, un chaleco bomba) que pudiera explotar y hacernos volar en pedazos con el más mínimo paso en falso.

Aunque sabía que no tenía sentido, para mí la culpa era de aquellos polis.

Habían arrasado la casa como un tornado, nos habían interrogado como si fuéramos criminales, nos habían puesto en la calle, y estaba claro que todo ese estrés me había afectado a la cabeza y sin duda le había dado a Hugo un buen empujón en su cuesta abajo; se habían largado y nos habían dejado con toda una gama de preguntas de lo más inquietantes que era evidente que no tenían intención de molestarse en contestar; solo había que ver lo bien que nos iba antes de que aparecieran y cómo estábamos entonces. Les habían hecho algo a nuestros cimientos, por mucho que no estuviera claro qué, y ahora toda la estructura estaba crujiendo y retorciéndose a nuestro alrededor, y solo podíamos hacernos a la idea y esperar.

Una semana, diez días, y nada. Hasta que una noche —una fría y ventosa, tiempo como de Halloween, remolinos de hojas rotas contra los cristales de las ventanas y finas nubes deslizándose por delante de una luna delgada— llamaron a la puerta. Yo estaba en el salón, delante del fuego, leyendo un viejo libro de Gerald Durrell que había encontrado en una estantería y que lograba incluso seguir, porque no tenía mucha trama que dijéramos. Melissa estaba en no sé qué feria comercial y mi tío se había ido a la cama nada más cenar. Dejé el libro y fui a abrir antes de que lo despertaran.

Un torrente de viento entró arrasando por el pasillo y tiró algo de la mesa de la cocina que hizo ruido al caer. En el umbral, el inspector Martin, arrebuñado y volándose, encorvado hacia delante.

—Madre mía —dijo, y su cara se le iluminó al verme—. Dichosos los ojos. ¿Sabes, Toby, que eres muy difícil de localizar?

—Ah —dije (me había llevado un momento reconocerlo)—, lo siento. Esta es la casa de mi tío... Está enfermo, estoy viviendo con él mientras...

—Ah, sí, eso ya lo sé. Te hablo de la calle esta. Me he tirado media tarde dando vueltas en círculos buscándola..., y tengo el coche en el taller. Se me han congelado hasta los cataplínes.

—¿Quiere entrar?

—Uff, de lujo —dijo Martin, agradecido de corazón, mientras enfilaba ya por el pasillo dejando a su paso una estela de frío—. Estaba deseando que lo dijeras. Serán solo unos minutos, así me caliento un poco antes de volver a la calle. ¿Por aquí?

Ya había recorrido medio pasillo.

—¿Quiere algo de beber? —le pregunté.

Estaba a punto de ofrecerle té o café cuando dijo alegremente, mientras se quitaba el abrigo y señalaba mi vaso de whisky en la mesa de centro:

—Si te queda, me uno de buena gana. Así por lo menos saco algo bueno de tener el coche fastidiado.

Fui a la cocina a por otro vaso. La cabeza me iba a cien por hora: ¿«Eso ya lo sé»? ¿Cómo podía saberlo? ¿Y qué leches hacía allí?

—Bonita choza —dijo cuando volví (se había acomodado en el sillón más cercano a la chimenea y estaba admirando la estancia)—. A mi señora le gusta todo brillante, ¿sabes lo que te digo? Mucho metalizado, muchos colores vivos, todo bien ordenadito. Está muy bien, no me malinterpretes, pero yo, si fuera soltero —(acarició el brazo raído del viejo adamascado)—, viviría así. O lo más parecido que pudiera permitirme con mi sueldo. —Reí como un autómatas mientras le tendía el whisky—. Salud —dijo levantando el vaso.

—Salud —repetí cogiendo mi vaso y sentándome en el borde del sofá.

Se tomó un buen trago y resopló.

—Ahh, qué whisky más rico, vaya que sí. Tu tío tiene gusto. —Había engordado unos kilos desde la primavera y llevaba el pelo más corto; así, colorado por el frío, con las piernas estiradas delante de la chimenea, parecía como en su casa, un próspero burgués relajándose después de un duro día de trabajo, y deseé con todas mis fuerzas que mi tío no escogiera ese preciso momento para despertarse y darse una vuelta por la planta baja—. ¿Cómo has estado estos meses?

—Bien. Me he tomado un tiempo para cuidar de mi tío.

—Es un detalle que tu jefe te deje tomarte un descanso. Parece un buen tipo, te aprecia.

—No será mucho tiempo—dije tontamente.

Asintió.

—Lo siento. ¿Cómo lo lleva tu tío?

—Todo lo bien que se puede, supongo. Está... —(las manos flojas, el vacío antes de que le volviera algo tras los ojos y me viera...; la palabra que estaba buscando era «declinando», pero no me venía, y además no la habría utilizado)—... está cansado.

Martin asintió en solidaridad.

—Mi abuelo murió de lo mismo. Es duro estar ahí viéndolo y esperando. Es una putada. Lo que sí puedo decirte es que jamás tuvo un dolor. Fue poniéndose cada vez más débil y más débil hasta que una mañana le dio un síncope y... —(un suave chasquido de dedos)—, así sin más. Sé que no es

mucho consuelo, pero comparado con lo que nos temíamos...; podía haber sido mucho peor.

—Gracias. Lo vamos llevando día a día.

—No se puede hacer otra cosa. Por cierto, antes de que se me olvide —(rebuscando en el abrigo, que había echado de cualquier manera por el brazo del sillón)— para lo que había venido. —Sacó una bolsa de plástico arrugada y se adelantó en el sitio, con un gruñido, para dármela.

Dentro estaba el candelabro de forja de Melissa. Me pareció más pesado de lo que recordaba, con un tacto más frío y más incómodo en la mano, como si estuviera hecho de una sustancia distinta que no reconocía. Estuve a punto de preguntarle si estaba seguro de que era el mismo.

—Siento el retraso —dijo Martín reacomodándose en el sillón y dándole otro trago al whisky—. Los de la Científica siempre están hasta arriba, y con un caso como el tuyo..., no murió nadie, sin sospechosos en el horizonte, no le dan prioridad.

—Ya —dije—. ¿Y...? No sé si puedo preguntarlo, pero ¿encontraron algo?

—Pregunta, hombre, pregunta. Si no es asunto tuyo, no sé de quién. No había huellas, tenías razón con los guantes. Mucha sangre y partículas de piel y pelo, pero era todo tuyo... No te preocupes, le han dado un buen lavado.

Sentí una palpitación leve pero fuerte por la cicatriz. Logré pararme a tiempo para no llevarme la mano a la cabeza.

—Gracias —le dije.

—Pero, tú tranquilo, que eso no significa que hayamos tirado la toalla. Nada más lejos. Yo siempre resuelvo mis casos, cueste el tiempo que cueste. Siempre van apareciendo nuevas pistas. Y los colegas esos no eran ningunos genios del crimen. —Sonrió, con una gran sonrisa, marcada y confiada—. No te preocupes: los pillaremos.

—Sí, estaría bien.

—Entonces, ¿estás bien? No pretendía destapar la caja de los truenos ni nada de eso. —Estaba mirándome por encima del vaso, como quien no quería la cosa, pero distinguí un destello de alerta.

—Bien —dije, y envolví el candelabro en su bolsa y lo dejé en el suelo a mis pies—. Gracias otra vez.

—No sabía si traértelo ahora o dejar que pasara un tiempo. Tengo entendido que has tenido un par de semanas moviditas. —Al verme levantar la vista de sopetón—: Lo digo por lo de... —Señaló con la cabeza hacia la parte de atrás de la casa, hacia el jardín.

—Ah, sí.

Me dije que tampoco era tan extraño que supiera lo de Dominic; encajaba con las vagas ideas que tenía sobre los policías, gritando comentarios mordaces sobre su jornada de trabajo entre mesas atestadas de tazas de café y papeleo ilegible.

—Lo que te faltaba, pensé. Un susto así.

—Sí, la verdad es que ha sido raro.

Martin me señaló con un dedo, como si hubiera dicho algo profundo.

—Ahí le has dado, Toby, «raro» es la palabra. En cuestión de... ¿qué, cinco meses? te han entrado en casa para robarte, casi te matan y te ha aparecido un esqueleto en el jardín. ¿Qué probabilidades hay de todo eso?

—Lo del robo y lo de que casi me matan fue todo lo mismo —dije en un tono más cortante de lo que pretendía—. No son dos cosas separadas. Y el esqueleto no estaba en mi jardín.

Para mi sorpresa, Martin se recostó en el sillón y se echó a reír.

—Estás en mucho mejor forma que antes, ¿eh?

No sé por qué, pero tuve la sensación de que no debía admitirlo. Maldita Susanna y sus oscuras insinuaciones con que si el Poder Establecido estaba en nuestra contra; habría puesto cara de hastío, pero algo de lo dicho por mi prima debía de haberme calado ya.

—No estoy mal —respondí.

—Bien, bien —(de corazón, dándole una palmada al brazo del sillón)—, y yo que me alegro. Pero aun así, tú entiendes adónde quiero ir a parar, ¿no, Toby? Si fueras un quinqui cualquiera de las barriadas chungas del norte, sería de lo más normal en tu día a día: robo, agresión, cadáver, sería un año corriente. Pero un joven decente como tú, que antes de eso no se había cruzado con la poli, salvo por las multas esas de velocidad —(¿para qué se habría molestado en averiguar lo de las multas? Aunque hacía muchos años de eso, sentí una punzada de culpabilidad, ¡cazado!)—, eso es otra historia. Vale, podría ser una casualidad muy grandísima, pero yo me lo tengo que preguntar: ¿y si no lo es? —Al mirarlo con cara de no tener ni idea de lo que hablaba—: Tú mismo lo acabas de decir, Toby, has dado en el clavo: es raro.

—Espere —dije (había una extraña sensación viviéndose dentro de mi cabeza, como el *zoom* vertiginoso de atravesar un túnel a mucha velocidad y demasiado pegado a las paredes)—. Cree que..., un momento. Cree que a Dominic lo..., que lo mató alguien...

—Es la opción que están considerando de momento los muchachos.

Todavía no hay nada definitivo, así que la cosa podría cambiar, pero esa es la opción que están barajando ahora mismo.

—... Y que luego esa... esa... misma persona, ¿vino a por mí? —Martin revolvió el whisky en el vaso y se me quedó mirando—. Pero... vamos a ver, ¿por qué? ¿Diez años después? Y de todas formas, para empezar, ¿por qué iba nadie a querer...?

—Todavía no sabemos por qué mataron a Dominic —razonó Martin—. En el caso de que lo mataran. Cuando resolvamos eso, tendremos una mejor idea de por qué iba a querer nadie esto o lo otro. ¿Alguna idea al respecto?

—No. Los otros..., los otros inspectores ya me preguntaron por él. Les dije todo lo que recordaba. —La sensación de vértigo iba a más, de modo que le di un buen sorbo al whisky deseando que me despejara la cabeza, pero nada.

—¿Algo en lo que estuvierais los dos involucrados que pudiera haber molestado a alguien?

—¿Como qué?

Hombros encogidos.

—No sé, putear un poco al pringao de la clase. Todos lo hemos hecho, eso es así: por tontear, no por hacerle daño de verdad. Pero la gente así tiende a ser rencorosa, a volverse obsesiva...

—Yo no era así, yo no puteaba a la gente.

—¿Y Dominic sí?

—Un poco, a veces. Aunque no era peor que muchos otros.

—Hum. —Martin reflexionó y reacomodó las piernas en un mejor ángulo con el fuego—. ¿Y qué me dices de las drogas?

—¿Como qué?

—Pues un trato que se torció, pongamos por caso. O alguien que se pasara a la droga dura, o tuviera un mal viaje o una sobredosis, y que pudiera haberos echado la culpa a vosotros dos.

—No —dije—, yo nunca vendí nada. Y nunca hubo nada... —(aquello no era una conversación que quisiera tener con un policía)—, nada de eso.

—Entiendo. —Martin levantó el vaso a la altura de los ojos y escrutó el fuego al través—. La otra posibilidad es la venganza —siguió.

—¿Venganza? —pregunté tras un segundo de auténtica perplejidad—. ¿De qué?

—Rafferty ha sabido que tuviste unos problemillas con Dominic Ganly.

—¿Cómo? Eso no es verdad. —Y cuando él arqueó una ceja escéptico—: ¿Quién ha dicho eso?

—Los muchachos se han enterado por ahí —dijo Martin con un movimiento vago de la mano—. Se ha mencionado en algunos de los interrogatorios, por aquí y por allá. Una cosa de esas que todo el mundo sabe por otra fuente, pero no está seguro de cuándo empezó.

—Yo nunca tuve problemas con Dominic. No éramos supercolegas ni nada de eso, pero nos llevábamos bien.

—Claro, claro —dijo con ecuanimidad—. Pero el caso es que los de Homicidios lo han oído, sea verdad o mentira, o sea que alguien más tuvo que oírlo, y creerlo.

—¿Y...? —Empezaba a perderme, con aquella montaña desguazada de información nueva atorándome el cerebro—. ¿Y qué? ¿Que alguien creía que Dominic se suicidó por mi culpa? ¿Y por eso luego vinieron a por mí?

—Podría ser. O no creían que se hubiera matado él.

—¿Y creían que lo maté yo? —Martin se encogió de hombros sin apartar los ojos de mí—. Eso es de locos. —Y, después de una pausa larga en la que él no dijo nada y a mí no se me ocurría nada que añadir—: No. Los acentos, de los tíos que me agredieron; eran gente chunga. Dominic no conocía a nadie así. Y desde luego nadie que tuviera suficiente trato con él como para querer “venganza”. Imposible.

—Pero sí conocía a gente que podría haber contratado a alguien.

—Pero eso es una locura —repetí—. ¿Diez años después? ¿Por qué iba nadie, de buenas a primeras, cómo iban a saber siquiera cómo...?

El policía suspiró.

—Puede que lleve demasiado tiempo en el oficio. Lo he visto en algún compañero: tantos años buscando conexiones que acabas viendo conexiones donde no las hay. Uno de mis colegas, ¿vale?, resulta que estaba convencidísimo de que un caso de homicidio que llevaba en Sallynoggin estaba conectado con una pelea en un bar de Carlow. Vamos, que se habría apostado esta casa de lo seguro que estaba. Cientos de horas interrogando a desgraciados de Carlow, comprobando coartadas, huellas, solicitando órdenes judiciales para pedir análisis de ADN, el *pack* completo. Y todo porque en ambos casos encontraron una gorra de propaganda de Budweiser al lado. Todavía lo llamamos Bud.

No pude devolverle la sonrisa.

—¿Soy...? —dije (la palabra me parecía demasiado absurda y explosiva para decirla, un gran botón rojo de dibujos animados que podía hacer detonar toda la casa con solo tocarlo)—. ¿Ellos creen que fui yo? ¿Los otros

inspectores?

—¿Te refieres a que si eres sospechoso? —preguntó levantando la vista del fuego, perplejo.

—Sí, supongo. ¿Lo soy?

—Pues claro que lo eres. Si alguien mató a Ganly, fue alguien con acceso a este jardín. Solo un puñado de gente tenía acceso durante ese intervalo de tiempo. Y todas esas personas tienen que ser sospechosas.

—Pero... —tartamudeé (el corazón me martilleaba como loco, haciéndome temblar de arriba abajo, y estaba seguro de que me lo notaba en la voz; yo ya lo sabía en algún punto de mi cabeza, claro que lo sabía, pero oírlo decir así directamente...)—. Pero yo no hice nada. —Asintió—. ¿Creen que sí?

—Ni idea. Si te soy sincero, no creo que hayan llegado a ese punto. Ahora mismo están sacándose teorías de la manga y viendo a ver si alguna cuaja. Todavía no han apostado por ninguna en concreto.

—¿Y usted cree que lo hice?

—No me he parado a pensarlo —dijo alegremente—. No es mi investigación; no me pagan lo suficiente para tener teorías sobre los casos de otra gente. A mí lo único que me interesa es saber si está relacionado con mi robo y agresión. —Al ver que no podía parar de mirarlo de hito en hito—: Venga, hombre. Si creyera que eres un asesino, ¿crees que estaría aquí sentado bebiéndome tu whisky, de palique contigo?

—No lo sé.

Esa vez él se me quedó mirando a mí, y, agraviado, con una nota más alta de beligerancia, me dijo:

—Un momento, me estás diciendo que vengo yo aquí, en pleno chaparrón, en mi noche libre, para hacerte un “favor” —(señalando la bolsa del candelabro, que ya se me había olvidado)—, ¿y me acusas de estar metiéndote una bola?

—No, de verdad, lo siento. —No tenía muy claro por qué estaba disculpándome, pero tras otro compás de miradas tensas, Martin transigió.

—En realidad, dos favores —dijo más suave—. Está eso —(el candelabro)—, que te lo podía haber mandado por correo. Pero me parecía que eras un joven decente, y que ya bastante chungo lo has pasado en los últimos meses, y por eso me he dicho que merecías estar al corriente..., extraoficialmente, por así decirlo. Si no tuviste ninguna agarrada con Ganly, entonces deberías pensar seriamente por qué alguien iba a ir diciendo esas cosas de ti por ahí.

—No sé por qué, y tampoco se me ocurre quién podría...

Pero entonces se subió el puño de la camisa para mirar el reloj e hizo amago de levantarse del sillón.

—Ostras, es más tarde de lo que creía. Será mejor que me largue, no vaya a ser que mi señora se crea que se la pego con una más joven... No, hombre, es broma, me conoce demasiado bien. Si acaso, creería que me he largado a tomar el sol, a Lanzarote o algo parecido. No soporto este clima, me machaca la cabeza... —Mirándome de reojo y poniéndose el abrigo por una manga—: ¿Qué pasa?

—No lo entiendo. No entiendo nada. De lo que está pasando.

Martin dejó de rebuscarse en los bolsillos y me miró.

—Si tú no tienes nada que ver con esto —me dijo (¡¿«Si»?!)—, lo que es seguro es que al menos algún familiar tuyo o algún colega sí que tuvo que ver. Y está intentando echarte la mierda encima. Así que, si yo fuera tú, dedicaría todo mi tiempo a averiguar quién y por qué. Pero desde ya, vamos.

Cuando se fue, me pasé la siguiente hora o así dando vueltas por el salón, aunque no como en la horrible rutina de paso y arrastre; mis movimientos eran rápidos y exaltados, y deseé poder fumar dentro. Mi tío no había bajado, y yo estaba rezando por que él siguiera dormido y la feria de Melissa durase largo y tendido. Necesitaba pensar.

Cualquiera asumiría que lo de ser sospechoso de asesinato sería el primer punto del día de mi cabeza, pero en realidad eso no me parecía lo más importante, al menos una vez pasada la conmoción inicial; al fin y al cabo, Martin tenía razón en algo: todo el que pudiera haber tenido acceso a ese árbol tenía que estar en la lista de sospechosos, y dudaba mucho de que fueran a enchironarme por homicidio solo porque alguien hubiera dicho que alguien dijo que yo había tenido problemas indeterminados con Dominic. Pero poco a poco fueron calándome el resto de las cosas que me había dicho Martin, y cuanto más lo pensaba, más evidente e inexorable se me antojaba, y parecía vibrar con una verdad tan vital que me atraía como un gran imán: lo que le había pasado a Dominic estaba, no podía ser de otra forma, conectado de algún modo con aquella noche.

Lo que no podía ni imaginar era cómo. Seguía sin verle el sentido a lo de la venganza desatinada o a lo de que la misma persona hubiera vuelto a por mí; al fin y al cabo, me habían tenido a huevo, allí inconsciente en el suelo; si

hubieran querido matarme, podrían haberlo hecho tranquilamente (mis pies se apartaron entonces del candelabro, aquel bulto informe encogido en su bolsa de plástico). Ahora bien, lo que sí estaba claro es que había alguien —en teoría la misma persona que estaba intentando meterme en el fregado— que sabía perfectamente cuál era la conexión. Y, tal y como había dicho Martin, la lista no era tan larga. Los colegas que pudieron haberse llevado la copia de las llaves del jardín en algún momento de ese verano...; ojalá pudiera estrechar el cerco. Mis primos. Mi tío.

Ninguno me parecía ni remotamente plausible, ni como asesinos ni como artistas maquiavélicos del montaje. Pero aun así... Cada vez veía más claro (y Martin seguramente lo sabía desde el principio) que la vieja historia de que los ladrones iban a por mi coche no tenía sentido. Llevaba todo el día y media noche fuera, mi coche y las llaves habían estado allí para quien quisiera llevárselos; si ya tenían localizada mi casa, entonces, ¿para qué esperar a que yo volviera?

«A los cajones esos les dieron un buen repaso.» La vieja cámara que me regalaron cuando cumplí los dieciocho, desaparecida. Fotos de fiestas muy antiguas.

Habían tenido que estar buscando algo relacionado con la muerte de Dominic. El coche, la tele, la Xbox, todo eso no había sido más que una cortina de humo... ¡Ah, no es más que el típico robo de toda la vida, no hay nada más que ver! Habían esperado a que yo volviera a casa porque si no encontraban lo que buscaban, podrían habérmelo sonsacado a mí..., aunque prefería no pensar cómo. Pero yo me había despertado y había plantado batalla, y todo había salido mal.

«Normalmente a estas alturas tendríamos ya una buena idea de cómo es nuestro hombre. Y me sabe mal, no te creas.» Martin lo había sabido desde el principio, no lo de Dominic, evidentemente, pero sí que no era un robo cualquiera y al azar; esos tipos no me habían escogido porque sí, tenían un plan bien elaborado.

Verlo todo de esa manera tendría que haberme parecido más aterrador —un blanco seleccionado, acechado y abatido—, pero no lo sentía así. Si habían ido específicamente a por mí, por algo que yo hubiera hecho o algo que yo tenía, entonces no era un mero animal víctima de un atropello fortuito, no era un simple objeto que hubiera que eliminar porque el azar me hubiese puesto en su camino: era real, una persona; yo había sido el factor crucial en el centro de todo aquel asunto, y no una nimiedad insignificante que pudiera ser ignorada y

dejada de lado. Y si era una persona en medio de todo aquello, entonces podía hacer algo al respecto.

Estaba pensando con una claridad que no había sentido en todos esos meses, una nitidez totalmente cristalina que me cortaba la respiración como el aire de una nevada. Había olvidado ya lo que era poder pensar así.

Difícilmente iba a poder localizar a los ladrones y obligarlos a confesar, pese a mis fantasías de Liam Neeson ángel vengador. Pero la otra punta del hilo, la que estaba en algún punto de Villa Hiedra, esa sí que tal vez pudiera encontrarla y seguirla.

Me daba igual el tiempo que hiciera, necesitaba un cigarro. Me puse el abrigo y salí a la terraza. El viento aullaba con fuerza entre los árboles, la luz de la cocina arrojaba sobre las colinas y los valles de barro una sombra inhóspita y distorsionada. Hojas escabulléndose a toda prisa, la lluvia reluciendo sobre las losetas de la terraza. Noté el pulso acelerado de mi corazón en la garganta y, no sé por qué, pero me sorprendí sonriendo.

—¿Qué es aquello? —me preguntó Melissa señalando la bolsa de plástico.

Eso fue más tarde, después de entrar con las mejillas frías y soliviantadas por el viento, y una vez que la hube acurrucado en el sofá con mantas y chocolate caliente, mientras ella me contaba historias de la feria y hurgábamos juntos en la bolsa de muestras que había traído.

—Ah, eso —dije levantando la vista de lo que parecía un condón de punto grueso—. Es tu candelabro. El que se llevó la policía. Me lo ha traído el poli ese, Martin.

—¿Para qué? —me preguntó cortante.

—Ya han acabado con él, los forenses.

—¿Y por qué ha venido él a traértelo? ¿Por qué no te lo ha mandado por correo?

De momento no quería contarle nada, hasta que no tuviera algo más sólido.

—Creo que pasaba por el barrio.

—¿Y de qué quería hablar? —Se había incorporado en el sitio, el chocolate caliente ya olvidado.

—En realidad no quería hablar —dije volviendo a la bolsa de muestras—. Solo me lo ha dejado y se ha ido. ¿Esto qué es, un condón de *leprechaun*?

Melissa se rio y se relajó.

—Es una marioneta de dedos, tonto. Mira, tiene cara; ¿cuándo has visto tú

un condón con...?

—Cosas más raras se han visto. Seguro que se puede...

—¡Es de lana!

Con un pequeño latigazo de pánico, vi los dos vasos vacíos de whisky, que por supuesto había olvidado quitar de en medio, pero Melissa o no se fijó o dio por hecho que me había tomado una copita con mi tío.

—Así que *leprechauns* cochinos, ¿eh? —dije—. ¿A qué clase de feria has ido, si puede saberse?

—Uy, una muy loca. Gente colgada de arañas de cristal soplado a mano.

Estaba contenta de verme bromear, y hasta ese momento no me di cuenta de lo mucho que me había paralizado aquella primera visión de Rafferty y Kerr, lo mucho que me había hecho retroceder hasta un lugar oscuro y reverberante.

—Otra vez llenando *jacuzzis* con champán orgánico de bayas y sauco —dije—. ¡Lo sabía!

—Estamos un poco locos.

—A Dios gracias —dije inclinándome para besarla—; si no, no me soportarías —concluí, y sentí su sonrisa contra mi boca.

Luego seguimos curioseando entre las muestras mientras iba cachondeándome de las más raras, y a los pocos minutos mi tío bajó pesadamente las escaleras, con el pijama puesto y restregándose los ojos, y le preparamos un chocolate caliente y Melissa sacó un paquete de galletas de avena ecológicas de la bolsa. Ninguno de los dos le mencionamos la visita de Martin. A la mañana siguiente, cuando abrí la basura para tirar algo, vi el candelabro: sobresaliendo entre la inmundicia, donde estaba incrustado bien hondo, con la bolsa de plástico enroscada alrededor como una cuerda de garrote.

Acompañé a Melissa a la parada, me quedé cerca del baño mientras mi tío se duchaba, lo acomodé en el estudio y le dije que iba a dar una vuelta por el jardín para despejarme la cabeza. Me dedicó una sonrisa indefinida y un gesto con la mano y se enfrascó en su trabajo; no habría sabido decir con seguridad si había registrado lo que acababa de decirle, o tan siquiera quién era yo.

El viento había amainado, dejando a su paso corrientes de hojas replegadas contra los muros. Los arbustos que habíamos replantado, el plantón de mi madre y las cosas que había traído Melissa del vivero parecían contrariados y desubicados; algunos empezaban a marchitarse. Esa noche no me había tomado

el Xanax y todo parecía irregular y discordante, las ramas demasiado perfiladas contra el cielo gris, una línea feroz, la brisa desatando fuertes repiqueteos mecánicos entre las hojas muertas. Puse un gran roble entre la ventana del estudio de Hugo y yo y saqué el teléfono.

No tenía muchas esperanzas de conservar el número de Faye, la colega rubia de mi prima, la amiga de las cuchillas —aquel verano en que se pasaba el día entrando y saliendo de Villa Hiedra, estuve un tiempo tonteando con ella, hasta nos enrollamos un par de veces, pero tuve la sensatez de alejarme de ella cuando vislumbré a la loca que llevaba dentro—, pero allí lo tenía, a saber cómo, importado de teléfono en teléfono durante los últimos diez años. Me apoyé en el tronco del árbol y marqué. Parecía un adolescente enamorado, con las manos sudando, el corazón acelerado en mi espalda contra la corteza áspera, rezando por que no hubiera cambiado de número.

—¿Diga?

—¿Faye? —Cálido pero cortado, contento de hablar con ella pero sin entusiasmo—. Soy Toby, Toby Hennessy, el primo de Susanna. No sé si te acordarás de mí...

—Claro que sí. Toby. Uau. Buenas. —Simpática pero distante.

No supe si le habría salido mi nombre en el teléfono o si habría borrado mi número en algún momento.

—Cuánto tiempo. ¿Cómo te va?

—Bien, muy bien. Va todo bien. ¿Y tú qué tal?

Sonaba mucho más centrada de lo que la recordaba. De fondo, un teléfono pitando, la voz acelerada de un hombre soltando algún rollo comercial: estaba en el trabajo.

—Bien, tampoco a mí me va mal. —Y tras el silencio neutral que siguió—: Te llamaba solo porque..., en fin, seguro que ya sabrás todo lo que ha pasado en la casa de mi tío Hugo.

—Sí, más o menos. Lo vi por el telediario y luego vinieron un par de policías a hablar conmigo. —No lo sabía por mi prima, de modo que no mantenían el contacto, y eso me daba más margen de acción.

—Conmigo también. Y por eso justo te llamo. Es que comentaron que iban a hablar contigo y, bueno, la verdad es que pueden intimidar bastante y no me hacía gracia que fueran a darte la brasa. Solo quería comprobar que estabas bien.

Aquello derritió la voz de Faye un par de grados.

—Ah, bueno, no pasó nada.

—¿Seguro?

—De verdad. No me parecieron nada intimidantes. Puede que porque estuve en Francia con mis padres casi todo ese septiembre, y no es que pudiera saber mucho sobre lo que pasó. Me preguntaron más que nada por las noches que pasaba en casa de tu tío, ¿te acuerdas, que no me entendía bien con mis padres y cuando nos peleábamos me escapaba por la ventana e iba a vuestra casa?

—Sí, claro que me acuerdo —(poniendo un punto de ternura divertida en la voz)—, y de que nos quedábamos media noche despiertos charlando y luego llegábamos siempre tarde al trabajo. Pero valía la pena.

Se rio, un poco.

—Sí, sí. El caso es que a los inspectores yo creo que lo que más les interesaba era la llave de la puerta del jardín, ¿la que se perdió ese verano? Querían saber por dónde me dejaba entrar Susanna, y cuándo empecé a entrar por la puerta de la calle.

—A mí también me preguntaron todo eso. Yo no tenía ni idea, me sentí como un tonto. ¿Tú sí te acordabas?

—Más o menos. Sé que la llave se perdió en una fiesta porque Susanna intentó abrirme al día siguiente y no pudo, y se agobió un montón... Yo le decía: «No te preocupes, seguro que la habrá cogido algún capullo para hacer la gracia», pero tu prima estaba en plan «Ahora vamos a tener que cambiar la cerradura, pero Hugo no va a querer, y quienquiera que la tenga podrá entrar y salir por aquí cuando mejor le parezca...». Pero lo que no me acuerdo es cuándo fue la fiesta, así que tampoco sé si les fui de mucha ayuda.

—Por lo menos más que yo —dije con una risita atribulada (no me creía lo liviano que sonaba, la soltura que sentía; tenía la impresión de ser un investigador privado frío como el acero)—. Yo creo que les hice perder el tiempo, más que otra cosa. No me extraña que fueran un poco bordes conmigo. Me alegro de que a ti te trataran bien.

—¡Vaya, hombre! Pero ¿estás bien? ¿Y Susanna?

Faye siempre había sido muy dulce, un poco rarita pero dulce, de las que no te preguntarían por tus problemas, pero se preocuparía de verdad si le recordaras su existencia.

—Más o menos —dije—. A ver, evidentemente, pensar que Dominic haya estado ahí metido todo este tiempo es una movida, te quedas loco. Y nos encantaría saber por qué acabó en nuestro árbol, ¡como si no hubiera sitios!

—Ese jardín es tan bonito. Un lugar lleno de paz, la verdad. Esa parte

puedo entenderla.

Sin vacilar, sin incertidumbre: seguía dando por sentado que había sido un suicidio; los inspectores no le habían dicho nada sobre asesinatos. Eso se lo reservaban para nosotros, lo que no era muy tranquilizador.

—De todas formas, ¡Dios, pobre Dominic! —dije—. No sé lo que se le pasaría por la cabeza, pero ojalá se le hubiera ocurrido otra forma mejor de sobrellevarlo. Era buen tío. —Y esperé.

Breve pausa.

—¿Tú crees?

Me pregunté si Dominic se habría enrollado con ella y luego la habría dejado (era guapa, a su estilo frágil y escurridizo, ojos azules grandes que apenas lograban sostenerte la mirada un momento antes de agachar la cabeza con un pestañeo delicado que a mí me parecía muy sexi). O...

—Bueno, ya —dije—. A ver, tampoco era un santo, pero no recuerdo tener problemas con él.

—No, ya sé que erais amigos. Es solo que creía...

—¿El qué?

—No importa. Hace ya mucho. Seguramente haya mezclado las cosas en mi cabeza.

¿Cómo?

—Mira —dije (en voz más baja, un puntito inseguro, un puntito vulnerable) —. Creo que debería contarte una cosa. Hace unos meses tuve un incidente; me dieron un buen porrazo en la cabeza. Y desde entonces la memoria no..., como que hay cosas que debería recordar, pero no es así.

—¿Qué dices! —La voz de Faye había cambiado, sobrecogida y compasiva: la tenía en el saco—. Lo siento muchísimo. Pero ¿estás bien?

—Sí, en general sí. Los médicos dicen que se curará solo, pero hasta entonces da un poco de cague, sí... Lo que pasa es que... si me estoy olvidando de algo, me gustaría que me ayudaras. Porque la verdad es que no..., a ver, digamos que no es la clase de situación en la que uno quiera estar a ciegas. Y me veo bastante perdido. —Le puse todo el encanto sincero y tartamudo que pude y funcionó.

—Yo tengo la impresión de que Dominic era un poco cabrón con tus primos. Eso es todo. Y di por hecho que a ti no te hacía ninguna gracia. Pero tampoco sé los pormenores, a lo mejor tú...

—¿Un cabrón con mis primos? ¿En qué sentido? —Al ver que no respondía —: Faye, de verdad que necesito que alguien me ayude. No me gustaría meter

la pata con Susanna ni con Leon..., por no hablar de la poli. Por favor.

—No recuerdo los detalles, de verdad. Ese año yo tenía bastante con lo mío.

—Lo sé —(suavizando la voz, con un punto compungido)—, y ojalá te hubiera ayudado más. Yo quería, pero no sabía cómo, así que me quedé paralizado. Los adolescentes son idiotas.

—No, no, tú te portaste bien. Lo digo solo porque creo que podría haberle prestado más atención a las movidas de tu prima..., sobre todo con lo bien que se portó conmigo, dejándome quedarme en vuestra casa cada dos por tres; tampoco es que fuéramos superamigas ni nada, pero vuestra casa era la que estaba más cerca y tu tío no era nada entrometido, como otros padres de por ahí... Pero estaba tan absorta en mis problemas que solo tengo un recuerdo vago de que Dominic les metía caña. Creo que le pegó a Leon o algo, ¿no? ¿Y Susanna estaba cabreada con él? Pero, como te digo, a lo mejor lo he confundido yo todo... —La voz masculina de fondo, haciéndole una pregunta—. Toby, tengo que dejarte. Llámame cuando quieras si hay algo más que quieras saber, ¿vale?

Por muy centrada, alegre y todo lo demás que estuviera, seguía siendo la misma Faye de siempre. Lo decía de corazón, pero dentro de media hora se habría olvidado de mí, cosa que me venía bastante bien.

—Eso hacemos. Un millón de gracias, Faye. Eres la caña..., como siempre. Y se nota que te va muy bien, me alegro.

—Sí, es verdad. Gracias. Y ojalá te mejores pronto.

Me temblaban tanto las manos que me costó tres intentos guardar el teléfono en el bolsillo del vaquero. Nunca había hecho nada parecido. Lo de taimado inconformista trabajando por cuenta propia en su intriga en solitario nunca había ido conmigo; siempre me había dejado llevar alegremente tras los pasos de cualquiera, me había unido a todo lo que me parecía interesante, olvidándome de todo lo demás. De entrada, se me hacía raro hacer algo así, pero no había previsto ni lo bien que me había salido, ni lo bien que me había sentado. Y lo que lo hacía más turbio y confuso si cabe era todo lo que me había devuelto de mí mismo: la desenvoltura que tenía antes, mi encanto, mi capacidad de persuasión, pero todo transformado en lo fundamental, extraños flashes distorsionados en un espejo oscuro.

No me habría venido mal un Xanax, pero necesitaba tener la cabeza despejada. Me encendí en cambio un cigarro y le di una calada bien fuerte. Un mirlo dejó de picotear en el barro y me miró con un ojo inmisericorde; cuando

solté una larga bocanada de humo, salió volando en un revuelo de alas y se fue pasando casi a ras del muro.

Sabía que ese verano habíamos dado una fiesta a principios de julio, cuando terminamos los exámenes finales de bachillerato y nuestros padres se fueron de viaje y los tres primos nos quedamos en casa de Hugo. Hicimos una por el cumpleaños de Leon, que tuvo que ser en la tercera semana de agosto; y hubo otra en septiembre, un último adiós antes de que cada cual se fuera a su facultad a principios de octubre. Esa fue demasiado tarde, si Faye decía que en septiembre estaba en Francia. La primera era demasiado pronto; acabábamos de llegar a la casa, no habría dado tiempo de que empezara a quedarse aquí. Solo quedaba, por tanto, el cumpleaños de Leon.

Mi primo no tenía muchos amigos y no habría invitado a mucha gente, pero seguro que habían aparecido un buen puñado de mis colegas y de los de Susanna, y es probable que también otros que no contaban exactamente como colegas: todo el mundo sabía que las fiestas de Villa Hiedra eran buenas. Sean y Dec tuvieron que venir, el resto de la panda que estuviera por allí ese verano, las del grupito de Susanna y seguramente unas cuantas de las chicas más populares de su instituto, que nunca perdían la oportunidad de ir a la caza de algún jugador de rugby. Y Dominic, de eso sí que estaba segurísimo, o todo lo que podía estarlo en mi estado: Dom riéndose, destello de luna y coca en sus ojos, Leon atrapado en una llave intentando soltarse sin éxito de su brazo, olor a jazmín y cánticos estridentes y alegres por doquier en la oscuridad bamboleante: «¡Porque es un muchacho excelente!».

Y eso era lo otro: ¿podía ser que lo que había dicho Faye de que Dominic puteaba a mis primos fuera de lo que había estado hablando Martin? Faye le había dicho a Rafferty que a mí eso no me habría hecho ninguna gracia, ¿y podía ser que el inspector hubiera deducido de eso que yo me embarqué en una especie de gran *vendetta* contra Dominic? Me parecía muy traído por los pelos, pero era lo más parecido a algo con sentido que se me ocurría.

Y: si asumía que Faye no se lo había imaginado o malinterpretado todo, ¿qué había pasado exactamente entre Dominic y mis primos? No recordaba que él le hubiera prestado mucha atención a Susanna, no le iba nada el rollo empollona: había soltado algún chiste guarro o algún comentario sexista para reírse de su rollo de feminista indignada, pero no había sido el único que lo había hecho, ni de lejos. Sí que recordaba lo de que puteara a mi primo de vez en cuando, pero también era el puteo de rigor, el que Leon había tenido que soportar de mucha gente desde que teníamos unos doce años (chistes de

maricas, imitaciones con voz afeminada y la muñeca floja); cuando yo estaba delante, siempre le decía a quien fuera que lo dejara en paz, pero a mí no me había dado la impresión de ser nada exagerado. Pero, a saber, dado el estado en que estaba Dominic ese verano: ¿habría subido el nivel con él? Pero de ser así mi primo me lo habría contado, y eso sí que no podía haberlo pasado por alto u olvidado...

No pensaba preguntarle a ninguno de mis primos por esa historia. La visita de Martin había cambiado, muy sutilmente, mi forma de pensar en ellos, en la posición de cada uno en este nuevo tablero de ajedrez surrealista en que nos habíamos encontrado sin querer. A pesar de saber que seguramente era justo eso lo que pretendía Martin, no lo pude evitar. Así que llamé a Sean y le pregunté cuándo le vendría bien venir con Dec a Villa Hiedra.

Al día siguiente estaban allí, lo que me conmovió más de lo que, aun queriendo, habría podido reconocer ante ellos. Les trasmití el mensaje cachondeándome de Sean por haber cogido algún kilo y de Dec por lo de Jenna.

—Tío, pero ¿cuántas mujeres hay en Dublín? ¿Medio millón? Tiene que haber por lo menos una soltera y cuerda, pero no...

—Y que no pida mucho —apuntó Sean.

—Eso también.

—¿De qué habláis? —preguntó Dec, ofendido—. Yo tengo trabajo y todo mi pelo. Eso es más de lo que pueden decir muchos.

—Eres un cascarrabias de mierda —le dije—. Yo no sé si te aguantaría.

—Yo no soy... Melissa, di la verdad. ¿Soy un cascarrabias de mierda?

—Eres un amor.

—¿Lo veis?

—¿Qué va a decir ella? Es buena persona y te tiene ahí delante...

La mesa de la cocina, donde tantas noches habíamos pasado en nuestra adolescencia, cargada ahora con fuentes de dibujos coloridos —pasta, ensalada, parmesano—, platos apurados, copas de vino medio llenas, flores naranjas encrespadas y candelabros de plata pulidos. Mi tío estaba riendo, con la barbilla apoyada en los dedos entrelazados, la luz de las velas parpadeando en sus gafas («Siempre han sido así», en un aparte a Melissa, que estaba también riendo, radiante como un sol en su vestido amarillo). Entrelacé mis dedos con los suyos sobre la mesa y le apreté la mano.

—Por lo menos yo no soy un gordo cabrón —dijo Dec mirando a Sean, que sacó barriga y se dio una palmadita afectuosa.

—Todo músculo.

—Ostras, compadre. Será mejor que hagas algo o no vas a caber en el vestido de novia.

—Lo que no va a caber es en las fotos de boda...

Le habían traído una bolsa de regalos a mi tío, igual que habían hecho conmigo en el hospital: chocolatinas pijas, libros, DVD, armañac... Yo no recordaba que a mi tío le gustaba aquel aguardiente, pero Dec tenía una larga historia de cuando teníamos quince años y habíamos asaltado el armario de las bebidas y a punto estuvimos de morir dándole un trago enorme tras otro, aunque ninguno había querido ser el que se la terminara.

—A Toby parecía que iba a darle algo, a punto de explotar, colorado perdido, con las lágrimas saltadas... Le dije que era una maricona, perdón por la palabra, y siguió, ¿verdad? Lo siguiente que supe fue que me daba vueltas la habitación y creía que me iba a dar un ictus... Yo sé que tú te diste cuenta, Hugo, que íbamos hasta las trancas, pero te lo curraste y no dijiste nada...

—Bueno —dijo mi tío sonriendo e inclinándose para sacar la botella de la bolsa de los regalos—, ahora podéis tomar todo el armañac que queráis, y disfrutarlo como es debido. Toby, ¿puedes coger unos vasos?

Mis amigos se levantaron conmigo para ayudarme a despejar la mesa.

—El jardín está hecho una pena —comenté señalando hacia la cristalera al pasar por delante—. Hemos intentado replantar algunas cosas, pero yo diría que estamos empeorándolo.

—Ya volverá a crecer —dijo Sean—. Un buen puñado de semillas de césped, otro de flores silvestres...

No habíamos hablado de Dominic en toda la noche. Mis amigos no habían querido sacar el tema: le habían preguntado a mi tío cómo se sentía, cómo le iba el tratamiento, habían contado historietas divertidas del trabajo, Sean había sacado el móvil para enseñarnos las fotos de su fiesta de compromiso con Audrey («Santo Dios, mírala, toda una mujer; yo sigo viéndola como una cosita escuchimizada con aparato en los dientes...»). Yo había tenido que morderme la lengua, retorciéndome de la impaciencia por encontrar el momento adecuado, y ya no podía permitirme esperar mucho más: seguramente estuvieran pensando en largarse después del armañac.

—Aquel tocón de ahí —dije—. Ese era el olmo en el que... ¿El olmo grande que había?

Dec se detuvo, con una pila de platos en la mano, para mirar al exterior.

—Tengo un vago recuerdo. Los inspectores me preguntaron por lo mismo. Alguien les había contado que yo me había subido al árbol en una fiesta y que me había puesto a cantar *Wonderwall*.

—Seguramente se lo contó mi prima.

—Pues dale las gracias de mi parte. Recuerdo haberme montado en un árbol y cantado, eso sí... Joder, qué morado tenía que estar... Pero yo no soy botánico ni nada de eso, no sé si me entiendes... Pudo haber sido un olmo, un roble o un puto árbol de Navidad, por lo que a mí respecta.

—Yo creo que eso fue en el cumpleaños de Leon —dije, aunque no tenía ni idea de si era verdad o no—. Los polis estaban obcecados con el tema; querían saber quién había venido a la fiesta.

—Yo creo que nunca he probado el armañac —terció Melissa inclinándose hacia Hugo para ver bien la botella—. ¿A qué sabe?

—Te lo voy a decir —dijo Sean volviendo la cara desde el fregadero—: es como una mujer guapísima, ¿vale?, en plan un pibón absoluto, pero con cinturón negro de karate. Si la tratas bien, te hará sentir el rey del mundo. Pero como no le muestres su debido respeto, te dará de hostias hasta en el carné de identidad. Todavía puedo sentir la resaca.

Mi tío se reía.

—No sé si habrás probado el coñac —le dijo este a Melissa—; es parecido, pero más sustancioso, con un sabor más a tierra. Aunque es droga dura si tienes quince años y te lo bebes de gañote de la botella. Pero este está riquísimo, tiene pinta de ser suave como la mantequilla. Estos chicos no se andan con chiquitas.

No querían hablar de Dominic.

—Yo me cubrí de gloria con los polis —comenté—. Me da que creyeron que estaba tomándoles el pelo, pero en realidad el problema es que no me acuerdo de nada de la fiesta, por lo hecha mierda que tengo la memoria.

En el silencio que se hizo me encogí de hombros en plan irónico, con los ojos puestos en los vasos que estaba colocando delante de mi tío, para no tener que verle la cara a nadie. Solo mencionar el tema me provocó un vuelco al estómago, era humillante, vergonzoso y peligroso, pero ahora que por fin le había sacado el lado positivo a mi memoria de mierda, pensaba exprimirlo todo lo que hiciera falta.

—Sí, seguramente se lo tendría que haber dicho, pero...

Y, cómo no, tras un mínimo silencio fugaz:

—Esa fue la fiesta en la que la colega de Audrey, Nessa, se pasó media noche llorando en el baño —dijo tranquilamente Sean, que estaba enjuagando los platos para meterlos en el lavavajillas—. Porque se había enrollado con Marcus O’Halloran dos días antes y él estaba pasando de su culo. No fue de las fiestas más gordas, no había tanta gente... Fue poco después de las notas de los finales y de las respuestas de las facultades, así que la gente estaba ya un poco harta de fiestas. Estábamos nosotros tres, tus primos, Audrey, que se trajo a Nessa y a Lara...

—Tu primo Leon invitó a sus tres colegas *emo* —dijo Dec con sonrisa burlona—. Y se quedaron por ahí jugando a Dragones y Mazmorras o lo que quiera que estuvieran haciendo. Y también vinieron algunas de la panda de Susanna..., la rubita pequeña, ¿y la bocazas esa con el pelo de flipada?

—Y algunos de los muchachos. Dominic vino, sí. Y Marcus, por supuesto. Y recuerdo a Bren cagándose en todo porque Nessa estaba ocupando el baño, y si vino Bren, entonces supongo que también vendrían Rocky y Mal...

Melissa se había quedado callada, sentada con un pie remetido por debajo, sus ojos oscuros en la luz tenue moviéndose de uno a otro.

—Eso sí que me suena, sí, lo de Nessa encerrada en el baño. ¿Y no le hicimos a Leon un bizcocho de hachís?

—Es verdad —coincidió Sean, su cara iluminándose de placer: ¡mirad, estamos ayudando, Toby está mejorando delante de nuestros propios ojos!—. Nos salió como el culo, no parecía ni un bizcocho, pero cumplió con su cometido. Uno de los *emo* se comió como cuatro trozos y luego no podía parar de reírse tirado en el suelo.

Mi tío seguía toqueteando la botella mientras intentaba descorcharla, pero se le escurría. Melissa le tendió una mano y mi tío se la pasó con una mueca de ligera tensión.

—Un momento, pero ¿por qué preguntan los polis por esa fiesta? —quiso saber Dec—. Eso fue mucho antes de que desapareciera Dominic.

—Por no sé qué de la llave del jardín, creo —dije—. Se perdió en la fiesta, y quieren saber quién pudo haberla cogido.

—Ah, sí, me preguntaron por la llave. Que si recordaba dónde la guardabais... Sabían que me había quedado una temporada en la casa, el verano anterior. ¿Se lo dijiste tú?

—No —dije—. Pero, vamos, que la llave no es que estuviera escondida ni nada; estaba colgada de un gancho al lado de la puerta. Podía haberla visto cualquiera que hubiera bajado por allí.

—Sí, yo me acuerdo —dijo Sean—. Con un llavero grande de un perro negro. Metálico.

—Esa misma. Me he estado volviendo loco intentando recordar si había visto a alguien con ella en la fiesta, pero... —Me encogí de hombros—. En fin, yo qué sé.

Mis amigos intercambiaron una mirada.

—Yo no vi nada. Si hubiera visto a alguien tonteando con la llave, le habría dicho algo.

—Yo tampoco —corroboró Dec—. ¿No fue esa la fiesta en que no podíamos ni ir a esa parte del jardín?, ¿porque estaba llena de barro y con la tierra revuelta? ¿No habías puesto tú algo, Hugo, unas rocas o...?

Mi tío levantó la vista como si Dec lo hubiera sobresaltado, pero dijo con bastante presteza:

—Eso tuvo que ser la rocalla. Sí, estoy seguro de que fue ese verano...; los tres primos me ayudasteis, ¿te acuerdas? —Sí que recordaba vagamente haber cargado piedras bajo un sol alegre de verano, los brazos desollados, la música de la radio saliendo por las ventanas abiertas, mi tío ladeando la cabeza: «Un poco más a la derecha, ¿podría ser? ¿Cómo lo veis?»—. Al final no quedó nada mal.

—Sería eso —dijo Dec—. Bren intentó bajar hasta allí y se tropezó en un hoyo y se llenó de barro sus bonitos vaqueros caros, así que después de eso nos quedamos todos por aquí. Por eso Bren se cabreó por que Nessa estuviera acaparando el baño: quería quitarse los vaqueros para enjuagarlos.

—Al final lo hizo aquí, ¿os acordáis? —intervino riendo Sean—. Se quitó los vaqueros así —(a lo estríper, contoneo de cadera)—, y todas las niñas chillando, y luego Rocky y Mal le quitaron los vaqueros y se los tiraron a un árbol.

—Santo cielo —dijo sonriendo mi tío—. Yo me perdía todo lo bueno. En esa época tenía reservas de tapones de uso industrial. Gracias, querida... —A Melissa, que había servido el armañac y estaba pasando las copas.

—Entonces, ¿qué creen los polis? —preguntó Dec—. ¿Que Dominic mangó la llave y luego volvió para quitarse de en medio? ¿O que la mangó otra persona que lo trajo a él hasta aquí?

—No tengo ni idea de lo que creen —dije—. Yo diría que no lo saben ni ellos.

—Por lo menos —comentó Sean, volviendo a su sitio y sacudiéndose el agua de las manos—, si están preguntando por la llave es porque creen que fue

alguien de fuera. No creen que le abriera la puerta alguien de la familia y que luego lo matara. Es todo un detalle.

No se me había ocurrido pensarlo así, y me gustó como idea, salvo porque me costaba mucho creer que fuera todo tan sencillo.

—Yo no creo que nadie lo matara. Dios, que estamos hablando de Dominic Ganly, ¿por qué iba a querer matarlo nadie?

Esa era para Dec: le encantaba tener algo que rebatir. Mordió el anzuelo del tirón.

—¿En serio? A ver —(acercando la silla a la mesa, revigorizado ante la perspectiva de una discusión)—, vamos a ver, vale que parezca increíble pensar que conocemos a alguien a quien tal vez hayan asesinado. Pero puesto que es así, ¿no?, y puesto que, admitámoslo, tiene toda la pinta de que fue eso lo que pasó, ¿tanto te sorprende que fuera Dom?

—¿A ti no?

—Si te soy realmente sincero, no. A nadie le gusta hablar mal de los difuntos, pero ya ha pasado bastante tiempo y creo que podemos decirlo, ¿no? Dominic era un poco gilipollas.

—Venga, hombre, gilipollas éramos todos; teníamos dieciocho años.

Mi amigo se puso a sacudir la cabeza con vehemencia, apartándose los rizos de la cara.

—Nonono, no es lo mismo.

—Tiene razón —lo apoyó Sean—. Por una vez. Era un tocapelotas.

—Se pasaba la vida dándome la brasa con mi acento, a diario. Hacía como si no me comprendiera.

—Pero todos nos cachondeábamos de todos —dije—. Y además es que es verdad, nadie te entendía.

—Pero no tenía gracia, tío, en esa época no. Me pasé todo el primer curso asustado de abrir el pico delante de Dominic, porque sabía que me tomaría el pelo y todos se reirían de mí. Al final Sean lo mandó a tomar por culo —(levantó la copa hacia este, que asintió y alzó la suya)—, y después de eso la cosa mejoró, pero aun así... ¿Te acuerdas de la vez esa en tercero, que estaban mangando cosas de los vestuarios? Dominic hizo correr el rumor de que era yo, porque era un barriobajero, claro, y ya se sabe cómo son, seguramente vendía lo robado para sacarme pasta... Y la peña le creyó y dejaron de invitarme a sus casas por si me iba con la Xbox debajo del jersey.

—Ostras —exclamé (aquello no cuadraba en absoluto con mi recuerdo de Dominic, no era ningún santo, pero aquella maldad tan premeditada...)—.

¿Seguro que fue él quien hizo correr el rumor?

—Sí, seguro. Le planté cara, pero se descojonó de mí y me preguntó qué pensaba hacer al respecto. Y la respuesta, evidentemente —(sonreía pero no muy divertido)—, sacándome dos cabezas como me sacaba, fue que nada.

No pude evitar querer preguntárselo de nuevo, que si estaba seguro después de tantos años, si no estaría confundiendo las cosas... Yo siempre había dado por hecho que Dominic no era más que un tío decente, normal y corriente, pero cuando me paraba a pensarlo no sabía por qué. Hacía unas semanas habría dicho que conocía bastante bien a Dominic; pero ahora pensar en él era como pensar en un desconocido, alguien que se hubiera sentado durante años en la fila de enfrente en el tren camino del trabajo, pero con el que nunca había tenido una conversación de verdad.

—Ostras —repetí—. No tenía ni idea.

—Ya, bueno, no quería que lo supierais. Ya bastante humillante era el asunto como para que tuvierais que intervenir vosotros y venir al rescate.

—Yo tampoco tenía ni idea —me dijo por lo bajo Sean en un aparte—. Yo creía que la cosa había parado cuando le mandé a tomar por culo. Y tampoco nos lo habría dicho nadie más.

—Y no lo digo por poner verde a Dominic y eso —siguió Dec—. No es que me haya dejado un trauma de por vida ni nada; no voy a llorar en mi armañac..., que, por cierto, está riquísimo, Hugo, y ahora sí que me avergüenzo de cómo traté el tuyo en su momento. —Mi tío asintió mientras sorbía de su copa y nos miraba en silencio (había algo en él y en Melissa, esa quietud, esos ojos moviéndose en la sombra, que les daba un extraño parecido entre ambos)—. Lo digo porque no fue solo a mí. Hay peña, pero montón de peña, a la que Dominic le hizo cosas peores. Y no estoy diciendo que lo matara alguno de ellos... Yo de hecho no creo que lo matara alguien, yo creo que lo de los exámenes finales fue la primera vez en su vida que no conseguía salirse con la suya ni a golpe de dinero ni de abusos, y no supo sobrellevarlo. Yo solo digo que la idea de que alguien quisiera verlo muerto no es tan descabellada.

—Pues yo lo que recuerdo es que siempre me llevé bien con él. Lo único es que... —(no fingí la succión de aire antes de seguir, me estaba costando de verdad)—... a lo mejor no me acuerdo. Y no sé, como que, viendo todo lo que está pasando, como que debería saberlo.

—Yo no me acuerdo de que tuvieras problemas con él —dijo Sean estirándose para rellenar las copas—. Yo tampoco los tuve. Y no digo que me

cayera bien, pero que a mí no me hizo nada personalmente.

—Lo que sí pensaba es que... No sé si me lo estoy inventando, pero... ¿no le metía un poco de caña a mi primo Leon?

—¡Un poco, dice! —exclamó Dec—. Dominic se portaba como el culo con tu primo, mucho peor que conmigo. Creo que hasta le pegó un par de palizas y todo.

Mi tío se removió en el sitio, una mueca de disgusto en la cara que tapó cuando se llevó el vaso a la boca.

—¿Tú recuerdas algo de eso? —me preguntó.

—No —dije algo más fuerte de la cuenta (y no porque hubiera ninguna nota acusatoria en su voz, había sonado de lo más neutral, pero, aun así, la idea de que yo me hubiera quedado de brazos cruzados mientras le daban una paliza a mi primo...)—. Yo lo único que vi fue que se cachondeaba de él, lo típico, nada de...

—A lo mejor estoy yo equivocado —apuntó Dec—. Yo tampoco vi nada. Yo hablo por lo que se rumoreaba.

—¿Y a mi prima? Dom no se metía con ella, ¿no?

Mi amigo se encogió de hombros.

—No recuerdo que se metiera con chicas. Y no creo ni que fuera muy consciente de su existencia.

—A mí me suena algo de que intentara tirarle los trastos —apuntó Sean—, pero tu prima lo mandó a paseo bastante pronto. Susanna sabe lo que se hace.

—Creo que va siendo hora de que me acueste —intervino mi tío—. No —(amable pero con mucha rotundidad, una mano fuerte sobre mi hombro cuando hice amago de seguirlo, mi boca abriéndose para poner alguna excusa sobre el baño)—, esta noche no. —Y cuando Sean y Dec se levantaron—: No, no, no os quiero echar. Quedaos a charlar con Melissa y Toby, que les viene bien un poco de compañía; se pasan aquí todo el día encerrados con un viejo decrepito como yo. —Les dio a cada uno un apretón breve con un solo brazo y les sonrió mirándolos a la cara—. Muchas gracias por haber venido. Hemos echado una velada estupenda, y significa mucho para mí. Buenas noches, y que volváis bien a casa.

Escuchamos en silencio el lento golpe y arrastre mientras subía las escaleras —«Un momento», dije levantando una mano cuando Dec hizo amago de hablar—, y seguimos los titileos de movimiento mientras se preparaba para acostarse: crujido del parqué al atravesar el rellano para ir al baño, pisadas amortiguadas de un lado a otro en su cuarto y, por último, el quejido de los

muelles de la cama, todo tan sutil que apenas lo habría oído si no fuera porque sabía perfectamente qué tenía que escuchar.

—Vale —dije por fin—, creo que está bien.

—¿Le habremos cansado? —preguntó Dec, que se había quedado sentado muy recto y alerta, con los ojos yendo y viniendo entre Melissa y yo, intentando saber si debía preocuparse—. ¿Por eso se ha acostado antes?

—Casi siempre se acuesta sobre esta hora —explicó Melissa—. Siempre pegamos la oreja, por si acaso.

—La visita le ha sentado de maravilla —dije—. Estaba encantado de teneros aquí.

—Entonces, volveremos —dijo Sean—. Pronto.

No fui consciente, no del todo, hasta que no vi a mi tío a través de los ojos de mis amigos: el doloroso arrastre de los pies, la forma de inclinarse sobre el bastón, los huecos bajo los pómulos y lo afilada que tenía ahora la nariz.

—Sí, estaría bien.

—¿Han dicho algo los médicos? —preguntó Dec—. ¿Cuánto tiempo creen que le queda y eso?

—Seguramente unos meses. Este verano nos decían que de cuatro a seis, así que como para finales de año, imagino. Aunque ha respondido bastante bien a la radioterapia, de modo que puede que algo más. Pero no nos garantizan nada; al parecer, insisten mucho en eso. Podría durar hasta primavera o podría darle un ictus mañana mismo.

—Joder —musitó Dec.

—Ya.

—Volveremos —repitió Sean.

—Por cierto —me dijo Dec, en voz más baja, inclinándose y mirando hacia el techo como si Hugo pudiera oírle—. No he querido decirlo antes porque tu tío parecía un poco escamado, pero Dominic fue un auténtico capullo de mierda con tu primo. Pero en plan chungo. Le decía a la gente que Leon tenía el sida, para que nadie se acercara a él. Y resulta que una vez Dom y un par de colegas suyos arrastraron a tu primo hasta las duchas, lo amordazaron con los sensorios en la boca e intentaron meterle algo por el culo... A mí me dijeron que había sido un botellín de Coca-Cola, y que luego quisieron obligarle a bebérselo. No sé hasta dónde llegaron en realidad, pero... —Y al ver la cara que yo estaba poniendo—: ¿No te acuerdas de nada?

—No —dije, y era cierto (aquello no tenía nada que ver no solo con el Dominic que yo recordaba, sino con el mundo que yo recordaba: parecía estar

hablando de un instituto totalmente distinto al mío, o como de una película medio de miedo de internados ingleses, con un mensaje feroz sobre la oscura naturaleza del ser humano)—. ¿Estás seguro al cien por cien de que eso fue así? Porque, tío, estás hablando de una movida bien chungueta. Yo nunca vi nada parecido en el instituto, pero nada ni a años luz de eso. Y yo quiero a mi primo, pero puede ser más exagerado que la leche.

Mi amigo se me quedó mirando con una expresión nueva en la cara, o más bien sin expresión alguna, hasta el punto de que era como un reflejo plano.

—Hombre, el instituto no era ningún paraíso. No eran solo bromitas graciosas para que luego nos echáramos todos juntos unas buenas risas. A veces la cosa podía ponerse en plan *hardcore*.

—Venga ya. Tampoco es eso, yo estaba allí. Puede que tenga la memoria hecha mierda, pero no tanto. —En un acto reflejo miré de reojo a Melissa (normalmente no decía palabrotas delante de ella), pero estaba haciendo formas con la cera de la vela, los ojos gachos, y no levantó la vista.

—Yo no digo que sea tu memoria. Lo único que digo es que estás muy equivocado. Me creo que para ti el instituto nunca fuera nada de eso. Pero eso no quiere decir que no lo fuera para nadie.

—No estoy amnésico perdido. Y no soy tan tonto. Si hubiera estado pasando todo eso a mi alrededor...

—Alrededor, tú lo has dicho, no en tu cara. No eras ningún soplapollas, eras un buen tío, así que no intentaron meterte en nada de eso. Y tampoco habrían intentado hacerte nada porque la gente no se mete con los que son como tú. Pero con alguien como tu primo...

—Leon es un puto exagerado y le encanta el drama. Puede coger cualquier cosa mínima y convertirla en el apocalipsis. Lleva haciéndolo toda la vida. A mí me han castigado porque él...

—Lo de la Coca-Cola no me lo contó tu primo, me lo contó Eoghan McArdle. Lo presencié, pero le dio miedo hacer algo, por si luego la tomaban con él, así que se largó por patas. Dijo que fue a buscar a un profesor..., puede ser, no lo sé. Pero Eoghan no era ningún exagerado. En absoluto. Y estaba muy afectado, por eso me lo contó: sabía que yo era colega tuyo y pensó que a lo mejor yo sabía lo que había pasado al final.

Me quedé sin palabras. Por una parte, por la indignación, hacia Dominic y, por absurdo que pareciera, hacia mi amigo: a mí me gustaba mucho el instituto, lo recordaba con verdadero cariño y con una sonrisa interior por todas las trastadas que habíamos hecho, pero, por lo visto, ahora el instituto en el que yo

tanto había disfrutado nunca había existido en realidad. Sin embargo, por otra parte, más allá de todo eso, sentí un chisporroteo mucho más agudo de emoción porque todo empezaba, aunque fuera solo levemente, a tener sentido.

—Yo intenté tantearte al respecto —siguió Dec—, con tacto, ¿sabes? Pensé que a lo mejor tu primo te lo había contado. Pero parecía que no tenías ni idea. Así que me dije que a lo mejor Leon era como yo y prefería que nadie lo supiera...; a ver, siendo sinceros, nadie quiere contar una historia como esa, ¿no? Así que cerré el pico, y me dije que la decisión era de Leon.

—Tendría que habérmelo contado —dije (tenía el corazón en la garganta, acelerado)—. Podría haber hecho algo.

—Mira —dijo Dec, inclinándose sobre la mesa para mirarme a los ojos, señalándome con el vaso para enfatizar sus palabras—. Yo no estoy acusando de nada a Leon, ¿vale? Todos sabemos que no le hizo nada a Dominic. Tu primo es buena gente. Y asumámoslo, aunque hubiera querido, habría sido como un chihuahua intentando cargarse a King Kong.

—Ya lo sé.

—Te lo digo porque seguramente lo tuyo es que tengas todo esto en cuenta, ¿no? Por si vienen los inspectores esos con más preguntas.

—Jo, sí, tío, muchas gracias. —Sabía que mi voz sonaba rara, tensa y jadeante, pero no pasaba nada; había razones lógicas para ello—. A la poli no se lo contaste, ¿verdad, Dec?

—Qué va, ni de coña.

—Bien. Es lo que has dicho, que Leon no... Así que no hay por qué mandar a la poli tras una pista equivocada.

Dec asentía convencido.

—Exacto.

Leon. No tenía ni idea de cómo estaba todo conectado, pero era así, tenía que serlo. Mi primo, el que estaba desesperado por que no se vendiera la casa: un propietario nuevo podría decidir talar los árboles y ¡sorpresa! Mi primo, el que quería tirar el cráneo a la basura y olvidarse del tema; mi primo, el que tenía el corazón en vilo por culpa de la policía. Mi primo, que, pese a tanto quejarse de tener que volver al trabajo y con su novio, seguía allí semanas después: no podía irse mientras aquello siguiera sin resolverse. Mi primo, que había tenido razones excelentes para querer ver muerto a Dominic. Y mi primo, que habría recordado que saqué fotos con aquella cámara en su cumpleaños, que podía haber tenido razones para preocuparse por lo que podía haber en ellas...

Sean, Dec y Melissa se habían quedado los tres mirándome con idénticas expresiones de preocupación, y me imaginé la cara que debía de estar poniendo.

—Debería haberlo sabido —dije.

—¿Cómo? —replicó Sean—. Dominic no se habría venido con mierdas de esas estando tú delante. Y no es que seas ningún médium. Yo tampoco lo sabía.

Melissa deslizó la mano bajo la mía sobre la mesa.

—O a lo mejor Leon te lo contó —dijo con suavidad—, y sí que le dijiste a Dominic que dejara en paz a tu primo. Puede que no te acuerdes.

—Ya, claro —dije con un rebufo de risa.

Lo dudaba seriamente. Mi primo, el que me lanzaba indirectas insidiosas sobre lo fácil que lo había tenido yo en la vida. Mi primo, el que habría considerado lo de Dominic razón de sobra para tenérmela jurada, para dirigir sutilmente a la poli hacia mí: a mí la gente me hacía caso, tendría que haber hecho algo, tendría que haber dado la cara por él; para alguien como Leon, habría dado igual que yo no hubiese tenido ni idea de lo que estaba pasando.

—Aunque podría ser verdad, y sería una opción mucho más digerible —dije, a lo que Melissa me apretó la mano.

—Ya te volverá la memoria —dijo Sean—. Dale tiempo. Se te ve que estás ya mucho mejor.

—Lo estoy.

—Sí —dijo Melissa cuando Sean la miró de reojo.

—Por una vez te ha venido bien esa cabezota terca que tienes —dijo Dec.

—Aquella noche —dije, y tuve que volver a tomar aliento—. La noche que pasó, como que se me fue todo de la cabeza de un porrazo, ¿no? Me han vuelto muchas cosas, pero sigo teniendo grandes lagunas. Y eso me ha estado volviendo loco.

—Es igual que cuando yo sufrí la conmoción aquella —dijo tranquilamente Sean—. El partido con los del Gonzaga, ¿te acuerdas? Con ese pilar que tenían, más grande que un alce, que le hice un placaje y me desmayé y todo. Jugué el resto del partido, pero no me acuerdo de nada en absoluto.

—Pues tú —me dijo Dec señalándome con un dedo— te pasaste esa noche cachondeándote de mi pelo. Porque eres un capullín. Aquí tu novio, ¿sabes, Melissa?, tu novio ve que estoy admirando a una mujer muy guapa de la mesa de al lado. Algo que es de lo más normal, ¿no?, dado que yo estaba soltero entonces. Pues el tío se pone a acusarme, a grito pelado, de tener implantes en el pelo...

Poco a poco —todo para los oídos de Melissa, como si estuvieran contándole la historia a ella, para hacerla reír— reconstruyeron la noche para mí (o al menos la mayor parte: tuvieron la delicadeza de pasar por alto el tema de la morena echándome el ojo y los problemas del trabajo). Conforme hablaban, mi memoria fue retorciéndose y volviendo a la vida: de forma caprichosa, casi como en un juego, rellenando aquí con un barrido muy vivo de imágenes y tan solo una pincelada allá, para luego pasar de largo dejando a su paso tentadores parches de sombras y vacío. Sean señalando a Dec, «que adónde íbamos de vacaciones, y Toby y yo queríamos ir a Tailandia a toda costa, pero en cambio este, que es tonto y siempre tiene que llevar la contraria, venga a dar la brasa con Fiji»..., y me vino entonces una imagen fugaz de mí blandiendo el móvil delante de Dec: «Mira, mira lo que pone aquí, el colega este dice que las playas de Fiji están llenas de perros salvajes, ¿qué quieres, que te coman vivo?». Yo me reía con Melissa, pero con cada imagen fugaz me recorría un chispazo eléctrico.

Salvo porque no me contaron nada nuevo, comprendí con el estómago haciéndoseme un nudo lentamente mientras mis amigos avanzaban por la noche. Yo había estado esperando oír el fragmento vital que habría hecho que todo encajara; pero, en lugar de eso, estaban contándome una noche de chicos, de lo más corriente en todos los sentidos, salvo por el filtro cutre de la retrospectiva, que le daba a todo un punto agorero y siniestro. O peor: había estado tan centrado en esa esperanza que se me había olvidado reflexionar sobre el efecto que tendría en mí hablar sobre aquella noche. Tenía la impresión de que hablaban de otra persona, alguien con quien había tenido una relación muy cercana hacía tiempo; mi hermano preferido quizá, arrogante y cachondo, pero tan inocente que te desarmaba, a gusto con todo el mundo y con su sitio en él, y ahora perdido. La añoranza por que volviera era como una fuerza física que me succionaba las entrañas y me dejaba hueco.

Lo que me salvó, por raro que parezca, fue que me lo había buscado yo solito. La sensación de espiral vertiginosa era tan fuerte y horrenda como siempre, pero, por primera vez, no me la habían plantado en la cara de buenas a primeras; la estaba utilizando, estaba cabalgando en su lomo con un propósito propio. Tal vez la revelación sobre mi primo no fuera suficiente, pero era algo, un comienzo, y la había destapado yo solo. Yo estaba controlando la velada, y sentaba bien. Hacía mucho tiempo que era incapaz de controlar nada más complejo que un microondas.

—Y luego metimos a Dec en un taxi —dijo Sean—, antes de que se pusiera

a decirnos que nos quería.

—Más quisieras. Eso lo pienso hacer en tu boda, ¿qué te parece? Para que tu nueva familia política pueda verte haciendo pucheros como un auténtico...

—¿Quién te ha dicho que estés invitado?

—Somos tus padrinos, so payaso. ¿O quieres que lo haga por Skype?

—Pues sí, mira, eso estaría de puta madre...

—¿Os vais a ir al final a Tailandia? —pregunté—. ¿O a Fiji?

—Qué va —dijo Dec—. El tontorrón este —(barbilla hacia Sean)— quería esperarte. Yo era más partidario de que te dieran por ahí, pero...

—Él decía que no tenía pasta —me dijo Sean—. Lo que significaba que quería esperarte también, pero no tenía huevos de decirlo. Iremos el año que viene.

—Si Audrey te deja salir de tu casa —apuntó Dec.

—Para entonces ya estará deseando perderlo de vista —dije—. Es posible que hasta lo empuje por la puerta. —Entre el vino y el armañac, había bebido bastante; eso y la luz de las velas envolvía a mis dos amigos en un vivo resplandor dorado, como héroes legendarios, atemporales e inquebrantables, y me entraron ganas de alargar la mano sobre la mesa y cogerles los brazos, para sentir su calidez y su solidez—. Salud, chicos —dije en cambio, y levanté el vaso—. Gracias, por todo.

—Ostras, no —dijo asqueado Dec—. Otro igual no.

—Ha estado bien ver a los chicos —dijo Melissa cuando se hubieron ido y nos quedamos recogiendo (era tarde, las velas se habían fundido hasta quedarse en muñones de estalagmitas, una emisora de viejos *crooners* con el volumen bajo para poder oír a Hugo si nos llamaba; por el jardín revoloteaba un viento agitado)—. ¿No?

—¿Eh?

Estaba cargando el lavavajillas y tarareando al son de la música: en teoría tendría que haber estado que me caía, entre la bebida y el cansancio, pero parecía más bien que iba de *speed*. La mitad de mi cerebro estaba trabajando en cómo hacer que mi primo viniera a Villa Hiedra, y en qué le diría una vez que lo tuviera aquí acorralado; si realmente él estaba detrás de todo eso, me sentía en parte casi impresionado: jamás habría creído que tuviera el impulso organizativo para planear algo tan elaborado. Lo que no me cuadraba era la fecha de lo del robo. Si lo que quería era la cámara, ¿por qué no les había

dicho a sus colegas chungos que entraran por el día, mientras yo estaba en el trabajo, para que hubieran podido buscarla en paz? A no ser que... el horario nocturno hubiera sido un añadido de ellos, porque era más fácil salir en plena noche con una pantalla plana gigante..., o a no ser que mi primo hubiera querido que yo me los encontrara, que me dieran un susto, que me pegaran incluso: un rollo de justicia poética en plan cabrón, «súfrelo en tus carnes» y esas cosas...

—Ah, sí, sí. Ha estado muy bien.

—Sean está superemocionado con la boda, ¿no te parece? Hace como que no le da importancia, pero es entrañable. Y Dec está mejor de lo que creía después de lo de Jenna. —Melissa se había esforzado por simpatizar con la novia de mi amigo, pero hasta ella tenía sus límites.

—Está mejor así. Y en el fondo él también lo sabe.

Recogió las migas de pan del mantel y se las echó en la mano.

—¿Y tú te lo has pasado bien? —Era la segunda vez que me lo preguntaba.

—Claro que sí —dije alegremente; y al ver que me miraba de reojo—: ¿Qué pasa, no te lo ha parecido?

—¡No, sí! La mayor parte del tiempo. Es solo que... todo lo de Dominic... y Leon.

—Bueno —dije haciendo una mueca (dolido pero no enfadado, viéndolo todo con perspectiva)—, está claro que son cosas feas. Pero fue hace mucho. Y supongo que tenéis razón, yo hice todo lo que pude. No me voy a fustigar ahora por eso.

—Bien. —Una sonrisa fugaz, pero seguía teniendo una diminuta arruga de preocupación en el entrecejo; al cabo de un momento, mientras quitaba un trozo de cera del mantel, añadió—: Has estado haciéndoles muchas preguntas.

Yo estaba colocando vasos en el lavavajillas, a un ritmo rápido y eficaz, incluso me sentía la mano más fuerte.

—¿Ah, sí? Puede ser.

—¿Y eso?

—Pensaba que ellos recordarían mejor a Dominic. Y, por lo que se ve, no me equivocaba.

—Sí, pero ¿qué más da? ¿Por qué quieres saber más sobre él?

—Me gustaría tener alguna idea de qué está pasando —dije, pensando que era bastante razonable—. Visto que hemos acabado metidos en medio de todo este follón...

Me buscó los ojos rápidamente.

—¿Crees que saben algo de lo que pasó? ¿Sean y Dec?

—No, tampoco es eso. —Yo me reí, ella no—. Pero sí, puede que sepan algo, pero que no sean conscientes de lo que significa. Lo más seguro es que no, pero, oye, por preguntar tampoco pasa nada, ¿no?

—Eso ya lo están haciendo los inspectores.

—Ya, claro, pero a lo mejor no nos cuentan lo que descubren o no lo descubren tan rápido. Mi tío quiere saber qué pasó, dice que cree que tiene derecho a saberlo. Y yo lo puedo entender.

Eché el puñado de migas en la basura, pero sin mirarme.

—Supongo.

—Y a lo mejor hay cosas que yo puedo descubrir y la poli no.

Un momento de silencio. Luego:

—O sea, que vas a seguir haciendo preguntas, intentando averiguar qué pasó.

Me encogí de hombros.

—En realidad no lo había pensado así.

Quitó el mantel de la mesa con un movimiento rápido y conciso y se volvió para mirarme.

—Yo preferiría que no lo hicieras —dijo con rotundidad.

—¿Cómo? —Aquello no me lo esperaba; si acaso habría esperado que me apoyara y me diera ánimos, por mi tío, lo que hiciera falta, lo que hiciera falta con tal de que yo siguiera con interés en algo y lleno de energía—. ¿Por qué no?

—Porque puede que a Dominic ¡lo asesinaran! No es ningún juego. Los inspectores son profesionales, es su trabajo. Déjasele a ellos.

—Cariño, esto no es Agatha Christie. No me van a apuñalar en la biblioteca con un abrecartas por acercarme demasiado a la verdad.

No sonrió.

—Eso no es lo que me preocupa.

—¿Entonces?

—Que no sabes lo que te puedes encontrar.

—Bueno, ese es el tema. —Pero al ver que seguía sin sonreír—: ¿Como qué?

—No lo sé. Pero ¿crees que puede ser algo que te vaya a hacer feliz? Toby —(sus manos más tensas en el mantel)—, has mejorado un montón. Sé lo duro que ha sido, pero es cierto, y es estupendo. Y ahora esto... esto no tiene pinta de llevarte a ningún sitio bueno. Ya solo esta noche te has..., te has agobiado,

yo me doy cuenta... Lo que nos queda por delante no va a ser fácil, con Hugo —(y por encima de mí, cuando quise hablar)—, y no pasa nada... Bueno, no es que no pase nada, pero es lo que hay, y lo superaremos como haga falta. Pero meterte en algo deliberadamente que sabes que puede hacerte daño, hacértelo a ti mismo..., no es lo mismo, Toby. No está bien, y ojalá pudieras dejarlo estar.

Me quedé mirándola, y la vi allí tan frágil y tan seria en medio de la cocina destartalada de mi tío, con su viejo mantel gastado entre las manos, los pequeños reflejos de las velas titilando en las cristaleras oscuras a su espalda. Pero lo único que yo veía en mi cabeza era a mí llevándole la respuesta de todo aquello empalada en mi lanza, bien alto, para ponerla a sus pies como un triunfo. La imagen me recorrió la sangre como una bala trazadora, como otro trago largo y delicioso de armañac. Después de todos esos meses de paciencia y lealtad por su parte, de su impresionante, valerosa y totalmente injustificada generosidad: aquella era la única forma del mundo que yo tenía, si no de devolvérselo —porque eso era imposible—, sí al menos de justificarlo.

—Nena —dije dejando el resto de los platos y yendo hacia ella—, no pasa nada, te lo juro.

—Por favor.

—No pienso romperme la cabeza con esto. Es pura curiosidad. Y me gustaría poder darle respuestas a mi tío. Sé que seguramente no descubra una mierda, pero total, ¡qué más da!, ¿no?

Me pareció medio convencida, pero solo medio. En la radio se oía el *Little green apples* en la voz de Dean Martin, que convertía las palabras felices en lastimeras y nostálgicas, una canción para una larga carretera oscura lejos de casa; de pronto quise tenerla cerca.

—Ven aquí —dije quitándole el mantel de las manos y lanzándolo de vuelta a la mesa—. Baila conmigo.

Al cabo de un momento soltó una larga exhalación y relajó el cuerpo contra el mío. La apreté con más fuerza entre los brazos y nos mecimos en lentos círculos. Las llamas de las velas palpitando y apagándose una a una, el viento pasando por las copas invisibles de los árboles con un incesante sonido marino y repiqueteando en la puerta.

Podíamos casarnos en el jardín; un buen paisajista lo habría dejado listo en una semana. Sabía por Sean que había que avisar con unos meses de antelación para casarse, pero quizá Hugo aguantara, yo sabía que podía, eso le daría algo por lo que vivir, ¿o tal vez hubiera algún tipo de exención en casos

urgentes? Mi madre se pasaría la boda llorando, mi padre sonreiría por primera vez en meses; Sean y Dec estarían encantados de ponerme a parir en público, Zach conseguiría arreglárselas para cargarse la tarta, Carsten aparecería y resultaría ser un Tío Fétido de dos metros y medio que haría sombrías proclamas en un acento totalmente incomprensible; mi tía Miriam haría una especie de ceremonia de los chacras para garantizarnos un matrimonio largo y próspero, y todos bailaríamos hasta el amanecer. Invitaríamos a los inspectores, la señora de Martin no aprobaría la decoración, y Rafferty daba el tipo del típico que desaparecería antes de la cuenta con la exótica prima segunda de alguien... Melissa suspiró contra mi hombro y yo enterré la cara en su pelo.



Y entonces, por fin, volvieron los polis. La pareja de inspectores llegaron a la mañana siguiente, mientras me peleaba con los radiadores: el frescor otoñal había entrado con fuerza y mi tío llevaba mal el frío, y a todos los radiadores les hacía falta un purgado, pero, por supuesto, nadie sabía dónde estaba la llave especial, así que ahí estaba yo viéndomelas y deseándomelas con una llave inglesa y unas toallas viejas, lleno de polvo y de WD-40. En el umbral, Rafferty y Kerr estaban planchados de arriba abajo y recién afeitados, como un pincel, listos para comerse el mundo.

—Buenos días —dijo alegremente Kerr—. Seguro que creías que os habíamos abandonado, ¿no? ¿Nos has echado de menos?

—Déjalo, te toma el pelo —me dijo Rafferty—. Nadie nos echa nunca de menos. Estamos acostumbrados, ya ni siquiera escuece.

—Ah —dije después de una pausa estúpida—. Pasen. Mi tío está arriba trabajando, ahora voy y...

—Ah, no —dijo Rafferty limpiándose los pies en el felpudo—, déjalo, no le molestes. Van a ser solo unos minutos, ya verás; nos habremos ido antes de que te des cuenta. ¿Pasamos a la cocina?

Les ofrecí té o café, me pidieron vasos de agua, me limpié la mugre de las manos y me senté a la mesa frente a ellos mientras Kerr sacaba ya su libreta y Rafferty se quedaba mirando el jardín (hojas muertas por doquier, delgados rayos de sol frío reflejándose en trozos de plástico que habían llegado con el viento de la noche) y mentía sobre lo bien que habían quedado las plantas nuevas. Solo de verlos había sentido el pellizco de cuerpo entero de siempre, pero al menos esa vez no me había paralizado. Sin duda, si habían vuelto era porque tenían algo nuevo, y si mi suerte no me abandonaba y jugaba bien mis cartas, me lo contarían.

—Solo queríamos confirmarlo contigo —dijo Rafferty, una vez que estuvimos los tres acomodados—. Nos llevamos esto la otra semana, ¿te acuerdas que dijiste que era tuya?

Pasó varias fotos en el móvil y me lo enseñó: una instantánea de la vieja sudadera roja, extendida sobre una superficie blanca junto a una bolsa de plástico. Le habían colgado una etiqueta, lo que le daba un aspecto tan siniestro como ridículo.

—Podía ser —dije—. A ver, yo tenía una sudadera roja con capucha, pero tampoco sé seguro si...

—Tus dos primos dicen que tenías una igual.

—Supongo. Pero la tenía mucha gente. No puedo decir con seguridad que esa sea...

—Espera —dijo Rafferty volviendo a sacar el móvil—. Esto podría ayudarte. —Volvió a pasar fotos y me enseñó la pantalla.

Yo, sentado entre margaritas y con la espalda pegada al tronco de un árbol y una lata de algo en la mano, sonriéndole a la cámara. Aparecía tan joven —delgado, con el pelo caído sin gracia, cara agradable— que tuve que cerrar los ojos por un segundo. Quise gritarle que corriera, todo lo rápido y todo lo lejos que pudiera, antes de que yo le diera alcance y fuera demasiado tarde.

—Este eres tú, ¿verdad?

—Sí. ¿De dónde...?

—¿Sobre qué época sería?

—Esto es aquí en el jardín, en verano. Podría ser el verano antes de empezar la facultad. ¿De dónde la han...?

—Eso cuadra con la fecha del sello, sí. ¿Ves lo que llevas puesto?

Vaqueros y camiseta blanca bajo una sudadera roja con la cremallera abierta.

—Sí.

—¿Dirías que esta es la misma sudadera que nos llevamos?

—No sé, podría ser.

—Los bolsillos tienen la misma forma —señaló Rafferty, que se inclinó para pasar las fotos—. Y también los puños del mismo ancho. Con la tira de cuero en el tirador de la cremallera. Y el mismo logo redondo a la izquierda. El mismo ribete por la base de la capucha, ¿lo ves ahí por dentro? ¿La raya blanca y negra?

—Ajá. Sí, parece la misma.

—Pero no es igual del todo —intervino Kerr—. A ver si notas la

diferencia.

Supé que no la encontraría, daba igual de qué estuviesen hablando. Esperaron pacientemente mientras yo miraba por turnos las fotos, sintiéndome más tonto por momentos.

—No tengo ni idea —dije finalmente mientras le devolvía el teléfono a Rafferty.

—¿No? —Siguió con el teléfono en la mano, volviéndolo diestramente como la baraja de un prestidigitador—. No pasa nada. Es una cosa pequeña. Yo creo que podemos seguir adelante y confirmar que es tu sudadera, ¿no?

—Supongo —dije por fin—. Es probable.

Kerr apuntó algo en la libreta.

—Que esto no es una trampa, hombre —dijo Rafferty divertido—. No vamos a arrestarte por estar en posesión de una sudadera estupefaciente en vía pública. Tus primos estaban igual: no sé, podría ser suya, a lo mejor no, hay tantas sudaderas por ahí, ¿han comprobado cuántos modelos iguales se vendieron en Irlanda?... Son muy protectores contigo, ¿no?

Yo no habría utilizado esa palabra, al menos esa semana.

—Si usted lo dice —dije.

Me señaló con un dedo.

—No lo digas como si no fuera para tanto. Eso es algo estupendo. Tener amigos está muy bien, pero cuando vienen mal dadas, lo que cuenta es la sangre de tu sangre. Igual que tú, vamos, que te vienes aquí a vivir para cuidar de tu tío que te necesita. Ese es el tema: con la familia a muerte.

—Se hace lo que se puede —dije como un idiota.

Rafferty asintió en señal de aprobación.

—Sí, eso decían tus primos. Para ellos supone mucho que estés aquí, ¿sabes? Leon se siente un poco culpable por no habértelo dicho, pero te está muy agradecido. Aunque no les ha sorprendido; dicen que tú siempre has sido también muy protector con ellos.

Aquello me sonaba menos creíble, al menos viniendo de mi primo, aunque a saber a qué estaba jugando...

—Supongo que sí. Lo intento.

—Bien hecho. —Chasquido de dedos, como recordando—: Y hablando de cuidar de tu tío, te lo quería decir, que tal vez sea interesante plantearse la seguridad de esta casa, ¿no?

—¿Cómo? ¿Por qué? —Destello de terror animal, las indirectas de Martin sobre la venganza, la puerta de mi patio astillada y abierta de par en par...

—No, no, no pensamos que vaya a venir nadie a por ti. —Kerr resopló burlón—. Pero encontramos muchas más cosas en aquel árbol, aparte de los restos humanos. Un montón de bellotas, avellanas... Yo creo que tenéis unas cuantas ardillas enfadadas por ahí, intentando saber qué ha pasado con su alijo. Media docena de soldaditos de plomo, ¿tú jugabas con eso de pequeño?

—No, no lo creo. —La adrenalina empezaba a remitir y estaba dejándome con una ligera sensación de náusea.

—Ostras —dijo Rafferty sonriendo de buena gana—, me estoy haciendo viejo yo también. Entonces, serían de tu padre o de algún tío tuyo...; todos recuerdan guardar cosas allí de pequeños. Los soldados estaban todos juntos, envueltos en un trapo, que podría ser una bolsa de tela antes de pudrirse; tiene pinta de que uno de los cuatro escondía allí sus cosas preferidas para que no se las cogieran los demás. Tendremos que ver a quién hay que devolvérselo. También había un montón de canicas. Y esto. ¿Sabes lo que es?

Otra vez el móvil, el mismo fondo blanco liso: una llave de latón alargada, con trozos de barro incrustados y un llavero con una silueta metálica de un pastor alemán negro.

—Es la llave de la puerta del jardín —dije—, o por lo menos lo parece. La que se perdió aquel verano. ¿Estaba también dentro del árbol?

—Pues sí —dijo Rafferty—. Y todavía entra en la cerradura. Por eso te lo digo, que tu tío tendría que haber cambiado la cerradura cuando se perdió la llave. Si no se molestó en cambiarla, a saber cuántas llaves de las otras puertas estarán dando vueltas por ahí. Lo que le faltaba ahora es que le robaran.

—Ya. Vale, me encargaré del tema.

—Buena idea. Aunque tampoco me quejo, porque nos ha facilitado mucho la vida poder comprobar esta llave con su cerradura. Pero en realidad lo interesante —(inclinándose hacia delante, con los codos en la mesa, yendo al grano)—, lo más interesante de todo es dónde estaba la llave. La ropa de Dominic estaba hecha una pena; entre el paso del tiempo, el moho, la actividad animal y los insectos, eran prácticamente harapos. La llave estaba al lado de la pierna, pero no hay manera de saber si la tenía en el bolsillo de los vaqueros y se cayó cuando se pudrió la tela o si nunca la guardó allí. Comprenderás que la cosa cambiaría mucho...

Ambos me observaron: con curiosidad, evaluando, esperando a ver si lo entendía. Kerr, con una sonrisilla burlona en la cara.

—Claro que lo comprendo —dije más fuerte de la cuenta, lo que hizo que

arquearan las cejas de golpe, pero aplasté mi burbuja de indignación y añadí, enunciando todo lo claro que pude—: Si la llave entró en el árbol sin mediación de Dominic, entonces es que había alguien más cuando murió... A no ser que se le cayera la llave sin querer, cuando estaba montándose en el árbol, y se metiera en el hueco para cogerla. Pero si estaba en el bolsillo de Dominic, entonces la cosa apuntaría a que entró él solo en el jardín y se metió en el árbol por su cuenta.

—Buen trabajo —dijo sonriendo Rafferty.

—Ajá —dijo Kerr—. Lo has sacado más rápido que nuestro colega Scanlan, el que creía que era todo cosa de unos satánicos caníbales, ¿te acuerdas? Tuve que explicárselo tres veces y aun así no lo pillaba.

«Cree que a Dominic lo mató alguien», le había dicho yo a Martin, a lo que él me había respondido: «Es la opción que están considerando de momento los muchachos».

—O sea que ¿podría haberse metido ahí dentro él solo? —indagué.

Rafferty se encogió de hombros y torció una comisura, irónico.

—Si nos atenemos solo a los restos, podrían ser ambas cosas. Había mucho barro ahí metido, pero podía haberlo intentado tapar alguien o que simplemente fueran diez años de hojas acumuladas, vete tú a saber. No hay manera de cerciorarse de si entró ahí ya muerto o vivo... No llevaba tiempo suficiente muerto para que el rigor mortis hubiera hecho de las suyas, porque, si no, habría sido imposible meterlo en ese agujero, pero la forense no puede decirnos mucho más. No hay fracturas sin curar en el esqueleto: no le dieron una paliza de muerte, y si le dispararon o lo acuchillaron, no le rozó ni un hueso. La sobredosis es una posibilidad, sobre todo desde que nos contaste que experimentaba con las drogas... No te preocupes, no fuiste el único, nos dijeron lo mismo muchos otros de sus colegas. —Una mano levantándose, como para tranquilizarme o acallarme, aunque yo no había abierto la boca—. Y estaba en una postura rara ahí dentro, con las piernas dobladas hacia arriba, los brazos apretujados por delante, las vértebras del cuello redondeadas como si tuviera la cabeza agachada..., o por lo menos, por lo que hemos podido deducir: había cosas desplazadas de lugar, pero la mayoría estaban en su sitio. Pudo ser también una asfixia postural: cuando alguien se queda en una posición que le impide respirar bien (porque quiso buscar la llave, como tú has dicho, o puede que simplemente estuviera hasta las cejas de algo), y eso, que se queda sin poder salir y se asfixia. El hueco era pequeño, sobre todo para un tipo grande como él. —Hizo una pausa, a la espera de que, o bien yo

dijera algo, o las imágenes me calaran bien hondo y me pusieran nervioso.

—Ostras —me sentí en la obligación de decir.

—O podría haberse suicidado pero que alguien lo ayudara a meterse en el árbol. Pongamos que tuvo una sobredosis, y quien estaba con él..., o quizá ni siquiera estaban con él, sino que lo descubren cuando es demasiado tarde... y se asustan. Les da miedo que los arresten por el tema de las drogas, que los culpen de su muerte. Así que hacen una estupidez..., porque son adolescentes y, asumámoslo, los adolescentes acojonados hacen estupideces bien gordas..., y esconden el cuerpo y rezan por que desaparezca.

—Pardillos —masculló Kerr, que estaba garabateando lo que parecía el escudo de un condado en la libreta—. Eso es un delito, ocultar un cuerpo. Pero es posible que ya haya prescrito hace años, y además se considera un crimen, como el asesinato.

—Si tienes alguna razón para pensar que pudo ser así —dijo Rafferty levantando la vista para mirarme, con un sorprendente resplandor dorado en los ojos—, cualquiera, lo que sea, aunque sea solo un presentimiento, entonces lo mejor es que nos lo digas ya. Hoy. Porque ahora mismo, ¿sabes?, todo el mundo está abierto a interpretaciones de lo que pasó. Si alguien da un paso al frente y explica que lo que tenemos es a un chico con sobredosis y uno o dos chavales asustados, entonces estamos todos dispuestos a tenerlo en cuenta. Pero como la cosa dé más coletazos, y a mis muchachos se les meta en la cabeza que esto fue un asesinato..., va a ser mucho más difícil convencerlos...

—Sonaba todo tan sencillo y razonable, todos en el mismo bando trabajando juntos, que casi deseé poder darle lo que me pedía.

—No sé, no tengo ni idea.

—¿Seguro? Mira que no es momento de andarse con tonterías.

—No es eso. Es que no sé nada.

Dejó pasar un minuto, por si yo cambiaba de opinión. Al ver que no era el caso, suspiró apenado.

—Pues nada. Entonces, como he dicho, no tenemos nada que nos diga si fue un accidente, un suicidio o un asesinato. Salvo porque también encontramos esto, junto a su mano derecha. —Volvió a pasar las fotos en el móvil y lo dejó en la mesa delante de mí.

Fondo blanco, una regla en L en una esquina. En medio había un garabato negro, largo e intrincado. Me costó unos instantes deducir qué era: una especie de cordel, con una lazada en cada punta.

—¿Qué es? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—No hay manera de saberlo a ciencia cierta. ¿Alguna idea?

Lo primero que me vino a la cabeza fueron nuestras creaciones infantiles, complejos artilugios para transportar notas y provisiones, horas de trepar, discutir y probar, y la vez que se nos rompió una rama y una tarta ilegal de manzana aterrizó directa en la cabeza de mi prima...

—Solíamos tender cuerdas por el jardín —dije— cuando éramos pequeños. Como para pasar cosas entre las ventanas, los árboles, nuestra tienda de campaña. ¿Podría ser algo de eso que se hubiera caído por el agujero?

Kerr emitió un sonido indefinido que podría haber sido un resoplido, pero cuando lo miré estaba garabateando.

—Podría ser —dijo amablemente Rafferty—. Lo que pasa es que si se hubiera caído en esa época, antes de lo de Dominic, la habríamos encontrado debajo de él, no por encima de sus brazos, ¿no te parece?

—Puede ser, sí.

—Por lo menos a mí me da esa impresión. ¿Alguna otra idea?

—A lo mejor... —No quería decirlo, pero no podía ignorarse con aquellas dos lazadas...—. A ver, sé que parecerá una locura, pero ¿unas esposas? Que alguien usó para atar a Dominic. ¿O a lo mejor él pensaba atar a otra persona?

—Nada mal —dijo Rafferty (pensativo, rascándose una oreja y ladeando la cabeza para examinar bien la fotografía)—. Pero hay unos sesenta centímetros de cordel entre las lazadas. Con eso no se puede retener muy bien a nadie. A no ser que... —La cabeza subiendo de golpe, eureka, un dedo que me señala: «¿Lo pillas?».

—¿Podría haberle pasado por la cintura? —dije—. ¿O alrededor de un árbol o algo?

Rafferty suspiró atribulado, desinflándose.

—Eso es justo lo que estaba pensando por un segundo. Pero ahora que lo pienso... ¿Ves los nudos? Si fueran unas esposas, lo mejor serían unos nudos corredizos, ¿no? Para que si forcejeaba, las esposas lo apretaran más. Pero eso, eso es un nudo de doble gaza, que son muy seguros, de los que no se escurren y no se deshacen ni aunque la cuerda resbale, y tampoco se sueltan si les quitas la carga, ni disminuye el punto de quiebre de la cuerda. Alguien quería que la cuerda soportara un gran peso, pero no quería que las lazadas se tensaran.

—Es una locura la de cosas que se aprenden en este oficio —comentó Kerr

inclinándose para echar un vistazo—. Yo me he enterado ahora de lo que es un nudo de gaza.

—Tienes que salir más en barco —le dijo su compañero sonriendo—. Yo ya sabía hacer nudos de doble gaza con ocho años. ¿Tú has montado en barco, Toby?

—Un poco. Mis tíos Phil y Louisa tienen una barca; cuando éramos pequeños salíamos con ellos, pero nunca me interesé mucho por el tema... —Aquello me daba mala espina—. ¿Qué es eso entonces?

—¿No tienes más ideas?

—No, las he gastado todas.

—Como te he dicho, es pronto para saberlo, pero, si me preguntan a mí —dijo Rafferty alargando la mano para ajustar el móvil delicadamente y que quedara en paralelo al borde de la mesa—, yo diría que es una cuerda de garrote casera. —Me quedé mirándolo—. Te pasas cada lazada por una palma. —Levantó las manos y cerró los puños—. Y cruzas los brazos así. Y luego...

De repente, con la velocidad de un leopardo, se inclinó por un lado sobre su compañero, le pasó una cuerda imaginaria por la cabeza y separó los puños como dando un tirón. Kerr se agarró la garganta, dejó caer la mandíbula y desencajó los ojos. Fue todo tan brutal y tan impresionante que retiré la silla de la mesa sin querer, y a punto estuve de volcar a un lado, pero conseguí evitarlo.

—Así que si luego puedes hacer que se caiga hacia atrás —siguió Rafferty (hablándome por detrás de la cabeza de su compañero, con los puños aún cerrados, los brazos tensos)—, mejor que mejor. Una patada en la corva, o simplemente un buen tirón —(gesticulándolo, su compañero siguiéndole la corriente)—, y se cae, y se le queda la barbilla doblada por delante de la cuerda, con todo el peso del cuerpo sumándose a la presión. Y así sin más...

Kerr dejó la cabeza colgando inerte, con la lengua fuera.

—Fin de la película —dijo Rafferty, que relajó las manos y se recostó en la silla—. Rápido, silencioso y efectivo. La víctima no puede ni pedir ayuda.

—Y sin sangre —apuntó Kerr mientras alargaba la mano para coger el vaso de agua—, al menos con un cordel así de fino. Con un alambre puedes rajarle la garganta, y acabas con un desaguisado que luego hay que limpiar, pero un cordel así lo único que hace es bloquear el paso del aire. A lo mejor lleva un minuto más, pero, a la larga, es mucho menos engorroso.

—Lo mejor es que no hace falta ser ni más grande ni más fuerte que la víctima —apuntó Rafferty—. Podría ser un hombre como un caballo de grande

que da igual; mientras que lo pillas por sorpresa y tengas un mínimo de fuerza en los brazos, lo tiene jodido.

Los dos me sonrieron desde el otro lado de la mesa.

—Yo te lo juro, me alucina que la gente no se mate con esas cuerdas todos los días. Es pan comido.

—Pero —empecé a decir (los latidos de mi corazón eran como un pájaro carpintero en la boca de mi garganta)— no saben seguro si eso —(la foto)— tiene en realidad algo que ver con... con Dominic. Podría ser de cuando éramos pequeños. A lo mejor se quedó enganchado en un..., algo en el agujero...

Rafferty lo consideró, dándole vueltas al teléfono entre los dedos, con el ceño fruncido.

—¿Tú lo ves factible?

—Bueno... Yo lo veo más factible que una... ¡cuerda de garrote! Todo eso que han contado, yo no tenía ni idea de nada de eso. Y la mayoría de la gente tampoco creo que sepa qué es una cuerda de garrote. ¿Cómo se le iba a ocurrir eso a nadie?

—Ahí te doy la razón —dijo Rafferty asintiendo—, es verdad. Pero eso también complica la teoría de que formara parte de vuestros juegos infantiles. —Otra vez pasando las fotos en el móvil, dedos largos, movimientos fáciles y económicos—. ¿Ves esto?

Yo apoyado contra el tronco del árbol, sonriendo alegremente. Amplió la pantalla con los dedos.

—En la capucha hay un cordón, negro, de *paracord*, parece. Pero aquí. —Cambio de foto: la sudadera que se llevaron, extendida sobre la mesa blanca—. ¿Ves algo?

Esperó hasta que lo dije:

—No tiene cordón.

—No lo tiene, no. Y... —Cambio de foto: el garabato de cordel, de *paracord* negro. La longitud cuadra con un cordón normal de sudadera.

Hubo un silencio. En el aire de la cocina cambió algo, parecía imantado, cargado, vibraba con un zumbido como de microondas. La idea tardó unos segundos en calarme: había pasado de ser sospechoso a ser EL sospechoso.

Ambos se me habían quedado mirando, con ojos apacibles y expectantes, sin urgencia, como si pudieran esperar todo el día a oír las fascinantes historias que yo tenía que ofrecerles.

—¿Tengo que seguir hablando con ustedes de todo esto? —pregunté.

—No, claro que no —dijo Rafferty sorprendido—. No estás obligado a decir nada que no quieras, pero todo lo que digas constará por escrito y podrá ser utilizado como prueba en un juicio. Puedes mandarnos a tomar viento cuando quieras. Pero ¿por qué ibas a hacer eso?

«Si en algún momento llegan a incomodaros con sus preguntas —nos había dicho mi padre a los tres primos, y Phil también, mil veces—, si os parece que hay siquiera una posibilidad de que sospechen de vosotros por algo, si os leen vuestros derechos, dejad de hablar con ellos inmediatamente y llamadnos a alguno de los dos.» Pero ellos podían darme algo a mí, lo que fuera, y yo lo necesitaba.

—Porque me da la impresión de que están diciendo que... que creen que yo maté a Dominic. Y yo no lo maté. En la vida lo toqué.

Sacudiendo la cabeza:

—Yo no digo que tú lo mataras. Digo que el cordón de tu sudadera fue lo que se usó para matarlo. Entenderás que queremos saber qué piensas tú al respecto.

Me sentía mareado y totalmente irreal, como si la silla y las baldosas a mis pies se hubieran desmaterializado y estuviera meciéndome en ese aire vibrante.

—Pero... Pero eso solo son suposiciones. No saben con seguridad si ese cordón es de mi sudadera. Y tampoco si se usó de... de garrote. O que alguien lo utilizara contra Dominic. Y aunque así fuera, eso no significa que lo hiciera yo. Porque no es verdad.

—Cierto —dijo Rafferty asintiendo—. Todo lo que dices es cierto. No sabemos nada definitivo, al menos en esta fase. Pero por suerte para todos la mayoría de esas cosas podemos demostrarlas de una forma u otra. Podría llevarnos algún tiempo...

—Les he metido presión a los del laboratorio —le dijo su compañero en un aparte, con un susurro cuidadosamente calibrado—. Me han dicho que seguramente durante esta semana.

—Ah, estupendo. Entonces, no hará falta tanto tiempo. Pero, mira, la cosa funciona así: si el cordón ese estuvo en contacto con el cuello de Dominic, entonces habrá dejado células de la piel, por el tramo central del cordel. Y eso quiere decir ADN. Por supuesto, estará medio contaminado después de llevar metido dentro de un árbol húmedo diez años, pero nuestros peritos son de primera; conseguirán extraerlo de todas formas, lo que pasa es que les está llevando más tiempo de lo habitual. Y si alguien tiró de esas lazadas, lo

mismo: habrá dejado células de la piel por todas las fibras.

—Un momento —dije (necesitaba un segundo para pensar sin sus ojos encima, necesitaba una pausa para fumar)—. Esperen, si ese era el cordón de mi sudadera, en el caso de que lo fuera, entonces tendrá células de mi piel de todas formas. En las puntas. Justo donde están las lazadas.

—Y ya tenemos localizados a los fabricantes de la sudadera —dijo Rafferty ignorándome—. Están buscándonos las especificaciones del cordón que utilizaron en ese modelo para que veamos si concuerda con el que tenemos. Si no, tampoco significaría gran cosa (podría haber sido una partida extraña, o podrían haber cambiado el cordón por otro en algún momento), pero si coinciden, será interesante.

—Esa sudadera no es que estuviera... Yo no guardaba mis cosas bajo llave. Estaba por ahí sin más. Y aun así, si ese es el cordón, podría haberlo sacado cualquiera. En una fiesta o cuando fuese. Hasta Dominic podría haberlo hecho.

—¿Y matarse con el garrote él mismo? —inquirió Kerr con una sonrisa burlona—. No sé yo si eso se hace, colega.

—Hemos sabido por distintas fuentes que Dominic era un auténtico cabrón con tu primo Leon. Él mismo nos lo ha contado. Al principio no quería, se andaba con remilgos..., y es curioso. Es lo que decíamos antes, que os protegéis entre vosotros, ¿no? Pero al final se le escapó.

Claro, cómo no. Intenté apartar la vista de Rafferty y encontrar objetos familiares que me aseguraran que todo aquello era real. Tetera roja con esmalte desportillado en el poyete de la ventana, trapo de cuadros colgando torcido del asa del horno, calendulas naranjas marchitas en una taza con grietas.

—El amigo Dominic era una joya, ¿verdad? Uff, las historias que nos ha contado la gente... Yo creía que había visto matones en mi instituto, pero, no veas, algunas cosas que nos han contado son para echarse a temblar —(entornando los ojos, preocupado, frotándose la mandíbula)—; ¿cómo es que no nos lo contaste la otra vez? Dijiste que Dominic era «un buen tío», que se llevaba bien con todo el mundo.

—Yo no lo sabía, lo de las cosas chungas. Sabía que de vez en cuando le metía caña a mi primo, pero creía que era poca cosa.

—Pero si nos lo ha contado medio instituto. Tú eras la persona más cercana a Leon, ¿y nos estás diciendo que no te enteraste de nada?

—Mi primo no me dijo nada, nadie me lo contó. Yo no leo la mente.

Rafferty arqueó una ceja con ironía, mirándome: «Venga ya».

—¿Y no te sientes fatal por lo que pasó? —me preguntó el otro—. Yo me sentiría como el culo.

—¿Y qué podía haber...? —Ese zumbido en el aire, presionándome los oídos, Kerr quitándose algo de un incisivo, unos ojos curiosos y acerados sobre mí—. ¿Qué se supone que debía haber hecho?

—Pues pararle los pies —dijo Rafferty como si fuera lo más razonable—. A mí no me das la sensación de ser un tío que vaya a quedarse mirando mientras a tu primo le dan por todos lados. ¿Me equivoco?

—Es probable que no..., si lo hubiera sabido. Pero es que no me enteré.

Dejaron pasar un momento, que Kerr aprovechó para contemplar lo que quiera que hubiera encontrado en el diente y Rafferty para poner el teléfono en equilibrio sobre el borde de la mesa.

—Yo me jugaría algo a que... —dijo (como ausente, toda su atención puesta en la delicada historia del teléfono)—, apostaría a que solo querías darle un susto a Dominic. No das el tipo de asesino, para nada, y he conocido a muchos. Tú solo pensabas asustarlo un poco, nada serio, solo a modo de advertencia: «No vuelvas a tocar a mi primo, cabrón». Y era algo que había que hacer, y nadie con un mínimo de decencia en este mundo pensaría menos de ti por eso. —Levantando la vista para buscarme, los ojos dorados iluminados hasta lo absurdo por un pincelada suelta de sol—: Te lo digo muy en serio, tío. Antes no lo he dicho por decir, lo de que ser leal a tu familia es lo más importante del mundo. Si la mitad de las movidas que nos han contado sobre Dominic son verdad, entonces era tu deber pararle los pies. No te quedaba alternativa.

Jazmín trepador columpiándose hasta el mareo al otro lado de la ventana, adelante y atrás. Una acuarela que desentonaba en la pared, golondrinas en un picado de infarto. Tajos alocados de sol atravesando la mesa.

—Lo que pasa con esas cuerdas de garrote es que la gente las infravalora. Míralo por internet, en todas las páginas hay un millón de advertencias: no lo pruebes nunca con gente real, el cuello es muy frágil y es muy fácil dañarlo, aunque creas que solo estás ensayando o tonteando podrías matar a alguien así sin más. —Apartó los dedos del móvil, que cayó de plano sobre la mesa—. Pero los adolescentes no les hacen mucho caso a las advertencias. Son invencibles: «Bah, yo sé lo que me hago, no va a pasar nada...». Y no saben ni la fuerza que tienen. Sería muy, pero que muy fácil que la cosa se torciera ligeramente. Con tirar un poco más fuerte de la cuenta, un segundo más de la

cuenta..., de repente sería demasiado tarde.

Me quedé mirándolo, no podía evitarlo; el resto de las cosas de la habitación se habían disuelto en un borrón moteado y agitado.

—Si es eso lo que pasó —dijo con suavidad—, tenemos que saberlo ahora, antes de que lleguen los resultados del ADN. Si nos adelantamos, puedo manejarlo sin darle mucho bombo: ir al fiscal, explicarle toda la historia, volver con un cargo por homicidio involuntario o incluso por agresión. Pero en cuanto tengamos el ADN, ya no estará en nuestras manos. Ahí ya entrarán todos a saco con la artillería pesada: el fiscal, mi jefe, los altos mandos, todo quisqui. No van a andarse con regateos con un caso de homicidio cantado.

No estaba asimilando nada; el cerebro se me había agarrotado, con la contundencia y la virulencia de un espasmo muscular. Así que dije, como si mi voz perteneciera a otra persona:

—Quiero que se vayan ya.

Hubo un silencio prolongado, mientras ambos me miraban. Me temblaban las manos. Rafferty suspiró entonces, un largo suspiro de pesar, y retiró la silla de la mesa.

—Tú verás —dijo guardándose el móvil en el bolsillo (yo había esperado pelea, y que no me plantara batalla me aterrorizó aun más)—. Yo lo he intentado. Y todavía tienes mi tarjeta, ¿no? Si cambias de opinión, llámame cuanto antes.

—¿Te importa darnos una muestra de ADN? —preguntó Kerr cerrando la libreta con una sola mano, en un gesto chulesco.

—No —dije—. A no ser que tengan una... una orden judicial o lo que quiera que...

—No hace falta —dijo Kerr sonriendo—. Los muchachos ya te cogieron una muestra en abril, cuando te robaron en casa, por cuestiones de eliminación. Podemos utilizar eso, no hay problema. Solo quería ver qué decías. —Se llevó dos dedos a la sien, a modo de saludo, y se fue tranquilamente hacia la puerta de la calle, silbando.

—Llámame —dijo en voz baja Rafferty—. A cualquier hora del día o de la noche, da igual. Pero llámame, ¿vale? Este tren una vez que pasa, ya no vuelve.

—Vamos, socio —lo llamó Kerr desde el pasillo—. Hay gente que ver, cosas que hacer.

—Día o noche —insistió Rafferty, que me despidió con la barbilla y se fue detrás de su compañero.

Esperé a que cerraran la puerta para salir al pasillo, de puntillas, no sé por qué, y asegurarme de que se hubieran ido de verdad. Hasta después de oír cómo aceleraba su coche —demasiado rápido para nuestra calle—, me quedé allí con las manos contra la pintura blanca resquebrajada de la puerta, las corrientes de frío deslizándose por los filos para arremolinarse en mi cuello y mis tobillos. Y yo saltando de contento por las novedades que podían haberme dado...; cuidado con lo que deseas.

Ahora que se habían ido y pude pensar de nuevo, comprendí que Rafferty había estado contándome milongas. Un caso de homicidio cantado, por los cojones. Había fingido ignorarme porque yo tenía razón: ni aunque los análisis del ADN o los del cordón de la sudadera dieran positivo, hasta una docena de personas podían haber estrangulado a Dominic con aquel cordón. El supuesto móvil insostenible que había intentado colarme —lo de que Dominic puteara a mi primo— apuntaba más directamente a Leon que a mí. De pequeño, mi primo era un tirillas, pero eso daba igual: «Lo mejor es que no hace falta ser ni más grande ni más fuerte que la víctima. Podría ser un hombre como un caballo de grande que da igual, mientras que lo pillas por sorpresa...».

Lo peor del tema era que Rafferty también tenía que saber todo eso; pero aun así estaba convencido, tanto como para intentar intimidarme y hacerme confesar, de que no había sido mi primo ni ninguna de esas doce personas, sino que había sido yo. Y entendí, con una feroz sensación, como si se me desgarrara el esternón, las razones exactas; yo hacía seis meses, con voz clara y ojos cristalinos, incorporado en el sitio, inteligente, respondiendo todas las preguntas con premura y al instante, con una confianza absoluta, sin necesidad de pensar: derrochaba una credibilidad tan plena como natural por todos los poros; acusarme a mí de homicidio habría sido ridículo. Pero mi yo de entonces, arrastrando las palabras, balbuceante, con los ojos caídos y la cojera, saltando y temblando con cada palabra de los inspectores: defectuoso, poco fiable, sin credibilidad, autoridad o peso alguno, culpable como el que más.

Con una oleada de furia que me cortó la respiración, me pregunté si ese había sido el plan de mi primo desde el principio: dejarme dañado, babeando con mis potitos de bebé o enganchado a una máquina; convertirme en algo que cargara con la culpa fácilmente, de manera natural, cuando llegara el momento.

Casi le había salido bien la jugada. Un par de meses antes, si Rafferty me hubiera tocado en el hombro y me hubiera llamado por mi nombre, me habría enzarzado en una pelea: ¿por qué no?, ¿qué más podía perder? Declararme

culpable, pasar de mi vida y dejar atrás todo el desaguisado: habría sido casi un alivio. Pero ahora las cosas eran distintas. Sentía que estaba volviéndome la suerte, resurgiendo de las tinieblas, un son de tambor que retumbaba lento y bajo por las profundidades del tejido de la casa. Quizá no tuviera muy claro qué estaba pasando exactamente, pero sí tenía clara una cosa, que por nada del mundo pensaba quedarme de brazos cruzados mientras esperaba a que me metieran en la cárcel.

Seguía sin poder creer que mi primo tuviera realmente planeado llevar las cosas hasta ese extremo, pero desde luego todo apuntaba a que sí. Aquella foto mía en la que tan oportunamente llevaba puesta justo la sudadera que había facilitado la cuerda para estrangularlo: eso tenía que haber venido de alguien muy cercano a la casa. Y era una imagen buena, nítida, nada de esos borrones pixelados de los móviles primitivos. En el instituto todavía no teníamos *smartphones*, y nadie más tenía cámara digital. Pero yo sí. Por mi decimoctavo cumpleaños, en enero del último curso del instituto, mi madre alargando la mano para alborotarme el pelo, sonriendo: «Ahora ya nos puedes mandar fotos decentes cuando nos vayamos en verano, ¿vale?». Y por supuesto la cámara había dado tumbos por Villa Hiedra ese verano, y todo el mundo sacando fotos de lo primero que pillaban, y de vez en cuando me acordaba de descargar un montón de fotos y borrar las inevitables instantáneas del culo peludo de alguien y mandar las más decentes a mi madre. Y luego, en algún momento, me pillé un *smartphone* y la cámara quedó relegada y medio olvidada hasta acabar en un cajón de mi piso, donde había permanecido hasta que alguien había decidido que la necesitaba a toda costa.

Lo que mi primo no había tenido en cuenta es que yo lo conocía muy muy bien y sabía cómo le funcionaba la cabeza. Era incapaz de mantener el pico cerrado, no hasta las últimas consecuencias: si tenía algo en la cabeza, no te lo decía directamente, rozaba el tema por encima y volvía a removerlo una y otra vez, igual que había hecho con lo del testamento de Hugo. Si le ponía en bandeja la oportunidad, me insinuaría cosas.

Una de las principales preguntas, por supuesto, era dónde encajaba mi prima en todo esto. Me costaba mucho creer que estuviera involucrada. En el instituto había sido la típica que siempre se portaba bien y lo entregaba todo a tiempo, con notas al pie, y nunca le respondía a los profesores, más de ir a contarle los abusos a un adulto responsable que de ponerse a elaborar una cuerda de garrote. Aunque del mismo modo también me costaba creer que no se hubiera dado cuenta de nada, como yo. Ella siempre había sido mucho más

reservada que Leon, mucho más complicada de interpretar, de engañar o de pillar desprevenida, pero a ella también la conocía bien y sabía su punto débil: le encantaba ser la lista. Si ella estaba enterada de todo esto y yo no, le costaría resistir la tentación de restregármelo por la cara.

Y yo tenía una ventaja sobre ellos dos: creían que yo estaba hecho mierda de la cabeza, cosa que era cierta, pero no tanto como pensaban, ya no. Todos los tartamudeos y las lagunas mentales que tanto me habían enfurecido iban a venirme muy bien ahora. Era mucho más tentador dejar escapar con suficiencia una miguita de información a alguien que no la recordaría, que apenas sería capaz de transmitirla, en caso de intentarlo, al que jamás creerían ni aunque lo consiguiera.

—¿Eso era la puerta? —preguntó mi tío, en las escaleras a mi espalda (estaba tan concentrado que ni había oído su arrastre y pisotón al acercarse) —. ¿Ha llegado ya Melissa? —Tenía puesto su viejo batín de cuadros encima de los pantalones y el jersey.

—Ah. No, es temprano todavía.

Parpadeó al mirar hacia el montante de la puerta, sol frío y pálido.

—Ah. Es verdad. ¿Y quién era entonces?

—Los inspectores.

En otro tono, los ojos hacia mí:

—Ah. —Y al ver que yo no decía nada—: ¿Qué querían?

Estuve a punto de contárselo. Parecía lo más natural en muchos sentidos, toda mi infancia se alzó en mi interior como un aullido que anhelaba cargarle a él con la responsabilidad: «Hugo, ayúdame, creen que lo maté yo, ¿qué hago?». Pero era lo que le faltaba; y además —esas muñecas huesudas sobresaliendo por las mangas del batín, esa cavidad horadada en su pecho, sus manos grandes aferradas al bastón y a la barandilla— estaba frágil, y apagándose, y quedaba muy poco de él como para que pudiera obrar el milagro que yo estaba pidiendo a gritos. Y, quizá lo más importante, yo sabía bien que lo que él quisiera hacer posiblemente no tuviera nada que ver con lo que yo quería hacer.

—Creen que alguien mató a Dominic —le conté.

—Bueno —dijo después de una pausa—, eso era de esperar.

—Con un garrote. Por lo visto.

Eso sí que le hizo arquear las cejas.

—Santo cielo. No creo que se encuentren con algo así todos los días. —Y después de un momento—: ¿Han dicho si sospechan de alguien?

—Creo que no tienen a nadie en mente.

—¿Por qué tienen que hacerlo todo tan complicado?! —exclamó Hugo en un arrebatado de frustración, echando la cabeza hacia atrás—. Todo tan enrevesado, tanta tontería de intrigas palaciegas, andándose con juegos como niños y obligándonos a los demás a seguirles el juego... —Otra corriente de aire entró por alrededor de la puerta y le hizo temblar de arriba abajo—. Y este tiempo, por favor. Todavía no estamos ni en octubre, y ya no me siento los pies ahí arriba en el estudio...

—Voy a ver si termino ya con los radiadores. Seguro que algo hará.

—Eso espero. —Apoyó una cadera contra el pasamanos, con una mueca de dolor, para poder soltar la barandilla y ceñirse mejor el batín—. ¿No deberíamos ir preparando la cena? ¿Todavía no ha llegado Melissa?

—Ya mismo es hora de almorzar —dije con delicadeza tras unos segundos—. En cuanto termine con los radiadores, subo algo de comer, ¿vale?

—Bueno —dijo Hugo irritado tras una pausa de confusión—, como tú veas. —Consiguió volverse, centímetro a centímetro, subir las escaleras y entrar en su estudio con un portazo.

Para cuando recobré lo suficiente la compostura para subirle la comida, él también parecía estar mejor, al menos según la vara de medir que usábamos ya en esa etapa. Lo cierto es que se comió el sándwich caliente y me enseñó un par de páginas que había descifrado del aburrido diario del pariente victoriano de la señora Wozniak (la cocinera había quemado el asado de ternera, un chiquillo lo había insultado por la calle, los niños carecían ya de toda instrucción moral). Lo raro —lo observé desde mi mesa mientras hojeaba de buen ánimo la siguiente página del diario— era que, a pesar de que la enfermedad estaba devorándolo con una rapacidad brutal, no parecía más pequeño; había perdido una cantidad tremenda de peso, le bailaba la ropa en pliegues, pero de algún modo eso no hacía sino subrayar lo colosal de su cuerpo. Era como uno de esos esqueletos gigantes de alce o de oso de una época prehistórica inimaginable que ocupan salas enormes de museos, solo e insondable.

Cuando Melissa llegó a la casa, mi tío se puso de mejor humor y estuvo tomándole el pelo por los ingredientes que había comprado para la cena («Paella, santo cielo, eres como una agencia de viajes para los paladares») y disfrutando de la historia que Melissa traía sobre la anciana alegre y

excéntrica que había aparecido en su tienda cargada con unos pañuelos de seda que ella misma había teñido a mano, y que no había quien los vendiera, pero la mujer le había insistido tanto que se había quedado con uno. El pañuelo era enorme, violeta y dorado, y Hugo se lo echó por los hombros y se quedó riendo a la mesa de la cocina, como un mago en un juego infantil. Con el paso de los días, Melissa era la que, cada vez más, conseguía sacar lo mejor de él.

Mi tío también lo sabía.

—Llevo un tiempo queriendo decirte —le dijo de buenas a primeras, en medio de nuestra partida de continental de esa noche (revuelo de cartas y tazas desparejadas y galletas en la mesa de centro, el fuego crepitando alegremente en la chimenea)— la alegría que me da tenerte aquí. Sé que debe de ser un gran sacrificio, y no creo que haya forma de expresar bien en palabras lo que significa para mí. Pero aun así quería decírtelo.

—Al principio no tenía claro si debía venir —contestó Melissa, aovillada en el sofá con los pies en mi regazo, mientras yo se los calentaba con la mano libre—. Plantarme en la puerta de tu casa, con todo lo que tenías encima. Y luego quedarnos tanto tiempo. Más de una vez me he preguntado si no era mejor dejarte en paz, pero... —Levantó la palma de la mano, como señalando la habitación, un pequeño gesto de soltar algo: «Aquí estamos».

—Pues yo estoy encantado de tenerte aquí. Me hace muy feliz, tanto por ti misma como por la oportunidad de ver a Toby hecho un hombre y en una relación estable. Es como los fines de semana cuando me dejaban a Zach y a Sallie: qué bonita continuación de todas esas vacaciones en que se quedaban aquí los tres primos. El siguiente episodio, la vida que avanza. Puede que suene un poco descabellado, pero tengo la sensación de que todo eso me ha dado la oportunidad de vislumbrar lo que habría sido tener hijos propios.

El tono de discurso de despedida que estaba tomando la conversación empezaba a ponerme nervioso, y quise cambiar de tema.

—¿Y por qué no tuviste? —pregunté.

A lo largo de los años mis primos y yo habíamos especulado más de una vez sobre el tema. Yo era de la opinión de que mi tío era demasiado sensato para mandar al traste su existencia serena y ordenada por un puñado de mocosos gritones; mi prima creía que mantenía desde hacía tiempo una misteriosa relación medio a distancia con una mujer de fuera, por ejemplo, o que solo iba cada dos meses a Dublín; mi primo, cómo no, pensaba que mi tío era gay, pero que, para cuando el país alcanzó la madurez suficiente para que

hubiera podido salir del armario, él había sentido que era demasiado tarde. Lo cierto era que cualquiera de las tres opciones podría haber tenido sentido.

Hugo meditó su respuesta a la pregunta mientras reordenaba las cartas en la mano. Tenía una manta echada sobre las rodillas, como un abuelete, a pesar del fuego y de que al final yo había conseguido echar a andar los radiadores.

—Si os soy sincero, no sabría decir una razón concreta —dijo—. En parte es la historia más vieja del mundo... Estuve prometido, ella rompió el compromiso y yo me volví a casa de mis padres para refugiarme y lamerme las heridas y jurar que no volvería a estar con una mujer. Sería más fácil echarle la culpa a todo eso, ¿no? —Levantando la vista para mirarnos, una sonrisa pasajera—. Pero eso le pasa a un montón de gente y la mayoría lo superan al año o dos. Yo en realidad también lo superé..., no es que haya estado llevando una cruz todos estos años..., pero para entonces tus abuelos estaban ya mayores, la artritis de mi padre había empeorado mucho y necesitaban a alguien que los cuidara en casa; y yo estaba aquí, sin responsabilidades, mientras que los demás se habían independizado y tenían mujeres y niños pequeños... Yo creo que la realidad es que nunca he sido un hombre de acción. —De nuevo esa sonrisa peculiar, esa ceja un poco más arriba—. Más bien un hombre de inercia, no agites las aguas; al final todo volverá a su cauce, no hace falta que hagas nada... Y a cada año que pasaba, más difícil era hacer cambios, claro. Incluso cuando murieron los abuelos, y pude haber hecho lo que hubiera querido: viajar por el mundo, casarme, formar una familia..., resultó que no había nada que quisiera lo suficiente como para dar ese salto. —Cogió una carta, la examinó y volvió a dejarla sobre el montón—. La cosa, supongo, es que uno se acostumbra a ser quien es. Hace falta un gran empujón para romper el cascarón y obligarte a descubrir qué hay más allá. —Levantando la vista, sonriendo, subiéndose las gafas en la nariz—: Y con tanto filosofar se me ha olvidado a quién le tocaba. ¿Acabo yo de poner o...?

Su voz se detuvo en seco. Al ver que la pausa duraba demasiado levanté la vista de las cartas. Mi tío se había quedado mirando la puerta, con los ojos desencajados y una intensidad tal que me volví y todo para ver si había alguien o algo: nada. Cuando me giré, seguía con la mirada clavada en el mismo punto. Se lamía los labios, una y otra vez.

—Hugo —dije en voz muy alta—. ¿Estás bien?

Un brazo extendido, rígido, con los dedos en una garra grotesca.

Pegué un bote del sofá, y las cartas volaron por doquier y las tazas se

volcaron cuando rocé la mesa de centro al pasar. Melissa y yo llegamos a su lado al mismo tiempo y nos arrodillamos. Temí tocarlo por si empeoraba la cosa. No paraba de pestañear; el brazo distorsionado hacía unos movimientos como rastrillando algo sin sentido ante él, con una tensión y una determinación que parecían deliberadas.

O sea, que eso era todo: ese repentino estar un momento subiéndote las gafas y pensando si echar el rey de picas y, al siguiente, estar muriéndote. Tras meses de temores, tensiones y dudas, allí lo tenía, tan rápido y sencillo.

—Una ambulancia —dije, aunque sabía que no llegarían a tiempo (sentía como si el corazón no me cupiera en el pecho)—. Llama tú. Rápido.

—Es una crisis epiléptica —dijo tranquilamente Melissa, que estaba mirando la cara de mi tío con una mano leve pero firme en su hombro—. No necesita una ambulancia. Hugo, estás teniendo una crisis, no pasa nada, se te pasará dentro de un minuto.

No había manera de saber si la había oído. Rascando, parpadeando. Le brotó un hilo de saliva por una comisura.

Me costó unos segundos asimilar que no estaba muriéndose allí delante de nuestros ojos.

—Pero... —dije (en algún recoveco perdido de mi cabeza recordé el rollo que me había soltado el neurólogo basura, con sus palabras sencillas y su mirada desdeñosa de director de escuela)—... se supone que tenemos que llamar a una ambulancia de todas formas. Si es la primera crisis.

—Es que no es la primera. Lleva ya un tiempo teniéndolas. —Ante mi mirada de perplejidad—: ¿Las veces esas que se queda mirando al vacío y no te escucha durante un minuto o así? Creía que lo sabías.

—No —dije.

—Le aconsejé que se lo contara a los médicos. No sé si habrá llegado a hacerlo. —Seguía acariciándole el hombro a mi tío, con un ritmo lento y calmante—. No pasa nada —le dijo en voz baja—, tranquilo, no pasa nada.

El movimiento de rascar fue haciéndose cada vez más vago y débil, hasta que se le cayó el brazo sobre el regazo, se contrajo un par de veces y se quedó inerte. También paró de lamerse los labios. Los ojos cerrados y la cabeza ladeada, como si solo se hubiera quedado dormido en su sillón después de cenar.

Un chasquido y un silbido alegre en la chimenea. Charcos marrones de té extendiéndose por la mesa de centro, goteando en la alfombra. Yo estaba como aturdido, con el corazón desbocado.

—Hugo —dijo Melissa con suavidad—, ¿puedes mirarme?

Le temblaron los párpados antes de abrir los ojos: empañados y somnolientos, pero estaba viéndola.

—Has tenido una pequeña crisis, pero ya se te ha pasado. ¿Sabes dónde estás? —Asintió—. ¿Dónde?

Mi tío movió la boca como si estuviera mascando chicle y, por un segundo aterrador, creí que iba a darle otra vez, pero dijo, con mucho esfuerzo, arrastrando la voz:

—Salón.

—Sí. ¿Cómo estás?

Tenía la cara blanca y sudorosa; hasta las manos parecían más pálidas.

—No sé. Cansado.

—No pasa nada. Quédate un rato aquí tranquilo hasta que te sientas mejor.

—¿Quieres un poco de agua? —pregunté encontrando por fin algo útil que hacer.

—No sé.

Aun así fui corriendo a la cocina y llené un vaso del grifo, con las manos temblorosas y salpicando todo de agua. Mi cara en la ventana oscura sobre el fregadero tenía expresión de perplejidad y estupidez, con la boca colgando y los ojos como platos.

Cuando regresé al salón, Hugo tenía mejor aspecto, con la cabeza incorporada y algo más de color en la cara. Melissa había buscado una servilleta de papel y le había enjugado el hilo de baba de la barbilla.

—Ah —dijo, y cogió el vaso con la mano buena—. Gracias.

—¿Recuerdas lo que ha pasado? —le pregunté.

—No mucho, en realidad. Solo que..., como que todo parecía extraño de repente. Distinto. Me daba miedo. Pero eso es todo. —Con un deje asustado que no lograba disimular del todo—: ¿Qué he hecho?

—No mucho —dije con tranquilidad—. Quedarte mirando al infinito, una cosa rara con el brazo, pero nada en plan película de agitar las piernas y los brazos como loco ni esas cosas.

—¿Te había pasado antes algo parecido? —le preguntó Melissa.

—Creo que sí. Una vez. —Le dio otro trago al agua y se enjugó la comisura por donde le había goteado—. Hace un par de semanas, en la cama.

—Tendrías que habernos avisado —dije.

—En realidad no me di ni cuenta... de lo que había pasado. ¿Y qué podíais haber hecho?

—Ya, pero aun así... —dijo Melissa—. Si te vuelve a pasar, nos llamas. Por favor.

—De acuerdo, querida. —Mi tío le puso la mano encima de la suya por un momento—. Te lo prometo.

—¿Se lo comentaste al médico?

—Sí. Me dio una historia, unas pastillas, aunque me advirtió de que quizá no sirvieran de nada. —Intentó ponerse más recto en la silla—. Y se puso otra vez a hablarme de lo de los cuidados paliativos. Pero yo le dije que no, por supuesto. Que en absoluto.

—¿Quieres subir a acostarte? —le pregunté.

Parecía otra vez el de siempre, se me hizo hasta raro, pero tampoco nos veía volviendo tranquilamente a la partida de continental; si él se veía con fuerza, yo no.

—Prefiero quedarme aquí un rato, con vosotros. Si os parece bien.

Melissa cogió un trapo y limpió el té derramado mientras yo recogía las cartas y las iba secando con el papel de cocina mojado y formando una montañita con ellas para la próxima vez. Luego volvimos los dos a nuestro sitio en el sofá, con Melissa acurrucada contra mí, yo con el brazo por encima, nuestros dedos entrelazados.

No hablamos. Ella se quedó mirando el fuego, que le arrojaba parpadeos cálidos de luz por la suave curva de la mejilla. Mi tío se puso a acariciar la manta que tenía en las piernas, ausente, con un pulgar, como si fuera una mascota. De vez en cuando levantaba la vista y nos sonreía, para tranquilizarnos: «Estoy bien, mirad». Nos quedamos así un buen rato, mientras la lluvia tintineaba ligeramente en las ventanas, una polilla daba vueltas a medio gas alrededor de la lámpara de pie y el fuego se reducía a gemas destellantes de ceniza.

Supongo que no me había fijado mucho en el estado de ánimo de Melissa durante esa noche. Me había dado cuenta, vagamente, de que estaba algo callada, incluso antes de lo de Hugo, pero yo ya bastante tenía con lo mío; ella era la única cosa buena de mi mundo que no parecía necesitar vigilancia. De ahí que me pillara totalmente desprevenido cuando (una vez que hubimos llevado a mi tío a su cuarto y seguido la pista de sus sonidos familiares de trastear por la habitación y meterse en la cama, y estaba quitándome el jersey en nuestro dormitorio) me dijo:

—Los inspectores han venido hoy a hablar conmigo. A la tienda.

—¿¿Cómo?! —Me quedé tan aturdido que se me cayó el jersey—. ¿Qué inspectores? Martin y... y... —No recordaba el apellido de Traje Cantoso—. ¿O los otros? ¿Rafferty y este... Kerr?

—Rafferty y Kerr. —Melissa estaba de espaldas, colgando la rebeca en una percha, y su reflejo (el pelo pálido, el vestido pálido, los brazos delgados y pálidos) se onduló como un fantasma en la ventana—. No esperaba que vinieran a hablar conmigo, teniendo en cuenta que yo ni te conocía por aquel entonces... No sé cómo sabían dónde trabajo. Me hicieron colgar el cartel de «CERRADO» en la puerta... De hecho, la mujer de los pañuelos llegó mientras estaban ellos allí y no quería irse, no paraba de remover el pomo; yo quise decirle que abriría dentro de unos minutos, pero Kerr no me dejó. No paraba de decirme: «Déjala, ya se cansará», pero la pobre se tiró ahí una eternidad, pegando la cara al escaparate y mirando...

«Cosas que hacer, gente que ver.»

—¿Y qué querían, si puede saberse?

—Me enseñaron unas fotos.

En esos momentos habría sido capaz de meterle una patada en la boca a Rafferty.

—Ah, ¿sí? ¿De qué?

—De una sudadera que encontraron aquí. Y de ti de joven, con ella puesta. Y del cordón de la capucha —dijo hablando con una voz muy nítida y controlada, mientras miraba la rebeca, enderezando con cuidado las costuras de los hombros, no a mí—. Lo encontraron dentro del árbol. Creen que fue...

—Ya lo sé, sí. A mí me enseñaron las mismas fotos —dije, a lo que ella volvió la cabeza en redondo.

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

—Y no pensabas decírmelo...

—No quería hacerte perder el tiempo con esas chorradas. ¿Para qué te han enseñado a ti las fotos? ¿Qué querían?

—Querían saber si me habías hablado alguna vez de Dominic Ganly. Y si te había visto hacer algo de ese estilo, la cosa esa de las lazadas. Si alguna vez habías hecho ese tipo de nudos. Y —(ojos en la rebeca mientras la colgaba en el armario, sin cambios en esa voz regular, solo un ligero pestañeo)— si te había visto ponerte violento alguna vez. Les dije que no, evidentemente. Nunca.

Lo irónico del tema era que yo estaba esforzándome por no meterle un puñetazo a la pared, estampar la puerta del armario con una patada o algo igual de dramático y de absurdo. Recogí el jersey del suelo y lo doblé con mucho cuidado.

—Sabían lo del tipo ese del año pasado, el que no me dejaba en paz, hasta que tú lo espantaste. Querían saber qué hiciste exactamente: si lo tocaste cuando te libraste de él, si lo amenazaste con pegarle una paliza. Yo les dije que no, pero ellos venga a insistir: ¿de verdad? Cualquier hombre corriente se pondría hecho una furia, se habría visto en la obligación de dejárselo bien clarito, ¿en serio que tu novio no tuvo el valor de hacer eso?... Yo quería decirles que se fueran, pero me daba miedo que creyeran que estaba ocultando algo. Son muy... Te ponen difícil plantarles cara, ¿no? Yo no paraba de decirles que no, que no, que no, intentando mantener la calma, hasta que al final se rindieron. O por lo menos se fueron.

—Bueno —dije con toda la tranquilidad que pude cuando volví a hablar—, por lo que cuentas creo que los pusiste en su sitio. Si vuelven a aparecer, mándalos a paseo. O me llamas y los mando yo.

—Toby. —Por fin un temblor en la voz, y se volvió para mirarme—. Creen que tú mataste a Dominic.

Me reí, aunque hasta yo noté la acritud.

—No puede ser, no tienen razones para pensarlo. No tienen ni media razón. Lo único que tienen es un cordón de una sudadera que podría haber cogido cualquiera. Lo que están intentando es meterle presión a alguien para que confiese, y poder así cerrar el caso. Por eso han ido a darte la brasa: para presionarme a mí. No porque realmente crean que tú sepas nada, o porque crean de verdad que yo soy ¡violento! —Estaba subiendo la voz. Respiré hondo.

—Que sí, Toby. Puede que no crean realmente que yo sé algo, pero sí que creen que tú lo mataste.

Su cara, pálida, penetrante y lejana como el fantasma del cristal. Me vino, me cayó como un porrazo desconcertante, la idea de que quizá también ella pensaba lo mismo. Me pregunté si le habrían dicho algo los inspectores que no estuviera contándome.

—Yo no maté a Dominic.

—Ya lo sé —dijo de inmediato Melissa, con convicción—. Eso ya lo sé, nunca se me habría ocurrido pensarlo.

La creí. La oleada de alivio y vergüenza —cómo podía haberlo pensado ni

por un segundo— barrió consigo parte de la tensión.

—Bueno, supongo que ahora comprenderás por qué tengo que hacer algo al respecto.

La cara se le cambió de golpe.

—¿Como qué?

—Como hablar con gente. Ver si puedo averiguar qué mierda está pasando en realidad. Para que no tengamos que seguir aguantando sus movidas.

—No —dijo bruscamente (solo le había oído esa inflexibilidad de hierro en la voz cuando me hablaba de su madre)—. Lo único que tienes que hacer es mantenerte lo más lejos posible de todo este horror. Consigue un abogado y que él trate con la policía. ¡No es problema tuyo! No hay razón para que te enredes más en todo esto. Deja el tema.

—Melissa, me están acusando por la cara de ¡homicidio! Yo creo que, por definición, eso lo convierte en problema mío.

—No, eso no es así. Tú mismo lo has dicho, que no tienen pruebas de nada y que no van a conseguir ninguna. Lo único que tienes que hacer es ignorarlos, y tarde o temprano se cansarán y te dejarán en paz.

—¿Y si no? ¿Qué pasa si deciden seguir con el farol y venir a arrestarme, a ver si así me vengo abajo y confieso? Yo no sé tú, pero a mí no me hace ninguna gracia pasarme las semanas preguntándome si será hoy, si van a escoger justo el momento en que mi tío tenga una crisis...

—¿Y qué crees que va a pasar cuando se enteren de que has estado haciendo preguntas por ahí? Creerán que estás intentando averiguar quién sabe qué porque estás nervioso. Y luego irán a por ti con más saña todavía, y eso hará que todo lo bueno que...

—¡Melissa, joder! —Ya no me importaba subir la voz, que se despertara Hugo, a la mierda con todo—. Creía que te alegrarías. Hace unos meses me habría importado una mierda si me metían en la cárcel. Creía que te encantaría saber que tengo la cabeza lo suficientemente en su sitio para querer plantar batalla. ¿Qué preferirías, que siguiera tocándome los huevos mientras reúno fuerzas y ganas para hacerme una tostada? —Aquello le llegó al alma, tal y como yo había esperado.

—Que te sientas más en tu ser es maravilloso —me dijo suavizando la voz, el deje férreo evaporado ya—. Y sí, estoy encantada. Pero ¿no puedes utilizar esa energía para otra cosa? Llama a Richard, a ver si puedes empezar a hacer algo desde aquí..., y siempre has dicho que querías aprender a bucear...

—¿O a trenzar cestos o hacer alfarería? No soy un discapacitado. No tengo

una enfermedad mental. —Vi que Melissa se encogía ante mi tono, pero seguí (nunca antes me había enfadado con ella, ni una sola vez, y eso me hizo sentir más rabia hacia Rafferty y Kerr y hacia mi primo e incluso, por siniestro que parezca, hacia Dominic: tres años de cómoda armonía, a las duras y a las maduras, y ahora aquello)—. No necesito un *hobby*. No necesito mantenerme entretenido. Lo que necesito es averiguar por qué coño acaban de acusarme de asesinato.

—Yo no te he acusado, Toby, yo nunca he dicho que... —Había escogido bien mi estrategia: se le cortó la respiración y tuvo que apoyarse en la puerta del armario—. Yo solo quiero que seas feliz.

—Ya lo sé, y yo también. Quiero que los dos seamos felices. Por eso mismo lo estoy haciendo. —Su cara de derrota...; habría dado todo por hacerle ver lo que yo estaba viendo, que aquello podía transformarlo todo—. Nena, por favor, tú solo confía en mí. Puedo con esto. No pienso cagarla.

—Ya lo sé. No es eso... —Sacudió la cabeza, los ojos apretados con fuerza—. Solo te pido que no hagas nada que pueda empeorar las cosas. Por favor.

—No lo haré —le dije acercándome—. No pretendo arrinconar a ningún gánster en ningún callejón oscuro con mi Colt del 45. Lo único que quiero hacer es hablar con la gente y ver si tienen algo interesante que contarme, eso es todo. —Y al ver que no respondía ni se apoyaba en mi hombro—: Te lo prometo, ¿vale?

Respiró hondo y me puso una mano en la mejilla.

—Bueno —dijo y, apartándose cuando quise besarla, añadió—: Vamos a la cama. Estoy reventada.

—Claro. Yo también.

Y debería haberlo estado, después del día que llevaba. Pero mucho después de que la respiración de Melissa se ralentizara hasta adquirir el ritmo familiar del sueño, yo estaba bien despierto. Y no porque estuviera a la que salta con cualquier ruido y contando las horas para el siguiente Xanax; me limitaba a mirar las sutiles gradaciones de la penumbra mientras cambiaba por el techo, y a pensar, y a planear.



Así fue como, a la mañana siguiente, en cuanto Melissa se fue al trabajo, llamé a mis primos para invitarlos a cenar y a tomarnos unas copas: agobiado con toda esta mierda, necesito desfogarme un poco, patatín, patatán. Ninguno de los dos mencionó nada de garrotes, sudaderas o polis, lo que intensificó mis sospechas un grado más: Rafferty había dejado bien claro que había hablado de la puta sudadera con los dos, y en mi opinión eso era algo que tendrían que haberme contado más o menos en cuanto salió por la puerta, si es que estaban de mi parte, vamos, digo yo.

Ya por teléfono sus voces me sonaron distintas ese día; tenían esa aura reluciente y agrietada que me recordó el par de veces que me había metido ácido. Me costó un tiempo ponerle nombre: peligro. En general, siempre había considerado a mis primos inofensivos. No en el mal sentido; era más que nada por el cariño que les tenía, sabía que podíamos pelearnos y putearnos, pero en el fondo tenía claro que estaban hechos de buena pasta; y también, siendo sincero, porque siempre me había costado mucho tomarlos tan en serio como para relacionarlos con algo de tanto peso como el peligro. Con lo que sabía ahora, sin embargo, todas sus palabras y alientos vibraban con subtramas y subtextos que yo no pillaba. Podían ser cualquier cosa; podían ser letales, y yo sin saberlo.

Con todo, tenía un buen presentimiento sobre la noche que tenía por delante. Centelleaba seductora ante mí como una cuarta cita, una última entrevista para el puesto, la definitiva, con el premio esperando al final, y estaba totalmente mentalizado y preparado para clavarla. No esperaba que mi primo se derrumbara y me soltase una confesión escabrosa..., aunque nunca digas nunca jamás, a lo mejor tenía suerte, a saber... Pero si me la tenía guardada por algo, estaba deseando oír lo que tuviera que decirme. Un par de copas y un poco de cizaña, y estaba convencido de que podría llevarlo a mi

terreno; quizá, si jugaba mis cartas a la perfección, podía conseguir incluso que me hablara del robo en mi casa.

La gran pregunta, claro está, era qué pensaba hacer yo con todo eso si lo conseguía. Que era mi primo, por el amor de Dios. Uno de mis primeros recuerdos era de los dos sentados en un charco en aquel mismo jardín, tirándonos barro a la cabeza. No me imaginaba haciendo nada que pudiera acabar con él pudriéndose en la cárcel, ni aunque él estuviese intentando hacer justo eso conmigo.

A no ser que: si realmente estaba detrás de lo del robo, entonces podía pasar cualquier cosa. Lo del homicidio tenía un pase, y lo de intentar echarme el muerto, pero la idea de que él me hubiera convertido en lo que era ahora, deliberada o incluso semideliberadamente, me sacudía como una pistola eléctrica cada vez que lo pensaba. Yo sabía que eso no decía nada bueno de mi forma de ser, pero en realidad —mientras subía las escaleras corriendo para decirle a Hugo que venían los primos a cenar, la boca llena de galleta de chocolate, un impulso en mi paso, que casi se había librado de la cojera— me daba igual.

Cuando Melissa llegó a casa, yo tenía la ropa extendida sobre la cama — los pantalones de lino azul y una camisa realmente bonita, color crema y con un dibujo geométrico azul muy discreto; debía de haberla echado ella en la maleta por alguna razón y hacía meses que no me arreglaba para nada, así que ¿por qué no?— y estaba cantando a voz en grito una canción pastelosa de Robbie Williams, a saltos, mientras me afeitaba.

—Muy buenas —dijo Melissa asomando la cabeza por la puerta del baño—. ¿Qué tal tu tío?

—Bien, nada preocupante. Ha averiguado que Haskins..., el del diario..., odiaba a los perros y despidió a la criada porque olía raro.

—He visto tu ropa. ¿Qué se celebra?

—Estoy de buen humor. Ven aquí.

Se acercó de puntillas para besarme por donde no tenía espuma de afeitar; la cogí con fuerza, le restregué la espuma de la mejilla por la nariz, y pegó un chillido y se rio —«¡Tonto!»— y se limpió contra mi pecho desnudo.

—Te vas a poner muy guapetón. Será mejor que me vista a tu altura.

—Tengo que pelarme, la cosa es seria ya —dije mirándome al espejo—. Tengo pinta de merodear por un pub cutre de Galway intentando convencer a las turistas de que soy surfero.

—¿Quieres que te lo recorte? Un corte decente no sabría hacerte, pero te lo

puedo arreglar un poco, para que aguantes hasta que vayas a la peluquería.

—¿En serio? Sería genial.

—Claro. Voy a buscar unas tijeras.

—Ah —dije cuando estaba ya casi saliendo por la puerta—, van a venir a cenar mis primos. ¿Tendremos comida suficiente o pedimos algo?

Se giró en redondo, pero dijo con mucha resolución:

—Pedimos al indio. A tu tío le encanta y no le cuesta comerlo con la mano.

—Estupendo. Muero de hambre. Un curri entraría doblado. —Inclinando la cabeza para pasarme la cuchilla por el ángulo de la mandíbula y no tener que mirarla—: Por cierto, lo de anoche. Sé que tienes la impresión de que me estoy obsesionando por lo que le pasó a Dominic, pero no es solo eso. —La veía en el espejo, mirándome desde el umbral.

—¿Y entonces?

Tenía que andarme con ojo. En realidad necesitaba su ayuda para que la noche fuera como la seda, y sabía que no iba a hacerle ninguna gracia.

—Es complicado de explicar. Tengo la sensación de que es todo un caos..., vale, reconozcámoslo, los últimos meses han sido un caos, pero yo estaba demasiado tocado como para hacer nada. Ahora, no sé si es porque me estoy recuperando o por qué, pero tengo la sensación de que necesito aclarar las cosas. Lo de Dominic, sí, pero no solo eso.

Estaba escuchándome atentamente, hurgando con una uña en una mancha en la puerta.

—¿Qué más?

—Todo lo que dijeron Sean y Dec, lo que le hizo Dominic a mi primo. Tenías razón, me está reconcomiendo.

—No fue culpa tuya, tú no lo sabías.

—Bueno, es que esa es la cuestión. Yo te juro por Dios que no me acuerdo de nada parecido, pero con la memoria como la tengo..., en fin. A saber lo que es verdad y lo que no. —Le dediqué una medio sonrisa de lado por el espejo—. A ver, sinceramente no creo que yo le dejara pasar a Dominic que le pegara una paliza a mi primo, pero estaría bien saberlo con seguridad.

—¿Y qué importa ya eso?

Sorprendido, un punto dolido.

—Bueno, sí, a mí sí que me importa. Si decepcioné a mi primo, eso ha podido estar dañando nuestra relación desde entonces, aunque yo fuera demasiado lerdo para darme cuenta. Ya sé que no lo veo mucho, pero él y Su... son lo más parecido que tengo a unos hermanos. A lo mejor no pasó nada

y soy el primo perfecto. Ojalá. Pero si no es así, necesito saberlo para poder arreglarlo. —Con otra sonrisa tímida, levantando la barbilla para afeitarme bajo la mandíbula—: ¿No es eso lo que dice siempre la gente de los asesinatos? ¿Que sacan a la luz todo tipo de cosas y todo el mundo tiene que lidiar entonces con las consecuencias? —Al ver que no respondía—: Mira, es probable que no tenga sentido para ti, pero... todo el rollo de la agresión... necesito que sirva de algo, como borrón y cuenta nueva, como una llamada de advertencia, para poner orden en mi vida. Porque, de lo contrario, habría sido todo una mierda..., y sinceramente, de momento ha sido solo eso. Pero si pudiera sacar algo bueno de todo esto..., ¿me entiendes?

Y por supuesto Melissa, que Dios le conservara ese corazón de girasol, no pudo darle la espalda a eso.

—¡Sí! Te entiendo —dijo con la cara iluminada—. Eso sería fantástico. Y díselo así a Leon. Él lo entenderá.

—Se lo diré. —Esa era una muy buena idea, de hecho—. Pero necesito saber qué le hice, en caso de que le hiciera algo. ¿Tú me ayudarías?

Frunció el ceño ante mi propuesta.

—¿Yo? ¿Cómo?

—¿Podrías preguntarles a mis primos cómo era yo en aquella época? Es una pregunta de lo más natural; es igual que cuando quieres ver fotos antiguas con mi tío. Evidentemente te dirán que yo era de puta madre, pero ¿podrías insistir un poco? Yo intentaré ayudar, pero necesito que seas tú quien lo pregunte.

—¿Por qué no puedes hacerlo tú? Es lo que has dicho, que si hiciste algo malo, no van a querer decírmelo. Puedes preguntarles cuando yo no esté. Me subo y me acuesto temprano.

La verdad, por supuesto, es que si me ponía yo a hacer preguntas, mi primo acabaría recelando, y mi prima seguramente también, según de parte de quién estuviera.

—El caso es que —dije respirando hondo y buscando sus ojos en el espejo — preferiría que ellos no supieran lo fastidiada que tengo la memoria. Sé que es una tontería. Evidentemente se harán ya una idea de que no estoy al cien por cien, pero he estado esforzándome mucho por actuar con la mayor normalidad posible delante de ellos, y espero que haya colado. Pero si llego en plan: «Eyy, tíos, nada, que me preguntaba yo, no sé si podéis refrescarme la memoria de... ¿toda nuestra adolescencia?». ... Tanto esfuerzo para nada. Y es que..., es que no soporto la idea de que se compadezcan de mí. —Era casi

imposible que me rebatiera aquello.

—Te entiendo. Aunque yo no creo que estés tan fastidiado, Toby, de verdad te lo digo, pero... —Me vio contraer la cara—. Se lo preguntaré.

Solté una buena exhalación de alivio.

—Uff, no sabes el peso que me quitas de encima. Me he pasado el día dándole vueltas al tema, buscando una forma de hacerlo yo... A ver, seguro que hay alguna, pero la cabeza no me da... Si lo puedes hacer tú, de maravilla. ¿Y podrías preguntarles también por Dominic?, ¿que cómo era? A lo mejor no quieren hablar mal de mí, pero quizá hablen lo suficiente de él para poder hacerme una idea de lo que pasó. Y eso tampoco parecerá raro: queramos o no, ahora él forma parte de todas nuestras vidas, tienes razones de sobra para querer hacerte una idea de cómo era. —En ese momento me pregunté, por primera vez, por qué ella nunca me había preguntado nada sobre él en todo ese tiempo.

—¿Es por lo que le pasó?

—No lo sé —dije con sinceridad y volviéndome para mirarla—. Seamos francos, hay una posibilidad de que ambas cosas estén relacionadas... No veo cómo, pero vete tú a saber, a estas alturas. Pero eso no es lo principal. —Por un momento pensé que iba a echarse atrás, pero asintió entonces.

—Vale. Yo les pregunto por él.

—Espera a que se acueste mi tío. Si realmente cuentan que hice algo horrible, se lo podemos ahorrar a él. Y, además, necesito un par de horas para poner bien borracho a mi primo. Me he llegado esta mañana a la licorería a por cantidades ingentes de ginebra y tónica, y seré yo quien sirva las copas.

—No, déjalo. Mejor lo hago yo.

—Ah..., y recuerda que de todo lo que vas a preguntar han pasado diez años, ¿vale? Yo era un crío tonto, un capullo. Y otra cosa, Su y Leon son los dos un poco exagerados. Si dicen que hice algo horrible, no significa necesariamente que fuera verdad. Salga lo que salga a la luz, ¿me concedes al menos el beneficio de la duda?

Aquello último se lo pregunté de corazón: al fin y al cabo, había una posibilidad pequeña pero no inexistente de que mi primo pretendiera insinuar que yo era un asesino. Melissa debió de notármelo, porque se me acercó, me puso las manos en los brazos y me miró a la cara.

—Por supuesto que sí —dijo muy seria—. Siempre.

—Gracias —dije, y la acerqué más en un medio abrazo—. Muchas gracias, pequeña. Todo saldrá bien. Somos un buen equipo, ¿verdad?

—El mejor —dijo Melissa—. Y ahora —(una inhalación rápida, un asentimiento para ella misma)— voy a buscar esas tijeras.

Se puso de puntillas para darme un beso en la nariz y me dejó en el cuarto mientras volvía de aun mejor humor a mi cuchilla y a mi imitación de Robbie Williams.

Tom vino a remolque de mi prima, cosa que no encajaba dentro de mis planes, pero no dejé que me supusiera un problema: la noche era joven, seguro que se me ocurría alguna manera de deshacerme de él. Mientras esperábamos a que llegara la comida, fui repartiendo *gin-tonics* precena (poco cargados, de momento, no había prisa) y riéndome con los chistes de todos. El pelo no me había quedado nada mal y la camisa me sentaba bien; al ponérmela me había dado cuenta de que había recuperado parte de los kilos perdidos; tenía mejor aspecto que nunca desde aquella noche, y también me sentía mucho mejor. Me aseguré de atrancarme y equivocarme cuando estaba cerca de mis primos, para que me oyeran (Tom, ¿te pongo una copa? Ah, es verdad, que tienes que conducir, perdona, es la tercera vez que te lo pregunto, ja, ja... Sí, el trabajo de Hugo va muy bien, hoy se ha pasado todo el día repasando el..., esto, tú sabes..., el chisme ese, cómo se llama, ostras, estoy fatal, tengo la cabeza como un colador): yo no era más que un idiota alegre e inofensivo al que no hacía falta tomar en serio. Esa noche le tocaba a Melissa elegir la música, de modo que su *swing* de bistró francés se contoneaba en el fondo, todo labios carmín y movimientos de cadera juguetones, «*Oh that man!*». Ella iba a juego, vestido blanco con falda plisada de vuelo y ramilletes de flores verdes, y estaba escuchando interesada mientras Tom le explicaba un proyecto de maquetas con el que le había frito el cerebro a sus alumnos de primero..., sin acercarse todavía a mis primos, haciendo tiempo, igual que yo. La sensación de complicidad me provocaba el delicioso pellizco del travieso que sale victorioso, juntos los dos en nuestra misión secreta; deberíamos haber tenido palabras clave... Intercambiamos una mirada y le guiñé un ojo, a espaldas de Tom, y, tras una fracción de segundo, me devolvió el gesto.

Mi tío estaba sentado en medio de todo aquello, bebiéndose su *gin- tonic* en un cuidadoso ángulo para que no se le derramase nada por la comisura floja de la boca. Tenía algo de ausente, de abstraído —riendo con las bromas unos segundos más tarde de la cuenta, un «¿Hum?» cuando le pregunté qué quería de comer—, que no me gustaba un pelo. Tenía pinta de ser el principio de otra

crisis, lo que, más allá de lo obvio, habría dado al traste con mis planes para la noche.

Hasta que no estuvimos cenando no comprendí qué estaba pasándole realmente por la cabeza. Estábamos todos hablando demasiado rápido y alto, y no me di cuenta de que mi tío estaba intentando llamar nuestra atención hasta que, cuando estaba a punto de enfrascarme de buena gana en otra evocación torpe y tartamuda de nuestra infancia, Melissa me puso la mano en la muñeca y me señaló a mi tío con la cabeza.

—Uyy, perdón —dije.

—No pasa nada —respondió mi tío, que estaba echándose salsa en el plato con mucho cuidado—. Solo quería decíroslo antes de que se me olvidara. A todos os aliviará saber que ya tengo un plan para la casa. Y ya era hora, además. —Paramos todos de comer—. Va a ser para todos vosotros —dijo—. Vosotros tres y vuestros padres: a partes iguales. Podría parecer que os estoy pasando la patata caliente para que toméis vosotros las grandes decisiones (y puede que sea así), pero es la única manera que se me ha ocurrido que pueda dejar la puerta abierta a cualquier cambio en vuestras vidas. Que alguno se case o tenga hijos, o más hijos, o se vaya del país o vuelva, o para quien esté apurado de dinero y necesite un sitio donde vivir... Me encantaría poder imaginar todas las posibilidades, pero no me veo capaz, me confundo. Hace unos días —(a Leon, con una media sonrisa irónica y dolorida)— estaba convencidísimo de que tú tenías un bebé, una cría con el pelo moreno y rizado.

—Quita, quita —dijo mi primo fingiendo un estremecimiento de terror, mientras cortaba un trozo de *naan*. (No tenía muy buen aspecto: ojeras, un jersey con demasiados lavados, y no le habría venido nada mal un afeitado, lo que, todo sumado, le daba a su *look* de joven rebelde un punto desastrado y dejado; intentaba bromear alegremente, pero se le notaba el esfuerzo)—. Antes prefiero tener un chimpancé rabioso, gracias. No es nada personal, Su, Tom, vuestros niños son unos angelitos.

—Yo estaba preocupado porque sabía que ya no estabas con la madre —siguió explicando mi tío—, y tenía miedo de que no te dejaran pasar tiempo con la niña si no tenías un buen sitio para que se quedara, así que pensé que podías ser tú quien más necesitara la casa.

—Yo pagaría un buen dinero por ver a Leon con una cría —intervine, porque no quería escuchar aquello—. Parecería una comedia cutre en la que dejan a un bebé en la puerta equivocada. Y las aventuras disparatadas que seguirían.

—Estaba intentando acordarme del nombre de la cría —prosiguió mi tío, que se negó a que le cambiaran de tema— para ponerla en el testamento, pero, claro, no me venía. Pero luego pensé que no recordaba que me hubieras mencionado a la niña, y desde ahí ya fui deduciendo el resto. Pero por eso comprenderéis que no soy la mejor persona para tomar decisiones que os afecten a largo plazo. —Su sonrisa, dirigida a todos, era demasiado amplia: le había dolido contarnos aquella historia—. Así que la casa va para los seis. En cualquier caso, eso debería resolver el principal problema: no puede venderse a no ser que os pongáis todos de acuerdo. A partir de ahí, ya es cosa vuestra.

—Gracias —dijo Susanna en voz baja—. La cuidaremos bien.

—Sí, la cuidaremos —corroboré.

—No dejaré que la niña pinte las paredes con los dedos —bromeó mi primo—, palabra de honor. —Y mi tío rio y alargó la mano para coger el arroz, y volvimos a hablar todos a la vez.

Pero algo en la expresión de mi primo me había llamado la atención. Más tarde —cuando mi tío ya había subido a acostarse y nos habíamos puesto a recoger los platos—, mientras estaba cargando el lavavajillas con mi primo, le pregunté como quien no quiere la cosa:

—¿No te parece bien que Hugo nos deje la casa a los seis?

—Es su casa, puede hacer lo que quiera con ella. —Lo dijo sin levantar la vista y con la voz desinflada y algo crispada: había abandonado el numerito risueño en cuanto se había ido mi tío—. Lo que pasa es que me parece una idea horrible. Así es como empiezan las peleas en las familias.

—Él solo intenta hacer lo mejor —intervino mi prima, por encima del agua del grifo mientras enjuagaba los envases de la comida. (Tenía mucho mejor aspecto que Leon, fresca y descansada, con un jersey suave color salvia que le sentaba bien, el pelo salpicado de unas horquillas con florecitas de colores que supuse que algo tendrían que ver con Sallie)—. Ya nos las arreglaremos.

—Arregladlo vosotros cinco, yo no quiero saber nada. Cuando decidáis lo que queréis hacer, me mandáis un papel y yo os lo firmo.

—¿Cómo? —pregunté sorprendido—. Pero si eras tú el que estabas empeñado en no perder la casa...

—Eso era antes de que apareciera un muerto en el jardín y nos jodiera la vida a todos. Perdóname si eso me ha reventado ligeramente las alegres asociaciones que la casa tenía para mí.

O, más bien, eso había sido cuando cabía la posibilidad de que un nuevo propietario con ambiciones paisajísticas hubiese hecho saltar la mina

escondida; ahora que ya había explotado, no había necesidad de seguir siendo territorial. No era una prueba muy sólida, pero le dio un impulso extra a la sensación creciente de que aquella era mi noche, y todos sus afluentes iban a parar a mi río.

—También es verdad —dije complaciente.

—A mí no me molesta. Ya no está —dijo Susanna—. Tenemos un terreno libre de esqueletos, garantizado al cien por cien por la policía. ¿Cuántas casas pueden presumir de eso?

Mi primo metió otro plato en el lavavajillas haciendo más ruido de la cuenta.

—Pues nada, mudaos. ¿Qué parte de «me da igual» no entiendes? —dijo.

Reconocí aquel humor, inquieto, eléctrico y contrariado, el humor que cuando éramos pequeños siempre acababa con los tres castigados, o teniendo que esconder los pedazos rotos de algo, o cuando, en una ocasión para el recuerdo, nos pilló un guardia de seguridad y nos metió a los tres en un cuartillo lleno de utensilios de limpieza hasta que conseguí convencerlo de que nos soltara explicándole con detalles desgarradores —con mis primos, seamos justos, siguiéndome la corriente a la perfección, Leon meciéndose en el sitio y pegando con el tacón en la pata de la silla mientras Susanna le acariciaba el brazo y lo arrullaba con sonidos relajantes— que el pobrecillo de mi primo era discapacitado y lo mal que lo pasaría su madre enferma si lo arrestaban. Sacarle cualquier cosa estando de ese humor iba a ser peor que extraerle una muela.

—Tú lo que necesitas es otro *gin-tonic*. A todos nos hace falta. ¿Pepino, lima o ambas cosas?

—Pepino —escogió mi prima.

—Lima —dijo mi primo de inmediato—. Hace demasiado frío para el pepino.

—¿Y eso qué tiene que ver? —replicó mi prima—. Además, hace calor, no sé ni para qué me he traído el abrigo...

—Ah, perdona, déjame ver, ¿estamos a junio? ¿Estamos en un césped lleno de margaritas? ¿No? Entonces, el pepino no pega ni con cola.

—Tenemos de los dos —dijo alegremente Melissa—. Creo que también hay limones, aunque a lo mejor están un poco pasados. Que cada uno se eche lo que más le guste.

—Tom, ¿tú qué prefieres? —pregunté.

—Ah, no, a mí no me cuentes. Creo que voy a ir tirando a casa.

—¡No! —dije fingiendo una tremenda decepción—. Es temprano, tómate una por lo menos.

—No, no, tengo que conducir...

—¡Ay, es verdad! ¡Si ya me lo has dicho! Ostras, qué cabeza la mía...

—Es que tampoco quiero dejar mucho tiempo a mi madre con los críos —explicó Tom—. Zach lleva unos días portándose regular.

No podía culparlo por las prisas: para los niveles de Zach, «portarse regular» seguramente implicaba un grupo de los GEO y un equipo de riesgo biológico.

—Sé que Zach puede ser un poco mamoncete cuando quiere —dijo mi prima leyéndome el pensamiento—, pero hemos estado trabajando el tema. Cuando se le meta en la cabeza que las demás personas son también reales, no habrá problema. Estaba portándose mucho mejor, pero lo de encontrar el cráneo le ha venido grande. Si las demás personas son reales, entonces evidentemente el cráneo era de una persona real, y eso es mucho más de lo que puede asimilar. Así que le ha cortocircuitado la cabeza y está dando el coñazo pero bien.

—Entiendo. Es normal —dije.

—Sí, y tanto —dijo Tom palpándose los bolsillos y escrutando a su alrededor como si se le hubiera caído algo—. Si hasta a nosotros los adultos nos ha dejado un poco tocados... Ya se le pasará. Que echéis buena noche —dijo despidiéndose de todos con un gesto vago de la mano y cara de benevolencia—. No hay prisa, pásalo bien —le dijo luego a mi prima, que ladeó la cabeza para que la besara en la mejilla.

—Perdón —nos dijo mi primo cuando se hubo ido Tom—, por estar tan porculero.

—No pasa nada —le dije.

Melissa le sonrió y le lanzó una lima.

—Toma. Con esto te sabrá todo mejor —le dijo.

—Es que estoy hoy hecho un manojo de estrés. Me ha llamado mi jefe dando por culo y montándome un pollo con que a ver cuándo vuelvo...

—Siendo justos, es normal que el hombre quiera saberlo —respondió mi prima mientras cortaba con precisión un pepino.

—Pero no hacía falta que se pusiera como un gilipollas. —Mi primo se apoyó contra la encimera y se frotó el rabillo de los ojos con los dedos—. No sé por qué dejo que me afecte. De todas formas lo más seguro es que me mude. Estoy harto de Berlín.

—¿Cómo? —dije sorprendido y volviéndome con la botella de ginebra en la mano—. ¿Y qué pasa con como se llame?

—Se llama Carsten. ¿Me olvido yo de cómo se llama Melissa?

—Seguramente se te olvidaría si te dieran un par de porrazos en la cabeza —dije (cada vez me salían con más soltura ese tipo de comentarios, pero, aunque eran útiles para mis propósitos, seguían sin hacerme gracia).

—A mí no —dijo Leon sonriéndole a Melissa, aunque se le notaba el esfuerzo—. Ella es inolvidable. De todas formas —(cogiéndole el cuchillo a Susanna, partiendo la lima)—, Carsten lo superará. Además, creo que de todas formas me está engañando, o al menos se lo está planteando.

—No te está engañando —replicó mi prima como si no fuera la primera vez que se lo decía.

—No para de hablar de un ex suyo.

—Pero ¿hablando cómo? ¿En plan: «Ay, por Dios, cuánto echo de menos a Super Ex, menos mal que no borré su número»? ¿O en plan: «Ah, sí, me acuerdo de esa peli, la vi con como se llamara»?

—¿Importa eso mucho? La cuestión es que habla de él.

—Estás buscando una excusa.

—No es verdad. Es que estoy harto de Berlín, y no me voy a quedar por un tío que no para de comerme la cabeza con otro tío. Además, ¿a ti qué más te da? Si ni siquiera conoces a Carsten... Cosa que, por cierto, no es culpa mía; te he invitado como un millón de veces...

—Lo que yo te diga, buscando una excusa. Por eso sigues aquí también, a ver si se hartan en el trabajo y te echan de una vez.

—¿Podemos dejar de hablar del tema? —preguntó de golpe Leon un poco más fuerte de la cuenta—. ¿Por favor?

—Tus deseos son órdenes para mí —dije dándole una palmada en el hombro al pasar a su lado, a lo que él contrajo la cara—. Recordemos que hoy la noche va de relajarse.

—Lo cual me recuerda... Ten —dijo mi prima, que se metió la mano en el bolsillo de los vaqueros, sacó una cosa pequeña y se la lanzó a Leon.

Este la cogió, entornó la mirada para verla bien y puso cara de alucinar, con mandíbula caída y todo.

—Qué fuerte. ¿Esto es real?

—Por ti, lo que sea, nene. Además, como sigas estresándote, me vas a estresar a mí.

—Eres la caña —le dijo mi primo con verdadero asombro.

—Líatelo antes de que te dé un infarto.

—Eres la mejor —dije (era perfecto, justo lo que necesitaba para que todos se soltasen; tendría que haberseme ocurrido a mí, pero que lo hubiera hecho ella por mí era como un regalo caído del cielo, directo a mis manos)—. Creía que no querías hacer nada chungo, no fuera a enterarse la policía.

—Y no quiero, pero tampoco quiero que le dé un ataque de nervios a este.

—Yo de hecho he intentado pillar —contó mi primo—. Merodeando por los baños de un garito horroroso... Había olvidado la mierda de discotecas que hay en Dublín, voy a tener que volver a Berlín solo para tener un poco de vida nocturna decente. Me ofrecieron algunas cosas interesantes, pero nada de hachís. ¿Hay sequía?

—Se ve que sí. He tenido que preguntar a casi todos mis conocidos para conseguir eso.

—¿Tom sabe que fumas?

Mi prima arqueó una ceja.

—Lo dices como si me pasara el día fumando. Solo fumo un par de veces al año.

—O sea, que no lo sabe.

—Pues sí que lo sabe. ¿Y Carsten sabe que tú eres medio tonto?

—Dejad de discutir —les dije—. Vamos a salir ahí fuera con eso y hacemos las presentaciones.

Lo sacamos todo fuera —vasos, ginebra, tónica, bandeja de hielos, limas, pepinos, limones pasados— y lo colocamos en la terraza. Mi primo sacó un paquete de Rizla y empezó a abrir un cigarro. Melissa y yo llevamos mantitas y cojines del salón (mi prima había exagerado: no era una noche especialmente fría, pero empezaba a oscurecer y una brisa penetrante y volátil acechaba por el jardín, sin plantas ni hierbas altas que pudieran atenuarla ya, dándoles tirones a las ramas y cargando contra las esquinas). Serví las copas —especialmente cargadas de ginebra para mis primos— y Melissa añadió los aliños.

—Ten —dijo ella dejando una copa al lado del codo de mi primo—. Con lima por un tubo.

—Y con pepino por un tubo para mí —dijo Susanna estirándose hacia atrás y blandiendo la copa hacia Leon—. Puesto que es junio en el jardín con las margaritas.

—Calla, anda —dijo Leon con un porro de un tamaño considerable y magistralmente liado—. Bueno, a ver qué tenemos por aquí.

Se lo encendió, le dio una buena calada y se lo quedó en la mano.

—Virgen santa —dijo con un chillido sentido y compacto, con los ojos llorosos—. Qué cosa más rica. Eres una santa —(a Susanna)—. Y tú —(a mí)—, tú eres un genio. Lo de esta noche ha sido una idea de puta madre.

—Bueno, pensé que a todos nos vendría bien una noche de relax —dije con modestia mientras me acomodaba contra el muro de la casa, con las piernas extendidas por delante, y atraía contra mi pecho a Melissa, que nos echó una mantita por encima a los dos—. Es lo que ha dicho Tom, que esta movida volvería loco a cualquiera.

—Vaya pareja de cabrones están hechos —dijo Leon, que se apoyó también en la pared y le dio otra calada al porro—, los polis, me refiero. De verdad. Yo creo que en su fuero interno en realidad son unos psicópatas y unos sádicos; lo que pasa es que han conseguido que les paguen por ello.

—Es parte del trabajo —dijo mi prima echándose otra manta por encima—. Les viene bien que la gente se vuelva loca y discuta. Así que no caed en la trampa.

—Mira quién fue a hablar.

—Chiss. Dale otra calada, anda.

—Apareció la llave de la puerta del jardín —dije (no pensaba mencionar el cordón de la sudadera, al menos hasta que no lo hicieran ellos)—. ¿Os lo han dicho?

—Sí, sí, cuidado —dijo Susanna—: gran revelación dramática, chan-chan, ¡mirad lo que hemos encontrado en el árbol! Y los dos allí sentados mirándome con cara de director de escuela: «Estoy esperando a que me dé una explicación, jovencita, y de este despacho no va a salir nadie hasta que me la dé».

—Qué mirada, sus muertos —dijo mi primo pasándole el porro a Melissa—. Yo estaba como petrificado, no fuera a decir algo horroroso. Es como cuando de pequeño estabas en la iglesia, ¿no?, y te empezabas a preguntar qué pasaría si gritaras «¡prepucio!» en el momento más solemne, y luego ya no podías parar de pensar en eso, y cada vez te daba más miedo, porque creías que ibas a hacerlo de verdad. Os lo juro, como esos dos me sigan mirando de esa manera, tarde o temprano voy a saltar y a gritar: «¡El prepucio de Dominic Ganly!».

—«¿Qué relación tenía usted con el prepucio de Dominic Ganly?» —preguntó Susanna en una muy buena imitación del marcado e implacable acento de Galway de Rafferty, que, cuanto más lo oía, más de los nervios me

ponía—. «¿Tuvo usted algún altercado con el prepucio de Dominic Ganly?»

—Para ya, tía. —A mi primo estaba entrándole la risa floja—. Ahora sí que lo voy a hacer, y me arrestarán por listillo y será culpa vuestra...

—«¿Estaba actuando de forma extraña el prepucio de Dominic Ganly ese verano?» —pregunté—. «¿Le pareció que el prepucio de Dominic Ganly pudiera estar deprimido?»

Mi primo estaba que se moría de la risa, e intentaba hacerme parar blandiendo una mano mientras jadeaba de la risa. Melissa también reía, entre resoplidos; ella no le daba mucho al hachís, ni a nada en realidad, su límite estaba en un par de copas.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Asintió y me tendió el porro, todavía sin poder hablar.

—Uau —dije cuando me pegó la primera oleada—. Es buena mierda.

—Te lo he dicho —dijo Leon con un suspiro alegre, la cabeza apoyada contra la pared y los ojos cerrados.

—En su momento pensé que habías sido tú —me dijo Susanna—. El que se llevó la llave.

Aquello hizo que se me metiera el humo por la nariz.

—¿Yo?!

Mi prima se encogió de hombros.

—Porque se perdió en el cumpleaños de Leon. Se me había olvidado, pero he estado haciendo memoria y estoy convencida. Esa tarde la llave seguía en su sitio...; ¿te acuerdas de que Hugo estaba cavando por ahí para poner la rocalla, y nosotros estábamos sacando basura al callejón? Pero al día siguiente, cuando quise abrirle a Faye, no estaba la llave. Y en la fiesta los únicos que habíais ido al fondo del jardín fuisteis Dominic y tú. La tierra estaba hecha un desastre por esa parte, alguien se cayó en un hoyo y se llenó de barro, y después de eso nos quedamos todos por esta parte y por la hierba.

—Sí, sí —dije cuando por fin conseguí parar de toser—, eso lo sé. ¿Y por qué iría yo allí con Dominic?

—Para meteros unas rayas... Venga ya, Toby, yo sé que era muy inocentona por entonces, pero no es que fuerais muy sutiles que digamos. Os escabullisteis los dos juntos y luego volvisteis cuchicheando y restregándoos la nariz y venga a haceros llaves de cabeza y a hablar a mil por hora. ¿Te acuerdas?

El caso es que sí que me acordaba. «Ese Henno, vente por aquí, que tenemos que hablar tú y yo», corriendo hacia el fondo del jardín, Dominic

maldiciendo porque se le había hundido un pie en el barro, yo riéndome de él, haciéndonos las rayas sobre una vieja mesa de jardín con la luz de mi móvil.

—¿Y para qué iba yo a querer la llave?

Mi prima se encogió de hombros y se incorporó en el sitio para quitarme el porro.

—¿Y yo qué sé? Yo creía que como ya no te gustaba Faye... ¿Hola? ¡Claro que sabía perfectamente que habías estado liándote con ella!... Pensé que a lo mejor ya no querías que se quedara en la casa.

—A mí me importaba una mierda que Faye viniera los días que quisiera. Y no es que ya no me gustara. Es que no estábamos saliendo ni nada por el estilo. Lo único que hacíamos..., en fin, mira, lo mismo da. Olvídalo. —No tenía ganas de hablar de eso delante de Melissa.

—También pensé que a lo mejor Dominic había intentado mangar la llave, para hacer la gracia, y tú se la habías quitado y la habías perdido... No sé, Toby, la verdad es que tampoco he dedicado mucho tiempo a analizar las posibilidades. Simplemente me imaginé que la tenías tú.

—Pues no, joder.

Mi prima me miró de soslayo.

—Pero si no te acuerdas ni de haberte metido coca, ¿cómo estás tan seguro de que no te llevaste la llave?

—Porque no tenía ninguna razón para llevármela, joder.

—Ajá —dijo Susanna soltando una larga bocanada pensativa de humo—. Entonces se la debió de llevar Dominic.

—¿Eso le dijiste a la poli, que creías que la tenía yo? Dime que no.

—Pues claro que no. Le dije: «El prepucio de Dominic Ganly».

A Leon volvió a entrarle la risa floja.

—Su, en serio, ¿se lo...? —insistí.

—Que no. Le dije que no tenía ni idea. Relájate.

Lo que casi pasé por alto, por estar demasiado ocupado cabreándome con mi prima, es que tenía razón. Si yo no me había llevado la llave, y no fue nadie más a esa parte del jardín, entonces tuvo que habérsela llevado él.

—¿Para qué querría Dominic una llave de nuestra casa? —pregunté.

Mi prima se encogió de hombros.

—A mí, que me registren. A lo mejor se dedicaba a mangar cosas por mangar, porque le parecía muy gracioso.

El porro nos estaba pegando bien; el *gin-tonic* me estaba sabiendo original y estrellado, sentía cada burbujita explotando en la lengua.

—Dec le mangó una vez la lista de la compra al señor Galvin para hacer la gracia —dije—. De su mesa, cuando fuimos a entregarles las tareas. Era algo así como «kétchup, Heineken, espuma de afeitar, condones». Así que Dec le sacó una foto y la puso de salvapantalla en todos los ordenadores del aula de informática.

—¿Eso fue Dec? —preguntó mi primo impresionado—. Todo el mundo creía que había sido Eoghan McArdle.

—Chiss, que no se entere nadie.

—Ojalá os hubiera conocido en esa época —dijo Melissa, con aire ensoñado, mirando hacia el jardín en semipenumbra, pero pillando a la perfección el pie que le había dado.

Sentí el cambio en ella, su cuerpo posicionándose, «preparados, listos, ya». Le di un pequeño apretón de ánimo.

—Mejor que no, créeme —respondió mi prima.

—¿Por qué no?

—Los dieciocho son la peor época para todo el mundo. Seguramente no te habríamos caído bien.

—No le hagas caso —dije yo bajando la cabeza para acariciarle el pelo a Melissa con la nariz—. Yo te habría encantado. —Mi primo hizo un sonido vago que distó lo justo de ser un resoplido para poder negarlo con credibilidad—. Y tú me habrías encantado a mí.

—Yo os imagino a todos muy entrañables —dijo Melissa, que, cuando mi primo le ofreció el porro, lo rechazó y me lo pasó a mí—. Tan contentos y tan tontos los tres, haciendo pícnic aquí en la hierba y quedándoos toda la noche en vela, venga a hablar. A veces Toby me cuenta historias de esa época.

Esa vez el resoplido de mi primo fue más descarado.

—No te creas ni una palabra de lo que te cuente. —Lo había dicho claramente en broma, pero con el retintín suficiente para que Melissa volviera la cabeza para mirarlo, perpleja.

—Pero a mí me encantan esas historias. ¿No era así? ¿Toby no era feliz?

—Ah, sí, él claro que era feliz. Nuestro Toby no es de dejarse llevar por los agobios.

—¿Y cómo era? ¿Era bueno?

—Yo era un santo —dije—. Estudiaba veinticuatro horas al día y me pasaba el tiempo libre leyéndoles cuentos a huérfanos y salvando focas bebé.

—Calla, tonto. Nunca te tomas nada en serio. Se lo estoy preguntando a ellos.

—Toby era básicamente Toby —dijo mi prima—. Con dieciocho años era un poco más escandaloso y más resabiado, pero siempre ha sido él.

—Gracias —dije—. Creo.

—¿Era escandaloso y resabiado? —le preguntó Melissa a Leon.

—Seguramente nosotros seamos los peores a los que puedes preguntar —dijo mi prima rodando sobre la barriga para coger su copa—. Nos conocemos demasiado bien, así que no nos paramos a reflexionar mucho en cómo son realmente los otros.

—A mí me habría encantado tener primos así. —Melissa tenía la cabeza metida en el hueco de mi hombro y escuchaba con la misma mirada lechosa e inquisitiva que solía poner cuando le contaba esas historias de mi infancia—. Los míos son buena gente, pero apenas nos veíamos. Tuvo que ser la caña ser tan íntimos.

—Bueno —dijo Leon—, tampoco es que fuéramos íntimos íntimos. De pequeños sí, pero para cuando teníamos dieciocho... no tanto.

—¿Cómo? Claro que sí —repliqué—. Pasábamos todas las vacaciones juntos aquí...

—Sí, vale, y luego durante el curso apenas nos veíamos. Y tampoco es que nos pasáramos el verano acurrucados juntos abriéndonos el corazón los unos a los otros.

No sabía qué pensar sobre aquello; según yo lo veía, el viejo vínculo había sobrevivido durante toda la secundaria, hasta que llegó la facultad y cada uno se fue por su lado. Yo había tenido siempre los mismos sentimientos por ellos, y había asumido que ellos también por mí, pero ¿por qué ellos no lo veían igual? No habría sabido decir si mi primo estaba reescribiendo la historia para sentirse mejor por lo que quiera que me la tuviera jurada o si realmente yo había pasado por alto un cambio sutil pero crucial.

—Bueno, nos queríamos y todo eso —dijo Susanna al ver mi cara—, pero no éramos los mejores amigos. Es de lo más normal.

—¿Y vosotros dos? —preguntó Melissa—. ¿Vosotros también erais prácticamente iguales que ahora?

—Yo era la típica empollona —dijo alegremente Susanna—. Y vivía en mi mundo. La gente podía reírse en mi cara o intentar ligar conmigo, que yo no me enteraba de nada. Me gustaría pensar que hoy en día soy más espabilada, pero yo creo que sí, ¿no?

—Y yo era el típico pringao —dijo resueltamente Leon, soltando la ceniza.

—Eso no es verdad —dijo Susanna al instante, rotunda—. Eras la caña.

Listo, amable, divertido, valiente y todo lo bueno. —Estaba dedicándole una sonrisa a mi primo, pero su cara tenía un resplandor cálido y franco de algo parecido a la admiración que me llamó la atención. ¿Leon? ¿Por qué había sido tan fantástico?

Mi primo sonrió también, pero con ironía.

—Claro que lo era. La pena es que tú eras la única que te dabas cuenta. — A Melissa—: Yo era el típico niño al que meten la cabeza en el váter y tiran de la cisterna y se encuentra mierda en la bolsa de la comida.

—Pobre. —Melissa alargó la mano para apretarle la suya; yo no habría sabido decir si estaba realmente un poco achispada o si se lo estaba haciendo, pero si era eso último, se le daba sorprendentemente bien—. Qué horror.

Mi primo le devolvió el gesto.

—Pero sobreviví.

—¿Y Toby os cuidaba a los dos?

—Bastante, en realidad —dijo Susanna—. Siempre nos llevaba con él a las mejores fiestas. O me avisaba cuando algún tío que intentaba ligar conmigo era un cabrón. Básicamente me mantenía informada lo justo para no quedar como una pardilla, o por lo menos no más de la cuenta. Y lo hacía hasta con tacto. Casi siempre.

—Qué curioso —dijo Melissa con tono ensoñado—. No me lo habría imaginado así.

Le cogí un mechón de pelo y me lo enrosqué en el dedo.

—¿Y cómo me imaginabas?

—Un poco más descerebrado. Tan ocupado con tus cosas que no te fijabas en los problemas de los demás.

—¡Oye! —dije haciéndome el ofendido.

—No lo digo en el mal sentido. Es solo que te veo yendo de aquí para allá, con la cabeza tan llena de cosas que no te dabas cuentas de... Muchos adolescentes son así. —A mis primos—: ¿No era así?

Aquello me inquietó ligeramente. Todo apuntaba a que ella tenía razón, pero yo no entendía cómo podía saberlo: aunque hubiera sido un niño que iba a su bola, eso había sido mucho antes de conocerla a ella.

—Bueno, a veces sí que no se daba cuenta de las cosas. Pero no tenía malicia. Era un adolescente, solo eso. Lo que tú has dicho.

Pero mientras mi prima decía eso, la sorprendí echándole una mirada, directa y admonitoria, a mi primo, que había hecho amago de decir algo, pero había cerrado la boca y estaba concentrándose en apagar el porro en el suelo

de la terraza. Era muy raro ver a los dos como el enemigo; realmente perturbador, como si de pronto viera el mundo a través de un revestimiento oscuro y distorsionante y no tuviera manera de saber qué versión era la auténtica.

Melissa también se había dado cuenta, o al menos vio algo que le hizo cambiar de tema.

—¿Y qué me decís de Dominic Ganly? ¿Cómo era?

—No lo conocíamos muy bien —respondió mi prima—. Toby se juntaba mucho más con él.

—Toby dice que nunca le hizo mucho caso.

—Es verdad. Es como que estaba allí y punto. Un poco como lo que has dicho de no fijarte de verdad en la gente que ves todo el tiempo. O puede que tengas razón y que no me diera cuenta de las cosas. —Capté el insidioso arqueado de ceja de mi primo («¿Tú crees?!»), pero no abrió la boca.

—Yo no paro de preguntarme por él —siguió Melissa—. Al principio pensaba solo «pobrecillo, qué pena de chaval»..., porque era prácticamente un crío, ¿no?

Mi primo se removió en el sitio, pero lo disimuló con un movimiento para coger el paquete de Rizla. A Melissa se le estaba dando muy bien; no me lo esperaba, y sentí una punzada penetrante con la emoción dulce del triunfo: los dos, en equipo, invencibles.

—Pero luego el otro día Sean y Declan vinieron a cenar y no hablaron nada bien de él. —A mí—: ¿Verdad?

—Sí, nada bien.

—¿Qué dijeron? —quiso saber mi prima.

—No llegaron a entrar en detalles —respondió Melissa—. Creo que tampoco querían poner a parir a un difunto. Pero quedó claro que pensaban que no era una buena persona. —Mi primo estaba liándose otro porro, sin levantar la vista de la llama del mechero—. ¿Vosotros cómo lo veis?

—Sean y Dec no son tontos —dijo Susanna pescando una rodaja de pepino de la copa, para picotearla—. O por lo menos no lo eran. Ya hace tiempo que no los veo, pero si ellos dicen que no era trigo limpio...

—Bueno, pero, a ver, siendo justos, éramos adolescentes —intervine—. En esa época todo es blanco o negro. Basta una peleílla por cualquier cosa, un partido de rugby, por ejemplo, y...

—Dominic era un gilipollas de mucho cuidado —dijo Leon con un poco más de animosidad de la cuenta.

—Sí, básicamente —corroboró Susanna—. Por lo que yo vi.

—¿Gilipollas en qué sentido? —insistió Melissa.

Mi prima se encogió de hombros.

—Lo típico que te puedas imaginar. Era alto, guapo, popular, jugaba bien al rugby...

—Lo que en nuestro instituto significaba que podías hacer prácticamente cualquier cosa sin recibir castigo —dijo mi primo.

—Exacto —dijo mi prima—. Y era lo que hacía, era básicamente un mantón. No es que fuera el único, había mucho acoso escolar. Pero, vamos, incluso dentro de eso, recuerdo que era bastante cabrón.

Creí que Melissa seguiría presionando —«¿Por qué, qué hizo, alguna vez te hizo algo?»—, pero no fue así y en cambio se incorporó en el sitio, se apartó el pelo de la cara y buscó el vaso.

—Hay gente que no es trigo limpio y punto. No me gusta pensar así, pero es lo que hay. Lo mejor que se puede hacer es mantenerse lejos de esa gente. Si se puede. —Intenté cruzar la mirada con ella, pero no estaba mirándome.

Mi prima soltó una risita, como hacia el cielo, que se había puesto ya azul oscuro, con una gran luna colgando por encima de los árboles.

—Amén —dijo.

—Vale —dije levantando la mano para llamar la atención de los tres—. Pregunta, tengo una pregunta: ¿qué es lo peor que habéis hecho en vuestra vida?

—Dios mío, ¿qué tenemos, diez años o qué? —protestó mi primo, que estaba liándose el porro con mucho esmero, inclinado hacia delante y casi tocándose las manos con la nariz—. Verdad o Desafío. Si escojo Desafío, ¿tengo que subirme a un árbol y volver a hacerle un calvo a los vecinos?

—¡Ostras, se me había olvidado! —exclamó mi prima. Y a Melissa—: La pobre anciana señora..., no me acuerdo del apellido..., estaba en el jardín, pero no tenía las gafas puestas, así que no comprendió lo que estaba viendo. Estaba así, con los ojos entornados, mirando su culito reluciente...

Mi primo se echó a reír.

—«¿Princesa? ¿No puedes bajar? Ven, misimisimisi»...

—Leon se estaba riendo tanto que yo creía que se caía del árbol...

—Dejadlo ya, que hablo en serio —insistí.

—Joder —dijo Susanna arqueando las cejas—, ¿qué has hecho tú? ¿Traficar con armas en la galería esa o qué?

—De este jardín no sale nada, lo juro. Yo solo quiero saber.

—¿Por qué te ha dado por ahí?

—Pues, bueno, porque he estado pensando mucho. Entre lo de... —Abarqué con un brazo el jardín, la casa y el universo en general (no estaba tan ciego como intentaba hacer creer, pero mis extremidades tenían una voluntad propia muy curiosa y las ventanas iluminadas del bloque de pisos parecían haberse desprendido de los muros y estar en alegre equilibrio en medio del aire)—. Porque, a ver, el ejemplo de Dominic, ¿vale? Él seguramente creía que era buena persona. Y la mayoría de la gente también lo creía..., es que hasta yo lo creía, o al menos di por hecho que seguramente lo era, porque la mayoría de la gente lo es, ¿no? Pero, por lo que habéis dicho, y lo que me contaron Sean y Dec..., pues en fin, joder..., puede que no lo fuera tanto. —Fingí no ver la mirada sardónica de mi primo—. Por otra parte, está Hugo, claro. Que es una buena persona, y no sé si él lo sabe, pero nosotros sí. Aunque, a ver, nadie nos garantiza que una vez que muera no haya por ahí gente que diga otra cosa. Pero al menos nosotros podríamos contarle al mundo, en el caso de que fuera necesario, claro, que era un buen hombre. Porque es verdad. Así que... —(se me había olvidado adónde quería ir a parar con todo eso)—, en fin... No sé si me entendéis...

—No mucho, la verdad —dijo mi prima mirándome con interés mientras rellenaba las copas.

—Vale —dije recuperando el hilo—, cierto. El caso es que yo me pregunto, ¿no?, porque siempre me he considerado un tío decente, pero las cagadas que he podido cometer en mi vida (un poco como todos), pero el caso es que la he cagado muchas veces y me pregunto: ¿han sido cosas tan gordas como para convertirme en un mal tío? ¿O no tanto? —Parpadeé varias veces mientras miraba a mis primos por turnos—. ¿De verdad que vosotros no os habéis estado planteando cosas así?

—Para nada —dijo Leon lamiendo la pega del Rizla en una única y diestra pasada—. Y tampoco tengo pensado hacerlo, gracias.

—Bueno —dije después de un momento—, supongo que yo lo estoy abordando de otra forma, desde una... una perspectiva distinta. Porque no sé si os lo habrán contado, chicos, pero la primavera pasada podían haberme matado. Con la movida esa, cuando me entraron a robar. Estuve a punto de morir. —Un sonido mínimo de Melissa, una inhalación rápida, pero no la miré—. Y no podéis ni imaginaros las paranoias que te pueden entrar con algo así, ¿sabéis? Porque, en fin, si hubiera muerto, no tengo claro si habría contado como una buena persona o no. Y no hablo de cielo o infierno, no es... Pero es

importante, por lo menos para mí. Por eso me gustaría que lo pensarais, por unos minutos. Os lo agradecería mucho.

Mi prima se había vuelto para mirarme y, al girarse, se le había ensombrecido la mitad de la cara, de modo que me era imposible leerle el pensamiento.

—Vale —dijo—. Yo juego. Si te parece bien.

—Gracias, Su —dije consiguiendo levantar la copa hacia ella sin derramar nada—. Eres... eres... lo máximo, la más apañada, lo más de lo más.

—Venga, cuéntanos. ¿Qué has hecho tú?

—Tú primero.

—¿Por qué?

—Porque... necesito oír primero lo de otra gente.

Mi prima se recostó hacia atrás, con la cabeza apoyada en los brazos, y se quedó mirando al cielo. La curva de la garganta, los pliegues de la manta alrededor del cuerpo, sus piernas extendidas, largas líneas, todo encalado y enfriado por la luz de la luna: parecía una estatua bañada por el mar en una playa remota que nadie encontraría nunca.

—Vale, es posible que haya medio matado a alguien.

Mi primo, que estaba a punto de encenderse el porro, se ahogó y se dobló hacia delante, presa de la tos.

—¿Cóoomo? —exclamé.

—¡Suu! —consiguió jadear Leon, angustiado.

—¡Pero no a Dominic! —aclaró mi prima, divertida—. Joder, qué pelicularos sois.

—¡De qué vas, tía! —graznó mi primo, con los ojos llorosos y abanicándose con la mano.

—Respira.

—Poco más y me da un infarto.

—Dale un sorbo a eso.

—Vale, y ¿a quién has matado, si puede saberse? O medio matado, vamos...

—A ver —dijo mientras arqueaba la espalda para quitar algo de debajo y ponerse más cómoda—. ¿Te acuerdas del especialista del parto de Zach del que te hablé, el que fue un cabronazo conmigo?

Recordaba la conversación en sí, por mucho que no hubiera retenido los detalles.

—Sí, sí.

—La punta del iceberg. Resumiendo, el colega se divertía obligándome a hacer cosas que yo no quería, y le encantaba hacerme daño. Me hizo cosas en cada cita... Yo era madre primeriza, y además tan joven que tampoco mis amigas habían tenido niños todavía, así que no tenía ni idea de que no fuera el procedimiento habitual. Ni siquiera se me ocurrió largarme y buscarme otro médico. Pero cuando estaba embarazada de Sallie, fui a otro porque..., que le dieran por culo, y bum, sorpresa, al parecer todas las mierdas que me había hecho el otro no eran para nada normales.

—No me lo habías contado —dijo Leon.

—No es la típica conversación de sobremesa. Y no quieras saber los detalles gore.

—Me habría dado igual. Qué horror que tuvieras que comerte tú sola todo eso... —Estaba con los ojos desencajados del ciego y con cara realmente angustiada—. ¿Se lo contaste por lo menos a Tom?

—Qué va, ya bastante tenía él encima. Igual que yo, y por entonces ni yo misma lo pensé —dijo sonriéndole a mi primo—. No me pasó nada, Leon, te lo juro. Sabía que podría lidiar yo sola con el tema, en cuanto tuviera la oportunidad.

—¿Y? —dije alargando la mano para cogerle el porro a mi primo, que ya había fumado bastante (entretanto, miré de reojo a Melissa, que, imaginaba, estaba aguantando el chaparrón como podía, pero estaba callada, sentada con las piernas cruzadas y la manta echada en el regazo, ambas manos en torno a la copa, sin dejar de mirar a mi prima).

—Y lidié con el tema —dijo esta—. Cuando nació Sallie y las cosas volvieron a su curso, me paré a pensar qué quería hacer. Evidentemente, si ese tío me lo había hecho a mí, se lo habría hecho a muchas más mujeres... El tipo tenía cincuenta y pico años, debía de haber tenido miles de pacientes. Así que pedí cita con él, con un nombre falso para que no pudiera ir a por mí (aunque ni de coña se iba a acordar de mi nombre después de tres años). Le dije que no era la primera vez que iba a su consulta y que pensaba presentar una queja. El tío se rio en mi cara..., vaya sorpresa. Así que le dije que había localizado a unas dos docenas de pacientes a través de un foro de crianza de internet, y que íbamos a denunciarlo entre todas, y que había ocho que habían grabado las consultas con el teléfono.

—Uuu —dije (podía imaginármela perfectamente: bien plantada en el asiento, tranquila, tachando puntos meticulosamente como si estuviera dando una charla; siempre había sido una jugadora de póquer mortal)—. ¿Y qué dijo?

—Se le fue la olla. Pero no de miedo, se puso furioso. Eso fue lo alucinante, que no era pura pose, estaba realmente indignado. Se puso a señalarme con el dedo, que parecía que me lo iba a meter en la cara, amenazándome con encerrarme, con avisar a Asuntos Sociales y que me quitaran a mis hijos. Le dije que podía subir esas grabaciones a internet más rápido de lo que él pudiera llamar por teléfono, y le pregunté qué pensaba hacer con las otras veintiséis mujeres, que si pensaba encerrarlas a todas. Y a todas las demás que todavía yo no había localizado, pero que sin duda darían la cara en cuanto se enteraran. Total, que me echó de la consulta. Y —(estiró la mano para que le pasara el porro)— cinco días después veo su obituario en internet. No sé si tuvo un infarto o algo parecido o se mató él, pero el caso es que yo diría que hay bastantes posibilidades de que yo tuviera algo que ver con el tema.

—No podías saberlo —replicó Melissa, a pesar de que mi prima no parecía muy necesitada de consuelo—. Tú no sabías que el hombre padecía del corazón o...

—Bueno, a ver —(retuvo el humo por un momento, nos dijo con la mano que esperáramos y lo echó hacia el jardín)—, estaba más bien gordo, y se le puso la cara bien colorada. Pero qué va, yo no sabía nada a ciencia cierta. Yo pensé que, como mucho, podía esperar que dejara el trabajo, o que era más probable incluso que no hiciera ni eso, pero al menos se asustaría y dejaría de hacerle esa mierda a la gente. Pero yo en parte tenía esperanzas.

—¿Y por qué no le denunciaste sin más? —pregunté.

Mi prima se rio en voz alta y, para mi sorpresa, Leon también resopló. Hasta Melissa se quedó mirándome como si hubiera dicho una tontería de lo más lamentable.

—¿Hablas en serio? —preguntó Susanna—. ¿Ante una junta disciplinaria formada por sus colegas? Habría dicho que yo no era más que una histérica que me inventaba cosas, y ahí se habría acabado la historia. No descartaría en absoluto la posibilidad de que me hubiera conseguido internar en un hospital psiquiátrico o que me hubiesen quitado a los niños. A ver, seguramente podía haber localizado a otras mujeres y haber convencido a alguna para que grabara las consultas y todo eso, pero mi plan era más rápido y mucho menos engorroso.

Aquella conversación estaba resultando ser más iluminadora de lo que yo había esperado. Al parecer la imagen que yo tenía de mi prima —niña buena, que sigue las normas, y si putean a alguien, va corriendo a decírselo a la

maestra— estaba desfasada.

—Qué cara puso cuando le dije lo de subir los vídeos —dijo mi prima rodando sobre la barriga para pasarle el porro a Leon—. Eso sí que fue gracioso.

A través del enredo de bebida y hachís, no era capaz de calibrar si debía de horrorizarme mucho o no; tenía la impresión de que había bastantes posibilidades de que estuviera exagerando la vileza del médico o su espantosa suerte, o ambas cosas, y cero posibilidades de que se lo estuviera inventando todo; pero, fuera como fuese, cuanto más lo pensaba, más me inquietaba su templanza, y además quedaba la pregunta de por qué precisamente estaba contándonos esa historia. Yo la única razón que veía era que quisiera que o yo o mi primo o los dos la oyéramos alto y claro: «Si me la jugáis, soy capaz de joderos vivos».

—Vale —dije—. Entonces, si realmente tuviste algo que ver con su muerte, ¿sigues considerándote una buena persona?

Mi prima reflexionó al respecto, con la barbilla en las manos.

—Puede que no —dijo por fin—. Pero imaginaos que fuera un tío, o que hubiera decidido no tener hijos, y no hubiera necesitado ir a su consulta. O que tuve suerte y acabé yendo a un médico decente. En ese caso no lo habría hecho. Pero seguiría siendo la misma persona: la razón de que no lo hubiera hecho no sería que soy una persona más íntegra, sino la pura chorra. Y entonces, ¿sería buena persona o no?

Aquello superaba los límites de mi cabeza. Mi primo se había hecho el segundo porro más cargado que el primero; sentía una efervescencia rara que me subía por los brazos y me hizo ser de pronto muy consciente de mi nariz. Tenía la sensación de que mi prima estaba diciendo algo muy equivocado, pero no lograba concretar qué era.

—No tengo ni idea... —dije después de una pausa larga—... de lo que estás hablando.

Aquello bastó para que a mi prima le entrara la risa floja. Y, en cuanto empezó, ya no pudo parar, y nos la contagió a los demás. Las ventanas del bloque de pisos se mecían adelante y atrás, péndulos luminosos y rectangulares, tictac, tictac, y me pareció irresistiblemente divertido, una broma maravillosa sacada de *Alicia en el país de las maravillas*. Me pregunté si mi prima también había estado bromeando, si toda su historia no había sido más que una gran inocentada, ¡y qué tonto había sido, que me la había tragado!

—Bueno —le dijo Susanna a mi primo—, supera esa.

Este levantó la palma de la mano.

—No, no, ni de coña. Paso de jugar. Hinchaos vosotros tres de jugar si queréis.

—Tienes que jugar, o no te doy más hachís y te tendrás que ir por ahí a merodear por discotecas cutres. —Mi prima extendió una pierna y le pegó con el pie—. Venga.

—Déjame.

—Venga, venga, venga.

Yo empecé a corear también.

—Venga, venga, venga. —Nuestras voces dispersándose por el jardín asolado, Melissa riéndose—. Venga, venga, venga.

Me incliné y me puse a pegarle a mi primo en el brazo hasta que no pudo evitar reírse también, medio enfadado, y apartarme la mano de un manotazo.

—¡Que pares...!

Le hice una llave de cabeza y acabamos los dos rodando por el suelo y chocándonos con mi prima, que me clavó el codo en las costillas, y yo con el pelo de Leon en la boca, y rememoré de golpe nuestras peleillas de pequeños, olían igual y todo...

—¡VALE! —chilló Leon—. ¡Vale! ¡Quitaos de encima!

Nos desenredamos, sin aliento, riendo, mientras mi primo se sacudía la ropa con muchos aspavientos.

—Dios, sois unos salvajes...

Me daba vueltas la cabeza, inclemente; me tiré bocarriba sobre el suelo de la terraza y me quedé mirando las estrellas deslizantes, a ver si paraban de una vez. Consideré la posibilidad de que tuviéramos todos dieciséis años todavía y fuera nuestro primer ciego de porros, y de que todo desde entonces hubiera sido una alucinación, pero me pareció demasiado fuerte para sobrellevarlo, de modo que decidí ignorar esa posibilidad.

—Qué pelos —me dijo Melissa riendo y alargando las manos—, se te han llenado de hojas; ven, anda...

Rodé a su lado y puse la cabeza en su regazo para que me espulgara las hojas.

—Vale —dijo Leon buscando su paquete de tabaco. —Me costó unos instantes recordar de qué se suponía que estábamos hablando—. La vez esa que te mordí la cara cuando teníamos cinco años.

—Ostras, me acuerdo —dije—. Que me salió sangre y todo. ¿Qué mierda te pasó por la cabeza?

—No me acuerdo, pero seguro que te lo merecías.

—Tuve que empezar el colegio que parecía que me hubiera querido comer Hannibal Lecter —le dije a Melissa.

—Ay, pobrecito mi Toby. —Me acarició la mejilla—. ¿Les dijiste a los demás niños que habías luchado contra unos supervillanos?

—Ojalá. Seguramente les dije que había sido el gato del vecino.

—Pues esa era la mía —dijo Leon, que se fijó justo a tiempo en que estaba a punto de encender el cigarro del revés—. Te toca, Toby.

—¿Cómo? No, no me toca. Eso no cuenta.

—Pues es lo que hay, así que disfrútalo.

—Después de lo de Su, ¿eso es lo que se te ocurre? Pero si eso es una mierda. Tienes que contar una en serio.

Me echó el humo en la cara.

—Cuéntate tú una en serio.

—No pienso contarla hasta que la cuentes tú.

—Cuento yo una —intervino Melissa.

Me incorporé en el sitio para mirarla a la cara: serena, estable, impenetrable. No supe decir si estaba muy fumada o no.

—No tienes por qué hacerlo —dije.

—¿Por qué no? —preguntó Susanna.

—Porque apenas os conoce, no es lo mismo.

—¿Y por qué no dejas que lo decida ella?

—Mi madre es alcohólica —empezó Melissa, con la voz nítida, casi soñadora—. Una vez, cuando tenía yo doce años, se cayó y se rompió la pierna. Yo en teoría estaba durmiendo, pero mi madre había formado tanto jaleo que me había despertado. No se podía levantar del suelo. Mi padre trabajaba por las noches, así que no estaba. Se puso a gritarme para que la ayudara, pero yo me hice la dormida. Pensé que si se quedaba ahí tirada, con un dolor horrible, a lo mejor dejaba la bebida de una vez. Sabía que podía ahogarse, empezaba a estar mala, pero aun así no hice nada. Me pasó la noche oyéndola gritar hasta que volvió mi padre y se la encontró.

—Jooder —dije (había oído trozos de historias en esos años, pero aquella no)—. Nena... —Le pasé un brazo por la cintura y la atraje hacia mí.

—Fue hace mucho tiempo. Y no le pasó nada, la pierna se le curó. Y no se acuerda. —A mis primos—: No funcionó, sigue bebiendo.

—Ay, pobre niña —dijo mi primo, los ojos como platos, acercándose para darle un apretón en la mano—. Pues claro que eso no te hace mala persona.

—Amén —corroboró Susanna—. Si hubiera funcionado, habrías sido una heroína.

—No lo creo, o espero que no. Fue algo horrible, pero solo tenía doce años. Yo no creo que una cosa, y menos una de cuando eras pequeño, te convierta en mala persona.

—Claro que no —dije acercándola más y besándola en la coronilla—. Tú eres una de las mejores personas que conozco.

Aquello me granjeó un asomo de sonrisa.

—Bueno, no creo que sea para tanto, pero... —Un pequeño suspiro, al echar la cabeza sobre mi pecho—. Luego he intentado hacer las cosas mejor. Sirva para lo que sirva. —Y a Leon—: Te toca.

Después de eso, difícilmente podía negarse. Melissa me había vuelto a dejar boquiabierto; debía de estar preguntándose qué leches pretendía yo, y de entrada ni siquiera había querido que lo hiciera, pero aun así ahí estaba, tirándose al barro, con toda su alma, para ayudarme.

—Vale —dijo al cabo de un momento mi primo, que le dio otro apretón a Melissa y se alejó para sentarse con la espalda contra el muro, su cara en sombra—. Bueno, pues cuando estuve viviendo en Ámsterdam salí con un tío que se llamaba Johan..., ¿os acordáis?

—Claro —dije, aunque era mentira (mi primo siempre tenía novio, pero ninguno le duraba más de un año o dos, así que yo había dejado de seguirle la pista).

—Sí, me acuerdo —dijo Susanna—. ¿Y qué pasó ahí? Yo creía que ibais en serio.

—Sí, y así era. Estábamos hablando de casarnos y todo. Hasta que un día llegué y, mientras él estaba fuera trabajando en sus historias, tiré todas sus cosas en el pasillo delante de nuestro piso, le dejé una nota diciéndole que se había acabado y cambié la cerradura.

—¿Por qué? —preguntó mi prima, que estaba tendida en el suelo, con las hojas muertas entre el pelo y un frío resplandor de luna en los ojos—. ¿Qué había hecho?

—Nada. No me engañaba, no me pegaba y prácticamente nunca se cabreaba conmigo. Era un tío de puta madre y me quería un montón, y yo lo quería a él.

—Y entonces, ¿por qué?

—Porque de todas formas no iba a durar para siempre. Tú calla, Toby, no me estoy poniendo melodramático, solo estoy diciendo algo que es obvio y punto: sea por lo que sea, por distanciarse, pelearse, ponerse los cuernos o

solo por hacerse viejo y morirse, las relaciones no duran para siempre. A ver, que no os quiero deprimir ni nada de eso. —Una mirada irónica y sórdida al resto, mientras aplastaba la colilla para apagarla—. Y en realidad antes de eso nunca le había dado mucha importancia; es más, como que me gustaba la idea, en plan, si hago una tontería y la cago de gordo, no pasa nada; total, no va a durar para toda la vida. Tampoco es que haya volado por los aires las pirámides o algo así. Puedo empezar de cero en otra parte. —Alargó la mano para coger la ginebra y rellenarse la copa, sin molestarse en ofrecernos a los demás—. Pero de Jo estaba superenamorado. Y sé que va a sonar de lo más adolescente, pero de verdad que me superaba. Empecé a agobiarme que te cagas. A lo mejor estábamos acurrucados en la cama, o habíamos salido y estábamos bailando y riéndonos, o simplemente desayunando y viendo las palomas desde nuestro balcón, y de pronto en lo único en lo que podía pensar era en que un día no estaríamos ya juntos. Y no era una posibilidad; estaba garantizado y yo no podía hacer nada por evitarlo. Y solo quería gritar, salir corriendo o romperlo todo. Así que al final lo hice yo. Era otra vez la historia del prepucio en la iglesia, pero esa vez lo hice.

—¿Qué pasó cuando Johan llegó a la casa? —quise saber.

No sé por qué, pero estaba imaginándomelo como el típico tío que está haciendo la tesis eternamente, con cara delgada y benévola y gafitas de alambre, incapaz de lidiar con nada que le cayera encima de sopetón como aquello.

Mi primo se quedó mirando la copa como si no tuviera claro qué había dentro.

—Pues lo que os podéis imaginar, básicamente. Fue un horror. Muchos gritos. Aporreando la puerta. Los dos llorando. Los vecinos de al lado asomando la cabeza y mirando alucinados... La vieja del fondo del pasillo se puso a gritarnos que nos calláramos, y luego el perrucho asqueroso que tenía se escapó y le mordió a Jo en el tobillo... Al final llamó a la poli..., pero no porque quisiera buscarme problemas, sino porque creía que se me había ido la cabeza. Los polis se comportaron como el culo, pero como en realidad yo no estaba loco y el piso era mío, al final tampoco pudieron hacer mucho. De todas formas me mudé. Estaba ya harto de Ámsterdam.

No habría sabido decir por qué, pero no me gustó nada aquella historia. Me desenredé de Melissa y busqué mi vaso, que, milagro, no se había volcado entre una cosa y otra.

—Así que eso es lo peor que he hecho en mi vida. Romperle el corazón a

Johan. —Se me escapó una risita—. ¿Qué tiene eso de gracioso? —preguntó mi primo volviendo la cabeza en redondo.

—No, no, no —dije levantando una mano, medio enmascarando un eructo—, no es por ti, tío. No me río de ti. Me río de mí, que llevo tantos años emparentado con la Madre Teresa y yo sin saberlo.

—¿De qué mierda hablas?

—Bueno... Uyy —(cuando casi se me resbala el vaso de los dedos, pero lo salvé a tiempo y le di un buen sorbo)—. Aah, qué rica está esta ginebra. ¿Qué estaba...? —Con un chasquido de dedos y señalando a Leon, que me miraba de hito en hito—: Ah, sí. El tema, colega, es que yo conozco a mucha gente. Y no conozco a nadie, pero a nadie, que pueda decir sinceramente que lo peor que ha hecho en su vida ha sido dejar a alguien. A lo mejor mis amigos son todos una panda de cabrones, no lo sé. Pero es eso o que tú eres un putito santo.

Miré por el rabillo del ojo a Melisa, que estaba jugueteando con un mechón de pelo y con cara de preocupación: mi tono no le estaba haciendo gracia. Intenté lanzarle una mirada clandestina para tranquilizarla, para decirle que sabía lo que me hacía, que tenía un plan, pero, en mi estado, lo más que me salió fue una mirada lasciva y bizca.

—Es que Johan me quería de verdad —insistió mi primo—. Pobrecito. Y ahora, esté donde esté, estará atrapado de por vida haciendo lo mismo que yo: obsesionándose con cómo, tarde o temprano, haga lo que haga, todo se irá al garete. Como si lo hubiera infectado. —Y mirándome desafiante—: Y si lo que quieres oír es si eso me hace mala persona, entonces sí, yo creo que es probable. ¿Hace esto que te sientas mejor por lo que quiera que hayas hecho tú?

—No mucho, la verdad, pero seguramente tampoco era tu intención, ¿no?

La cosa era que, aunque no sabía muy bien qué hacer al respecto, le creía. A mi prima no la había creído, o no del todo, pero aquello sonaba todo perfectamente creíble: ese rollo existencial autocompasivo era justo su especialidad. Y por fin, aunque me había costado, había comprendido por qué esa historia me había penetrado como el hielo. Si lo peor que había hecho mi primo había sido herir los sentimientos del cuatro ojos de Johan, entonces era evidente que no había matado a Dominic. No sabía qué estaba pasando, pero me había equivocado de plano.

—¿Y qué has hecho tú? —quiso saber—. Has sido tú el que ha empezado con esta tontería, y ahora te metes conmigo porque lo mío no es lo suficientemente dramático para ti... ¿Qué has hecho tú?

Tampoco había podido ser mi prima. Una adolescente canija como lo había sido ella de ninguna manera habría podido subir a Dominic hasta aquel árbol. Y eso significaba que si estaban dirigiendo a los polis en mi contra —y eso lo tenía claro, yo lo sabía, ¿uno o los dos?, no solo por la sudadera, porque ¿de dónde más habrían podido sacar la foto, quién más habría podido decir que yo tenía problemas con Dominic?—, no era para salvarse ellos. ¿Malicia pura y dura? ¿Tanto me odiaban, y yo sin darme cuenta? ¿Qué había hecho yo como para hacerles creer que me lo merecía?

Estaba a punto de caer en una paranoia de fumado total. Las ventanas del bloque de pisos estaban otra vez tictac, tictac, pero esa vez no me hizo gracia; me pareció siniestro, como si estuvieran reuniendo el valor para desprenderse del edificio todas a la vez y caer sobre nosotros en picado. Sabía que si no recobraba la compostura, iba a acabar meciéndome como un loco y lloriqueando en una esquina.

—Pasa del tema —intervino mi prima, que bostezó, se sentó y se frotó un ojo—. Vámonos. Que Toby se confiese la próxima vez.

—No, si yo me sincero, quiero que él lo haga también.

Melissa estaba mirándome con la cabeza ladeada, inquisitiva y angustiada. Lo que me calmó fue verla a ella. Después de la historia de su madre, no podía decepcionarla de esa manera acabando la noche con las manos vacías; era impensable. Allí había gato encerrado, por mucho que no hubiera sabido ver qué era, y necesitaba averiguarlo.

Cerré los ojos y respiré hondo un par de veces. Cuando volví a abrirlos, las ventanas se quedaron más o menos quietas. Le sonreí a Melissa y asentí: «No te preocupes, nena, todo va según el plan».

Mi prima estaba pegándole a mi primo con el pie para intentar que se moviera.

—Estoy reventada. Como no nos vayamos ya, me voy a quedar sobada aquí mismo. Los has cargado bien...

—Bébette un vaso de agua o algo. Yo quiero oír la historia de Toby.

—Vete tú a casa si quieres —le dije a mi prima (de hecho, era buena idea; sería más fácil llevármelo a mi terreno sin ella de por medio)—. Seguramente Zach tenga a Tom atado y esté a punto de prenderle fuego.

—Leon, venga. Podemos compartir un taxi.

—No.

Ambos conocíamos aquella tozudez instalada en su barbilla: no pensaba moverse del sitio. Mi prima puso los ojos en blanco y volvió a tirarse en el

suelo de la terraza, sin dejar de mirarnos.

—Vale, pero tenéis que jurarme que no vais a decírselo a nadie.

—Madre del amor hermoso —dijo Susanna—. Destrucción mutua asegurada. ¿Tú crees que yo quiero que la gente se entere de lo mío y el doctor Mengele?

—No, os lo digo en serio. Me podría meter en un buen lío.

Me miró con cara de hastío y levantó el dedo meñique.

—Promesa de meñique.

—Venga, anda. Suéltalo —me urgió mi primo.

—Vale —dije, y respiré hondo—. Bueno, pues esta primavera pasada, ¿sabéis que teníamos una exposición en la galería?

Conté la historia entre trompicones y tartamudeos, y ni siquiera tuve que fingir mucho: yo no quería haber tenido que contarle esa historia a Melissa nunca. Estuve con un ojo pendiente de ella (saltaba a la vista que no estaba contenta: triste, ¿decepcionada?, ¿enfadada?, ¿el qué?), y con otro de mi primo, que estaba echado de cualquier manera contra la pared y con una mirada de asco cada vez más marcada, mientras le daba tragos ostentosos al *gin-tonic* cada vez que había algún detalle que era demasiado para él.

—Bueno —dije por fin, con otra fuerte inhalación—. Esa es la mía.

Había escogido adrede una historia relativamente inocua, algo que le daría a mi primo el pie perfecto para atacarme, sobre todo después de cómo lo había atacado yo a él. Y allí la tenía:

—Qué. Fuerte. Tío —dijo torciendo la boca—. ¿Estás diciéndonos que eso es lo peor que has hecho en tu vida? ¿ESO?

—Oye, que podría haberme cargado la exposición entera —dije rascándome la nariz, con cara de adecuado bochorno—. Era la única oportunidad que tenían esos chicos de buscarse una vida mejor, y se la podía haber fastidiado. Y les... —(¿qué había dicho Dec?)—... les falté al respeto, a ellos y a sus vidas. Los convertí en una broma. En su momento no me di cuenta de la movida que suponía, pero ahora...

Mi prima estaba mirándome con profundo escepticismo.

—Tendría que habértelo dicho —le dije a Melissa—, pero no quería agobiarte con el tema. Estaba intentando salir medio airoso, y entonces...

Pero Melissa sacudió la cabeza, un único movimiento rápido: «No es nada», o «No me vengas con esas» o «Ya hablaremos luego», no habría sabido decir.

—Para el carro —me dijo mi primo, las cejas arqueadas—. ¿Esa ha sido tu

gran crisis moral? ¿Engañar a un puñado de gente por unos cuadros? ¿Y te has metido conmigo porque mi historia no era lo suficientemente dramática?

—Todo el mundo tiene rupturas, tío. No todo el mundo le mete una trola tremenda a cientos de personas...

—Sí, a unos completos desconocidos, y encima ninguno salió mal parado.

—Bueno, vale, completos desconocidos —dije moderadamente ofendido—. Yo no le haría nada a nadie que quisiera. Sé que tú sí, lo acabas de decir, pero...

—O Leon cree que las cosas que le ha hecho a la gente que quiere son más serias que las que les ha hecho a completos desconocidos. Y tú no —medió fríamente mi prima.

Una parte de mí reparó en que parecía mucho menos ciega que el resto, cosa que no me gustó.

—No, no, para nada. —Blandí un dedo en su dirección—. Eso es lo que te digo, que yo no le hago nada a la gente a la que quiero. Ni a la gente que me quiere a mí.

Me salió bien digno, y, por supuesto, mi primo entró al trapo de cabeza.

—Qué fuerte me parece. Eres increíble, ¿lo sabías? Vives en tu mundo, es como hablar con un alienígena...

—¿Qué me estás contando, colega? Dame un ejemplo de que yo le haya hecho algo a...

—Vale, te lo voy a decir. Conmigo, por ejeeemplo, cuando el puto Dominic Ganly empezó a hacerme la vida un infierno, fui y te lo conté. ¿Te acuerdas? —Se había incorporado en el sitio y me miraba a través del pelo como un gato erizado.

—¿Qué me estás contando?

Mi primo soltó una risa airada.

—No me extraña. Ya en su momento te importó una mierda.

—Joder —dije levantando las manos en alto—. Su, dale más hachís, corre.

—Leon.

—No, me da igual que tenga la cabeza tocada o lo que sea, lleva dando por...

—Eh, soo, soo —dije—, para el carro un momento. ¿Dominic te puteaba?

—Todo el mundo me puteaba. Y tú estabas ahí mismo, y lo viste muchas veces, y de vez en cuando hasta te molestabas en decir: «Oye, tíos, dejad a mi primo», y se cortaban durante un tiempo..., pero Dominic fue el único que llegó a darme miedo. Los demás no eran más que neandertales, pero él era un

puto sádico. Un violento. Cuando tú estabas delante, era más discreto, pero cuando tú no estabas, Dios... Así que al final te lo conté. Y tú... —(su labio contraído, casi una mueca de asco)—, tú en plan: «Tranqui, hombre, que solo está tonteando. Ya lo hablo yo con él».

—¿Y qué tiene eso de malo? —pregunté—. Fui decente, me ofrecí a ayudarte. ¿Qué querías que hubiera hecho?

—Yo no quería que «lo hablaras con él». Quería que Sean y tú le partierais los piños a Dominic y le dijerais que le arrancaríais la cabeza y se la meteríais por el culo si volvía a acercarse a mí. Pero tú me dijiste... Dios, es que te pusiste a darme razones en plan, no, no, las cosas no funcionan así. Y que no podías pasarte la vida cuidando de mí, y que si tú le dabas una paliza a Dominic, luego él me lo haría pagar de alguna forma. Me dijiste que tenía que aprender a ocuparme yo solito de mis problemas.

Y, por fin, ahí lo tenía: el rencor, agudizando su voz, tan penetrante y reluciente, como si todo hubiera ocurrido hacía dos días.

—Bueno —dije (tenía el corazón desbocado, no sabía si era tanto por la revelación como por el hachís; qué tonto, tendría que haber estado sobrio para aquella conversación)—, en parte tenía razón, ¿no? ¿Qué le ves tú de malo?

—¡Todo! Las cosas no funcionan así; como frase está muy bien, pero... Tú fuiste y “hablaste” con Dominic, y por supuesto solo sirvió para empeorar las cosas, tal y como yo te había dicho. Porque después de eso, no fueron cosas normales cuando pasaba a mi lado, en plan cerrarme la puerta de la taquilla en la cabeza, como hacía con todos los que eran más débiles que él; lo hacía con premeditación. Iba a por mí. Y sabía que podía hacerme lo que quisiera, porque lo más que le pasaría sería una “charlita” en la que tú le sugerirías amablemente que hiciera el favor, a ser posible, de portarse bien conmigo, y gracias por todo. —Estaba respirando acelerado, grandes bocanadas, con las narinas hinchadas.

—Ostras, tío, a ver, lo siento y eso, pero ¿cuánto hace de esa historia? ¿Quince años? A lo mejor es hora de superarlo, ¿no?

Mi primo, ni que decir tiene, mordió el anzuelo hasta el fondo.

—Eres la hostia, ¡increíble! —dijo mientras volvía a pegar la espalda a la pared—. Dios santo. ¡Que Dominic me torturaba! ¡Fueron años! Me pasaba la vida pensando en suicidarme. Si a ti te parece que la paliza que te dieron te dejó la cabeza tocada... ¡Eso fue solo una noche! Imagínate lo que podría pasarte con años de lo mismo. No sé —(alzando la voz cuando intenté decir algo)—, jamás podré saber cómo habría sido si me hubieras cubierto las

espaldas esa vez. Así que, así que —(apartándose con furia el mechón de la cara)— no te pongas tan digno y no me vengas con que no le harías daño a nadie cercano.

Melissa estaba tirándose con más saña del pelo, enroscándose con fuerza en el dedo. Sabía que estaba pasándolo mal y deseé que hubiera habido una manera de hacer aquello sin ella delante, pero tenía que trabajar con lo que tenía; lo entendería cuando pusiera a sus pies mis brillantes respuestas.

—Pero, joder... No sabía que fuera tan chungo. Me cago en todo, tío; Leon, que yo no leo la mente. Me lo tendrías que haber dicho. Si hubiera sabido que la cosa empeoraba, habría...

—Te habrías puesto hecho una furia —intervino mi prima—. Habrías hecho algo.

—¡Exacto! Pero no lo sabía.

Me volví hacia ella triunfante, pero entonces vi algo en su cara que no supe interpretar, unas sombras turbias, una oscuridad que enredaba con la luz amarilla proveniente de la cristalera.

—¿Estás seguro?

—¿Cómo? Pues claro que lo estoy.

—No, porque pensaba que... A ver, Faye dijo que... —No siguió.

—¿Faye? ¿Que Faye qué?

—Nada en concreto. Solo que por lo visto ese verano tú estabas cabreado con Dominic.

—Yo no... —¿Cuándo leches había estado hablando con Faye, a santo de qué?—. Yo no estaba cabreado con él. —Al ver que no respondía—: ¿Se lo dijiste a Rafferty? ¿De qué coño vas, Su?

—No, yo no se lo dije. Ya lo sabían.

—Bueno —dije segundos después—, entonces supongo que todos sabemos quién fue.

Mi primo levantó la cabeza de golpe.

—¿Cómo? ¿Hablas de mí? Yo nunca...

—Sí, claro que sí. Justo de eso estaba hablando. —En realidad estaba costándome registrar de qué hablaba o dejaba de hablar: la conversación tenía todo el halo desagradable y pesadillesco, como de nadar a través de algas, de las discusiones de fumados, imposibles de vadear o dejar atrás—. Que yo, ¿vale?, ahora que por fin te has molestado en decirme que tenías problemas reales con Dominic, no voy a correr a decírselo a Rafferty, porque yo no les echo la mierda encima a mis primos adrede. Pero tú, tú me responsabilizas de

toda tu vida o lo que sea, y encima nos acabas de decir, Leon, acabas de contarnos que no tienes ningún problema en joder a tus..., a tus seres queridos cuando te viene en gana.

—¡Eso no tiene absolutamente nada que ver! Sabía que no lo entenderías, por eso no quería contártelo, sabía que lo convertirías en un...

—Me encuentro mal —dijo de pronto Melissa.

Estaba horriblemente pálida, su pelo lacio, despeinado y cayéndole por la cara, los hombros hacia delante.

—Nena —dije alargando la mano—, ¿qué te pasa? ¿Vas a potar?

—No, solo es un mareo.

—Mierda, ¿me he pasado cargándolo? —preguntó mi primo con los ojos desencajados—. Eres tan pequeñita...

—Ven —dije pasándole el brazo por la cintura, y me agarró con fuerza la muñeca—. Vamos a meterte en la cama.

Se apoyó en mí mientras atravesábamos la cocina, con la cabeza caída sobre mi pecho, pero en cuanto llegamos al pasillo se apartó de forma tan brusca que perdí el equilibrio.

—Uoo —dije agarrándome al pasamanos de la escalera—. ¿Estás bien?

—No quiero seguir con esto —dijo Melissa.

—Vale —dije con cautela después de una pausa—. Porque ¿crees que me contarán más cosas si tú no estás?

—No. Ya está bien. —Estaba mirándome frente por frente en el pasillo, como si yo fuera peligroso, mientras se abrazaba con fuerza a sí misma—. Vámonos a casa.

—¿Cómo? —dije tras una pausa de perplejidad—. Ya estamos en casa.

—No, a mi casa, o a la tuya.

Haces de luz pálida que me confundían y atravesaban el montante de la puerta y le pintaban a rayas la cara contraída, las flores geométricas de las baldosas del suelo; demasiados dibujos por doquier, mis ojos se negaban a enfocar.

—Pero ¿ahora? ¿Esta noche?

—Sí, ahora. O te subes ahora conmigo y nos vamos mañana a primera hora. Leon puede quedarse con tu tío... Yo no quiero dejarlo así, tú lo sabes, pero podemos venir de visita...

Estaba mucho más ciego de lo que creía antes de ponerme de pie. Nada tenía sentido.

—Espera, ¿no estabas mareada?

—Quiero irme a casa.

—Pero... ¿por qué? ¿Estás enfadada por lo de..., por lo de la galería? Porque...

—No, eso no estuvo bien, y lo sabes, pero ahora mismo no es el... Esto es horrible, Toby. Sois los tres. Mira lo que os estáis haciendo.

—Un momento. Esto es por... ¿qué? ¿Porque no conseguí que Dominic dejara en paz a mi primo? ¿Te has enfadado por eso? A ver, sí, tendría que haberlo hecho, lo pillo, pero no era más que un niño, no me di cuenta de... Ahora vuelvo y le pido perdón...

Melissa sacudió la cabeza, frustrada.

—No. No es eso, eso lo puedes hacer en cualquier otro momento, pero ahora mismo... Me doy cuenta de lo que pretendes, no soy tonta. Pero ellos también están haciendo algo, Toby... —Un giro fiero de la cabeza hacia la terraza—. Te están intentando hacer algo, y no sé qué es, pero no es nada bueno. Y tenemos que irnos a casa.

—No, no hace falta. —Tenía la sensación de tener todo el derecho del mundo a indignarme; al fin y al cabo, ella era la que me había insistido para que nos mudáramos a casa de mi tío, yo solo había accedido para hacerla feliz, ¿qué problema tenía?—. No pasa nada, yo sé lo que me hago.

—¿Cómo? ¿Qué crees que vas a sacar de todo esto?

—Ya los has oído. —Yo seguía cogido al pasamanos, y estaba señalando hacia la terraza con el otro brazo, y sabía que parecía un borracho desquiciado y gesticulante, pero me daba igual—. Saben algo y voy a averiguar qué es.

—¿Por qué? ¿A quién le importa lo que sepan? ¿Qué podrían saber que mejorara algo las cosas?

Ni sobrio habría podido expresarlo en palabras; surgió en mi interior, tan inmenso que casi me bloqueó la garganta.

—Estoy intentando arreglarlo —dije, aunque las palabras se me antojaron ridículas para algo tan trascendental—. Estoy intentando arreglarlo todo.

Volvió a echar la cabeza hacia atrás por la frustración.

—No estás arreglándolo, Toby, estás empeorándolo mil veces.

Aquello me dolió.

—¿Crees que no puedo? ¿Qué te crees, que tengo la cabeza demasiado hecha mierda y la voy a cagar y se van a dar cuenta de mis intenciones...?

—No, lo estás haciendo muy bien: haciéndote el borracho y el tonto, y están cayendo directamente en la...

—¿Y entonces? ¿No crees que pueda manejarlo? ¿Crees que voy a

descubrir algo que no me va a gustar y que me derrumbaré, y me pondré a dar vueltas como pollo sin cabeza...?

—¡No lo sé! No se me da bien decir las cosas, Toby, estoy haciendo lo que puedo, pero... Lo único que sé es que esto apesta. Es chungo. Y... —(ella también estaba borracha, se balanceaba, sus manitas pálidas cayendo y girando como bengalas en la penumbra)—... y... y... cuando algo está podrido lo único que puedes hacer..., no tú, todo el mundo, es salir por patas. No se puede ir en plan: «No, no pasa nada, voy a tirarme de cabeza dentro y lo voy a arreglar»... Las cosas no funcionan así. —Un reflejo de lágrimas en la cara, pero cuando me adelanté estiró las manos para que no me acercara—. No, déjame, estoy intentando... Si te enredas en lo que quiera que esté pasando, si te metes deliberadamente en toda la vorágine, acabará contigo. Y yo no pienso quedarme aquí para verlo mientras te jodes la vida. Y menos después de lo mucho que has trabajado para recuperarte, de lo mucho que los dos hemos trabajado... No, me niego. —Lloraba ya abiertamente, y me desgarró el corazón—. Yo me voy a casa. Vente conmigo, por favor, Toby.

—No puedes conducir así —le dije con rotundidad, aunque era ridículo, como si fuera mi última palabra ante todo aquel tema—. Estás demasiado borracha.

—Podemos coger un taxi. Por favor, vámonos.

De haber podido, lo habría hecho, en un visto y no visto. Habría hecho cualquier otra cosa, me habría arrancado un brazo, con tal de que dejaran de rodarle las lágrimas por la cara. Pero era la única oportunidad que iba a tener de abrirme camino y salir a rastras de esa oscuridad asfixiante, de vuelta al cálido mundo de la luz; era ahora o nunca.

—Acuéstate. Yo estoy demasiado ciego para tener esta conversación. Mañana por la mañana hablamos.

—Sube conmigo.

—Voy dentro de un par de minutos. Tengo que decirles a mis primos que vamos a acostarnos. —Con suavidad, o al menos todo lo que pude—: Adelántate tú, nena; ve calentando la cama, que ya subo, ¿vale? —Esa vez Melissa me dejó acercarme, acariciarle el pelo y besarle la cara mojada—. Chiss, chiss. No pasa nada —le dije, y me cogió por la nuca con las dos manos y me devolvió el beso, con fuerza.

Pero cuando se apartó y subió por las escaleras, tenía la cabeza gacha y una mano apretada contra la boca, y supe que seguía llorando.

Estuve a punto de ir detrás. En la inquietante luz gris del pasillo, no sé por

qué, pero me acordé entonces de aquella llamada de hacía tanto tiempo, cuando volvía a casa borracho, entre las volutas de forja de las farolas y el atrayente olor de las especias. «Venite para acá.» De que aquella vez podía haber ido a su casa; de que habría sido mi salvación, por mucho que no lo supiera entonces. Por un momento, fumado y mareado, pensé que el tiempo se había plegado en dos y que estaban dándome una segunda oportunidad; que si subía por esas escaleras, me encontraría en el piso de Melissa, con la petarda de Megan poniendo mala cara y lanzando indirectas con su mala leche sobre mi falta de consideración, mientras yo me reía y me dirigía al nido de plumón de mi novia y hacia una larga mañana de sábado ocioso, con tortitas para el *brunch* y un paseo por el canal.

Cuando encendió la lámpara del dormitorio, la luz inundó las escaleras e hizo que me sobresaltara y parpadeara. Pero entonces cerró la puerta con un suave clic y el pasillo volvió a la oscuridad. Me quedé otro minuto allí apoyado contra el poste de la escalera mientras miraba los dibujos de las baldosas e intentaba que pararan de saltar y de palpar. Después volví a la terraza.

Mi prima estaba tendida bocarriba en el suelo, con los brazos bajo la cabeza, mirando al cielo. La luz de la luna le daba de lleno en la cara y se la blanqueaba hasta hacerla parecer de mármol.

—¿Cómo está Melissa? —quiso saber.

—Nada, un poco ciega —dije mientras la rodeaba con mucho cuidado y me acomodaba en las escaleras—. Se va a acostar.

Mi primo estaba hecho un ovillo y con un puño contra la boca; se notaba que estaba demasiado ciego para lidiar con todo aquello.

—Hostia, la hemos agobiado, ¿no? La hemos agobiado con tanta pelea, tenemos que subir a pedirle perdón...

—No creo que quiera verte ahora mismo, tío. No después de lo que ha pasado.

—¡Ayy, no! —gimió, y enterró la cara en las manos—. Hostia, qué mierda.

—¿No deberías subir tú con ella? —sugirió mi prima—. No sé, por si le entran ganas de vomitar o algo.

—Tan mala no está. Solo necesita echarse.

Estaba impresionado por lo tranquilo de mi tono, sin asomo de agobio, para nada de un tío al que acaba de dejarle la novia. En realidad no me lo creía, en absoluto; después de todas las cosas que habíamos pasado juntos, los turbulentos meses de pesadilla cuando yo apenas era un ser humano: de

ninguna manera ella iba a dejarme porque estuviera siendo demasiado entrometido para su gusto. Cuando subiera a acostarme, me la encontraría ya dormida, hecha un ovillo con la ropa todavía puesta sobre las mantas, la maleta abierta en el suelo y, dentro, un puñado de ropa al azar, para demostrarme que hablaba en serio; me la acercaría y nos echaría el edredón por encima, y por la mañana cuando se nos pasara la resaca lo resolveríamos todo. Y, ay, Dios, si además pudiera llevarle algo tangible, algo que le demostrara que no era todo un sinsentido, ni una estupidez, ni autodestructivo...

—Y, para ser sincero, por mí casi mejor. Porque creo que tenemos que hablar, Leon, ¿no te parece? Y creo que es mejor que no esté Melissa delante.

—¿Cómo? —Volvió la cabeza como en un resorte y se me quedó mirando—. ¿Hablar de qué? Yo no le he dicho nada a Rafferty, Toby, te lo juro...

—No es eso, a ese que le den. —Cogí mi vaso, o el de alguien, y le di un buen trago—. Quiero hablar del robo y la agresión en mi piso.

Mi prima se volvió sobre un costado y se incorporó en un codo para mirarme.

—¿Y eso a qué viene? —quiso saber.

—Porque los dos esos, ¿vale?, los dos que entraron en mi casa, iban con un plan. Esperaron, especifi... especifi... —Jamás lo conseguiría—. Esperaron aposta hasta que supieron que yo estaba en casa. Y luego entraron y se llevaron un montón de cosas mías, a las que, si os digo la verdad, en su momento no les di mayor importancia, con todo lo que tenía encima, pero ahora empiezo a tener mis dudas... Porque también me pegaron una paliza de muerte. No —(ante un movimiento de mi primo)—, tú calla, Leon, que no tienes ni idea. Da igual lo que te estés imaginando, me da igual, te digo que es tropecientas veces peor. Así que cállate.

Mi primo se aovilló y se puso a morderse la uña del pulgar con la respiración acelerada. Eso me convenció aún más: conciencia intranquila, no podía ni mirarme, por fin estaba tras la pista correcta.

—¿Sabéis lo que me contó el inspector que está llevando el caso? —seguí acercándome en el sitio—. Me dijo que si hubiera sido algo fortuito, si hubieran sido los típicos chungos que querían llevarse mi coche, ¿no?, habría tenido más o menos una idea de quiénes eran, así del tirón. Se conoce a todos los habituales. Pero no tenía ni idea. Porque..., ¡que te calles la puta boca, Leon! —Mi voz explotando en un rugido, iba a despertar a Melissa, a Hugo, a los vecinos, me daba igual—. Porque ¡era algo personal! No fortuito. Había

sido algún desgraciado que me la tenía jurada y que además me quería dejar la cabeza hecha mierda, y sabe Dios que lo consiguió, me cago en todo. Y lo que he estado intentando explicaros es que la gente no me la tiene jurada porque yo no le hago putadas a la gente que realmente me quiere. Pero tú sí.

—No puedo con esto —dijo mi primo (era casi un gemido)—. ¿Podemos parar ya, por favor?

—Has empezado tú, con tu rollo de que no te cuidé lo suficiente, como si todo hubiera sido culpa mía y tú no tuvieras ninguna responsabilidad de cuidarte a ti mismo... —No era lo que tenía planeado en absoluto, la idea era engatusarlo para sacarle lo que fuera; lo de intimidarlo no se me había pasado por la cabeza, pero estaba sentándome bien, y ni siquiera tenía claro que pudiera parar ni aunque quisiera—. Por lo menos por fin he encontrado a la persona que me la tiene jurada...

—Toby —dijo mi prima bruscamente—. Déjalo ya.

—La única persona... ¡Mírame a la cara, so desgraciado!... La única persona que me odia como para mandarme a un par de negados a pegarme un paliza y dejarme medio muerto. ¿Eso qué se supone que era..., qué era, karma? ¿Porque no impedí que Dominic te pegara?

—¡Yo no fui, Toby! ¿De qué estás hablando? Yo no te odio, para ya de...

—Y ahora vas y le cuentas a Rafferty esa patraña... —Lo agarré de mala manera por el puño del jersey y lo sacudí, intentando que me mirara, pero tenía menos fuerza en la mano que un crío, y mi primo se negaba a mirarme, lo único que hizo fue encogerse más en el sitio—. Como no me jodiste lo suficiente la vida la primera vez, ¿ahora estás intentando que me arresten? ¿Qué eres, qué has..., qué mierda me has hecho?

Estuve a punto de pegarle; de hecho, eché hacia atrás el puño, sintiendo ya el impacto extático contra su cara, cuando mi prima me agarró del brazo.

—¿Dónde estabas tú? —me preguntó casi en la oreja.

Me di la vuelta dispuesto a gritarle que no se metiera, pero su visión me hizo detenerme: tenía el pelo suelto por delante de la cara, con las horquillas medio caídas y los ojos, oscuros y dilatados, sin enfocar.

—¿Cómo?

—Aquella noche, Toby. ¿Adónde fuiste?

«Aquella noche.» Creí que se refería a la laguna, al hueco en mi cabeza entre el pub y el salón de mi casa.

—No lo sé —dije (sentía como si la cabeza se me columpiara peligrosamente sobre el cuello)—. Lo he intentado una y otra vez, pero se me

ha evaporado de la cabeza. —Mi prima se me quedó mirando, medio balanceándose, agarrándome del brazo para no perder el equilibrio—. ¿Por qué? —La paranoia volvió a despertarse en mi interior—. ¿Tú lo sabes? ¿Cómo lo...?

—Porque fui a tu cuarto.

Aquello no tenía ningún sentido.

—¿Cómo?

—Cuando recibí el mensaje de Dominic. Me entró el cague, no entendía qué estaba pasando, y quise estar acompañada. Fui al cuarto de Leon, pero estaba inconsciente en la cama, y cuando intenté despertarlo, me mandó a tomar por culo y se echó la sábana por encima de la cabeza. Así que fui a tu cuarto, y no estabas.

—No —dije (ya había soltado a mi primo, que estaba sorbiéndose la nariz por ahí)—. ¿Cómo? Yo no me refería a eso.

—Me quedé esperando una eternidad en la cama, escuchando a ver si volvías. Horas. Tenía miedo, creía que a lo mejor Dominic te había hecho algo a ti, y de ahí el mensaje... Al final me quedé dormida. Por la mañana ya habías vuelto.

—Pero... —dije (mi prima estaba haciéndome daño con los dedos)—. Me dijiste que te limitaste a ignorar el mensaje. Eso es lo que dijiste.

—No quería contárselo a nadie. No quería que sonara a que... No se lo he dicho a los inspectores. Pero ¿dónde estabas? ¿Cómo es que no te acuerdas?

—No es eso... Yo hablaba de la noche que me pegaron. ¡En mi piso! La noche de Dominic, cuando lo de Dominic, yo estaba en la cama.

—No.

—Que sí.

—No, yo fui a tu cuarto.

Me quedé mirando a mi prima, que me sostuvo la mirada. En algún punto de la casa, tan indefinido y lejano que me llegó más como una sensación que como un sonido, se cerró una puerta.

Fue calándome lentamente, gota a gota, a través de las múltiples capas de embrollo que tenía en la cabeza. Mis primos identificando mi sudadera, contándole a Rafferty que había tenido problemas con Dominic, dándole la foto: aquello no era ningún plan maquiavélico para inculparme a mí. Si hubieran ido a joderme, podrían haberlo hecho mucho mejor. Podrían haber dicho lo que les hubiera dado la gana, como la historia que acababa de contar mi prima, una confesión inventada repleta de detalles escabrosos; yo, con mi

memoria para el arrastre, no habría sabido darles la réplica. Habían dirigido a Rafferty hacia mí porque tenían miedo de que fuera a por ellos, y —todas esas indirectas sobre que siempre me libraba de todos los castigos— no pensaban cargar con el muerto por mí. Porque creían de verdad que había sido yo.

Lo cual era absurdo, una puta locura. Yo, que era un perro pachón, un ser alegre y en su mundo que fluía con el Tao: yo no había asesinado a nadie. Si hubiera sabido toda la historia, a Dominic le habría pegado, eso seguro, me habría juntado con Sean para soltarle un par de hostias bien dadas. Pero lo de la cuerda de garrote: no con un simple no, sino con un «anda ya, hombre», a mí jamás en la vida se me habría ocurrido hacer algo así, y mis primos deberían haberlo sabido, ellos mejor que nadie deberían haberme conocido lo suficiente para no pensar ni por un instante que yo...

—Un momento... ¿Tú crees que yo... qué?

—Yo no creo nada, Toby, te lo digo. Yo lo único que quiero es saber.

—Venga ya —dije, me pareció que con bastante calma—. Tanto... tanto... andarse por las ramas, ¡a la mierda! Vosotros dos queréis decirme algo, queréis acusarme de algo, así que venga.

—Que no —dijo Leon, su voz aguda y temblorosa—. De verdad, Toby, nosotros...

—Serás desgraciado. ¿Es que no te vale con lo que me has hecho ya?

Estaba otra vez alargando la mano para agarrarlo, y él retrocediendo, cuando lo oí. Un ruido en lo alto del tejado: un revuelo alocado de rasgueos, algo grande sobre las tejas de pizarra, ¿garras?, ¿zarpas?

—¿Qué mierda...? —Cuando quise darme cuenta, había bajado de la terraza y estaba andando hacia atrás por el jardín, tierra blanca cediendo y deslizándose bajo mis pies, mi voz casi un grito—. ¿Qué mierda ha sido eso?

—¿El qué? —Mi primo, que vino a toda prisa detrás de mí, haciendo aspavientos cuando se le dobló el tobillo con una piedra—. ¿El qué, joder?

—El ruido ese. En el tejado.

—Un pájaro —dijo Susanna cuando llegó a nuestra altura y se volvió para ver—. O un murciélago.

—No, mira, ¡mira ahí!

En la punta de la cornisa, negro, arrebujado contra la chimenea. No tenía forma de nada, unos coletazos emplumados como alas saliéndole de la cabeza, estaba moviéndose, preparándose, y por la deliberación y la concentración de sus movimientos habría jurado que era humano. Rafferty, espiándonos, escuchando y aferrándose, en cualquier parte, en todas...

—Eso no es un puto pájaro, mira lo grande que es...

—Es la sombra, joder, Toby, tranquilízate.

—Y eso que tiene en la cabeza, ¿eso qué es? ¿Qué clase de pájaro...?

—Dios mío... —gimió Leon, cada vez más agudo—. Dios...

La cosa se elevó en el aire y se desplegó contra el cielo, cada vez más y más, fuera de los límites de lo posible. Luego se elevó en el aire y vino directo hacia nosotros.

Mi primo y yo nos pusimos los dos a chillar, gritos roncros y ahogados. Oí el silbido del bicho viniendo a por mí mientras me agachaba y me tambaleaba, a cuatro patas sobre la tierra. Sentí que me removía el pelo con el aire que levantaba, me vino su olor agreste, terroso y de pino, me encogí para apartarme de sus garras, que dirigía con una precisión perfecta e inmisericorde hacia mi nuca...

No sé cuánto tiempo tardé en comprender que se había ido. Yo había parado de chillar y los gritos de mi primo habían remitido hasta un jadeo desquiciado y ahogado. Aparte de eso, reinaba un silencio colosal en el jardín.

Conseguí incorporarme en el sitio (me costó, estaba temblando). El perfil del tejado estaba vacío, tampoco había nada en los árboles... Mi prima estaba a mi lado, de rodillas, doblada en dos e intentando respirar, y la cogí, aterrado, creyendo que tendría sangre.

—Su, mírame. ¿Estás bien?

—Estoy bien. —Me costó un segundo darme cuenta de que estaba riéndose.

—¿Qué mierda...?

—Qué fuerte... —Leon estaba aovillado en la tierra, con una mano pegada al pecho—. No puedo respirar...

—Madre mía, ¿qué ha sido eso?

—Eso —dijo mi prima cogiendo aire—, eso era un búho real. Mira que sois tontos.

—No, ni de coña. Con ese tamaño, no...

—¿Es que nunca has visto uno? Son grandes como sus muertos.

—¡Ha venido directo a por nosotros!

—Habrá creído que habías empezado tú. Con el escándalo que has formado...

—Leon. Eso no era un búho, ¿verdad?

El blanco de los ojos de mi primo, a la luz de la luna.

—El pecho. Creo que me está dando un infarto... Tíos, por favor, que me duele...

—Es un ataque de pánico —dijo Susanna restregándose los ojos con un nudillo y controlando la risa floja—. Respira hondo, lentamente.

—¡No puedo respirar!

—Eso no era un puto búho —insistí yo.

Mi prima se me quedó mirando otro segundo. Tenía la cara llena de churretes de tierra que parecían pintura de guerra, de habérsela restregado con el nudillo. Luego se echó bocarriba en el suelo con cuidado, el pelo en la tierra, mirando hacia el cielo vacío. Me dio la impresión de que mi primo estaba llorando.

Me había entrado tierra en los zapatos y tenía también las manos llenas; estaba sudando y temblando, y demasiado fumado. El feo paisaje lunar que me rodeaba no se parecía en nada a la Villa Hiedra que tan ligada había estado siempre con mi vida. Me vino la idea, y me dejó paralizado del horror, de que era porque no se trataba de la misma casa; estábamos en una dimensión paralela, una falsa y hecha de bruma oscura, un facsímil distorsionado pero letalmente creíble creado por Rafferty para atraparnos a todos dentro, a base de engaños, y del que una vez que entrabas ya no podías salir. Tuve la impresión de que en el fondo debería haberlo sabido desde el principio, si hubiera tenido la inteligencia de comprenderlo. Estuve a punto de chillar, pero sabía que Rafferty estaría escuchando y que dar la voz de alarma a lo único que llevaría sería a algún desastre inimaginable.

Silbidos agudos de aves nocturnas por encima de los árboles. Arriba, en la ventana de mi cuarto, ya no había luz.

—Pero ¿qué coño...? —dije, la voz como arañada y hueca—. ¿Qué coño os pasa en la cabeza, tíos?

Ninguno de los dos respondió. Mi primo estaba sollozando y ni se molestaba ya en disimularlo.

—Sois unos mierdas, ¿lo sabíais? Que os den.

—Quiero irme a casa —dijo mi primo entre lágrimas, enjugándose la cara con las palmas de las manos: tenía un aspecto grotesco bajo aquella luz desvaída, el pelo en garabatos de lunático, la cara contraída y toda manchada de tierra.

—Sí —dijo mi prima, que hizo un esfuerzo por incorporarse y luego levantarse, con las piernas temblonas—. Seguramente sea buena idea. Venga.

Le tendió las manos a Leon, que se agarró y, después de revolverse y tambalearse ligeramente, entre ambos consiguieron devolverlo a la vertical. Se alejaron dando tumbos por la tierra irregular, cogidos por los hombros, los

tobillos de mi prima doblándose en ángulos imposibles. Ninguno se volvió para mirarme.

Yo no me moví. En la cocina iluminada Susanna se dejó caer sobre la encimera y se quedó mirando el móvil con una concentración vidriosa y como a cámara lenta; Leon, por su parte, fue al fregadero y se echó agua en la cara y el cuello, se llenó una taza de agua y se la bebió entera. Mi prima dijo algo y mi primo asintió sin volverse. A mi alrededor el aire estaba agitado y lleno de polillas, bichillos que me aleteaban por la nuca y me reptaban por los brazos, mientras el frío manaba de la tierra y se me colaba por la ropa.

Un rato después Susanna miró el móvil y dijo algo más: taxi. Buscaron a tientas los abrigo, se los echaron sobre los hombros de cualquier manera y enfilaron por el pasillo.

El ciego empezaba a remitir, aunque el jardín seguía teniendo ese horrible halo de extrañeza, de ser el mismo sin serlo. La idea de levantarme y atravesarlo, así de expuesto, me daba repelús...; a saber qué acechaba en los recovecos secretos de aquella casa, cepos, enredaderas, perros feroces y reflectores. Pero estaba temblando, tenía el culo empapado y, aunque la cosa aquella no hubiera sido más que un búho, no me hacía ninguna gracia estar allí solo. Al final me levanté como pude, aplaqué el tumulto de mi cabeza y me escabullí del jardín como un roedor bajo una sombra.

Me costó un buen rato subir las escaleras a tientas. Olor a polvo, ronquidos suaves y regulares desde el cuarto de mi tío, crujidos del parqué que me disparaban el corazón a mil por hora. Estaba dudoso, no sabía si despertar o no a Melissa; por un lado, ella necesitaba una buena noche de sueño, pero, por otro, yo necesitaba que escuchara aquello, el gran embuste que nos había llevado a tener nuestra única pelea; no podía dejarlo para el día siguiente.

—Nena —dije en voz baja, o todo lo que pude, en nuestro dormitorio a oscuras—, ¿estás despierta?

En cuanto lo dije, lo supe. El aire en la habitación era frío y estéril, sin aliento, sin su olor, sin asomo alguno de calidez corporal.

Pulsé el interruptor de la luz. La cama seguía hecha; el armario estaba abierto, con las perchas vacías colgando.

Me dejé caer en la cama. Me tronaban los oídos. Saqué el teléfono y la llamé: saltó directamente el contestador. Otra vez: lo mismo. Y otra: lo había apagado.

«Nunca se me habría ocurrido pensarlo», me había dicho mirándome a los ojos, y yo la había creído porque había querido creerla. Con razón había

estado tan preocupada esos últimos días; con razón había intentado sacarme de allí a toda costa: en plena noche, borrachos, fumados, dejar todo atrás y salir corriendo con solo lo puesto. Había intentado protegerme. Temía que, de seguir con mis preguntas, acabara descubriendo lo que había hecho.

Así y todo, lo que me dolió no fue que creyera que pudiera ser un asesino; ella no me conocía por entonces, los adolescentes están siempre hechos un lío, confundidos y medio descarriados, y ella no podía saber si había hecho una cosa u otra. Lo que me dio ganas de enterrar la cabeza entre las manos y echarme a llorar fue que yo creía realmente que ella sabía quién era yo ahora, que me conocía tan bien y tan íntimamente que sería capaz de mantenerme cuerdo mientras ni yo sabía ya quién era, pero me equivocaba. No era un capullo cruel, un psicópata que podía arrinconar un asesinato en la cabeza y seguir tan campante con su vida como si no hubiera pasado nada... Pero ahí estaba otra vez dándole vueltas a lo mismo, un perpetuo corro de la patata, ¿cómo estaba tan seguro de la clase de persona que era, de lo que podía o no podía hacer?

Melissa, Leon, Susanna, Rafferty, Kerr. Hugo, incluso, quién sabía, aquel día en el coche: «La verdad es que me gustaría saber cómo acabó en ese árbol, siento que en cierto modo tengo derecho a saber qué pasó». Viéndolo ahora en retrospectiva era evidente que estaba invitándome a sincerarme, con cuidado, delicadamente. ¿Quién más? ¿Cuál de los exalumnos del grupo de Facebook? ¿Dec, Sean? ¿Mi propio padre? ¿Mi madre?

Remolinos de flores carmesí extendidos sobre una encimera de pizarra, recuerdo fugaz pero nítido de un cuchillo cortando rítmicamente entre rayos de sol, la voz de mi prima, irónica y divertida: «Qué típico de ti: las cosas que te hacen sentirte mal desaparecen sin más de tu cabeza».

Y con aquello, por fin, todo encajó. Me había costado una barbaridad de tiempo reparar en la única razón, tan evidente como mareante, por la que toda esa gente creía que yo había matado a Dominic: porque era verdad.

En la casa reinaba un silencio absoluto, ni un cric o un crac de una madera acomodándose en el sitio, ni un ronquido de mi tío. Desprendía la misma sensación horrible que el jardín, la de ser una monstruosa impostora que se expandía en transformaciones incomprensibles e imparables, con suelos de madera que te succionaban los pies como si fueran de musgo y paredes de ladrillo que se hinchaban como cortinas con la fuerza de lo que quiera que creciera tras ellas.

«Aquella noche. ¿Adónde fuiste?»

Intenté decirme que algo así lo recordaría. Un porrazo en la cabeza podía haberme hecho olvidar la palabra *escurridor* o la última vez que había visto a mi tío Phil, pero no algo de ese calibre. Aunque no tenía manera de saber si eso era verdad.

«Faye me ha dicho que por lo visto ese verano tú estabas cabreado con Dominic.»

Para cuando él murió, todos habíamos terminado ya el instituto y estábamos cada uno en la casilla de salida de su nueva vida. Mi primo no se enfrentaba a otro año de jugarretas de vestuario de Dominic; eso era ya agua pasada. ¿Por qué habría necesitado que otro lo matara?

«Apostaría a que solo querías darle un susto. Tú solo pensabas asustarlo un poco, nada serio.»

Pero seguramente, me dije (las paredes ondeando revueltas, palpitaciones oscuras por los bordes de mi visión), seguramente si eso hubiera sido así, habría teñido el resto de mis días con pesadillas, recuerdos fugaces, ataques de pánico nada más ver un poli o entrar en el jardín de Hugo, una lesión cerebral no podía reescribir todo eso...

«Y nos quedamos tan cortados que ya no bajamos en toda la tarde», había dicho mi prima. «Fijo que la semana que viene ni te acuerdas de lo que ha pasado.» Aquello nada tenía que ver con mi lesión cerebral. Había sido mi cabeza —intacta, por entonces, toda una y puramente ella— la que lo había hecho.

Me sentí podrido, y no solo con náuseas por la bebida o el hachís, sino con la podredumbre acaparadora de una intoxicación alimentaria o una infección, pegajosa y acuosa, todo mi organismo asqueado. Me di cuenta de que no veía mucho y, al rato, de que estaba con las rodillas, los codos y la frente apoyados en el suelo. Respiré lenta y superficialmente, esperando a ver si vomitaba o me desmayaba. Con el último destello de lucidez que me quedaba en alguna parte del cerebro, me alegré de que Melissa no estuviera allí para verme así.

Mis ojos no querían abrirse. No sabía si estaba quedándome dormido o desmayándome, pero ambas cosas me parecieron una bendición. No sé cómo conseguí arrastrarme a tuestas y subir hasta la cama, con los dedos enredados en el edredón y la barriga dándome vueltas, antes de que lo negro me cercara por todos los frentes y me engullera.



Me desperté con el sol pegándose en toda la cara. Conseguí abrir una rendija de ojos: la luz entraba a raudales por los bordes de las cortinas, era tarde y hacía un día de otoño radiante. Cada porción de mí se sentía como la mierda, cada una a su manera. Le di la espalda a la ventana y gruñí contra la almohada.

La noche fue volviéndome trozo a trozo. Lo único que quería era volver a dormir, a ser posible durante semanas, meses, o para siempre, pero el movimiento había sido demasiado para mí. Llegué al baño justo a tiempo.

Seguí con arcadas durante un buen rato después de vaciar el estómago. Cuando por fin me vi capaz de levantarme, me enjuagué la boca y me eché agua fría en la cara. Me temblaban las manos. En el espejo me vi la misma cara de atontado y embotado que en el hospital.

Estaba aterrado. Una cosa era ser sospechoso de asesinato cuando me creía inocente (no estábamos en ningún telefilm cutre de Hollywood, difícilmente iba a dar con mis huesos en la cárcel por un crimen que no había cometido); pero ahora que cabía la posibilidad de que fuera culpable era otra historia bien distinta. Rafferty tenía tablas, se las sabía todas y su inteligencia llegaba a límites insospechados para mí; si yo había dejado pruebas en su momento —¿y cómo no?, con dieciocho años y sin idea de nada—, él las encontraría. Me daba cien vueltas hablando y pensando, y yo ni siquiera sabía qué debía intentar esconder; no tenía ni idea de qué había pasado, por qué, por el amor de Dios, habría hecho aquello. Parecía increíble que me hubiera librado durante tanto tiempo como, al parecer —¿posible, probablemente?—, me había librado.

Necesitaba pensar cuanto antes, pero la cabeza me martilleaba con virulencia. Rebusqué los calmantes entre mis cosas y me tomé dos pastillas; pensé en bajarlos con Xanax, pero necesitaba tener la cabeza despejada, o al menos todo lo despejada que pudiera. Luego —ignorando que seguía con mi

camisa vistosa y mis pantalones de lino de la noche pasada, ahora manchados de tierra y apestando a sudor y hachís— bajé, paso a paso, con timidez, en busca de café.

En la cocina había una luz desgarradora; el reloj de la pared me informó de que eran más de las doce. Hugo estaba en los fuegos, en pijama y pantuflas, pendiente de la cafetera, que borboteaba alegremente.

—Ajá —dijo volviéndose con una sonrisa (estaba en uno de sus días buenos, saltaba a la vista; de hecho tenía mucho mejor aspecto que yo)—. Ha vuelto de entre los muertos. Veo que echasteis buena noche, ¿eh?

Me senté a la mesa y me tapé la cara con las manos. El café no había sido buena idea; solo de olerlo me volvieron las ganas de vomitar.

Mi tío se rio.

—Entonces, he hecho bien en no despertarte. He pensado que no te venía mal que se te pegaran las sábanas. He puesto el café en cuanto te he oído.

—Gracias —dije.

—Y tengo una sorpresa para ti, cuando estés más despierto. ¿Quieres comer algo? ¿Tostadas? ¿Unos huevos revueltos?

—Ay, Dios...

Volvió a reírse.

—Entonces, dentro de un rato. —Miró la cazoleta de la cafetera, apagó el gas y me echó un expreso bien cargado—. Ten —me dijo acercándose con su arrastrar de pies, apoyado en el bastón, y ni se me ocurrió ir yo a por la taza hasta que era demasiado tarde—. ¿Melissa querrá? ¿Sigue en la cama? ¿O ha conseguido ir a trabajar?

—Se ha ido —dije.

—Santo cielo, qué valor. —Se echó el resto del café, con cuidado, la muñeca le temblaba—. ¿A qué hora os acostasteis?

Barajé la opción de no decírselo. Mi tío adoraba a Melissa, le partiría el corazón. Tal vez pudiera disimular un día o dos, inventarme excusas de por qué no volvía por la noche —que si el inventario, que si la madre mala—, y quizá para entonces tuviera alguna idea de qué pensaba hacer al respecto... Pero no tenía fuerzas.

—No —dije—, se ha ido para no volver.

—¿Cómo? —Giró en redondo la cabeza y se me quedó mirando—. ¡¿Por qué?!

—Es complicado.

Después de una pausa larga, dejó la cafetera sobre la cocina, se echó un

chorrito de leche en la taza y lo llevó a la mesa. Se sentó enfrente —las manos en torno a la taza, el batín medio caído dejando a la vista el pijama de franela mal abrochado, ojos grises que no parpadeaban aumentados por las gafas— y se quedó a la espera.

En cuanto empecé a hablar, no pude parar. Salió todo, en un amasijo informe; los recuerdos de la noche eran muy vagos, trozos sueltos que surgieron a flote sin orden ni concierto conforme hablaba, aunque lo esencial fue saliendo con la claridad suficiente. Lo único que me ahorré fue el último paso, la revelación final. Era probable que mi tío —que sorbía su café con serenidad, sin decir nada— ya se lo hubiera imaginado, pero yo no conseguí decirlo en voz alta.

—Así que —seguí balbuceando, lo había dicho todo por lo menos dos veces— ahí fue cuando se fueron a su casa, o donde fuese, justo después de eso. Y yo creía que Melissa estaba arriba, pero... Intenté llamarla, todavía no he probado esta mañana, pero ahora no sé siquiera si debería... Porque, evidentemente, a mí me gustaría arreglar las cosas, pero, a ver, no sé lo que va a pasar, así que puede que sea mejor que no esté cerca de...

Por fin conseguí callarme. En el silencio colosal que se hizo —yo mirando mi taza de café intacta— me di cuenta, demasiado tarde, de la cosa tan mezquina y horrible que acababa de hacer al descargar todo aquello sobre mi tío. Solo le quedaban un par de meses de vida, ¿de verdad que no podía haber encontrado la manera de no jodérselos con mi caos infernal? No podía ni mirarlo a la cara; tenía miedo de verlo destrozado, con la cara aturdida y deshecha, las lágrimas rodándole. Seguí sin levantar la cabeza mientras rascaba con la uña una mancha inexistente en la mesa, madera suave y agrisada, el punto donde las vetas se curvaban en torno a una mancha oscura para formar la silueta de un fantasma animado con la boca muy abierta. La de veces que me había sentado allí, tostadas con mermelada, trabajos de geografía, juergas, y ahora, aquello.

—Vale —dijo mi tío soltando la taza con fuerza sobre la mesa (me impresionó tanto su voz que levanté la vista: tenía la plenitud y la autoridad que le recordaba de mi infancia, robusto como un roble, la voz que siempre nos había hecho pararnos en seco y ponerles fin instantáneamente a nuestras discusiones o nuestras peleíllas)—. Esto ya pasa de castaño oscuro. —A mí no me venían las palabras; de pronto me vi al borde del llanto, por humillante que fuera—. No le dediques ni un minuto más de tu tiempo. Yo me encargo de todo. —Apoyó una palma sobre la mesa y se impulsó para levantarse—. Pero

antes de nada tenemos que comer algo. Voy a hacer una tortilla... Sí, sí que quieres, sé que ahora no te entra, pero ya me lo agradecerás. Y la vamos a disfrutar en paz. Y luego vas a ir a darte una ducha y yo me voy a encargar de este jaleo antes de que se nos vaya totalmente de las manos.

Yo sabía que eso no era posible, pero aun así parte de mí no pudo evitar creerlo. Alto y con la cara ensombrecida contra la riada de luz que entraba por las ventanas, con la mano engarrotada en torno al bastón, el pelo coleándole por los hombros y el batín bailándole, parecía una figura del tarot, cargada de presagios. Yo seguía sin poder decir nada. Me froté los ojos con el talón de la mano.

Mi tío fue renqueando hasta la nevera y empezó a sacar cosas: huevos, mantequilla, leche.

—Con jamón y queso, creo, y espinacas... Seguramente lo que te vendría mejor sería una buena fritanga de domingo, pero no tenemos los ingredientes.

—Lo siento mucho. De verdad —dije por fin.

Me ignoró.

—Vente y corta tú. No me fío de mi mano.

Lo obedecí y fui a la encimera, cogí un cuchillo y empecé con el jamón. Los calmantes empezaban a hacer efecto; la cabeza no me dolía ya tanto, aunque la sentía como suelta e invadida por cosas a la deriva, telarañas, niebla y vilanos.

Mi tío rompió cuatro huevos en un bol y empezó a batirlos.

—Bueno —dijo con una voz iluminada—, la sorpresa; lo que te iba a contar cuando estuvieras algo más despierto. No te lo vas a creer.

Hice lo posible por seguirle la corriente; le debía al menos eso.

—¿El qué?

—Creo que he descifrado el caso Wozniak.

La sonrisa de su cara era amplia y genuina.

—No puede ser —dije.

—No, estoy convencido. Haskins, ¿el del diario? Pues en noviembre de 1887 empieza a quejarse de que su mujer le endilga los problemas de su familia. Como es tan quejica, al principio no le di mayor importancia, estuve a punto de saltarme toda esa parte, pero por suerte seguí leyendo. El caso es que la hermana de su mujer, que vivía en Clare (sí, ¿ves por qué me saltaron las alarmas?), quería mandar a su hija de dieciséis años unos meses con los Haskins, a Tipperary. La principal queja de nuestro amigo era que iba a tener que correr con los gastos de alimentar y vestir a la muchacha, pero también

estaba indignado porque pudiera corromper a sus hijos..., que en esos tiempos tenían tres, cuatro y siete años, edades un poco difíciles de corromper, a mi entender. A no ser que... —Me miró con una ceja arqueada mientras echaba la mantequilla en la sartén: «¿Lo has pillado?».

Me costó lo suyo sacar algo de la ciénaga que tenía por cabeza.

—¿Estuviera embarazada?

—Bueno, es difícil saber nada al cien por cien... Haskins estaba tan furioso que la letra era un auténtico galimatías, con subrayados dobles por todas partes... Pero por sus alusiones a la vergüenza, el deshonor y el libertinaje, yo diría que sí. Pásame la sal y la pimienta, ¿quieres?

Se las pasé. Aquella serenidad suya estaba empezando a darme miedo. Me pregunté si no se le habría olvidado la conversación que acabábamos de tener; si tendría que repetírsela entera esa noche cuando Melissa no volviera a casa.

—Gracias. Y —(salpimentando a diestro y siniestro)—, ¿a que no adivinas el apellido de la sobrina?

—¿McNamara?

—Efectivamente, Elaine McNamara. —Sonreía, mientras miraba con el ceño fruncido el gas y lo ajustaba a su gusto, aunque la intensidad de su satisfacción era más que evidente—. De momento no nos ha salido en ninguno de los árboles genealógicos, ¿verdad? ¿O sí?

—Que yo recuerde no.

—La localizaremos. Así que —(echando los huevos a la sartén, chisporroteos y silbidos)— me temo que me impacienté y empecé a hojear más adelante, buscando cualquier mención a cualquier O'Hagan... con tal de confirmar mi teoría. Y, cómo no, en las primeras semanas de 1888, la señora Haskins sugiere que sus queridos vecinos, los O'Hagan, tal vez se presten a «ocultar la vergüenza de Elaine». Habría sido coser y cantar...; en esa época los certificados de nacimiento estaban plagados de mentiras: los O'Hagan podían haber ido perfectamente al registro y haberle puesto su apellido al crío o a la cría, sin necesidad de justificar de dónde había salido. A nuestro Haskins no le hace mucha gracia la idea...; cree que sería perdonar demasiado a la ligera a Elaine, que no comprendería su transgresión en toda su..., esto..., «magnitud», creo que era la palabra; quiere mandarla a un hospicio para madres solteras. Pero creo que podemos afirmar con certeza que al final la discusión la ganó la mujer.

La corriente apacible de su voz, el olor sabroso de los huevos haciéndose, un azul frío y luminoso del cielo al otro lado de la cristalera. Me acordé del

primer día de mi vuelta, los dos en su estudio, la lluvia contra el cristal de la ventana y mi cabeza perdiéndose por las figuritas mientras él hablaba.

—Y hasta ahí he llegado antes de que te despertaras. Pero, aun así, ha sido una buena mañana de trabajo, creo yo.

Me miró casi con timidez.

—Qué bueno —dije consiguiendo dibujar una gran sonrisa—. Enhorabuena.

—Lo mismo digo. Lo hemos hecho entre los dos. Tendríamos que tomarnos una copa de algo para celebrarlo; ¿quedará por ahí prosecco o algo parecido? ¿O será demasiado para tu cabeza?

—No, por mí genial. Seguro que nos queda algo.

—Ahora, por supuesto —(ralló queso sobre la sartén, un buen puñado, y lo coronó con el jamón picado)—, tengo que ver cómo decírselo a la señora Wozniak.

—Estará encantada de la vida —dije (encontré una botella de prosecco en el armario de la bebida; estaba caliente, pero qué más daba)—. Era lo que quería saber, ¿no? Tampoco es que hayas encontrado a un asesino en el árbol genealógico.

Mi tío volvió la cabeza y se me quedó mirando, pensativo.

—Bueno, a no ser que me equivoque de plano, ese crío era el abuelo de Amelia Wozniak..., Edward O'Hagan, el que emigró a Estados Unidos. Murió en 1976, no hace tanto, es muy probable que ella misma llegara a conocerlo bien; pero ahora, con todo esto, quizá tenga la sensación de no haberlo conocido tan bien. No se llamaba Edward O'Hagan, sino Edward McNamara. Era una persona totalmente distinta en muchos sentidos, si no en todos. Y —(echando las espinacas en la sartén)— esa nueva persona le llega con mucho sufrimiento en la mochila, mucha injusticia. Esa chiquilla de dieciséis años a la que separan de su familia, deshonrada, a la que le quitan a su hijo quiera o no, era su bisabuela. Y todo ese sufrimiento y toda esa injusticia están ligadas a la existencia de Amelia. Sin eso podría llegar a haber sido Amelia McNamara, o directamente no haber existido.

—Si tú lo dices... —Estaba costándome solidarizarme con la mujer: habría cambiado sin pensármelo mis problemas, o los de mi tío, por la crisis existencial de la señora Wozniak.

—Bueno, quién sabe, a lo mejor lo ve como tú. Pero yo prefiero abordar el tema con delicadeza, por si acaso. —Le llevó varios intentos, pero consiguió darle la vuelta a la tortilla—. De todas formas, hoy no nos vamos a preocupar

por eso. Antes hay que descifrar el resto del diario... Me gustaría saber qué pasó al final con Elaine, y ver si conseguimos alguna pista sobre la identidad del padre del crío. En un momento dado podemos preguntarle a la señora Wozniak si tiene algún pariente varón por ahí, para cruzar los ADN masculinos; pero de momento quizá puedas empezar con los registros parroquiales, ¿para intentar averiguar si Elaine llegó a casarse? Dudo de que se casara con el padre del crío, o ¿por qué no le dejaron casarse con él? Seguramente no estuviera a la altura, por una cosa u otra, pero merece la pena investigarlo.

—Vale —dije.

Al parecer se suponía que íbamos a volver a nuestra cómoda rutina y a fingir que no había pasado nada la noche anterior, aunque no me cabía en la cabeza cómo creía mi tío que eso iba a funcionar en la práctica. Por no hablar de cómo leches pensaba que iba a solucionarlo todo: empezaba a dudar de que no se le hubiera olvidado todo lo que había dicho, o de que su plan no fuera un delirio inducido por la enfermedad, que podía incluir la señal de Batman, un muñequito vudú de Rafferty o algo parecido. ¿Cabía la posibilidad de que no hubiera deducido lo que había pasado? ¿De que pensara que los únicos problemas que había eran una rencilla entre primos y una mala racha en una relación, que estábamos todos agobiados y haciendo el tonto, que lo único que hacía falta era que nos leyeran bien la cartilla?

—Salud. Por nosotros —dije.

—Y por Elaine McNamara. —Mi tío me cogió la copa y se hizo a un lado para que yo sacara la tortilla de la pesada sartén—. Pobre chiquilla.

Me sorprendí a mí mismo devorando mi mitad de la tortilla, tan rápido que mi tío se rio de mí.

—Hay más huevos, si te has quedado con hambre.

—Tenías razón. Lo necesitaba.

—Pues claro que tenía razón. A ver si la próxima vez que te diga algo —(sonriéndome por encima de la copa)—, te dejas de historias y me haces caso. —Y mientras yo apuraba el último bocado—: Y ahora ve a buscar el tabaco, ¿quieres? Ya que nos ponemos decadentes.

Nos quedamos allí en silencio, fumándonos un cigarro tras otro, y rellenando las copas de prosecco. Mi tío tenía la cabeza echada hacia atrás y los ojos medio cerrados, dirigidos hacia el techo con una calma grave y soñadora. Rastros desvaídos de graznidos de gansos salvajes en la lejanía, cargados con todo el aroma del otoño, la primera helada y el olor a turba

quemada. La mano grande de mi tío soltando la ceniza en un platillo desportillado que usábamos a modo de cenicero improvisado, la luz del sol dándole vida a la madera castigada de la mesa con un resplandor divino, casi imposible.

Me tiré un buen rato en la ducha. Tenía metida la noche en la piel; daba igual lo fuerte que frotara, seguía viniéndome la peste a alcohol viciado, a hachís viciado, a tierra del jardín. Al final me rendí y me quedé allí con el grifo al máximo de potencia y de calor, dejando que me aporreara la cabeza.

Ahora que me había quedado solo, la resaca de los porros me volvió corriendo, un desagradable batiburrillo de desesperación física y mental que me carcomía y me socavaba por dentro y un sentimiento de fatalidad que parecía no provenir de la cabeza, sino de la barriga y la columna vertebral. Melissa había tenido razón desde el principio, buscar respuestas era la cosa más tonta que había podido hacer, y ahora era demasiado tarde.

En parte seguía aferrándome a la escueta posibilidad de que lo hubiera entendido todo mal, y de que si se me despejaba lo suficiente la cabeza, sería capaz de deducir la verdadera historia. Pero, por mucho que escarbaba, todos los caminos me llevaban en bucle al mismo sitio: yo con la sudadera, yo el único que podía haber tenido la llave para dejar entrar a Dominic, yo el único que habría conseguido hacerle venir si lo hubiera llamado («Oye, tío, tengo un par de rayas, te lo debía, pásate cuando quieras»), yo que no estaba en mi cuarto esa noche. Y, lo que era más duro de todo, ¿quién iba a haberlo hecho si no? Mis dos primos creían que había sido yo. Mi tío, ni por asomo. No había nadie más en la casa. Sí, Dominic podía haber mangado la llave y haber traído de tapadillo su propio garrote, y su propio asesino, pero ni en mi desesperación me parecía medianamente plausible, y allí estaba otra vez, volviendo en bucle a la misma pesadilla.

No tenía nada con que rebatirlo. Las únicas réplicas que se me ocurrían eran que no me acordaba y que yo no era así, pero ¿de qué servía eso? Ante un tribunal tal vez valieran de algo, podía ser que incluso, probablemente — vamos, señoras y señores del jurado, ya sé que el cordón estaba lleno de ADN de mi cliente, pero mírenlo, un niño rubito tan bueno, de familia decente, tan guapo, que no se ha metido en líos en toda su vida, ¿a ustedes les parece que tiene pinta de asesino?—, si era capaz de arreglarme lo del párpado y de no arrastrar la voz, hasta me librase. Pero allí, con tan solo el tamborileo

inmisericorde del agua, el vapor enroscándose y el gemido torturado de las tuberías, era distinto. Lo que tenía o no en mi cabeza, lo que yo creía ser: eso no servía de nada.

Dos manos para girar la llave en la cerradura oxidada, un «Pasa, tío» susurrado y la sonrisa de Dominic en un tajo de luz de luna. La mordedura del cordón en la carne, sonidos de ahogamiento, pies arañando la tierra en vano. El peso imposible de un cuerpo que tiene que ser arrastrado a través de una extensión de hierba infinita, mis propios jadeos asustándome por lo fuerte que sonaban en mis oídos, las manos resbalando, oscuridad, frenesí, «No voy a poder»... No tenía ni idea de qué fragmentos eran recuerdos y cuáles surgían de un oscuro proceso alucinatorio más profundo que la imaginación, involuntario e incontrolable, hirviendo con una energía y una realidad propias.

Todos y cada uno se me antojaban una violación: ajenos, desquiciados, impuestos. ¿Cómo podía yo estar pensando esas cosas? Yo pertenecía a otro mundo, pintas con los colegas, discusiones por Twitter gestionadas con inteligencia, cruasanes en la cama con Melissa los domingos ociosos de lluvia. Me llevó un rato darme cuenta de por qué el sentimiento me era tan horriblemente familiar. Seguía allí de pie bajo la ducha mirando al vacío — podía llevar allí media hora, el agua salía ya fría— cuando me vino: el médico de cara anodina hablando como un disco rayado, mi primer día en el hospital, «neurólogo crisis epilépticas terapia ocupacional», como si todo aquello tuviera algo que ver conmigo; el terrible bajón cuando empecé a comprender que sí que tenía que ver, que aquello era ahora mi vida.

Al final el agua se puso tan fría que empecé a castañetear los dientes. Estaba secándome cuando lo oí: un discreto toctoc en la puerta de la calle; una pausa, y luego el murmullo regular de mi tío, entrelazado con otra voz. El tono era tranquilo y agradable, sin apremio alguno, pero reconocí aquella voz a través de las paredes y los suelos, habría reconocido hasta la palabra más breve en cualquier parte, como un amante: Rafferty.

Estuvieron a punto de fallarme las piernas. Tan pronto... Sabía que llegaría el día, pero había esperado que pasaran unas semanas, meses, la parte más necia de mí se había atrevido incluso a creer que podía librarse. Por un segundo pensé en salir por patas: mi tío les seguiría dando conversación, yo saldría por la ventana y saltaría el muro del jardín y... Ya antes de terminar el pensamiento supe lo absurdo que sonaba: ¿y qué, perderme del mapa y vivir en una cueva de los montes Wicklow? En lugar de eso, me vestí todo lo rápido que pude, peleándome con los botones, que al menos no me pillaran temblando

en calzoncillos cuando llegaran. «Niégalo —me dije bajando las escaleras en lo que me pareció una cámara lenta, tan mareado por el terror, la náusea y lo raro que era todo que tuve que agarrarme a la barandilla—, niégalo, niégalo, y consigue un abogado, no pueden probar nada...»

Me encontré a los tres en el pasillo. Las tres cabezas se volvieron hacia mí de golpe y al unísono. Los inspectores iban vestidos de otoño, con largas gabardinas, y Kerr con un sombrero que le habría pegado a Al Capone; mi tío —me medio fijé sin llegar a comprender qué significaba— se había quitado el pijama y el batín y se había puesto unos pantalones de *tweed* medio decentes, camisa limpia y jersey. Había algo inquietante en cómo estaban dispuestos, de pie pero separados, posicionados con precisión, como piezas de ajedrez sobre la geometría de las baldosas.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Toby —dijo Rafferty (alegremente, tan tranquilo, como si nuestra última conversación nunca hubiera sucedido)—. Te sienta bien ese pelado. Oye, tu tío se va a venir con nosotros a comisaría un rato. No te preocupes, nosotros lo traemos de vuelta a casa sano y salvo.

—¿Cómo? —dije tras un instante de no entender nada—. ¿Por qué?

—Tenemos que tomarle declaración —contestó Kerr.

—Pero... —dije (estaba confundido; los tres me miraban como si hubiera irrumpido en medio de una transacción íntima, un trato de negocios, de drogas, algo para lo que mi presencia era irrelevante e indeseada)—. Pueden hacerlo aquí.

—Esta vez no —me explicó cordialmente Rafferty—. La cosa varía.

No lo entendía y no me gustaba.

—Está enfermo. Tiene que...

—Lo sabemos, sí. Nosotros lo cuidamos.

—Ha estado teniendo crisis epilépticas.

—Está bien saberlo, estaremos pendientes. —A mi tío—: ¿Necesita llevarse algún medicamento?

—Lo tengo aquí —respondió este llevándose la mano al bolsillo del pecho.

—Hugo, ¿qué está pasando? —insistí.

Mi tío se apartó el pelo de la frente. Se lo había cepillado bien; entre eso y la ropa buena, su porte había adquirido una repentina elegancia descarnada, de famoso director de orquesta caído en desgracia.

—He llamado al inspector Rafferty y le he explicado que el culpable de la muerte de Dominic Ganly soy yo —me dijo con tranquilidad.

—¡Pero qué dices! —exclamé después de un segundo de silencio absoluto.

—Tendría que haberlo hecho hace semanas..., bueno, evidentemente, hace años. Pero para eso hay que estar hecho de una pasta de la que, por lo visto, no estoy hecho; o, al menos, hasta ahora.

—Espera, Hugo. ¿Qué coño estás haciendo?

Mi tío me miró a través de sus gafas, con gravedad, como desde una distancia inmensa.

—Yo a estas alturas no me veo capaz de guardármelo para mí más tiempo. La crisis del otro día fue una llamada de atención.

Kerr estaba cambiando el peso de pierna, tenía ganas de irse.

—Recuerde —dijo Rafferty, desde donde se había fundido en los márgenes— que no está obligado a decir nada que no quiera, pero todo lo que diga constará por escrito y podrá ser utilizado como prueba en un juicio. Lo recuerda, ¿verdad?

—Sí, lo sé —dijo mi tío, que fue al perchero a por su abrigo y empezó a ponérselo torpemente, cambiándose el bastón de mano.

—Y está seguro de lo del abogado, ¿verdad? Porque se lo voy a decir claramente: para cosas así es mejor buscarse uno.

—Estoy seguro.

—Voy a llamar a mi padre —dije demasiado alto—. Vendrá ahora mismo. No digas nada hasta que...

—No, de eso nada —replicó mi tío, distraído, tirando de una manga que no quería entrar—. ¿Me estás oyendo? No vayas a estar molestando a tu padre, a tus tíos ni a tus primos. Déjame que haga esto en paz y tranquilidad.

—Necesita un abogado —le dije a Rafferty—. No pueden hablar con él sin uno presente.

Pero el policía volvió las palmas hacia arriba.

—Eso es decisión suya.

—Él no puede tomar esa decisión. No está..., psicológicamente no... Últimamente confunde las cosas. Las olvida.

—Toby —me interpeló mi tío con una punzada de indignación—, por favor, déjalo ya.

—Hablo en serio. Él no... no... —(por fin me vino la palabra)— no está capacitado para tomar ese tipo de decisiones.

—Nosotros no determinamos si está capacitado o no —dijo Kerr subiendo un hombro y arrugando el gesto cuando le crujió—. De eso se encarga el tribunal.

—Si la cosa llega a eso —añadió Rafferty.

—Eso, en el caso de que. Ahora mismo lo único que sabemos es que el señor Hennessy quiere contarnos algo y necesitamos tomarle declaración.

—Pero se lo ha imaginado todo. Él no ha matado a nadie. Es una... una alucinación o algo así, es... —Mi tío estaba peleándose con los botones del abrigo—. Hugo, por favor.

—Gracias por el voto de confianza —me dijo a caballo entre la diversión y el fastidio—, pero, de verdad, Toby, sé perfectamente lo que estoy haciendo.

—Si es una alucinación —me dijo Rafferty—, entonces no tienes que preocuparte de nada. Lo resolveremos, sin problema, y lo traeremos de vuelta a casa.

—¡Se está muriendo! —dije, demasiado desesperado para tener tacto—. El médico le ha dicho que debería estar en cuidados paliativos, no pueden meterlo en una celda y...

Kerr se rio en mi cara, una gran risotada.

—Ostras, colega, ¿quién ha dicho nada de celdas? Tranquilidad, hombre. De momento lo único que vamos a hacer es charlar.

—Tu tío es libre de irse en cualquier momento —dijo Rafferty—. Poniéndonos en lo peor, como mucho, estará de vuelta en casa mañana por la mañana.

—¿Mañana?

—No tiene pinta de que nadie vaya a exigir una fianza —explicó alegremente Kerr—. No presenta mucho riesgo de fuga...

—Por el amor de Dios, Toby —me dijo mi tío—. No pasa nada, no nos montes un numerito.

—Tú quédate aquí tranquilo —me dijo Kerr yendo ya hacia la puerta—. Échate si eso una copita y te despejas un poco la cabeza. No tiene sentido agobiarse tanto por nada.

Mi tío descolgó la bufanda de la percha y se envolvió el cuello.

—Bueno, ¿nos vamos?

Cuando Rafferty abrió la puerta, entró un viento frío y cargado de otoño. Mi tío me dedicó una sonrisa.

—Ven, anda —dijo y, cuando me acerqué, me cogió la nuca con una mano y me zarandeó ligeramente—. No te preocupes. Ponte a trabajar en el diario y consígueme algo interesante para cuando vuelva a casa. Y haz el favor de arreglar las cosas con Melissa, ¿eh?

—Hugo —dije.

Pero ya me había soltado y estaba saliendo al sol y al temblor de hojas amarillas, con Rafferty y Kerr a la zaga.

Me desplomé en las escaleras y me quedé allí un buen rato. Evidentemente, entendía lo que estaba haciendo mi tío; había reflexionado y había hecho tranquilamente las insufribles cuentas: estaba dispuesto a apostar que le quedaba tan poco tiempo de vida que, entre la fianza y la lentitud de la ley, no iría a prisión. Había decidido que merecía la pena perder un par de los pocos días que le quedaban en salas de interrogatorios y pasar a la historia como el Asesino del Olmo, o lo que quiera que se inventara la prensa amarilla, con tal de salvarme.

En realidad no estaba de acuerdo con él, pero tampoco sabía qué hacer al respecto. Sí pensé en meterme en un taxi y perseguirlos hasta la comisaría para añadir mi propia confesión a la mezcla, pero aparte del terror visceral de la idea, ni siquiera llegaba a calibrar la logística: no sabía a qué comisaría iban y no tenía claro cómo confesar algo que no recordaba. Tenía la impresión de que la gran mayoría de mis procesos mentales se habían quedado colgados.

Ni por un segundo consideré la posibilidad de que mi tío estuviera diciendo la verdad. Está claro que nadie conoce a nadie a fondo, por mucho que nos guste creerlo, pero sí que conocía lo suficiente a mi tío como para tener claras varias cosas, entre ellas, que jamás mataría a nadie con una cuerda de garrote. Y lo tenía más claro con respecto a él que conmigo..., lo que, ya de por sí, parecía decir todo lo que había que decir.

Por fin, en piloto automático de obediencia, subí al estudio. El tomo de los diarios de Haskins en el que mi tío había estado trabajando estaba abierto sobre su mesa, con un puñado de las páginas amarilleadas debidamente señaladas con *post-its*. Al lado, la transcripción de mi tío, a trozos, con grandes huecos por doquier; había estado saltándose trozos, en busca de las partes emocionantes. Me senté a la mesa y me puse a la tarea de rellenar los huecos.

Si ya cualquier día era un trabajo lento y frustrante, ese día tenía la vista borrosa y despistada por la resaca y la concentración, en la mierda; cada frase me llevaba como media hora, y todas las páginas estaban llenas de pequeños coágulos de tinta que saltaban alegremente. «Georgie me ha leído hoy de su libro de la escuela. La lectura ha sido sumamente satisfactoria, aunque todavía le falta algo de viveza. Le hice una demostración leyéndole un cuento de...

(¿?)... para júbilo de ambos... Un buen día, y volví de misa con gran apetito, deseando comer bien, pero...», y venga a putear a la cocinera. «Un brote de paperas en la ciudad y hemos sabido que el más pequeño de los —apellido, ¿Sullivan?— está al borde de la muerte, pero... —algo algo algo— esperanza»...

La tarde siguió avanzando y avanzando y mi tío seguía sin volver. En algún punto, con los ojos y la cabeza arremolinados, llamé a Melissa: me dije que merecía saber lo que estaba pasando, aunque por supuesto en realidad tenía la esperanza de que volviera volando a mi lado ante aquella nueva crisis. No lo cogió. No le dejé ningún mensaje: no me parecía algo que se le pudiera contar a un contestador.

«Hoy tenía previsto viajar a Limerick, pero la lluvia ha inundado la carretera y no he podido. Ha sido una tremenda decepción y además estaba —¿desafectado?— con mi esposa...» Eran casi las seis, a esas alturas ya tenían que haber terminado de tomarle declaración, tampoco tenía que contarles una epopeya. Probé a llamar a mi tío a su móvil, pero sonó sin más. Rebusqué en bolsillos y cajones hasta encontrar la tarjeta de Rafferty y, con el corazón a mil por hora, lo llamé: directo al contestador.

Había llegado a la crisis de Elaine McNamara, y Haskins entró en una escalada de indignación moralista: «Por un lado, podríamos, como dice Caroline, enseñarle a ser casta, virtuosa y... —¿hacendosa?—. Sin embargo, se antoja flaco castigo para su pecado...». Hojeé por delante: quedaban varias páginas de lo mismo.

El cielo oscureciéndose al otro lado de la ventana, el frío de última hora de la tarde llamando al cristal. Mi tío había sido muy rotundo al decir que no se lo dijera a nadie, pero empezaba a perder la cabeza. Mi prima seguramente seguía cabreada conmigo, pero era la única persona que tal vez tuviera alguna idea sensata sobre qué hacer.

Tardó varios tonos en decidirse a responder.

—Toby. —Fría, cautelosa—. ¿Cómo va la cabeza?

—Escúchame, ha pasado algo.

Se hizo un silencio cuando terminé. Al fondo Sallie estaba cantando, apaciblemente, un punto desafinado:

«La araña pequeñita subió por el balcón»...

—Vale —dijo por fin mi prima—. Está bien. ¿Se lo has dicho a Leon?

—Todavía no. Solo a ti.

—Bien. No se lo digas a nadie más. Déjalo.

—¿Por qué?

Salpicando agua: Sallie estaba en la bañera.

—Pues... yo no sé tu padre, pero el mío ya está bastante agobiado de por sí. No tiene sentido angustiarse más cuando puede que para mañana haya pasado todo.

—¿Y qué crees, que no se van a dar cuenta de que han arrestado a Hugo?

—Todavía no lo han arrestado. No te precipites. Ten, Sal, echa un poco de jabón...

—Ha confesado. Está claro que van a...

—La gente se pasa la vida haciendo confesiones falsas. Los polis no van a creer lo que diga Hugo porque sí. Tendrán que verificarlo todo: si la historia cuadra con las pruebas, si sabe cosas que solo el asesino sabría, todas esas cosas.

«El sol salió y el suelo se secó»...

Aquella conversación no tenía ni pies ni cabeza, no estaba yendo como yo había esperado...

—Y entonces, ¿por qué no quieres que Leon se entere, si no es para tanto?

—Él no está llevando muy bien todo esto, no sé si lo habrás notado... No tengo ganas de asustarlo.

—¿Cómo? No es una florecilla frágil a la que tengamos que proteger de... de..., ya no somos críos... —(¿Y si yo hubiera intentado protegerlo, tal y como había sugerido Rafferty, cuando éramos realmente unos críos? Mira dónde me había llevado todo eso...)—. Es un adulto. Si nosotros podemos con esto, él también.

Mi prima suspiró.

—Mira —dijo en voz más baja—, yo no sé si tú te estás dando cuenta, pero Leon cree que tú mataste a Dominic. —Pequeña pausa para ver cómo me lo tomaba; al ver que no decía nada—: De hecho lo piensa desde el principio. Y se ha montado una película complicada en la cabeza por la que le cabrearía mucho la idea de que te libraras por la cara.

—Pues que le den por culo —dije en un arrebato de rabia, levantando la voz—. ¿Y se lo ha dicho a los polis? ¿Por eso han estado metiéndome caña?

—No, y tampoco lo va a hacer... No te preocupes, hablaré con él, lo tengo controlado. De hecho no quiere que vayas a la cárcel, de verdad. Lo que pasa es que tiene la sensación de que siempre te libras de todo y cree que no es justo.

—¡Me cago en la hostia! ¿Qué tenemos, seis años?

—Ya, lo sé. Son movidas residuales de la infancia. Pero como se entere de lo del tío, yo no sé lo que puede hacer. Y prefiero no descubrirlo, a no ser que no nos quede más remedio.

—Vale —dije después de un momento (no me gustaba nada lo que oía; me había dado cuenta de que mi primo estaba agobiado, era evidente, pero ella me lo estaba pintando como si estuviera a punto de derrumbarse a lo bestia, y sería yo el primero en sufrir la onda expansiva)—. ¿Y qué hago si se presenta aquí y quiere saber dónde está Hugo?

—No va a ir.

—¿Cómo lo sabes?

—Anoche se cabreó bastante. No creo que quiera hablar contigo en un tiempo.

—Ah, muy bien —dije (tampoco era que yo quisiera hablar especialmente con mi primo, pero tenerlo por ahí suelto encabronado conmigo no me parecía una gran idea)—. La hostia, no sabes cómo me tranquilizas...

—No te me pongas tú también a agobiarte. Ya te he dicho que tengo a Leon controlado. Con tal de que no vayas a fastidiarlo, estará bien.

¿Qué significaba eso? ¿A mí también me tenía “controlado”?

—Yo no me estoy agobiando, solo intento saber qué hacer con Hugo.

—No hacemos nada. Nos quedamos esperando.

—Lleva ahí yo no sé cuántas horas, Su. Sin un abogado.

—¿Y? Aunque le creyeran, eso no significa que tengan pruebas suficientes para acusarlo. Y aunque las tuvieran, ¿cuánto tarda en ir un caso a juicio, seis meses, un año? No es ningún desastre, Toby. Sé que no tiene gracia, pero a la larga tampoco va a suponer mucha diferencia.

Por fin deduje qué era lo que no me cuadraba en toda aquella conversación: mi prima ni siquiera se había molestado en registrar el hecho de que nuestro tío, al menos según él mismo, había matado a Dominic.

—¿No creerás que lo hizo él?

—¿Y tú?

—No.

—Pues ya está.

«Y de nuevo la araña subió por el balcón»...

—No es solo cosa de Leon, ¿verdad? Tú también crees que lo maté yo.

—Mira —dijo mi prima, tras una pausa, con una voz más definida, calibrada y firme, mientras el parloteo agudo y suave de Sallie se disipaba en la distancia: se había apartado para asegurarse de que me entraba bien en la

cabeza—. Yo lo único que quiero es que no acabemos ninguno en la cárcel, y ya está. Lo demás me importa bien poco. Y no sé lo que estará haciendo Hugo, pero creo que es nuestra mejor baza para que pase precisamente eso. Así que déjalo a él. —Al ver que no respondía—: ¿Vale? ¿Puedes hacerlo?

—Sí. Lo que tú quieras.

—¿Y Melissa? ¿Lo va a entender?

—No hay problema con Melissa.

Al fondo, un gemido repentino.

—¡Se me ha metido en los ojos!

—Tengo que colgar. Aguanta esta noche y ya está; mañana vemos qué pasa y a partir de ahí ya... No pasa nada, bonita, ten la toalla... —Y colgó.

Las primeras estrellas en la ventana, las gafas de leer de mi tío al borde del charco de luz del flexo, como si acabara de dejarlas en ese momento. Intenté volver al diario, pero se me habían cortocircuitado los ojos y el cerebro: era todo un galimatías. Sabía que seguramente debería comer algo, pero no podía con mi alma. Me dije que comería cuando mi tío volviera a casa...; estaría muerto de hambre, pediríamos algo de comer. Entretanto me senté a la mesa de la cocina, fumándome un cigarro tras otro, mientras escuchaba los gañidos de los búhos jóvenes en la oscuridad del exterior.

Necesitaba a Melissa, tanto que podría haberme puesto a aullar. Me la imaginé en su piso enano sacando vestidos de la maleta que todavía olían a Villa Hiedra, té, leña y jazmín, mientras la petarda de Megan merodeaba por allí, hurgando y metiendo cizaña con satisfacción sobre lo claro que había visto ella desde el principio que yo era un cero a la izquierda. La necesitaba con tanta intensidad que estuve a punto de levantarme de la silla y coger un taxi hasta su casa, para aporrear la puerta hasta que me dejara entrar y poder así envolverla con fuerza entre mis brazos; y decirle que siempre había tenido razón, que no volvería a discutir con ella, que, si quería, al día siguiente mismo cogíamos un avión y nos íbamos todo lo lejos que pudiéramos de aquel jaleo endemoniado.

Salvo porque no era capaz. Hasta ese momento no me caló en la consciencia: no podía buscarla, no podía ni llamarla, en la vida. Lo más probable es que hubiera matado a alguien. Y aunque me librara de una forma u otra, por mucho que el plan de Hugo funcionara y Rafferty cerrara el caso y se perdiera de vista, yo era un asesino.

A Melissa —y esa idea estuvo a punto de ser mi perdición—, a ella ni siquiera le había importado; lo único que había querido había sido protegerme

para que no me enterara. Si hubiera estado dispuesto a apartarme de todo eso, ella se habría venido tan campante conmigo, de la mano.

Pero a mí sí que me importaba, y mucho. Melissa, soleada, magullada y valiente, con ese empeño infatigable por mejorar las cosas: yo era algo que no cabía en su vida. Se merecía al tío que ambos creíamos que era yo; de hecho se merecía a alguien mejor aún, pero yo podría haber llegado a serlo; iba bien encaminado, y ya había hecho planes al respecto. Incluso después de aquella noche, debía de haber fragmentos diminutos de mí que creían que me recuperaría. Pero ahora era distinto, no veía atisbo alguno de mejora, ninguna forma de dejarlo atrás. Estaba demasiado agotado, resacoso y devastado hasta para llorar.

Me sonó el teléfono y corrí a responder, pero se me escapó de las manos y lo cogí como si estuviera en una comedia de situación. Mensaje de voz.

«Toby, buenas, aquí Rafferty. —La cobertura en Villa Hiedra era irregular, pero yo habría apostado a que me había llamado adrede al contestador—. Perdona, no he visto tu llamada antes. Oye, seguimos aquí aclarando cosas con tu tío, así que va a quedarse esta noche. No te preocupes: tenemos pizza, se ha tomado la medicina, está perfecto. Pero he pensado en avisarte para que no te quedes levantado esperándolo. Mañana nos vemos.» Clic.

Llamé a mi tío al móvil: contestador.

«Hugo, soy yo. Llamo solo para comprobar que estás bien. Oye, si cambias de opinión, quieres que vaya a por ti o que te busque un abogado, solo tienes que llamarme o mandarme un mensaje cuando sea —(¿podría hacerlo, le dejarían?, ¿tendría siquiera el móvil o se lo habrían quitado?)— y yo me encargo de todo, ¿vale? De todas formas, tú... cuídate. Por favor. Mañana por la mañana vuelvo a llamarte a ver si te pillo. Adiós.»

Me quedé allí un buen rato con el teléfono encima de la mesa por si mi tío me devolvía la llamada, cosa que no hizo. Intenté hablar con Rafferty, con la idea de que me pasara con mi tío, pero por supuesto no lo cogió.

Estaba haciéndose tarde. Me vino la idea de que era la primera vez que pasaba solo la noche desde que no vivía en mi piso. Estaba tan cansado que apenas podía moverme, pero no me gustaba la idea de acostarme: dormido, sin ropa, tan lejos de todos los posibles puntos de entrada que no oiría si se colaba un intruso hasta que fuera demasiado tarde. Así que cogí el edredón de la habitación y me eché en el sofá, con la lámpara de pie encendida. No tenía esperanzas de pegar ojo —saltaba con cada crujido del parqué y cada burbujeo del radiador—, pero en algún momento, ya bien entrada la noche,

debí de dormirme.

En alguna parte sonaba un teléfono, pero no conseguía desprenderme del todo del sueño. Era uno de esos viejos teléfonos encastrados en la pared con un grueso e historiado auricular, en un resplandor desvaído de luz dorada, pero no recordaba dónde estaba, ¿en el rellano?, ¿en el cuarto de mi tío? Y no me respondía el cuerpo, no conseguía arrancar. Siguió sonando y sonando hasta que comprendí que seguramente me había liado del todo y tenía que ser mi móvil... Mis ojos seguían sin funcionar, no veía más que una espesa neblina de puntos grises, pero lo busqué a tientas y deslicé el dedo para descolgar a ciegas.

—¿Diga?

—Toby —dijo una voz cálida y enjundiosa que por un momento me pareció hasta reconfortante, un salvavidas entre la confusión—. Soy el inspector Mike Rafferty. Escúchame: tu tío se ha desmayado. Va en una ambulancia camino del hospital de Saint Ciaran.

—¿Cómo? —dije después de un momento, mientras conseguía incorporarme en el sitio, mareado y balanceándome—. ¿Qué ha pasado?

—Todavía no se sabe. ¿Quién es su persona de contacto?

—¿Cómo? Él no tiene..., a ver...

—Es el mayor de los hermanos, ¿no? ¿Quién le sigue? ¿Tu padre?

—Phil, mi tío Phil.

La visión se me iba aclarando poco a poco, pero la habitación no parecía la misma, inestable y peligrosa: los sillones escorados en sutiles ángulos, la alfombra arrugada, una penumbra teñida de gris que podía ser el amanecer, el atardecer, una tormenta.

—¿Puedes mandarme su número? En plan ya, ahora mismo.

—¿Se ha muerto mi tío?

—Al menos hace cinco minutos estaba vivo. Los auxiliares han conseguido estabilizarlo. Yo voy detrás de la ambulancia camino del hospital... —Escuché por primera vez el ruido de fondo, un motor acelerado, me tenía en altavoz mientras conducía—. Llegaremos en cosa de diez minutos, si quieres que nos veamos allí. Pero mándame el número primero.

—Vale. Voy —dije, pero ya había colgado.

En mi teléfono ponía que eran las siete menos cuarto de la mañana. No sé cómo, pero conseguí mandarle el contacto de mi tío Phil, pedir un taxi y

encontrar el abrigo y los zapatos (mareado, con el corazón acelerado, sin tener claro si estaba ocurriendo de verdad o seguía atrapado en el sueño). Un aire húmedo y mordiente, las farolas aún encendidas. El taxi dando tumbos de un lado a otro. Fuerte olor al ambientador de vainilla, el retrovisor engalanado con rosarios, medallas milagrosas e imágenes de santos amarilleadas. El taxista era un tipo mayor, encorvado y canijo, que no había dicho una palabra desde que me había montado, y me entraron ganas de adelantarme en el sitio para decirle que había cambiado de planes y tenía que ir a Donegal, Kerry, que siguiera conduciendo sin más para no tener que bajarme nunca.

Fue pisar el hospital y se me vino encima como un maremoto. Estaba todo allí, el incesante borrón de sonido, el calor reseco e infatigable, pero sobre todo aquel olor: una gruesa capa de desinfectante por encima de la corrupción pura, cientos de cuerpos y enfermedades y horrores apiñados en un espacio demasiado pequeño. Aquel sitio era como un arma diseñada hábilmente para privarte de toda humanidad, vaciarte hasta dejarte convertido en una criatura con caparazón que haría lo que le ordenaran con tal de tener la más mínima oportunidad de volver algún día al mundo de los vivos. Estuve a punto de dar media vuelta y salir corriendo.

No sé cómo conseguí explicarle la historia a la mujer con cara de tortita que había en la recepción, pero olvidé las indicaciones que me había dado en cuanto di media vuelta y acabé perdiéndome por el laberinto de pasillos y escaleras, millas de baldosas azules y rugosas, gente con uniformes médicos pasando atropelladamente a mi lado sin mirarme, salas colectivas llenas de camas metálicas, alegres cortinas azul claro y caras grises y demacradas, aparatos que pitaban, alguien gimiendo y un tipo intentando andar con muletas y una horrible mirada de mil yardas que me era demasiado familiar. No sabía por qué planta iba, y estaba tratando de contener un arranque de pánico —sin salida, atrapado allí para siempre— cuando doblé por una esquina y vi una silueta esbelta y morena al fondo de un pasillo, de espaldas a mí, con las manos bien metidas en los bolsillos de la gabardina. Incluso contra la luz blanca cegadora supe que era Rafferty.

En aquel lugar me pareció la salvación. Llegué hasta él cojeando todo lo rápido que pude y se dio media vuelta.

—Toby —dijo (estaba afeitado, impoluto y alerta, con el olor ese a *aftershave* como de píceas; el hospital no parecía afectarle en absoluto)—. Te

estaba esperando.

—¿Dónde está?

Me señaló hacia una puerta doble, al lado de la cual había un interfono con un cartel grande donde ponía «EL TIMBRE», lo que hizo que me subiera una burbuja de risa histérica por la garganta. Conseguí tragármela.

—Están pasándolo a una cama. Han dicho que en cuanto esté acomodado podemos entrar.

—¿Qué ha pasado?

—Todavía no lo sé seguro. Yo me fui anoche a eso de las diez y media. Tu tío estaba cansado y quería echarse un rato, pero había estado en plena forma, bromeando incluso; me contó que si podía pasar un último fin de semana en el extranjero, se iría a Praga. Me aseguré de que alguien fuera a verlo cada media hora, por si necesitaba algo o pedía un médico. —Sentí que Rafferty podía haber sonado un poco más a la defensiva, por eso de que se suponía que mi tío estaba a su cargo y mira tú, pero no era así; estaba tan campante, como quien le da el parte al compañero sobre los acontecimientos de la noche—. Según el agente que estaba de guardia, se durmió entre las once y las once y media. Sin queja de nada, sin dolores, no se encontraba mal ni quiso nada. La última vez que lo comprobó fue a las seis de la mañana: estaba dormido y respiraba bien. Yo llegué a las seis y veinte y me lo encontré en el suelo, inconsciente. Llamamos a la ambulancia directamente. Les conté lo del cáncer y las crisis.

No veía nada a través de las puertas dobles, un pasillo vacío, blanco, azul y metal...

—¿Qué han dicho? ¿Los médicos?

—Poca cosa. Lo han ingresado por urgencias y le han hecho un TAC; luego, cuando han salido, han dicho que iban a subirlo aquí, a cuidados intensivos. Como no soy de la familia, no me han contado mucho más. Pero dicen... —Se movió para mirarme a los ojos, porque mi cabeza parecía una veleta en mi intento por hacerme con el lugar, todas las perspectivas parecían mal—. Toby, mira, casi siempre, cuando alguien que está en el calabozo tiene que ir al hospital, dejamos todo el tiempo a un agente custodiándolo. Por si intenta largarse, atacar a alguien o dice algo que necesitamos oír. Con tu tío, el médico ha dicho que no hace falta, que esperara aquí fuera.

—Pero... —dije (estaba intentando decirme algo, pero no tenía claro si había entendido bien)—. Si ha sido una..., otra crisis, tienen medicamentos para eso. Pueden hacer cosas...

La puerta zumbó a mis espaldas y me giré en redondo. Era un hombre regordete y bajo, de pelo cano, que llevaba un uniforme verde y estaba quitándose unos guantes de látex.

—¿Es usted familiar de Hugo Hennessy? —preguntó.

—Sí, soy su sobrino. ¿Qué ha pasado? ¿Está... está bien?

El médico esperó a que me acercara. Tendría unos sesenta años, de espaldas anchas pero fofo, aunque se movía como un boxeador, con el mismo control arrogante del espacio, como si los demás estuviéramos allí solo porque él así lo permitía. Me dio un repaso superficial con la mirada — párpado caído, cojera— que me dio grima.

—Sabe usted que su tío tiene un tumor cerebral, ¿no?

—Sí, se lo diagnosticaron hace un par de..., creo que en agosto...

—Ha sufrido un derrame cerebral. Es bastante común: el tumor desgarrar los tejidos, los va erosionando y al final se acaba produciendo un derrame. La sangre presiona el cerebro y eso le hace perder la consciencia.

—¿Está...? —Estaba empezando a preguntar «¿está despierto ya?» o, más bien, «¿está muerto?», pero el médico siguió hablando como si yo no existiera.

—Lo hemos estabilizado. Un derrame así puede hacer que se le desestabilice la presión sanguínea... (estaba con todos los niveles por las nubes cuando ingresó)..., así que le hemos dado medicación para que no se le dispare. De momento vamos a tenerlo en observación a ver cómo responde. Esperamos que se despierte pronto. Todo dependerá del daño que haya sufrido.

Me di cuenta de a quién me recordaba: al neurólogo basura, de mi estancia en el hospital, el que despachaba mis preguntas desesperadas como si todo lo que tuviera que ver conmigo fuera tan intrascendente que no mereciera ni su atención.

—¿Va a...? —«Ponerse bien» no era lo más adecuado, porque era evidente que mi tío no iba a ponerse bien, pero no sabía de qué otra forma...

—Habrá que esperar a ver —dijo el médico, que marcó un código en el teclado de la puerta con sus dedos gruesos y romos—. Pueden entrar a verlo si quieren. La segunda a la derecha.

Sujetó la puerta para dejar paso (a mí y a Rafferty, que se quedó rezagado para que yo fuera por delante), antes de despedirse con un gesto e irse a toda prisa por el pasillo.

Un hedor penetrante a desinfectante de manos y a muerte, una niña llorando a lo lejos. La habitación de mi tío era pequeña y estaba recalentada. Lo

encontramos tumbado bocarriba y con apenas una rendija de ojos abierta, que por un momento me dio una pequeña punzada de esperanza, hasta que me fijé en lo quieto que estaba. Tenía la piel grisácea y le colgaba hacia atrás de la cara, haciendo que los rasgos le sobresalieran demasiado. Le salían cables y tubos por todas partes, finos, flexibles y desagradables: un tubo derramándosele desde la boca abierta, otro por el brazo huesudo, otro de debajo de la sábana, cables surgiendo del cuello del camión. Máquinas por todas partes, pitando, zigzags de colores vivos atravesando el monitor, números que parpadeaban. Aunque era todo aterrador, me aferré a aquella visión: no se molestarían en ponerle todos aquellos cacharros si no pensarán que tenía posibilidad de seguir luchando, claro que no, ¿verdad?

Una enfermera —india, guapa y dulce, el pelo brillante en un moño bien recogido— estaba escribiendo algo en su historia clínica.

—Puede hablarle si quiere —me animó señalando a mi tío—. Es posible que pueda oírle.

Acerqué una silla de plástico marrón a la cama y me senté.

—Hugo —dije (por la periferia de mi campo de visión, Rafferty llevó la otra silla hasta una esquina donde molestaba menos y se sentó, acomodándose para un rato largo)—. Soy yo, Toby.

Nada, ni un tic en los párpados ni movimiento de labios. Las máquinas siguieron con sus pitidos estables, sin cambios.

—Estás en un hospital. Has tenido un derrame cerebral. —Nada, no le sentía allí—. Te vas a poner bien —dije, por ridículo que sonara.

—Volveré dentro de poco —nos informó amablemente a los tres la enfermera después de colgar la historia a los pies de la cama—. Si me necesitan antes, pulsen ese botón, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Gracias.

Y se fue casi sin hacer ruido sobre el suelo rugoso, mientras la puerta abierta dejaba entrar por un momento una estela desvaída de sollozo, antes de cerrarse tras la enfermera con su leve frufrú.

Aquel sitio le habría parecido un horror a mi tío, de arriba abajo. Quizá estuviera quedándose en coma adrede, para no tener que soportarlo, quién podría culparlo...

—Hugo, cuanto antes te despiertes, antes nos vamos a casa, ¿vale? —le dije.

Me pareció que su boca se tensaba por un segundo, como si intentara decir algo en torno al tubo, pero no volví a ver nada, y ni siquiera estaba seguro de

no habérmelo imaginado.

Había cientos de cosas que quería decirle, preguntarle. Quizá alguna le llegara, hasta las profundidades de la oscuridad, entre los aleteos y las guirnaldas de telarañas colgantes. Yo también había pasado por eso mismo, no hacía tanto; si alguien podía encontrar el camino en medio de aquel laberinto cambiante hasta mi tío y llevarlo de vuelta, ese era sin duda yo.

Pero allí estaba Rafferty, una sombra angular que rellenaba mi visión periférica, haciendo que fuera imposible decir nada.

—¿Qué dijo? —le pregunté cuando ya no pude ignorarlo más tiempo—. En comisaría.

Sacudió la cabeza.

—No puedo hablar de eso; lo siento, colega.

Esos ojos dorados, sobre mí, sin delatar nada. No lograba deducir si sabía que mi tío le había mentado y por qué, ni qué pensaba hacer al respecto: detenerme, arrastrarme hasta comisaría para interrogarme, ¿«Habla y te dejaremos volver con tu tío»? Pensé en hablar a las claras con él, sin más complicaciones, como si no fuéramos más que dos personas cualesquiera en aquella habitación: «Mira, los dos sabemos la verdad. Déjame quedarme hasta que esto acabe como tenga que acabar, y luego haré lo que quieras. ¿Trato hecho?».

Pero no me fiaba de mí, de si lograría o no que me saliera la jugada. Así que volví con mi tío. Una gran mano le colgaba floja sobre la sábana a mi lado, y le puse la mía encima: eso parecía ser lo que se esperaba de mí. La suya estaba fría, y me pareció huesuda y gomosa al mismo tiempo; no parecía carne humana y la mía quiso apartarse de golpe, pero me obligué a dejarla quieta porque tal vez mi tío sintiera algo, tal vez yo había seguido la mano de mi madre o de mi padre hasta conseguir volver a la luz del día, quién sabía... Me quedé inmóvil, mirando su cara y escuchando los infinitos pitidos regulares, sin dejar de captar el agudo olor a madera astillada de Rafferty cada vez que inhalaba, intentando no moverme para no activar nada.

No tengo una idea clara de cuánto tiempo estuvimos en el hospital. Recuerdo trozos sueltos, pero no el orden en que sucedieron; el tiempo allí funcionaba de una forma que no era normal, como si se hubiera desprendido algo y hubiera hecho que los acontecimientos no se unieran en una única secuencia, sino que dieran vueltas a la deriva, inconexos, en el inmenso vacío susurrante

de luz blanca.

Mi padre allí, con el cuello de la camisa torcido, la mano cogiéndome el hombro con tanta fuerza que me dolía. Lo recordé cuando era yo quien estaba en el hospital, y al bicho de color pardo y extremidades largas que caminaba en las sombras por sus pies; estuve a punto de preguntarle si se lo había traído otra vez, pero por suerte caí en la cuenta de que seguramente no fuera real. La enfermera apuntaba cosas en la historia de mi tío, ajustaba los goteros, cambiaba las bolsas. «Cuando te fuiste, le di una vuelta al diario de Haskins —le dije—. He encontrado algo que no le disgusta, ¿te lo puedes creer? Le encanta leerle a su hijo, aunque no he averiguado qué estaba leyéndole; tendrás que hacerlo tú cuando vuelvas a casa, he señalado la página con un *post-it*»... La cara de mi tío no cambió. Phil estaba llorando en silencio, enjugándose los ojos con un nudillo una y otra vez.

«Dos visitas por cama, lo siento», dijo otra enfermera, de ahí que a veces estuviera en una sala de espera, filas de asientos de plástico negro y, en una esquina, una máquina expendedora que emitía un zumbido continuo, una mujer regordeta de mediana edad cogiendo de la mano a una adolescente rubia, ambas mirando al vacío. Mi madre se agachó para darme un beso en la cabeza y, al ver que no me apartaba, me abrazó, olor a hierba cortada y aire fresco, una inhalación profunda antes de soltarme.

Mi familia apabullándome a preguntas: «¿Por qué estaba qué pero no no no eso es una locura claro que no lo hizo qué leches...?». Me imaginé sus caras si les contara la verdad: «Eh, gente, a estas alturas deberíais ya saber que todo apunta a que fui yo, es todo culpa mía, lo siento, chicos...». Por un segundo, creí aterrado que iba a hacerlo de verdad, o si no a desmayarme, no estaba seguro de qué. Pero me hundí más en mi silla y llevé la cabeza entre las manos, lo que resultó ser una buena jugada: retrocedieron y me dejaron en paz. Mi primo merodeaba por las inmediaciones de la sala de espera, mordisqueándose el pulgar, sin mirarme.

«Hugo, te quería preguntar una cosa, ¿tú sabes lo que encontraron en el árbol, te lo contaron? —(acercándome, ¿era eso un tic en la mano?)—. Soldaditos de plomo. ¿Eran tuyos?» Y mi padre riéndose, una carcajada asombrada que sonó demasiado alto en el aire reseco: «¡Esos eran míos! Tu tío Oliver era un mimado y, cada vez que alguno de los otros teníamos un juguete favorito, él se quedaba fascinado e intentaba robárnoslo, así que teníamos que estar siempre escondiendo las cosas para que no las cogiera... ¡Debí olvidarme de dónde los había puesto!». Y luego silencio, mientras

esperábamos a que mi tío sonriera, a que nos contara todas las cosas que él había escondido para que no las cogiera su hermano y dónde buscarlas.

«Deberías irte a casa y dormir un poco», me dijo alguien, pero se me antojaba una misión complicadísima, de modo que me dedicaba a dormitar en las sillas de plástico, me despertaba con los ojos legañosos y el cuello bien contracturado. Mi prima mandando mensajes, los pulgares volando. Había una enfermera que era clavada a la morena guapa que me había echado el ojo en el pub aquella noche, con uniforme médico en vez de vestido rojo pegado y la cara desprovista de todo maquillaje, pero habría jurado que era ella; me miraba al pasar, pero no habría sabido decir si me reconoció, me entraban ganas de cogerle del brazo al pasar y preguntárselo, pero siempre estaba demasiado lejos.

Empezó a sonar una alarma en una de las máquinas de mi tío, un pitido urgente y sonoro. Aturullado, busqué el botón de llamada, el corazón a bombo y platillo, mi padre gritando a mi lado, pero ya antes de pulsarlo apareció una enfermera —con el desenfado y la agilidad de una camarera, ¿no debería haber llegado corriendo?— y apagó la alarma. «Vamos a subir esto un poco —dijo, y se puso a trastear en una ruedecilla, apartándose para observar las incomprensibles líneas de colores que atravesaban la pantalla, y luego, con una sonrisita para tranquilizarnos—: Ya está. Mejor así.»

La luz de las ventanas iba y venía en parpadeos intermitentes y poco naturales, un momento radiante y, al siguiente, de noche. «Hugo, tienes que decirme qué le digo a la señora Wozniak, que no se te olvide. ¿Cómo le doy la noticia? No sé si debería..., ¿qué le...?»

Y siempre allí, Rafferty, callado en una esquina, a la espera. Todavía con la gabardina puesta, como si a él el calor no le afectara, sus pliegues arrugados dibujándole sombras profundas en ángulos extraños. Una vez mi tío Oliver estaba echándole la bronca, la barriga hinchada y señalándole con un dedo, «Acusaciones ridículas, la decencia de darle a la familia un poco de intimidad, por el amor de Dios». Rafferty asintió, comprensivo, compasivo, totalmente de acuerdo, pero mi tío se fue y él se quedó allí, con la cara apoyada contra la pared, tan tranquilo.

«Hugo. Apriétame la mano o algo.»

En algún punto una mujer mayor cantaba *Roses of Picardy*, por lo bajo, con un trémulo oxidado. La alarma volvió a dispararse, irrumpió otra enfermera. «¿Qué es eso? —preguntó mi tío Phil señalando las máquinas con la mano rígida por la tensión—. ¿Qué está pasando?» La enfermera hizo unos ajustes y

unos apuntes misteriosos: «Nos está costando un poco mantener controlada la presión sanguínea. El médico hablará con ustedes cuando pase por aquí».

Pero justo cuando se volvía para irse, empezó a sonar otra alarma frenética, y de pronto las cosas cambiaron, la enfermera girándose en redondo, con la boca abierta, hacia la cama de mi tío, Rafferty incorporándose en el sitio... «Salgan —dijo la enfermera bruscamente mientras le daba a un botón—. Todo el mundo fuera, ahora mismo»... Y luego estábamos en el pasillo, y Rafferty tenía una mano en mi espalda y otra en la de mi tío Phil, llevándonos aprisa hacia la sala de espera, yo a tumbos, se me había dormido una pierna, y cuando abrió la puerta, una voz a nuestras espaldas gritó, justo como en la tele: «¡Descarga! ¡Fuera!».

La sala de espera, toda mi familia levantándose a la vez, las caras blancas, «¿Qué qué qué ha pasado?», Phil explicándolo en un tono monocorde mientras Rafferty se fundía con el fondo. Yo no podía mirarlos. La mujer regordeta y la adolescente ya no estaban, y en su lugar había un hombre mayor, con los ojos mustios e inyectados en sangre y un traje con las rodillas brillantes del uso, que ni siquiera levantó la vista de su vaso de té de corcho blanco.

No pasó nada durante un buen rato. Mi padre y mis tíos estaban codo con codo, una manada unida, pálidos y, por una vez, todos muy parecidos entre sí. Quise acercarme a mi padre, pero me sentía incapaz, no sabiendo lo que sabía. Ojalá mi madre hubiese estado allí. Mi primo Leon estaba apoyado contra la pared con los ojos cerrados, mascándose el pulgar como un loco. Tenía sangre.

Cuando por fin salió el médico del pelo blanco, saltamos todos del sitio para apiñarnos a su alrededor, guardando una distancia de seguridad y con las bocas cerradas hasta que se dignara a hablar, como buenos suplicantes.

—El señor Hennessy está estable —nos dijo (voz serena, sopesada, cuidadosamente calibrada para hacérselo saber mucho antes de decir las palabras)—. Pero me temo que no tengo buenas noticias. Esperábamos que el derrame se reabsorbiera, pero, en lugar de mejorar, se está decantando hacia el otro lado. Cada vez necesita más asistencia.

—¿Por qué? —preguntó mi padre, con calma, concentrado, su voz de abogado—. ¿Qué es lo que ocurre exactamente?

—El daño causado por el derrame está haciendo que su presión sanguínea no sea estable. Le estamos administrando fármacos para eso, pero ya hemos tenido que subir la dosis varias veces, y uno de los efectos secundarios es la arritmia cardíaca. Eso es lo que ha pasado antes. De momento hemos

conseguido restablecerle el ritmo cardiaco, pero si tiene más episodios, nosotros no vamos a poder hacer mucho más.

—¿Por qué no le drenan la sangre? —preguntó mi prima en un tono tan cortante que me sobresaltó—. ¿Del derrame?

El médico apenas la miró.

—Estamos haciendo todo lo que consideramos apropiado.

—El protocolo es drenarle la sangre directamente y aliviar la presión del cerebro. ¿Por qué no...?

—Puede que el doctor Google lo haga así. —Una media sonrisa, pero era animal y con dientes, una advertencia—. Pero tu tío vino ya con mal pronóstico. No sabemos cuánto tiempo estuvo inconsciente hasta que lo encontraron, pudo haber estado así hasta veinte minutos. Conseguimos que volviera a respirar, pero no hay manera de saber el daño que sufrió hasta ese momento. Y eso aparte de su estado terminal previo. Aunque el derrame se reabsorbiera, hay una alta probabilidad de que se quede en un estado vegetativo permanente.

—Es viejo, y estaba muriéndose de todas formas, y además venía del calabozo de la policía, así que no merecía la pena molestarse en gastar recursos de cirugía.

El médico apartó los ojos como si mi prima estuviera aburriéndolo.

—No le queda más remedio que aceptar que todo lo que hemos hecho ha sido guiándonos por las prácticas recomendadas. —Eso me sonó raro, como si lo hubiera oído antes; por un segundo su voz me sonó incluso distinta, todo deslizándose hacia un lado..., pero entonces el médico le dio el hombro a Susanna y les dijo con su propia voz a mi padre, a Oliver y, sobre todo, a Phil —: Tenemos que decidir qué hacer la próxima vez que sufra una arritmia así. ¿Volvemos a desfibrilar? ¿Hacemos RCP? ¿O lo dejamos?

—«La próxima vez» —repitió mi padre—. Creen que volverá a pasar.

—No podemos saberlo con certeza, pero casi seguro que sí.

—Y no cree que haya posibilidad de que despierte. Si siguen estabilizándole el corazón, como, no sé, para dar tiempo a que el derrame se reabsorba.

—Pero sin ninguna calidad de vida. Todos sabemos historias de gente que vuelve del coma después de diez años, pero no es su caso.

Silencio. Mi primo tenía cara de ir a vomitar en cualquier momento.

—Déjenlo —dijo Phil.

Mi padre asintió, un mínimo movimiento de cabeza. Mi prima respiró

hondo y soltó el aire.

—Intentaremos que lo lleve lo mejor posible —dijo el médico casi con amabilidad—. Si quieren, pueden entrar ahora a verlo.

Entramos y salimos, de uno en uno, de dos en dos. Sabía que en teoría debíamos despedirnos y trasmitirle un último mensaje, pero no se me ocurrió nada que decir que no fuera o una estupidez o una temeridad (Rafferty, ahora sí sin afeitar y con ojeras, de vuelta en su silla), o ambas cosas. «Hugo —le dije por fin al oído (olía a moho y a química, nada propio de él)—. Soy Toby. Gracias por todo. Y lo siento mucho.» Tenía una especie de costra en la comisura de los labios; mi prima cogió una toallita de su bolso y se la limpió con cuidado mientras le contaba una historia larga, en voz tan baja y tan cerca de su oreja que no pude oírla.

Todo el mundo llamando por teléfono, mandando mensajes. Mi tío Oliver, de un lado a otro de la sala de espera con el teléfono pegado a una oreja y un dedo en la otra, hablando con voz severa y rápida. Tom comiéndole la cabeza sobre disposiciones para el cuidado de los niños a todo el que quisiera oírlas, o sea, a nadie. Mi madre, mi tía Louisa, mi tía Miriam con lágrimas rodándole por la cara mientras intentaba encontrar a alguien a quien abrazar, y el resto apartábamos la vista.

Y allí estábamos todos, a la espera. Más allá de las ventanas, el tráfico atascado por la lluvia: corrientes de luz que relucían sobre el asfalto mojado, peatones que corrían, paraguas aleteando con fuerza.

—Podrían equivocarse —dijo Leon a mi espalda—. Los médicos cometen errores continuamente. —Tenía un aspecto horrible, con la piel grasienta y mala cara, muy pálido.

—¿De qué hablas? —dije.

—Podría despertarse. No me ha gustado ese médico, intentando forzar a nuestros padres a...

—Aunque se despierte, seguirá teniendo cáncer. Y tendríamos que volver a hacer esto mismo dentro de unas semanas. Y además no se va a despertar.

—No puedo pensar. Llevo tanto tiempo con esta tensión que la puta cabeza no me... —Se apartó el pelo de la cara con el dorso de la muñeca—. Oye. Sobre lo de la otra noche...

—Me porté como el culo contigo. Lo siento.

—No pasa nada. Yo también llevo un tiempo portándome como el culo contigo.

—No importa.

Miró de reojo por encima del hombro y bajó la voz.

—Creo que es eso lo que pretendía, ¿sabes? Ella venga a decirme que me tranquilizara, en plan «¿por qué te agobias tanto si ni siquiera pueden demostrar que lo matara alguien?», pero luego cambiaba de golpe y se ponía en plan «cállate la boca delante de Toby, que no te puedes fiar de él...».

—¿La prima?

—«Cuando Dominic te puteaba, él no dio la cara por ti, así que ahora que tiene la cabeza hecha mierda no sabemos qué puede hacer. Tú ten cuidado cuando estés con él...» ¿A ti te estaba haciendo lo mismo conmigo?

—Básicamente.

No pude ni cabrearme. No sabía cuál había sido su juego, pero mi prima no se había equivocado conmigo: yo había estado buscando como loco formas de echarles la mierda encima a ellos dos. Estaba bien que al menos hubiera habido alguien que supiera con claridad qué estaba pasando.

—«Tú confía en mí, yo sé lo que me hago...» Pues mira cómo ha acabado la cosa. —Mi primo dibujó zigzags en el vaho del cristal—. Al menos ahora habrá acabado todo, ¿no crees?

—¿Cómo?

—Si Hugo confesó. Es el punto final. No van a seguir dándonos la vara a nosotros.

—Seguramente no —dije.

Pero yo no tenía ni idea: de si Hugo habría sido lo suficientemente convincente para engañar a Rafferty o qué planeaba hacer este si no se había dejado engañar, o qué pensaba yo hacer en un caso o en otro. Sabía que tenía que idear un plan, y rápido, pero —en aquel hospital, con las pocas neuronas que me quedaban centradas en escuchar el pitido— habría sido tan capaz como de extender las alas y salir volando.

—Eso espero... —dijo mi primo, con los dedos cruzados y ambas manos en alto—. No puedo soportarlo más. —Un giro violento de cabeza hacia «EL TIMBRE» y la habitación de mi tío—. Es que no puedo creer que el colega siga ahí. Estamos con Hugo, despidiéndonos de él, y el colega ahí sentado oyéndolo todo... —Se le quebró la voz—. Necesito un cigarro como el comer. ¿Vienes a echarte uno?

—No.

El hospital parecía haber precipitado mi cuerpo a un estado antinatural de suspensión; no había comido ni bebido nada desde que había llegado, y menos aún fumado.

—Tendría que haberme pillado uno de esos electrónicos, o los parches, o... Llámame si pasa algo —dijo mi primo saliendo por la puerta con pasitos rápidos, tanteándose ya los bolsillos en busca del paquete de tabaco.

Me quedé mirando por la ventana. Un ciclista se había enzarzado en una pelea a gritos con un trajeado de un Range Rover que se había bajado del coche, y ambos intercambiaban aspavientos a diestro y siniestro. Otro ciclista estuvo a punto de atropellarlos a ambos.

Una parte inflamada y vergonzosa de mí estaba suplicando a gritos que acabara ya todo. Mi padre apoyado en la pared con la cara blanca y angustiada, mirando a la nada, su mano tensa en la de mi madre: no sabía cuánto más podría soportarlo. Ni él ni ninguno de nosotros, ya puestos. Sentía todos los circuitos tan sobrecargados de respuestas de estrés agudo inhibidas que estaba prácticamente atrapado en un espasmo. Me dolía el culo de llevar tanto tiempo en la silla de plástico y quise moverme en el sitio, pero era como si el pensamiento no me llegara a los músculos, y no conseguí nada.

Lluvia en las ventanas. Enfermeras yendo y viniendo, uniformes codificados por colores que no entendíamos, acelerados zas-zas suaves de sus zapatos. La calefacción me había reseco los ojos hasta el punto de casi impedirme parpadear.

—¿No va a venir Melissa? —me preguntó mi madre, que tenía un puñado de vasos de café en una historiada bandeja de cartón.

—Se ha vuelto a su casa —dije, y sentí los labios entumecidos—. Es una larga historia.

Por un instante de pavor, pensé que iba a echarme una perorata: «Ay, no, Toby, ¿qué ha pasado? ¿Estáis bien? Con la pareja tan buena que hacéis, seguro que podéis solucionarlo, da igual lo que haya pasado, habéis tenido unos meses con mucho estrés», o peor aún, que hubiera intentado abrazarme. Pero, en lugar de eso, tras una pausa de un segundo:

—Ten. Tómate uno de estos. No es la porquería esa de la máquina, he ido fuera a comprarlos.

—Gracias —le dije—. Ahora en un momento.

Nos quedamos allí en silencio, codo con codo. Mi prima estaba cantando una nana, muy bajito, por teléfono.

Cuando por fin saltó la alarma, estábamos mi padre y yo en la habitación. Yo era ya incapaz de articular palabra, pero él estaba inclinado hacia delante con los codos en las rodillas y las manos unidas, hablando, un monólogo bajo y regular, muy sereno. No recuerdo prácticamente nada —mi mente estaba

amputándose de todo aquello, tenía la sensación de estar cabeceando en algún punto cerca del techo y de que mi cuerpo era un saco informe lleno de arena mojada que no tenía nada que ver conmigo—, pero me pasaron trozos por la cabeza: «Nos dejaba comernos antes el postre, siempre *crumble* de manzana porque a Phil le daba asco el pudin de Navidad, nos poníamos debajo del árbol y..., seguimos la música hasta abajo y nos los encontramos bailando juntos, mejilla con mejilla, yo me di la vuelta muy sigiloso y... Y el barco ese, ¿te acuerdas? El abuelete que nos dejaba sacarlo todos los veranos, ¿que remábamos hasta en medio del lago y pescábamos? Pero nunca pescamos nada, porque Oliver no paraba de hablar, pero yo todavía me acuerdo de la luz, de la neblina por el otro extremo del lago, y del sonido del agua contra el lateral de la barca»... Cuando la alarma empezó a aullar, mi padre pegó un respingo como si lo hubieran electrocutado y Rafferty arrastró de golpe la silla hacia atrás, mientras yo tardaba unos instantes en encontrar el camino de vuelta a mi cuerpo y darme cuenta de lo que estaba pasando.

Rafferty estaba de pie y saliendo por la puerta: para avisar a los demás, pero no dio tiempo. Fue tan rápido después de tanto esperar...

—Hugo —dijo mi padre con fuerza, agarrándolo del hombro—. Hugo.

Más pitidos, aporreándome, cortándome la respiración.

—Hugo —dije—, ¿me oyes...?

Pero su cara gris no cambió, no se inmutó, solo se movían las rayas del monitor, que garabateaban descontroladas para dejarnos ver un destello de lo que estaba pasando en secreto, en la oscuridad de su interior.

La enfermera estaba allí. Apagó todas las alarmas y se apartó de las máquinas, con las manos una sobre otra por delante, en el repentino silencio resonante.

Juro, por mucho que sepa que no puede ser verdad, pero lo juro, que mi tío me sonrió, con esa sonrisa suya tan maravillosa y tan cargada de amor; juro que me guiñó uno de sus ojos entornados. Luego, todos los picos intrincados y tajantes del monitor se suavizaron hasta aplanarse en líneas rectas y nítidas, y mi padre soltó un terrible gruñido; pero, de todas formas, lo habría notado, porque a nuestro alrededor el aire se había partido en dos y se arremolinó entonces y volvió a tomar forma y, de pronto, había una persona menos en la habitación.



La casa estaba helada, con un frío húmedo, robusto y acaparador, como si llevara vacía meses en lugar de solo un par de días. Me achicharré bajo una ducha caliente y puse una lavadora a cien grados con todo lo que llevaba puesto, pero aun así no conseguí quitarme la peste a hospital de la nariz. Todo me olía igual: el agua del grifo de la cocina, el champú, el armario de mi cuarto por dentro. Y seguía oyendo el pitido monótono de los monitores en algún punto más allá de los límites de mi audición.

Lo único que quería hacer era dormir, pero tenía que contárselo a Melissa. «Hola, Melissa, sé que ahora mismo no quieres saber nada de mí y lo entiendo, pero me temo que tengo malas noticias. Mi tío se desmayó y lo llevaron al hospital —(pensé entonces que tendría que haberle mandado el mensaje desde el hospital y pedirle que fuera a verlo; quizá su voz sí que le habría llegado a mi tío, pero no se me había pasado por la cabeza en ningún momento)—, pero ya no pudieron hacer nada por él. Murió anoche a última hora —(¿Había sido de noche?, ¿a primera hora de la mañana?)—. Quiero agradecerte de parte de toda la familia lo increíblemente bondadosa que has sido con él. Para mi tío supuso mucho. Te había cogido un gran cariño... —(Sonaba como si estuviera escribiéndole a una desconocida; no conseguía encontrar la forma de hablarle, me parecía alguien de otro mundo, alguien que había muerto hacía mucho)—. Espero verte en el funeral, pero no te sientas obligada a venir si prefieres no hacerlo. Mucho amor, Toby»

Dormí catorce horas seguidas, me mantuve despierto el tiempo suficiente para comer algo y volví a la cama. Así fue, de hecho, como pasé gran parte de los siguientes días: durmiendo todo lo posible. Aunque tampoco es que descansara mucho. Soñaba una y otra vez que no había matado a Dominic, sino a mi tío: Hugo tirado en el suelo del salón y yo de pie, por encima, ensangrentado hasta las muñecas, desesperado por recordar por qué lo había

hecho; el cráneo partido por el hacha que yo tenía en las manos mientras gemía: «No, no, no». A veces aparecía de adulto y a veces de adolescente, y una vez incluso de pequeño; solía ser en mi piso y lo había hecho porque creía que era uno de los ladrones. Me despertaba llorando y me ponía a dar vueltas por la casa —rellanos oscuros, borrones pálidos por ventanas, no había manera de saber si anochecía o amanecía—, hasta que la pesadilla se disipaba lo suficiente para poder volver a la cama.

Porque era a eso a lo que no podía parar de volver, despierto o dormido, hurgándolo como un diente picado: la muerte de mi tío era culpa mía, tal vez no el hecho de morir en sí, pero sí el cómo. Si no hubiera llamado a la poli, habría estado en la casa, en su cama, cuando le sobrevino el derrame. Habría muerto allí, con los olores familiares y su propio edredón, con el alba y los pájaros arrancando al otro lado de la ventana. Pero, en lugar de eso, había muerto en ese cuchitril de hospital, vapuleado y sondado como un cacho de carne entre la peste a desinfectante y a meado y a las muertes de otras personas, y todo por protegerme a mí.

Mi madre vino a la casa en algún momento para coger ropa para mi tío y traerme mi traje negro, que me había recogido del piso. Tuve la vaga impresión de que, más allá de la casa, había una intensa actividad entre el resto de mi familia: Phil estaba al cargo de la organización del funeral, Susanna estaba escogiendo la música y estaba segura de que a Hugo le gustaba Scarlatti, ¿me parecía bien? ¿Quería leer algo? Porque mi padre estaba organizando las intervenciones y había pensado que a lo mejor yo...

—No, gracias.

Estábamos en el cuarto de mi tío, donde yo no había entrado desde que volví del hospital. Era una habitación bonita, con muebles antiguos de madera desparejados, una gran montaña de libros tambaleante al lado de la cama y, colgada en la pared, una foto desvaída de mis bisabuelos delante de la casa. Olía a él, un aroma leve y reconfortante a lana mojada, libros viejos polvorientos y té humeante. Encima de la repisa de la chimenea había un jarrón con las fresias amarillas que le había llevado Melissa un día que parecía demasiado lejano para que siguieran con vida.

—Vale, como tú quieras. —Mi madre estaba repasando las camisas del armario de mi tío; lo hacía con delicadeza, pero, aun así, aquella invasión desenfadada me dio grima—. Pero llevarás el ataúd, ¿no? Con tu padre y tus tíos, Leon, Tom y tú. ¿Te ves capaz?

«Con tu pierna y todo eso.»

—Sí, sí, claro.

—No creo que vaya a estar lleno de periodistas, o al menos no debería. Su nombre no ha llegado a salir en los periódicos.

Me costó un momento entender de qué hablaba (me había pillado dormido cuando había llamado a la puerta).

—Ajá. Eso está bien.

—Por lo menos de momento. —Sacó una camisa blanca de una percha y la examinó acercándola a la luz—. No sé si los de la Garda lo están haciendo por consideración, mientras terminamos con el funeral...

—No creo que la consideración sea algo que practiquen. Si no han dicho nada, será porque les conviene.

—Puede que tengas razón. A lo mejor prefieren no tener que aparecer para apartar de la tumba a los fotógrafos y a los carroñeros. En cualquier caso, por mí mejor.

Aquella palabra —«tumba»— sacó algo del amasijo brumoso de mi cerebro.

—Quería que lo incineraran.

Mi madre se volvió en redondo del armario, con la camisa colgándole de la mano.

—¿Seguro?

—Sí. Me lo dijo, hace... —(no recordaba cuánto tiempo hacía)— hace unas semanas; quería que echáramos sus cenizas en el jardín.

—Mierda, creo que tu tío Phil no lo sabe. Ha estado hablando de la parcela de tus abuelos en el cementerio... Tendré que llamarlo. —Volvió de nuevo al armario, ahora con más premura—. ¿Esta corbata o esta?

—No —dije de pronto—. Sin corbata. Y esa camisa no. Esa de allí, la de rayas —(una de franela desvaída que mi tío se ponía para estar en casa)—, y el jersey verde oscuro, con los pantalones de pana marrones. —Mi tío siempre había odiado los trajes; en la boda de mi prima, poniendo mala cara, pasándose un dedo por el cuello... Eso al menos podía hacerlo por él.

—A tu tío Oliver no le va a hacer gracia. Me ha dicho que el traje azul...

—Mi madre entornó los ojos mirando la camisa y la corbata que tenía en las manos—. ¿Sabes lo que te digo? Que se aguante tu tío. Tienes razón. Elige tú lo que creas; voy a llamar a tu tío Phil para lo de la incineración.

Salió al rellano para llamar. Por el tono cuidadoso y tranquilizador de mi madre, deduje que mi tío estaba a mil por hora.

—Lo sé, lo sé, pero podemos llamarlos y... Porque hasta ahora no se le ha

ocurrido. Seguramente creía que lo sabías... Sí, al cien por cien... No, Phil, no. ¿Cómo, de la nada? Él no...

Su voz se perdió escaleras abajo. Luz sórdida de otoño recayendo sobre los tablones. Al rato me acerqué al armario y empecé a sacar ropa y a quitarle pelusas y disponerla, muy cuidadosamente, sobre la cama.

El día del funeral fue gris y frío, con el viento soplando largas cortinas de lluvia de un lado para otro de la calle. El traje negro me bailaba; me vi ridículo en el espejo, perdido en la ropa de un desconocido que estaba en uno de sus peores días. Alguien había contratado unos largos coches negros, como de mafioso, para que nos llevaran de un lado a otro, funeraria, iglesia, crematorio, las tres cosas en barrios desconocidos del oeste de Dublín, hasta el punto de que no tardé en desorientarme totalmente y no tener ni idea de dónde estaba.

—¿Dónde está Melissa? —me preguntó mi primo en el coche camino de la funeraria.

El traje, comprado a las prisas, le quedaba largo por las mangas y le daba aspecto de un colegial; por lo demás, olía vaga pero indudablemente a hachís. Nuestros padres o no se dieron cuenta o decidieron no darse por aludidos.

—No ha venido —dije.

—¿Por qué?

—No me he traído paraguas —vino al rescate mi madre inclinándose sobre mí para mirar por la ventanilla—. Yo sabía que algo se me olvidaba.

—Sobreviviremos —dijo mi tío Oliver, que tenía un aspecto horrible, con la piel floja en la cara por donde había perdido peso y cortes de afeitarse por los pliegues—. Tampoco es que tengamos que estar fuera en un cementerio. —Me dedicó una mirada torva (al parecer me tenía echada la cruz por lo de la incineración).

—Pero como la cosa empeore... —dijo un poco alterada mi tía Miriam, que llevaba una especie de capa negra drapeada y, al salir de la casa, con el viento, había parecido que estaba a punto de echar a volar—. Entre que esperamos a la puerta de la iglesia... Ya se sabe que siempre hay que esperar para una cosa u otra.

—No se preocupen —dijo el chófer poniendo paz—. Yo llevo paraguas en el maletero si los necesitan. Hay que estar preparado para todo.

—Ajá —dijo Miriam en tono triunfante y críptico—. Ahí lo tenéis.

Nadie respondió nada. Mi primo seguía mirándome de reojo. Volví la cabeza y me quedé mirando por la ventanilla, los árboles escuálidos y pelados y las casitas en forma de cajas que pasaban a toda velocidad.

La funeraria era una construcción impoluta y neutral, sin nada que pudiera hacer que alguien se sintiera peor, todos los detalles tan discretos que se me escapaban de la mente en cuanto apartaba la vista. En una punta de la habitación, bajo una iluminación suave y con gusto, estaba el ataúd.

Era inquietante, pero mi tío parecía más él mismo que en los últimos meses: el pelo liso y bien recortado, los carrillos llenos y colorados mediante técnicas que prefería no conocer, la mirada de concentración serena que tenía cuando estaba trabajando y siguiendo una pista interesante. Me vino de la nada un recuerdo fugaz, de mi tío inclinado sobre mi dedo con una aguja y esa misma mirada de concentración, quitándome una espina. Un día fresco de verano y su pelo todo negro por entonces. «Sí, te va a doler, pero será solo un momento... Mira, ahí está, ¡qué grande es!»

Mi padre y mis tíos, con las caras fijadas en una sombría entereza distante, iban de un lado para otro estrechando manos de gente que medio reconocía. Una mujer grandota con mucho pecho me gritó:

—Ay, Toby, tienes un aspecto horrible, debes de estar hecho polvo. —Y me envolvió en un abrazo aromático.

Crucé la mirada con mi primo por detrás de la mujer y le lancé un SOS de pánico. Leí en sus labios «Margaret», lo que tampoco fue de mucha ayuda.

—Toby —me dijo mi padre en voz baja al oído—. Es la hora. —Me costó un momento entender a qué se refería.

Era impresionante lo que podía pesar un ataúd. Hasta el momento el día había parecido de lo más irreal, otro mal sueño que atravesar a duras penas —ni siquiera había considerado la posibilidad de sobrellevarlo sin Xanax—, pero la dentellada y el peso de la madera sobre mi hombro fue tan salvajemente real que era ineludible. La pierna me temblaba y me arrastraba, no podía evitarlo, un temblor entrecortado en la lenta marcha, todo el mundo mirando... Deslizándolo hasta el coche fúnebre, la lluvia bajándose por el cuello del abrigo, di un traspiés y a punto estuve de clavar una rodilla en el asfalto.

—Uuy —dijo Tom agarrándome del brazo—. Aquí fuera resbala mucho.

Iglesia fea de hormigón, largos banderines imitación caseros colgando de todas partes, imágenes estilizadas y citas cortas y ligeras sobre cosechas. Estaba más llena de lo que esperaba, sobre todo de gente mayor —reconocí a

algunos de los que habían ido a la casa a ver a mi tío—, y había un zumbido amortiguado pero constante de pies arrastrándose, toses, murmullos. Por encima de las cabezas canas, vislumbré un dorado fugaz que hizo que se me encogiera el corazón: Melissa había ido.

Himnos elevándose en el aire frío; los únicos que se sabían las melodías eran los mayores, y sus voces eran demasiado bajas e ineficaces para llenar el vasto espacio sobre sus cabezas. La voz del cura tenía ese horrible deje empalagoso que todos parecen adoptar en algún momento de su vida. Coronas apoyadas a los pies del ataúd, velas titilando con las corrientes. Mi tío Phil leyó de un trozo de papel pautado, en teoría un panegírico, pero tenía la voz ronca y casi no se le oía y la acústica lo emborronó todo, así que solo escuché frases sueltas: «Siempre en el centro de nuestro... Bajó de los... —Algo que hizo reír a todo el mundo—... sabíamos que así sería»...

Mi tío Hugo a la luz de la chimenea, levantando la vista de un libro, riendo, con el pelo cayéndole por los ojos y un dedo en la página para señalar por donde iba: «¡No te lo pierdas!». A mi lado mi padre lloraba, en silencio y sin mover un músculo. Mi madre tenía los dedos entrelazados con los de él.

—Era, posiblemente, la mejor persona que he conocido en mi vida —dijo Phil, más alto y con más firmeza, levantando la cabeza a modo de desafío.

Después, en el vestíbulo —la gente pululando, todos haciendo fila para darles la mano a mi padre y mis tíos—, escruté como un loco por todo alrededor hasta que volví a ver el resplandor dorado, y prácticamente me abrí paso a empujones para llegar hasta Melissa.

Estaba sola, apretujada contra una pared por el gentío.

—Melissa —dije—. Has podido venir.

Vestido azul marino sobrio que la hacía más pálida y mayor, el pelo recogido en una cola floja. Tenía manchas de rímel bajo los ojos por donde había llorado, y me partió el alma: hasta la última célula de mi cuerpo aullaba por rodearla con los brazos, por apretarla contra mí mientras los dos sollozábamos con nuestras ropas de adultos poco propias de nosotros.

—Toby —me dijo extendiendo ambas manos—. Lo siento mucho.

—Gracias. Me alegro mucho de que hayas venido.

—¿Cómo estás?

—Ahí voy, tirando. —Sus manos en la mía, tan pequeñas, tan frías, estuve a punto de echarles vaho para calentarlas—. ¿Y tú cómo estás?

—Estoy bien. Triste. —¿Lo decía por Hugo o por nosotros?

—Yo también —dije. Y luego, a golpe de corazón—: Luego vamos a ir a la

casa. Vente.

—No. Gracias, te lo agradezco, pero no puedo, tengo que... —Estaba medio paso demasiado lejos, como si creyera que iba a abrazarla o a cogerla o algo, ¿a qué venía eso, si podía saberse?—. Yo solo quería verte para decirte que lo siento mucho..., y también a tu familia, a ellos también. Era un hombre estupendo. He tenido suerte de haber podido conocerlo.

—Ya, yo igual.

Me negaba a creer que eso fuera todo, adiós muy buenas, allí en el vestíbulo abarrotado de una iglesia. Estuve a punto de decirlo, como habría hecho si aquello hubiera sido una ruptura normal: «Por favor, ¿puedo llamarte, podemos hablar...?». Tuve que concentrar todas mis fuerzas para contenerme.

Pero Melissa asintió sin más, mordiéndose los labios, y dijo:

—Tengo que ir a ver si veo a tu padre, antes de que tengáis que ir os a... No quiero que se me escape...

Me apretó por un momento las manos, tanto que me hizo daño, y luego se alejó entre el gentío, vadeándolo con desenvoltura y delicadeza hasta que aquella chispa de oro se desvaneció.

Otra vez arriba con el ataúd, de vuelta al coche fúnebre, cargarlo dentro... Todos menos yo parecían saber por instinto dónde había que ir y qué señal esperar para moverse; yo me limitaba a imitar a mi padre. Vuelta al coche.

—Los calmantes esos que tenías —me dijo mi primo al oído, cuando mis padres se enfrascaron en una discusión sobre qué hacer con las flores—, no llevarás alguno encima, ¿no?

—No.

—¿Y en la casa?

—Sí, luego te doy.

—Gracias.

Por un instante pensé que estaba a punto de decirme algo más, pero se limitó a asentir y a volverse para quedarse mirando por la ventanilla. El ataúd le había dejado una línea muy marcada en la hombrera del traje.

Y, por fin, el crematorio. Era una capilla ornamental dentro del recinto del cementerio: relucientes bancos de madera, arcos elegantes e iluminación sencilla, todo perfectamente calibrado y misericordioso. Scarlatti sonando discretamente. Más discursos. Mi tío Phil llorando, los ojos cerrados, un dedo contra la boca.

Hugo, irritado, volviendo la cabeza para mirarme, yo tirado en el suelo del estudio, él subiéndose las gafas con un nudillo y diciéndome: «Toby, si vas a

seguir jugando con el teléfono, vete mejor a otra parte, que así nos distraes a los demás».

Había estado todo el día reservándome para el gran momento: la pared abriéndose de par en par, el lento y medido deslizamiento del ataúd hacia la oscuridad, el sonido metálico de la puerta gruesa que le seguía, el gran rugido amortiguado del fuego. Hasta en sueños lo había visto. Pero las luces sobre el ataúd se oscurecieron poco a poco, como en un efecto escénico, y una cortina cobró vida y fue avanzando a lo ancho de la capilla hasta ocultar el féretro a la vista. Todos los presentes respiraron hondo y se miraron unos a otros, murmurando, y empezaron a salir sigilosamente de las bancas, abrochándose abrigos.

Yo estaba tan aturdido que me quedé allí boquiabierto, esperando a que la cortina volviera a abrirse, pero mi madre me enganchó por el codo y me dio la vuelta hacia la puerta. «Un momento, espera —estuve a punto de decirle—, no hemos...» ¿Seguro que ese había sido el momento cumbre del día, la razón para tanto traje, tanto himno, apretones de mano y rituales, todo solo para ese momento? ¿Dónde había ido a parar? Pero antes de poder expresarlo en palabras, mi madre me condujo por el pasillo y salimos por la puerta.

En el aparcamiento vi a mi prima Susanna apoyada contra una pared, mirando a sus hijos persiguiéndose en círculos bajo la llovizna. El niño había cogido del suelo un lirio perdido y estaba pegándole a su hermana con él; la risa de Sallie tenía un punto ascendente de histeria.

—Querían venir —me explicó mi prima—, pero no sé si he hecho bien. He pensado que a lo mejor lo necesitaban, así que... Los padres de Tom pueden llevarlos a casa si la cosa se desmadra demasiado. Aunque ya la incineración en sí..., eso ya no.

—No ha dado ningún miedo —dije (se me repetía en bucle en la cabeza: la cortina cerrándose morosamente ante el ataúd, fin, venga, a casa todos)—. No se veía el horno ni nada.

El espacio abierto del cementerio le permitía al viento coger impulso; vino cargando a través del aparcamiento y chocó contra nosotros como si fuera un objeto sólido. En lo más profundo de aquel edificio grisáceo, mi tío estaba reduciéndose a cenizas. La arruga divertida entre sus cejas, su sonrisa rápida.

—Ah, yo creía que se veía. —Se ciñó más el cuello del abrigo—. De todas formas les venía bien airearse. Zach estaba empezando a subirse por las paredes.

—Habrán cambiado las cosas en los últimos tiempos. El ataúd de la abuela

sí que lo vimos entrar ahí, ¿no? Y el del abuelo.

—A los abuelos los enterraron. Allí. —Una barrido de mentón hacia el cementerio, lápidas apiñadas extendiéndose hasta el horizonte, montículo tras montículo—. ¿No te acuerdas?

—Ah. Es verdad.

—Vaya año de mierda llevamos —dijo de pronto mi prima, que se metió las manos en los bolsillos del abrigo y se alejó por el asfalto hacia sus hijos.

La parte de Come y Recuerda se celebró en Villa Hiedra. Había estado temiéndome lo peor —una muchedumbre invasora, ruido, cháchara insustancial—, pero fue tal alivio volver a casa que a punto estuve de caerme redondo en medio del pasillo. En lugar de eso, subí a mi cuarto, me tomé otro Xanax y apoyé la frente un buen rato contra el frescor de la pared.

Cuando volví a bajar, la casa estaba llena de gente, era un hormiguero. Fui en busca de mi primo —llevaba un par de pastillas en el bolsillo de la chaqueta para él—, pero estaba contando historietas en una esquina del salón, rodeado de gente mayor. Mi madre y mis tías estaban pasando copas de vino que se habían materializado de la nada, así como bandejas de bocaditos de fantasía, con pan de *brioche*, combinaciones de ingredientes improbables y trozos de verde complicados de comer. Zach había encontrado una bandeja sin supervisión en una mesa auxiliar y estaba lamiendo todos los bocaditos y volviendo a ponerlos en su sitio.

—Toby —me llamó mi madre (yo seguía en la puerta, intentando averiguar cuál se suponía que era mi papel en todo aquello)—, me estoy quedando sin vino blanco. ¿Puedes traerme un par de botellas más?

Ya había un buen puñado de botellas de blanco vacías en una esquina de la cocina. Mi padre estaba a la mesa, quitándole el plástico a otra bandeja enorme de bocaditos supermonos.

—Cuánta gente ha venido —dije, que era lo que todos estaban diciéndoles a todos en el vestíbulo de la iglesia.

No levantó la vista.

—¿Sabes de lo que he perdido la cuenta ya? —me preguntó—. De la cantidad de gente que me ha preguntado si Hugo fumaba. «¿Él fumaba?» «Anda, pero si yo creía que él no fumaba» Y claro que no, al menos en los últimos veinte años, y además, aunque hubiera sido así, no habría tenido ni lo más mínimo que ver con el tema; su tipo de cáncer no está asociado con el

tabaquismo. Es un cabrón despiadado que actúa al azar. Mi hermano solo ha tenido mala suerte; le han tocado malas cartas. Pero estamos tan desesperados por creer que la mala suerte solo puede afectarle a la gente que se lo merece... Es que la gente es incapaz de asumir que alguien pueda morir de cáncer ¡sin que fumara como un dichoso carretero! —La bandeja estaba sobrecargada; sin el plástico para sujetarlos, los bocaditos no paraban de caer en cascadas, mientras mi padre intentaba volver a ponerlos a manotazos—. Me refiero a que... Mira, Miriam, ¡tu tía, por Dios!, que conocía a Hugo ¿desde cuándo? ¿Desde hace treinta y tantos años? Vamos, que no es solo una conocida... Pues se ha pasado los últimos meses diciendo chorradas sobre las toxinas de la carne roja y la comida procesada, y que si la gente que hace yoga todas las mañanas vive hasta los cien años, y no sé qué leches se creará que ha inventado, pero yo ya a estas alturas no soporto ni estar en la misma habitación que ella. —Le temblaban las manos; los bocaditos se negaban a quedarse en el sitio y él seguía haciendo malabares.

—Dame, yo me encargo de eso —le dije.

No pareció escucharme.

—Y los inspectores esos. ¿Tú tienes alguna idea de lo que tienen pensado hacer? ¿De qué piensan contarles a los medios?

—No, no los he visto.

—Porque como todo esto salga a la luz, esa misma gente del tabaco va a estar convencidísima de que mi hermano ha muerto de cáncer porque mató al chico ese. Un castigo de Dios, o el karma, o las ondas negativas de culpa, o... No, siendo sinceros, no creo ni que lleguen a pensar tanto, para qué, no harán más que asunciones vagas, resabiadas y mecánicas, y por nada de este mundo cambiarán de opinión. Y ya sé que a mi hermano ya todo eso le da exactamente igual, pero es tan frustrante, de verdad... —Los bocaditos aterrizaron de nuevo sobre la mesa—. Y los... los chismes estos... ¡su madre!...

Los recogí y empecé a apilarlos mientras mi padre se apoyaba contra el fregadero y se pasaba las manos por la cara. No supe decir si realmente creía que su hermano hubiera podido hacerlo. Pero ni loco pensaba preguntárselo.

—No paro de decirme que podía haber sido mucho peor. Y tú también deberías recordártelo. Para alguien con tan mala suerte, mi hermano ha tenido suerte; de todas las cosas que nos advirtieron los médicos, que si demencia, que si dolores, crisis epilépticas, incontinencia, parálisis, a él no le ha tocado nada de eso. Ni, ya puestos —(se apretó las yemas de los dedos contra los ojos)—, tal y como estaban poniéndose las cosas, la cárcel.

—Él quería haber muerto en casa. —No pude contenerme más—. No en ese sitio de mierda.

Mi padre levantó la cabeza para mirarme. Tenía los ojos rojos e hinchados, y alguien con pintalabios color magenta de señora mayor le había plantado un buen beso en la mejilla.

—Mira, él decidió llamar a la policía, no es que ellos vinieran a por él. Sí, seguramente dio por hecho que volvería a casa, pero también debía de saber que había la posibilidad de que no fuese así. Pero aun así lo hizo. Quiero creer que tenía sus razones, y que pensó que le merecía la pena.

No sabía si quería trasmitirme algún mensaje con todo aquello, o una pregunta, cuidadosamente intercalada para que yo pudiera ignorarla si quería.

—Si tú lo dices...

La bandeja de los bocaditos tenía ya mejor aspecto. Fui a la nevera a por el vino.

—No sé si habría llegado a contármelo si le hubiera dado tiempo —dijo mi padre—. Quiero creer que sí.

La nevera estaba hasta los topes; no tenía ni idea de cómo iba a sacar algo sin que se me cayera todo encima.

—A mí no me dijo nada.

—Buenas —nos saludó mi prima, que llegó con Sallie colgada de sus faldas. (Llevaba un vestido negro sencillo pero con un bonito corte, tacones y el pelo bien cepillado; parecía alta e imponente, y me sorprendió su elegancia) —. El viejo de la chaqueta de *tweed* fondona acaba de encenderse una pipa. A mi madre y a Miriam les va a dar algo, y están ahí montándose una película que no veas, a ver quién debería decirle que se salga fuera a fumar, pero yo me he dicho, a tomar por... viento, el humo de pipa no entra hoy ni en mi lista de las cien preocupaciones del día. Mientras tenga un cenicero... Sal, suéltame un momento, que tengo que... —Se aupó con una rodilla en la encimera para coger un bol rajado del estante más alto de un armario—. Con esto se apañará. Y por cierto, ¿quién es ese hombre?

—Creo que es Maurice Devine —dijo mi padre frotándose el cuello con una mueca de dolor—. Historiador social. Ayudaba a tu tío cuando la gente quería indagar más en profundidad. Informes, o como queráis llamarlo. Es increíble la de gente que ha venido. No era consciente de lo mucho que mi hermano...

—Cuánta gente ha venido —dijo Tom con aires de originalidad cuando asomó la cabeza por la puerta—. Su, ¿tienes el cenicero? Está echando la

ceniza en la chimenea y a tu madre le va a dar un patatús.

—Ya voy yo —dijo Susanna alisándose la falda. Y a mi padre, al pasar a su lado, señalándose la mejilla—. Carmín, ahí. Te ha pillado la madre de Tom.

—¿Hay más bocaditos por ahí? —preguntó mi tío Oliver asomando por detrás de Tom.

—Ahora van —dijo mi padre, que se incorporó en el sitio, cogió con cuidado la bandeja y los siguió al salón.

Aquel día pareció durar semanas. Pero al final, por fin, los bocaditos y los recuerdos se agotaron, los invitados se fueron yendo a cuentagotas, mi prima y Tom se llevaron a rastras a sus hijos, entre quejas y bostezos, mi padre y mis tíos lloraron mientras cada uno escogía un recuerdo que llevarse, mi madre y mis tías lo recogieron todo (a pesar de mis protestas), cargaron el lavavajillas, limpiaron la mesa del comedor y debatieron largo y tendido sobre quién debía devolverle las copas a los del *catering*, todo eso antes de, ver para creer, pasar la aspiradora por toda la planta baja, hasta dejarme la casa para mí solo.

En los siguientes días no lloré por mi tío. Sé que debería darme vergüenza, que era como escupirle a la cara a todo lo que él había hecho, y otro claro indicador de lo hecha mierda que tenía yo la cabeza, pero me sentía incapaz. De hecho, lo intenté —me puse su disco favorito de Leonard Cohen, abrí una botella de vino que había quedado y pensé en todo lo que había perdido, en que no volvería a verlo y todo eso—, pero no pasó nada. Su ausencia era enorme y tangible, como si hubiera desaparecido parte de la casa, pero, aun así, para mí, en el plano emocional, su muerte parecía no existir.

Mi madre había acertado con lo de que los polis estarían callados solo hasta que pasara el funeral. A los dos días todos los periódicos de internet daban la noticia a través de un comunicado de cuidada redacción: «Hugo Hennessy, el hombre en cuyo jardín se encontraron recientemente los restos del chico de dieciocho años, Dominic Ganly, ha muerto de causa natural; la policía no está siguiendo nuevas líneas de investigación en relación con el caso». Los sitios web rellenaron el tema con abundante paja sobre los logros deportivos de Dominic, citas genéricas de sus compañeros de clase, así como toda la información sobre mi tío que pudieron gorronear de aquí y de allá, algunas cosas más exactas que otras; en una página se equivocaron y contaron que era ginecólogo, lo que llevó a que se desatara la histeria en la sección de comentarios cuando alguien se preguntó si no habría estado haciendo «abortos

caseros en su cocina» y Dominic había amenazado con denunciarlo después de que mi tío operara a una de sus novias. En cuestión de horas, el rumor se convirtió en hecho, hasta el punto de que ni la rectificación en la página web hizo cambiar de opinión a la gente («Y qué si no tenía el título de medicina!! Si ya sabemos que era un asesino, tampoco es tan disparatado pensar q mataba tb bebés! Poco castigo ha recibido tendría q estar pudriéndose en la cárcel», seguido de un puñado de emoticones rojos de ira). El resto de las secciones de comentarios no era mucho mejor («Uff, secciones de comentarios —dijo Susanna—. Morralla pura. Nunca las leo»): parecía haberse llegado al consenso general de que era muy sospechoso que mi tío no se hubiera casado, y de que había matado a Dominic después de que este rechazara sus insinuaciones.

Esa semana estuve pensando mucho en lo que había dicho mi padre. Cuando estaba en el hospital, me había convencido de que necesitaba un plan, bien para protegerme, o bien para entregarme y hacer algún trato con la policía, pero ya no recordaba ni por qué. Era posible que hubieran soltado lo de no seguir otras líneas de investigación para camelarme y darme una falsa sensación de seguridad, pero, fuera como fuese, no parecía que Rafferty pudiera hacerme gran cosa. Aunque encontrara pruebas más sólidas, la confesión de otra persona debía contar como duda razonable, ¿no? Y tampoco me parecía que entregarme fuera a hacer de este mundo un lugar mejor; al contrario: ya bastante tenía mi familia con lo que tenía, no quería ni imaginarme lo que podría suponerles a mis padres que me metieran en la cárcel por asesinato. Además, si en un principio había considerado esa posibilidad, no había sido por un apremio urgente de sacrificarme en aras de la justicia. En parte había sido por mi tío —solo un ser muy rastrero le habría dejado pasar sus últimos meses entre rejas—; pero permitir que un puñado de capullos de internet soltaran mierda por la boca que él ya nunca leería era otra cosa muy distinta. Y, tal y como había dicho mi padre, mi tío había decidido hacerlo; puede que tuviera la cabeza deteriorada, pero no hasta el punto de no saber lo que hacía. Lo había hecho adrede, y lo había hecho para protegerme. Tirar todo eso a la basura me parecía un nivel de ingratitud realmente impresionante.

La otra razón por la que había estado pensando en entregarme había sido porque, en fin, ¿por qué no? ¿Qué quedaba ya por proteger? Incluso cuando el resto de las cosas se habían ido al garete, yo me había aferrado a la idea de que por lo menos yo era un tipo decente, de los buenos, pero, siendo justos, la

abrumadora posibilidad de que fuera un asesino chafaba bastante ese razonamiento. Aunque me sorprendía lo rápido que me había hecho a la idea, y no porque me gustara. Nunca había fantaseado con ser el malo de la película, un forajido peligroso; en realidad, siempre había querido ser normal y feliz. Pero, una vez descartada esa posibilidad, y cuando se me hubo pasado la conmoción inicial, lo del malo peligroso por lo menos parecía mejor que deleznable e inútil víctima con la cabeza hecha mierda. De hecho, por raro que pudiera parecer, hasta se acercaba bastante a compensar todo el rollo víctima; como que hacía más llevadero haber dejado que dos chungos asquerosos me hubieran pateado el culo. Por lo menos, al parecer en algún momento de mi vida yo también le había pateado el culo a alguien.

Todo esto para decir que no pensaba entregarme a la policía. Por mí Rafferty podía irse a la mierda. Yo no necesitaba ningún plan; lo único que tenía que hacer, si por casualidad aparecía, era mantener la boca cerrada.

La gran cuestión, la que todavía no me había planteado hasta ese momento, era qué pensaba hacer en lugar de eso. No podía tirarme el resto de la vida dando vueltas por Villa Hiedra, por seductora que me pareciera la idea; de hecho, ya no había razones para que siguiera allí. Tenía que hacer algo con mi piso —seguía pagando una hipoteca y los ahorros no me durarían toda la vida—, y luego estaba el trabajo, y, en definitiva, todas las cosas que había estado ignorando gracias a la gran excusa que me había proporcionado mi tío. Pero ahora él ya no estaba, y esas cosas sí, haciendo cola para pincharme cada vez con más insistencia con el paso de los días.

Me daba la impresión de que al final todo se resumía en por qué había matado a Dominic (si es que lo había matado, en el caso de que..., a veces hasta se me olvidaba ese detalle). No me tragaba la escapatoria poco convincente que me había puesto por delante Rafferty a modo de zanahoria, lo del susto que salió por la culata: si eso era lo único que pensaba hacer con Dominic, ¿por qué no abalanzarme sobre él y pegarle unos cuantos puñetazos o chulearle con una navaja? ¿A qué venía lo de quebrarse la cabeza aprendiendo la barroca técnica de la cuerda de garrote, por no hablar de aprender a utilizarla? No: eso tenía que haber sido porque quería matarlo. Y para mí era importante saber la razón.

Me dedicaba a repararlo todo en la cabeza, paso por paso, metódicamente, yendo de un lado a otro de las habitaciones y hablando en voz alta para asegurarme de tener las cosas bien claras. Si lo hice porque Dominic había estado dándome la brasa ese verano (cosa factible, teniendo en cuenta la

actitud de mierda que había tenido en esos meses) o por un subidón de testosterona por culpa de alguna chica (¿por quién había estado yo colado ese verano? De Jasmine no sé qué, pero tampoco es que estuviera loco por ella, y lo mismo con Lara Mulvaney y prácticamente toda chica remotamente atractiva que conocía...; no me parecía creíble haber matado con eso del garrote a nadie por ninguna de ellas, aunque evidentemente lo que a mí me pareciera creíble valía de poco); si había sido una pataleta mezquina de ese tipo, entonces no era algo que pudiera barrer sin más bajo la alfombra. Y no porque sintiera la necesidad de hacer penitencia dedicando mi vida a servir a los pobres ni nada por el estilo, pero tampoco me parecía viable aspirar a la casita familiar en el barrio residencial. Ese tipo de comportamiento peligroso no era plato de buen gusto: volcánico, impredecible, aterrador; debía mantenerse fuera del alcance de un par de críos, por decir algo, y de Melissa.

Por otra parte, si Rafferty tenía razón y lo había hecho por proteger a mi primo Leon, entonces la cosa cambiaba. Esa sí podría parecerse más a la persona por la que mi tío lo habría hecho; alguien que tenía el derecho, o tal vez incluso la responsabilidad, de recuperar todo lo que pudiera de vida.

No sé si me hice muchas ilusiones o no. Tampoco me había visto nunca como un caballero andante, cargando temerariamente en la batalla para salvar a los oprimidos, pero seguía queriendo creer que, hasta cierto punto al menos, había sido un tío decente. Mi primo había hablado como si yo hubiera sido un capullo integral que no hubiera levantado nunca un dedo por nadie, salvo por mí mismo, cuando lo cierto era que a él mismo le había librado de otros matones de instituto, había espantado al cabrón que había estado molestando a Melissa, me había quedado con mi tío en Villa Hiedra hasta el final; tampoco era tan descabellado pensar que, de haber descubierto la magnitud de las jugarretas que le gastaba Dominic a mi primo, hubiera querido protegerlo, ¿no?

Sin embargo, a esas alturas tenía tan poca confianza en mi mente que ni me molesté en intentar recordar. Si conseguía sacar algo en limpio, seguramente fuese mentira, arrojada por la misma partida de sinapsis revueltas que me habían recordado la incineración de mis abuelos. Aunque era evidente que mis primos no sabían a ciencia cierta si yo había matado a Dominic o no, sí que eran las personas con más posibilidades de conocer —por mucho que no hubieran relacionado los hechos— el cúmulo enredado de circunstancias que podía haberme llevado a ese punto. Así que, una vez más, me puse mi disfraz de Toby el Pequeño Detective y les mandé un mensaje a los dos pidiéndoles

que se pasaran alguna tarde.

Seguramente habría tenido más sentido dejar a mi prima fuera de la película. A Leon podía llevármelo a mi terreno, hacerlo sentir culpable, pincharlo hasta sacarle lo que quería. Pero mi prima ya me daba vueltas antes incluso de que me golpeará la cabeza una bola de demolición; si quería ocultarme algo, no me dejaría acercarme ni a un kilómetro. Ni siquiera se me ocurrió dejarla al margen; al fin y al cabo, los dos estaban enredados en las raíces de mi antigua vida, cuando todavía me pertenecía. En algún punto más allá de lo racional, creía que si alguien podía abrir una ruta de vuelta a la vida serían ellos. Supongo que podría decir, y pese a todo no estaría mintiendo, que los necesitaba allí a los dos porque los quería.

Yo me creía muy listo invitándolos como quien no quería la cosa, pero, pensándolo ahora, es evidente que lo sabían. De todas formas, el caso es que vinieron. A pesar de todo el tiempo que ha pasado, sigo sin tener claro si debería estarles agradecido; si al menos creyeron, uno o los dos, que estaban allí para hacerme un favor.

Después de tanto tiempo hundiéndome yo solo en la casa silenciosa, la energía que los acompañaba fue toda una conmoción. Mi prima vino con un puñado de hojaldres de salchicha, que metió en el horno con un portazo y un estrépito de bandejas de horno, mientras que mi primo trajo una bolsa grande de Mars mini (Halloween estaba a la vuelta de la esquina; ni me acordaba hasta que vi los fantasmas y los vampiros dibujados en el paquete, con sus sonrisas maliciosas), y yo tenía todo el vino que había quedado del velorio.

—Qué menú, cuánta clase —dijo mi primo, que se arrodilló en el suelo del salón y apartó a un lado la avalancha de papeles, jerséis y platos para poder volcar la bolsa de Mars en la mesa de centro (hacía frío, había encendido la chimenea y el salón era la única habitación donde hacía calor)—. Otra cosa no sé, pero estilo no nos falta.

—Si te parece, la próxima vez seremos los más civilizados de nuestra panda y haremos té, *scones* y emparedados de pepino —dijo mi prima, dándole un codazo para que se apartara y dejara sitio a la bandeja de hojaldres—. Pero ahora mismo llevamos tanto tiempo en modo de emergencias que lo que necesitamos es comida reconstituyente. Nosotros en casa hemos estado viviendo a base de pizza y comida del chino. En algún punto volveré a ser la Ecomami de los Superalimentos, pero, de momento, a la

mierda.

—¿Qué problema hay? —dije descorchando una botella de tinto—. A mí me gustan los hojaldres de salchicha, los Mars y el vino, está todo bueno. El tinto va con la carne de cerdo, ¿no? —Me había preparado para la velada bebiendo cantidades ingentes de café y estaba como ciego, con un subidón precario y erizado que parecía de *speed* cortado con algo chungo.

—Se te ve como la mierda —me dijo mi primo, angustiado, inclinándose para mirarme bien la cara—. ¿Estás bien?

—Gracias, tío.

—No, en serio, ¿estás comiendo?

—De vez en cuando.

—Tienes todo el derecho a estar hecho polvo —intervino mi prima—. Te has llevado la peor parte. Y te has portado como un campeón todo este tiempo.

—Y vosotros puteándome con que no iba a poder sobrellevarlo. ¿Os acordáis?

—Lo sé, y lo retiro. Lo siento. —Susanna se dejó caer con todo su peso en el sofá y alargó la mano para coger una manta de lana con pompones—. Aunque, de haber sabido cómo iban a ir las cosas, no sé si te habría pedido que te vinieras aquí a vivir.

—No habría venido, créeme.

—Estamos en deuda contigo.

—Sí, mucho.

—Come de esto —me dijo Leon preocupado, acercándome los hojaldres de salchichas— antes de que se queden fríos.

—No, gracias. —Solo de olerlos se me revolvió la barriga (curiosamente lo que de verdad me apetecía eran las chocolatinas, pese a que nunca había sido muy dulcero, pero me entraron ganas de meterme tres en la boca de una vez)—. Tened. —Pasé las copas de vino servidas.

—Por Hugo —dijo Susanna levantando la suya.

—Por Hugo —repetimos mi primo y yo.

Entrechocamos las copas.

—Aaah —suspiró Leon, que se acomodó sobre la alfombra de la chimenea, apoyó la espalda en el sillón frente al mío y se quitó las zapatillas y los calcetines—. Perdonad mis pies, pero me he metido en un charco gigante y estoy empapado perdido. Tengo que secármelos. —Colgó los calcetines de la pantalla de la chimenea.

—Espero que por lo menos estén limpios —dijo mi prima.

—No me vengas con rollos, que tú también estás en calcetines...

—Pero no apestan...

—Ni los míos. Limpios como el culito de un bebé. ¿Quieres olerlos? —
Blandió un calcetín hacia mi prima, que hizo como si vomitara.

—Tú tienes buen aspecto —le dije yo a mi primo (y era verdad: se le había quitado la mala cara, tenía el pelo bien engominado hacia arriba y había recuperado el vestuario modernito, lo que para mí no era ningún plus, pero sí que al menos parecía indicar que se encontraba mejor)—. Mucho menos agobiado.

—Ya —dijo acercando los pies al fuego y removiendo alegremente los dedos—. Me siento mucho mejor. ¿Es muy horrible por mi parte? Se me ha hecho insoportable esperar a que cayera la espada de Damocles. Ahora que por fin ha caído, puedo sobrellevarlo.

—¿Qué vas a hacer ahora? —le pregunté con un Mars en la boca—. ¿Cuándo vuelves a Berlín? O más bien, ¿vas a volver?

Se encogió de hombros.

—Todavía no lo he decidido.

—¿Y qué pasa con el curro? —preguntó mi prima cogiendo un hojaldre—. ¿Y con Carsten?

—No lo sé, no lo he decidido; déjame en paz. —Y a mí—: ¿Y tú qué? ¿Cuándo piensas volver al curro?

—Yo tampoco lo sé —dije (el cúmulo de chocolate cremoso estaba pegándose con la fuerza arrolladora y extasiante de la coca; cogí otra)—. Dejadme respirar, que apenas ha pasado una semana o así.

—Deberías volver —me dijo mi primo—. No es bueno para la cabeza estar metido aquí todo el día tú solo.

—Hablando del tema. ¿Qué tal Melissa? —preguntó mi prima.

—Bien.

—¿Dónde fue después de la iglesia? ¿Tenía que ir a alguna parte?

—Se ha vuelto a su casa —dije.

—¿Es por su madre? —preguntó mi primo esperanzado, después de una pausa ínfima.

—Qué va. Todo apunta a que me ha dejado. No he sabido nada de ella desde el funeral.

—Pero... —replicó mi primo, que se había incorporado en el sitio de golpe—. Estaba aquí la última vez que vinimos. La noche aquella horrible, dos días antes de que a Hugo le diera...

—Sí, ya. Y cuando subí a la cama esa noche, ya no estaba.

Mi prima estaba quitándose migas de hojaldre del jersey; no supe decir lo que le pasaba por la cabeza.

—¿Fue por...? —siguió indagando mi primo, que tenía un hojaldre suspendido en el aire, a medio camino de la boca—. ¿Por las cosas que dijimos esa noche? Fue por eso, ¿verdad?

—¿No te jode, Sherlock? Pues claro, y no la culpo.

—¿Cree que tú mataste a Dominic? —preguntó mi prima.

—Casi seguro que sí. Sí —contesté.

—Te lo dije —le dijo a mi primo.

—¡Ay, no! —exclamó este, que parecía conmocionado—. A mí me gusta Melissa.

—Sí, y a mí también. Mucho.

—Te pegaba cantidad. Yo creía que os ibais a casar. De hecho, me hacía ilusión.

—Muy bien, sí. Lo repito, a mí también.

—¿Melissa llegó a decirte expresamente que cree que fuiste tú? —quiso saber mi prima.

—No hizo falta.

—Entonces, a lo mejor no es eso. A lo mejor no te ha dejado por eso. A ver, con tanto estrés, lo de Hugo, eso no habrá sido de mucha...

—El caso es que... —dije, y me aclaré la garganta (era todo, si no más duro de lo que esperaba, sí mucho más extraño: estaba a punto de preguntarles a mis primos por qué había asesinado a una persona y se me antojaba imposible que la vida me hubiera puesto en ese trance)—. El caso es que, sé que os parecerá raro, pero creo que en parte tienes razón, que no me dejó por eso. Yo creo que ella podría incluso vivir con que yo lo hubiera hecho...; a ver, sé que suena a locura, pero tú lo has dicho, Melissa es una persona muy especial, es... Creo que podría hasta llegar a aceptarlo, dependiendo de la razón. Lo que pasa es que no la sabe. Tiene que darle todo mucho miedo. Podría haber sido porque soy un... un psicópata perdido, solo que lo disimulo superbien la mayor parte del tiempo. Pero lo que pasa es que..., es que no se lo puedo decir... porque no me acuerdo, de nada. Así que la cosa está bastante jodida.

Se hizo un silencio. Le di un buen trago al vino..., y hasta que no levanté la copa no me di cuenta de que me temblaba la mano. Mis primos estaban manteniendo un complejo intercambio de señales oculares.

—Si os acordáis de algo —dije—, cualquier cosa que pudiera..., que pueda explicar por qué llegué a... Eso es lo único que me debéis, ayudarme a aclararlo. Si Melissa se metió en todo esto fue porque vosotros me pedisteis que viniera aquí. Si yo no hubiera...

—Vale —dijo Susanna—. Vamos a contarte una historia.

—Su, yo sigo pensando que no es buena idea —le dijo mi primo.

—Relájate, que no va a pasar nada.

—¡Su! ¡En serio!

Mi prima lo miró desde el otro lado de la mesa de centro. Tenía las mangas del jersey bajadas hasta las yemas de los dedos y la copa cogida con las dos manos, como si fuera una taza de té. Con la luz de la chimenea la escena entera parecía de lo más acogedora e idílica: el adamascado rojo y gastado de los sillones resplandeciendo con la luz, unos titileos cálidos reflejándose en el cubo de cobre abollado de las ascuas y haciendo que los viejos grabados se removieran y se ondearan.

—Es lo justo —dijo.

—No, no lo es.

—Pero es lo más parecido. —A mí—: Si alguna vez le cuentas esto a alguien (incluida Melissa), diremos que te lo has inventado todo, que habrás alucinado la conversación entera, que esta noche solo vinimos de visita, tuvimos una bonita charla sentimental sobre Hugo y luego nos fuimos a casa. Y nos creerán a nosotros. ¿Estás conforme?

—¿Acaso tengo elección? —Al ver que mi prima se encogía de hombros —: Vale, venga.

—Yo me voy a fumar un cigarro, me da igual —dijo mi primo levantándose de la alfombra—. ¿Dónde está el cenicero ese?

—Se le ve todavía un poco nervioso, ¿no? —comentó mi prima cuando se fue a buscar el cenicero a la cocina—. Es porque está decidiendo qué hacer con Carsten. Yo espero que no lo deje. Hacen buena pareja.

—Su —dije.

Tenía el corazón desatado. No había esperado que fuera tan fácil, y no sabía si debía preocuparme porque hubiera venido con la idea de contarme aquella historia.

—Ya, ya. —Se inclinó sobre el brazo del sofá para buscar el tabaco en el fondo del bolso—. ¿Quieres uno?

—No, gracias.

—¿Tienes mechero?

—¡Su!

—Vale, vale, que estoy intentando pensar por dónde empiezo. —Estiró las piernas en el sofá y se colocó bien la manta, para ponerse cómoda—. A ver... Supongo que todo empezó en el último año del instituto. Sobre marzo o así, en las vacaciones de Pascua. Nuestros padres se habían ido no sé dónde y nosotros tres nos quedamos aquí, estudiando para los orales finales. ¿Te acuerdas?

—Sí.

—¿Y de que nuestros amigos solían venirse aquí a estudiar con nosotros, incluido Dominic?

—Sí.

—Era el horror —dijo Leon volviendo con el cuenco rajado que Susanna había sacado en el velorio—. ¡Aquí!, por el amor de Dios, donde se suponía que estaba a salvo, y de repente me veo al gilipollas ese aquí, fanfarroneando y tirándome los libros al suelo y riéndose como una hiena.

—Yo al principio me preguntaba para qué venía —dijo Susanna—; tampoco es que fuerais tan amigos. Pero luego empezó a ponerse baboso conmigo, todo sonrisas, preguntándome si podía ayudarlo con el francés. Yo no me dejé impresionar..., siempre me había ignorado, ¿y ahora de pronto, cuando necesita ayuda, está que no caga conmigo? Pero en esa época yo era muy de ayudar a la gente. Responsabilidad comunal y todo ese rollo. Dios, era una mocosa biempensante, ¿verdad?

—Pero te queríamos de todas formas —le dijo mi primo, quitando más cosas de la mesa de centro para hacerle un hueco al cenicero.

—Yo también te quiero. El caso es que yo me dije, vale, venga, voy a intentar meter unos cuantos verbos irregulares en la mollera de Dominic. Y durante un día o dos no se dio mal la cosa, hasta que una noche (aquí mismo, de hecho, creo que vosotros dos y los demás colegas estabais acaparando la mesa de la cocina) empezó a acariciarme el muslo y a decirme lo sexi que era. —Mi prima alargó la mano y Leon le lanzó el mechero—. Cosa que, en fin, ajá, vale. Pero yo di por hecho que estaba cachondeándose de mí...; es más, todavía lo creo. Como que a lo mejor había hecho una apuesta con sus colegas o algo así. ¿Tú sabes algo?

—¡No! Madre mía, Su, ¿por quién me tomas? —Estaba bastante seguro de hacer bien en indignarme, porque yo no habría participado en nada parecido, ¿o sí?—. Y además —(eso sí que era cien por cien verdad)—, yo jamás habría permitido que él te arrastrara a todo eso. Ni de coña.

—Bueno, el caso es que yo sabía que me la estaba jugando, de una forma u otra. Puede que no fuera ninguna pelea de gallitos ni una apuesta, a lo mejor solo pensó que yo era un polvo fácil porque me sentía halagada de que alguien tan supermegaguapo como él me quisiera a mí, pobrecita. O puede que creyera que estaba haciéndome un favor a cambio de ayudarlo con los estudios. De todas formas, el caso es que le aparté la mano y le dije que no estaba interesada. Cosa que, evidentemente, no se esperaba.

Mi primo resopló.

—¿Por qué tenía que estar jugándotela? —pregunté—. ¿O buscando un polvo rápido? A lo mejor le gustabas de verdad.

Mi prima me miró de reajo, después del clic del mechero.

—Venga ya, hombre. Tú ya sabes cuáles eran sus intereses: Cara Hannigan, Lauren Malone, las rubias guapas y populares supermaqueadas.

—No deberías infravalorarte —dije como un tonto—. Eres guapa. No a todo el mundo le gusta lo mismo...

—Toby —dijo mi prima entre divertida y exasperada—, no pasa nada por no estar buena, no es una deformidad que haya que intentar no mirar o hacer como si no te hubieras fijado.

—Yo no...

—Bueno, que a mí no me gustaba Dominic, así que da igual que yo le gustara a él de verdad o no. Aunque, por supuesto, él no lo entendía así. Me dijo que me relajara y me volvió a poner la mano en la pierna. Yo estaba ya harta. Así que le dije que me dejara en paz, que antes prefería comerme mi propio vómito.

—Auch —dije guiñando la cara en un acto reflejo.

A pesar de los años que habían pasado, sentí perfectamente, con una descarga rápida de adrenalina, lo poco que había tenido que gustarle aquello a Dom.

—Sí, visto ahora, seguramente no fuera la mejor decisión. De todo se aprende... —Extendió un pie y enganchó el borde de la mesa con un dedo para acercársela y poder llegar al cenicero—. En realidad, pareció encajarlo bien; hizo muchos aspavientos, en plan levantándose y subiendo las manos en alto, venga a reírse, que si yo lo que tenía era que relajarme un poco y que qué era yo, torti o qué, topicazo al canto. Me levanté para irme y él se me puso en plan: «¿Qué pasa, que ya no me vas a ayudar?». Y le dije que no, que se había acabado. Pues bien. —Arqueó una ceja—. Eso sí que le indignó que te cagas: «¿A ti qué mierda te pasa? Estaba de cachondeo, tú estás chalada...». Pero yo

cogí y me fui, un poco conmocionada, pero pensé que ahí se acababa el asunto. —Mi primo se echó a reír—. Lo sé, lo sé. Qué inocentona era.

A mí —por deplorable que suene—, me daba igual: estaba encantado con cómo estaba desarrollándose la historia. Con mi primo Leon había tenido mis dudas, pero con mi prima no me cabía ni la más mínima duda de que, de haber sido necesario, a ella la habría protegido a toda costa. El corazón me iba como montado en una montaña rusa, subiendo hacia la cima mareante, preparado para la inevitable zambullida.

—Después de eso —siguió mi prima—, cada vez que me lo encontraba, como cuando nos juntábamos en el parque después del instituto, siempre colaba algún comentario sobre lo frígida o lo estirada que era yo. A lo mejor uno contaba un chiste guarro y Dominic se ponía en plan: «Eh, cuidado, no digas guarrerías, que está aquí la madre superiora». Y había muchos que se reían. Yo intentaba hacerle callar, pero eso solo lo empeoraba: «Auch, a alguien le hace falta trabajar eso del humor... Estará con la regla... Lo que le hace falta es un buen polvo para relajarse...». Y todo el mundo se reía aún más. Así que, después de un tiempo, me limité a callarme la boca.

Intenté recordarlo. Todo el mundo tonteaba con todo el mundo, en general con torpeza, todo el mundo se había tirado a todo el mundo, muchos no sabían dónde poner el límite: éramos críos, al fin y al cabo, diecisiete, dieciocho años. Aunque hubiera estado presente, sonaba todo tan parecido a lo normal y corriente que tal vez ni siquiera me hubiera dado ni cuenta.

—Por entonces todavía no era para tanto —dijo mi prima, como si me hubiera leído la mente—. A ver, me jodía, pero entraba dentro de vuestras típicas mierdas; no me daba miedo. Pero la cosa empeoró después de los orales. Dominic sabía que los había hecho como el culo y decidió que era culpa mía, por dejar de ayudarlo. Ya no se metía conmigo solo para hacer la gracia, sino que venía, se me acercaba y me decía cosas al oído: «¿Te crees muy lista, zorra barata, te crees más lista que yo? Ya te pondrá alguien en tu sitio», y mierdas así. Y, cómo no, que le gustaría ver lo bien que se me daba a mí el oral. —Imitó un redoble de tambor.

—Conmigo hacía lo mismo —intervino mi primo, mientras se giraba para tostarse el otro costado con el fuego—. Topicazos por un tubo. Chistes de culos, chistes de sidosos. Si vas a poner tanto tiempo y tanto esfuerzo en ser un puto matón, por lo menos cúrratelo y sé un poco original.

—No sé yo —dijo pensativa mi prima—, las cosas podían haber sido mucho peor si hubiera tenido algo de imaginación. Pero no era el caso.

¿Sabéis qué? Que puede que ese fuera su verdadero problema. Aparte de ser un capullo, evidentemente.

—Y un psicópata —apuntó mi primo—. En esa época empezó a tener esa mirada... A ver, porque siempre había sido un psicópata, pero empezaba a verse claramente que le pasaba algo que no era normal. Aparecía de pronto de la nada y te metía un puñetazo en la barriga, y luego se quedaba ahí mirándote y riéndose. Daba yuyu. —A mí—: ¿Cómo es que tú y tus colegas nunca os disteis cuenta de...?

—Siendo justos —dijo Susanna adelantándose en el sitio para apagar el cigarro—, no es que estuviéramos ninguno muy observadores en esa época, con todo lo de los exámenes finales. Creo que era mayo o así, se acercaban los escritos..., lo que significaba que Dominic estaba agobiándose cada vez más y, por tanto, poniéndose cada vez más chungo. Las cosas que me soltaba sonaban cada vez más a amenaza pura y dura. «Eres demasiado fea para follarte de cara, te la voy a meter por detrás»...

—Ostras, Su —dije contrayendo la cara en una mueca.

—Sí, lo siento si te molesta. Para mí tampoco fue divertido. —Volvió a recostarse en el sofá y a ponerse un cojín por detrás—. Y ya no se limitaba a hablar. Al principio no fue exactamente sexual, solo cosas raras. Como una vez que fui a decirle algo y de pronto me metió el dedo en la boca... Tendría que habérselo arrancado de un mordisco, pero para cuando me di cuenta ya se había largado. Otra vez me levantó la camiseta por detrás y me escupió en la espalda.

—Era un animal —dijo mi primo—. A mí me meó una vez en los zapatos.

—Pero la cosa no tardó en pasar a lo sexual —siguió mi prima—. Un día me vino (yo estaba tan tranquila en la puerta de la tiendecita que había al lado de los institutos, esperando a mis amigas) y me miró a los ojos, me cogió el culo con las dos manos y me dio un buen apretón. Y ya de pasó me restregó la entrepierna. Y luego se fue.

—Tendrías que habérmelo dicho —dije con toda la naturalidad que pude, y esperé a ver, aguantando la respiración.

A mi prima se le pusieron las cejas de punta.

—Es que te lo dije —contestó en tono práctico y tranquilo, casi divertido—. Claro que te lo dije. Precisamente te lo conté todo justo después de eso. A mi primo guay y encantador que lo iba a resolver todo.

—Uuh —dijo Leon hacia el fuego—. Alabado...

—Tenía dieciocho años, era tonto. Demándame si quieres —repliqué,

aunque allí había algo que no cuadraba, algo que se me escapaba—. ¿Qué? ¿Qué tontería he dicho?

—Ni siquiera se acuerda —dijo Leon.

—¿Te acuerdas o no? —me preguntó mi prima, y al ver que era evidente que no—: No te preocupes, no te reíste en mi cara ni nada de eso. Te lo tomaste muy bien; me explicaste que en realidad era bueno que los tíos empezaran a fijarse en mí, que no tenía que agobiarme por eso, que me lo pasaría mucho mejor y sería mucho más divertida si me echaba novio en vez de pasarme la vida salvando el Tíbet. Y que seguramente no fuera gran idea tirarle a Dominic porque sí que era un poco capullo, pero ¿a lo mejor a alguien como Lorcan Mullan? Y luego te llegó un mensaje de alguien y pasaste del tema.

—Yo no... —Aquello no me cuadraba—. Tuvo que ser porque no entendí que era tan serio. Yo no habría...

—Qué va, no te pareció para nada serio. Lo que, siendo justa, fue en parte culpa mía, porque me daba demasiada vergüenza contarte los detalles escabrosos. Solo te di las pinceladas generales.

—Ah, ¿lo ves? —dije (un apretón rápido en el culo y un par de comentarios de capullo no me habrían parecido para tanto, mi prima siempre había sido muy exagerada, probablemente la semana anterior habría estado montando un pollo porque había sacado un sobresaliente bajo en un examen...) —. Si me lo hubieras dicho...

—Bueno, es que yo como que esperaba que confiaras en mi palabra. Pero no. Te pedí que si podías por lo menos decirle que me dejara en paz, pero me dijiste que eso podía ponerte en un posición incómoda con tus colegas. Incluso te molestó un poco que te lo pidiera. Creo que sentías que yo no tendría que haberte puesto en esa situación.

Pero entonces, ¿cuándo..., cómo... cómo había yo...? ¿Sería eso lo que desató todo? Rabia conmigo mismo, y con Dominic, cuando me enteré de lo que le había dejado hacerle a mi prima... ¿Fue por eso por lo que llevé las cosas tan lejos, para compensarla?

—Mierda. Lo siento mucho —dije.

Se encogió de hombros.

—Es agua pasada.

—¿Y qué hiciste? ¿Se lo dijiste a alguien más?

—A mis amigas, más o menos. Sabían que él estaba metiéndome caña, pero tampoco les conté todos los detalles. Me sentía rara, como sucia. Hoy me lo

habría tomado de otra manera, pero, ya se sabe, los dieciocho... —Un encogimiento de hombros filosófico—. Y tampoco es que a ellas se les hubiera ocurrido qué hacer, no más que a mí. «Tía, qué gilipollas, intenta ignorarlo, a ver si se cansa, por qué no le dices que tienes un novio que vive en el campo y...»

—Pero me refería a tus padres o algo. O al profe ese de lengua que te gustaba.

—¿Te refieres a si se lo dije a un “adulto responsable”? —preguntó con un arqueado de ceja, por encima de la copa—. Pues no. Seguramente debería haberlo hecho, pero me daba vergüenza. Nadie les quiere decir a sus padres que un tío le ha sobado el culo. Y no estaba segura de si estaba haciendo una montaña de un grano de arena...; él se lo tomaba todo tan a la ligera, como si lo hiciera solo para hacer la gracia. Además, si hablaba con algún profesor y le buscaba un marrón en el instituto, todo el mundo se enteraría y mi vida se convertiría en un puto infierno.

—Eso tenlo por seguro —intervino mi primo mientras le daba la vuelta a los calcetines sobre la pantalla de la chimenea—. ¿Os acordáis cuando Lorcan Mullan se chivó de Seamus Dooley por esconderle las gafas? Pues se tiró meses siendo unapestado.

—De todas formas, Dominic era muy listo. Cuanto más chungo se ponía, más cuidadoso se volvía. Me cogía de la muñeca y me ponía la mano en la polla y me decía que se la iba a chupar, pero solo lo hacía cuando no miraba nadie. Se me acercaba en el parque con un vídeo en el móvil (porque por supuesto él siempre tenía el teléfono más moderno, ¿os acordáis?), un vídeo de alguien tirándose a una tía de una forma muy creativa, y él se ponía: «Esto es lo que te voy a hacer yo a ti». Pero no se dedicaba a mandarme fotos de su polla ni nada por el estilo. Yo no podía probar nada de lo que estaba pasando. Si se lo hubiera contado a alguien, lo único que él habría hecho habría sido decir que él no sabía de qué le estaba hablando y que yo era una puta loca. En definitiva, que hablar no parecía lo más positivo.

—Yo tenía esa misma sensación —corroboró mi primo—. Él contaba con eso. Dios, qué tío más asqueroso.

—Y a esas alturas yo todavía creía que podía manejarlo sola —siguió mi prima—. Aunque no porque estuviera manejándolo muy bien. Estaba siempre que te cagas de nerviosa. Reordené mi vida para intentar no ir adonde iba Dominic Ganly, y cada vez que salía de casa me daba la vuelta en redondo cada dos segundos para ver si venía alguien por detrás; vivía con la sensación

permanente de que iban a agarrarme por alguna parte en cualquier momento. Aunque aquella historia seguía sin ser el centro de mi vida. Estaba estudiando como una loca, centrada casi en exclusiva en los exámenes finales. Lo último que quería era que la mierda de Dominic me estallara en la cara y fuera aún peor. —Cogió otro cigarro del paquete—. Visto ahora, no creo que lo estuviera llevando tan bien como pensaba. Y fue más o menos por esa época cuando empecé a pensar en matarlo.

Me quedé sin aire. Debería haberlo sabido... Pero claro que lo sabía, era solo que me había resultado imposible creerlo. Había comprendido desde el principio que yo no había podido ser capaz de idear un asesinato tan premeditado y meticuloso. Y si hubiese podido pensar con claridad al menos treinta segundos seguidos, habría sabido exactamente quién lo había matado.

—Bueno, pero no en serio —dijo Susanna malinterpretando la cara que yo había puesto—. Era más una cuestión de hacerme sentir mejor, como clavar alfileres en un muñeco. Fantaseaba con tirotearlo con una metralleta y soltarle alguna frase de listilla que sería lo último que oiría en este mundo, y mierdas así.

—«Yipikayei, hijo de puta» —citó mi primo con una sonrisa.

Susanna le echó el humo.

—El tema es que yo seguía creyendo que podía manejar el asunto. Me decía que lo único que tenía que hacer era aguantar el tirón unas pocas semanas más: estábamos terminando el instituto, ¿no? ¿Por qué iba a tener que volver a ver al gilipollas ese en cuanto acabáramos los exámenes?

—Habría estado bien —dijo mi primo.

—Ya. De hecho, la cosa empeoró después de los exámenes. Cuando estaba en casa de mis padres, Dominic no podía llegar y pedir que le dejaran entrar; pero en cuanto nos vinimos aquí los tres para el verano, se pasaba por la casa cada dos por tres. A veces me esperaba hasta a la salida del trabajo... No sé cómo se enteró de dónde trabajaba. Yo desde luego no se lo dije.

Mirada de reojo hacia mí; quizá yo le había dicho algo, sí, ¿cómo iba yo a haber sabido que era un crimen tan horrible? Me parecía todo de lo más injusto: estaban culpándome por algo que no había hecho y que no había tenido manera alguna de saber.

—Se lo pudo decir cualquiera. Tampoco era un secreto de Estado.

—Bueno, el caso es que alguien se lo dijo. Me acompañaba hasta la parada del autobús, metiéndome mano por donde podía y describiéndome en detalle lo que pensaba hacerme. Yo no paraba de decirle que me dejara en paz, pero

él lo único que hacía era reírse y decirme que me dejara de chorradas, que sabía que a mí me encantaba. No sé si lo decía solo para reírse de mí o si estaba realmente convencido.

—Quién sabe qué mierda le pasaba por la cabeza —comentó mi primo—. Y sinceramente a nadie le importa. El verdadero motivo de todo esto fue conseguir que la mente perturbada de Dominic dejara de suponernos un problema.

—Yo creo que en el fondo él pensaba que yo era gafe —continuó mi prima—. Siempre había conseguido todo lo que quería, sin siquiera esforzarse por nada, ¿no? Hasta que llegué yo. Y luego justo después pasó lo de los exámenes. Él sabía que la había cagado de gordo, y que lo único que iba a poder estudiar iba a ser un ciclo de cestería en el Sligo Tech. No sé qué planes de vida tendría, pero básicamente se los había cargado (y eso era culpa mía, por dejar de ayudarlo), y dudo mucho que tuviera un plan B; jamás se le había pasado por la cabeza que pudiera necesitar uno. Y creo que él pensaba que el origen de todo era yo. —Meditó sobre lo que acababa de decir, con la cabeza ladeada hacia el brazo del sofá—. Puede que gafe no, sino más bien una rémora. Y si conseguía cortar las amarras y ponerme en mi sitio, entonces todo volvería a ser como tenía que ser.

—O también podría ser que no fuera nada tan profundo —opinó mi primo—. Lo que pasaba es que le gustaba asustar a la gente y joderle la vida, y además le gustaba tirarse a tías, y contigo le parecería la oportunidad ideal para hacer ambas cosas.

—No sé. Yo lo que sé es que por entonces estaba ya bastante tocado de la cabeza. No creo que tuviera una enfermedad mental como tal, no como para que lo diagnosticaran de nada. Me refiero a simplemente que no tenía bien la cabeza, que se le había ido. A grandes rasgos, todo lo que siempre había sido (el chico popular, el amo del castillo, el deportista) había desaparecido. Y eso lo destrozó. Debía de ser un tipo muy frágil ya de entrada, si solo hizo falta eso para que se viniera abajo.

—Venga ya, Susanna. No es que estuviera destrozado, siempre había sido un hijoputa. ¿Tú crees que cualquiera de nosotros, por mucho que la hubiéramos cagado en los exámenes, nos hubiéramos puesto a amenazar con violar al primero que pasara? No, lo siento mucho, pero no hubiéramos hecho nada parecido.

Mi prima reflexionó mientras soltaba la ceniza.

—Puede ser. A lo mejor no fue tanto que se viniera abajo, sino más bien

que se le cayeron todas las caretas y se vio lo que había dentro. Que era básicamente lo mismo, pero más exagerado.

Se me ocurrió pensar entonces, un poco tarde, en cómo encajaba exactamente mi primo en todo aquello. «Su, yo sigo pensando que no es buena idea»... Estaba claro que sabía toda la historia, que la sabía desde hacía tiempo, así que ¿qué significaba eso? ¿Lo habíamos montado todo los tres juntos? Tampoco me hubiera extrañado que hubiese ideado una rocambolesca trama a lo Orient Express... Cogí otra chocolatina.

—Bueno, el caso es que cada vez era peor. Un día volvió a presentarse en mi trabajo y a acompañarme al autobús, pero esa vez no había nadie más en la parada y supe al instante que no me esperaba nada bueno. Me empujó contra la marquesina y empezó a meterme mano. Yo le pegué un tortazo y él me dio otro más fuerte, sin siquiera parar todo lo demás. Me di un cabezazo contra el cristal de la parada que me dejó varios días con un chichón. Cuando dejé de ver las estrellas, intenté apartarlo, pero tenía mucha fuerza. Me agarró las dos muñecas con una mano y me las sujetó por encima de la cabeza, mientras con la otra me sobaba por debajo de la falda. Intenté pegarle patadas, pero no paraba de reírse y de echarme todo el peso encima para que no pudiera moverme. Ni siquiera conseguía coger aliento suficiente para gritar. Si no hubiera llegado un grupito de señoras mayores, no sé lo que habría pasado.

—Pero eso es una agresión —dije (el tono de mi prima, frío, distante, como si estuviera describiendo un día de compras, me incomodaba: estábamos hablando de Susanna, por Dios, que era capaz de enfurecerse apasionadamente por una injusticia contra una persona del otro hemisferio..., ¿qué estaba pasando?)—. ¿Por qué no fuiste a la poli?

—¿Lo has pensado tú solito, campeón? —replicó arqueando una ceja—. Pues claro que fui. Después de eso se lo conté todo a Leon. No esperaba que fuera corriendo a pararle los pies, pero necesitaba que alguien me acompañara al trabajo por las mañanas y me recogiera a la salida..., lo que era bastante humillante: como una niñita pequeña que no pudiera lidiar con la maldad del mundo de los mayores. Y sabía que Leon no pensaría que yo era una cagada, porque él sabía cómo era Dominic.

—Y tanto que lo sabía. Y por cierto, que a mí seguía puteándome; era capaz de torturar a varias víctimas a la vez. Era multifuncional, el colega; le habría ido muy bien en gestión empresarial. Pero por lo menos conmigo se había relajado un poco. Solo me metía realmente caña cuando estaban delante sus colegas, un rollo chimpancé de demostrarle su dominio a los otros machos, y

como ya entonces no había mucha gente que quisiera estar con él, tampoco se esforzaba mucho. Solo lo típico, al pasar, tirarme el café encima y esas cosas.

—Pero Leon se quedó horrorizado, indignado —me explicó mi prima mirándolo con auténtico afecto—. «Ese cabronazo, esta sí que no se la vamos a pasar...» Creo que, si le hubiera dejado, habría salido corriendo directamente a darle una lección a Dominic, y la cosa no habría acabado bien... Sin ofender, Leon...

—Tranquila, que no me ofendo —contestó alegremente—: me habría comido con papas.

—Pero Leon me convenció para que fuera a contárselo a la policía. Le costó, pero lo vi tan cabreado que me di cuenta de que sí, de que era verdad y no estaba exagerando, que aquello era una auténtica movida y que ya era hora de que alguien le parara los pies a ese hijoputa. Y como ha dicho el primo, ya no estábamos en el instituto, ya no tenía que preocuparme de que se enterara todo el mundo y me convirtiera en la apestada. —Estaba sonriéndole a Leon—. Vino conmigo y me cogió la mano mientras esperábamos y todo eso.

—Qué vergüenza, de verdad —dijo Leon tapándose la cara con las manos—. Dios, es que cada vez que lo pienso, me dan ganas de llamarte y pedirte perdón. Ni siquiera sé qué pensaba que iban a hacer. Ir a leerle la cartilla, meterle miedo para que dejara de hacerlo.

—No pasa nada, de verdad. De hecho, yo también esperaba que hicieran algo. No éramos más que un par de niños mimados de clase media.

—¿Cómo? ¿Que no hicieron nada? ¿Nada de nada? —pregunté (aquello sí que era raro: Martin y Traje Cantoso no habían servido de mucho, pero por lo menos se habían esforzado).

—Se rieron en mi cara. Y ni siquiera me tomaron declaración, ni hicieron un informe o como se llame.

—¿Cómo que no? ¿De qué iban?

Mi prima se encogió de hombros.

—Yo no tenía pruebas de nada. Ya se me había quitado el chichón de la cabeza. No tenía ni mensajes, ni correos, notas, testigos... Era mi palabra contra la de él, y al parecer lo que yo pudiera decir no contaba mucho. Siendo justa, ni siquiera creo que fuera solo porque era una chica. Dominic era un crío rico de una escuela pija, y sus padres se habrían puesto como una furia y habrían contratado a abogados de la hostia y habrían puesto miles de denuncias... Los polis no quisieron tomarse tantas molestias sin ninguna prueba. Así que me dieron una palmadita en la cabeza y me dijeron que

seguramente era solo de cachondeo, y que me fuera a casa y me concentrara en pasar un verano relajante y agradable, en vez de comerme la cabeza con los tíos.

—Lo que en su momento fue un pelín insensible por su parte —dijo Leon, sacando otro cigarro del paquete—, pero en realidad fue lo mejor que pudo pasar. Si hubiera quedado reflejado en un informe...

—Conque así estaban las cosas —siguió mi prima, que apagó su cigarro y deslizó el cenicero para acercárselo a Leon—. Si los polis no querían saber nada del tema, entonces tampoco tenía mucho sentido contárselo a mis padres, ni aunque hubiera querido... ¿Qué iban a hacer, coger a un poli por el cuello y llevarlo a detener a Dominic? ¿Hablar con sus padres, para que mami y papi se indignaran con la idea de que su querido principito hubiera hecho algo malo? Y tampoco podía ya involucrar al instituto. Básicamente me quedé sin opciones.

—Pero te ibas a ir a la facultad —dije, aunque sabía que podía malinterpretarlo y sentarle mal, pero necesitaba escuchar que yo tampoco había tenido alternativa—. Podías haber entrado en cualquier parte. ¿No echaste la solicitud para Edimburgo o algo así?

—Sí, sí que la eché —dijo mi prima sin perder la calma—. Y estaba convencida de que entraría. Me lo estaba pensando en serio...; yo no quería, prefería quedarme aquí, pero lo que fuera con tal de evitar el peligro. Lo que pasó fue que Dominic se me acercó un día en la cocina y me dijo: «Me he enterado de que estás pensando en irte a Edimburgo»...; a saber quién se lo habría dicho. —Una subida de ceja irónica hacía mí—. No sé qué murmuré y me dijo: «Guay, siempre había querido tener una excusa para pasar una temporada en Edimburgo». Y me hizo las pistolitas con las manos y se fue. —Encogiéndose de hombros—: A ver, no digo que me hubiera seguido de verdad; a lo mejor se habría olvidado de mi existencia y punto. Pero a esas alturas estaba tan loco que me lo creí. Por dinero no sería, eso lo sabía todo el mundo, y tampoco es que tuviera razones para quedarse aquí. Hasta vosotros sus colegas lo estabais dando de lado..., y no te culpo, créeme. No tenía ningún amigo de verdad. Muchos colegones y mucho inventado dispuestos a jalearle y aplaudirle cuando hacía alguna capullada, pero no amigos de verdad. No como tú tienes a Sean y Dec.

—Sí, supongo que no.

Nunca me había parado a pensarlo, pero no recordaba a Dominic con una sola persona o dos; siempre había estado, o bien en el centro de un corrillo

bullicioso, o bien, sobre todo al final, dando vueltas él solo, con un brillo quebrado y errante en la mirada que te echaba para atrás.

—Así que tampoco es que fuera a quedarse en Dublín para estar con los colegas. Y yo estaba tan cagada todo el tiempo, y tan cansada de estar con el miedo, que no podía pensar con claridad. Estaba convencidísima de que iba a seguirme el rastro, y sería peor todavía porque allí estaría lejos de casa y de mi familia. Para entonces no era un simple capullo; era enorme, yo lo veía como un demonio. Que sería capaz de encontrarme en cualquier parte. — Mirándome de reojo—: Tú pensarás que podría haberme ido, y haber cruzado los dedos. Yo, que no había hecho nada malo, resulta que tenía que irme a Mongolia Exterior porque un gilipollas no conseguía meterse en mis bragas. ¿No es eso?

—Yo no lo sé. —dije (esa calma suya..., de los dos en realidad, Leon allí tirado en la alfombra de la chimenea y toqueteando un zapato mojado con un pie..., era todo cada vez más inquietante; no quería verlos temblando y sollozando, pero, teniendo en cuenta cómo había acabado la cosa, me parecía que deberían al menos estar tensos, nerviosos, ¡algo!)—. Yo no sé lo que habría hecho.

—Yo también, llegados a ese punto, estaba bastante mal de la cabeza. Era como vivir en una pesadilla, esa sensación de tener que salir, pero no poder moverte con la rapidez suficiente y no poder gritar. Empecé a autolesionarme y todo. Lo único que me hacía sentirme mejor era fantasear con matar a Dominic. Todavía ni siquiera lo consideraba como una opción real, pero mis fantasías sí que eran cada vez más realistas. Lo de acribillararlo con una metralleta era una estupidez; era como tirarle un yunque de dibujitos en la cabeza. Necesitaba algo que pudiera ser real.

—Yo no lo sabía —dijo mi primo, no tuve claro de si a mí o a los dos—. A ver, saber, lo sabía, pero no tenía ni idea de que fuera tan chungo.

—Me costó un tiempo dar con un método que funcionara. Dominic me doblaba en tamaño, y no quería nada que provocara mucha sangre, porque lo de limpiar habría sido todo muy complicado, así que eso descartaba la mayoría de las formas. Pensé en veneno, pero era muy arriesgado; aunque consiguiera que tomara un poco, la mayoría de los venenos tardan una eternidad en actuar: podía darle tiempo a ir al hospital, a que le dieran un antídoto, a que le hablara a alguien de mí... Yo no sé la de tiempo que pude tirarme leyendo páginas de crónica negra y comparando métodos. Sé cómo envenenar a alguien para que no salga en un análisis toxicológico (si hubiera

podido conseguir succinilcolina...). Sé las mejores formas de ahogar a alguien, lo que habría sido estupendo de haber tenido un lago en el jardín... Hasta que por fin, por fin, leí sobre la cuerda de garrote. Al principio no creía que pudiera ser tan fácil, pero seguí leyendo sobre el tema, y poco a poco lo vi claro: «Hostia puta, esto sí que podría funcionar».

Y una vez más, tendría que haberlo sabido; lo había sabido: a mí nunca se me habría ocurrido ponerme a buscar historias de garrotes por internet. Pero era, en cambio, muy del estilo de mi prima. Mi cabeza parecía el mundo al revés. Podría haber confiado en mí mismo todo ese tiempo.

—Me sentaba de maravilla —explicó Susanna—. Aunque no sirviera de absolutamente nada, pero, joder, me había sentido tan indefensa... Después de eso, cada vez que me cogía una teta, o lo que fuera, y me ponía esa sonrisa en plan «¿qué piensas hacer al respecto?», yo pensaba por dentro «Hijo de la gran puta, podría matarte con un cordón cuando menos te lo esperes».

—Qué fuerte la cara que se te ha quedado —me dijo mi primo—. No pongas esa cara de conmoción. Yo me tiré años fantaseando con pasarlo por una trituradora de madera. Y tú habrías hecho lo mismo.

Mi piso, paso y arrastre, un bucle imparable de fantasías en las que localizaba a los ladrones y los tiraba de edificios altos de una patada de karate, mil veces por noche.

—Yo no estoy poniendo cara de nada.

—No me vayas a venir tú con moralinas.

—Ya lo sé, ¿vale?

—Y luego —siguió mi prima, ignorándonos— llegó agosto, y con él las notas de los exámenes. Las mías las miré solo de pasada, ¿sabéis?, y tendría que haber flipado conmigo misma, pero a mí las únicas notas que me interesaban eran las del puto Dominic, porque si no eran tan malas, entonces a lo mejor recobraba un poco la compostura; pero si había cateado, estaba metida en un buen marrón. Y por supuesto cateó.

—Tuve que decírselo yo —contó mi primo en una bocanada de humo—. Cuando nos llegamos al instituto a ver las notas, ¿te acuerdas de que yo me fui directamente?... Qué digo, cómo te vas a acordar, si estabas demasiado ocupado pegando botes y haciendo el orangután con Sean y Dec. Pero Dominic estaba en la calle, nada más salir, en una esquina, con una mirada tan fija que parecía que iba a sacar un AK-47 en cualquier momento. Yo apenas miré mis notas; lo único que pensaba era que tenía que contárselo a Su.

—Yo me quedé que pensaba que la única opción era encerrarme en mi

cuarto para el resto de mis días. Pero tampoco eso iba a servir de mucho, porque el cumpleaños de Leon era una semana después, y por supuesto allí estaría Dominic. Me quedé paralizada. Pensé en decir que estaba demasiado mala para ir, pero ¿qué iba a hacer yo mientras?, ¿quedarme en mi cuarto, donde podía pillarme por banda a mí sola y cuando quisiera? Hugo siempre se ponía tapones en las fiestas, y no se habría enterado de nada, y tampoco era cuestión de quedarme en su cuarto toda la noche.... A ver, poder, habría podido, si le hubiera contado toda la historia, pero yo tenía la impresión de que las cosas ya habían superado todo eso. Podría haberme vuelto a mi casa, pero me cagaba viva solo de pensar en quedarme allí sola. —Se puso más cómoda en el sitio, aovillada sobre un costado, con el codo apoyado en el reposabrazos y la mejilla, en un gesto pensativo, sobre la mano—. Pero al final no pasó nada de nada. Conseguí rehuir a Dominic toda la fiesta, y ni siquiera se me acercó. Qué contenta estaba. Las plazas de las facultades habían salido dos días antes y pensé que a lo mejor se había producido un milagro y al final sí que había entrado en algún sitio medio decente, y eso le había parado un poco la locura... Hasta que me puse a preguntar por ahí y me enteré de que ni de coña, de que no le habían dado plaza en ningún sitio. Ni una. Solo había solicitado las facultades más prestigiosas, y no había pedido nada de reserva por si acaso, para qué. Así que no fue muy tranquilizador.

De eso sí que me acordaba, de los susurros asombrados: «Joder, ¿no le han dado nada?», y alguna bromita mordaz con trabajar en el McDonald's. Pero, en la fiesta, Dominic me pareció de lo más normal, si acaso armando más follón que nunca, con unas carcajadas locas y saltando de la mesa de la cocina. Yo me propuse cerrar el pico porque no quería llevarme un puñetazo en la cara, pero cuando fuimos al fondo del jardín, la coca me dio ganas de pincharle: «Oye, tío, qué putada lo de la facultad, en serio, es una putada gorda, ¿qué vas a hacer?». Y él mirándome, con los ojos con un cerco blanco por la luna: «Como si te importara una mierda. Como si a alguien le importara una mierda. Yo sé que estáis todos cachondeándoos de mí. Panda de hijos de puta». Y luego se rio al ver el miedo fugaz en mi cara y me pegó un puñetazo en el brazo que casi me tiró al suelo, «Tú tranqui, colega, que ya me las arreglaré. ¡Métete otra!».

—Y luego —siguió mi prima— me enteré de que en la fiesta había aprovechado para mangar la llave del jardín. —Suspiró—. Al final eso fue la gota que colmó el vaso. Significaba que podía pillarme aquí cuando quisiera. ¡Aquí!

Una punta de hierro de indignación atravesándole la voz, un gesto rotundo de la cabeza hacia la casa, y por un momento la vi como había sido: cálida, desastrada, alegre, y los tres alborotando y enredando en nuestro fuerte y nuestros artilugios, nuestro tío llamando «¡A cenar!» desde abajo, entre una nube de olores sabrosos.

—Y lo hizo. Un par de días después, Hugo me mandó que cogiera romero del jardín, para algo que estaba cocinando. ¿Os acordáis dónde estaban las matas de romero? ¿Allí al fondo del todo? En cuanto me agaché para coger un poco, algo me embistió por detrás desde el roble y me hizo un placaje. Caí de cara encima de las fresas. Me quedé sin respiración y sentí un peso enorme aplastándome contra la tierra, no podía ni volver la cabeza para mirar, pero evidentemente sabía quién era. Ya para entonces conocía su olor, el espray corporal ese asqueroso, *eau* de suspensorio. Empezó a meterme mano por debajo, intentando desabrocharme los vaqueros. Y yo traté de forcejear para clavarle las uñas, pero me tenía el cuello cogido con la otra mano y empezó a apretar. Y empezó a ponerse todo gris y borroso y como distante. —Se quedó mirando su copa y cogió algo real o imaginario del borde; no le había cambiado la cara, pero le costó unos instantes proseguir—. Por suerte —dijo sin perder el temple—, justo entonces Hugo asomó la cabeza por la puerta de la cocina y me llamó. Así que Dominic se apartó, sonrió y me susurró «Continuará», me tiró del pelo y se perdió por detrás del roble.

—¿Sabes? A veces pienso que ojalá hubieras escogido otro método: más lento y doloroso —dijo mi primo con voz tirante.

—Hugo se dio cuenta de que estaba llena de tierra y tenía briznas de hierba —dijo Susanna—, pero le dije que me había tropezado y no se dio cuenta del embuste, porque, siendo justos, quién se habría imaginado una cosa así. Pensé en contárselo a él... Aquello sí que me dejó realmente sobrecogida, por decirlo suavemente. Pero... —Un mínimo encogimiento de hombros—. Hugo..., ¿sabéis lo que os digo? ¿Qué iba a hacer él? No iba a haber salido corriendo a darle una paliza a Dominic. No habría podido ni aun queriendo.

«Tendrías que habérmelo dicho a mí», quise decirle.

—Joder —dije en cambio.

—A mí eso no me lo contó —dijo Leon—. No en el momento.

—Habrías ido a por él y te habría metido una paliza, y eso no le habría servido de nada a nadie. Necesitaba terminar con aquella historia. Dominic era perfectamente capaz de matarme a la próxima, y había estado esperándome ahí fuera. No podía seguir diciéndome que él lo único que hacía era

aprovechar la oportunidad cuando la veía, y que no me pasaría nada mientras no me cruzase con él. Iba a por mí. Aunque hubiera conseguido que Hugo cambiara el cerrojo, no habría servido de nada. Dominic tenía planes muy concretos para mí. Así que yo también necesitaba concretar los míos. —Lo dijo con tanta sencillez, como si fuera lo más evidente del mundo—. Me tiré mucho tiempo dándole vueltas al asunto. Sabía que en realidad lo más fácil sería matarlo; lo difícil iba a ser conseguir que no me pillaran. Creo que no lo hice nada mal, para ser una cría. —Levantando la vista para mirarnos—: A mí me asombró lo bien que lo hice, ¿sabéis? Yo siempre me había visto como una soñadora, en mi mundo, y aunque tenía cultura e inteligencia, no sabía nada de las cosas de la vida, pero en cuanto me vi acorralada...

—Lo hiciste muy bien —dijo Leon algo triste—. Fue increíble.

Mi prima le dio un sorbo al vino antes de seguir.

—Lo primero que hice (aparte de no salir al jardín, evidentemente, y comprobar dos veces que la casa estaba cerrada por las noches) fue empezar a quitarle hierro a las mierdas de Dominic delante de mis amigas. De todas formas, no conocían toda la historia, por lo que he dicho, que me daba vergüenza, mucho corte y todo eso; pero sí sabían algunas cosas, y no quería que luego le contaran a la poli que había tenido problemas con él. Así que empecé a bromear con el tema, a poner cara de hastío, en plan: «Por Dios, qué tío más palurdo, es como si te saltara encima un cachorrillo tonto, que no te puedes enfadar con él del todo, pero te dan ganas de pegarle en el hocico con un periódico»... Y empecé a soltar comentarios compasivos sobre el pobre, que estaba hecho polvo por las notas, que parecía que estaba teniendo de verdad una depresión, que esperaba que sus padres lo llevaran a un psicólogo, que se veían muchas noticias sobre gente que se suicidaba cuando las cosas no le salían como esperaban... Y por supuesto, a esa edad, a todo el mundo le encantan los dramas, así que a los pocos días ya circulaba el rumor de que Dominic estaba yendo a terapia porque había intentado ahorcarse.

—Yo me quedé muy chafado cuando me enteré de que era mentira —dijo Leon—. ¿No habría sido mucho más fácil para todos que hubiera hecho él mismo el trabajo?

—Lo otro que tuve que limpiar fue el historial del ordenador. Cuando había empezado a buscar formas reales de hacerlo, había utilizado el ordenador de Hugo para investigar. Así que había un montón de páginas de «cómo hacer tu propia cuerda de garrote» en el historial de búsqueda. Y estaba claro que si la poli empezaba a hurgar, era mejor que no las encontraran.

—Creo que todos teníamos cosas en ese historial de búsqueda que preferiríamos que nadie encontrara —dijo Leon arqueando una ceja.

—Pero en eso tuve también mucha chorra. Como no quería que Hugo viera búsquedas raras en su historial, y el navegador que él utilizaba era el Internet Explorer (como casi todo el mundo en esa época), cuando me puse a investigar, me bajé el Firefox y las búsquedas las hice ahí. Así que, cuando terminara, lo único que tenía que hacer era desinstalar el Firefox, pasar un limpiador y, bumba, el ordenador más limpio que una patena. Y eso estuvo bien. —Seapuró el vino—. Aun así, yo sabía que si había una investigación seria por asesinato, me pillarían. Los polis no son tontos; si se hubieran puesto a indagar en serio, jamás habría conseguido encubrirlo lo suficientemente bien para no correr riesgos. Tenía que hacerlo pasar por un suicidio, desde primera hora. Era factible... Dominic estaba hecho un desastre, a nadie le habría sorprendido. Pero para que eso colara, no podían encontrar el cuerpo, al menos hasta que se descompusiera lo suficiente para que desaparecieran las marcas del cordón.

Qué calma la suya, explicándolo todo punto por punto, como si estuviera repasando un problema de las tareas de geometría. A mí toda aquella escena se me antojaba irreal, como titilando en el aire, dispuesta a disiparse y a dejarnos de vuelta en los catorce, despatarrados delante del televisor, con Hugo en el otro sillón leyendo su libro por encima del volumen de la televisión.

—Pensé en hacerlo por los montes, en algún sitio bien remoto, y dejarlo allí sin más. O en Howth Head o Bray Head, y tirar el cuerpo al agua. Pero el problema con todo eso es que dependía demasiado de la suerte. En los montes pasa mucha gente paseando al perro o haciendo senderismo o de caza furtiva; podría haber pasado alguien en el momento menos oportuno o haberse tropezado con el cadáver al día siguiente. En el agua, aunque calculara bien las mareas y no lo arrastraran hasta la orilla, podían haberlo visto desde un barco. A mí no me gusta depender de la suerte. —Ladeó la botella de vino hacia mí, pero, cuando le dije que no con la cabeza, se encogió de hombros y se rellenó la copa—. Cuando le hube dado bastantes vueltas, me di cuenta de que lo menos arriesgado era mantenerlo todo bajo control, durante el mayor tiempo posible. Y eso suponía cometer el asesinato y guardar el cuerpo en un sitio sobre el que tuviera algo de control. O sea —(la barbilla hacia la casa, el jardín)—, aquí.

—Aquí. Decidiste utilizar Villa Hiedra. —Sé que eso no hablaba muy bien

de mí, pero fue la parte que más me impresionó.

—Bueno, dentro de la casa, evidentemente, estaba descartado, por el olor. Tenía que ser en el jardín, y lo más al fondo posible. Pensé en enterrarlo, pero me habría llevado una eternidad cavar un hoyo tan profundo, y ni siquiera sabía si se podría...; ¿os acordáis de que Hugo siempre chocaba contra piedra cuando estaba haciendo su rocalla? Además, si alguna vez alguien lo encontraba enterrado, la historia del suicidio se desmontaría... No habría podido enterrarse a sí mismo precisamente... Y luego —(una leve sonrisa)— me acordé del olmo montano. Del agujero. Trepé hasta arriba un día que estabais todos fuera y me metí dentro. Y vaya que sí, cabían dos como yo. No eliminaría del todo el factor suerte (una tormenta podía haber derribado el árbol dos semanas después), pero lo minimizaría. —Se inclinó para rellenarle la copa a mi primo—. Lo único que necesitaba era atraer a Dominic hasta allí. Y para eso iba a necesitar ayuda. Habría preferido hacerlo todo yo sola, pero...

Y por fin, finalmente, allí lo tenía. Apenas podía respirar.

—Recurriste a nosotros —dije, pero los dos se me quedaron mirando con cara de absoluta incompreensión—. A Leon y a mí.

El silencio que siguió me dio mala espina. Entre el tabaco y el fuego de la chimenea, se había formado una gruesa cortina de humo.

—¿Qué?

—Recurrí a Leon —dijo Susanna.

—Entonces, ¿cuándo...? —No sabía cómo hacer la pregunta: cuándo me había visto yo implicado, ¿cómo?—. ¿En qué momento yo...?

—Toby —dijo mi prima con suavidad—, tú no hiciste nada. Ni siquiera te enteraste de nada.

—Pero —dije después de una pausa larga (me había quedado totalmente en blanco por la arremetida, no me entraba en la cabeza: ¿estaba mintiendo mi prima, cuánto de aquella historia era inventado, por qué habría de...?)—. Lo dijiste tú. El día que estábamos fumados. Dijiste que fuiste a mi cuarto aquella noche, me preguntaste que adónde había ido...

—Sí, bueno, fui un poco cabrona con eso. Pero estabas atacando a Leon de esa manera... Y lo único que queríamos es que no se supiera nada más. Pero si seguías machacándolo y se venía abajo y lo soltaba todo, en especial con Melissa delante... Tenía que hacerte callar como pudiera, y eso fue lo único que se me ocurrió.

—Y cuando dijiste..., luego, cuando dijiste que Leon creía que había sido

yo. ¿Eso fue solo para...? ¿Para qué, si puede saberse?

—¿Eso le dijiste? —quiso saber mi primo—. ¿Por qué? Tú me dijiste que él creía que había sido yo.

—Mirad —dijo irritada mi prima—, yo estaba haciendo lo que podía, improvisando ante lo que tenéis que admitir era un marrón de tres pares de cojones. Yo solo intentaba mantenerlo todo bajo control. Y vosotros estabais metiéndoos caña el uno al otro; necesitaba teneros a los dos separados hasta que se calmaran las cosas. Y necesitaba que os mantuvierais alerta, los dos. Lo que nos faltaba era que tú —(a mí)— te pusieras en plan coleguita con los polis, y que tú —(a Leon)— te pelearas con él y le soltaras algo. —A mí, al ver que no respondía—: Te lo estoy contando ahora.

—Ya —dije, los dos mirándome con una compasión que me pareció curiosa—. Vale.

—Tú no hiciste nada, te lo juro.

Sabía que debería estar desmayándome del alivio; sin cadena perpetua colgando sobre mi cabeza, sin una mancha escabrosa en el alma, podía volver con Melissa con las manos limpias... Pero, por absurdo que parezca, solamente me sentía asolado. Me había hecho a la idea, más de lo que creía, de ser un auténtico matadragones. Y una vez descartada esa posibilidad, volvía a ser directamente una víctima inútil.

Pero la cosa iba más allá. Mis primos me conocían desde que habíamos nacido. Me conocían desde mucho antes de que fuéramos capaces de andarnos con máscaras y ocultaciones; desde que éramos nuestros primeros yos, los prístinos e inalterados. Y ya vieron en mí, tanto tiempo atrás, algo que me incapacitaba como matadragones, siquiera el escudero en los márgenes que sostiene las espadas de repuesto; capaz solo de renquear por el telón de fondo, para ser sacado a escena, en caso de necesitar una distracción a tiempo, y luego volver a ser trasladado entre bastidores.

—Pero ¿por qué no?

—No habrías querido participar. A ti Dominic no te había hecho nada.

—Ya, pero eso habría dado igual. Le había hecho cosas a Su. Si me lo hubierais contado...

—Ya te lo había contado una vez, acuérdate, y no la habías ayudado mucho que digamos. ¿Para qué molestarnos en intentarlo otra vez?

—Pero no me lo había contado, contado de verdad. No en condiciones. Solo me había, me dijo, solo que...

—Ni siquiera fue por eso —intervino mi prima—. Aunque no hubiera

intentado contártelo antes, no habría recurrido a ti en ese momento. A ver, que estábamos hablando de matar a alguien, a uno de tus colegas. Es algo bastante extremo, y lo extremo no va contigo, ¿no? Asímelo, habría habido un noventa y nueve por ciento de posibilidades de que te hubieras quedado de piedra; me habrías dicho que estaba siendo una exagerada, que se me había ido la cabeza, que tendría que contárselo a mis padres o a la poli, o que me fuera a estudiar a otra parte...

—Todo lo que acabas de decir, vamos —apuntó secamente Leon.

—O habrías querido meterle una paliza, y a esas alturas no habría hecho ningún bien. A Dominic ya no le habrían amedrentado unos puñetazos. Se habría limitado a echarme a mí otra vez la culpa, a la gafe de siempre, y eso le habría reafirmado para ir a por mí. —Y dedicándome una mirada fría—: Y no podía arriesgarme a que decidieras desbaratarme los planes. Que avisaras a Dominic o...

—Yo no habría hecho eso. No habría hecho nada que te hubiera metido en problemas. Habría... —No tenía ni idea de qué habría hecho.

—Tómalo como un cumplido —contestó mi prima—. Yo sabía que tenías el corazón demasiado puro para ser un buen asesino. Leon, en cambio...

—Yo ni me lo pensé —dijo este—. A ver, si me lo pensé fue porque no me hacía gracia ir a la cárcel; pero en cuanto supe que Su había hecho un plan decente, yo estaba encantado de participar. Ojalá hubiese decidido hacerlo años antes, es lo único que pensé.

—Debería, con todo lo que te hizo a ti. Pero os juro que no se me había ocurrido antes. No sé si era demasiado joven, o si necesitaba que me llevaran al borde del abismo para pensar en algo así. Aunque seguramente sea algo bueno. Si hubiera sido más pequeña, seguro que la habría cagado. No lo habríamos preparado lo suficiente, y habrían acabado pillándonos.

—Pero nos preparamos bien, y tanto que nos preparamos. Lo ensayamos todo. ¿Te acuerdas de las piedras que había traído el tío, las de la rocalla? Una noche que tú saliste con tus colegas y Hugo fue a una cena, nosotros echamos un montón de piedras de esas en un saco hasta que conseguimos el peso justo. Y luego sacamos una cuerda del cobertizo y la atamos alrededor del saco y la pasamos por una rama del olmo, y luego yo tiré mientras Susanna se quedaba en la escalera de mano, al lado del árbol, y subía el saco. Entre los dos, lo aupamos hasta el agujero del tronco.

—Nos costó lo suyo, pero al final lo conseguimos. Después de eso nos puse a los dos a hacer pesas todos los días... Bueno, con las piedras de

Hugo..., para coger fuerza en las extremidades superiores. Y también ensayamos con la cuerda de garrote. Por lo que había leído, había que andarse con mucho cuidado, uuuh, ojito, que te puedes cargar la tráquea de alguien antes de darte cuenta, así que practiqué haciendo garrotes con papel del váter, para que se rompieran si apretábamos demasiado.

—Lo practicamos en nuestros cuartos con la luz apagada para poder hacerlo en la oscuridad —explicó Leon—. Y fuera en el jardín para acostumbrarnos a hacerlo sobre hierba y piedra. Creo que podía haberlo hecho con los ojos cerrados.

—Las cosas del jardín, evidentemente, las hacíamos por la noche —apuntó mi prima—. Y no solo por ti, Hugo y los vecinos, sino por Dominic. Ya había usado antes la llave; no era tan disparatado pensar que podía volver a usarla. No queríamos que apareciera una tarde y nos pillara en medio de las clases de entrenamiento de garrote. —Leon resopló burlón—. Habría sido una situación algo incómoda. Por lo menos de noche, si aparecía, no nos vería.

—Yo creo que de hecho estuvo merodeando por aquí —dijo Leon mirando a mi prima de reojo—. Un par de noches de las que estuvimos fuera yo oí ruidos. Como algo que se movía, por el callejón, arañazos por la pared, un porrazo también. No te dije nada porque no quería asustarte...; también podían haber sido zorros...

—Yo también lo oí. Y varias mañanas me encontré cosas fuera de su sitio, que si las sillas del jardín del revés, montañitas extrañas de ramas en la terraza. No sé a qué coño venía todo eso.

—Eso también pudieron haber sido los zorros. O el viento.

—No era eso —repuso mi prima dándole un sorbo al vino—. Le vi un par de veces por la ventana de mi cuarto en plena noche...; yo no estaba durmiendo mucho que digamos. Estuvo merodeando por el jardín. Le arrancaba hojas a las plantas; una vez masticó un poco de romero y lo escupió. O se ponía a aplastar la cara contra las ventanas del comedor, o a intentar abrir la puerta de la cocina.

—Madre mía —dije.

Toda esa locura efervescente burbujeando por los rincones, mientras yo roncaba a pocos metros, tan campante, inofensivo e inútil. La habitación se había oscurecido y las sombras la alteraban. Ojalá hubiera encendido las lámparas.

—A esas alturas ya me daba un poco igual —dijo mi prima encogiéndose de hombros—. Me limitaba a poner la cómoda delante de la puerta de mi

cuarto por las noches y no salía hasta que alguno de los tres se levantaba.

—Deberías habérmelo dicho —le reprochó Leon.

—Tú no me contaste lo de los ruidos. Yo tampoco quería asustarte a ti. —A mí—: En cuanto interiorizamos los movimientos, elaboré la cuerda de garrote definitiva. Necesitaba algo que no fuera muy fino, para que no le cortara y saliera sangre por todas partes...

—Y decidiste que el cordón de mi sudadera era perfecto.

Arqueó una ceja, y me entraron ganas de quitarle esa mirada impasible de buen rollo de una bofetada, a ver si, entre la conmoción y el dolor, conseguía alterarla.

—Pero ¿funcionó o no?

—Porque tú no tenías sudaderas, ¿no?

—Joder, tío, que no estaba intentando inculparte —dijo mi prima exasperada—. Lo que pasa es que tampoco tenía muchas ganas de ir a la cárcel, perdona que te diga. Me imaginé que en el caso de que la poli encontrara a Dominic, y se dieran cuenta de que lo había matado alguien, la única forma de librarnos sin que alguno de nosotros acabara enmarronado era hacerlo lo más confuso posible. Enredarlo todo, involucrar a cuanta más gente mejor; si no podían estrechar el cerco, no podrían hacerle nada a nadie. Él ya iba a tener encima mi ADN. Leon tenía un móvil... La poli no habría tardado ni diez minutos en averiguar las cosas que le había hecho Dominic. Yo pensaba ponerme un chaquetón de Hugo para asegurarme de dejar un poco de ADN de Dominic. Tenía otras cosas sueltas para tirar por el árbol: unos pelos de Faye, un par de colillas de tabaco, una lista de la compra que cogí por la calle y un pañuelo en el que Sean, tu amigo, se había sonado la nariz. Lo tenía todo metido en una bolsa de bocadillos en mi cajón de la ropa interior. Me pregunto si los polis habrán encontrado algo de eso. —Señalándome con la barbilla—: Y el cordón de tu sudadera. ¡No fue nada personal!

—Y te aseguraste de tener una foto de mí con la sudadera puesta —dije—, antes de mangarme el cordón. Para poder sacártela de la manga y enseñársela a los polis si te hacía falta. ¿Con qué echaste la foto?

—Con la cámara que te regalaron para tu cumple. Con mi móvil no habría salido lo suficientemente nítida.

—Ya. Eso me imaginé. —La rabia era demasiado inmensa y demasiado fría para gritar—. Así que en cuanto te enteraste de que Hugo estaba muriéndose y de que iba a salir todo a la luz, tuviste que recuperar la cámara.

Mi prima se me quedó mirando con el ceño fruncido.

—¿Cómo?

La confusión parecía real, pero la conocía demasiado bien para pensar que eso pudiera significar algo. Y ahí tenía otra cosa que debería haber pillado, que por supuesto mi primo jamás podría haber planeado algo así, en cambio Susanna...

—El robo. Eso fue para coger la cámara y poder darle la foto a los polis. Tendría que haberlo sabido hace siglos, ¿verdad? ¿Te has echado unas buenas risas pensando en lo subnormal que he sido?

—¿El robo?

—En mi piso. El..., cuando me... ¿Eso era lo que querías que pasara? ¿Porque no resolví el tema de Dominic? ¿Querías que acabara así, como un... un...?

—Toby. Me descargué la foto y me la mandé al correo el mismo día que la hice. ¿Para qué iba a dejarla en la cámara de otra persona? —Al ver que yo no podía responder—: ¿Creías que yo estaba detrás de lo del robo? ¿Creías que había mandado que te dieran una paliza?

Mi primo dejó escapar un resoplido exagerado.

—Es lo único que se llevaron —dije (el corazón me iba a bandazos)—. Aparte de lo típico, las cosas grandes, la tele y el coche. Solo la cámara. ¿Para qué iban a..., quién quiere una vieja cámara costrosa...?

—Madre mía, Toby, ¿que no!

—Entonces, ¿qué..., por qué iban a...? ¡¿Por qué...?!

—Escúchame un momento: eso fue en primavera, lo del robo, ¿verdad? Hugo todavía no estaba malo, yo no tenía ni idea de lo que iba a pasar. Y aunque hubiera perdido la foto, ¿qué te crees? ¿Que habría puesto un anuncio en internet para que unos ladrones de casas te registraran la tuya y que, con mucha suerte, la cámara estuviera allí tal cual, con una foto de hace diez años? Para eso habría ido a verte y te habría preguntado si todavía tenías la cámara, anda, qué fotos más chulas, ¿me las pasas para tenerlas en el ordenador?

Me sentí tan tonto que no merecía ni vivir. Pues claro que tenía razón, una razón cegadora, y cualquiera con medio cerebro habría pensado en todo eso, pero, claro, ahí estaba el problema, y desde hacía un tiempo.

—Vale. Claro. Perdona.

—Joder, Toby, qué cosas se te ocurren.

Me parecía un tanto exagerado por su parte ofenderse porque la acusara de robo, teniendo en cuenta el resto de la conversación, pero no pensaba entrar en eso. Sentí náuseas; demasiadas chocolatinas, el residuo azucarado

inundándome la boca de saliva, como si fuera a vomitar en cualquier momento.

—Vale —dije—. Lo pillo. Déjalo. ¿Qué hicisteis luego?

Mi prima se me quedó mirando un instante más, pero después sacudió la cabeza, como irritada, y lo dejó estar.

—Bueno, pues básicamente estaba ya todo planeado —dijo tapándose bien con la manta y retomando el ritmo de la narración—. Lo único que tenía que hacer era conseguir que Dominic estuviera en el lugar y el momento apropiados. Unas semanas antes habría sido fácil fijar un encuentro, porque prácticamente estaba aquí de okupa, pero desde el cumpleaños de Leon no se había dejado caer mucho..., o por lo menos durante el día. Y yo sabía que no me quedaba mucho tiempo. No se iba a contentar con merodear por el jardín toda la vida.

Quise levantarme y andar, apartarme de mis primos y de aquel desastre infernal de conversación. No recordaba en qué momento pude haber imaginado que aquello era buena idea.

—Así que tuve que recurrir a la imaginación. Hacía tiempo que no salía sola al jardín, pero empecé a hacerlo a cada ocasión que tenía. A podar los rosales, cosas como esas...; yo, que no tengo ni puta idea de rosales...; seguramente me los cargué. Pero funcionó. Después de unos días haciéndolo, estaba una tarde fuera cuando me clavaron algo contra el culo, duro, y Dominic me preguntó si me gustaba así.

—Ese tío veía demasiado porno malo de internet —apuntó mi primo mientras cogía otro hojaldre.

—Poco más y me caigo de cara contra los rosales, y habría estado gracioso. Pero tuve suerte: me agarré a un arbusto y recuperé el equilibrio. Me hice polvo la mano con las espinas, pero en el momento no me di ni cuenta. Y cuando me di la vuelta, se puso: «¡Sorpresa!». —Con una mueca irónica en la boca—: Os juro que me sonrió, con una gran sonrisa de satisfacción, como si hubiera hecho algo inteligente y esperara una medalla. «¿No te alegras de verme?», me dijo.

»Yo le dije: “No me gustan las sorpresas”. Y a él le pareció muy divertido. Así que me arrinconó contra los rosales y me metió la mano por la camiseta. Le dije: “Mi tío está en la cocina”, y eso no le gustó un pelo, así que apartó la mano y me dijo: “Una noche de estas te voy a pillar por sorpresa pero bien. Muy pronto”.

—Puto psicópata de mierda —dijo Leon masticando—. ¿Todavía crees que Su tendría que haberse ido a Edimburgo y poco más?, ¿que si ella no hubiera

estado aquí para tentarlo, Dominic, por arte de abracadabra, se habría transformado en un tipo normal y agradable?

—Hasta ese momento no tenía claro al cien por cien que fuera a hacerlo de verdad. Pero aquello me lo puso más fácil. Así que le dije: «Vale, mira, yo esto no lo aguanto más. Tú ganas. Si te hago una mamada, ¿me dejarás en paz?».

»Se le cayó la mandíbula hasta el suelo. Se quedó con cara de no tener ni idea de qué estaba pasando, pero al segundo me dijo: “¿Hablas en serio?”. “Sí, si juras por tu vida que, después de eso, no volverás a molestarme.” Tendría que haber visto la sonrisa que se le puso. Y en plan: “Sí, sí, a tope, ¡te lo juro!”... cosa que era mentira, por supuesto pensaba seguir acosándome... “Pero ¿ahora?” Le dije que no, que nos podían pillar, que Hugo podía salir en cualquier momento. Que tendría que venir otra noche más tarde, ¿qué tal el lunes? Y me dijo que claro, sin problema, el lunes por la noche, trato hecho. Le dije que a la una y media de la madrugada... Yo creía que me pondría pegado, pero me habría dicho que sí a cualquier cosa. —Comprobó a contraluz lo que le quedaba de vino en la copa—. Así que aproveché todo lo que pude. Le hice prometerme que vendría andando, para que nadie viera su coche. Y que no se lo diría a nadie; le advertí que, como oyera el más mínimo rumor, no habría trato. Y si me mandaba mensajes, me llamaba o lo que fuera, tampoco habría trato. Y él en plan: “Claro, nena, no hay problema, te lo juro por mi madre”... Evidentemente, luego pensaba contárselo al mundo entero, pero a mí eso me daba igual. Y él: “No te preocupes por abrirme, que ya entro yo. Y tampoco tendré que mandarte mensajes porque no vas a cambiar de opinión, te lo prohíbo”, me dijo enseñándome la llave y guiñando, y luego se fue. —En la ventana detrás de mi prima, el cielo estaba oscureciéndose y hojas color óxido colgaban cargadas de lluvia de los castaños—. Nunca tuvo ni la más mínima sospecha, ¿sabéis? Me aseguré de parecer superasustada y asqueada (no me costó mucho, claro), y él estaba disfrutando tanto de todo aquello, que no tenía espacio en la cabeza para otra cosa. A veces me pregunto qué habría pasado si hubiera sospechado algo.

Empezaba a hacer frío en la habitación; el fuego se había reducido al mínimo. Leon se acercó a la pila de leña y echó un tronco, que provocó un crujido suave y una lluvia de chispas naranjas.

—Así que ya solo teníamos que esperar al lunes —siguió mi prima.

—Tú eras nuestra principal preocupación —explicó Leon—. Hugo se acostaba y apagaba las luces a las once y media, todas las noches como un

reloj. Todavía no habían convertido en pisos la antigua fábrica y no vivía nadie por aquí, y los vecinos tenían todos ciento y pico años; se acostaban después del telediario de las nueve, y aunque se levantaran y miraran por las ventanas, estaban más cegatos que un topo. Pero como a ti te diera por quedarte hasta tarde mirando porno por internet o lo que quiera que hicieras en el ordenador de Hugo, íbamos a tener un problema.

—Bueno, la preocupación duró poco —dijo Susanna, con una sonrisita por encima del borde de la copa.

—¿Cómo? —exigí saber, incorporándome de golpe en el sitio—. ¿Qué me hicisteis?

—Dios santo, tranqui, tronco —dijo mi primo con las cejas arqueadas—, que no te hicimos nada.

—Lo único que hicimos fue pillar una botella de vodka el domingo por la noche y un poco de hachís. Y nosotros bebimos y fumamos lo mínimo.

—No te diste ni cuenta —me dijo mi primo—. Te la pillaste gorda. Digamos que acabaste colgándote de la rama de un árbol, venga a reírte y a decirnos que eras el Hombre Mono.

—Y nos aseguramos de que te despertaras al día siguiente bien tempranito para trabajar. No fue fácil, pero lo conseguimos.

—Estabas hecho pizcos. Verde. Creo que potaste y todo. Querías llamar al banco para decir que estabas malo, pero no te dejamos.

—Así que el lunes a las once estabas que te caías —siguió mi prima—. Nos pusimos a ver la tele, *Newsnight* o algo por el estilo, algo que sabíamos que no te quedarías a ver ni muerto. Te pusiste a dar por culo para que cambiáramos de canal, pero nosotros ni caso, hasta que te rendiste y te fuiste a la cama. Estábamos bastante convencidos de que no saldrías de tu cuarto.

—Ah, qué bien —dije (ni siquiera el torpe que renqueaba por los márgenes; solo un objeto del que librarse para no tropezar con él en medio de algo importante, un juguete molesto al que necesitaban que se le acabara la batería para quedarse inmóvil mientras sucedía la acción; y yo, por supuesto, me había perdido, con mi lento arrastrar, y apenas un empujoncito para ponerme en funcionamiento, por el camino que ellos me habían trazado, ¡qué bien me conocían!)—. No habría querido chafaros la fiesta.

—No, tranquilo, te portaste de maravilla —me aseguró mi prima—. De hecho todo el mundo se comportó. La otra preocupación importante era la lluvia...; lo último que quería era que Dominic intentara que lo hiciéramos dentro de la casa.

—Yo creo que no habría querido —dijo Leon lamiéndose las migas de hojaldre de los dedos—. ¿Tú crees que pensaba contentarse solo con la mamada? Ni de coña habría ido a algún sitio donde pudieran oírte gritar pidiendo ayuda.

—También es verdad —dijo Susanna—. Pero si llovía, podía ser que no viniera o que quisiera cambiar el día. Y eso habría sido una lata.

—Tener que quitarme de en medio otra vez, menudo coñazo —dije.

—Nos habríamos arreglado. Pero tuvimos suerte; hacía una noche estupenda. Fresca pero sin una sola nube. En cuanto Hugo y tú dejasteis de hacer ruido, nos preparamos...

—Yo creo que esa fue la peor parte, la verdad —apuntó mi primo—: Su poniéndose el chaquetón de Hugo y asegurándose de llevar encima la bolsa con las cosas para tirar en el árbol... Qué asco daba esa bolsa, de verdad, prima. Parecía un kit de haz tu propio muñequito vudú. —Susanna ahogó una risa—. Y yo, buscando ropa oscura para que no me viera Dominic, y metiéndome el garrote en el bolsillo y comprobando como diez veces que no se enredase... Parecía todo irreal. Estaba seguro de que en cualquier momento cerraría los ojos y desaparecería todo, y me despertaría en la cama en plan: «¡Qué fuerte, qué sueño más raro he tenido!». Pero el caso es que siguió siendo real.

—Para mí lo peor fue la espera —comentó mi prima mientras cogía un cigarro del paquete de Leon—, una vez que estuvimos en posición. Me quedé aguardando al fondo del jardín...; no queríamos que Dominic se acercara mucho a la casa, por si algo salía mal, o tú o Hugo mirabais por la ventana. Y Leon se puso detrás del olmo montano. Y lo único que podíamos hacer era esperar. Qué horror. —Una mirada templada hacia mí, por encima del mechero —: Sé que no te hace gracia que lo hiciéramos aquí, pero escogí el jardín en parte porque pensé que hacerlo en nuestro terreno nos ayudaría a no perder la cabeza. Ahora que lo contamos parece como si fuera un paseo, pero no lo fue.

—Yo creo que los dos llevábamos varios días sin comer —apuntó mi primo—, y sin dormir. La gente me tenía que repetir las cosas tres veces porque no me enteraba, ni siquiera la escuchaba. Todo lo que pudiera hacérselo un poco más fácil...

—Lo que pasa que al final el jardín tampoco fue un marco incomparable. Con todos esos sonidos de arañar y ruidos..., que seguramente no eran más que hojas que se caían de los árboles, pero...

—Pero siempre justo en mi oreja —dijo Leon estremeciéndose—, y me

hacían pegar un bote que parecía que iba montado en un palo saltarín. Y las ramas formaban dibujos de cosas en los árboles..., pájaros, personas, ¡serpientes!... Las veía por el rabillo del ojo, pero cuando me fijaba bien, ya no había nada, por supuesto.

—Yo creo que teníamos un noventa por ciento de adrenalina en sangre —dijo mi prima—. Yo sentía la cabeza a mil por hora: y si se trae el coche, y si se rompe el cordón, y si se lo ha dicho a alguien, y si esto o lo otro... Por un segundo pensé, pero convencidísima: «Se me va a ir la cabeza. Me voy a poner a chillar y no voy a poder parar». —Soltó un primoroso aro de humo y se quedó mirando cómo subía hacia el techo—. Sonará a cobardica, pero hay que tener en cuenta que los últimos meses habían sido un infierno. De todas formas, no se me fue. Me mordí el brazo tan fuerte que me hizo volver en mí; las marcas me duraron una semana. Y un par de minutos después de eso, se abrió la puerta del jardín y allí estaba. Tan tranquilo, con las manos en los bolsillos, mirando alrededor como si hubiera ido a comprar la casa.

—Un momento —la detuve (iba un par de pasos rezagado)—. ¿Leon tenía la..., mi..., el cordón de mi sudadera? ¿Lo hizo Leon?

—Es que ese no era el plan original —respondió mi prima con un tono tan brusco que me sorprendió—. Iba a hacerlo yo. Esperar detrás del árbol, escoger el momento en que Dominic me diera la espalda y ¡bum! En teoría Leon solo iba a ayudarme a limpiar el desaguisado.

—Pero cuando lo hablamos, vimos claro que no era un buen plan —explicó mi primo con tranquilidad e incorporándose en el sitio—. Habría sido demasiado arriesgado; había demasiadas posibilidades de que se diera la vuelta en el peor momento, o que directamente nunca se diera la vuelta. Habría sido una estupidez.

—Tendría que haberlo sabido desde el principio —dijo mi prima—. Yo me lo estaba imaginando todo limpito y al alcance de la mano..., literalmente: no tendría ni que tocarlo hasta que muriera... Pero las cosas no funcionan así. Lo que estábamos intentando hacer no era cualquier cosa. Para hacer algo así, hay que pringarse las manos.

No tenía claro lo borracha que estaba mi prima...; solo llevaba copa y media, aunque yo las había cargado bien, para que se les soltara la lengua. A la luz del fuego se le veían los ojos oscuros y opacos, llenos de reflejos que iban y venían.

—Nunca quise pringarte tanto —le dijo a mi primo—. Yo no quería que tuvieras que hacer tú el trabajo sucio. Pero no se me ocurrió otra forma de

hacerlo.

—Yo tampoco quería que tú hicieras tu parte —respondió mi primo (estaban intercambiando una mirada, y había intensidad, intimidad; por un momento pareció que se hubieran olvidado de mi presencia)—. Pero no teníamos alternativa.

Salvo porque, quise decir, sí que tuvieron alternativa: si hubiéramos sido tres, los tres juntos, nos habríamos inventado algo... Incluso aquello les había parecido mejor que dejarme participar.

—Bueno, ¿qué? —pregunté demasiado alto—. ¿Qué pasó?

Se volvieron para mirarme. Pensé entonces que quizá debería estar asustado: un par de asesinos, sincerándose conmigo; si aquello hubiera sido una serie de televisión, no habría salido vivo del salón. Aunque tampoco me hubiera importado.

—Lo hicimos juntos. Era mucho más seguro así. Uno ponía en posición a Dominic bajo el árbol y procuraba que no se moviera mientras lo distraía...

—Eso me tocó a mí —explicó mi prima.

—Y cuando ella lo tuvo donde queríamos —siguió mi primo—, yo aparecí por detrás. Esa parte fue horrible... Tenía que avanzar muy lento, porque si me oía, la cagábamos, pero no quería dejar a Su a solas ni un segundo más de la cuenta...

—Funcionó a la perfección —lo cortó mi prima—. Yo diría que ni se enteró de lo que se le vino encima, salvo por un momento en concreto en que sí que se dio cuenta; yo lo vi, porque estaba prácticamente cara a cara con él; en cuanto se derrumbó, me puse encima de él y le metí en la boca un puñado de chaquetón, el de Hugo. Hasta donde pude por la garganta. Seguramente no habría hecho falta, y habría bastado con el garrote, pero yo quería que ninguno de los dos estuviera seguro de quién le había dado realmente la puntilla. Para mí era lo menos que podía hacer por Leon. Y además quería que quedaran restos de ADN de Dominic en el chaquetón. —Mi prima me miró de reojo, cara tranquila y pálida, una voluta de humo pasándole por la mejilla, y yo pensé: «Pero ¿qué me están contando? ¿Qué es todo esto?»—. Y, si os soy sincera, quería hacerlo yo.

—Fue increíble lo rápido que pasó todo. Yo había estado imaginándome escenas horribles de que tardase una eternidad, ¿como en las pelis de miedo, que cada vez que crees que el malo ha muerto, resucita y vuelve a atacar? Me horrorizaba la posibilidad de no tener fuerzas suficientes... Pero no duró más de un minuto o dos. Eso fue todo. —Levantando el pulgar y el índice,

separados por una fracción—: Duró esto.

—Fue feo pero rápido —dijo mi prima—. En cuanto nos aseguramos de que había dejado de latirle el corazón, el siguiente paso era meterlo en el árbol. Le pasamos una cuerda por debajo de las axilas e hicimos lo de la polea que habíamos ensayado. Yo conseguí medio echarlo por encima de una rama gorda, y luego nos subimos los dos y maniobramos para meterlo en el agujero.

—Aunque fue mucho más complicado que con el saco de rocas —apuntó mi primo inclinándose para coger el vino—. Nos pusimos guantes de jardinería, para no llenarlo de ADN nuestro, pero resbalaban muchísimo, y teníamos que quitarle la cuerda sin que se nos cayera en el suelo, y los brazos y las piernas venga a colgarle de un lado para otro, y se le cayó un zapato...

—Bueno, que no fue divertido —lo interrumpió mi prima al ver mi cara—. Pero si te va a dar un patatús, no creo que debas centrarte en esa parte. A esas alturas poco importaba ya lo que le hiciéramos.

Había malinterpretado mi cara. Yo no estaba horrorizado; simplemente no lograba asimilarlo, la cabeza se me quedaba enganchada «cara a cara con él..., fue feo pero rápido»... Quería más, quería todos los detalles, para estrujarlo con fuerza como cristal roto, y no sabía cómo pedirselo.

—Sé que suena horrible —dijo Leon rellenándole la copa a mi prima—, pero, te lo juro, ya no parecía ni una persona. Eso fue lo más importante. Ahí ya no había Dominic que valiese. El cuerpo era solo una cosa, un objeto enorme y como de trapo del que teníamos que deshacernos. Por momentos casi se me olvidaba el porqué; era como una extraña misión imposible de un cuento, y si no la completábamos antes del amanecer, la bruja vendría y nos convertiría en piedra.

—Dios. Fue mil veces más engorroso que el asesinato en sí. Eso sí que pareció durar una eternidad. Yo no quería ni pensar en qué haríamos si no funcionaba.

—Y luego el puto cordón.

—Ostras, sí, el cordón. Por fin conseguimos meterlo allí, ¿vale?, y estábamos montados todavía en el árbol, y entonces Leon sacó el cordón...

—Me lo había metido en el bolsillo mientras estábamos aupándolo...

—Se suponía que íbamos a deshacer los nudos y meterlo en el hueco del árbol —explicó mi prima—. Pero los putos nudos no querían deshacerse. Seguramente, al utilizarlo de garrote, los habíamos apretado aún más.

—Los guantes tampoco ayudaban. Al rato nos desesperamos, y nos los

quitamos, pero tampoco sirvió de mucho, los nudos estaban duros como piedras...

—Los dos ahí sentados en una rama como dos monos, cada uno intentando desatar un nudo, poniéndonos histéricos ya...

—... se nos partían las uñas...

—Y al final —dijo Susanna con una mirada de exasperación—, a Leon le entró el cague y lo tiró tal cual al agujero.

—¿Y qué íbamos a hacer si no con él? Como comprenderás, no podíamos echarlo a la basura, la poli podía venir a registrar la casa... Y tampoco habría ardidado bien, era como de nailon o algo...

—Tirarlo en una papelera en la otra punta de la ciudad. Tirarlo al canal. Cualquier cosa. Ese garrote era lo único que demostraba que había sido asesinado. Sin eso, mientras no lo encontraran dos semanas después, podría haber parecido un suicidio, una sobredosis, que se hubiera caído sin más dentro porque estaba borracho y era medio tonto...

—Fue por culpa del garrote por lo que Rafferty pensaba que había sido yo —dije.

—Sí, ya, lo siento mucho. Es lo que he dicho, que no era el plan.

—Ah, vale, pues ya está, ya con eso está todo arreglado.

—¡Intentamos recuperarlo! —insistió mi primo—. Yo metí el brazo por el hoyo y “hurgué”... Fue asqueroso, le metí los dedos ¡en la boca!, fue como si me mordiera un zombi. Pero no lo encontré; debió de colarse hacia abajo. ¿Qué íbamos a hacer? ¿Volver a sacarlo y meternos dentro para encontrarlo?

—Al final nos rendimos —concluyó mi prima—. Nos bajamos y nos quedamos tirados bajo el árbol como si nos hubieran disparado dardos tranquilizantes. En mi vida he estado más cansada. ¡Ni después de parir! Nos hubiéramos quedado allí dormidos si hubiéramos podido.

—Yo creo que me quedé —dijo Leon—. Recuerdo estar allí tirado con la hierba en la cara, jadeando como si hubiera echado una carrera, chorreando sudor, y lo siguiente que vi fue a Su sacudiéndome por el hombro y diciéndome que me despertara porque teníamos que deshacernos del móvil de Dominic.

—El móvil era lo que más preocupada me tenía, la verdad —comentó mi prima—. A ver, también era nuestra gran baza...; con un solo mensaje podíamos hacer que todo el mundo creyera que había sido un suicidio, así de fácil; antes de los móviles, falsificar una nota de suicidio habría sido mucho más arriesgado. Pero por otra parte yo sabía que la Garda podía rastrear la

señal. No con la precisión de ahora con el GPS, pero aun así podían obtener la zona general por las antenas a las que se había conectado. ¿Os acordáis del tío ese del que hablaron tanto en las noticias, el que mató a la mujer y le pillaron porque el teléfono no estaba donde dijo que estaba? Estuve leyendo un montón sobre el tema. Pensé en pedirle a Dominic que apagara el móvil porque tenía miedo de que me echara fotos mientras se la chupaba o algo así, pero al final decidí que no era buena idea. La poli seguiría pudiendo rastrear el móvil hasta esta zona, pero si lo apagaba aquí, pensarían que fue aquí donde la cosa se torció. Si el móvil iba luego a otra parte, sabrían que había estado en toda esta zona un tiempo, pero también que luego se había ido. Podían pensar que solo había estado rondando por aquí mientras decidía si matarse o no..., que había estado pensando en tirarse al canal y luego había cambiado de opinión, ¿no? Y además Dominic conocía a más gente por la zona; los polis no tenían razones para vincularlo necesariamente con nosotros. —Esa voz serena y absorta del que va desmenuzando los detalles de un problema interesante—. En el peor de los casos, aunque consiguieran rastrear hasta aquí la señal, o alguien lo hubiera visto por el callejón, por ejemplo, yo lo tenía todo planeado: pensaba desmoronarme y confesar que había venido a verme para decirme que estaba loco por mí y yo le había rechazado y que se había ido de aquí gritando, diciéndome lo mucho que me arrepentiría. No era un plan perfecto, pero era lo que había. Y Leon habría corroborado mi versión.

—Habíamos ensayado toda la historia, por si acaso —apuntó mi primo—. Aunque yo deseaba con todas mis fuerzas que no hiciera falta; no sé si habría podido mantener la calma si se hubieran acercado tanto.

—Seguro que lo habrías hecho bien. Pero, vamos, que de todas formas el móvil tenía que aparecer en un marco incomparable para suicidios. Al principio pensé en Bray Head. A ver, era Dominic; ni de coña habría ido al Northside, ni para matarse. Pero Howth Head estaba más cerca y allí se suicidaba más gente, y por lo que pude averiguar sobre las corrientes, era más factible que no encontraran el cuerpo si se tiraba desde Howth Head. Así que Leon se fue para allá con el móvil.

—¿Por qué él? —pregunté (de haber tenido que escoger, yo personalmente le habría confiado la misión a mi prima mil veces antes que a mi primo; de hecho, me lo habría confiado a mí antes que a mi primo, pero ellos decidieron que yo no valía ni para eso).

—Muchas gracias —protestó mi primo.

—Nadie se fijaría en un chaval andando solo a altas horas de la noche —

me explicó mi prima—. Pero en una chica sí. Podría haberme identificado alguien. Yo de verdad que no quería echarle más cosas encima a Leon..., incluso pensé en remeterme el pelo bajo una gorra y fingir que era un tío, pero como alguien me calara con esas pintas, sí que me recordaría.

—A mí no me importó. De verdad. Tú me lo hiciste todo tan fácil. —A mí —: Lo tenía todo planeado para mí, paso por paso.

—Es lo mínimo que podía hacer. A ti te tocó la parte más chungueta del tema. —Mi prima estaba mirándole con ese resplandor de pura admiración y cariño que le había visto antes, en un par de ocasiones, y que hasta ese momento no llegué a entender—. Las partes más gores. Y tú lo hiciste todo a la perfección. ¡Te portaste como un puto gladiador!

—Gracias a ti. En la vida se me habrían ocurrido a mí las cosas en las que tú caías. Si lo hubiera planeado yo todo, nos habrían pillado..., pero al día siguiente, vamos. Ella me dijo —(a mí)— que no podía coger un taxi hasta Howth porque el taxista podía reconocerme luego. Así que fui andando hasta el centro y allí pillé un taxi hasta Baldoyle. Le dije algo al taxista en plan: «Dios santo, mis amigos siguen dándole a tope, pero yo tengo que trabajar por la mañana», pero aparte de eso no abrí el pico. Hice como que me quedaba adormilado contra la ventanilla, para que no se pusiera a darme palique. Su tenía planeado hasta eso.

—Estaba claro que la poli intentaría reconstruir los movimientos de Dominic de esa noche —comentó mi prima—, que querían averiguar cómo había llegado hasta Howth. Sabrían que no habría ido andando, por la velocidad a la que el móvil había cambiado de antenas... Lo ideal hubiera sido que Leon hubiera hecho todo el camino andando, pero habría tardado como mínimo tres horas, así que habría sido demasiado cogido por los pelos, y no queríamos arriesgarnos a que se perdiera por el camino y tuviera que preguntar direcciones. Imaginé que la poli hablaría con taxistas, y si veían que ninguno reconocía a Dominic, pensarían que, o bien hizo autostop y quien lo recogió no quería dar la cara, o bien fue en un taxi de mentira..., de esos piratas, o algún tío sin licencia que le cogió el taxi prestado a su colega, o quizá alguien que no tenía que haber estado trabajando porque estaba cobrando el paro o era refugiado. Todo eso nos valía. Pero si descubrían que un tío que no cuadraba con la descripción de Dominic cogía un taxi ida y vuelta de aquí a Howth en plena noche, seguramente eso sí que les habría llamado la atención.

—Fui andando desde Baldoyle —contó mi primo—. No subí hasta arriba

del todo, porque ¿como que era de noche y el camino bordeaba un acantilado? No, gracias. Solo subí un poco, hasta que me aseguré de que nadie me viera, y luego mandé el mensaje. Estaba cagado por si no conseguía enviarlo, por si no había cobertura suficiente, pero fue todo bien. En cuanto vi el «Enviado» en la pantalla, limpié mis huellas del teléfono y lo lancé con toda la fuerza que pude.

—Habría dado igual que no hubiese caído al mar —dijo Susanna—. Podría haberlo tirado Dominic de camino a la cima del acantilado.

—Y luego me fui a casa y ya está —siguió mi primo—. Fui andando hasta Kilbarrack y cogí un taxi desde allí. En la ida iba con una sudadera blanca encima de una azul, y en la vuelta me las cambié y me puse una gorra. Así que, aunque la poli se dedicara a preguntar por ahí y los dos taxistas me recordaran, no parecería el mismo tipo.

—Idea tuya —le dije a mi prima, que asintió volviéndose sobre el costado para mirar a Leon.

—Le dije al taxista que me dejara ya en llano, por Ranelagh... Su había elegido la carretera, no me acuerdo de cuál era. A ese le dije que me había peleado con la novia. Y luego me eché otra vez a “dormir” contra la ventanilla. —Giró la copa en las manos mientras contemplaba cómo se deslizaba el fuego por la curva—. Esa fue la parte más rara, la vuelta en taxi. Hasta entonces el tema había sido hacer las cosas: que esto salga bien, no te olvides de esto, no la cagues con lo otro, venga, venga. Y luego, de pronto, todo había acabado; no quedaba nada que hacer. Solo teníamos por delante... el resto de nuestras vidas, sin Dominic. Pero con aquello en cambio. —Respiró hondo—. El taxista tenía puesta, pero a un volumen muy bajo, una emisora de clásicos del rock: REM, David Bowie... Todavía estaba oscuro, pero por un lado el cielo empezaba justo a clarear, con un mínimo de gris, y no sé por qué, pero daba la impresión de que la tierra titilara, como si las ruedas del taxi no pisaran la carretera y estuviéramos flotando. Había una sola estrella, muy brillante, baja en el horizonte. Era bonito.

Mi prima lo miraba con la cabeza echada sobre el codo en el reposabrazos.

—Yo tuve la misma sensación —dijo, y luego a mí—: Después de que él se fuera yo eché las cosas de la bolsa de bocadillos por el agujero y lo cubrí todo con un montón de tierra y hojas para disimular el olor. Guardé la escalera, la cuerda y los guantes, alisé todos los huecos que había dejado la escalera bajo el árbol, y volví a colgar el chaquetón de Hugo en el armario de los abrigos. Y luego me quedé en mi cuarto, con las luces apagadas por si Hugo o tú ibais al

baño. Lo repasé todo en mi cabeza, para asegurarme de no haber olvidado nada, pero no, ya no quedaba nada por hacer. Y aunque hubiese querido echar marcha atrás, no habría podido. —Había apartado la vista y miraba ahora el fuego—. Sentí una paz increíble. No tendría que haber sido así; debería haber estado subiéndome por las paredes por la adrenalina, o perdiendo la cabeza por los remordimientos o algo, ¿no? Yo y todas mis cruzadas morales, y ahora iba y mataba a alguien. Pero me quedé allí sin más, sentada ante la ventana, mirando el jardín. Parecía distinto..., pero no mal, simplemente distinto. —Meditó al respecto—. ¿Más claro, quizá? Me entraron ganas de poner en pausa el resto del mundo y quedarme allí sin más un año o dos, mirando.

Así aovillada, con cara soñadora en la penumbra, el pelo desordenado contra el rojo desvaído del sofá, podría haber parecido ella misma de pequeña, cansada después de un día de juegos; mi primo, apoyado contra el sillón y despatarrado de cualquier manera, podría haber parecido el pequeño polvorilla de su infancia, con la cara llena de churretes y las rodillas de arañazos. Casi. Habíamos estado tan unidos por entonces, con una intimidad tan intrínseca que ni pensábamos en ella. No me cabía en la cabeza cómo podían haber llegado tan lejos.

—Al final me sonó el móvil con un mensaje —dijo Susanna—. Y luego oí el tuyo en la otra planta, y el de Leon..., que se lo tuvo que dejar aquí; no me hacía gracia, por si pasaba algo y teníamos que hablar por teléfono, pero si los polis se ponían a hurgar en el tema no podíamos permitir que el móvil de Leon se hubiera conectado a alguna antena de Howth. Esperé un minuto antes de mirarlo..., por si la policía se ponía a comprobar las horas en los teléfonos y podían saber a qué hora lo había leído (no quería que pareciera que estaba esperándolo). Y ahí lo tenía.

Y yo, tan tranquilo durmiendo. Apenas me di la vuelta para alargar el brazo cuando me vibró el teléfono, miré el mensaje, «¿Qué me estás contando?», y vuelta a dormir.

—Al rato Leon llegó a casa y me dijo que todo había ido bien —continuó mi prima—. Fuera se estaba haciendo de día. Estábamos los dos muertos de hambre, así que me puse a preparar unos bocatas y té...

—Susurrando en la mesa de la cocina —dijo mi primo—, con la risa floja como un par de chiquillos pegándose un festín nocturno. Yo estaba como mareado. La comida me supo a gloria; yo creo que no he comido nada más rico en mi vida.

—Y luego nos fuimos a la cama. Seguramente tendríamos que habernos

removido y dado vueltas y haber tenido pesadillas, pero en realidad no creo que haya dormido tan profundamente en mi vida.

—Dios santo... Como si me hubieran pegado con un bate de béisbol. Podría haber dormido veinticuatro horas seguidas, si no hubiera venido Su a sacarme a rastras de la cama.

—Es que no podíamos llegar tarde al trabajo. Teníamos que actuar con total normalidad. No era muy complicado; lo único que teníamos que hacer era seguirle la corriente al resto: ¿a ti te ha llegado el mensaje de Dominic Ganly, qué fuerte, de qué iba todo eso, alguien ha hablado con él? ¡Ay, no, espero que no haya hecho ninguna tontería! —Se incorporó sobre el codo para coger otro cigarro—. A partir de ahí fue todo como rodado.

Intenté rememorar ese otoño. Me parecía imposible no haberme dado cuenta de nada; había estado muy ocupado con la facultad, las nuevas amistades, varios clubes deportivos y saliendo por ahí, pero de algo tenía que haberme dado cuenta, habían matado a una persona, ¿cómo iba a haber pasado por alto algo así? ¿No tendrían que haberme parecido distintos, marcados, atormentados o algo por el estilo?

—¿No teníais miedo de que os pillaran?

—Deberíamos haberlo tenido —dijo Susanna sacudiendo el mechero de Leon—. Pero no, la verdad es que no. Recuerda que estábamos acostumbrados a tener miedo; a esas alturas era como nuestro modo de vida por defecto. Y lo de «Uyuyuy, que la poli quizá se dé cuenta de que Dominic no se suicidó y podrían quizá vincularnos con su muerte y quizá conseguir pruebas suficientes para arrestarnos y quizá declararnos culpables» daba mucho menos miedo que «Dominic Ganly me va a violar o a matar en cualquier momento».

—Yo sí estaba asustado, pero era por momentos, si me paraba a pensarlo demasiado. Tampoco era que tuvieran que buscar mucho para encontrarlo, estaba claro, y en cuanto eso pasara, se nos acabaría el rollo. Lo único que nos salvó fue que ni se les ocurrió investigarnos.

—Tuvimos suerte. Dominic se creía tan listo, con eso de no mandarme mensajes chungos para que yo no tuviera pruebas. Pero si hubiera tenido el móvil lleno de mensajes crueles contra mí, la poli habría caído en picado sobre mí en cuanto los hubiese leído.

—Pero la poli vino, ¿no? —pregunté.

A esas alturas nada de lo que salía de mi memoria me parecía de fiar, pero aun así estaba seguro al cien por cien de que una tarde que yo andaba con resaca por la casa y estaba a punto de salir porque había quedado con los

chicos para una copa curativa, les abrí la puerta de la casa a dos tipos trajeados con cara de paletos, con las credenciales fuera y haciendo preguntas inútiles; lo había olvidado por completo hasta ese momento...

—Sí, sí, vinieron dos —corroboró mi prima—, como a la semana o así. Hablaron con todos los que lo conocían, aunque a mí me dieron trato preferencial... Supongo que alguna colega mía les contó que Dominic me había estado tirando los trastos, y querían que les contara mi versión. Menos mal que no se presentaron aquí los mismos a los que intenté denunciarlo..., que eran agentes normales, de los uniformados. Los que vinieron a hablar conmigo eran inspectores, con traje, como Rafferty y Kerr. Vamos, seguramente los otros, los uniformados, ya se habrían olvidado de mí para entonces, pero, aun así, eso sí que me habría dado miedo.

—Ostras —dije (el mundo por el que yo había estado rebotando alegremente tenía tan poco que ver con aquel otro, uno que transcurría por su propia senda oscura y subterránea, que no conseguía hacerlos encajar en mi cabeza)—. ¿Qué les dijiste?

Mi prima se encogió de hombros.

—No fue para tanto. Me trataron bien, no era sospechosa ni nada de eso; no era más que la número noventa y tantos de una lista de amigos y conocidos que tenían que ir tachando. Les conté prácticamente lo mismo que me habían dicho los de la comisaría cuando lo denuncié: Dominic solo lo hacía en broma, era una especie de chiste recurrente. Y se lo creyeron, se notaba. A ver —(extendió las palmas de las manos, pidiendo objetividad)—, solo había que mirarme a mí y mirar a Dominic. Luego hice como si me diera un bajón porque, qué fuerte, ¿y si realmente había estado enamorado de mí todo ese tiempo y yo no me había dado cuenta, y ya no pudo soportar más el dolor? Así que me eché a llorar un poco. Y me dijeron que, fuera como fuese, no era culpa mía y que él estaba afectado por las notas de los exámenes y que no me fuera yo a preocupar por eso. Y después se largaron.

—Y menos mal que lo manejaste así de bien —intervino mi primo, que volvió la cabeza para soltar un penacho de humo—. Dios... Con Toby y conmigo no estuvieron ni cinco minutos..., seguramente nadie les contó las cosas que me hacía Dominic; por no dar tan mala impresión de un chico tan encantador, quizá, o alguna estupidez por el estilo. Pero contigo estuvieron aquí como media hora. Yo, mientras, me metí en mi cuarto y me entró un tembleque tan fuerte que no podía ni levantarme, chorreando de sudor. Estaba convencido de que aporrearían la puerta en cualquier momento y nos llevarían

a rastras a la cárcel...; me estaba planteando hasta cortarme las venas mientras todavía tuviera ocasión. Si a ti se te hubiera escapado lo más mínimo, si nos hubieran considerado una posibilidad siquiera por un segundo, la habríamos cagado. La supercagada.

—Venga ya, hombre —dije (no sé por qué, pero el viejo numerito melodramático de mi primo me enfureció más que nunca; era como si estuviera sobredimensionando adrede el tema para recalcar lo mucho que yo me había perdido)—. Fue básicamente en defensa propia. Aunque os hubieran pillado, tampoco creo que os hubieran encerrado de por vida y si te he visto, no me acuerdo. Ahora que lleva ya ahí diez años, las cosas no son tan simples, pero si hubierais ido directamente a la poli... —Ambos se echaron a reír—. ¡¿Qué?! ¿Qué mierda os hace tanta gracia?

—Ay, madre... —dijo Leon en medio de otro estallido de risa—. Por eso mismo no quisimos implicarte.

—A Dios gracias —dijo mi prima.

—¿De qué vais?

—«Perdone, agente Colega, mire, tengo una movida que quiero contarle y eso, pero tiene que ser rápido porque he quedado con mis colegas en el pub»...

—Pues claro que nos habrían metido en la cárcel —dijo Susanna como si estuviera explicándole algo a su hija—. Teníamos cero pruebas de que hubiese sido en defensa propia, solo tenían nuestra palabra. ¿Y tú te crees que nos habrían creído?

—¿Por qué no? Erais dos, contando la misma historia, y tus colegas podían haberos respaldado...

—Chicas adolescentes. Histéricas, mentirosas o ambas cosas, seguro... Los polis ya pensaban de por sí que yo era una histérica. ¿Por qué iba a habernos creído nadie?

—Y a un gay —apuntó mi primo—. Yo todavía no había salido del armario, pero ellos habrían tardado dos minutos en darse cuenta. Los maricas somos también unos histéricos, ya se sabe, y unos depravados, por no hablar de nuestra laxa moral.

—Y al otro lado de la balanza un joven íntegro y decente, un apuesto héroe del rugby como Dominic Ganly.

—Que sí, que estaba un poco deprimido —siguió mi primo—, pero eso era solo por las notas y seguramente por culpa de la zorra desagradecida esta —(mi prima saludó, como dándose por aludida)—, que se negó a apreciarlo

como se merecía. Pero no tenía una enfermedad mental ni nada parecido. A él no le pasaba nada malo, más allá de la efervescencia y la testosterona de la edad. Era un buen tío..., tú mismo lo dijiste. —Mirada de soslayo para mí—. Todo el mundo le quería, o por lo menos todos los que importaban. Los periódicos no hicieron más que babear con lo maravilloso que era, el potencial que tenía, tal y como lo contaban parecía que fuera el mismísimo Cuchulainn volviendo para salvar a la nación de sí misma... El país entero habría pedido nuestras cabezas. Seguro que habrían restituido la pena de muerte solo para nosotros. ¡Normal que estuviera muerto de miedo!

—Pues yo no, ni por un segundo —intervino mi prima—. Antes de hacerlo, sí, me sentía paralizada, pero en cuanto él desapareció, yo... —Esperé a que terminara la frase, hasta que un momento después sacudió la cabeza, se rio y apagó el cigarro.

—Ah, sí —dijo Leon, y vi un asomo de sonrisa también en su voz—. Eso también estaba ahí.

—¿El qué? —quise saber.

Intercambiaron una mirada. El fuego había vuelto a perder fuerza, con parches de rojo desvaído palpitando entre la leña calcinada. La cortina de humo se removía ociosa, en pequeños remolinos y espirales.

—Yo creo que a los dos se nos fue un poco la olla —dijo Leon—, a cada uno a su manera. Era todo tan raro, tan confuso. Para mí la mejor manera de expresarlo es que parecía como si de repente hubiera demasiado oxígeno en el aire, y nuestros cuerpos tardaran un tiempo en acostumbrarse.

—Perdona, pero a mí no se me fue la olla —dijo mi prima—. Yo solo me dediqué a divertirme. Llevaba mucho tiempo sin poder hacerlo. Y no solo por Dominic, para ser justa. Antes de eso, todo el mundo me tenía por la típica niña buena, la empollona seria que se porta bien; tenía la sensación de no poder salir de ese estereotipo, de ni siquiera poder pensar si quería o no romperlo. Y en cuanto Dominic empezó a acosarme... Joder, es que tenía la impresión de que él podía utilizar como pretexto cualquier cosa medio divertida que yo pudiera hacer (arreglarme, o salir, o emborracharme, o reírme con la gente): «Ibas tan ciega y con las tetas fuera, estaba claro que querías tema». Y si no Dominic, otros como él. Después... —Se encogió de hombros—. Ya no se me hacía un mundo. Evidentemente, la opinión de Dominic ya no era un problema, pero los demás dejaron de darme miedo porque sabía que ya no tenía que aguantar sus gilipolleces. A ver, no es que fuera a pulsar el botón de destrucción cada vez que alguien se me colara en el

autobús, pero saber que yo podía hacer algo al respecto hacía que el mundo pareciera menos peligroso. Y me importaba ya una mierda que se supusiese que yo era la niña buena.

—Yo creo que a esas alturas el calificativo de niña buena se te había quedado grande —dijo Leon con una sonrisa burlona.

—Lo mío ya no tenía remedio —dijo alegremente mi prima mientras levantaba la copa—. Así que me dediqué a divertirme. ¿Te acuerdas de los hippies esos con la furgoneta, los que me llevaron hasta Cornualles? ¿Y del colega ese que se llamaba Athelstan, el que me enseñó a tocar el dulcemele?

—A tus padres les iba a dar algo —dije (toda aquella historia me estaba tocando bastante la moral)—. Creían que te habías metido en una secta o algo así, o que te habían raptado, o se te había ido la cabeza.

—Todo crío tiene derecho a rebelarse. Yo había sido una santa durante todos los años del instituto. Fue para compensar. —Y volviéndose sobre el costado para estirar la espalda en el sofá—: Todavía tengo a Athelstan en Facebook. Vive en Portugal, en una yurta. —A mi primo le entró la risa floja—. No sé de qué te ríes. ¿Cómo se llamaba tu amigo ese que iba por ahí con unas alas moradas así de grandes?

—¡Madre mía, Eric! Era un amor. ¿Qué habrá sido de él? Me acuerdo de una vez que estábamos fumadísimos y entramos en el Arts Block del Trinity a última hora de la noche, justo antes de que cerraran. Queríamos quedarnos ahí dentro a pasar la noche. Hasta que el guardia de seguridad nos vio y nos pusimos como a jugar al escondite con él, por todas aquellas salas vacías, y venga a escondernos detrás de sillas, pero a Eric se le quedaban las alas enganchadas...

—Vaya, qué bien os lo pasabais —dije (hacía tiempo que se me había pasado el subidón del café: estaba otra vez con náuseas, dolor de cabeza y cansado hasta la extenuación)—. Me alegro de que os divirtierais tanto.

—No pretendemos frivolar —replicó mi prima—. Lo que pasa es que ya hemos tenido tiempo de acostumbrarnos.

—¿Y cómo es que no has acabado viviendo en una yurta y tocando el dulcemele? —pregunté—. Con lo liberador que fue... ¿Cómo es que ahora eres una Supermamá de Adosado?

—Oh oh, alguien está de mala leche... —dijo mi primo.

Pero mi prima ignoró mi tono.

—Lo que pasó fue que al tiempo empecé a sentir como si lo que yo pudiera hacer importara, como si tuviera peso. Era la primera vez que lo sentía. Todas

esas campañas en las que me involucraba en el instituto, venga a escribir millones de cartas para Amnistía y a recaudar fondos para países donde había sequías, y nunca cambiaba nada: el colega seguía pudriéndose en alguna cárcel apestosa, y los niños seguían muriendo de hambre. Y yo lloraba y todo por esas cosas. —A mí—: Una vez me pillaste llorando; te pareció que era una tontería muy grande, pero te portaste bien conmigo.

—Ah. Algo bueno.

Pensé entonces en que debería estar experimentando cierta sensación de triunfo: había logrado lo que había estado persiguiendo, me había abierto camino como un sabueso hasta la respuesta a la que ni Rafferty, el lobo feroz, había conseguido dar caza. Se me escapaba por qué estaba tomándomelo todo como una tremenda decepción...

—En cierto modo tenías razón. A ver, sí, yo estaba llorando de verdad por un colega al que torturaban en Myanmar, pero también porque tenía la sensación de no ser nada..., de estar hecha de algo blando y suave, de plumas. Podía darme de cabezazos hasta la muerte contra las cosas, que no se moverían ni un ápice; ni siquiera notarían mi presencia. —Le dio un sorbo al vino—. Matar a Dominic, en cambio... Puedes pensar lo que quieras sobre las implicaciones morales, pero has de admitir que de algo sirvió. De algo muy concreto.

—Sí, eso no te lo quito.

—Quería hacer más cosas así... A ver, no así como esa, pero sí cosas que sirvieran para algo de verdad. Cosas con peso. Fumar hachís con Athelstan y cantar alrededor de una hoguera era demasiado suave, liviano. Conocí a Tom uno o dos meses antes de largarme a Cornualles, y era evidente que estaba loco por mí, pero no había tenido ni espacio mental para pensar si a mí me gustaba él. Pero cuando me paré a pensarlo, me dio la sensación de que él tenía peso. Estar con él sería serio; no como enrollarme con Athelstan para divertirme un rato. Sabía que si me liaba con Tom iba a acabar casándome con él. Así que volví a casa y lo llamé.

—Y menos mal, porque yo lo tenía colgado como un cachorrillo, con esos ojos de bobalicón, preguntándome una y otra vez que cuándo volvías. Habría sido mucho más simpático con él si hubiera sabido que te gustaba. Le dije que te habías casado desnuda con Etelberto el Santo en una ceremonia wicca en Stonehenge.

—Ya lo sé, pero no te creyó. —Le enseñó el dedo a mi primo—. Y con lo de tener hijos, lo mismo: no me parecía más importante que hacer una tesis o

lo que fuera que hubiera podido hacer; simplemente me parecía más contundente. Y podía ver que servía de algo, justo delante de mis ojos; hicimos a dos personas desde cero, no hay nada más concreto que eso. —A mí —: Yo sé que tú siempre pensaste que estaba loca por haber dejado que me hicieran un bombo tan joven. Y sé que Tom nunca ha sido santo de tu devoción. Pero para mí tenía sentido.

—Jo, yo no he tenido nada de eso —dijo mi primo, que estaba mirándola con curiosidad—. Más bien al contrario.

—Pero sí que hiciste cosas que importaron —dijo Susanna volviéndose sorprendida hacia él—. Ese otoño saliste del armario. Yo siempre he pensado que fue por lo de Dominic, ¿no?

—Ah, por supuesto. Si no hubiera sido por eso, seguro que todavía estaba allí metido. Llevaba años angustiado con el tema.

—Tampoco eran los años cincuenta —respondí—; no iban a hacerte el vacío ni a embadurnarte de brea y plumas.

—Ya lo sé, gracias por la aclaración —dijo Leon con un deje de aspereza—. Sabía perfectamente lo que podía pasar. Tendría que escuchar más chistes malos llenos de topicazos, perdería a un par de amigos y mi padre intentaría convencerme de que solo era una fase. Hasta ahí podía soportarlo. Era la idea de que los demás me vieran distinto, de dejar de ser una persona para ellos, de no volver a ser solo yo, sino ser gay y punto. Si decía algo con arrogancia, ya no sería porque tenía razón o porque estaba de mal humor o porque siempre había sido un borde de mierda; sería porque los gays tienen todos mucha mala leche. Si algo me preocupaba, no sería porque tenía una buena razón, sería porque es que son todos tan exagerados... Seguro que a ti te parece que no tiene mayor importancia —(a mí)—, pero a mí sí que me importaba. Por otra parte, tampoco me volvía loco la idea de pasarme el resto de la vida en el armario. Quería salir con tíos, por Dios, cogermelos de la mano en un pub, llevarlos a mi casa para presentarlos a mis padres; no creo que fuera mucho pedir. Pero estaba totalmente paralizado. Y creía que me quedaría así, atrapado de por vida, entre la espada y la pared. Pero después de lo de Dominic —(alargó la mano para coger el atizador y avivó el fuego, que disparó una llamarada entrecortada y brava)—, me cambió totalmente la perspectiva. Si la gente ya no me veía igual cuando saliera del armario, ¿qué más me daba? Y no era un rollo de ser valiente o de *carpe diem*, es solo que... —Se encogió de hombros—. Ya mismo no estarían en mi vida. Nada duraba para siempre, y no lo digo en plan *emo*, es un hecho. Dominic supuso una

presencia colosal en mi vida durante años, esa gran figura acechante tras cada cosa, me acostaba pensando en él, tenía pesadillas con él y me despertaba por la mañana temiéndolo. Y luego hicimos aquello, una sola cosa que nos llevó un par de minutos, y desapareció. Para siempre. Después de eso cuesta pensar que algo pueda ser permanente. Lo que tú tienes —(a Susanna)—, el marido, los niños y la hipoteca, el *pack* de hasta que la muerte nos separe, nunca me ha parecido una opción para mí.

—¿Y te habría gustado? —preguntó mi prima, que por primera vez parecía preocupada, girándose en el sofá para escrutar la cara de Leon en la oscuridad—. ¿Habrías preferido hacer lo que yo?

Mi primo reflexionó al respecto mientras acercaba con cuidado trozos de troncos calcinados al centro del fuego.

—No. Y no porque desdeñe lo que tú tienes, pero no es mi estilo. Yo estoy feliz con como soy. Tiene sus desventajas..., he dejado a todos mis novios, o les he obligado a dejarme, y siempre me siento como la mierda. Pero me gusta la sensación de que todo sea posible. Dentro de un año podría estar perfectamente en la isla Mauricio o en Dubrovnik. —Levantó la vista y miró sonriendo a mi prima—. Me encanta viajar, ya lo sabes. Siempre me ha gustado. Cuanto menos conozco un sitio, más me gusta. Los páramos de Yorkshire..., ¿no suena maravilloso? ¿Todo ese espacio, ese brezo y esos nombres vikingos? Y Nueva York, y Goa, y... El encanto se deshace en cuanto los conozco un poco, y empieza a entrarme el picor de culo inquieto, pero está bien así, porque no me ato a nada. No tengo que elegir uno; puedo tenerlos todos. —Sonrió—. Y como también me gustan mucho los tíos, tampoco tengo que quedarme con uno solo.

Mi prima le devolvió la sonrisa.

—Bien. Ya me mandarás una postal —dijo alargando una mano, y mi primo entrelazó sus dedos con los de ella y le dio un apretón cariñoso, mientras en la chimenea saltaba una astilla de madera y chisporroteaba.

Parecían extraterrestres, como si estuvieran hechos de un material que yo ni entendía ni debía tocar. La curva de la mejilla de mi prima, blanca y suave como piedra pulida, bajo la capa de fuego en movimiento. La larga sombra del brazo de mi primo acariciando la pared al retirarse el pelo de la cara.

—Bueno —dijo Susanna, que se sentó con la espalda apoyada en la esquina del sofá y se me quedó mirando—. Ahí lo tienes.

—Vaya. Bueno.

—¿No era lo que esperabas?

—No, la verdad es que no.

—¿Y te parece bien?

—Ni siquiera tengo claro qué me estás preguntando.

—Ya te acostumbrarás, dale tiempo.

Mi primo estaba mirándome de reojo.

—Dinos que no piensas correr a contárselo a Rafferty —me dijo en broma, salvo porque no me lo preguntaba en broma.

—¿Cómo? —Ni se me había pasado por la cabeza—. No.

—Pues claro que no va a ir —dijo mi prima—. No es tonto. Y aunque quisiera que fuéramos a la cárcel, que no es el caso, no es como si por contárselo a Rafferty fuera a pasar. Lo único que haría sería levantar una gran polvareda de jaleo y caos, y cuando se despejara, estaríamos básicamente donde estamos ahora. Todo está bien como está. —Arqueó una ceja mirándome—. ¿No crees?

—No si Rafferty sigue pensando que fui yo.

—Qué va, no piensa eso. Y aunque lo pensara, no podría hacer nada al respecto. —Al ver que no respondía—: En serio, Toby, tú tranquilo, que lo tengo todo controlado.

—Pero... —dije, mirando de uno a otro (había cosas que tenía que preguntarles, cosas vitales, pero no conseguía ponerles nombre)— ¿no os sentís mal?

En cuanto lo dije, sonó a pregunta estúpida, moralista, de ingenuidad fingida. Esperé algún desaire mordaz, pero se quedaron callados un momento, mirándose, pensándose.

—No, sé que suena fatal, pero no —reconoció mi primo.

—Por Dominic no —dijo mi prima—, pero sí por sus padres. Al principio no, porque algo de culpa tendrían de que su hijo fuera un gilipollas y un creído, pero cuando tuve a los niños, sí. Aunque por él nunca me he sentido mal. Y eso que lo he intentado, pero nada. Que le den.

—A ver, yo preferiría que nunca hubiera pasado nada de todo eso. Ojalá nunca lo hubiéramos conocido. Pero como no fue así...

—¿Ah, sí? —preguntó Susanna interesada—. ¿De verdad?

—Pues sí, preferiría no haber tenido que matar a nadie. ¿Tú no?

Mi prima se quedó pensativa.

—No lo tengo claro. No sé si habría tenido valor de ser madre si no hubiera pasado por algo así. Tampoco es que Dominic fuera un supervillano único en su género; el mundo está lleno de gente como él; y si encima no

puedes hacer una puta mierda al respecto, salvo tragar, y tener que escuchar que la gente te diga que no es para tanto, así ¿cómo va a tener nadie hijos? Ahora —(cogiendo la manta para ponérsela en los pies; la habitación empezaba a enfriarse de nuevo)— por lo menos sé que, como alguien intente putear a mis hijos, tengo bastantes posibilidades de cargármelo.

—No ha sido *El corazón delator* de Poe —me dijo mi primo con otro cigarro entre los labios y el clic del mechero—; no nos hemos pasado los últimos diez años oyendo dedos de esqueleto arañando el olmo cada vez que pasábamos por delante.

—De vez en cuando había algún tormentón, y yo me ponía en plan «ojalá no tire el árbol» —dijo Susanna—, pero básicamente eso ha sido todo. Veía el olmo cada vez que veníamos, y nueve de cada diez veces ni pensaba en Dominic al verlo. Hasta he apoyado la espalda contra el tronco.

—Aunque hubiera estado bien que lo hubieras tenido mínimamente en la cabeza para haberles enseñado a tus niños a no hurgar en el puto árbol —le dijo Leon a mi prima lanzándole una mirada exasperada.

—¡Se lo dije! Se lo dije como un millón de veces. Pero fue la manera de Zach de llamar la atención, por lo afectado que estaba por lo de Hugo...

—Ya, pero tú sabías que estaba así. Podrías haberlo dejado con tus padres o...

—Yo no sabía que Hugo iba a convocar una reunión importante. Y además, ¿por qué iba a ser mejor? Dominic seguiría ahí y tendríamos que lidiar con él tarde o temprano. Por lo menos ahora...

Discutiendo como críos, como si uno le hubiera tirado el móvil al otro o le hubiera derramado la Coca-Cola en las tareas.

—No lo entiendo —dije, lo suficientemente alto para que los dos pararan y se me quedaran mirando.

—¿El qué? —preguntó Susanna.

—Joder, pues que matasteis a una persona. Sois... —(los dos mirándome inquisitivos, interesados, me costó concentrarme)— sois asesinos. ¿Cómo...? —(«¿Cómo es que no se os ha quedado hecha mierda la cabeza? —era mi pregunta—. Sois vosotros quienes tendríais que tenerla hecha mierda, no yo, ¡no es justo!»)— ¿Cómo es posible que no os parezca para tanto?, ¿que no os sintáis culpables?

De nuevo silencio y esas miradas de reojo. Noté cómo reflexionaban, aunque no sobre hasta dónde debían contarme, sino sobre hasta dónde llegaría mi entendimiento.

—¿Nunca nadie te ha tratado como si no fueras una persona? Y no por algo que hubieses hecho, sino solo por ser quien eras. ¿Alguien que hizo contigo lo que quiso, lo que le dio la gana? —Mi prima me miraba sin pestañear, y con los ojos tan brillantes que, por un momento de locura pasajera, me dio hasta miedo—. ¿Y no te sentiste totalmente impotente, como si no pudieras hacer nada al respecto? Que si intentabas decir algo, todo el mundo pensaría que eras tonto, y un quejica, y que más te valía no protestar tanto porque era de lo más normal, las cosas eran así para la gente como tú. Si no te gustaba, haber sido otra persona.

—Pues claro que no —dijo Leon (algo en su voz trajo de vuelta al crío que había sido, escabulléndose por los pasillos del colegio, con los ojos clavados en el suelo, encorvado bajo el peso de su mochila de libros)—. ¿Quién iba a hacerlo?

—Sí —dije.

No sé por qué, pero no solo pensé en los dos hombres de mi piso; en ellos también, por supuesto, en ese olor a sudor y a leche tremendamente cerca y los golpes crujéndome los huesos, pero, en medio de una espiral confusa, también entreví al neurólogo del hospital, con esa palidez viscosa y el pliegue de la papada por encima del cuello de la camisa mientras me miraba con cara inexpresiva: «Depende de numerosos factores».

«¿Qué fac... factores?» Boca pastosa y habla de idiota. La compasión y el desagrado apenas disimulado pasando por los ojos del médico, el momento exacto en que me relegó a algo que no merecía explicaciones, que me etiquetó y me archivó, sin posibilidad de apelación.

«Es muy complejo.»

«Ya, pero pero pero ¿podría... usted...?»

«¿Por qué no se concentra en la rehabilitación? Déjenos a nosotros los temas médicos.»

Patada en las costillas y un chasquido de hueso, «cabrón hijo de puta..., te crees la hostia, ¿eh?».

—Vale. ¿Y qué te entraron ganas de hacerles? —Me atoró la garganta: por nada del mundo habría podido expresarlo en palabras, lo que había querido hacer y cuánto lo había deseado. Sacudí la cabeza—. ¿Y cómo te sentiste al no poder hacerlo?

El recuerdo se me encendió como un escozor por todo el cuerpo: los puños palpitándome por donde los había aplastado contra la pared una y otra vez, la pierna con el moratón por donde la castigaba con todo objeto contundente que

pillaba por banda, la cabeza martilleándome con saña de pegarme una bofetada tras otra. Me cortó el aliento.

—Pues ahora —siguió mi prima, que estaba mirándome con mucho aplomo, entre el humo del tabaco—, ahora imagínate que lo hubieras hecho.

El aire me entró de golpe en el pecho y, por un momento colosal y mareante, lo sentí: el éxtasis imposible, casi demasiado fuerte para sobrevivir a él, el vasto relámpago de energía y mis puños y mis pies aporreando una y otra vez, crujir de huesos, los gritos roncós, y venga y venga, hasta que por fin..., la calma; nada a mis pies, salvo unos cúmulos de pulpa exterminada, y yo por encima, cuan largo era, chorreando sangre y jadeando como un hombre surgiendo de un río purificador, a un mundo que volvía a ser mío. Me pareció que el corazón se me salía de la prisión de las costillas y echaba a volar como un farolillo chino, muy alto y lejos, por el cristal de la ventana, sobre los árboles en penumbra. Por un segundo desquiciante, pensé que iba a echarme a llorar.

—Pues así fue —concluyó mi prima.

Pasó un rato largo sin que ninguno dijéramos nada. Las cosas oscilaban con una corriente furtiva, llamas y telarañas altas, páginas de un libro abierto sobre la mesa de centro, los contornos suaves del pelo de mi prima.

—¿No estás contento? —me preguntó Leon.

Me reí, una risotada bronca y perpleja que sonó demasiado alto.

—¿Contento?

—No hiciste nada malo, o al menos nada que hubiera podido meterte en líos. ¿No es una buena noticia? —Al ver que no respondía—: ¿Crees que no deberíamos habértelo contado?

—No tengo ni idea.

—Yo no quería. Creía que era mejor para todos que no te lo contáramos, pero Su pensaba que deberías saberlo.

—Me sentía mal por haberte hecho creer que habías sido tú —me explicó mi prima—. Pero en su momento me pareció lo más oportuno para manejar el asunto. Y tenía razón, ¿no? Al final todo ha salido bien.

Solté una risotada fuerte y jadeante.

—Yo no diría tanto.

—Ya se ha acabado. La poli se ha largado. Podemos olvidarnos de todo.

—Sí. Y Melissa también se ha largado.

—Pero eso ha sido solo porque no podía con tanta jodienda y tanto drama. No la culpo. Pero ahora puedes ir a decirle que ya se ha acabado todo, que no

tienes nada que ver con el tema, fin. Seguro que volvéis.

—Estará encantada —dijo Leon mirándome muy serio a través de la semioscuridad—. Está loquita por ti.

—Reconquístala —dijo Susanna arrojando la colilla a lo que quedaba de fuego—. Vivid felices y comed perdices.

La lluvia bajaba barriendo suavemente la ventana, el fuego ondeaba. Tuve la sensación de que debía haber algo más, algo que no estaban contándome, un secreto crucial que iluminaría aquella historia para que todas sus sombras podridas cobraran vida con su luz y adquirieran un sentido colosal y transformador. Pero ni aunque me hubiese ido la vida en ello, habría sabido qué podía ser.



Parecía evidente que, tal y como había dicho mi primo, aquella revelación mejoraría las cosas; al fin y al cabo, no era un asesino, ¿qué mejor noticia podían darme que esa? Además, hurra por Toby el Pequeño Detective: por fin había averiguado qué había pasado con Dominic, justo como quería, y, como guinda del pastel, Rafferty claramente no podía hacerle nada a nadie, así que estábamos todos libres de peligro y sospecha. Todo debería haberme parecido, dentro de las circunstancias, ideal de la muerte.

Y, sin embargo, no era así. No tenía ni idea de qué hacer con aquel nuevo estado de las cosas; por ejemplo, seguramente debería haber tenido, al menos conmigo mismo, un debate ético sobre si contárselo a alguien o no (a mi padre, pongamos por caso, ¿no merecía saber que tanto su hermano como yo éramos inocentes?), pero no fue así. No me salía, no me quedaba nada con lo que debatirlo, evaluarlo, reflexionar al respecto. Era como si mis primos hubieran soltado un paquete enorme de Ikea en plena casa: cabía esperar que cambiara el entorno en el supuesto de que reuniera en algún momento energía para montarlo, pero hasta entonces estaba ahí sin más, en medio de todo, y me raspaba la espinilla al pasar o me golpeaba el codo cada vez que intentaba sortearlo.

Me ceñí metódicamente a mi rutina: desayuno y ducha y, luego, arriba al estudio para la jornada de trabajo. Aunque no llegaba a tanto como a guisar de verdad, sí que hacía pausas a las horas adecuadas para comer surtidos al azar de cosas que encontraba por la cocina (alguien, mi madre seguramente, la mantenía aprovisionada de cantidades industriales de platos que no necesitaban preparación alguna). Después de cenar me sentaba en el salón con el portátil de mi tío y navegaba por internet hasta que se me embotaba el cerebro, momento en el cual me iba a la cama. Podía esperarse que me hubiera pasado las noches dando vueltas en la cama, consumido por el duelo, los

dilemas morales y vete tú a saber qué más, o al menos teniendo pesadillas escabrosas como las de antes, pero en realidad dormía como un tronco muerto.

Estaba avanzando con los diarios de Haskins; le había pillado el punto a su caligrafía e iba abriéndome camino por ellos a velocidad de crucero. El hombre tuvo una fase de intentar sacarle el nombre del padre del crío a Elaine McNamara, quien le cabreó soberanamente cuando se negó. Cada vez oía más nítida la voz de Haskins en mi cabeza: nasal, cargada de énfasis, exageradamente refinada, con un pequeño carraspeo triunfante cada vez que defendía algo de manera irrefutable. En cierta ocasión, un día que llevaba mucho rato seguido trabajando con un poco más de Xanax de la cuenta (estaba otra vez dándole bien, pero no por la tensión precisamente —no había vuelto a pasear por la casa por las noches, ni a golpearme ni nada de eso—, sino porque me parecía una forma mucho más sensata de vivir), le pregunté si quería café.

El único cambio real respecto a la rutina anterior eran los almuerzos del domingo, que, por un acuerdo tácito, habían dejado de celebrarse. Cada dos o tres días pasaba a verme algún miembro de la familia —es de suponer que para asegurarse de que no estaba metido en un armario balanceándose y murmurando como un tarado ni descomponiéndome a los pies de la escalera —, pero, como no les daba mucha conversación, no se quedaban mucho tiempo. Mi tío Oliver me soltó un sermón sobre que todos estábamos en duelo, pero que la vida seguía, ante lo cual no supe en absoluto qué responder; mi tía Miriam me trajo una piedra morada que propiciaba la sanación espiritual, y que me apresuré a perder. Mi primo me llamó varias veces y, como no se lo cogía, me dejaba en el contestador largos mensajes de voz, confusos y vacilantes. De mi prima no supe nada de nada, y por mí, tanto mejor.

Elaine McNamara dio a luz en abril de 1888, un varón, tal y como mi tío había deducido, en teoría, el abuelo de la señora Wozniak. La muchacha «protestó con vehemencia y presa de una gran angustia» cuando le arrebataron a su hijo para dárselo a los buenos de los O'Hagan. Haskins le explicó que eso que sentía era el castigo por sus pecados, y que debería de estar agradecida porque Dios siguiera queriéndola lo suficiente como para aleccionarla, pero le pareció que la chica no lo entendió del todo.

La casa iba cuesta abajo y sin frenos, aunque era un declive tan gradual que apenas me daba cuenta, salvo cuando algo me llamaba la atención por casualidad: una débil luz invernal resaltando las telarañas que colgaban como guirnaldas de las esquinas del techo del salón, una pasada de mi brazo por una

repisa que lanzó un remolino de motas de polvo al aire y me dejó una gruesa pincelada por la manga, bombillas que se rompían y nadie las cambiaba. En el antiguo cuarto de mi primo había una mancha extendiéndose por el techo y un olor cada vez más fuerte a humedad proveniente de alguna parte; sabía que debería haber llamado a un fontanero para que le echara un vistazo, pero se me antojaba imposible tomar ese tipo de decisiones cuando ni siquiera tenía claro si vivía allí o no, o por cuánto tiempo. Aunque nadie lo había mencionado, el testamento de mi tío acechaba inquietantemente por los rincones de mi cabeza: ¿habría llegado a hacer aquel del que habíamos hablado, en el que nos dejaba la casa a los seis? ¿Quién se la quedaría, en caso contrario? ¿Delegarían en alguien para que me explicase con mucho tacto que, por supuesto, no había prisa, que muchas gracias por todo lo que hiciste por Hugo, quédate el tiempo que haga falta, aunque era buen momento para vender y con todo el trabajo que había que hacer antes de ponerla a la venta...? Pensé en mi piso, con las cortinas echadas y el aire viciado, las luces de la alarma parpadeando y el botón rojo del pánico agazapado al lado de mi cama, aguardando su momento.

En lo que sí que pensaba, y mucho, era en intentar hablar con Melissa. Ahora que sabía que no había matado a nadie, no parecía tener excusas para no hacerlo. Por increíble que pareciera, no se había ido porque hubiera dejado de quererme; solo se había ido porque yo me había dedicado a hacer de sabueso y a hurgar por ahí —y de hecho, había resultado tener toda la razón, porque efectivamente había sido una idea espantosa—, pero ahora podía mirarla a los ojos y jurarle que había terminado para siempre con todo aquel asunto, y que la próxima vez que me dijera algo le haría caso. No me preocupaba tanto lo de convencerla de que no era un asesino; la sola idea de haber llegado a creer que ella lo pensaba me hacía estremecerme. Ella había ido un paso por delante de mí desde el principio.

Y aun así no la llamaba. Porque... cuando me lo proponía, cuando tenía ya el teléfono en la mano y todo..., ¿para qué? ¿Qué tenía yo que ofrecer, desde aquella casa sombría donde la hiedra formaba zigzags por las ventanas y toda mi ropa despedía un ligero olor a moho?

Fuera hacía frío. No salía mucho; ir de tiendas o dar un paseo se me antojaban conceptos extranjeros de lo más estafalarios, y aunque de vez en cuando daba vueltas por el jardín, con la vaga idea de tomar un poco de aire saludable, no me gustaba estar allí. La mayor parte de las optimistas caléndulas y todo lo demás que habíamos plantado Melissa y yo se habían marchitado (seguramente porque no las habíamos plantado bien, o no era su

época o la tierra adecuada, a saber). Habían brotado unos cuantos parches de hierba rala y de aspecto enfermizo, y había un puñado de malas hierbas altas y musculosas, de color verde grisáceo, que parecían dientes de león hormonados, pero, aparte de eso, la tierra seguía siendo un desastre pelado. El hueco donde había estado el olmo llevaba un tiempo fastidiándome; aunque no lo mirara directamente, me arañaba por el rabillo del ojo, como si faltara algo esencial y tuviera que arreglarlo, y era urgente... El cielo estaba siempre gris, siempre había cuervos revoloteando y parlotando entre las ramas del roble, el frío siempre me mordía hasta la médula y me calaba hondo, y siempre tenía que volverme a la casa a los pocos minutos.

Dentro también hacía frío. La calefacción no daba abasto con el tamaño de la casa, y la leña empezaba a escasear y a nadie se le había ocurrido traerme más. Surgían corrientes de aire de no se sabía dónde, como si alguien hubiera abierto a hurtadillas una puerta o una ventana, pero, cuando buscaba la rendija por donde podía estar entrando, nunca la encontraba. Las arañas empezaban a hacerse hueco para pasar el invierno; cada vez se veían más, por los rincones y los rodapiés, bien gordas, de un color entre gris y marrón, con marcas ligeramente siniestras. Por la rendija de debajo de la puerta cristalera se colaban cochinillas.

A las pocas semanas de dar a luz, Elaine McNamara regresó a su casa, para gran alivio de Haskins, que no volvía a mencionarla. No figuraba en ningún censo irlandés de 1901, pero una mujer en la zona de Clare que nos interesaba encajaba con los datos que teníamos sobre su madre, con seis críos nacidos con vida y todavía vivos en esa época, de modo que todo apuntaba a que Elaine o se había casado, había emigrado o ambas cosas. No encontré ningún registro de su matrimonio. Mi tío habría sabido cómo proceder al respecto, y cómo dar con el padre del crío, utilizando complejos programas para comparar distintos perfiles de ADN, pero yo no sabía ni por dónde empezar.

En su lugar, escribí un informe para la señora Wozniak. Desconocía cuál era el formato habitual, así que lo hice corto, con tan solo los hechos en sí y unas cuantas líneas al final, lo más parecido que me salió a lo que pensé que habría escrito mi tío: «Por desgracia no tengo las habilidades para llevar más allá esta investigación. Es posible que otro genealogista pueda hacer más por usted. Espero que estos nuevos datos no le supongan una gran conmoción y le deseo sinceramente la mejor de las suertes en su búsqueda».

Cuando terminé, lo leí en voz alta, al aire vacío del estudio, a los libros polvorientos y los elefantes de madera y las zapatillas de mi tío, que seguían

tiradas bajo su silla.

—¿Cómo lo ves tú, Hugo?

Había empezado a hacerle preguntas en voz alta..., pero no porque se me hubiera ido la pelota del todo y creyera que iba a responderme, era solo que a veces el silencio en la casa se me hacía insoportable; parecía una sustancia tangible que se espesaba sutil pero implacablemente con las horas y me dificultaba la respiración. Le mandé el informe por correo electrónico a la señora Wozniak, así como los resultados de los análisis de ADN y las páginas más importantes del diario escaneadas, y cuando me llegó su respuesta, ni abrí el mensaje.

Después de eso la cosa empeoró. Sin nada ni nadie que me impusiera un horario, mi reloj corporal perdió del todo el norte. Pasé de dormir demasiado a demasiado poco (los Xanax ya no me hacían nada, lo único que conseguían eran mandarme a un desagradable limbo donde no podía dormirme, pero tampoco estaba nunca seguro de seguir del todo despierto). Daba vueltas por la casa en la semipenumbra, entre cuartos espesados por la negrura y rectángulos claros que podían ser ventanas o puertas. A veces me mareaba — nunca tenía claro cuándo era la hora de comer— y tenía que sentarme un rato. Cuando palpaba a tientas para ver en qué cuarto estaba, solo tocaba objetos desconocidos: la pata de una mesa llena de grabados que mis dedos no lograban descifrar, un papel pintado con un relieve que no reconocía, una esquina de linóleo levantado cuando en Villa Hiedra nunca había habido linóleo. Aparecían cosas en sitios extraños, como un viejo penique muy pesado de 1949 sobre mi almohada o la piedra morada espiritual de mi tía Miriam en el lavabo del baño.

Por extraño que parezca, cuando pensaba en mis primos no era con horror, repulsa o rabia, sino con envidia. Se me aparecían en la cabeza dibujados con fuertes trazos negros e imborrables que les daban un aura épica; la muerte de Dominic los definía, indefectiblemente, y ni para bien ni para mal, sino simplemente por lo que eran, y eso me impresionaba. Mi propia vida, en cambio, se difuminaba y se emborronaba ante mis ojos; me habían frotado los contornos hasta suprimirme de la existencia (y con qué facilidad, como si tal cosa, una única pasada ausente) y estaba desangrándome al mundo por todos los bordes.

Creo que Rafferty lo supo; que, donde quiera que estuviese, a kilómetros de allí, desplegando la libreta en algún lugar de los hechos o izando la vela de una vieja y tosca barca, levantó la cabeza, olisqueó el aire y me olió: por fin a

punto de caramelo.

Vino a por mí a última hora de una tarde fría que olía a rueda quemada. En algún momento me había calado la idea de que llevaba días, o más bien semanas, sin ver el sol, de modo que había salido a la terraza, y para cuando comprendí que estaba empezando a anochecer y a helar, no tuve energías para levantarme y volver dentro. El cielo estaba cargado de nubes blanco invernal, inmóviles; los árboles tenían varias capas de hojas empapadas a los pies. Una ardilla escarbaba y correteaba entre los robles, y había vuelto el gato gris, que estaba agazapado en el barro lleno de surcos, y puso entonces la cola en punta cuando se abalanzó sobre un pájaro despistado.

—¿Es tuyo el gato? —preguntó una voz a mi espalda, demasiado cerca.

Antes de darme cuenta, me había levantado y estaba retrocediendo en la terraza, un grito desgarrándose en mí, las manos buscando un arma, una roca, lo que fuera...

—Ostras, colega —dijo Rafferty poniendo las manos en alto—. Que soy yo.

—¿Qué mierda...? —Estaba intentando recuperar el aliento—. ¿Qué mierda...?

—No quería asustarte, lo siento.

—¿Qué...? —Me pareció más alto de lo que lo recordaba, más rubicundo, las fuertes y altas curvas de las mandíbulas y los pómulos, más definidas; por un momento, bajo aquella luz gris, pensé en la posibilidad de que no fuera él, pero con esa voz, enjundiosa y cálida como la madera, no podía ser otro que Rafferty—. ¿Qué hace aquí?

—Llevo un buen rato llamando a la puerta, pero no he conseguido que me oigas. Al final he probado a abrir la puerta y, como la llave no estaba echada, he pensado en entrar para comprobar que estuvieras bien.

—Estoy bien.

—Mira, colega, no te lo tomes a mal, pero no lo parece. Estás hecho una pena. —Se acercó lentamente por la terraza, lo que me disparó la adrenalina, y siguió disparándomela; lo rodeaba algo, un zumbido y un repiqueteo, una vitalidad que consumía el aire como el fuego y me dejaba sin nada que respirar—. No puede ser bueno para la cabeza estar aquí enclaustrado tú solo. ¿No has pensado en irte un tiempo a casa de tus padres o algo así?

—Estoy bien.

Un arqueo escéptico de cejas, pero lo dejó estar.

—Deberías cerrar con llave la puerta. Es un barrio muy tranquilo, pero, tal y como están las cosas, es mejor prevenir que curar.

—Suelo hacerlo. Se me habrá olvidado. —No recordaba la última vez que había abierto esa puerta; podía llevar días sin la llave echada.

—Le vamos a fastidiar la caza —dijo Rafferty señalando hacia el gato (los pájaros se habían ido y se había quedado congelado en el sitio, con una pata levantada, mientras nos miraba con recelo, decidiendo si huir o no)—. No es tuyo, ¿verdad?

—Merodea por aquí de vez en cuando —dije, todavía temblando (saber que no era un ladrón no había mejorado mucho las cosas; había sido tonto creyendo a mi prima: «Ya se ha acabado, la poli se ha largado, podemos olvidarnos de todo»...)—. No sé de quién será.

—Yo diría que es un gato callejero. Está en los huesos. ¿No tienes por ahí una loncha de jamón york o algo así?

Sin saber ni por qué, fui obedientemente a la cocina y me quedé mirando la nevera. «No puede hacerme nada —me dije—. Se irá dentro de nada.» Había olvidado qué estaba buscando. Hasta que vi un paquete de fiambre de pollo.

Cuando volví al jardín, Rafferty y el gato seguían mirándose.

—Tome —dije, con la voz como oxidada.

—Ah, estupendo —dijo cogiéndome el paquete de las manos—. Bueno, lo suyo es no tirárselo, para que no se crea que estás lanzándole una piedra o algo así; si no, se largará. Lo suyo es —(bajando tranquilamente los escalones y pisando la tierra, mirándome a mí todavía y hablando en un tono regular y sereno)— acercarse todo lo que se pueda, dejarlo en el suelo y luego alejarse. Yo diría que... —El gato se encogió en el sitio, dispuesto a salir corriendo, y Rafferty se detuvo en el acto—. Sí, tendrá que ser aquí.

Se agachó y dejó una loncha de fiambre en el suelo mientras el gato seguía todos sus movimientos con la mirada. Después se incorporó suavemente y volvió serpenteando hasta la terraza, dejando un par de lonchas más por el camino, con gestos amplios y definidos para que el gato no los pasara por alto.

—Ea —dijo levantándose los faldones de la gabardina y sentándose en el primer escalón como si estuviera en su casa—. Hazlo todos los días y verás como sigue viniendo. Así te despeja esto de ratas.

—No tenemos ratas.

—¿No? Pues algo sacó la mano de Dominic del árbol. Si no fue una rata, ¿qué pudo ser?

—No sé, no soy ningún experto en fauna y flora.

Había sonado un tanto arrogante, pero él estaba haciendo como si fuera una conversación de lo más normal, y yo no sabía cómo tomármelo; a mí ese tono no me salía.

Rafferty se quedó pensativo.

—Los zorros pueden trepar cercas altas, pero no tienen buenas garras para los árboles. Aunque, ojo, que he visto a alguno hacerlo, buscando huevos o nidos. ¿Zorros hay?

—No lo sé, yo no he visto ninguno.

La mano de Dominic, colgando como un trapo entre unos dientes finos y afanados. Huesos diminutos hundidos en la tierra por la lluvia. El jardín me dio la misma sensación que en aquella horrible noche de ciego con mis primos, distorsionado y ajeno. Quise entrar en la casa.

—Yo diría que pudo ser eso —dijo Rafferty mientras el gato estaba estirando el cuello hacia el embutido, con curiosidad—. Siéntate, hombre. Como sigas ahí de pie, no se va a acercar más. —Pasado un momento, me senté en el otro extremo de los escalones y él sacó un paquete de Marlboro—. ¿Quieres? —Y sonriendo burlón al verme vacilar—: Toby, sé que fumas; vi un paquete entre tus cosas cuando registramos la casa. Te prometo que no se lo diré a tu mamáita.

Cogí un cigarro, me tendió el mechero encendido y tuve que inclinarme hacia su lado; estar tan cerca me tensó todos los nervios. No lograba dar con la manera de preguntarle a qué había venido.

Rafferty llenó los pulmones en una gran calada con los ojos cerrados y lo soltó lentamente.

—Aaah, qué falta me hacía. ¿Cómo habéis estado, tú y tu familia? ¿Está todo el mundo bien?

—Todo lo bien que podemos estar —dije, lo que, no sé por qué, era la respuesta estándar que me había visto dando como cien veces en el funeral—. Tampoco es que fuera de un día para otro, pero no lo esperábamos tan pronto.

—Siempre es duro, da igual como sea. Hasta que no pasa un tiempo, no te haces a la idea. Mira eso... —Pata a pata, removiendo la nariz, el gato se iba acercando—. Tú haz como si nada. ¿Y no vas a volver al trabajo, ahora que no tienes que cuidar de tu tío?

—Supongo. Todavía no lo he pensado.

—Pues, colega, les harías un favor. Tu jefe..., ¿Richard se llamaba?, no paraba de decirme lo bueno que eras y que sin ti estaban perdidos.

—Qué bien —dije, y, por si había sonado sarcástico, añadí—: Es bueno saberlo.

—Pero no hablaba por hablar —dijo Rafferty con una sonrisa en la voz—. ¿Has leído últimamente la cuenta de Twitter de la galería? Habrá solo como unos cinco tuits desde que te atacaron, y en uno ponía: «Hola, Maeve, ¿puedes comprobar que esto llega? Gracias, Richard».

Conseguí reírme. Era verdad que no había pensado en volver al trabajo, al menos desde hacía mucho tiempo. Se me antojaba inconcebible, como si la galería estuviera en un país remoto o incluso en una serie de las que veía antes.

—Tienes que volver y salvarlos de ellos mismos. ¿De verdad que no tienen a nadie más que sepa cómo funciona internet?

—La verdad es que no. A ver, saben mirar el correo y comprar *online*, pero las redes sociales...

—Ajá... —Todavía con pereza, solo medio interesado—. Qué cosas. Porque en lo otro que me fijé de la cuenta de Twitter es que hasta la semana de tu agresión había un montón de cuentas siguiéndola, tuiteando y retuiteando vuestras cosas. Decenas. Pero después de esa semana... —Arqueó una ceja, con las arrugas de la sonrisa asomando en la mejilla—. Un páramo... Ni un píido de esas otras cuentas, ni sobre la galería ni sobre nada.

—Bueno, sí... —dije después de una pausa—, ahí me ha pillado. Aunque es algo que se hace mucho. Inventas un puñado de seguidores fantasma, metes un poco de baza...

Se rio.

—¿En serio? Mira que me lo imaginaba... Está bien saber que no iba muy desencaminado. Supongo que tiene que ser divertido.

—Sí, no está mal.

—Venga, hombre. ¿Y todos tus chungos imaginarios, discutiendo sobre la posibilidad de que Gouger se quede sin el subsidio si se convierte en un gran artista? —Hubo un silencio; las arrugas de la sonrisa se le habían ahondado—. Deberías verte la cara. No pasa nada, tío, puedes confesarlo. Ya hablamos con tu colega Tiernan. Estaba cagado, pero se tranquilizó cuando comprendió que no pensábamos arrestarlo por contrabando de chungos falsos.

—Ya —dije (me había puesto realmente tenso, aunque no tenía claro por qué: ¿qué podía hacerme, qué más le daba?, ¿por qué estaba sacándome ese tema?)—. Vale.

—Es bueno, ¿no? Yo no sé mucho sobre pintura, pero a mí sus cuadros me

parecen bastante decentes.

—Sí, yo pensaba lo mismo.

—¿Alguna posibilidad de que los exponga ahora?

—Lo dudo.

—Una pena. Aunque supongo que tu amigo Tiernan podrá hacer más. Aun así... No te culpo por no querer desperdiciarlos. Esos tuits, ¿los escribiste tú todos? ¿O había alguien más implicado?

—No, solo yo.

Asintió, apenas sorprendido.

—Bien jugado. Esos eran buenos; parecían de verdad, te hacían preguntarte qué pasaría con el tal Gouger, esperando actualizaciones... Yo me lo habría creído. No me extraña que Richard quiera que vuelvas. Mira, ahí estamos...

—Señaló con la barbilla al gato, que había llegado a la primera loncha de pollo y estaba devorándola con movimientos rápidos que conseguían ser voraces a la par que delicados—. Un par de semanas y lo tendrás comiendo de tu mano.

—¿Cuándo se enteró? —pregunté—. De lo de Gouger.

Se encogió de hombros y se inclinó para soltar la ceniza.

—Uff, hace una eternidad. En casos así, lo investigamos todo sobre todo el mundo. El porcentaje de señal/ruido es un horror, pero funciona bien, siempre que se sepa cribar lo poco útil que haya. Lo de Gouger nos pareció irrelevante... Nos echamos unas buenas risas, pero poco más.

—Bien. Me alegro de que por lo menos valiera para unas risas.

—En este oficio no ocurre todos los días, así que cuando podemos reírnos aprovechamos la oportunidad. En este caso no ha habido muchas risas.

—¿Y ahora qué pasa? —pregunté—. El caso... ¿está cerrado ya o algo? ¿Va a...?

Evidentemente, lo que estaba preguntando era: «¿Cree que mi tío lo hizo?», y por supuesto Rafferty lo sabía. Pero me dejó cocerme en mi jugo, mientras jugueteaba con una montañita de castañas que Zach y Sallie habían dejado en la terraza, le daba vueltas en la mano a una y la examinaba. La luz estaba yéndose y la oscuridad se espolvoreaba por encima como una neblina de ceniza fina en el aire.

—Míralo así —dijo por fin poniendo la castaña en equilibrio sobre la montañita—. Tu tío Hugo estaba el primero en nuestra lista de sospechosos desde el principio. Antes incluso de que identificáramos el cuerpo.

—¿Por qué?!

—Lo primero —(levantó un dedo)— porque vivía aquí, a tiempo completo, y trabajaba desde casa. Era el que tenía el acceso más fácil al árbol. Los demás nunca os quedabais a solas aquí; tú, por ejemplo, habrías tenido que evitar a tu tío y a tus primos para meter el cuerpo ahí sin que te vieran. Hugo pasaba mucho tiempo solo aquí. —Segundo dedo—. Era un tipo grande; incluso para cuando nosotros aparecimos, se veía con solo mirarlo: había sido fuerte. Tus primos, por ejemplo, era imposible que hubieran subido un cuerpo de ochenta y cinco kilos por ese árbol y lo hubieran metido en el agujero, por lo menos solos. Pero tu tío...

A mí ni me mencionó. «Yo era fuerte —quise gritarle—. Jugaba al rugby, tenía una forma física de la hostia, podría haber hecho cualquier cosa.» El cigarro me supo a mohó. Lo aplasté contra la terraza.

—Y —siguió (tercer dedo)— la primera vez que hablé con todos vosotros, en el salón, el día que apareció el cráneo, ¿te acuerdas? Hubo una cosa de esa conversación que se me quedó grabada. Tu sobrino, Zach, dijo que ya había intentado subirse al árbol varias veces, pero su madre y tu tío siempre le obligaban a bajarse. Y luego, dos minutos después, tu prima dijo que vuestros padres no os dejaban montaros cuando erais pequeños, pero que vuestro tío sí. Lo que significaba que antes de que Dominic estuviera en ese árbol, Hugo no tenía problema con que los niños se subieran a él, pero después de que el cadáver acabara allí, sí.

Mi tío lo había sabido desde el principio. «Yo creo que la realidad es que nunca he sido un hombre de acción. No agites las aguas; al final volverá todo a su cauce, no hace falta que hagas nada»... Seguramente no tenía la certeza de quién o quiénes de los tres habíamos sido... Y, en el coche, esa manera de tantearme con cautela: «Siento que en cierto modo tengo derecho a saber qué pasó»..., pero sabía más que suficiente.

—No lo viste venir, ¿verdad?

—No.

—Sí, supongo que no tenías por qué. No te dedicas a eso.

—No.

—Y —dijo, enseñando cuatro dedos, una larga calada de placer al cigarro —, sin querer ponerme gráfico, pero es bastante complicado no notar un cuerpo en descomposición. Había un montón de barro y de hojas por encima, y eso habría enmascarado un poco el olor, y es verdad que ese otoño y ese invierno hizo mucho frío, pero aun así... Tu tío habría investigado y se habría llevado el susto de su vida, a no ser que ya supiera perfectamente qué era lo

queapestaba en el jardín.

Sentí un lento y extraño florecer en la barriga al comprenderlo: no era solo que mi tío lo hubiera sabido. Todos allí reunidos en el salón, con Zach revoloteando en busca de bronca, y él llamándolo y susurrándole algo al oído; y el niño había dibujado una gran sonrisa en la cara y había salido disparado hacia el jardín, donde había ido directamente a subirse al único árbol al que nunca le dejaban trepar.

«Le he dicho que hay un tesoro escondido en el jardín.» Es más: le había dicho a Zach dónde buscar exactamente; a lo mejor no expresamente, por si el niño lo delataba, pero no habría hecho falta: «Tengo que hablar con tus padres y los demás. Salte fuera con tu hermana. Podéis mirar donde queráis, donde os apetezca»...

Cuando los tres empezamos a alborotar con el futuro de la casa, mi tío había caído en la cuenta: si moría y dejaba allí el esqueleto, habría sido como dejarnos una mina activada en el jardín. Había que hacer una explosión controlada, de ahí que («Hace falta un gran empujón para romper el cascarón y obligarte a descubrir qué hay más allá») hubiera hecho sus planes sin decírselo a nadie y los hubiera puesto en acción. El método que escogió me parecía un poco fuerte para Zach, por mucho que fuera un cabroncete del demonio, pero supongo que mi tío no tenía muchas más opciones: no podía haber hurgado él en el árbol o haber mandado a otra persona sin levantar sospechas.

«Evidentemente tendría que haberlo hecho hace años. Pero para eso hay que estar hecho de una pasta de la que, por lo visto, no estoy hecho; o, al menos, hasta ahora»...

Había postergado el último paso, la confesión, casi demasiado... Me pregunté si cuando nos pusiéramos a recoger sus cosas no encontraríamos una nota manuscrita guardada por alguna parte, por si acaso. Incluso en aquel momento tuve espacio mental para alegrarme de que lo hubiera dejado hasta última hora. Melissa y yo lo hacíamos tan feliz que quiso disfrutar de todos los días que le quedaran.

—Y luego llegaron los resultados del ADN —(con cinco dedos levantados, como un saludo)—. ¿Te acuerdas del chaquetón ese grande y viejo que nos llevamos cuando registramos la casa? ¿El que tu tío dijo que era suyo?

—Sí.

—Tenía ADN de Dominic. Por dentro, aquí —(señalándose el costado derecho)—. No había sangre, pero tampoco creemos que sangrara. Quizá fuera

de saliva. Y sí, ese chaquetón pudo habérselo puesto cualquiera, o que el propio Dominic hubiera dejado su ADN allí alguna vez que hubiera venido a la casa, pero sumado al resto de cosas que teníamos...

Dios santo, qué bien lo había hecho mi prima. Con solo dieciocho años y así de lista, adelantándose a todos los movimientos. Cuando la teoría del suicidio por fin se desmoronó, allí estaba su plan B esperando —«Enredarlo todo, involucrar a cuanta más gente mejor»—, y seguramente un plan C y D, y todo el abecedario. Me pregunté qué habría hecho exactamente si la poli hubiera arrestado a mi tío cuando pasó todo, o a mí, o a Leon; o si hubiera ido a por ella.

—Así que cuando tu tío nos llamó aquel día tampoco nos sorprendió tanto. Y sabía detalles que no habíamos revelado. Le preguntamos, por ejemplo, cómo había bajado el cuerpo hasta el interior del árbol y nos contó que le ató una cuerda por el pecho a Dominic, la pasó por una rama y la utilizó a modo de polea para levantar el cuerpo hasta que lo tuvo a la altura suficiente para subirse él a una escalera de mano y guiarlo hasta el agujero; y efectivamente la camisa del chico estaba llena de fibras de cuerda. Y nos contó que a Dominic se le cayó un zapato en algún momento y que tuvo que buscarlo entre los arbustos y tirarlo luego por encima. Y así era, tenía solo un zapato puesto, y estaba en el árbol, sí, pero como a la altura de la cintura. Ese es el tipo de cosas que andamos buscando cuando nos viene a confesarse alguien voluntariamente, detalles que no sabría si no estuviera diciendo la verdad.

Salvo porque, por supuesto, mi tío podía haberlo presenciado todo. Un ruido en el jardín en plena noche, voces apremiantes y amortiguadas, el arrastrar de la escalera. Mi tío que se despierta, y duda, y al final, inquieto por una tensión que distorsiona el aire, se levanta y va hasta la ventana.

No había bajado al jardín. Quizá no entendió lo que había visto, o no quiso creerlo, hasta que empezó a circular la noticia del suicidio de Dominic. O quizá lo supo al momento, y por las razones que fuese —porque fuera más seguro para nosotros o por su propia tranquilidad, años de observar desde los márgenes («uno se acostumbra a ser quien es»)—, había decidido quedarse donde estaba. ¿Hasta qué punto había conocido yo a mi tío?

Oscuridad, Susanna arrebujaada en su chaquetón de jardinería, Leon seguramente con algo mío puesto. No había sabido a quién de nosotros estaba viendo, no había querido saberlo: podría haber comprobado quiénes estábamos en la cama, pero no lo hizo. Crujidos y roces abajo, mientras mi primo salía para ir hasta Howth; la larga espera, los pitidos fuertes de nuestros

móviles cuando llegó el mensaje de «Perdón». Más espera, y más. El sonido suave de las llaves de mi primo al entrar, susurros al amanecer. Puertas de cuartos cerrándose. Silencio.

Por la mañana mi tío nos había sonreído a los tres, tan campante en el desayuno, nos había preguntado qué planes teníamos para el día. Al final de ese mes nos había despedido, «¡Buena suerte! ¡Disfrutad!», rumbo a la facultad y a nuestras nuevas vidas. Y había vuelto a Villa Hiedra y había cerrado la puerta tras él.

Diez años viviendo con eso en el jardín. Había sido su regalo para nosotros. Deseé con tal virulencia que estuviera allí que podía haber aullado. Quise hablar con él.

—La única cuestión pendiente era el móvil del crimen. —Estaba otra vez jugueteando con las castañas, lanzándolas y cogiéndolas diestramente por encima de la cabeza—. Tu tío no quiso decírnoslo. Solo «en su momento me pareció necesario» y «¿para qué quieren saberlo?». Y venga a decir que tenía la memoria hecha trizas, y se irritó cuando le presionamos... «¿Sabes cuánto cerebro me han comido las células tumorales? ¿Quieren ver los escáneres? Si apenas me acuerdo de los nombres de mis hermanos, como para acordarme de cosas de hace diez años»...

Mi tío sabía hacer teatro. La cadencia y el ritmo muy concretos de su voz, con todas sus cálidas asperezas, se extendió por el jardín. La oscuridad creciente parpadeó en el aire como con electricidad estática.

—Kerr creía que era porque Dominic había estado acosando a tu primo Leon, pero a mí no me cuadraba. Si hubiera pasado un año antes, todavía. ¿Pero cuando ya os ibais del instituto? ¿Cuando tu primo no tendría que volver a ver a Dominic en su vida? Tu tío no daba el tipo de alguien que hubiera podido matar por venganza. —Mirada de reojo—. ¿O sí, y me equivoqué con él?

—No, no era así.

—Ya. Así que esa era la pieza que nos faltaba. No era muy grande, ni para tanto...; podemos cerrar casos sin un móvil, pero a mí no me gusta que falten piezas. Mira eso... —El gato había llegado a la segunda loncha de fiambre y estaba agachándose para comer, esa vez con más tranquilidad, un ojo receloso pendiente de nosotros—. Ya se está relajando. Dentro de poco tendrás un gato.

—Yo no quiero un gato.

—Los gatos son de puta madre, colega. Y una mascota sirve para olvidarse de uno mismo y pensar en otro. Te ayudan.

—Ya. A lo mejor.

Buscó el paquete de tabaco y sacó otro cigarro, entornando los ojos en la semipenumbra para ver cuántos le quedaban.

—Pero luego tu tío murió..., descansen en paz. Así que todo apuntaba a que iba a tener que aguantarme con la pieza que me faltaba. Y me quedé un poco como en una encrucijada: ¿cerrar el caso o no? —Volcó el paquete para ofrecerme, pero lo rechazé, de modo que se encogió de hombros y lo guardó —. Hasta que vino tu prima Susanna a verme.

¿Qué?

—¿Cuándo?

—Hace dos días.

«Tú tranquilo, que lo tengo todo controlado.» Mi prima me agotaba tanto que podría haber echado la cabeza sobre las rodillas y haberme quedado dormido.

—Según me ha contado —(estirando las piernas, acomodándose para la historia)—, ese año Dominic había estado dándole la lata. Nada serio, en plan que la quería convencer para que saliera con él y no aceptaba un no por respuesta. Y fue a contárselo a tu tío. Seguramente hizo que pareciera peor de lo que era, dice ella, que ya se sabe lo exageradas que pueden ser las adolescentes, que un día algo es el fin del mundo y al siguiente ni se acuerdan... Tu prima se siente fatal, ella solo quería desfogarse, pero Hugo debió malinterpretarla y creyó que Dominic era una especie de depredador depravado. Tu tío era muy protector con vosotros tres, ¿no? —Un ojo dorado deslizándose de soslayo hacia mí, iluminado por el fuego del mechero.

—Sí.

—Ya. De eso me di cuenta. Así que ahí tenía mi móvil. Y, por si me quedaba alguna duda, tu prima me dijo que lo vio esa noche. Aquí fuera.

—Qué...

—¿No te lo ha contado?

—No.

—Vaya, creía que te lo habría dicho. ¿Algo así de fuerte y no te lo cuenta?

—Se ve que no.

Si captó mi acritud, no lo dejó entrever.

—Pues esa misma noche que desapareció Dominic, bien entrada la madrugada, tu prima se despertó porque le llegó un mensaje al móvil, el famoso mensaje del «Perdón». Luego no pudo dormirse y entonces oyó un ruido aquí fuera, al fondo del jardín, así que fue a la ventana para ver qué

estaba pasando. Era tu tío, que estaba arrastrando algo grande por el césped; pero no había luz suficiente para ver qué era exactamente. En su momento pensó que tu tío no podía dormir y se había puesto a trabajar en la rocalla esa que estaba montando...; al parecer tu tío sufría de insomnio, ¿no?

—No me acuerdo.

—Bueno, lo mismo da. El caso es que tu prima asumió que era por eso...; claro, ¿por qué iba a haber pensado otra cosa? Le pregunté si podías haber sido tú o tu primo, pero me dijo que no, que Hugo era mucho más grande que vosotros y por entonces tenía el pelo largo, así que no habría podido confundirlo contigo. —Qué detalle por su parte—. Le pregunté si podría haber sido otra persona y me dijo que sí, que posible era, otro hombre grande con el pelo largo. No estuvo mucho rato mirando; pensó en bajar a echarle una mano, pero, como tenía que trabajar por la mañana, se volvió a la cama y punto. Cuando se enteró de que Dominic se había suicidado en Howth Head, nunca se le pasó por la cabeza relacionarlo con que tu tío hubiera estado a esas horas con la rocalla..., y la verdad es que es normal, ¿no te parece? —Arqueó una ceja.

—Si usted lo dice...

—Pero cuando identificamos el esqueleto lo comprendió todo. Tu prima no es tonta.

—No, no lo es.

—No. Pero no quiso decir nada para no fastidiarle a Hugo los últimos meses de vida. Así que se limitó a guardar silencio. Eso sí, nos soltó algunos datos que apuntaban a tu primo Leon, y —(mirada irónica de soslayo)— a ti. Solo para enredar un poco las cosas, para que no pusiéramos la mira en Hugo. Sabía que a la larga no perjudicaría a nadie; tenía fe en la policía, se imaginó que no íbamos a arrestar al tipo que no era..., y de lo contrario, ella habría dado la cara. Por lo demás, pensaba contárnoslo en cuanto se muriera tu tío.

Eso era fijo, y tanto. Lo que había pasado es que a ella no se le había ocurrido que nuestro tío pudiera tener sus propios planes; lo había infravalorado, a ese Hugo que siempre habíamos conocido, al amable y soñador, el que se dejaba llevar por la corriente. No era tan lista, después de todo. Ella mejor que nadie tendría que haber comprendido que los grandes empujones de los que hablaba mi tío pueden romper cimientos, mover placas tectónicas, transformar el paisaje hasta dejarlo irreconocible.

—Así que, volviendo a tu pregunta, todo está encajando a la perfección —siguió Rafferty—. Ahora mismo solo me queda poner algunos puntos sobre las

íes para poder archivar mi informe y cerrar el caso. He estado investigando, por ejemplo, lo de que Dominic estuviera detrás de tu prima, para contrastar la historia con otra gente.

Algo, un revoloteo de algo frío. En el jardín, el gato, ahora ya solo una silueta, levantó la cabeza de golpe, para quedarse mirando, inmóvil, una cosa invisible en el aire.

—¿Y lo ha conseguido?

Hizo un «así así» con la mano.

—Sí y no, si te soy sincero. A ver, todas las amigas de Susanna confirman que él andaba detrás de ella, pero no coinciden en el nivel de acoso. Algunas dicen que era solo de broma, otras corroboran lo que dice ella de que era un coñazo, pero tampoco un problema grave. Pero hay un par, curiosamente las que tenían más trato con ella por entonces, que dicen que la cosa era chungu. Pero chungu de verdad. —Mirada de reojo—. Así que me gustaría saber cómo recuerdas tú el tema.

¿Para eso había venido, eso era lo que quería de mí? De él no podía fiarme en absoluto, no tenía nada a lo que agarrarme.

—Es lo que dice mi prima —dije por fin—, que Dominic la sacaba de quicio, pero tampoco era para tanto.

—¿Y tú le dijiste algo a él en algún momento? ¿Que la dejara en paz o algo?

—No. —Al ver que levantaba una ceja, sorprendido—: No me dio la impresión de que hiciera falta.

—Pues parece que te equivocaste, tío —dijo secamente.

—Es posible —reconocí.

En lo que quedaba de luz su cara estaba poblada de picados y tajos de sombra. El olor a tierra y a hojas mojadas y quemadas estaba haciéndose fuerte en el aire.

—El caso es que —siguió, mientras retorció la colilla para apagarla y la examinaba con cuidado para asegurarse de que así fuera— no sé si estará conectado o no, pero me gustaría saberlo. En la cuenta de Dominic había un puñado de correos a los que no pudimos seguirles el rastro. Mensajes anónimos, enviados ese verano antes de su muerte. De una chica a la que al parecer él había estado persiguiendo. A ella él le gustaba mucho, pero no quería reconocerlo en público por si solo estaba cachondeándose de ella, así que había estado dándole calabazas...; ¿ves por dónde voy? Pero al mismo tiempo, ¿vale?, quiere que él sepa que en realidad ella está loquita por sus

huesos. —Con una sonrisa, y las sombras haciéndose más densas—. Ay, con los dramas... ¿No te alegras de no tener que volver a ser adolescente?

Estaban recorriéndome unas oleadas de frío, como si estuviera a punto de pasar algo malo, pero fuera demasiado tonto para saber identificarlo.

—Ya te digo.

—Cuando Dominic desapareció, a esos mensajes no se les dio mucha importancia. Todo el mundo coincidía en que las tenía a todas locas, que no era de extrañar que recibiera la típica carta de amor de vez en cuando, y estaba claro que él no estaba tan enamorado como para haberse suicidado por ella. Los compañeros que trabajaron el caso ni se molestaron en identificar a la remitente. —Mirada al cielo y una mueca divertida, «Menudos zopencos, ¿te lo puedes creer?»—. Pero cuando tu prima me contó su historia, me pregunté si no habría sido ella la de los mensajes. Ella jura que no, que nunca le escribió, pero las circunstancias encajan a la perfección: Dominic entrándole a esa chica, ella mandándolo a tomar por culo. ¿Cuadra o no? —Otra mirada agradable para mí, como si fuéramos compañeros discutiendo el caso con una pinta delante, al calor del pub.

—Si usted lo dice...

—¿Tú crees que fue ella?

—No lo sé. —Ese frío estaba calándome, gota a gota, me llegaba cada vez más hondo, había algo que debía saber, algo que estaba pasando por alto—. Pero si a ella le gustaba de verdad, ¿por qué iba a escribirle un correo? ¿En vez de, yo qué sé, enrollarse con él directamente?

Se encogió de hombros.

—A lo mejor no se fiaba de que estuviera cachondeándose de ella, como dijo. O quizá estaba haciéndose de rogar. O en realidad no le gustaba, pero estaba intentando que él diera algún traspié e hiciera algo que ella pudiera utilizar para demostrar que estaba acosándola..., que le mandara una foto de su polla o lo que fuera. O a lo mejor ni siquiera sabía lo que quería. —Otra vez la gran sonrisa—. Están locas estas adolescentes, ¿no te parece?

—Supongo.

—Por lo menos eso es lo que dice todo el mundo. Así que al principio dudé. Pero luego —siguió diciendo, tan tranquilo, a gusto, apoyando los codos en el escalón para disfrutar de la vista del jardín— me acordé de esos tuits. Ya conocía a alguien, y no era Susanna, que pensaba que era muy divertido jugar con identidades inventadas por internet, para gastarle bromas a la gente. Y además se le daba bien. —Una nueva ola de frío me impactó; subía desde el

suelo y se me metía por los huesos; no me sentía los pies—. Tú le mandaste esos mensajes a Dominic, ¿o me equivoco?

—No lo sé. No me acuerdo.

Soltó un resoplido, entre exasperado y divertido.

—Venga ya, Toby. No me vengas otra vez con esas.

—No es eso.

—¿Qué, que has mandado tantos correos falsos que no hay forma de que te acuerdes de unos cuantos más? ¿A un chico que murió al poco tiempo?

—¡No! Yo no...

—Vale, probemos de otra forma. ¿Alguna vez le mandaste un correo falso a alguien cuando estabas en el instituto?

—Que yo recuerde, no.

Pero en realidad tenía la sensación de que no era verdad: Dec y yo con la risa floja en el ordenador del instituto, «Noo, hay que rebajar el tono; si no, no se lo va a tragar...».

—Hum... ¿Te acuerdas de un chico que se llamaba Lorcan Mullan, que estaba en tu clase?

—Sí. ¿Qué tiene él que ver con...?

—Dice que en la primavera de sexto recibió varios mensajes de una chica a la que le gustaba; no le decía su nombre, solo que lo había visto por ahí y pensaba que estaba muy bueno. Lorcan no tenía mucho éxito entre las damas (canijo y con granos, por lo que nos ha contado), así que se quedó encantado. Ella le soltó algunas pistas, en plan que estaba en el equipo de hockey y cosas así, para que supiera que estaba en forma y eso. Y después de intercambiar un par de correos, ella le dijo que quería quedar, así que fijaron una hora y un sitio, y Lorcan se puso su camisa de follar y medio bote de espray corporal, pero cuando llegó estabais solo tú y tu colega Declan meándoos de la risa.

Había sido idea de Dec, un día que estaba aburrido en clase de informática, con ganas de cachondeo, y se le puso ese brillo peligroso en los ojos: «Vamos a ver a quién se la colamos...». No había sido solo a Lorcan; se lo habíamos hecho a otros tres o cuatro tíos, a los que escogimos cuidadosamente por su ingenuidad, desesperación y pringadez general, pero el único tan lerdo como para tragárselo todo había sido Lorcan.

—En esa época éramos bastante capullos. Todos. Seguro que alguien intentó colármela a mí con otra cosa.

—Hombre, sí, podría haber sido peor —dijo Rafferty, con razón—. Hasta Lorcan me lo ha reconocido; creía que ibais a contárselo a todo el mundo y

que se cachondearían tanto de él que tendría que cambiarse de instituto o dejar el país. Pero, por lo que él sabía, no le dijisteis una palabra a nadie. La idea no era destrozarle la vida, como habría hecho otra gente. Era por puro cachondeo.

Salvo porque sí que se lo dijimos a alguien. A Sean, que no nos rio la gracia como esperábamos, y en cambio (en su taquilla, mientras guardaba libros en la mochila) nos miró con cara de desdén moderado y volvió la cabeza: «La hostia, ¿a Lorcan? Si queréis joder a alguien, meteos con alguien de vuestro tamaño. Que sea un reto verdadero».

—Así que da la impresión de que podrías haberle gastado la misma bromita a Dominic. Había estado puteando a tus primos, se lo merecía, ¿no?

Lo más seguro es que hubiéramos perdido interés después de lo de Lorcan y hubiésemos buscado otra manera idiota de divertirnos. Ese era el estilo de Dec; con una vez le habría valido. Y a mí no se me habría ocurrido la idea de no haber sido por mi amigo, y tampoco me habría dado por seguir por mi cuenta... Aunque siempre había tenido muy en cuenta la opinión de Sean. Esa cara de desdén tuvo que escocerme. «Meteos con alguien de vuestro tamaño.»

—Los mensajes —dije (tenía tanto frío que no podía ni imaginar la posibilidad de volver a sentir calor)—. Los de Lorcan, ¿se mandaron desde la misma cuenta que los de Dominic?

Se tomó su tiempo para responder mientras me miraba con curiosidad.

—¿De veras que no te acuerdas?

—No.

—No lo sabemos —cedió después de un momento—. Lorcan borró los suyos en cuanto se enteró de que era todo una tomadura de pelo, y el servidor no guarda los datos durante tanto tiempo. ¿Alguna posibilidad de que recuerdes la dirección que utilizasteis, aunque sea solo una parte?

—No. —Había sido Dec quien había creado la cuenta, enfrascado sobre el teclado, riéndose como un loco, pegándome patadas para que cerrara la boca cuando intenté hablar.

—Una pena —dijo tras una pausa que me pareció interminable—. Declan dice que él tampoco. Recuerda los mensajes a Lorcan, eso sí (y a un par más, por cierto), pero dice que a Dominic nunca le mandó ninguno. Y le creo, si quieres saber mi opinión.

Pero a Sean tenía que habérselo contado, estaba seguro, sobre todo cuando la idea era más que nada demostrarle que no solo me metía con marginados. A no ser que: a no ser que Dominic desapareciera antes de darme tiempo a

contárselo y yo pensara que podía —aunque fuera solo un poco, quizá— estar relacionado con mis mensajes. Dominic, que estaba ya medio descarriado por las notas, dándose cuenta de que le habían timado como a un pringao; no había sido para tanto, pero quizá fue la gota que colmó el vaso... Si por entonces pensé que había siquiera una mínima posibilidad, seguro que cerré el pico. ¿Para qué cabrear a nadie sincerándome? Y además no habría servido de nada bueno, ni siquiera podíamos saberlo ya con seguridad, no tenía sentido castigarme pensando en eso... «Qué típico de ti: las cosas que te hacen sentirte mal desaparecen sin más de tu cabeza.»

Rafferty suspiró.

—Tiene pinta de que nunca lo sabremos. Y mira que me gustaría. Porque ¿y si esos mensajes lo animaron para que siguiera acosando a tu prima? ¿Y si se buscó la ruina por eso? Entonces, habría dado igual quién lo mató con sus propias manos, porque quien escribió los mensajes fue quien lo engatusó hasta acabar muerto.

Ni siquiera pude sentir una punzada de terror. No, lo que realmente me tenía agotado no era mi prima; era yo, de inocente agraviado a caballero andante, taimado investigador, asesino, capullo egoísta y en su mundo, provocador de medio pelo, elijan ustedes, tanto da; total, mañana habrá cambiado todo, al gusto del consumidor. Esa cosa informe, sin huesos, grotesca, aplastada como plastilina y moldeada al gusto del jefe del día: estaba harto de todo eso.

El jardín estaba teñido de negro y un tono blanquiazul, árboles hinchados por la hiedra e inmóviles como monumentos. El gato se había perdido de vista. Las semillas de los abedules revoloteaban en espiral, ingravidas por el aire, llenándolo como copos de nieve o ceniza.

La voz de Rafferty me resonaba una y otra vez en la cabeza, pero aun así me costó un minuto escucharlo bien: «Entonces, habría dado igual quién lo mató con sus propias manos».

—Usted no cree que fuera mi tío —dije.

No se volvió para mirarme.

—Ya te lo he dicho, que todo apunta a él. Y ahora tengo un móvil y un testigo. Si la cosa hubiera llegado a juicio, me jugaría un buen dinero a que lo habrían condenado.

—Pero usted no cree que lo hiciera él.

Entendía, con la única parcela recóndita de lucidez que debía de quedarme en la cabeza, que debería estar aterrado. Ni siquiera un año antes habría

podido ser rival para Rafferty; y si ahora él decidía ir a por mí, podía despedazarme metódicamente, trozo a trozo, hasta hacerme confesar que maté a Dominic, y seguramente creyera hasta la última palabra. Lo más que pude extraer de mi interior fue una vaga punzada refleja de miedo animal.

El aire estaba tan quieto que pude oír su suspiro leve.

—En este trabajo la mayoría de las veces sabes con qué clase de mente te enfrentas. Las sientes ahí fuera. —Un gesto hacia el jardín—. Esta vez la sentía poderosa. En la mayoría de los casos no es más que un payaso cualquiera. Un desgraciado medio retrasado que se carga al camello de la competencia, un gilipollas que vuelve a emborracharse y esa vez le pega más fuerte de la cuenta a la mujer. Pero esto lo sentí distinto desde el principio. Alguien frío como el acero, que iba pensando veinte movimientos por delante. Alguien que nunca se asustaría, se confundiría o se dejaría amilanar. Tu tío nunca me pareció que encajara en esa descripción.

—Entonces, ¿por qué lo arrestó, si puede saberse?

Subida de un hombro.

—La intuición está muy bien y todo eso, pero yo tengo que atenerme a las pruebas, y las pruebas lo señalaban a él. Pero si tú sabes algo que yo no... —Se volvió entonces para mirarme: era todo ojos y sombras—. Si tú sabes algo que pudiera sugerir que fue otra persona y no quieres que a tu tío se le recuerde como un asesino, tienes que decírmelo.

—Yo no maté a Dominic.

Asintió, no parecía sorprendido.

—Pero tú escribiste esos mensajes... Chiss, colega, que los dos lo sabemos. No eres un santo en todo este asunto. Tu tío, a no ser que yo esté muy equivocado, era un buen hombre. Se lo debes.

Así que para eso había venido: no a por mí, después de todo, sino para convencerme de delatar a mis primos.

Estuve a punto de hacerlo. ¿Por qué no? Que les dieran por el culo a los dos; me habría encantado que ellos tuvieran que enfrentarse a un Rafferty que se sentara en sus terrazas como por su casa, les ofreciera un cigarro y fuera descosiéndolos punto por punto, que, si tan lista era, mi prima hubiera tenido que arreglárselas para librarse de él; ella no había tenido problema en blandirme en la cara de Rafferty, míralo, ¡para comérselo! Pero más que nada, por encima de todo: me habían dejado de lado. Podría haber sido como ellos, cambiado, templado. Podría haber llegado a esa noche en mi piso como alguien que habría sabido salir indemne, si hubieran tenido la confianza

suficiente en mí para contar conmigo.

Aunque todo aquello parecía palidecer en comparación con la falta de sorpresa en la voz de Rafferty. Había tardado demasiado en darme cuenta.

—Nunca creyó que hubiera sido yo.

—Qué va, tampoco me parecía que dieras el tipo, independientemente de lo de la sudadera. Sé que eso fue hace diez años, y sé lo de la lesión cerebral. Pero en el fondo, más allá de las circunstancias, la gente es lo que es. Y tú nunca me diste esa vibración.

—Ni cuando vinieron con las fotos, que pareció que estaban a punto de arrestarme. Solo estaban..., me... —Yo pensando en él como mi rival, el brillante adversario al que debía superar en inteligencia a toda costa, ¡en guardia! Pero, mientras, yo para él no había sido nada de eso; ni siquiera había sido una persona, solo un objeto muy práctico que empujar cuidadosamente hasta la posición que mejor le conviniera para su estrategia—. Me utilizaron como cebo. Para que mi tío confesara.

Un hombro encogiéndose.

—Funcionó.

—¿Y si no? ¿Qué habrían hecho? ¿Me habrían arrestado? ¿Encerrado?

—Quiero a mi hombre. O a mi mujer.

Volvió a recorrerme el mismo dardo de terror. Aquel hombre era como un ave rapaz, ni cruel, ni bueno ni malo, simplemente era lo que era, hasta la médula. Esa pureza, inquebrantable, superaba cualquier cosa que pudiera imaginar.

Y ese es uno de los momentos a los que vuelvo una y otra vez, una de las cosas que no puedo perdonarme; porque parte de mí lo sabía, parte de mí era consciente de que no debía preguntar. Pero me pareció que si él me daba una respuesta, todo tendría sentido, sería absoluta y dorada, como la respuesta de un dios.

—¿Por qué yo? —dije—. ¿Por qué no mi primo? Él era quien había sido... víctima del maltrato de Dominic. ¿Por qué no...?

—Porque tú eras mi mejor baza.

El corazón me golpeaba el pecho con porrazos fuertes y lentos.

—Pero ¿por qué?

—¿Quieres saberlo?

—Sí, me gustaría.

—Vale. —Se reajustó en el sitio, los codos sobre las rodillas, poniéndose cómodo para explicármelo todo—. A ver, el tema es el siguiente: tienes razón,

podía haber ido a por tu primo. En lo que a pruebas se refiere, tenía tantas contra él como contra ti. Pero..., como tú mismo dijiste aquel día con la sudadera, ¿te acuerdas?..., ninguna se sostenía; eran todas movidas circunstanciales. Y con un caso circunstancial, depende todo mucho de lo que el jurado piense del acusado. Pongamos que acusamos a Susanna y vamos a juicio, ¿vale? Una encantadora ama de casa de clase media. Bien hablada, de buena familia. Casada con su novio de la facultad, tan entregada a sus hijos que abandonó su vida profesional por ellos. Ni despampanante ni peripuesta, así que no es una zorra manipuladora y además tampoco es fea ni gorda ni nada de eso, de modo que tampoco es una fracasada que dé asco. Culta, de modo que no es una barriobajera, pero sin pasarse de culta, de modo que no es una elitista estirada. Una mujer lo suficientemente fuerte para que la tomen en serio, pero sin pasarse (porque apuesto lo que sea a que ella jugaría esa baza a muerte), de modo que no es una arrogante de mierda a la que haya que bajarle los humos. ¿Crees que un jurado la habría condenado si no hubiésemos tenido pruebas suficientes?

—Seguramente no.

—Ni de coña. Y ahora, tu primo —(meneó una mano)—, ahí sí que podríamos haber tenido alguna oportunidad. Estilo de vida cuestionable y todas esas cosas. Sigue habiendo mucha gente que cree que los gays están un poco trastornados, y ya se sabe cómo son los del mundo del arte, que son muy vivos. Si hubiéramos tenido al menos una prueba consistente contra él (un testigo, ADN, lo que fuera), te hubiera dado toda la razón: él habría sido mi mejor baza. Pero no era el caso. Y al igual que Susanna, es de buena familia, está acomodado, un bonito acento de clase media; con buen aspecto sin ser demasiado guapo como para parecer un capullo relamido, se expresa bien, es inteligente, se hace querer... Ponle un traje decente, quítale el peinado ese sin sentido, y quedaría de puta madre. ¿Ese muchacho tan agradable y tan normal un asesino? De eso nada.

Filas de ventanas negras e inexpresivas en el bloque de pisos; había algo en la luz que las hacía parecer casas allanadas, huecos irregulares al vacío, el polvo espesándose sobre carteles desgarrados y sillas volcadas. No se oía nada alrededor, ni siquiera una moto en la distancia, un grito o un compás de música.

—Contigo, en cambio —dijo con toda la naturalidad del mundo—, contigo sí que podía conseguir algo.

Esto es lo más alucinante: por una fracción de segundo estuve a punto de

reírme en su cara. Venga ya, ¿yo? Como no hay gente... ¿Quién iba a creer que...? Quizá debería verlo como una especie de triunfo del espíritu humano: incluso después de todo lo que había pasado, quedaba un diminuto fragmento de mi cabeza que creía realmente que yo seguía siendo yo.

—Los pequeños detalles tienen gran importancia —explicó—. Como lo del párpado, la cosa esa que haces, ¿el...? —Me señaló con un dedo—. Y la cojera. Y esa forma que tienes de arrastrar un poco las palabras..., pero solo bajo presión, o sea, la mayoría del tiempo no se nota, pero si algo se siente en el banquillo de los acusados es presión. Y esa forma que tienes de saltar por todo, nervioso. O cuando tartamudeas y se te enredan las frases. Y a veces parece como si no estuvieras sintonizando con el resto del mundo, con esa mirada desenfocada que pones. —Inclinándose—: Verás, que no me estoy metiendo contigo, hombre. En la vida normal, con gente a la que conoces, esas cosas no importan. Pero a los jurados no les gustan. Creen que significa que te pasa algo. Y en cuanto piensan eso, solo hay un paso, muy pequeñito, para convertirte en asesino.

Los árboles removiéndose, chasquidos y roces mínimos y sutiles, por donde no corría el viento. Sombras de ramas que arañaban la tierra desnuda con la violencia de las grietas de un terremoto. Olor a goma quemada, más intenso.

—Y luego está el tema de la memoria —añadió—. Tus primos pueden subir al banquillo y jurar que no tienen nada que ver con lo que le pasó a Dominic; solo tendrían que convencer al jurado de que están diciendo la verdad. En tu caso, en cambio, habría dado igual que lo convencieras o no. Habríamos podido demostrar que tienes menos memoria que un vegetal. Habría dado igual lo que saliera de tu boca.

—¡Nada de eso es culpa mía! —dije, demasiado alto (y supe que era absurdo, pero me salió de dentro, así sin más, desgarrándome por el camino) —. Yo no lo elegí, joder.

—¿Y qué? —preguntó con suavidad.

—Pues que no..., que no habrían..., no podían haberlo utilizado en mi contra... —La rabia creciente era tan abrumadora que me trababa la lengua, menudo mongolo, perfecto para darle la razón a Rafferty, quise pegarme de hostias...—. No puede hacer como si, como si... ¡eso no contara!

—Pero es que no contaría —señaló como si tal cosa, pero no pude responder a eso; ya solo respirar me costaba—. Tampoco estoy diciendo que hubiera llevado las cosas tan lejos —me tranquilizó—. No habría sido capaz,

palabra de honor. Yo no me dedico a endilgarles asesinatos a gente inocente. Pero el caso es que no me hizo falta. Lo único que necesité fue hacerle creer a tu tío que lo haría. Y por eso fui a por ti y no a por Leon. Porque tu tío sabía tan bien como yo que como te llevasen a juicio, te darían por todos lados.

Siguió diciéndome algo. Todavía veo la chispa ambigua de la sonrisa que le iluminó la cara, y me he pasado cientos de horas, sino miles, intentando recordar qué dijo, pero soy incapaz porque justo cuando empezó a decirlo comprendí que iba a pegarle un puñetazo en la cara, y de hecho en cuanto terminó de decirlo, se lo pegué.

No se lo esperaba. Al puñetazo le siguió una fuerte bofetada que lo mandó de costado contra el suelo de la terraza. Pero rodó al mismo tiempo y, para cuando conseguí ponerme en pie —con una extraña lucidez mareante muy parecida al júbilo que me levantó, «por fin, por fin»—, ya se había incorporado y venía a por mí, por lo bajo, con las manos en alto y tensas como un luchador callejero. Fintó a un lado y luego al otro, sonriendo al verme amagar, haciéndome señas para que me acercara.

Arremetí contra él, pero esquivó mi *swing* alocado, me cogió del brazo al pasar, me hizo girar en redondo y me soltó. Del impulso volé hacia atrás por la terraza y me estampé contra el muro de la casa. Él vino a por más, cogió impulso con el puño sin esfuerzo alguno y me lo clavó en la nariz con un golpe corto.

Algo estalló; me quedé ciego por un momento, con la sangre chorreándome hasta la boca. La inhalé, me atraganté, y luego ya lo tenía encima. Me hizo una llave de cabeza y empezó a meterme en las costillas como si fuera un saco de boxeo.

Le pegué un pisotón en el empeine y oí su aullido de dolor. Aproveché su desequilibrio momentáneo para apoyar el pie contra la pared que tenía detrás y me impulsé para apartarme.

Salimos los dos disparados por la terraza, tambaleándonos y todavía agarrados. Bajamos los escalones hasta el jardín con los pies enredados, perdimos el equilibrio y caímos al suelo cuan largos éramos. Antes de poder recuperar el norte, lo tenía encima, aplastándome la cara contra la tierra.

Era más grande y diez veces más fuerte que yo. Tierra contra los párpados, boca llena de tierra. No podía respirar.

Casi me dejé hacer; casi relajé todos mis músculos doloridos y dejé que me aplastara en el suelo, entre hojas de otro año y bichitos con sueños de invierno, entre tesoros perdidos tiempo atrás y huesecillos curvados, contra la

tierra oscura. Pero el calor salvaje que desprendía y me oprimía, esa respiración exacerbada en mi oído: aquella noche en mi piso salió a flote en mi interior y lo único que pude pensar, con una furia aullante que me inflamó hasta la última célula del cuerpo, fue: «Esta vez no».

Conseguí doblar las rodillas, auparme e incorporar la espalda, y le escupí a la cara una ráfaga de sangre y tierra. Retrocedió asqueado y logré meterle un pie contra la barriga, lo aparté de mí y pude alejarme y levantarme. Él se retorció, se incorporó como un gato y se abalanzó contra mí, pero clavé los talones en el suelo y esa vez, no sé cómo, me quedé en el sitio. Me agarré a él y no lo solté.

Dimos bandazos en círculos en la semipenumbra, como un grotesco monstruo de muchas extremidades que gruñía y se movía a tientas. La escena parecía tener una lentitud como de pesadilla, con los pies que se hundían y se clavaban en el barro, las manos cogiendo como garras pelo, tela y piel. Yo respiraba como a borbotones, en alientos broncos; su respiración, en cambio, tenía la fiereza de un animal, podía sentir sus dientes presionándome la mejilla y, a pesar de la sangre que me taponaba la nariz, juraría que olí su aroma a pino silvestre. Estaba intentando pegarme un rodillazo en los huevos mientras yo le golpeaba inútilmente en la nuca, pero ninguno conseguíamos poner distancia, o tener agarre suficiente en el suelo irregular, para asestar un golpe en condiciones.

Me soltó un instante para cogerme del muslo y me levantó del suelo. Pero yo tenía un codo alrededor de su cuello y, cuando me tiró contra el suelo de espaldas, lo arrastré conmigo. En el mismo segundo en que sentí que se me iba todo el aire de los pulmones, oí su cráneo golpeando una roca, justo al lado de mi oreja, con un tremendo crujido viscoso.

Me quedé allí tirado, luchando por coger aire. Lo sentía encima como un saco de cemento húmedo que me retenía contra el suelo. Muy por encima de mi cabeza unos pájaros grises e informes parpadearon contra el cielo negro, y pensé que serían lo último que vería en esta vida, pero por fin logré tragar una buena bocanada de aire. Intenté sacudírmelo de encima, clavándole las uñas y empujándolo, hasta que conseguí apartarlo y me puse de rodillas como pude.

Lentamente, centímetro a centímetro, él se incorporó sobre las manos y las rodillas y volvió la cabeza para mirarme. Tenía los ojos desencajados y de un negro macizo, alienígenas, y le bajaba sangre por la cara desde una gran brecha en la frente que chorreaba ríos oscuros y relucientes en la tenue luz blanquiázul. Emitió una especie de gruñido profundo, con el labio

curvándosele hacia arriba, y me agarró la muñeca con una mano, como un cepo.

Le pegué un puñetazo en la cara. La mano con la que me tenía cogida la muñeca soltó el agarre y arremetí contra él con los dos puños, cargando con todo mi peso, metiéndole martillazos en la cabeza, cogiéndole el pelo para estamparle la cara contra el suelo. Ni siquiera sentía los nudillos al desgarrar la carne; podría haberlos aplastado contra roca viva, tenía la fuerza de un dios y era infatigable. Él seguía haciendo ese gruñido y pensaba hacerlo callar, no volvería a agarrarme en su vida, no volvería a hacerme nada más, jamás, nunca más... A través del tamborileo feroz de mis latidos y del colosal silencio estruendoso del jardín, oí la voz de mi prima: «Pues ahora imagínate que lo hubieras hecho». El éxtasis divino, el rayo indoloro que me recorría los huesos. Elevándome en el otro extremo de aquel río para desembocar en un mundo que por fin volvía a ser mío.

Al final, poco a poco, el rayo fue apagándose en mi interior y paré. Tenía los brazos como de trapo, me cayeron a los lados como si fueran de otro, y respiraba con grandes bocanadas resollantes. Me arrodillé en el sitio, sobre la tierra, meciéndome ligeramente adelante y atrás.

Él se había quedado aovillado bocabajo, con los antebrazos en torno a la cabeza. No recordaba ya por qué había empezado la pelea. Había perdido toda noción de quién era él o quién era yo. De lo único de lo que era consciente era de la vasta oscuridad fría y llena de telarañas y de nosotros dos, dos pequeñas chispas de calor, lado a lado.

Semillas de abedul bajando arremolinadas, pendiendo del aire con su palidez, aterrizando con sigilo sobre su espalda oscura. Estaba haciendo un extraño ronquido. Después de un rato se volvió, muy lentamente, sobre un costado.

Levanté una mano, pesada como el granito, y se la puse sobre el hombro. Una pierna se le contraía rítmicamente. Pensé en tenderme encima de él para que las semillas de los abedules no le cubrieran como la nieve, pero no me quedaban fuerzas. Me palpitaba con saña la nariz, que me llenaba los vaqueros de grandes manchas de sangre.

Ramas retorcidas y negras, un rasgueo por el tejado. Tenía solo una idea muy nebulosa de dónde estaba; la casa me resultaba familiar, pero muy vagamente, como de un sueño o un cuento. Hacía un frío horrible.

La contracción de la pierna le paró al rato. Y otro tanto pasó con el ronquido, hasta que me quedé solo en el jardín.

Permanecí allí arrodillado con la mano en su hombro hasta que no pude seguir más en esa postura. Después me agaché con mucho dolor hasta la tierra y me aovillé en el sitio con la espalda pegada a la de él. Temblaba con fuertes espasmos y me castañeteaban los dientes hasta el dolor, pero su espalda estaba caliente, y era sólida, y no sé cómo, pero acabé quedándome dormido.

Me despertó una luz débil y gris. Estaba de costado, hecho un ovillo, con las rodillas recogidas contra la barriga y los puños en el pecho, como en un enterramiento de la Edad de Hierro. Me sabía la boca a tierra y tenía un ojo pegado, no podía abrirlo. Estaba entumecido y dolorido de pies a cabeza, todo empapado, y tenía tanto frío que no me sentía ni la cara.

Conseguí subir poco a poco una mano hasta el ojo, pero me impresionó su visión: estaba llena de sangre reseca, sangre incrustada en cada arruga, los nudillos destrozados e hinchados. Cuando me escupí en los dedos y me restregué el ojo, volvieron manchadas con un rojo más intenso aún. Había pasado algo malo.

Sentí por debajo la tierra blanda, pero tenía la espalda contra algo duro y muy frío y quise apartarme rápidamente. Me costó una eternidad, sin embargo, cada movimiento parecía desgarrarme los músculos o hacerme crujir las articulaciones, hasta que conseguí sentarme en el sitio. El esfuerzo y el dolor me dejaron temblando, con un rojo muy feo latiéndome tras los globos oculares. Escupí tierra y sangre y me enjuagué la boca con la manga.

El jardín estaba monocromático, dormitando bajo un velo de rocío. No se movía nada, ni una hoja se contraía, ni un pájaro saltaba o un insecto se arrastraba. El cielo tenía un tono gris anodino que lo hacía invisible. Montañitas de semillas de abedul se habían posado sobre los pequeños valles horadados en la tierra.

Me recordaron algo. Alguien, otra persona allí conmigo... Me volví, y allí lo tenía.

Semillas de abedul salpicándole el faldón desplegado de la gabardina oscura, rocío encaneciéndole el pelo. Tenía la cabeza torcida a un lado, la cara enterrada en el hueco de un codo, el otro brazo estirado sobre la cabeza. Su mano tenía el mismo aspecto que la mía, la sangre y los nudillos. Intenté apartarle el codo de la cara para comprobar si respiraba, pero no había manera de moverlo; tenía todos los músculos y las articulaciones engarrotados, como si estuviera volviéndose de piedra de dentro hacia fuera.

Tenía la mano aún más fría que la mía.

Después de un rato largo conseguí ponerme de pie y arrastrarme hasta el interior, tambaleándome y encorvado como un anciano. Hice un fuego —la ceniza vieja arremolinándose y provocándome un doloroso ataque de tos— y me acurruqué enfrente, todo lo cerca que pude.

Me volvió todo poco a poco, lloviéndome en la mente con una calma lenta, irrevocable e invernal. En el momento lo había vivido como un acto heroico; me había parecido que iluminaba todo el cielo con un feroz relámpago propio de salvación. En la sordidez de la mañana, en cambio, no quedaba rastro de nada de eso. Rafferty estaba muerto y lo había matado yo. Y no para salvar a mis primos, como había creído haber asesinado a Dominic, ni tan siquiera para salvarme a mí, sino simplemente porque tenía la cabeza tan hecha mierda que me había parecido buena idea. Y ahora estaba muerto. En algún lugar no muy lejano alguien estaría empezando a preguntarse dónde se habría metido, por qué no había llamado ni había vuelto a casa.

Sombras de llamas en movimiento que rizaban y combaban las paredes. Pilas de libros irregulares y platos sucios en la mesa de centro, una araña avanzando con afán por el parque al lado de mi rodilla.

La cara se me había descongelado lo suficiente para sentir la capa que la recubría; cuando me la palpé, el dolor se me extendió por todo el cuerpo. Conseguí llegar hasta el baño, parándome varias veces por el camino para apoyarme contra la pared hasta que remitía el mareo y volvía a ver. Me vi la nariz rara en el espejo, llena de bultos y descentrada, mientras que una costra de sangre reseca y barro me envolvía la cara como una máscara. Estuve un buen rato restregándomela con una toalla mojada, pero no pareció servir de mucho y me dolía demasiado para seguir. Las piernas cedieron bajo mi peso y me quedé sentado en el suelo del baño. Permanecí mucho rato en esa postura, la mejilla palpitando contra las baldosas frías.

Estaba esperando eso de lo que habían hablado mis primos, la majestuosa transformación. «Ah, sí, eso también estaba ahí.» El poder de acero que le había sobrevenido a Susanna, nadie volverá a joderme la vida, ahora soy una superheroína; yo levantaría a los ladrones por el pescuezo y los arrojaría a los pies de Martin, tejería una maquiavélica trama que haría que el neurólogo basura viniera de rodillas a llorarme y a suplicar mi perdón. La ingravidez etérea que había surgido en Leon, nada importa, nada puede hacerme daño; me quitaría de encima esta vida dañada como si fuera una chaqueta sucia y allá que me iría en busca de algo nuevo y perfecto. A la luz del fuego mis primos

habían brillado como si estuvieran hechos de un extraño elemento, desconocido e indestructible. Esperé a sentir la transmutación en mis propias carnes, a levantarme del suelo con las heridas cerrándose ya, las cicatrices desapareciendo y encontrándole por fin el sentido a todo.

Nada más lejos. Lo único en lo que podía pensar era en la mujer, la novia o lo que fuera de Rafferty, que estaría empezando a asustarse, preguntándose si llamar a Kerr; en sus hijos, quizá, chiquillos de pelo desmadejado y oscuro, desbordantes de energía, entrando de jugar fuera para preguntar dónde estaba papá.

Pequeños movimientos en la casa cuando el viento empezó a asomar. Grietas y manchas de humedad estampando la pared como la sombra de un gran árbol recubierto de musgo. Luz tenue titilando por la ventana mugrienta, cortina de ducha colgando de un aro roto.

Recordé los mensajes a Dominic; o creí recordarlos, si es que en mi caso eso valía de algo. Pero lo vi cristalino: yo tirado en la cama en casa, estudiando supuestamente, inquieto e irritable por un calor poco propio de la primavera, uno de esos fines de semana en los que todo el mundo me tocaba la moral: mi prima Susanna, que no quería saber nada de mí porque había hecho un comentario poco halagador sobre una amiga suya un tanto jamona; mi primo, que no paraba de despotricar con amargura con que si éramos todos borregos camino del matadero, avanzando obedientes del instituto a la facultad y de ahí directamente a las fauces de las multinacionales, y las costillas, que me estaban matando por el puñetazo de «era solo una broma» que me había metido Dominic el día anterior. Sean o Dec podrían haberme sacado de ese humor de perros, pero Dec tenía un curro mierdoso de media jornada para ahorrar para la facultad y no había quien le viese el pelo, y Sean estaría en alguna parte con la mano metida bajo la camiseta de Audrey o lo que fuera y no me cogía el teléfono. Tenía ganas de cabrear a alguien.

La cuenta de correo que Dec y yo utilizamos para escribirle a Lorcan era megustas arroba, no sé, Hotmail o Yahoo. La contraseña era «mamón».

La semana anterior mi prima había montado un pollo porque Dominic estaba intentando liarse con ella. En su momento me había parecido hasta entrañable —para lo lista que era, Su podía ser a veces una auténtica cría, poniéndose así porque le entrara un tío—, pero ese fin de semana lo veía solo como un melodrama molesto, una excusa para indignarse y sentirse superior. Si quería de eso, yo se lo iba a dar.

«Eh, sé que el otro día te puteé cuando me cogiste el culo, pero en realidad

me pones cantidaaad ;-))»

No lo firmé..., para poder negarlo todo si acababa saliendo a la luz y mi prima intentaba pagarla conmigo, mi mejor cara de ofendido, «¿Cómo? ¡Yo nunca dije que lo hubieras escrito tú!». Dom sumaría uno más uno, y si no, me daba igual; de todas formas, a esas alturas tenía la cabeza tan tocada que seguro que se lo tragaba todo. Una insinuación más a mi prima y ella le arrancaría un brazo y se lo merendaría, o le daría un sermón sobre consentimiento e integridad corporal que lo sumiría en un coma. Eran tal para cual. Yo solo esperaba poder estar presente cuando lo hiciera.

Luego me surgió algún plan interesante, me desembaracé del humor de perros y me olvidé varios días del asunto. Pero, cuando me acordé y miré la cuenta, por supuesto, ahí estaba Dominic tragándose el enterito: «Entonces, ¿por qué te pusiste tan capulla?».

Resoplé y volví a olvidarlo todo hasta el siguiente rato de aburrimiento. «No sé, me daba cosa!! Por si era solo para cachondearte de mí. De todas formas así también es divertido, no? ;)»

Un gran emoticón sonriente de Dominic: «:D Eso me pone».

¿Y luego? ¿Qué le dije? ¿Cuántos mensajes más nos intercambiamos? Solo me acordaba de esos, pero Rafferty había dicho «un puñado». Suficientes, más que suficientes.

«Una gran sonrisa de satisfacción, como si hubiera hecho algo inteligente y esperara una medalla —había dicho mi prima—. “¿No te alegras de verme?”, me dijo.»

El recuerdo tendría que haberme provocado una bocanada de vergüenza, culpabilidad y horror, pero lo único que sentí fue una tristeza inmensa e infinita. Había sido una cosa tan nimia. Los críos gastan bromas peores cualquier día de la semana, por cientos. Yo creía que no significaba nada, no tendría que haber significado nada. Y aun así, sin saber cómo, ahí estábamos todos, y todo se había ido al traste.

Mi dormitorio parecía llevar años abandonado, ropa arrugada por las esquinas, telarañas polvorientas colgando de la pantalla de la lámpara, débil tajo de luz por la rendija entre las cortinas. Saqué los Xanax y los calmantes que tenía guardados al fondo de un cajón y los esparcí sobre la cama. Me quedaba una cantidad asombrosa.

Por supuesto, no era la primera vez que la idea me pasaba por la cabeza...; en aquellas terribles semanas de dar vueltas por mi piso, no había pensado en otra cosa prácticamente. Pero a la hora de la verdad, no conseguía ponerlo en

práctica, ni siquiera llegué a intentarlo. Creí en su momento que era por Melissa, por mis padres...; no podía soportar la idea de no volver a verlos, no podía soportar la idea de que me encontraran así. Pero en realidad nunca había sido por eso. Había sido por esa diminuta y ridícula chispa, en lo más profundo del meollo de mi cabeza, que creía que las cosas todavía podían cambiar. En algún punto al otro lado de aquella lámina de cristal distorsionante, estaba esperándome mi vida, cálida y brillante como el verano, haciéndome gestos para que me acercara.

Siempre otro milagro, siempre una última oportunidad. Salir de entre los escombros del terremoto, varias semanas después, cubierto de polvo como una estatua blanca y una mano levantándose débilmente, que me procesionaran en alto, triunfante. Salir del río chorreando como un hombre sirena, hacerme el boca a boca más allá de toda esperanza, hasta que la tos y la bocanada de agua surgieran por fin. Tengo suerte, la suerte vencerá.

Pero ahora había un inspector de policía muerto en el jardín y yo tenía la mano llena de su sangre, y no veía nada que pudiera hacer la suerte por mí. Aunque consiguiera cavar un hoyo en la tierra y enterrarlo, vendrían a buscarlo; seguramente le había dicho a alguien adónde iba, habría dejado su coche cerca, rastrearían su teléfono hasta aquí. Y yo no era mi prima para inventar astutos planes para encubrirlo todo; no tenía margen de maniobra para andarme con juegos de distracción, apuntar a que pudo haber sido este o este otro. Iba a ir a la cárcel.

Y aunque, por lo que fuera, no llegara a ir: había matado a una persona, y siempre la habría matado. Eso nunca cambiaría. No era algo que pudiera deshacerse, de lo que pudiera librarme con mi labia, no podía arreglarlo ni pedir perdón, no podía limar las asperezas ni cepillarlos con una garlopa para poder guardarlo en una caja más pequeña y manejable. Más bien al contrario, eso me puliría a mí hasta hacerme encajar en su forma inmutable.

Lo que no había sabido reconocer después de aquella noche —pese a haberlo tenido delante de las narices todo ese tiempo, pese a su importancia absoluta— era que no había muerto nadie; y por eso mismo, esa chispa se negaba a apagarse: destrozado, medio tonto, tartamudo, pero aun así seguía vivo. «Mientras hay vida, hay esperanza»: tan trillado que da arcadas, y aun así había resultado ser verdad. Ahora Rafferty estaba muerto y ya no quedaba margen para suerte, milagros o últimas oportunidades. Aquella era la pared lisa de piedra, la última palabra contra la que no podía apelarse. Estaba acabado.

Me tragué las pastillas con grandes palmadas de agua del grifo del baño (consideré la opción de tomar vodka o vino, para ir sobre seguro, una copa de despedida, pero la idea me revolvió el estómago y no podía arriesgarme a vomitar el mejunje entero). Después me quité la ropa —con sangre, barro, desperdigando hilos de tierra y semillas de abedul al dejarlas caer en el suelo del cuarto—, me puse una camiseta limpia y los pantalones del pijama y me metí en la cama. Las sábanas estaban heladas y viscosas. Me hice un ovillo, contrayéndome al rozarme las magulladuras, y me eché el edredón por encima de la cabeza.

Pensé en Melissa, en esa vez que estuvo con gripe y se había quedado en mi cama, incorporada en el sitio, colorada por la fiebre, parloteando con una lucidez resuelta y alocada, mientras yo le traía huevos pasados por agua con tostones alargados y té de hierbas y le leía *Winnie de Pooh* por el móvil, su cabeza sobre mi pecho. Pensé en mi madre sentada a lo indio en el suelo, jugando conmigo al *snap*, la cola de caballo cayéndole por encima del hombro, la mano en el aire y una media sonrisa inconsciente iluminándole la cara; en mi padre, inclinándose en el sillón bajo la luz del flexo para dedicarle toda su atención a una redacción mía del colegio, serio y sin prisa: «Esto está muy bien, me gusta cómo has construido tu argumentación...». Me habría gustado estar allí tumbado más rato; me habría gustado tener tiempo de repasar todos los buenos recuerdos, todas las pintas y los cachondeos con Sean y Dec, todas las noches locas de la facultad, las chicas, las vacaciones y los cuentos para dormir, hasta los veranos en Villa Hiedra con Hugo y mis primos. Pero estaba agotado hasta el tuétano, de cuerpo y mente, iba y venía en un parpadeo, y conforme la cama se calentó y las pastillas hicieron su efecto, ya no pude mantener los ojos abiertos más tiempo. Lo último que recuerdo haber pensado fue en lo tremendamente triste que era que al final fuera tan fácil dormirse para siempre.

[]
[SEP]

Por supuesto, hice una chapuza. Al parecer, en algún punto le dejé a Melissa un largo mensaje en el contestador, divagando, compuesto principalmente de disculpas y galimatías incomprensibles y atrancados. En cuanto lo escuchó, llamó a mis padres, que vinieron corriendo a Villa Hiedra, y se encontraron a Rafferty muerto en el jardín en medio de un charco de sangre y a mí moribundo en la cama en medio de un charco de vómito. No puedo ni imaginarme lo que tuvieron que ser las horas que siguieron. Me desperté una vez más en el hospital, con la sensación de tener la madre de todas las resacas y de que me hubieran pegado repetidamente en la barriga, con ese hedor a enfermedad y desinfectante penetrándome de nuevo y un agente uniformado mirando con mala cara desde una silla junto a la cama.

Al principio pensé que había vuelto a los días que siguieron a aquella noche en mi piso, y no entendía por qué el poli estaba tan cabreado conmigo. Cuando me di cuenta de que de la herida de la cabeza solo me quedaba una cicatriz, me entró tal pánico —¿cuánto tiempo llevaba allí?!— que tuvo que venir una enfermera y meterme un tranquilizante en vena. Poco después entraron un par de inspectores para hablar conmigo, pero yo estaba tan puesto que lo único que hice fue mirarlos con cara ensoñada y preguntarles si habían encontrado mi coche y si les importaba comprobar, por favor, que todavía tuviese los pies.

Pasó un tiempo hasta que tuve lo suficientemente claras las cosas como para que pudieran interrogarme; lo que para mí, en la práctica, siguiendo las estrictas órdenes del costoso abogado que me habían buscado mis padres, supuso simplemente contestar «sin comentarios» una barbaridad de veces a un par de inspectores que, tras unas caras inexpresivas muy bien compuestas, saltaba a la vista que querían hacerme picadillo y mear sobre mis restos. Pero uno de los pocos fragmentos comprensibles del mensaje de voz que le dejé a

Melissa fue algo parecido a «me pegó un susto, creía que era un ladrón, me cagué vivo»... , seguido de farfulleos varios y un «lo siento, lo siento mucho» (tener que escuchar aquel mensaje reproducido en la sala de un juzgado fue sin duda —pese a tener una fuerte competencia, eso sí— uno de los peores momentos de todo el asunto). Para cuando me recobré lo suficiente para tener alguna idea de lo que había pasado, la historia ya había cobrado vida propia, y básicamente tenía la forma que mi defensa acabaría utilizando en el juicio: Rafferty, que vino a la casa para ver si yo podía corroborar la historia de mi prima; la puerta abierta (mi madre, mi tía Louisa y el cartero declararon que se habían encontrado la puerta sin la llave echada o incluso abierta en las semanas anteriores; al parecer el cartero me dio un sermón al respecto, pero no creyó que llegara a calarme el mensaje); el susto en la terraza a oscuras, la pobre víctima de estrés postraumático reactivado por un *flashback* de la agresión que le había arruinado la vida, arremetiendo en un frenesí, en lo que realmente creyó que era defensa propia (testimonios periciales como el del neurólogo basura y varios psicólogos, así como otras cosas bastante apabullantes de boca de mis familiares y de Melissa), y luego, aterrorizado hasta el punto de intentar suicidarse en cuanto salió de su trance de terror y vio la cara ensangrentada de Rafferty.

En cierto modo, podría decirse que la historia tenía algo de cierto, por retorcida y tangencial que fuera esa verdad. Mi abogado la repasó conmigo metódica, implacablemente, como un estricto profesor particular de la vieja escuela metiéndole en la cabeza las declinaciones latinas a un estudiante rezagado. Al principio me negué en redondo a siquiera considerar la posibilidad de testificar; y no era solo, ni siquiera principalmente, por lo que había dicho Rafferty: «Como te llevasen a juicio, te darían por todos lados». Era más sencillo que todo eso: quedaban pocas cosas en el mundo que pudieran hacerme sentir peor, pero extenderme sobre los detalles más delicados de mi estado de jodidez mental ante un público compuesto por mi familia, mis amigos, Melissa, medios varios y el mundo entero ocupaba el primer puesto de la lista.

El abogado, sin embargo, no paró de darme la lata con que era mi única oportunidad para evitar la condena por homicidio y la cadena perpetua automática, así que al final transigí. Creo, o tal vez solo quiera creer, que lo hice sobre todo por mis padres. No podía apartar de mi cabeza la imagen de mi madre apareciendo en Villa Hiedra, «¿Toby? ¿Toby, estás bien?», la corriente fría por la puerta abierta del jardín, aquello allí tirado en la tierra, el

momento de horror, la confusión mareante al ver la cara de Rafferty; corriendo por habitaciones polvorientas y escaleras a oscuras, «¡Toby!», la voz elevándose y quebrándose, «¡Toby!»; y por fin, yo, haciendo todo lo posible por morirme allí mismo en su cara, pero sin ser capaz de atravesar esa última meta.

Así que subí a ese banquillo, despojado y abierto en canal, e hice mi numerito de baile ante el mundo entero. Temblé e hiperventilé, ciñéndome al guion, mientras mi abogado me hacía contar el robo en mi casa paso a paso. Tartamudeé durante las descripciones en profundidad de todos los efectos secundarios humillantes («¿Y qué pasaba cuando intentabas salir solo? Y cuando la compañía de la tarjeta de crédito te preguntó tu segundo nombre, no supiste decírselo, ¿es así? Y se ve que tienes el párpado caído, ¿es a resultas de...?»). Perdía el hilo y tenía que pedir que me repitieran las preguntas. Cuando a alguien se le cayó una libreta, prácticamente salté del sitio. Tartamudeé y arrastré la voz mientras contaba la muerte de mi tío, y cuando llegamos a la pelea con Rafferty, me atranqué hasta tal punto que mi abogado tuvo que pedir un receso. Intenté no mirar las caras de los miembros del jurado mientras evaluaban cuidadosamente hasta qué punto era un despojo humano, ni siquiera a la rubia guapa de la primera fila y sus grandes ojos compasivos. En su interrogatorio el fiscal puso toda la carne en el asador para intentar hacer ver que era todo teatro, pero frenó en seco cuando quedó en evidencia que no era así en absoluto, que de hecho estaba a punto de derrumbarme del todo.

La versión de la fiscalía era que yo se la tenía jurada a Rafferty por la muerte de mi tío, y que cuando apareció en busca de información para cementar su reputación como asesino, perdí los nervios y fui a por él. Supongo que ahí también había una verdad residual, pero el jurado —tras casi tres días de deliberación— prefirió la versión de la defensa. Al fin y al cabo, no podía negarse que yo estaba categóricamente hecho polvo de la cabeza. Fui el único que pilló la ironía: todo lo que, en opinión de Rafferty, habría jugado en mi contra —el atrancarme, el saltar por todo, mi mirada vidriosa y la incapacidad para enfocar— fue justo lo que me salvó. El veredicto (once a uno: hubo un tipo grande con la cabeza rapada y mirada de hastío que dijo que a él no se la colaban) fue homicidio involuntario con atenuantes.

Según me explicó mi abogado, eso significaba que el juez podía sentenciarme a lo que quisiera, desde libertad condicional a cadena perpetua. Tuve suerte. Difícilmente habría podido dejarme libre con un policía muerto

de por medio, pero tuvo en cuenta mi falta absoluta de antecedentes, mi inmenso potencial para contribuir a la sociedad, el apoyo de mi familia (conocía a mi padre y a mi tío Phil por la profesión, aunque no con la intimidad suficiente para sentirse en la obligación de recusarse) y el hecho de que mi estado mental y mi extracción social harían de la cárcel un ambiente más hostil de la cuenta para mí. Me condenó a doce años de prisión, diez de ellos con suspensión condicional de la pena, y me envió al hospital central de salud mental, donde recibiría el tratamiento adecuado para asegurar que pudiera desarrollar todo ese potencial en un futuro. No necesité que mi prima me hiciera ver que, de haber sido un chungo con chándal de una familia que chupaba del paro, otro gallo habría cantado.

Mi prima, de hecho, vino varias veces a verme al hospital durante el tiempo que estuve allí. La primera vez asumí que lo hacía para tomarme las medidas y ver si pensaba venderlos a los loqueros. No estaba dentro de mis planes. Y no por amor, nobleza o lo que fuera, ni con la alegre despreocupación con la que encubrí a Tiernan, «Eh, ¿por qué no? No hacemos mal a nadie», sino solo porque tenía la impresión de que bastante daño se había hecho ya. Si todavía era posible salvar algo, me gustaba la idea de contribuir a esa salvación.

Mi prima tenía buen aspecto. Venía directamente de la facultad; llevaba una camiseta azul claro, vaqueros pegados y zapatillas de deporte viejas, y parecía joven, enérgica y estudiantil. Allí, en la sala de visitas —sillones raídos salpicados de manchas de té y chicle, mesas bajas clavadas al suelo, cuadros de jarrones distorsionados ligeramente inquietantes, salidos de la terapia artística—, parecía una extraterrestre teletransportada desde otro mundo; aunque, en realidad, todas las visitas daban esa misma impresión.

No intentó darme un abrazo.

—Se te ve mejor —me dijo—, como si durmieras y todo.

—Gracias. Aquí tienen pastillas para esas cosas.

Mi prima seguía sin ser santo de mi devoción; ella, por supuesto, habría argumentado que había hecho todo lo que estaba en sus manos para no meternos en líos y que difícilmente era su culpa que me hubiera dado por pegarle una paliza de muerte a un poli, pero a mí me costaba verlo de esa manera.

—¿Cómo se está aquí?

—No está mal —dije, y lo cierto es que en parte era verdad.

Las primeras semanas habían sido chungas. En protocolo de prevención del suicidio, lo que en sí mismo bastaba para hacer que a la persona más estable le entraran ganas de suicidarse: un colchón sobre el suelo pelado, una trampilla diminuta en una puerta metálica, calor asfixiante, las luces siempre encendidas. Miradas ilegibles por doquier, todas cargadas de peligros subyacentes, médicos dispuestos a chutarme cualquier fármaco sorbesesos si no hacía lo que debía, pacientes que podían decidir que yo era el diablo y tenían que desollarme la cara. Ruido constante, siempre alguien chillando, cantando o golpeando algo, todo ello amplificado por la acústica institucional y desnuda. Y comprender, poco a poco, que mi condena no tenía fecha de caducidad; los dos años del juez eran una ilusión, yo iba a estar allí hasta que los médicos creyeran que estaba curado, cosa que podía suceder en el plazo de unos años o nunca.

Así y todo, una vez pasada la primera conmoción, me integré sin mucho problema. Nadie intentó arrancarme la cara ni drogarme hasta la catatonía. Tenía un cuarto propio (enano, calefacción a tope, pintura desconchada) y, puesto que me consideraban poco peligroso, me dejaban hacer cosas como pasear por el recinto y dar clases de gimnasia. Incluso lo indefinido de mi estancia perdió gran parte de su horror una vez que comprendí que en realidad no quería estar en ningún otro sitio en particular.

—Tom te manda saludos —me dijo mi prima—. Y los niños. Te había hecho unas galletas con Sallie, pero la enfermera o el vigilante o quien sea me las ha quitado.

—Sí, por si le has echado alguna droga. O una cuchilla o algo.

—Claro, tendría que haberlo pensado. —Levantó la vista para mirar de reojo a la cámara que, con poca discreción, colgaba por encima de nuestras cabezas en una esquina del techo—. Mis padres también te mandan muchos besos. Y Miriam y Oliver. Dice la tía Miriam que te des prisa y te recuperes. Ha estado leyendo por internet que puedes pedir la libertad condicional dentro de seis meses, así que espera que vuelvas para Navidades.

—Ya. Sí.

—Yo le dije que las cosas no son así, pero me contestó que subestimo el poder del pensamiento positivo. Ya te ha pedido una cita con no sé qué gurú que va a liberar las malas vibraciones de tu aura a base de reiki o no sé qué historias.

—Dios santo... Dile que he empeorado.

En realidad no tenía intención alguna de solicitar el alta hasta que no

pasaran los dos años. Antes de eso, en el remoto caso de que me la aprobaran, lo único que conseguiría sería que me trasladaran a prisión. El hospital no era un hotel de cinco estrellas y parte de los compañeros dejaban mucho que desear, pero aquel sitio, por suerte, era ajeno a guerras de bandas, violaciones en las duchas y todas las feroces pesadillas que yo (desde mi resabiada perspectiva de clase media, dijo mi prima en mi cabeza) asociaba con la cárcel. Todos los que estábamos en el hospital habíamos hecho movidas bastante chungas, pero, salvo contadas excepciones, ninguno buscábamos problemas, y los que daban realmente miedo estaban en aislamiento. Había muchos con esquizofrenia, que prácticamente se juntaban entre sí, pero me sorprendió comprobar que un par de tipos depresivos y otro en el espectro autista resultaron ser muy buena compañía. Estar con el autista, en particular, era muy relajante; lo único que le gustaba hacer era pasarse las horas hablando de *El señor de los anillos*, y no me exigía ni participar ni que le hiciera caso, así que me sentaba al lado de una ventana de la sala de día y me quedaba mirando los jardines, con amplios céspedes, setos y arbustos podados con decoro y robles frondosos, mientras su voz monótona y rítmica sonaba y sonaba como un curso de agua.

—¿Nos dejarán salir fuera? —preguntó de pronto Susanna—. ¿Al jardín?

—Supongo —dije.

En realidad sabía que sí era posible, pero había algún que otro paciente que prefería que no se cruzase, más por una cuestión de orgullo que por ella.

—Vamos entonces. Hace un día estupendo. ¿A quién hay que preguntar?

Hacía un día estupendo: primavera flamante y despejada, una brisa generosa y cálida que olía a flor de manzano y a hierba cortada, pequeños algodones de nubes en el cielo azul. La lavanda que flanqueaba el camino estaba en flor; había pájaros por todas partes, ruidosos y alborozados.

—Uau —dijo mi prima volviéndose para mirar el edificio (enorme e interminable, gris, victoriano, con gabletes triangulares y ventanas saledizas).

—Ya, sí, impresiona.

—Creo que esperaba una cosa más moderna, superdiscreta, un edificio como de centro cívico o de bloque de pisos. Este sitio da un rollo «a la mierda, tenemos a una loca en el desván y no nos importa quién lo sepa».

No pude evitarlo, tuve que reírme. Mi prima me miró de reojo con una media sonrisa.

—Entonces, ¿te tratan bien?

—No me quejo.

—¿Pueden escucharnos aquí fuera? No tendrán micros y eso, ¿no?

—Venga ya, Susanna.

—Hablo en serio.

—No tienen presupuesto para estar poniendo micros. Está ese tío. — Levanté la barbilla hacia el enfermero corpulento que había en la terraza, meciéndose tranquilamente sobre sus talones, con un ojo puesto en nosotros y el otro pendiente de los tres que estaban jugando a las cartas en el césped—. Y ya está.

Mi prima asintió. Doblamos por el caminito, la grava crujiendo bajo nuestros pies, y ella con la cara hacia arriba para que le diera el sol.

—¿Cómo lo llevan mis padres? —le pregunté.

—Bien, que yo sepa. Aliviados. Sé que suena raro, pero creo que temían que la cosa fuera mucho peor.

—Ya, yo también.

Asintió.

—Quería contarte una cosa —dijo después de un momento—. Sobre Dominic.

—Ya —dije (yo no quería hablar de eso).

—De entrada no caí, hasta varios meses después de hacerlo. Creo que te conté que al principio del verano, cuando empecé a fantasear con formas de hacerlo, me bajé el Firefox en el ordenador de Hugo para hacer las búsquedas y no tener que usar su Internet Explorer, ¿te acuerdas?

—Sí.

—Para que no descubriera que me dedicaba a buscar técnicas para matar a la gente. —Había un envoltorio de KitKat tirado en el suelo, y mi prima lo recogió y se lo guardó en el bolsillo—. Pero, a ver, Hugo..., ¿con qué frecuencia crees que miraría su historial de búsqueda? ¿Crees que se habría dado cuenta siquiera si le hubiera saltado una búsqueda anterior de «hacer cuerda de garrote»? Podíamos haber estado viendo orgías por internet a diario que no se habría dado ni cuenta. Y además, si era eso lo único que me preocupaba, podría haberme quedado con el Explorer y haber borrado el historial, las *cookies* y los archivos temporales cada vez que cerraba sesión.

—Ya —dije (no tenía claro adónde quería llegar; a mi prima siempre le había gustado complicar las cosas: liarse a bajar navegadores inútiles era justo su estilo).

—Salvo porque eso habría llamado la atención. No a Hugo, pero si la poli revisaba el ordenador, habría visto que alguien lo había borrado todo. No

habrían podido saber qué se había borrado, pero habría sido de lo más sospechoso. Podría haberme inventado algo (foros sobre autolesiones o algo así), pero si la poli se hubiera interesado por el asunto, seguro que podían haber pedido una orden para obtener los registros del proveedor o de Google o algo. Lo bueno de bajarme el Firefox era que, cuando terminara, solo tenía que desinstalarlo y pasar un limpiador de archivos para que pareciera como si no hubiera pasado nada. Un historial de búsqueda de lo más normal, ahí mismo en el Explorer, sin lagunas ni nada. Nada que hubiera atraído la atención de los polis. Y eso estaba muy bien, y no sabes lo que me alegro de haberlo hecho así. Pero a lo que voy es a que lo hice antes de plantearme seriamente lo de matar a Dominic.

—¿Y?

Habíamos doblado por la pasarela, una serie de arcos cargados de trepadoras que formaban un largo túnel. Allí hacía más fresco y más sombra, con abejas zumbando en torno a unas florecillas blancas.

—Pues que cuando empecé a planearlo de verdad, al principio creí que había cambiado, por culpa de Dominic; por lo que estaba haciéndome. Creí que ya no tenía escrúpulos. Aunque tampoco tengo mucho problema con no tener escrúpulos..., creo. —Meditó al respecto por un momento—. Seguramente la idea me pareció estupenda; significaba que no era nada culpa mía, ¿no? Yo no era esa en realidad, Dominic me había obligado a hacerlo. Pero me parecía odioso. Puede que eso fuera lo peor de todo: la idea de que yo era quien era por un tipo cualquiera que había conocido por casualidad, y que si él le hubiera pedido ayuda con los estudios a otra persona, o hubiera escogido español en vez de francés, yo habría sido una persona distinta. Como si cualquiera pudiera convertirme en cualquier cosa, y yo no pudiera hacer nada al respecto. Durante un tiempo la idea me tuvo bastante tocada. Puede que fuera en parte por eso por lo que acabé haciéndolo. —Apartó un zarcillo de la enredadera y lo entremetió con cuidado por la celosía—. Pero cuando me di cuenta de lo del navegador, volví a quedarme tranquila. Había estado dispuesta a matar a Dominic, y hacerlo bien, mucho antes de pensar en hacerlo de verdad. Las cosas que me hizo, todo aquello que parecía estar convirtiéndome en otra persona..., en realidad no me cambiaron en absoluto. Yo nunca tuve escrúpulos. Y tarde o temprano algo despertaría a la bestia, era cuestión de tiempo.

Se me quedó mirando, el sol veteando su cara mientras andábamos, mosquitos merodeando. Pensé en ella de pequeña, más o menos con la edad de

Zach, dándome de sus M & M porque yo estaba llorando porque los míos se me habían caído en nuestra charca de barro.

—Puede ser. Tú lo sabrás mejor que nadie.

—Lo sé.

No le planteé la pregunta que llevaba tiempo haciéndome, si yo había estado dentro o fuera del alcance de esa falta de escrúpulos; si, llegados al caso, me hubiera usado de chivo expiatorio para salvarse ellos. No parecía tener mucho sentido preguntárselo: seguro que me habría dicho simplemente que eso no eran más que supuestos, que la cosa nunca habría llegado a eso, que siempre lo había tenido todo bajo control; con lo que no habría respondido a mi pregunta. Y, lo que era más, no tenía claro que quisiera saberlo realmente.

—¿Se lo has contado a Tom? —le pregunté en cambio, cosa que también había estado preguntándome—. ¿Lo de Dominic?

—Qué va. Y no por miedo a que nos entregue, me deje ni nada de eso. Él nunca lo haría. Pero le afectaría y se preocuparía, y no pienso echarle todo ese peso encima para yo poder darme una palmadita por no tener secretos en mi matrimonio. Y —(una mirada fría)— tampoco lo va a hacer nadie.

—Ni ganas.

—Aunque ¿sabes una cosa? —me dijo cuando avanzamos un poco más por la pasarela—. A veces creo que lo sabe. Lo de Dominic y lo del médico aquel. Evidentemente, no sabría cómo preguntárselo, pero... me hace dudar. —Otra mirada de reojo—. ¿Y qué me dices de Melissa?

—No sé seguro. Y tampoco pienso preguntarle.

—No, sí, déjalo.

Habíamos salido de la pasarela; después de la penumbra, el sol me pegó con demasiada fuerza, con virulencia.

—Las cenizas de Hugo —dije (no había querido sacar el tema delante de mi padre)—. Quería que las echáramos en el jardín de Villa Hiedra. ¿Has..., habéis...?

—Sí, nos lo dijo tu madre, pero —(la brisa jugueteando con un rizo de su pelo, levantó una mano para remetérselo por la oreja)— nuestros padres pensaron todos que era un poco raro..., después de todo lo ocurrido. Hay un lago al que iban los cuatro de pequeños, en vacaciones, ¿sabes?, uno cerca de Donegal. Fuimos hace unas semanas y echamos las cenizas en el lago. Cosa que seguramente sea ilegal, pero no había nadie. Es un sitio bonito. —Mirada de reojo—. Te habríamos esperado, pero...

—Deberíamos entrar. Seguramente se nos haya acabado el tiempo.

Mi prima asintió, y por un segundo me dio la impresión de que iba a decir algo, pero luego dio medio vuelta y se encaminó hacia la pasarela. Volvimos al edificio en silencio.

Mis padres, por supuesto, venían a verme cada dos por tres, y Sean y Dec, y a veces mis tíos. Richard vino una vez, pero estaba tan afectado que lo único que consiguió fue que ambos nos sintiéramos peor; se le había metido en la cabeza que era todo culpa suya, que si él me hubiera presionado para volver al trabajo, yo me habría recuperado antes (no era cierto y se lo dije) y, lo que era más disparatado, que si no se hubiera enfadado conmigo por lo de Gouger, entonces yo no me habría quedado hasta tarde trabajando aquella noche y mi camino no se habría cruzado con el de los ladrones, o no habría estado despierto para oírlos o algo. Evidentemente, eso tampoco era verdad, pero se parecía bastante a eso con lo que le había costado lidiar a una parte de mí, cosa que, por supuesto, dejó aún más tocado a Richard. Después de eso me escribía todos los meses como un reloj —cotilleos del mundillo, descripciones de nuevos artistas que había descubierto, nostálgicos apartes sobre las cosas maravillosas que yo habría hecho para la exposición de esculturas de objetos perdidos—, pero no volvió, y yo se lo agradecí.

Mi primo Leon no estaba: se había mudado a Suecia, donde trabajaba de guía turístico y desde donde me mandaba postales de monumentos nacionales con unas cuantas líneas desenfadadas y sin envidia garabateadas al dorso. Melissa tampoco fue a verme. Me escribió cartas largas y muy entrañables: montones de anécdotas divertidas de la tienda, como las que me contaba cuando estaba lamiéndome las heridas en mi piso; la petarda de Megan por fin había conseguido hundir su cafetería repipi, lo que por supuesto había sido culpa de todo el mundo, menos de ella, y ahora estaba abriéndose camino como *coach* personal; Melissa se había encontrado con Sean y Audrey por el centro y tenían una criatura de lo más adorable, con la misma expresión de pasota de Sean, ¡estaban deseando que yo lo conociera! Pese a la cantidad de tiempo, consideración y esmero que debía de haber puesto en las cartas, tenían un algo impersonal —podría habérselas escrito igualmente a un compañero de instituto al que no había visto en diez años—, y no me sorprendió en absoluto cuando mencionó (con delicadeza, sin darle importancia) que iba a ir a un concierto con su novio. Reescribí mi respuesta como seis veces, intentando

dejar claro con la misma delicadeza que no estaba enfadado y que se merecía toda la felicidad posible, si bien deseaba con todo mi corazón haber sido capaz de dársela yo, pero, dado que eso era imposible ya, tenía la esperanza de que la encontrara con otro. No sé si no di bien con el tono, o tal vez al novio nuevo no le hacía mucha gracia, como era comprensible, que yo siguiera siendo una presencia en su vida; las cartas no pararon, pero se fueron espaciando cada vez más, eran más cortas e impersonales, como cartas a un colega que hubiera escogido por una página web de una obra de caridad. Aun así yo era de los afortunados. La mayoría, sobre todo los que llevaban allí una o dos décadas, no recibía ni cartas ni visitas.

El que también vino a verme, y eso sí que fue de lo más inesperado, fue Martin. Yo estaba jugando al pimpón —había un complejo campeonato ferozmente reñido que llevaba celebrándose como seis años—, y cuando me dijeron que tenía visita di por hecho que eran mis padres. Su visión —de espaldas a la ventana de la sala de visitas, escrutando a su alrededor como si estuviera buscando algo de contrabando— me hizo frenar en seco.

—Sorpresa. Cuánto tiempo.

No se me ocurrió nada que decirle. Lo primero que pensé es que había venido a darme una paliza. La sala de visitas tenía cámaras de seguridad, pero no tenía claro qué hacer si sugería que diéramos un paseo por los jardines.

—Se te ve como un pincel. —Me dio un repaso de arriba abajo, tomándose su tiempo; él había envejecido, se le habían profundizado las arrugas, empezaban a caerle los mofletes—. Te has arreglado la dentadura. Con mis impuestos y eso, ¿eh?

—Supongo.

No se había apartado de la ventana. Detrás, unos pájaros volaban en bucle a lo lejos en el cielo nublado; el césped tenía el resplandor verde intenso de la lluvia inminente.

—No estaría bonito que tuvieras problemas para ligar cuando salieras.

Seguí callado. Después de un minuto Martin dejó escapar una risita seca y sacó algo de una carpeta amarilla.

—Te he traído una cosa para que le eches un vistazo.

No se sentó ni me la alargó; la lanzó sobre la mesa de centro para que yo la cogiera. Era una cartulina con dos filas de fotos bien ordenadas y numeradas del 1 al 8.

—¿Te suena alguno de esos hombres?

Eran todos tipos entrados en carnes de en torno a los veinticinco años, la

mayoría con flequillito grasiento de chungo.

—¿Quiénes son? —pregunté.

—Dímelo tú.

Hice lo que pude: los repasé con cuidado, uno a uno, pero ninguno me pareció ni remotamente familiar.

—No reconozco a ninguno, lo siento.

—Claro, pero en tu estado es posible. Con esa lesión cerebral tan horrible y todo eso.

—Sí —dije, sin saber si estaba siendo sarcástico.

—Vaya putada... —dijo, y me lanzó otra cartulina—: Mira a ver esta otra.

Aquellos otros tipos eran más jóvenes y canijos, y a mitad de la hoja me pegó como la sacudida de un cable pelado. Ráfaga de hedor a sudor y leche agria, habría jurado que estaba allí en la habitación conmigo, apretado contra mi cara como una mordaza con cloroformo.

Martin estaba observándome con cara inexpresiva.

—Sí —dije después de un momento (me temblaba la voz, no podía controlarla)—. Este de aquí.

—¿De qué lo conoces?

—Estaba..., él... estaba... —Respiré hondo; Martin esperó—. Es uno de los hombres que entraron en mi piso. Es el que me atacó. El primero que me atacó, con el que forcejeé.

—Estás seguro.

—Sí.

—Ahí lo tienes: te dije que yo siempre resolvía mis casos. —Me lanzó un bolígrafo, en un gesto tan repentino que me hizo encogerme en el sitio y mandarlo al suelo, tuve que agacharme para recogerlo—. Escribe el número del que has reconocido, de qué lo conoces, firma y pon la fecha y tu inicial al lado de la foto.

—¿Quién...? —pregunté sentándome en un sillón (y agradeciendo la excusa para hacerlo)—. ¿Quién es?

—Se llama Dean Colvin. Veinte años. En paro.

Que no era lo que yo estaba preguntando, lo que yo quería saber, pero no lograba dar con la forma de plantearlo...

—¿Cómo lo han encontrado?

Otra hoja, esa vez con una única foto. Reloj de oro con correa, el oro deslustrado manteniendo su sereno y viejo silencio intacto incluso contra la luz inclemente y el fondo blanco cegador. Iniciales muy historiadadas y rizadas,

«CRH».

—¿Lo reconoces? —preguntó Martin.

—Es el reloj de mi abuelo, el que heredé.

—El que te robaron del piso.

—Sí.

—Ponlo ahí en la hoja. Firma y fecha.

Empecé por ese; no quería volver a verle la cara al tipo aquel. «Este reloj me lo dejó mi abuelo en herencia.» El bolígrafo se me resbalaba sin parar; parecía la letra de un borracho.

—El amigo Dean dice que se lo ganó a otro tío en una partida de cartas, hace un par de años o así. Y, claro, no se acuerda del nombre del tío. Es posible que al haberlo identificado podamos echar por tierra su versión. Aunque —(encogimiento de hombros)—, que tú identifiques algo no vale de mucho. Teniendo en cuenta las circunstancias...

—¿Cómo dieron con él? —volví a preguntar.

—A nuestro amigo le gustó el reloj, le hacía parecer pijo, dice. —Una mirada de reojo a mi camiseta vieja y mis vaqueros desgastados: «Ahora ya, de pijo, poco»—. Así que no intentó nunca empeñarlo ni venderlo...; si no, lo habríamos pillado hace siglos; pero se lo quedó. Sin embargo, hace un par de meses hicimos una redada en su piso porque su hermano estaba trapicheando con droga, y los chicos vieron el chisme ese en la mesilla de noche de Dean y les pareció que no pegaba mucho en aquel ambiente. Lo llevaron a comisaría, metieron los datos en el sistema y saltó tu expediente. —Inclinando la barbilla hacia el papel—: ¿Algún problema?

—No, estoy bien.

—El reloj te lo devolverán. Cuando terminemos con él. Del resto de las cosas te puedes olvidar; las vendieron directamente.

—Entonces, al final, sí que era un criminal. —Al ver que Martin no decía nada—: Cuando pasó... dijo..., creía que usted había dicho que si hubiera sido uno de los..., de los habituales..., habría sabido quién...

—Sí, lo dije. Y es verdad. Dean tenía varios antecedentes por reyertas, cosas menores. Pero nada por robo.

—Entonces, ¿por qué yo?

—El chaval es el artista de la familia. Todas las paredes del cuarto llenas de dibujos con pasteles al óleo. Algunos no estaban ni mal. —Esperó, pero al ver que yo no tenía ni idea de qué estaba pasando—: La exposición en la que estabas trabajando, cuando te dieron la paliza, ¿te acuerdas? ¿Jóvenes artistas

de la mala vida o como se llamara? Pues Dean era uno de los pintores.

—¿Cómo? —dije tras lo que pareció una pausa muy larga.

—Creemos que pudo verte el reloj puesto un día, cuando tu colega Tiernan lo llevó de visita a la galería. O vio tu coche, y le gustó. Metió en el ajo a su hermano o a algún colega, y te siguieron una noche a casa.

Lo único que podía pensar, lisa y llana e inamoviblemente, era «No». Solo mala suerte, pura mala suerte, escoger el peor día para ponerme el reloj y acabar allí...

—No —dije.

Martin me miró sin entender.

—Entonces, ¿qué?

Una llama de algo, algo que había sabido hacía mucho tiempo, pero había olvidado de algún modo y no podía...

—No sé —dije después de lo que pareció mucho tiempo.

Martin apoyó el trasero en el poyete de la ventana y se metió las manos en los bolsillos.

—Cuando te atacaron, hablamos un par de veces con Tiernan —dijo—. Para olisquear, ver si había problemas o rencores entre vosotros. Nos contó que lo de Gouger no había sido cosa tuya... Venga ya, Toby, me cago en todo —(con una mirada de puro asco)—, pues claro que lo sabíamos. Tardamos como diez minutos en sacarle la historia. Tu compañero nos contó que no había sido cosa tuya, que se lo había inventado él todo, que prácticamente no tenías nada que ver con el tema; estaba encantado de que hubieras conservado el curro porque así podrías echarle una mano en un futuro. Fue muy convincente. Así como Dean y el resto de los chungos: ni idea de Gouger, ni idea de ti, ni idea de qué estabas hablando. Y tú venga a insistir en que nadie te la tenía jurada. Así que... —Se encogió de hombros—. Parecía que estábamos en un callejón sin salida. Pero si Tiernan estaba engañándonos, si no estaba contento de que tu jefe lo hubiera puesto en la calle, mientras que a ti solo te tuvo un par de días en la lista negra...

—Lo montó todo Tiernan. —Debería haberme quedado anonadado, pero apenas me sorprendió.

—Puede que sí y puede que no.

—Fue él.

Tiernan. Al intentar visualizarlo, la única imagen que me vino fue de una inauguración, cuando estuvo comiéndome la cabeza para que yo me indignara porque una de las pintoras lo había rechazado, y eso que él siempre la había

tratado bien, venga a putearla con migas de canapé en la barba mientras yo respondía con solo «ajá» e intentaba largarme a hablar con la gente con la que en teoría debía estar hablando. Siempre me había parecido una persona insignificante y ligeramente penosa; pero eso en las escasas veces que había pensado en él.

—¿Tienes alguna prueba? ¿Te amenazó, te culpó o algo?

—No lo recuerdo. Puede ser. —En realidad estaba más que seguro de que no había recibido ni un mensaje de Tiernan desde que había destapado la historia de Gouger (recordaba esos tres días de aburrimiento en mi piso, intentando ponerme en contacto con él y preguntándome si me habría vendido, y venga a saltarme el contestador), pero no quería que Martin lo dejara estar —. ¿Puede volver a hablar con él? ¿Preguntarle, interrogarlo...?

Su cara se había vuelto aún más inexpresiva.

—Sí, eso también se nos ha ocurrido a nosotros solos. Tiernan se ciñe a su versión original. Y Dean, a su partida de cartas.

—Pero mienten. Tiernan es... es un pelele, si lo interrogan metiéndole más presión...

En mi cabeza lo veía cristalino. Desde el punto de vista de Tiernan, todo el fiasco de Gouger pasaría a ser directamente culpa de alguien, y yo era el candidato más evidente. Él había colado a Gouger en la exposición como otra historia lacrimógena más de talento desperdiciado; yo era el que lo había exaltado hasta convertirlo en la estrella, le había hecho hacer toda una serie nueva de cuadros, le había dicho que le diera a Richard actualizaciones diarias sobre sus llamadas a Gouger. Pero él había cometido algún desliz, no había sabido mantener su versión (yo con la oreja pegada a la puerta del despacho, Richard gritando, no sé qué de una llamada...). Si yo no hubiera metido las narices, mi jefe no le habría prestado atención especial a Gouger y todo habría salido bien. Por el contrario, Tiernan había acabado despedido y yo había salido impune de todo.

Así que Tiernan había escogido al chungo más pirado de su panda y le había comido la cabeza con historias sobre el tipo malo que estaba intentando cargarse la exposición y arruinarle todas las posibilidades de ser el próximo Damien Hirst: el cabrón rico con un coche fardón, la tele grande, la Xbox nueva, el capullo sobrado que estaba pidiendo a gritos un par de tortas. Y lo había mandado a por mí.

—De todas formas, Dean miente —dijo Martin—. Tiernan, no lo sé con seguridad. Pero en el caso de que fuera así, tampoco tenemos forma de

demostrarlo, a no ser que alguien hable. Y eso no va a pasar, no son tontos. — Con una leve sonrisa insulsa—: Siento decepcionarte.

Resultaba un tanto mareante que Tiernan nunca hubiera podido imaginar adónde acabaría llegando todo aquello. Debía de parecerle algo tan nimio, una pequeña piruleta de sabrosa alegría que relamer cuando el mundo se negó a darle lo que se merecía; solo eso, igual que mis mensajes de coña a Dominic solo habían sido eso.

—Tendrás que testificar en el juicio —me dijo Martin—. Si es que la cosa llega a eso. Te mantendré informado.

—Pero... —dije (acababa de entender de qué me sonaba vagamente todo eso)— yo lo pensé, que podía haber sido Tiernan. —Al principio del todo, cuando estaba en el hospital, en cuanto se me empezó a pasar el grueso de la confusión, la primera persona en la que pensé fue en Tiernan.

—Enhorabuena. Si te hubieras molestado en decírnoslo, habríamos conseguido algo.

Locuras, me había dicho, otra muestra más del estado de mi cerebro, y había descartado la idea. Yo había tenido razón desde el principio.

—Pensé que era una tontería.

Martin se me quedó mirando. A su espalda, el verde del césped se había intensificado, con una luminosidad inquietante.

—No vayas a montarte historias para vengarte de Tiernan, ¿eh?

—No.

—Porque no sería muy inteligente por tu parte. Una vez puede uno irse de rositas..., por lo visto. Pero, ya dos veces, no creo que tuvieras tanta suerte.

—No quiero hacerle nada.

—Ah, ya, se me olvidaba. No harías daño a una mosca. —Y cuando me quedé mirándolo fijamente—: Firma y fecha. No tengo todo el día.

Garabateé algo mientras intentaba serenar la respiración y apartar la vista de la foto.

—Si lo piensas, el que te pegó el porrazo en la cabeza te hizo un favor. Si no fuera por eso, ahora estarías cumpliendo la perpetua en Mountjoy.

Aquello no solo me pareció mentira, sino indignante, pero cuando levanté de golpe la cabeza, crucé la mirada con él y me encontré con sus ojos de gaviota, fríos, especuladores y cínicos.

—Vale —dije—. Tenga. —Le tendí las cartulinas.

—A estos dos —(levantando las hojas)—, si acabamos encerrándolos, no les van a caer un par de años contándole a un psicólogo sus problemas en una

bonita casita con parterres de lavanda y un cenador.

—Ya.

—Así que no estás en posición de sulfurarte por que a Tiernan no le den su merecido. ¿Verdad?

Otra vez esos ojos fríos de gaviota.

—No sé.

—Ya nos veremos —dijo Martin cerrando la carpeta al vuelo (tal y como lo dijo, sonó a amenaza)—. Pórtate bien.

—Ya lo hago.

—Bien —dijo—, pues que siga así. —Se metió la carpeta bajo el brazo y salió de la habitación sin volver a mirarme.

Y me porté bien. Seguí mi plan de atención personalizado, hice mi terapia cognitiva-conductual para curar mi trastorno de estrés postraumático, fui a terapia ocupacional para que me enseñaran a vivir una vida independiente y productiva, hice rehabilitación para la mano y la pierna, así como la terapia con el logopeda para deshacerme del tartamudeo. Le caía bien a los médicos; creo que suponía un cambio a mejor frente a la gran mayoría de pacientes, cuyos problemas eran innatos, y tenían que tratar como si tuvieran hemofilia o fibrosis quística, sin expectativa de mejora alguna. Conmigo tenían la sensación de conseguir cosas. Y puede que fuera cierto; o al menos, en cualquier caso, parecían satisfechos con mis progresos. Cuando, al tercer intento, me concedieron la condicional, todos parecieron encantados de verdad: yo para ellos era una historia con final feliz.

Para entonces ya hacía tiempo que habíamos perdido Villa Hiedra. Mis padres habían contratado para mi defensa al mejor procurador y al mejor abogado defensor que había en el mercado (otra de las razones —estoy seguro de que mi prima así lo señalaría— por las que no estaba cumpliendo la perpetua haciendo de putita de un camello de jaco cebado de anabolizantes), y la suma de sus minutas fue, como cabía imaginar, desorbitada. Los peritos psicólogos, que se habían tirado conmigo infinidad de horas, haciéndome preguntas confusas y agotadoras y baterías de test incomprensibles, tampoco habían salido baratos. Al parecer, la decisión de vender Villa Hiedra para hacer frente a los gastos había sido unánime: todo el mundo estuvo de acuerdo en que era lo que mi tío Hugo habría querido.

El trabajo, por supuesto, también lo perdí. Richard me pidió disculpas de

corazón, como si yo hubiera esperado que dejara mi puesto vacante indefinidamente por si un día me daba por volver. Pero aunque me hubiera esperado, yo no sé si habría estado preparado. Los distintos tipos de terapia me habían ayudado mucho (por lo visto, lo del párpado solo se me arreglaría con cirugía, pero lo de la voz apenas se me notaba, salvo cuando estaba cansado, y lo mismo me pasaba con la cojera, mientras que la mano seguía sin agarrar bien del todo, pero había aprendido muchas formas creativas de salvar el obstáculo), aunque seguía teniendo zonas cero en la cabeza, agujeros enormes llenos de cosas a la deriva; me costaba bastante seguir una secuencia de instrucciones complejas, necesitaba un planificador lleno de listas para no perder la noción de las cosas que tenía que hacer o lo que ya había hecho, e incluso, pese a todo, a veces me desaparecían por completo intervalos grandes de tiempo o no conseguía saber a qué día estábamos. Solo de pensar en mi antiguo trabajo me daba vueltas la cabeza: sin rutinas, sin nadie que me dijera lo que hacer, moviendo diestramente doce pelotas de malabares a la vez...

Para mantener la condicional, tenía que acceder a algún puesto de trabajo y conservarlo, y me pasé un tiempo imaginándome turnos de doce horas cargando palés en una nave llena de inmigrantes que me odiarían a muerte y me escupirían en la comida; sin embargo, para cuando salí, mi familia había vuelto una vez más al rescate. Mi tío Oliver había movido unos hilos y, a través de un amigo de una empresa de relaciones públicas grande, me había conseguido un trabajito muy sencillo que podía haber hecho —y seguramente así hubiera sido hasta entonces— un becario de quince años. En el trabajo me presenté con mi segundo nombre (Charles, por mi abuelo; les dije que me llamaran Charlie). No tengo claro si logré engañar a mis compañeros de trabajo mucho tiempo —había salido en algún artículo de prensa amarilla cuando me soltaron, «VUELVE A LA CALLE EL MATAPOLIS “LOCO”»), con una foto borrosa en la que salía yo con cara siniestra solo por llevar gafas de sol—, pero por lo menos evitó que los clientes me echaran de sus cuentas por si los seguía hasta su casa y los mataba con un hacha en plena noche. El trabajo iba bien. Mis compañeros eran o veinteañeros radiantes de felicidad con vidas sociales muy activas o gente de treinta y pico con complejas disposiciones para la conciliación laboral; eran todos muy campechanos, como si estuvieran preprogramados para serlo, pero ninguno tenía espacio mental para dedicarme muchos pensamientos, y por mí, mejor así. Me invitaban a las quedadas para beber de los viernes; y a veces iba, aunque el pub al que solían ir era muy ruidoso y casi siempre, a la hora o así, me daba dolor de cabeza. Había una

chica, una pelirroja muy enérgica y chisposa llamada Caoimhe, que estaba bastante seguro de que habría salido conmigo si se lo hubiese pedido, pero no lo hice; y no porque temiera mancillar su inocencia o algo, no llegaba a tanto; lo que pasaba era que no conseguía reunir el suficiente compromiso emocional para que me importara.

En realidad, me costaba sentir gran cosa por nadie, no solo por Caoimhe. Cosas nimias podían hacerme llorar, con lo que, por confuso que fuera, me parecían lágrimas de añoranza —escarcha en una ventana oscura, frágiles brotes de verde en la grieta de una acera—, pero, en lo que a la gente se refería, nada de nada. Sabía que todo eso estaba relacionado con aquella noche en el jardín, por supuesto, pero no tenía muy claro cómo: si era porque aquella deflagración de furia lo había incendiado todo en mi interior con una ferocidad que había evaporado el terreno y calcinado la tierra; o si, aunque mi intento de suicidio no hubiera llegado a consumarse, sí que me había hecho cruzar la raya hasta el punto de no lograr encontrar el camino de vuelta.

La parte positiva era que lo que le había dicho a Martin había resultado ser verdad: no tenía deseo alguno de vengarme de Tiernan. Seguía esperando la rabia, las ganas de localizarlo y darle una paliza de muerte, pero no llegaban. Tal vez fuera solo ese vacío que sentía, o quizá todas esas sesiones con loqueros en el hospital habían servido realmente de algo, a saber; o tal vez fuera porque, en mi fuero interno, no estaba tan seguro como me hubiera gustado de que estuviera detrás del robo y la agresión. En el fondo, Tiernan se andaba siempre con mucho cuidado: se había cagado vivo solo por haber colado un par de cuadros en una exposición; la sola idea de algo que conllevara una condena de cárcel le habría dado un infarto, y yo no veía nada claro que perder su trabajo le hubiera supuesto tanto trastorno como para cambiar esa circunstancia. Fuera cual fuese la razón, el sentimiento que me embargaba respecto a mi antiguo compañero era que no quería volver a pensar en él en mi vida. Si me hubieran podido hacer una lobotomía muy concreta para quitarme todo recuerdo de su existencia, me la habría hecho.

Mi piso seguía en el mismo sitio, pero alquilado (por mis padres) a una pareja joven muy agradable, profesores o enfermeros o algo por el estilo. No tenía intención alguna de recuperarlo. Lo que me pagaban por el alquiler era suficiente para que, incluso con mi sueldo irrisorio, pudiera permitirme vivir básicamente donde quisiera, teniendo en cuenta que necesitaba poco más. En el hospital un gran tema de conversación había sido las cosas que iba a hacer la gente cuando saliera (torneos de póquer, ir de isla griega en isla griega,

servicios de acompañantes), pero esos eran más que nada los tipos que no iban a ir a ninguna parte; a los que teníamos una posibilidad real de llegar al mundo exterior nos costaba mucho más imaginárnoslo. Y ahora que lo había logrado no me parecía ni más real ni más accesible que desde el hospital. No podía pensar en nada que quisiera hacer en concreto, salvo esconderme en mi piso pinchando al azar en vínculos de internet y viendo cantidades industriales de telebasura.

Sin embargo, por alguna razón, no conseguía estar tranquilo. Los síntomas del síndrome postraumático habían remitido bastante: gracias a la terapia cognitiva o simplemente al tiempo, no lo sé, pero ya no saltaba con los ruidos fuertes o porque me llegara gente por la espalda. Podía salir a andar, incluso en plena noche. Lo único que seguía siendo un problema eran las noches en casa. Cuando me mudé al piso nuevo, fue bien durante un tiempo, pero, con los meses —como si pudiera sentir en la nuca un cazador que estuviera acercándose poco a poco, un círculo de rastreo estrechándose cada vez más sobre mí—, empezaba a ponerme tenso: primero comprobando dos veces las cerraduras y las alarmas, luego quedándome despierto con los oídos aguzados y dando vueltas por el piso hasta que el cielo se aclaraba al otro lado de las ventanas. Llegado a ese punto, avisaba a mi casero de que me iba y buscaba otro sitio donde vivir, y el ciclo volvía a ponerse en marcha.

He llegado incluso a plantearme —en algún momento de las profundidades de esas noches, dando vueltas sobre otra moqueta barata de alquiler, el silencio apretado entre el zumbido de demasiada gente durmiendo a cada lado — si alguna vez llegué a salir de aquel primer hospital. Cuando me paro a pensarlo, Villa Hiedra se me antoja desgarradoramente improbable, un refugio susurrante de un libro infantil maltrecho, bañado en todos mis recuerdos con una neblina dorada que tiene un algo luminoso que da miedo; ¿realmente podía haber existido esa casa, en este mundo gris, insulso y agotador de escándalos por Twitter, recuento de carbohidratos, estancamiento y Gran Hermano? ¿Y Hugo, con su despiste, su desaliño y su bondad, vagando por sus habitaciones, podía haber sido real? ¿Eran mis primos seres de verdad? Por las mañanas, apretado en el vagón del Luas con cientos de trabajadores más despidiendo vapor de lluvia y pasando pantallas mecánicamente en sus móviles, sé que es una tontería, pero por las noches: no puedo evitar preguntarme, con una pasmosa bocanada de desconuelo, si todo desde esa noche no ha sido más que un último estallido de luz de una estrella moribunda, los últimos chisporroteos aislados de electricidad en unos cables que se cortocircuitan.

Supongo que en el fondo no importa, o al menos no tanto como cabría pensar. Al fin y al cabo, de una forma u otra sigo aquí, en otro piso que huele a comidas no familiares, demasiado por encima del suelo, demasiadas bombillas de cien vatios peladas, demasiadas ventanas y puertas cerradas. Y aunque a veces no pueda evitar que mi mente busque realidades paralelas (caminar por los suelos de madera de aquella casa blanca georgiana, un bebé con sueño gimoteando sobre mi hombro, Melissa dormida en el cuarto de al lado), soy muy consciente de que, de todas las posibilidades, mi realidad actual está lejos de ser la peor.

Quizá sea por eso por lo que sigo considerándome un tipo con suerte: ahora más que nunca, no puedo permitirme lo contrario. Si de algo me he dado cuenta en el extraño y largo intervalo de tiempo desde aquella noche de abril, es de lo siguiente: yo antes solía pensar que la suerte era algo externo a mí, algo que regía solamente lo que me pasaba y lo que no; el coche acelerado que daba un volantazo justo a tiempo, el piso perfecto que salió a la venta la misma semana que empecé a buscar. Creía que, si perdía mi suerte, estaría perdiendo algo independiente de mí, un teléfono bueno, un reloj caro, algo valioso, pero que en el fondo distaba mucho de ser indispensable; daba por sentado que, sin ella, seguiría siendo yo, solo que con un brazo roto y ventanas sin orientación sur. Ahora creo que me equivocaba, y que tenía la suerte encastrada en mí, que era la piedra angular que aglutinaba mis huesos, el hilo dorado que unía los tapices secretos de mi ADN; creo que era la piedra preciosa que brillaba en mi manantial, coloreando todo lo que hacía y cada palabra que decía. Y si de algún modo me la han extirpado, y la realidad es que sigo en este mundo sin ella, entonces, ¿qué soy?

Agradecimientos



Vaya por delante un enorme agradecimiento al increíble Darley Anderson y a todo el equipo de su agencia, sobre todo a Mary, Emma, Pippa, Rosanna y Kristina. Estoy igualmente en deuda con Andrea Schulz, mi maravillosa editora, cuya inmensa capacidad, paciencia y sabiduría han hecho que este libro sea mucho mejor de lo que creía que podía llegar a ser; con Ben Petrone, que es simple y llanamente genial, y a todo el equipo de Viking; con Susanna Halbleib y la gente de Fischer Verlage; con Katy Loftus, por su fe en este libro y por saber ver justo aquello que marcaría la diferencia; con mi hermano, Alex French, por mandarme aquel enlace sobre el caso real de Bella en el olmo montano y por ayudarme con las cuestiones informáticas; con Fearghas Ó Cochláin, por la ayuda con las cuestiones médicas; con Ellen, de ancestrysisters.com, por la ayuda con la genealogía; con Dave Walsh, por su inmensa ayuda con los intrincados procedimientos policiales; con Ciara Considine, Clare Ferraro y Sue Fletcher, que le dieron el impulso inicial a todo; con Oonagh Montague, Ann-Marie Hardiman, Jessica Ryan, Karen Gillece, Noni Stapleton y Kendra Harpster, por las charlas, las risas, las copas, el apoyo moral y práctico, y por todo el resto de las cosas indispensables; con David Ryan, ten cuidado, por Dios, te estoy calumniando; con Sarah y Josie Williams, por ser fantastibulosos; con mi madre, Elena Lombardi; con mi padre, David French; y, como siempre, no hay palabras, con mi marido, Anthony Breatnach.

Nota de la autora



A fecha de 25 de mayo de 2018, las palabras de Susanna en el capítulo 4 han quedado obsoletas: con la revocación del artículo octavo de la Constitución irlandesa, las mujeres embarazadas tendrán derecho por ley a consentir o rechazar el tratamiento médico.

Título original: *The Wych Elm*

Edición digital: 2019

Copyright © Tana French, 2018

© de la traducción: Julia Osuna Aguilar, 2018

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

ISBN ebook: 978-84-9181-650-8

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.AdNovelas.com